
CARMEN
LOBATO
NUNCA
CAERÁN
EN EL
OLVIDO
NOVELA
bóveda

CARMEN LOBATO

NUNCA CAERÁN EN EL OLVIDO



bóveda

Título original: *Und sie werden nicht vergessen sein*

Edición en formato digital: 2017

Escrito por Carmen Lobato

© 2016 by Verlagsgruppe Droemer Knaur GmbH & Co. KG, Munich, Germany
The book has been negotiated through AVA international GmbH, Germany (www.avainternational.de).
© traducción: Patricia Losa, 2017
© de esta edición: Algaida, 2017
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla

ISBN ebook: 978-84-16691-67-8
Conversión a formato digital: REGA

To ‘the few’
Thank you. Still owing you so much.

En memoria de
Primo Levi, Komitas Vardapet, Jean Amery, Jean Moulin, Missak Manouchian.
Con admiración. Con tristeza.

«Lo que ocurrió es una advertencia.
Olvidarlo nos hace culpables».
KARL JASPERS

«Pour toi, Arménie».
CHARLES AZNAVOUR

PRIMERA PARTE

BERLÍN Y LONDRES

«No hay nadie esperando en esa ciudad».
MASCHA KALÉKO

1
EVA.
CERCA DE BERLÍN. JUNIO DE 1937

—¿Sabes qué es aún más repugnante que pasearse entre cerdos?

Eva dio un respingo cuando la voz de su amante la sacó de su ensimismamiento. Estaba apoyada sobre la mitad inferior de la puerta de la pocilga, el hedor era insoportable y la visión no era mucho más agradable. Con todo, tuvo que obligarse a apartar la vista de los dos animales. Con los cuerpos juntos de los cerdos le ocurría lo mismo que con cualquier otra imagen con la que se topara que se apartara de lo común. La absorbía con la mirada. Su cerebro comenzaba a calcular dimensiones y poco después tenía ya completo un bosquejo mental.

—Te he hecho una pregunta —dijo Martin—. Aunque tampoco me sorprende que decidas ignorar algo tan absurdo.

En lugar de contestar, Eva lo observó con detenimiento. El joven tenía un rostro que podría haber pertenecido a un monje asceta del Medievo. Llevaba el cabello, rubio y fino, tan corto que parecía plumón, y el viento lo hacía bailar hacia delante, dejando relucir el cuero cabelludo. Por sus ojos suspiraba medio país. Eran de un tenue azul grisáceo, el único color que no se puede encontrar en ninguna especie animal más que en la humana.

Eva llevaba cinco años viviendo con él y, aunque era una mujer que tendía más a las réplicas burlonas que a las ensoñaciones románticas, debía reconocer que la sola visión de las facciones de su amante era capaz de hacerla suspirar como una chiquilla embelesada. Era una artista, una esteta, tenía derecho a elegir como compañero a un hombre al que el resto de la población femenina miraría con ojos de cordero. Martin, el Hermoso. Se echó a reír, a su pesar, pues no pudo evitar encontrarle una cierta similitud con los cerdos. Aquel tono rosado de la desnuda piel animal en la que brotaba un grueso vello.

¿Sería por eso por lo que se utilizaba como insulto la comparación con los cerdos? ¿Por lo incuestionable del parecido?

—¿Se puede saber qué es tan divertido? —preguntó Martin.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —repuso Eva.

—Es todo esto —Martin apretó los labios—. Este patético circo.

La atrajo hacia él y la besó como si quisiera acostarse con ella directamente allí, en el establo.

—Vámonos a casa. Ahora mismo. ¿De acuerdo?

—¿Sin el pan nuestro de cada día? —Eva arqueó las cejas e imitó el tono de reproche de la madre de Martin—. Y ¿para eso he hecho yo ración extra de mi maravillosa ensalada de patata? ¿Para que se eche a perder?

Martin no mudó un ápice su expresión.

—Me da igual —dijo—. Quiero volver a Berlín.

Pero Eva aún no había acabado. Durante aquellas visitas de fin de semana a casa de los padres de Martin siempre se sentía como si tuviera que pasarse las veinticuatro horas del día conteniendo la respiración y, más tarde o más temprano, acababa por estallar.

—No todo el mundo duerme en un lecho de rosas —lloriqueó, imitando aún la voz de la madre—. Nosotros trabajamos duro toda la semana para poder disfrutar el domingo de las habichuelas que hemos ganado, pero claro, vosotros estáis acostumbrados a cosas más finas. Una sencilla comida casera no es nada para la gente como vosotros.

A qué podía referirse Hildchen Serner cuando decía «gente como vosotros» era algo que Eva no acababa de entender. Exudaba ira hasta por el recogido del cabello, que iba aflojándosele con una progresiva pérdida de horquillas. Sintió sobre los hombros los pesados mechones fugitivos y en su mente se formó la imagen que Martin tendría ante él: «Eva, la corruptora que provocó la pérdida del Paraíso». Le ocurría constantemente: siempre percibía la visión que los demás captaban de ella, como si los ojos ajenos pudieran enviarle información directamente al cerebro.

—El interior de mi cabeza debe servir siempre de lienzo para un autorretrato constante —le había explicado a Wilma, la amiga más divina que ninguna mujer hubiera podido tener.

Wilma se había reído.

—Pues no puedo reprochárselo a tu cabeza, *bijou*.

Se reían mucho cuando se sentaban juntas, con las altas tazas de café de Wilma, cuyo contenido podía transformarse en Pernod dependiendo del estado del mundo, rodeadas de las volutas del tabaco negro que Wilma fumaba. Algunas tardes se reían de la historia aquella del partido nazi, de su Reich de mil años y de todo lo que estaba yéndose a pique.

Martin permanecía impertérrito. Agarró a Eva por los hombros y la miró con aquellos ojos suyos, tan humanos. Ella también quería marcharse. Lejos de la pocilga y de las habichuelas, de las miradas llenas de furia y de la oscuridad de las callejas de aquel pueblo brandeburgués. Quería volver a Berlín, a su animada marea de ruidos y luces, a sus calles cosmopolitas y hermosas que ni siquiera los nazis podían doblegar, al Pernod en el restaurante de Wilma.

Volver a Chaja.

Eva no se contaba entre esas mujeres que no eran capaces ni de pasar un fin de semana separadas del bendito fruto de su vientre. Ni siquiera era de las que hubieran deseado fruto alguno. «Pinto cuadros. Con eso ya hay suficiente de mí en el mundo», había contestado a aquel que le había preguntado, con el ceño fruncido, si es que no pensaba tener hijos.

Incluso ahora habría contestado lo mismo. Prefería asegurarse la inmortalidad pintando, no necesitaba niños para eso. La perspectiva de pasar un fin de semana sin Chaja seguía llenándola de júbilo. Pero no en una aldea de Brandeburgo, junto a la pocilga de Hildchen Serner, sino en Florencia o, mejor aún, en París, ese crisol cultural que sobreexcitaba todos sus sentidos. Era un placer exquisito: deleitarse con los tesoros artísticos de una ciudad de ensueño y dedicarse a retozar dos días enteros en la cama sin que una mocosa de cuatro años y rizos dorados pegara caramelos de frambuesa en el hueco entre los colchones.

Sin embargo, regresar a casa, junto a Chaja, no era menos exquisito. En algún punto del camino de regreso surgía siempre ese apetito de Chaja, esa necesidad de apretar su cuerpecillo contra el propio, de sentir sus tiernos brazos y sumergirse en aquel aroma a leche con miel y pastilla de jabón. De escuchar su voz de pajarillo y el torrente de incontenibles declaraciones de amor. Chaja adoraba al cartero, al locutor de la emisora *Funkstunde*, al perro de los Eiermann, al

agente de Martin, Hagen Fidelis, a Wilma, a la que llamaba «mi tiita», a absolutamente todos los niños a los que conocía, a su niñera, la señorita Podewils. Evidentemente, amaba a Martin y a Eva más que a todos los demás, pero, por encima de todo y de todos, se amaba a sí misma.

Soy Chaja Löbel, el adorable centro del universo. Eva se echó a reír de nuevo.

—¿Me puedes decir de una vez qué es lo te parece tan gracioso? —preguntó Martin, molesto.

—Nada —dijo Eva—. No me he reído porque hubiera nada gracioso.

Los cerdos revolvían en la papilla de pienso y llenaban el aire con el estruendo de sus gruñidos. Cuando el más gordo de ellos comenzó a comer con un ruido ensordecedor, el estómago de Eva se rebeló.

Martin la miró fijamente.

—¿Nos vamos ya a casa?

Eva asintió y se dirigió con ligereza a la salida. El hedor se había vuelto de pronto absolutamente insoportable.

Cuando alguno de los habitantes del pueblucho brandeburgués en el que vivían los padres de Martin iba a Berlín, en la mayoría de los casos tomaba el tren. Martin, por su parte, tenía un chófer que la Cámara de Cultura del Reich le había proporcionado, aunque ese fin de semana en particular había conducido él mismo, para que nadie más pudiera verlo. Lo hacía porque prefería que la aldea de sus padres, la aldea en la que se había criado, se mantuviera tan en secreto como fuera posible. Martin, el Hermoso, guardaba muchos secretos como aquel.

Avanzaban a buen ritmo. Desde que los nazis habían construido aquellas autopistas como si todos los caminos condujeran a Berlín, el trayecto se recorría en un suspiro. Era, además, una hermosa tarde de verano, con un cielo claro y dorado.

Eva era una urbanita convencida, siempre anhelante de la belleza humana y ciega a los atractivos del campo. Pintaba callejones entre edificios altos, patios traseros, manicomios, prisiones y depósitos de cadáveres, pero, sobre todo, pintaba las figuras que vagaban por aquellos lugares. Rostros que se perderían en la jungla de piedra si nadie los capturaba en un lienzo. No pintaba nada que fuera imperecedero. Ninguna puesta de sol sobre el valle de un glaciar, ningún campo amarillo sobre el que cayera el manto de la noche, ningún saúco en flor entre las ramas de los abetos.

No obstante, se sorprendió al percibir una magia especial en aquel viaje al atardecer. Sintió de pronto que la velocidad se reducía y que atravesaban la somnolencia de aquellas tierras de cultivo en un trote alegre, en lugar del ritmo endiablado con el que se dirigían a Berlín, como si no hubiera fuerza en la naturaleza que pudiera contener al doce cilindros en que viajaban. Como si una catástrofe los aguardara en su rinconcito de la Bleibtreustraβe.

La última vez que habían regresado a Berlín tras una visita a casa de Gerhard y Hildchen Serner, Eva ya había experimentado una cierta angustia, pero nunca antes había tenido esa sensación gélida que ahora la atenazaba.

«Olvidémonos de todo eso —le habría gustado decirle a Martin—. Busquemos un recodo bonito, con la primera hierba del verano ya crecida, y hagamos un pícnic allí que consista solo en champán. Como en aquel entonces, cuando acabábamos de encontrarnos el uno al otro, cuando nuestro amor nos parecía tan único que todo lo que hiciéramos debía ser único

también.

»Porque nuestro amor es único. Yo era Eva, la salvaje de las piernas interminables, la encarnación del pecado original. No había un solo joven guapo de la bohemia berlinesa que no reconociera mi aroma en una cama de hotel. Contigo nunca he ido a un hotel. A ti te llevé a mi maravilloso gabinete acristalado en la torre sobre la galería de arte. Por ti dejé aquel lugar de ensueño y me mudé a tu casa en la Bleibtreustraβe. Por ti me he vuelto sedentaria y prácticamente fiel, con la excepción de un par de noches que no significan nada. Dejé que me hicieras un hijo, que me saliera una barriga inmensa en la que mezclamos un poquito de ti y un poquito de mí para hacer un todo. Mi amor por ti es único, da igual que haya habido cientos o miles de hombres antes que tú. Con ninguno tuve un hijo. Solo contigo.

»¿Y tu amor por mí?

»Aquella vez, borracho de licor de cereza, me dijiste: "Mi amor lo soporta todo". Yo te besé hasta que me hizo daño y, en aquella tarde resplandeciente, bramé: "El mío no. Si se te ponen las piernas como dos jamones o empiezas a colgarme cabezas de ciervo en el salón, te vas con viento fresco"».

Le observó de perfil: aquella silueta digna de adoración, las líneas de su cuerpo que delataban su vigor aunque, con el paso del tiempo, las caderas se le hubieran llenado de manera perceptible. Eso no le importaba. Le quería. La cuestión de la falta de gusto en decoración seguía siendo un tema candente entre ellos, si bien, en los últimos tiempos, él había hecho una serie de concesiones que habían logrado sofocar sus ganas de discutir.

Cuando alguien era capaz de afirmar que su amor podía soportarlo todo, ¿se planteaba en ese momento lo que eso significaba? ¿Se referiría a un trasero voluminoso, al mal gusto, a una o dos infidelidades?

El corazón de Eva latía con fuerza. Quiso pedirle a Martin que parara el coche en un arcén y echaran a correr juntos por el campo, que se dejaran caer en algún lugar entre las pacas y olvidaran todo lo que los aguardaba en Berlín.

Sin embargo, al mismo tiempo, la atenazaba el apetito de Chaja. El anhelo por la niña que habían hecho allí en Babelsberg, a la sombra de un gigantesco plató cinematográfico. Chaja había surgido de aquellos días en los que su amor aún era tan nuevo e inmaculado como un lienzo en blanco. Eva siempre había tenido cuidado de no quedarse embarazada desde el mismo día en que, con diecisiete años, se había fugado de su casa en la pequeña ciudad de Niederhausen, junto a la cordillera de Taunus, para perder la virginidad entre las bambalinas de un teatro de variedades de Fráncfort. Con Martin, no obstante, se había olvidado del condón y, más tarde, había pensado: «Quiero un hijo suyo. Solo que no lo había sabido hasta ahora». La luz iba desvaneciéndose. La oscuridad los acechaba, lista para precipitarse sobre ellos en cualquier momento. Berlín ya estaba cerca. Hubo una época en la que aquella había sido la única ciudad en la que Eva había querido estar, convencida de que solo allí, en el torbellino de la metrópolis, podría pintar, aprender, respirar. La ciudad atraía toda la vanguardia mundial, a aquellos que aspiraban a lo nuevo, a lo salvaje, a lo escandaloso, y querían liberarse de las ataduras de lo viejo y lo anticuado, que los amarraban al suelo. Para Eva, aquel pueblo satélite de Fráncfort en el que su familia dejaba pasar su acomodada vida era tan angosto que la asfixiaba. Solo un volcán podía albergar su fuego. Solo Berlín.

—¿Qué harás tú ahí? —le había preguntado su padre—. Nadie te espera en esa ciudad.

—Me da igual —le había contestado Eva.

El hecho de que nadie la esperara allí suponía para ella una libertad sin límites, pero para su padre aquello no era más que una descarada forma de indecencia. En su pudoroso mundo burgués, constreñido por las imposiciones sociales, no podía haber libertad sin unos límites.

—Si nos haces eso, tampoco quedará nadie aquí que te espere, Eva.

Se había marchado y jamás había vuelto a Niedernhausen. «Si las cosas no me van bien en Berlín, me iré a cualquier otro lugar —había pensado—. Soy libre y nadie me espera en ninguna parte».

Ahora las cosas habían cambiado y Eva se estremeció al comprender lo vulnerable que aquello la volvía: ahora tenía a Wilma, una calle llena de amigos y un taller lleno de pinturas. Pinturas de gente que nadie sino Eva había sabido plasmar, gente que la necesitaba tanto como Eva los necesitaba a ellos, pues se otorgaban la inmortalidad los unos a los otros. Ahora tenía a Chaja. Un beso que sabía a caramelos de frambuesa. Ya no había libertad. Ya no había ninguna otra ciudad.

—¿En qué piensas? —le preguntó Martin.

—En Chaja —contestó Eva.

Habitualmente, esa respuesta le hacía sonreír de una manera que nadie esperaba de la estrella más admirada de los estudios UFA. Solía interpretar papeles de galán apasionado, no de padre sonriente. Sin embargo, en aquella ocasión no sonrió.

—Aún no has contestado la pregunta que te hice antes —dijo.

—¿Qué pregunta?

Aferró el volante.

—¿Sabes qué es aún más repugnante que pasearse entre cerdos?

A Eva el corazón le restallaba en el pecho de forma hasta dolorosa. Era como si la apuñalaran con un punzón de hielo. No albergaba ya esperanzas de que se refiriera a los cerdos que sus padres cebaban en la pocilga antes de pasarlos por la picadora de carne y hacer embutidos que comer con sus habichuelas.

Tuvo que dominarse para no aferrarse a él y agazaparse como el ratoncillo tímido que nunca había sido. Ella había deseado hombres que la excitaran, que la provocaran, que la desafiaran, y Martin había encarnado como nadie aquel deseo. Jamás había necesitado a un hombre que la protegiera, siempre había sido capaz de cuidar de sí misma. ¿Quién habría querido proteger a una guerrera amazona como Eva Löbel y, sobre todo, de qué?

Sin embargo, una amazona con una niña agarrada a la pierna luchaba con fuerzas menguadas y un enemigo que la iba cercando por todos lados no se dejaba vencer en un combate frente a frente si podía utilizar como arma una lengua afilada. «Protégenos a mí y a tu hija —quiso susurrarle a Martin una voz en su interior—. Dime que nada malo puede ocurrirnos en Berlín, que siempre, siempre habrá alguien esperándonos allí».

—Sigues sin contestarme —insistió Martin mientras enfilaba el coche hacia la ciudad volando sobre una autopista desierta.

—¡Por todos los demonios! ¡No tengo ni idea de qué respuesta quieres oír! ¿Qué diantres es más repugnante que pasearse entre cerdos?

—Ser un cerdo —dijo Martin y aceleró rumbo a la noche incipiente.

2
BERLÍN. JUNIO DE 1932

Eva y Martin se conocieron mientras trabajaban en la película que a él lo había catapultado finalmente al éxito. Antes de eso ya era una figura conocida, un talento al que aún le faltaba el trampolín definitivo.

—Las películas en las que trabaja son muy aburridas, pero él tiene un aspecto deslumbrante —suspiraban las clientas de la peluquería de Eva—. Tiene una mirada… Sobresale entre todos, como un joven dios.

Sin embargo, si el sobresaliente y divino joven no lograba destacar entre sus competidores, se debía a que su mirada y sus rasgos no eran los adecuados para las chistosas comedias en las que Willy Fritsch y Heinz von Cleve eran los reyes. Martin Serner, que era pura pasión, necesitaba la oscuridad y la épica que solo una película monumental podría darle, una epopeya inmortal que nunca perdiera vigencia. Y justo una oportunidad así era la que su agente se había sacado de la manga.

Fue él quien, una tarde de sábado de principios de verano, había llamado a Eva al teléfono que ella acababa de instalar en la torre sobre la galería. Eva, que aquella jornada tenía en mente dejarse llevar por la vida nocturna de la ciudad, se encontraba frente al espejo convirtiendo el rostro que la naturaleza le había dado en una obra de creación propia. Aquello era lo mejor de sumergirse en el torbellino de la noche berlinesa: las máscaras que podía ponerse, una nueva por cada fiesta, por cada tendencia, y que ninguna de ellas dejara indiferentes sus sentidos. Paul, el encantador profesor universitario con el que se acostaba en aquella época, le decía: «Nunca he visto nada tan íntimo como lo que tú tienes con el maquillaje».

El sonido de la llamada molestó a Eva tanto como cualquier interrupción que se le hiciera durante su proceso creativo, por lo que contestó con el correspondiente mal humor y sin preguntar quién era:

—Muy buenas noches.

Al otro lado de la línea sonó un jadeo. La voz masculina que escuchó formó inmediatamente en la mente de Eva la imagen de un gracioso roedor.

—¿Es la señorita Eva Löbel?

—¿Quién espera usted que sea si llama a mi línea?

—Le pido disculpas —dijo el hombrecillo roedor con exagerada solicitud—. He visto su exposición en la galería Renke-Levin. *Los rostros de la demencia*. Muy impresionante. Alfred Renke-Levin tuvo la amabilidad de proporcionarme su número de teléfono después de asegurarle que usted es la mujer que he estado buscando desesperadamente.

—A eso le llamo yo un ataque frontal —dijo Eva, cuyo mal humor comenzaba a suavizarse —. Claramente no es usted del tipo de hombre que se anda con paños calientes. Por desgracia,

esta tarde ya tengo un compromiso, pero podría añadirle a la lista de espera.

—Por Dios santo, ¡me halaga usted, señorita! Sin embargo, me ha malinterpretado. Aunque alguna vez me hubiera planteado casarme, podría usted perfectamente ser mi hija. Quizá debería haber empezado por presentarme antes de entrar en el tema de mis intenciones: mi nombre, sin duda, no le dirá nada, puesto que yo pertenezco, más bien, a ese tipo de eminencias grises que se mantienen en un segundo plano, entre las sombras. Sin embargo, creo con seguridad que habrá usted oído hablar de mi cliente. Me llamo Hagen Fidelis y soy el agente de Martin Serner.

Por casualidad, Eva había estado aquel mismo día en la peluquería. El apellido Serner le sonaba.

—¿Es ese el actor que, al parecer, parece un joven dios?

—No lo parece —repuso Hagen Fidelis sin atisbo de ironía—. Lo es.

—¡Vaya! —exclamó Eva—. Si hay algo de lo que no se le puede acusar, desde luego, es de falsa modestia.

—En el caso de Martin, la falsa modestia no es más que hipocresía absurda —contestó Hagen Fidelis

«Un marica —pensó Eva—. Probablemente lo sean los dos: el joven dios y su gracioso representante». A Eva le gustaba relacionarse con homosexuales porque solían dedicar más tiempo a contemplar sus obras que sus curvas.

—Después de la película de la que voy a hablarle, no habrá en el cielo de este país una estrella más reluciente que Martin —prosiguió Hagen Fidelis—. O, al menos, así será si consigo unos decorados que permitan desplegar en toda su gloria un talento así. Un tema de las magnitudes del de esta película me ha hecho embarcarme en una búsqueda capaz de llevar a la extenuación al más vigoroso de los hombres. Se trata de *Semiramis*. ¿Le suena? Es una gran historia, señorita Löbel. Tan grande como para abarcar el mundo entero.

—¿Es uno de esos dramones monumentales, como los *Nibelungos* de Fritz Lang? —preguntó Eva—. ¿Todo cielos apocalípticos, océanos embravecidos y explosiones en gigantescos edificios, con los efectos especiales dominándolo todo? Lo lamento, señor Fidelis. Aún no sé exactamente qué espera usted de mí, pero me temo que el tema que tan agotadoramente le hace a usted buscar no me interesa.

—Espere, por favor.

Eva creyó ver ante sí la imagen del hombrecillo roedor colocándose el auricular entre la oreja y el hombro, y retorciéndose las manos en ademán furioso.

—*Semiramis* necesita un cielo apocalíptico, en eso tiene usted razón. Pero ¿no querrá usted decirme que eso le asusta? He visto sus cuadros de *Los rostros de la demencia*. Si no hubiera visto un cielo apocalíptico en cada rostro de los que usted pinta, no la habría llamado.

Ese comentario pilló a Eva tan de sorpresa que no supo qué responder. Vivía de las agresivas caricaturas que dibujaba para el periódico satírico *Der Wahre Jakob*, que hacían a sus amigos reír con malicia. Sus pinturas, habitualmente acuarelas difusas y óleos oscuros y pesados, pasaban prácticamente inadvertidas. La mayoría eran demasiado complicadas, no lo suficientemente evidentes como para una época que precisaba carteles propagandísticos, mensajes claros que saltaran a la vista del espectador.

La profesora de pintura de su escuela, un colegio femenino que sus padres habían considerado el más adecuado a su condición social, había roto los dibujos de Eva frente a toda la

clase: «No has estado atenta —le había reprendido—. De haberlo estado, tú también podrías dibujar los bonitos rostros que hacen Gertrud y Sibylle, en lugar de esos abominables fantoches contrahechos».

Eva se había mordido los labios para no mostrar flaqueza en público, pero, finalmente, no había podido soportar la presión y había llorado por la ofensa a sus retratos entre las risas de sus compañeras. «No debería haberlos pintado —había pensado—. Es culpa mía que los hayan roto y que ya nadie llegue a saber de su existencia».

No tenía a nadie con quien hablar de ello. A sus padres, las pinturas les parecieron tan repugnantes como a la profesora. En una ocasión, su padre había clavado uno de sus dibujos a la pared con chinchetas y, cuando Eva chilló, él le respondió: «¿A qué viene tanto teatro por unos garabatos?». Su madre llegó a pedirle a él que tirara a la basura, ante los ojos de su hija, un retrato que Eva había dibujado para ella por su cumpleaños. «Me he propuesto no sacudir nunca a mis hijos —le había dicho él—. Sin embargo, te mereces que saque la vara y te dé en la mano por lo menos media docena de veces por haber hecho ese espanto. Deberías avergonzarte por haber menospreciado la belleza humana y haberle dado un disgusto a tu querida madre con semejante basura».

Sin embargo, podía decirse que sí la había sacudido después de todo. Le había sacudido el corazón, que experimentaba una congoja como mínimo igual a la de su madre. Y había sacudido, hasta hacerlo pequeño y frágil, el coraje que había tenido que reunir para plasmar sobre papel el rostro materno: tan hermoso como ella lo veía y lleno del respeto que le producía. Un solo pensamiento pasó en ese momento por su mente: cuando su madre muriera, ¿quién sabría entonces de ella, ahora que el cuadro había acabado, hecho añicos, en la basura?

Tras aquellos golpes ya no era capaz de sentirse valiente ni motivada. ¿Cómo podía atreverse a pintar figuras humanas si, con cada brochazo, transformaba su belleza en horror? ¿Cómo iba a osar dar forma al milagro que era un rostro si este iba a acabar roto en mil pedazos o en la basura?

Finalmente, huía tanto de sus profesores como de sus padres cuando se fugó completamente sola a Berlín y solicitó entrar en la academia de arte de Charlottenburg. «Tiene usted talento —le había dicho el profesor Breuer, quien había evaluado su prueba de acceso—. Aunque le va a hacer falta dejarse la piel por su arte».

Peter Breuer había sido prácticamente el hombre que le había marcado a la escuela escultórica de Berlín el camino a la modernidad. El hecho de que semejante erudito la considerara dotada de talento le devolvió a Eva todo su corazón y su valor. Se dejó la piel. Allí, donde sus pinturas ya no corrían riesgo de caer en manos destructivas, los pinceles volaban y se le encabritaban sobre los lienzos y se rebelaban contra la estupidez de la burguesía. Sin embargo, en ocasiones aún la paralizaba la inseguridad: ¿Y si tenían razón? ¿Y si realmente no era capaz de preservar el recuerdo de aquellas personas en sus pinturas y, en lugar de eso, no hacía sino arrastrar su hermosura por el fango?

Jamás dejó que nadie se diera cuenta de sus titubeos, sino todo lo contrario: actuaba como si cualquier duda le fuera ajena. «Eva Löbel rebosa confianza en sí misma —señaló una vez uno de los pocos críticos que habían reparado en sus obras—. Es resuelta y descarada como sus caricaturas, pero sus trabajos en óleo y acuarela son harina de otro costal: la frágil debilidad de los modelos parece incapaz de soportar tanta energía».

«Debe de ser que soy así —pensó Eva—. ¿Quién protegerá esos frágiles y bellos rostros que no enmascaran mi descarada energía, sino mi debilidad?».

Aquella tarde de verano, mientras hablaba por teléfono con un agente cinematográfico desconocido, por primera vez entendió lo que había hecho que sus retratos horrorizaran de aquella manera a los burgueses de Niedernhausen: no era que fueran abominables, era que albergaban cielos apocalípticos. Aquel agente había sido capaz de expresar con un puñado de palabras lo que a ella llevaba años pareciéndole imposible de verbalizar.

—¿Señorita Löbel? —preguntó este con voz queda al cabo de un rato—. ¿Podemos contar con usted para nuestra película?

—Mis cuadros retratan personas —lo rechazó Eva—, no tienen nada que ver con dioses.

—*Semiramis* también habla de personas —respondió el agente—. Es la epopeya de la reina asiria que fundó la resplandeciente Nínive e hizo construir la torre de Babel, y que, cuando lo echó todo a perder, se arrojó al vacío desde la más gloriosa de las alturas por amor a un hombre. A Ara, el rey de Urartu.

—¿Quién es ese Urartu? —preguntó Eva.

—El reino de Urartu se extendía desde las faldas del monte Ararat —le explicó Hagen Fidelis—, allí donde el arca de Noé tomó tierra después del Diluvio.

—¿Eso está en Turquía?

—Al este de Anatolia —especificó Hagen Fidelis—. Rodeada de cordilleras a las que los asirios llamaron las «Montañas Terroríficas», como lanzas que se alzan contra el cielo. La región pertenece actualmente a Turquía, es cierto. Sin embargo, los auténticos descendientes de Urartu son, en realidad, los armenios que establecieron sus aldeas en aquellas elevadas tierras de labranza hasta que…

—Hasta que ¿qué?

—Nada —dijo Hagen Fidelis—. Olvídelo. Nuestra película transcurre hace cuatro mil años y no tiene nada que ver con eso. Semiramis es una de las cuatro mujeres que dominan el mundo. Su poder es invulnerable hasta que aparece Ara, rey de Armenia. La belleza de aquel hombre hace que todo su mundo se desmorone. Durante toda su vida, cada vez que ella ha anhelado algo no ha tenido más que extender la mano y tomarlo. Decide, pues, ahora, extender la mano en dirección a Ara.

Eva experimentó en ese momento una secreta envidia por la tal Semiramis. El bueno de Paul, con quien dormía por aquel entonces, era guapo, aún más guapo que el bueno de Hans, que lo precedió, pero ¿dónde demonios puede hallarse una belleza capaz de hacer que todo tu mundo se desmorone?

—Sin embargo, la belleza de Ara es frágil —prosigue Hagen Fidelis— y Semiramis ignora cómo debe tratarse la fragilidad. Cuando el rey de Armenia la rechaza para seguir fiel a la discreta muchacha a la que ama, la enloquecida soberana arrasa su reino con una guerra cruel. Destruye a su pueblo y no deja con vida ni a mujeres, ni a niños, ni a ancianos. Ni siquiera, en última instancia, al hombre al que ama. Cuando los dioses rechazan devolverle a la vida, ella pone fin a su locura y comprende, aunque demasiado tarde, lo que es la humildad. —Él guardó silencio durante algunos segundos, verdaderamente expectante—. ¿Y bien? —preguntó entonces —. ¿Es aún capaz de decirme que no hay ahí material para usted, señorita Löbel?

Había material para ella. Tanto, que la asustaba.

—No tengo ni idea —afirmó ella—. ¿Qué tendría que hacer yo, en cualquier caso?

—Necesito a alguien que se ocupe de la planificación de la escenografía —dijo Hagen Fidelis.

—No soy escenógrafa.

—Esos no me sirven para nada. Si doy una palmada, aparecen mil técnicos capaces de montarme unos bastidores. Lo que me falta es un director artístico, alguien que sea capaz de darle vida a un mundo que se cae a pedazos: aterradoramente extraño y, al mismo tiempo, reconocible para la gente de hoy. Y, precisamente por eso, aún más aterrador. Entiende lo que quiero decir, ¿verdad?

Eva no estaba segura de si entendía o no lo que él quería decir, pero ya veía ese mundo ante sus ojos: un mundo pétreo y gigantesco, de muros inmensos con rostros grabados en piedra.

—Piedra —dijo Hagen Fidelis y, en la imagen mental que Eva estaba formándose de él, se convirtió en Hanussen, el mentalista de La Scala—. Esos armenios lo esculpían todo en piedra: las fortalezas, los templos, las estatuas. En Urartu reinaba la creencia de que el alma de las personas podía conservarse en un retrato de piedra, y fue la piedra misma la que retrató al rey Ara: la leyenda dice que la tierra se plegó en el lugar en que la llorosa Semiramis cayó de rodillas frente al cadáver de su amado y formó el monte Ararat. Es maravilloso, ¿no le parece?

—Ciertamente —repuso Eva.

La historia podía ser un sinsentido conformado a base de retazos mitológicos, como lo eran la mayoría de las nuevas películas sonoras, pero eso no paliaba su grandeza. Una pasión oscura. Un mundo que se rompía en pedazos porque las personas lo destruían con su egoísmo. No podía haber material más hecho a la medida de Eva Löbel.

—Un mundo así es lo que quiere Martin —prosiguió Hagen Fidelis—. Inconmensurable. Pétreo. Eterno. Ha encontrado a un turco que puede esculpir esas cosas en piedra: sin seguir un modelo, directamente y sin pensar.

—Talla directa —dijo Eva.

—Exacto. Veo que lo conoce. Es impresionante lo que ese pequeño turco es capaz de hacer. Fuerza y delicadeza al mismo tiempo, que te conmueven de una manera extraña. Y ahora Martin quiere que le encuentre a un ilusionista capaz de trasladar todo eso a los escenarios. ¿Cómo no hacer cualquier cosa por un genio? Le dije: «¿Quieres que te encuentre un ilusionista? Pues te encontraré un ilusionista». Y *voilà:* ya lo he encontrado.

—¿Yo?

—En efecto —declaró Hagen Fidelis—. Tiene carta blanca. La UFA ha puesto a nuestra disposición unos exteriores en Babelsberg en los que usted podrá recrear toda Turquía, si le apetece.

—Y ¿por qué no se lo pide a su pequeño turco? —preguntó Eva.

—Porque es inaccesible —respondió Hagen Fidelis—. Nadie lo representa, nadie sabe dónde se encuentra. Al final resultará ser un mozalbete de algún pueblo de las montañas de Anatolia que esté desaprovechando totalmente ese don ancestral. No estaría a la altura de nuestras expectativas. Pero usted sí lo estaría, señorita Löbel. ¿Podría usted tener la amabilidad de acercarse a Babelsberg para echarle un vistazo a nuestro Urartu, sin compromiso? Sería usted como un ángel para mí.

—Un ángel es lo último que querría ser —respondió Eva—. Sin embargo, no tendría reparos

en ir a echar un vistazo, si pudiera organizarse una visita.

—¡Maravilloso! —celebró Hagen Fidelis—. Le enviaré un coche para que la recoja en un cuarto de hora.

—¿Qué? ¿Esta misma noche?

Eva miró de reojo por la ventana. Allí fuera, la noche berlinesa relucía y el vidrio le devolvió el reflejo de su rostro a medio maquillar. No tenía tiempo. Su *Paulchen* la esperaba en el salón principal del Romanischen Café, un lugar tan frecuentado por artistas que estaban deseando saltar sobre la primera oportunidad que les surgiera que popularmente se conocía como «La piscina». Él, allí solo, sería un cuerpo extraño entre las nubes de humo, los espejos cegados y los pájaros multicolor. Era un académico, un profesor de arqueología especializado en Oriente Próximo y, entre los amigos bohemios de Eva, solía sentirse como pez fuera del agua. Iba allí solo por ella y era un hombre realmente encantador. Aunque la relación comenzaba a perder fuerza, no se merecía un desplante así.

—Me gustaría llevar todo este asunto a buen puerto tan rápido como fuera posible —porfió Hagen Fidelis.

—Es muy comprensible —repuso Eva—. Pero ¿qué consigo yo con eso?

—Le enviaré el coche y se lo enseñaré —respondió el agente y colgó.

Eva se sentía escéptica o, para ser más exactos, envuelta en todo un ovillo de escepticismo que la llevaba a recelar incluso de la puerta de la limusina que habían abierto tan diligentemente para ella. Todo el mundo sabía a quién pertenecían los estudios UFA desde la crisis que les había afectado cinco años atrás: a Alfred Hugenberg, el magnate de los medios partidario de Hitler. Un gran mogol con el encanto de un contable. Eva no podía experimentar sino desprecio por las películas que él pudiera pergeñar con la UFA, aun cuando sus amigos hubieran proclamado a los cuatro vientos el rango de obra maestra que ostentaba *El ángel azul*. Entonces ¿por qué ir hasta Babelsberg? ¿Realmente era necesario herir los sentimientos de su querido arqueólogo para comprobar cómo un dios del celuloide pagado de sí mismo se colocaba en escena en medio de los bastidores ideados por un aldeano turco?

Entonces, miró a su alrededor. Y se enamoró.

En primer lugar, de las fotografías que Martin Serner había hecho de aquellas esculturas de Estambul. Dioses de piedra grabados en la roca, sencillos y severos, como extraídos de un pasado oscuro y remoto, con expresión enérgica, amenazante, todopoderosa. Y, sin embargo, con un dolor en sus rasgos que permanecía latente más allá del tiempo y del espacio.

Después, de Martin.

—¡Es increíble! —exclamó ante él, mientras rompía a reír de repente—. Desde los tiempos de la guerra, un escultor tras otro ha estado intentando expresar lo que ese turco ha conseguido hacer sin inmutarse.

Martin Serner apartó la mirada de las fotografías y se volvió hacia ella. En su hermoso rostro, Eva no pudo encontrar el más mínimo asomo de vanidad, ni de divinidad, ni de heroísmo juvenil; solo melancolía pura.

—¿Podría decirme qué es? —le preguntó—. ¿Qué es lo que ha logrado hacer el turco?

Eva lo miró a los labios. Después, se dirigió de nuevo hacia las bocas de piedra de las fotografías.

—Dolor —dijo ella y se estremeció—. La belleza de algo que no es capaz de llorar su propia destrucción.

—*Rosita del brezal* —dijo Martin Serner, sin apartar la mirada de Eva Löbel.

—¿Cómo dice?

—La rosa se defendió —citó él con los ojos entornados—. Más de nada le sirvió/Solo pena queda ya. —Se pasó la mano por la frente, en la que relucían algunas gotas de sudor—. Gracias. Todos a los que les he enseñado esas imágenes han exclamado, como en éxtasis: «Dios mío, ¡qué trazos más hermosos! ¡Qué energía, qué fuerza! ¿Dónde puedo comprarlo?». Usted es la primera que entiende lo que yo veo: la belleza perdida.

Eva redirigió nuevamente los ojos de aquellos labios que invitaban a besar a los labios pétreos que no se atrevía a tocar, y se enamoró de ambos.

—¿Quiere que le construya algo así? ¿Para su película?

Él asintió.

—Estas imágenes divinas me han perseguido desde que di con ellas en el Museo Arqueológico de Estambul. Son poderosas, intangibles y, aun así, parecen haber sufrido un martirio capaz de hacer que la piedra se resquebraje de dentro hacia fuera. Así quiero yo que sea mi rey armenio: no un muchacho modélico e ingenuo, sino un hombre que sabe que su mundo se enfrenta al cataclismo. Y que, sin embargo, no se decide a abandonarlo, pues sabe que no quedaría nada de él.

«Quiero acostarme contigo», pensó Eva. Martin Serner tenía aspecto de acabar de despertar de un sueño hermoso y ella quería devolvérselo.

—¿Lo haría? —preguntó él.

Ella dio un respingo.

—¿El qué?

Martin rio fugazmente.

—Construir mi Urartu. El mundo que se desmorona.

Eva reflexionó.

—Soy artista, pintora —dijo—. No soy escenógrafa. Nunca he diseñado unos bastidores, pero, si usted me ayudara a encontrar a su turco, quizá podríamos conseguirlo.

—La ayudaré en todo lo que usted quiera —dijo Martin Serner—. Quiero que lo consiga. Quiero que se quede y me ame, Eva.

No hay un verano en el que no surja algún nubarrón. Sin embargo, aquel fue un verano sin apenas dudas ni quebrantos. Eva nunca se había deshecho de ninguno de sus amantes solo porque el siguiente se lo hubiera exigido. Martin tampoco se lo exigió: ella dejó a Paul por voluntad propia. El arqueólogo fue el único de los hombres de su vida con el que conservó la amistad a pesar de haber dejado de acostarse con él.

—Casi debería considerar un honor caer derrotado ante una futura estrella mundial del celuloide —dijo él, con la mirada de un basset, y con eso cerró el tema.

Incluso los ayudó a encontrar al turco.

—Lo conozco —dijo cuando vio las fotografías que Martin había hecho de los dioses de piedra—. Quiero decir que conozco a un hombre que hace ese tipo de cosas.

—¿Un turco?

—Más o menos —respondió Paul.

Era exactamente el turco en cuestión. Después de terminar aquellas esculturas para el museo de Estambul, se había trasladado a Inglaterra y no estaba dispuesto a viajar a Alemania, aunque la UFA, por mediación de Hagen Fidelis, le ofreciera una pequeña fortuna.

—Tiene miedo —explicó Paul.

—¿Por qué?

—Tenemos a demasiados nazis por aquí para su gusto.

—También para el mío —gruñó Martin—. Pero con ellos es mejor hacer lo mismo que con los moscardones: no prestarles ninguna atención y no dejarles que te impidan vivir como te dé la gana.

«Con los moscardones se puede acabar de un manotazo», pensó Eva fugazmente. Sin embargo, aquel verano se dedicó a comportarse tal y como Martin había descrito: retozaba por la hierba con su amante sin prestarles ninguna atención ni a los nazis ni a las moscas, trabajaba con él para que la película fuera surgiendo de la nada y tenía los muslos en carne viva.

Los nazis, en aquel verano, aún no eran más que una banda de catetos de la que los parroquianos de la Piscina, el salón más anegado por el humo de tabaco de todo el Romanischen Café, se reservaban el derecho a reírse a carcajadas cuando no había nada mejor que hacer. El crecimiento demoledor que había experimentado ese partido en número de votos en las elecciones al Reichstag les resultaba asqueroso y era necesario promover algo de movimiento en su contra en las calles. Pero eso era algo que podía hacerse más tarde, en los días en los que el cielo se volviera más oscuro y en las noches en las que no se les olvidara respirar entre beso y beso.

Eva no quería acordarse de respirar. La belleza había hecho que su mundo se desmoronara, como el de Semiramis. Tenía entre sus brazos a un hombre espectacular y, desbordados de amor, construyeron entre los dos una película espectacular. Eva era hermosa y lo sabía. Una seductora de largas piernas que atraía a los hombres como el papel atrapamoscas. Sin embargo, con ninguno llegaba a abrirse del todo, pues la auténtica Eva, la que se mantenía oculta entre las sombras y no exudaba seguridad en sí misma, no se hallaba en sus palabras, en sus gestos o en la forma de su cuerpo, sino en su trabajo, única y exclusivamente. Se enamoró de Martin y su amor se convirtió en embriaguez, y su trabajo, en éxtasis. Las barreras entre el amor y el trabajo se desvanecieron. Martin era el único ante el que Eva se había mostrado en su totalidad: una Eva agotada por el amor a un hombre y que, con su trabajo en *Semiramis,* comenzaba a entenderse.

El turco que tenía miedo de los nazis tampoco pudo enviarles ningún esbozo. Les explicó que, en realidad, no utilizaba ningún borrador, sino que esculpía lo que le iba pareciendo adecuado en el momento. Todo lo que podía ofrecerles era un montón de fotografías y dibujos esbozados que él llamó garabatos y por los que no quiso recibir ningún dinero.

—Ni siquiera entendía que quisiéramos pagarle por estos impresionantes trabajos —informó Hagen Fidelis.

—¿De verdad existe alguien así? —preguntó Martin—. ¿Un salvaje analfabeto pero idealista que solo quiere crear por amor al arte?

De haber sido cualquier otro el que hubiera dicho semejante banalidad, Eva habría respondido con un comentario mordaz, pero con Martin incluso las trivialidades tenían su encanto.

—Pues habla un alemán excelente —dijo Hagen Fidelis—. Muy inculto no puede ser.

Inculto o no, lo cierto era que los carboncillos que el salvaje germanoparlante describía como «garabatos» eran fenomenales. Trazos como grabados en cristal, líneas que hacían surgir un rostro del papel con perfecta nitidez. Tan desatados que casi parecía que la celulosa pudiera sangrar.

—No dibuja —dijo Eva—. Esculpe el papel como si fuera piedra.

Los ojos de los rostros de carboncillo lo seguían con una mirada vacía.

—¿Qué te parece? —preguntó Martin antes de sumergir el rostro entre sus cabellos y besarle el cuello.

—Que tu salvaje es un genio. Y que carga con un sufrimiento que ni tú ni yo somos capaces de imaginar. Como un pobre diablo atrapado en una trinchera. ¿Ha habido alguna guerra en Turquía? Acabo de darme cuenta de que no tengo ni idea al respecto.

—Y yo de que estoy poniéndome celoso —susurró Martin—. ¿Qué puede haber más irresistible para una mujer que un hombre que sufre?

Ella lo atrajo y se lo hizo entender.

—No te preocupes por los celos: la competencia es buena para los negocios.

—Eso parecen palabras de la diosa Semiramis en persona. ¿Crees que lo conseguirás? ¿Recrear mi reino de piedra?

Eva miró de nuevo los dibujos.

—Si no fuera a querer, al menos, intentarlo, más me habría valido haber hecho caso a mi padre y haber sido ama de casa.

Lo intentó y, no solo lo hizo bien, sino magníficamente. Justo tal y como debía ser. Para representar los pilares de la entrada al palacio del rey de Armenia, utilizó grandes andamios de la altura de dos o tres hombres y, con madera y papel maché, los convirtió en dioses esculpidos en piedra. Gigantescos, grises, amenazantes y, no obstante, inclinados, como si cargaran con toda la pena y la incomprensión del mundo. En pleno calor de un agosto sofocante, ella subía por una especie de interminable Escalera de Jacob y daba forma, con las manos pegajosas, al rostro de la posteridad. Llevaba los esbozos del escultor turco en el cinturón y, cada vez que una ráfaga de viento le arrebataba las hojas y las desperdigaba por el suelo, ella descendía los innumerables eslabones y volvía a recogerlos.

Por las noches, se entregaba a la pasión con Martin tan cómodamente como la diminuta cama de la torre sobre la galería se lo permitía y, en cuanto recuperaba el aliento, los dibujos volvían a acaparar su mente. Ni uno solo de aquellos rostros reflejaba alegría, pero, en la mayoría, la boca se contraía en una especie de mueca que Eva interpretó como una cierta sonrisa sardónica.

—Me gustaría dársela a nuestros dos gigantes —dijo—. Esas sonrisas sardónicas que no reflejan diversión, ni siquiera algún disfrute burlón, sino un dolor rabioso.

El esmalte de los dientes de Martin relucía de amor sobre su rostro de asceta.

—¿Sabes por qué se llama así, *risus Sardonicus*, sonrisa sardónica?

—No.

Eva vio que la boca de Martin se estremecía y, durante un instante, tuvo la impresión de que la boca de los dibujos hacía lo propio.

—Parece que entre los primeros habitantes de la isla de Cerdeña existía una ley por la cual cualquier anciano que ya no fuera útil para la sociedad debía morir. Al amanecer, los hijos e hijas de los desafortunados llevaban a sus padres hasta los confines de la población para que los

sacrificaran. Nadie lloraba: ni las desgraciadas víctimas ni los hijos que las llevaban a la muerte. La mayoría sonreía. Una sonrisa llena de furia, de dolor y malevolencia ante el inminente martirio.

Eso era lo que ella había visto en los rostros abocetados del turco: las bocas petrificadas, torcidas en una sonrisa de dolor, de aquellos a los que, al amanecer, se conducía hasta los límites de la ciudad y se sacrificaba por su propio pasado. No pudo evitar pensar en sus padres, en Niedernhausen. Se imaginó a su padre, con el cuello de la camisa bien abotonado hasta el cuello, y a su madre, a quien, a pesar de sus exquisitos modales, se le había manchado de grasa la blusa perfectamente almidonada. Pensó en la forma en que su padre le había sacudido el corazón y el coraje, y en su mirada de infinito desprecio.

Al día siguiente, utilizó todos los materiales de los que disponía en un intento de dotar a los dos dioses de papel maché de la sonrisa sardónica, de ese gesto en la boca de aquellos que llevaban a sus padres al matadero.

Cuando, completamente agotada, descendió de la escalera, Martin se encontraba a sus pies y la abrazó, embadurnada como estaba.

—Me precio de haber descubierto dos dones tan magníficos —dijo, y la besó en la coronilla —. Eva Löbel, maestra del amor y maestra del arte.

Las gigantescas puertas de piedra, el escenario para la película *Semiramis*, fueron el primero de los trabajos de Eva que la hizo sentir verdaderamente satisfecha. Había representado más en aquellas imágenes de lo que hubiera sido capaz de expresar en palabras. Su obra había demostrado ser más hábil que la propia artista. Aquellas muecas sardónicas de dioses extranjeros habían silenciado la voz de su padre.

Tan pronto como los gigantes de piedra quedaron terminados, el equipo que iba a tomar parte en la película celebró una fiesta entre las alargadas sombras del atardecer. Erich Pommer, el productor, responsable también de *El ángel azul*, los protegió de los censores de Hugenberg. Aquella noche les permitió a todos beber champán y afirmó que aquella escenografía que se recortaba contra el cielo era un triunfo, a pesar de que, por lo general, era un hombre al que no se podía tildar de exaltado.

—Me permitirá que la bese, ¿verdad, señorita Löbel?

Y Hagen Fidelis besó a Eva en la mejilla como pudiera haberlo hecho su tía abuela. Era de menor altura que ella y sonreía dejando todos los dientes a la vista.

—Ha liberado usted a un genio, querida mía. Martin actuará entre estos edificios suyos como ningún otro hijo del hombre lo ha hecho antes en este mundo.

No todo el mundo mostraba la misma efervescencia que el pequeño agente, pero, aun así, aquel proyecto cinematográfico tenía la virtud de elevar el ánimo general. Por todas partes reinaba una atmósfera excepcional como solo puede surgir entre aquellos que saben que están creando algo extraordinario. En aquellas semanas de verano de 1932 todos eran inseparables, ya fueran protagonistas o figurantes, maquilladores, asistentes de dirección o encargados del cableado, como si todos se adoraran con efusión o no pudieran hacer nada los unos sin los otros: siempre serían aquellos que se unieron para hacer *Semiramis*. «¿Te acuerdas de aquella vez en Babelsberg?», sería la coletilla susurrada que los diferenciaría del resto del mundo.

En otoño comenzaron el rodaje. Tanto los plazos como el presupuesto se habían ya sobrepasado con creces, y Erich Pommer había perdido un puesto en una superproducción. Sin

embargo, siguió cubriéndoles las espaldas, impertérrito. Thore Kierling, el asesor artístico de la junta directiva de la UFA, que iba rondando a unos y otros y le hacía la pelota a todo el mundo sin que nadie acabara de tener claro cuál era su función, parecía, no obstante, mostrarse optimista.

—Evidentemente, nuestra reina babilónica es de esas a las que les gusta, ¿cómo lo diría yo?, hacerse esperar. —Cuando Kierling hablaba, parecía rechinar los dientes entre palabra y palabra —. Pero para eso me tienen aquí: para que no surja ningún roce. Con un poco de buena voluntad por ambas partes, todo saldrá a pedir de boca.

La primera boca en pedir algo fue Martin y sus cabellos rubios. Quería teñirse de moreno.

—El hombre al que interpreto es un rey armenio —suplicó a Karin, su maquilladora, a quien todo el equipo conocía como «Anna Karenina»—. Un hijo de Oriente Medio. Allí no existe la piel pálida y ni una sola cabellera rubia.

Anna Karenina rio con cansancio.

—Si tratara de teñirte esa pelusilla que tienes en la cabeza, terminarías yendo por ahí con el cráneo negro como un hotentote.

Martin se esforzó, si bien con un tono algo displicente, por explicarle a Anna Karenina que la palabra *hotentote* era un sobrenombre y que los habitantes de la única colonia alemana en Sudáfrica se llamaban, realmente, *khoikhoi*, lo que quería decir, a grandes rasgos, «hombres».

—Me importa un comino —le indicó Anna Karenina, que lo quería de una manera muy maternal—. No puedes ir correteando por ahí con la cabeza pintarrajeada.

—Ya es bastante malo que nos las hayan robado —murmuró Ede, el peluquero que le hacía de ayudante—. Las colonias, me refiero. Como si la raza aria no tuviera derecho al territorio más que ninguna otra.

Ede era apenas un chiquillo, tenía el aspecto de un bailarín de *ballet* y estaba desesperadamente enamorado de John Schultz, un atrezzista con el tamaño de un campeón de boxeo. Era el único de toda la plantilla que votaba a los nacionalsocialistas. Todo el mundo lo mimaba y nadie lo tomaba en serio.

—Eso sí que no lo consiento —dijo Martin—. El racismo es síntoma de una educación insuficiente, Ede. Aquí estamos para filmar una película sobre la extinción de un pueblo. Contamos esa historia para que ningún pueblo vuelva a aniquilar a otro y ¿cómo vamos a poder mantener esa pretensión si no tenemos una perspectiva más amplia que la de esos histéricos del partido nazi?

—Anda, ¿de verdad? —Anna Karenina dibujó la raya en el pelo de Martin—. Y yo que pensaba que estábamos haciendo una película sobre una de las pobres muñequitas a las que les has robado el corazón y, con él, todo su pequeño mundo.

Todos los presentes se rieron. Eva se rio también y, apartando la cabeza de un quejumbroso Martin de las manos de Anna Karenina, la posó sobre su pecho.

—Lo uno no quita lo otro —dijo, antes de besarle la corta cabellera—. Si *Semiramis* no tiene más fin que el de contar una historia de amor, entonces Pommer puede quedarse con el dinero de mis gigantes de piedra.

Anna Karenina, que llevaba en el mundo veinte años más que Eva, tomó las tijeras y las pasó por el afilador.

—Puede ser —dijo ella—. Pero cuando una película así, tan llena de gigantes de piedra y de

pueblos masacrados, no tiene también su historieta de amor, ¿quién demonios va a ir a dejarse los cuartos en el cine? ¿Qué me importa a mí que se muera fulanito si no está menganita que lo llore?

Martin besó a Eva. Una conversación así, en un verano como aquel… ¿Acaso le habían dedicado más de dos segundos a tomar aire y pensar en todo aquello?

—Por mí, puedes llorar como una magdalena, si quieres, pero tienes que teñirme el pelo —le dijo Martin a Anna Karenina—. No soy ningún *fulanito:* soy Ara, el rey de Armenia. ¡Necesito oscuridad, una profundidad sombría!

Siguieron con sus bromas sin darse cuenta de que Thore Kierling se dirigía hacia ellos. Tenía un especial talento para eso: podía acercarse sigilosamente a cualquiera sin que este se percatara.

—Estoy convencido de que será capaz de derretir a nuestras espectadoras como moreno con la misma facilidad con que lo hace de rubio —dijo—. Tan solo tengo una petición que hacerle, un pequeño ruego sin importancia: ese oscuro y sombrío rey al que interpreta usted, ¿es totalmente necesario que sea armenio?

Algunos de los presentes guardaron repentino silencio ante una pregunta que resultaba incomprensible. Martin también respondió dando palos de ciego.

—El reino de Ara el Bello se extendía desde las faldas del monte Ararat —dijo—. Por lo que sabemos hoy, eso es el asentamiento de los armenios.

—Sí, sí —se apresuró a transigir Kierling—, hoy eso se sabe, sin duda. Pero ¿cuándo transcurre la historia de nuestra *Semiramis?* En una época muy remota, ¿verdad?

—Considerando que fue aproximadamente mil años antes del nacimiento de Cristo, diría que tiene usted razón, sí —repuso Martin.

—Y el reino que gobierna nuestro héroe, ¿cómo se llamaba? —Thore Kierling resplandecía como si fuera el primero de la clase—. Armenia no, eso está claro.

—Urartu —dijo Martin.

—Maravilloso —opinó el asesor artístico de la UFA de Hugenberg—. Eso servirá.

—¿Qué quiere decir con «eso servirá»?

Thore Kierling se inclinó hacia él y lo punteó en el pecho con el dedo con un nivel de intimidad como si le gustaran los hombres tanto como a Ede, el peluquero.

—Hágame un favor, querido: cuando los semanarios y las revistas de estilo le pregunten, cuénteles que es usted el bello rey de Urartu. Haga que sus ardientes miradas hablen por usted. Simplemente, no mencione la palabra Armenia, y es mejor que también omita toda referencia a ese monte.

Era una petición sencilla: callarse algunas palabras que no significaban nada. El equipo se atuvo a las peticiones de Kierling y se olvidó de lo ocurrido.

A medida que la película iba rodándose, el entusiasmo crecía.

—¡Somos dioses! —exclamó Renée Vasari, quien interpretaba a Semiramis y de la que las malas lenguas decían que le había robado el papel a Dietrich—. Y tú eres tan encantadora que compartes a tu Martin con nosotros, ¿verdad? Nadie tiene derecho a guardarse un tesorito como este solo para sí.

Chasqueó la lengua y besó a Eva en los labios. Aunque tenía la presencia de una Carmen o de una Francesca de Rimini, Renée solo abrazaba hombres frente a las cámaras. En su camerino tenía un ejemplar de *Die Freundin,* un diario para mujeres a las que les gustaban las mujeres.

—Los dos sois demasiado bellos para ser fieles. Tanto Martin como tú, tesorito.

Eva nunca se había planteado la fidelidad. Nunca había tenido ningún motivo para ello y no estaba segura de tenerlo ahora. En noviembre, cuando aún había alguna que otra noche clara, habían roto el somier de su cama en la torre sobre la galería. Martin se había reído, le había prometido comprar uno nuevo y lo había olvidado. En diciembre, cuando la película ya estaba terminada y habían comenzado ya las lluvias, ella se dio cuenta de que estaba embarazada.

3
AMARNA.
LONDRES. ENERO DE 1938

«Soy una mujer afortunada», pensó Amarna. Se escurrió entre la multitud de cuerpos en gruesos abrigos de invierno y salió de un salto del autobús. «No tengo ningún motivo para sentir un nudo en la boca del estómago: tengo todo aquello con lo que otros sueñan. Tengo el trabajo que quería y que siempre querré. La casa más bonita de la ciudad. Y, cada tarde, tengo tal ansia de ver al hombre que me ha deparado el destino que siempre vuelvo a casa corriendo».

Ansia por ver a su marido. Eran imágenes que se sucedían una tras otra a toda velocidad, como en un álbum que alguien ojeara con prisa y, con cada página, le entraban ganas de gritar: «¡Quieto! ¡Para de una vez!». Sin embargo, el ansia no desaparecía al reunirse. Ella quería penetrar, asir con las manos aquellas escenas y quedaba profundamente decepcionada cada vez que topaba con una superficie sin aroma.

Amarna era arqueóloga y trabajaba para el Departamento de Oriente Medio del British Museum. Su casa estaba en Regent's Canal, en el bullicioso centro del este de Londres: era un antiguo almacén que su marido había restaurado a partir de un sueño que había tenido. Desde que habían llegado a aquel país, hacía apenas seis años, él había hecho todo lo posible por convertirse en el británico perfecto. Llevaba ropa de *tweed* y se ataba la corbata con un nudo Windsor, se cortaba el pelo y se afeitaba, y los sábados iba al críquet con los vecinos. Lo único que no era británico era su casa. Era la casa de sus sueños.

Mientras corría, Amarna se cubría la cara con la capucha para que no la reconocieran. Desde que las esculturas de su marido, así como el *Zócalo vacío* que este había construido, se exhibían en la Royal Academy of Arts, la gente continuamente la paraba por la calle para decirle: «¿No es usted la mujer de Arman Artsruni? *For heaven's sake*, niña, ¿sabe usted lo mucho que la envidiamos?».

«Sí, lo sé —le siseaba Amarna mentalmente a su interlocutora del momento—. Me envidio a mí misma, aunque no tenga hijos y aunque sienta angustia porque la palabra que han utilizado dos hombres en el autobús ha sido como un puñetazo en el estómago». Corrió aún más rápido. Las resplandecientes farolas teñían de amarillo la oscuridad. Iba en contra de la marcha y la gente se hacía a un lado un segundo para dejarla pasar sin reducir su propio ritmo. Ni uno solo se demoraba, todos tenían prisa. ¿Es que no había nadie en aquella ciudad que estuviera solo? ¿Todos tenían a alguien esperándolos?

Cuando llegaron al puerto de Parkeston Quay, en Harwich, Arman se echó al hombro su equipaje de refugiado y corrió pasarela abajo, lejos del barco. Amarna había intentado reírse de aquello.

—¿Adónde vas tan rápido?

—Quiero llegar a Londres.

—Y ¿por qué tanta prisa? No tenemos a nadie que nos espere en Londres.

Ambos habían enmudecido, dolidos por el significado de esa frase. Nadie los esperaba. Eran dos extranjeros.

«Nunca volveré a sentirme así», se dijo Amarna. Por fin vio su casa. Era antigua, inmensa y estaba construida en ángulo sobre una pendiente que llevaba hacia el canal. Era una casa tranquila en una ciudad que nunca estaba tranquila y fuera quien fuera el que iba a visitarlos, siempre le preguntaba a Arman si no querría venderla.

«Es de mi mujer», respondía Arman con paciencia, aunque en verdad la casa era ya tanto una de sus creaciones como cualquiera de sus célebres esculturas. Era parte de él, tanto como su *Zócalo vacío*.

Amarna resbaló sobre el fango medio congelado y siguió deslizándose los últimos pasos hasta la entrada. La luz surgía por el cristal de la puerta principal como una mano amiga que le diera la bienvenida a la protección del hogar. La puerta se abrió de par en par antes de que Amarna tuviera tiempo de llamar o de pescar la llave en las profundidades del bolso. Un diminuto anciano de melena blanca apareció frente a ella, con la camisa y el chaleco desabrochados sobre un cuerpo frágil como el cristal.

—*Sevgilim.*

Sevgilim. Querida mía.

Se llamaba Bülent. Amarna le llamaba suegro, *kayinpeder,* aunque el auténtico padre de Arman estaba muerto y enterrado. Ella lo cogió del brazo como quien recoge un pajarillo con las manos: con delicadeza y firmeza, para evitar causar ningún daño a los frágiles huesecillos. Arman, por el contrario, era un hombre grande para alguien de su raza y tenía unos hombros fuertes y bien formados. En ocasiones, no obstante, sus ansias de él se entremezclaban con el mismo miedo a herir algo tan vulnerable, y la embargaba el deseo de cuidarlo.

—¿Va todo bien, *sevgilim?* —preguntó Bülent.

Ella asintió, pero era mentira. Querer a un anciano tan frágil no ayudaba a calmar el nudo que tenía en el estómago, sino que lo empeoraba. Bülent no solo estaba delicado, además era un anciano que había perdido su patria y que vivía con el constante terror acechante de los refugiados. Dormía mal por las noches porque soñaba con hombres de uniforme que le aporreaban la puerta para apartar a Arman de él. Amarna lo agarró con más fuerza.

—¡Ay! —aulló—. ¿Es que quieres romperme los huesos, loca?

Ella lo besó en las tonsuras que la edad había abierto en sus cabellos de algodón.

—¿Arman? —preguntó ella.

—Está arriba —contestó Bülent y señaló al techo.

—¿Ha comido?

El anciano negó con la cabeza, afligido.

—Se ha llevado una buena regañina por mi parte, pero no ha servido de nada. Le hace falta una de las tuyas.

—Tampoco servirá de nada.

Le dio otro beso. El nudo en el estómago se apretó todavía más.

—¿Y tú, *sevgilim?*

—Yo he comido en el museo.

Eso también era mentira. Había comido con Wally, pero no merecía la pena tratar de explicarle eso a Bülent. Podía ser pequeño, pero era un auténtico halcón. Tan pronto como sentía que alguien intentaba causarle algún daño a su pequeño expósito, sacaba sus afiladas garras a relucir.

—Deberíais comer juntos —gruñó—. Si te sentaras a la mesa con él, podrías meterlo en vereda.

—¿Y de qué serviría eso? Aparte de para contemplar cómo va paseando con esmero tres cucharadas de verdura de un lado a otro del plato sin llevarse nada a la boca.

Le encantaba ver a Arman trabajar con los dedos con la precisión que lo caracterizaba, pero cuando se trataba de comida era una auténtica tortura.

Bülent se encogió de hombros.

—Allí de donde yo vengo, los maridos y las mujeres se sientan juntos a la mesa. Le haría bien, ahora que tiene que pasar tanto tiempo ahí afuera. Lo que hay ahí afuera no es para Arman, ¿lo entiendes?

«Lo que hay ahí afuera» era Londres, que para Bülent seguía siendo un lugar tenebroso a pesar de llevar ya casi seis años residiendo allí. Ignoraba que Arman había nacido en una metrópolis tan bullente de actividad humana como Estambul, que por aquel entonces aún se llamaba Constantinopla. Para él era como un hijo, por lo que debía proceder de una aldea de Anatolia llamada Boğazköy, en la que todo el mundo se conocía y todo el mundo sabía que aquel chico de doce años empapado en sangre al que había metido a duras penas en su casa y al que había devuelto la vida no era ningún turco musulmán. Boğazköy, donde cualquiera le escupía, algunos incluso lo habían pisoteado y golpeado, pero nadie lo había traicionado.

Arman había querido ir a Londres. A una ciudad en la que nadie conocía su nombre y la gente suspiraba: «¡Qué exótico!». Nada más.

—Para la pequeña también sería lo mejor —dijo Bülent.

—La pequeña se llama Rehan y, según su pasaporte, tiene veintiséis años.

Büllent volvió a encogerse de hombros.

—¿A mí qué me importa su pasaporte? Solo es una niña.

No tuvo nada que objetar a eso. Rehan era una niña y siempre lo sería. Una de los llamados niños de la Marcha de la Muerte, a la que Arman había recogido y había reclamado como su hermana. Arman sufría un trastorno de control de impulsos. «Todo lo que quiero y no puedo tener, lo robo». De todo lo que no tenía, no había nada que deseara tanto como una familia. Amarna revolvió la melena de algodón de Bülent.

—Voy arriba, ¿de acuerdo?

—¿Estás segura de que todo va bien, *sevgilim?* ¿Os va bien?

Asintió con presteza y se separó de él. Todo iba bien. Les iba muy bien. Subió los tres tramos de escalera hasta la buhardilla. Cuando abrió la puerta del dormitorio, que se extendía bajo todo el armazón del tejado, le iba tan bien como pudiera irle a cualquier mujer.

El dormitorio había sido la última habitación que Arman había arreglado. Arman le otorgaba alma a la piedra, ese era su trabajo. Sin embargo, a aquella habitación le había otorgado el alma de su amor. Era un cuarto amplio, cuyas paredes oblicuas ofrecían sensación de protección, olía a madera y tenía una ventana al cielo. Arman dejaba esa ventana casi siempre abierta, aunque solía quedarse frío antes que Amarna y siempre tenía los pies helados, puesto que trabajaba descalzo.

La luz no bañaba la totalidad de la habitación, sino que creaba islotes. Sobre la cama que compartían había mantas tupidas. A ambos lados se acumulaban los libros, y de una viga en la pared colgaba su ropa. No tenían armarios, pues a Arman le gustaba ver la ropa de Amarna y hundir la cara en ella para disfrutar su aroma. A Amarna también le gustaba ver la ropa de Arman, acariciarse el rostro con las camisas que él había usado y alisar las arrugas que sus amplios hombros habían dejado en las chaquetas. No había, por tanto, apenas muebles. Tan solo el gramófono, una mesilla de hierro para vino y copas sobre la que Arman estaba restaurando un mosaico, y el caballete que utilizaba para dibujar.

Frente al caballete se encontraba él en ese momento, con su atlética espalda vuelta hacia Amarna. Al entrar ella, interrumpió el trazo de carboncillo y se dio la vuelta. Tenía mal oído, pero la oyó. La expresión que encontró en su rostro era más halagüeña que cualquier cumplido. Como si alguien que siempre tiene la puerta cerrada la hubiera invitado a entrar en su corazón.

«Quiero correr hacia ti, Arman. Ambos tenemos ya más de treinta años, hace casi seis que compartimos nuestras vidas y no nos va mal. Ya no soy una muchacha enamorada, pero, por ti, con esta luz tenue que te ilumina el rostro, con esa expresión tuya que nunca llegará a sonreír del todo, quiero seguir siéndolo. Embriagas como el vino. Quiero correr hacia ti como aquella vez en Hattuša. Solo nosotros dos, como si no hubiera nada antes ni detrás de nosotros».

—Amarna —dijo él.

—No —dijo ella y le lanzó un besó—. No te interrumpas.

Él se metió el carboncillo en el bolsillo y salió a su encuentro. Eso sí que era volver a casa. Su aroma. Su camisa, cuyo cuello solía aflojar en cuanto se encontraba él solo allí arriba. Su abrazo, que hacía que ella pensara: «Todos los hombres deberían ser escultores». Unos brazos en los que se podía sentir hasta el más pequeño de los músculos, unas manos que no sabían acariciar sin crear alguna forma. «Quiero acostarme contigo, Arman». La besó con labios resecos, ella le acarició la espalda y sintió lo lejos que había estado de ella.

Había algo en su atractivo marido que no le dejaba vivir en paz. Algo dentro de ese apátrida, que nunca había deseado otra cosa más que encontrar un hogar, no le permitía echar raíces. El único superviviente de su pueblo vagabundeaba sin descanso por el vacío. A veces, para que él pudiera sentirla, ella lo abrazaba con tal fuerza que se hacía daño. Sin embargo, él se limitaba a mirarla fijamente sin decir nada.

Tan solo en una ocasión, al inicio de su historia, ella le había dicho:

—No quiero que vivas siempre bajo un manto de tristeza.

Él había soltado su abrazo.

—¿Y si no es posible?

Ella le había dado la misma respuesta que le daría ahora:

—Entonces, que así sea.

Ella lo empujó suavemente hacia el caballete.

—Dibuja líneas, señor Artsruni. Haz lo que sabes hacer.

Él arqueó las cejas.

—No tengo que…

—Ya lo creo que sí —Amarna rio y le dio una serie de dulces empellones en el pecho—. Vamos, ve. Puedo esperar.

—¿Estás segura? —Él volvió a enarcar una ceja, aunque ya tenía el carboncillo entre los

dedos—. ¿Qué tal el día?

—Eso puede esperar —dijo Amarna y le lanzó un beso al hombro ya vuelto hacia el lienzo.

Su día había sido el trabajo en el que debería haberse concentrado mejor, una conversación con Wally y un nudo en el estómago. Si quería hablar de ello necesitaba que él estuviera muy cerca.

—Preocúpate solo de tus dibujos. Yo te miraré mientras tanto.

Adoraba mirarlo. Todo lo que él se ponía le quedaba bien, ya fuera un traje de chaqueta hecho a medida o la desastrada camisa de un cabrero. Mostraba elegancia incluso en ropa interior, inaccesible y desvergonzado al mismo tiempo. Pintaba descalzo y los muslos, muy tensos, se le marcaban bajo el pantalón.

—Te vas a aburrir —dijo él.

—¿Tú crees? Entonces, leeré el periódico.

—Lo he dejado en el caballete.

Arman era ordenado hasta la exageración. Cuando terminaba de leer su bendito periódico matinal, lo doblaba de tal manera que podría haber vuelto a venderse como nuevo. Amarna se sentó en el suelo y apoyó la espalda en la pared. Hacía frío. Le habría gustado cerrar la ventana, encerrarse bajo techo y leer el periódico de cabo a rabo. En lugar de eso, lo hojeó hasta que llegó al suplemento cultural. Lo que la angustiaba aparecería en las primeras páginas, no allí detrás, en la inocua sección de arte y literatura.

—¿Quieres un té? —preguntó Arman.

—Quiero que cierres el pico y dibujes —dijo Amarna y se colocó el periódico en las rodillas.

4

«El hombre del *Zócalo vacío* – Las monumentales esculturas de Arman Artsruni en la Royal Academy of Arts».

La fotografía de Arman, de medio perfil, con la barbilla ligeramente hundida, era indeciblemente hermosa. De no haber sido así, quizá Amarna hubiera vencido la tentación de leer aquel artículo con pretensión de crítica de la exposición:

> Artsruni nos muestra lo terrorífica que la piedra puede llegar a ser. Él mismo parece hecho en piedra, como si fuera su propia obra maestra. Tanto cuando observamos la obra de arte como al artista, uno se sorprende nombrando a susurros las partes de su cuerpo. El pulso de la escena artística londinense se ha acelerado desde hace algunas semanas, y quien menciona los muslos de las criaturas de piedra piensa, al mismo tiempo, en los hombros del creador. Artsruni, moreno, atlético, atractivo, es un agitador capaz de robar la paz de cualquiera. Su rostro, como esculpido en piedra, hace dudar de si unos rasgos tan extraordinarios son capaces de producir algo tan profano como una risa o tan húmedo como las lágrimas.

Amarna hizo una pelota con la página del periódico y la lanzó al otro extremo de la habitación.

—¿Alguna de estas plumillas de medio pelo ha intentado quitarte la ropa? —le bufó a Arman, olvidando que quería dejarle dibujar.

Arman estaba de pie frente al caballete, concentrado en los detalles. La pálida luz de la luna no arrojaba más que sombras sobre el papel. Amarna, no obstante, estaba convencida de que Arman era capaz de dibujar en la oscuridad, de pensar en un trazo sobre el papel y realizarlo con la misma seguridad sonámbula con la que recreaba aquellas imágenes en la piedra. Lentamente dejó que el carboncillo se posara y negó con la cabeza.

—No —dijo, con una mirada que parecía hacer correr una cortina sobre su rostro—. Creo que no.

Los hombros se le tensaron visiblemente bajo la tela de la camisa. Todas sus camisas, incluida la que usaba para dibujar, eran de seda, relucían y hacían resaltar su piel. «Muy bien, desnudadlo —pensó Amarna con rencor—. Quedaos pasmadas ante lo que oculta bajo su armadura». Las autoproclamadas expertas en arte podían gritar como histéricas ante sus hombros bien formados, pero desconocían lo tensos que se le ponían cuando tenía miedo. Miedo de que alguien pudiera aparecer tras él, arrancarle la seda de la espalda y destruir su aparente inquebrantabilidad.

—¿Es que he roto algo o, simplemente, esta noche no me aguantas?

—Sí que has roto algo —dijo Amarna—, aunque todavía no estoy muy segura del qué. Y, decididamente, esta noche no te aguanto.

Ella percibió el movimiento de sus hombros tensándose. Las otras celebraban esa obra maestra que se había esculpido a sí misma en la piedra y para su esposa quedaban el encogimiento y la espalda arqueada, como si acabara de recibir un latigazo. A las otras jamás se les habría ocurrido semejante comparación. Al fin y al cabo, vivían en el siglo XX, en la ciudad más avanzada de Europa, donde el látigo se utilizaba, como mucho, para azuzar a los caballos.

—¿Puedo hacer algo para cambiarlo? —preguntó con una frialdad que solo podría engañar a las otras.

—No tienes por qué —respondió Amarna.

Él alzó la mano. Tenía la palma blanca y limpia, únicamente las puntas de los dedos aparecían manchadas de carboncillo.

—El hecho de que yo no tenga nada que ver con la basura que escriben sobre mí no me ayuda en absoluto, ¿verdad?

—¿Lo has leído? —preguntó Amarna.

—No. Nunca lo hago.

—Pues deberías disfrutarlo. Te alaban en un tono que haría palidecer tus cánticos sagrados favoritos.

—Pierden el tiempo conmigo.

—Eso les dolerá en el alma a tus amigas del periódico, no hay duda —dijo Amarna—. Preferirían que les dejaras toquetearte bien, estoy convencida.

¿Por qué le estaba haciendo esto? ¿Por qué le reprochaba esas cosas y lo hería de esa manera? Él tenía razón. Esas plumillas de medio pelo le importaban un comino y sus sandeces se las pasaba por otra hermosa parte de su anatomía.

«Porque sé lo que ellas piensan: que debo de ser una frígida, una bruja plana y flacucha con quien aquel ser divino había decidido casarse a saber por qué. Piensan: “¿Por qué no le da un hijo a nuestro hermoso dios de piedra? ¿Por qué va corriendo por el barrio y da extrañas conferencias en lugar de dejar que ese exótico adonis la posea y perpetúe su estirpe?”. Eso me llega a lo más hondo, duele tanto que lo siento hasta en el cuerpo. Gracias por aguantarme, Arman, pero será mejor que me des la espalda. Solo la espalda, no la mejilla, el orgullo o el corazón».

—No tengo ningún amigo en ningún periódico —dijo Arman—. Ni siquiera tengo amigos. Solo uno.

—¿Wally? —preguntó Amarna—. ¿Dexter? ¿Sedat?

—Tú —dijo Arman.

Se volvió de nuevo hacia el caballete. Sacó el carboncillo del bolsillo y se limpió la mano en el pantalón, a la altura del glúteo. El corazón de ella comenzó a latir con fuerza. Se hacía los pantalones a medida, pero tenía unas nalgas tan finas que se le caían. «Nos va bien —pensó ella —. Aunque no tengamos hijos. Si una mujer sigue suspirando por el trasero de su esposo después de seis años, es que les va muy bien».

—Vuelve a hacer eso y tal vez sea capaz de soportarte esta noche después de todo —dijo ella.

—¿El qué? —dijo él, sin dejar de mover el carboncillo.

—Menear el culo.

—No sé hacerlo.

—Lo sé.

Tenía un trasero descaradamente bonito. Y él lo castigaba cubriéndolo de harapos porque no le encontraba más utilidad a ese cacho de carne entre la espalda y el muslo que la de sentarse en el inodoro. Y trataba aún peor las plantas de sus pies. Su danzarina manera de andar, que solía despertar miradas anhelantes a su alrededor, se debía realmente a que tenía las plantas de los pies golpeadas y llenas de cicatrices, y no habían podido desarrollársele bien. Algunos días se le quedaban estancadas a medio camino entre la diversión y el dolor, y no había una vía intermedia ni palabras para describirlo.

—Lo siento mucho —dijo Arman mientras dibujaba.

—Te quiero —dijo Amarna y no hizo nada.

—¿Incluso esta noche?

—Idiota.

Ella fue hacia él y le abrazó la espalda, y le acarició los omóplatos con las manos abiertas. Él se quedó quieto y simplemente inclinó la cabeza para mirarla de lado. El cabello, negro como la tinta y grueso como el césped inglés, le caía sobre la frente, demandando ya el trabajo de un peluquero. Entonces, la llevó frente a él y la besó. Era un don: podía atraerla hacia él y hacerle perder la noción de la realidad y, al mismo tiempo, guardarse el carboncillo en el bolsillo y pasarse los dedos sucios por el pelo, negro azabache.

Eso y la manera salvaje en que lo deseaba en ese momento, hicieron que Amarna rompiera a reír. Se obligó a mantener las manos quietas sobre sus costillas, pues habría preferido hacerlas descender, y gimió ante lo dulce de la tentación. Finalmente, se concedió agarrarlo por la cintura para perder seguidamente la paciencia y sacarle la camisa del pantalón. Todo en Arman era delgado, tenso y fibroso: sus músculos se mantenían tersos por el trabajo con la piedra. En Urartu, el reino del que procedía su pueblo, la gente creía que la piedra preservaba el alma de los seres queridos por toda la eternidad si esculpían sus figuras en ella.

«Mi guapo marido». Las manos de Amarna abandonaron furtivamente el talle de Arman, se extendieron por los costados y llegaron a las caderas. Él se inclinó ligeramente sobre las rodillas, y frotó suavemente la pelvis contra la de ella. Para él, la coquetería era un concepto ajeno. En cuanto a tácticas de seducción, no dejaba nada a la imaginación.

Para las otras podía estar hecho de piedra, pero cuando estaba en sus brazos era carne pura. Viva. Mortal. Perecedera. Ella quería que su cuerpo preservara su alma para la eternidad: la piedra no era suficiente. La manera en la que se le estremecían los labios antes de un beso debía sobrevivir en la boquita de un niño. Un hijo al que dejara crecer el pelo en largos rizos debía heredar los remolinos que le salían en las sienes cuando se olvidaba de pasar por el barbero.

Ella arrastró las manos hasta el cinturón de Arman, que no tenía suficientes agujeros como para lograr que los pantalones no se le movieran del sitio. En la inauguración, cuando se había presentado con un fajín ceñido a la cintura de su traje de etiqueta, las plumillas se habían dejado llevar por la histeria. «Pero ¿qué le das de comer? —le había preguntado su vecina Doris—. En mi próxima vida, yo también pienso buscarme a un figurín como ese: mi Dexter está hinchado como un pudín de Yorkshire».

Doris era una joya y Amarna no la cambiaría por nada en el mundo, aunque en ocasiones quería matarla. Le habría gustado contestarle que lo alimentaba con todo lo que él aceptaba comer después de mendigarle, chantajearlo y llorarle. «Algunos días llego a contar hasta las

migas que le quedan en el plato. Parezco gorda a su lado. Como una tenia que le robara el pan y la sal al más desgraciado de los hombres».

—Tiene anorexia —dijo, en vez de eso.

—¿De verdad? ¿Y eso es lo que hace que esté tan delgado?

Delgado y muerto. Lo que tenía no podía curárselo ningún médico. Y había anoréxicos que morían de hambre frente a pucheros llenos a rebosar.

Doris se había percatado de su mirada y le había dado un par de palmaditas cariñosas en la rodilla.

—*Oh, my giddy aunt!* Y ¿dónde pilló eso, *sugar pie?*

—En la guerra —respondió Amarna.

Más que una respuesta, era una petición de silencio. La única réplica de Doris consistió en cerrar la boca.

Tiró de los pantalones y los calzoncillos de Arman cadera abajo. Todo en él era delgado, tenso y lleno de cicatrices. Tenía los músculos lumbares duros, como tallados en piedra.

«Nos va bien. Aunque no tengamos hijos. Tiene el pene tieso como una vela y es la única parte de su cuerpo en la que no hay cicatrices incurables». Arman le desabrochó la blusa botón por botón, se inclinó y le besó los senos helados. Entonces, se interrumpió.

—¿Qué ocurre, Amarna?

Volvió el rostro, hermético, hacia ella, que aún conservaba en la nariz ese aroma, el que él producía antes de hacer el amor. Su marido, el mismo que ahora estaba apartándola de él.

—Nada. Lo siento.

Ella intentó volver a abrazarlo, pero ese hombre, seductor como una serpiente, también podía volverse rígido como un palo cuando quería.

La miró fijamente, aún con los pantalones bajados.

—Todavía me molestan —tanteó, con voz pesada—. Esas tonterías que escriben sobre ti.

—No tiene nada de nuevo que los periódicos escriban chismes estúpidos, ¿no es así? En cualquier caso, ¿por qué lo lees?

—Y tú ¿por qué lo ignoras? —bufó ella—. El que no hagas nada para impedirlo hace que parezca que el que una panda de niñatas mimadas te tengan como objeto de deseo está bien.

Arman se ruborizó. Se subió los pantalones y se abrochó el cinturón.

—Esa panda de niñatas mimadas es parte de mi patria —dijo él.

—Pero tú no lo eres. Por mucho que te gustaría serlo.

Aquellas palabras resonaron como bofetadas. La primera, en el rostro; la segunda, bajo la línea de la cintura. Los ojos de Arman se humedecían cuando algo lo hería de verdad. El resto de él permanecía impasible.

—Arman, vuelve aquí conmigo. Cuando me dejas, esta habitación se vuelve demasiado fría.

Los pies de su marido eran como dos bloques de hielo. Ella quería llevarlo a la cama y frotarse contra él hasta hacerle entrar en calor. Pero él cogió la colcha que Rehan les había tejido y se la echó sobre los hombros. Después, se alejó de su mujer y la miró.

—¡Maldita sea, Arman! ¡Quiero un hijo!

Su marido apretó los labios.

«No desearía tanto tener un hijo si no supiera lo mucho que lo deseas tú —pensó ella—. Si no supiera que necesitas un hijo para no ser el último de los tuyos».

Se armó de valor.

—Hoy Wally me ha hablado de una doctora que se ha interesado por mi proyecto y estaría dispuesta a compartir la financiación. Wally cree que también estaría dispuesta a examinarme…

—¿Una doctora a la que acudes cuando no puedes tener hijos?

Amarna asintió.

—¿Y hablas con Wally de esto?

Walter, al que todo el mundo llamaba Wally, era amigo de Arman, por mucho que este dijera lo contrario. Era el conservador más joven de Gran Bretaña y había descubierto a Arman cuando todavía se dedicaba a limpiar el polvo a los relieves del museo. Sin embargo, entretanto, el museo había contratado a Amarna y Wally se había convertido en su jefe, lo que no justificaba que ella le confiara temas que no deberían haber salido de las paredes de su dormitorio.

Arman levantó las manos.

—Yo no te he dicho que hicieras nada.

—No es lo que tú crees.

—Yo no creo nada —mintió él—. Además, podríamos financiar tu proyecto nosotros mismos. La gente se vuelve loca con estas exposiciones. Comprarían hasta los pedos que me tirara.

—No lo permitiría. Tus pedos me pertenecen.

Parte de la tensión en el cuerpo de Arman se relajó finalmente.

—Si quisieras, podríamos vender la casa —dijo.

La casa del canal. La que él había arreglado con sus propias manos, la que amaba y que había elegido precisamente por el canal. Su casa, la que había comprado sin tener ni un penique para no tener que seguir vagando por el mundo con su macuto de refugiado. Wally los había avalado.

—Lo avalaría en cualquier cosa que me pidiera, señor Artsruni —le había dicho—. Para un talento como el suyo no hay más límite que el cielo, y llegará el día en que podrá pagar casas como esta con el dinero suelto que le sobre en el bolsillo.

Sin embargo, Arman había pasado demasiado tiempo vagabundeando bajo nada más que el cielo. Quería encontrar los límites de una valla en el jardín y pagar la casa no con el dinero que le sobrara en el bolsillo, sino con una cuenta bancaria en condiciones. Mes a mes. Durante el día, limpiaba el polvo de las esculturas del museo y, por las noches, esculpía las suyas propias en piedra. En una ocasión, se había derrumbado de puro agotamiento y Amarna lo había reprendido, furiosa: «Deja de una vez de vivir como un poseso. Deja de explotarte como si tuvieras que pagar la maldita casa con tu propia sangre».

Él había escondido la cabeza entre los hombros. Amarna sabía lo mucho que se despreciaba por ello, lo impotente que se sentía. Aquel que ha recibido golpes que no pretenden doblegar, sino aniquilar, sigue haciéndolo toda la vida. Ella se había avergonzado de sus palabras.

—Yo solo te quiero a ti —le había dicho—. No una casa señorial en la que tú mismo hayas colocado cada baldosa a mano. ¿Sabes qué es lo que más deseo en este mundo? Que todo te salga bien, Arman.

Había tendido los brazos hacia él, pero, en aquel momento, era más frágil que el agua que gotea del plumaje de un pato.

—Me va a las mil maravillas —le había dicho—. Duermo junto a una reina de ojos de lapislázuli y, cuando me despierto, ella siempre está ahí. Pero si no tengo una casa, no podré

reteneros a mi lado, ni a ti, ni a Rehan, ni a Bülent.

No tenía sentido discutir. Había colocado baldosa por baldosa de aquella casa, porque lo hacía por su familia. Los grupos de visitantes que se arremolinaban a las puertas de su casa le preguntaban a Amarna quién les había decorado el interior de la vivienda, «porque esto es absolutamente encantador, querida. Un hogar estéticamente perfecto para una pareja estéticamente perfecta».

Arman se convertía en otra persona de puertas para afuera. Alguien que aún cargaba con su macuto de refugiado, que estiraba la espalda y contenía el aliento. La casa era su castillo, en el que se atrevía a dormir sin la protección de su mujer. Donde se atrevía a desear tener un hijo. Era algo más que una casa. Era su hogar familiar.

Y ahora, ahí estaba, frente a ella, ofreciéndole venderla. Desprenderse de su caparazón de la misma forma en que las plumillas querían desposeerlo de la camisa. Ella le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—¿Y adónde iríamos?

Él se encogió de hombros.

—Nos mudaremos otra vez. Si quieres, podemos ir a Masis. No creerás que te dejaría ir sola hasta allí, ¿verdad?

—Y tú no creerás que te consentiría que me prohibieras nada, ¿verdad?

La manera en que cerró las manos en torno a los antebrazos de su esposa fue respuesta suficiente.

—De acuerdo. ¿Y adónde irían Rehan y Bülent?

Volvió a encogerse de hombros.

—Tendrán que venir con nosotros. Rehan podría vivir en un saco de dormir, siempre que pudiera seguir con nosotros. Y Bülent no habría venido hasta aquí si no fuera capaz de seguirnos todavía más allá.

—Tendrías que cargar con él, Arman. Tiene ochenta y dos años.

—Lo haría sin problema —dijo Arman.

Bülent le había salvado la vida. Cada mañana le dedicaba una reverencia como todo buen hijo armenio que besaba la mano de su padre antes de echar los pedazos de pan del desayuno en la leche.

Amarna le alzó el mentón y lo besó en el hoyuelo entre la clavícula, sobre una cruz de oro pálido. Una pregunta quedó sin formularse: «¿Y adónde iría nuestro hijo?».

Sin embargo, si ella fuera capaz de darle un hijo, el proyecto ya no sería tan urgente. Imágenes del reino de Urartu: los rostros que su pueblo había tallado en la piedra para preservar sus almas. Si lograba preservar el rostro de Arman en su hijo, las tallas podrían esperar y le importaría un comino que los más autorizados y competetentes de sus colegas estuvieran esperándola en Turquía.

—Arman —dijo ella y posó las manos en las mejillas de su esposo mientras contemplaba el resplandor que desprendían sus ojos—, no quiero que vendas la casa. Tampoco quiero que te deshagas de esas esculturas que son tan importantes para ti solo para financiar mi proyecto.

—No son tan importantes para mí —dijo él—. Solo son piedras.

«Mentiroso», pensó Amarna y le sujetó las mejillas con tanta fuerza que él ya no pudo pronunciar palabra.

—No es eso lo que quiero —dijo—. Prefiero hablar con esa doctora de la que Wally me ha hablado.

Arman se liberó de la presa de sus manos.

—¿Para preguntarle por qué no te quedas embarazada?

Amarna asintió.

La espalda de Arman se tensó y apartó la mirada de la de ella para recorrer la gélida habitación hasta el caballete. Allí se detuvo y volvió a mirarla, con el rostro pálido a la tenue luz de la luna.

—No quiero perderte. Antes prefiero perder al niño.

—¡Estás loco! —exclamó ella.

Él no le permitió replicar.

—Tengo miedo, Amarna. Si hay guerra, no podré permanecer aquí y, quizá, en ese caso, sea mejor no tener ningún niño.

Esa era la palabra que habían utilizado los hombres del autobús. Guerra. La palabra que ordenaba guardar silencio.

«¡Está trastornado —gritó una voz dentro de Amarna—. Lo declararán inútil. En cualquier caso, ¿por qué nación iba a luchar?». La sola idea era ridícula. Le miró a la frente y entendió que él pensaba mentir sin siquiera pestañear.

«Te encerraré. Te chantajearé. Vete a la guerra, atrévete a exigirme eso y te abandonaré».

—Estás loco —repitió—. ¿Tienes idea de cómo llaman tus adorados británicos a la guerra de 1914?

—La guerra que pone fin a todas las guerras. Así deberían llamarla. Al fin y al cabo, no se puede matar a setecientas mil personas para nada.

—Pues ya lo ves —dijo, con el corazón restallando—. Además, ¿no había prometido el rey que antes abdicaría que volver a llevar a su país a otra guerra?

Las comisuras de los labios de Arman temblaron.

—Me temo que ese fue el rey que murió hace ya dos años, *lajvard*.

—Me da igual. La Sociedad de Naciones prohibió la guerra y no permitiría que una nueva estallara.

—Siempre que a la Sociedad de Naciones no le convenga, claro. Por desgracia, cuando Mussolini marchó contra los abisinios, la Sociedad de Naciones tenía cosas mejores que hacer.

Ella dio tres pasos hacia él.

—¿Qué sabes tú que yo no sepa?

Sus ojos adquirieron un tono sombrío como la noche que solo podía resultarle atractivo a cualquiera que no estuviera casada con ese hombre.

—Leo los periódicos —dijo—. No solo la sección cultural.

Amarna lo agarró por los hombros. Él se tensó como un tablón y ella se estremeció.

—¡Dímelo, joder!

A Arman le temblaron los párpados. Bülent, con la esperanza de proteger a su expósito inculcándole un carácter modoso y una compostura adecuada, lo había forzado a hablar con corrección bajo amenaza de bofetones.

—Me levantaba la mano —le había contado a Amarna—. La sola idea ya me hacía daño.

Arman no conocía manos que se levantaran solo para darle una bofetada, y nunca había

recibido golpes que dolieran menos de lo que pensaba. Se acostumbró a repudiar las palabras malsonantes y, al igual que Bülent, se estremecía cada vez que oía «joder».

Amarna lo soltó.

—Lo siento.

—No pasa nada.

—Es esa palabra —dijo ella—. Me pone enferma.

—¿Guerra?

Lo pronunció en la lengua con la que había crecido. Aunque había aprendido una distinta de su madre, a lo largo de la mayor parte de su vida había hablado turco, si bien prefería el inglés.

Era una bendición vivir con un hombre versado en cuatro idiomas y en un amplio abanico de prácticas sexuales. Con otros, Amarna se habría quedado sin nada que decir más tarde o más temprano, pues no habría sido capaz de encontrar las palabras que daban justo en el blanco. Con Arman, por el contrario, podía elegir la lengua que mejor tratara el tema del que fueran a hablar o, si optaban por el sexo, elegir un silencio en el que se decían muchas cosas.

Por qué había elegido pronunciar esa palabra, *guerra*, en su propia lengua para hablar del tema era algo que Amarna no quería ni saber. También aquellos dos hombres del autobús, extranjeros como ellos, habían utilizado la misma lengua. Ella se había vuelto para repetir: «Guerra».

—Quizá al oír eso entiendas algo diferente a lo que entiendo yo.

Tomó el carboncillo y comenzó a dibujar a oscuras sin que el temblor de sus hombros remitiera.

—Creo que en realidad Gran Bretaña podría evitar la guerra a la que te refieres.

Sin duda, eso sería lo que querrían. Año tras año seguía guardándose un minuto de silencio por los setecientos mil muertos, en el que se lloraba a los reservistas británicos por las calles.

—¿Y qué entiendes tú?

Arman siguió dibujando.

—Me pregunto si lo que yo entiendo no habrá empezado ya, hace no mucho —dijo él—. Si no estoy mintiéndome a mí mismo solo porque quiero vivir en paz. ¿Has recibido alguna noticia de tu padre y del doctor Vollmer desde año nuevo? ¿Están bien?

Paul Vollmer había sido un amigo de la infancia de Amarna a quien Arman se obstinaba en no llamar por su nombre.

—No sé nada —dijo ella—. Quería escribirles a los dos, pero, como de costumbre, no he llegado a hacerlo. ¿A qué viene eso?

—Nada —dijo Arman y siguió dibujando. Un par de trazos después, no obstante, se detuvo —. Si hay una guerra —comenzó— y si yo no puedo quedarme aquí…

—¿Qué quieres decir?

—Prométeme que no irás a Turquía sin mí.

Quiso pedirle que se calmara para poder calmarse ella misma, quiso optar por hablar mediante el sexo, pero, en lugar de eso, se quedó allí parada, con los brazos colgando a los lados y observando el movimiento de los músculos en la espalda de su marido.

—Prométemelo. El miedo ya no me deja dormir.

«No me deja dormir», dijo él, aunque «no me deja comer» habría sido más acertado.

—De acuerdo —dijo ella—. Te lo prometo.

—Y otra cosa más.

—Dime.

—¿Ya no me aguantas porque no podemos tener hijos?

—Pero ¿estás en tus cabales? —jadeó ella, le quitó finalmente de las manos el dichoso lápiz y lo lanzó por la sempiternamente abierta ventana de la habitación—. Es increíble lo idiota que puedes llegar a ser, señor Artsruni —le susurró al oído y le mordió el cuello.

Adoraba su sabor, adoraba todo lo relativo a su cuerpo. Podría sumergir el rostro en su sudor y emborracharse de sus lágrimas.

—Son los hombres los que abandonan a las mujeres porque no pueden darles hijos —dijo ella— y no al revés.

—Me importa un comino lo que los demás hombres les hagan a las mujeres —replicó y la besó con rabia, prosiguió su tarea de desabrocharle los botones de la blusa y, en esta ocasión, se olvidó de limpiarse los dedos—. Si eso es lo que crees y me llamas a mí idiota, es que estás tirando piedras contra tu propio tejado.

«Soy una mujer afortunada —pensó Amarna mientras se recostaba sobre él y se envidiaba a sí misma—. Tengo todo aquello que soñaba, aunque no tenga hijos. Soy capaz de deshacer los nudos de mi estómago siempre que no me tope con ninguna cháchara sobre guerra en el autobús. Y mi corazón seguirá conservando la misma ansia, siempre que ninguno de los dos vaya sin el otro a Turquía. O incluso aun así. Siempre que sigamos esperándonos el uno al otro».

5
EVA.
BERLÍN. JUNIO DE 1937

Las manos de Martin aferraban con fuerza el volante. No le gustaba conducir, mucho menos al atardecer, cuando la luz crepuscular prácticamente lo cegaba. Sin embargo, el mar de luces de Berlín centelleaba ya frente a ellos. Chaja los esperaba. Wilma, que cuidaba de Chaja por ellos y representaba el papel de la extravagante tía favorita, los esperaba. Eva apretó los puños. Tan pronto como viera esos dos rostros, el grande y el pequeño, con las dos bocas rodeadas por cercos de chocolate y con los dos pares de ojos desprendiendo armonía, se desvanecería por fin la congoja. Aquel resplandor que se extendía por el horizonte no era cualquier ciudad, sino su ciudad. Iban a casa.

En aquella ocasión, en otoño de 1932, los dos habían estado aterrorizados como niños: habían jugado con cerillas, habían encendido un fuego y, finalmente, se habían dado cuenta de que ya no podían apagarlo.

—Lo cierto es que no contaba con criar a un niño —le había dicho Martin.

—Ah, ¿no? ¿Y crees que yo sí?

Se miraron el uno al otro y él agitó la cabeza. Eran artistas, inestables, siempre a la caza. No eran los más adecuados para cobijar bajo su ala a un polluelo. Eva apenas había dibujado nada en todo el verano ni en el otoño. Las únicas caricaturas suyas que habrían podido verse en el *Wahren Jacob* las habían censurado, y su galerista, Alfred Renke-Levin, solo había vendido, como era de temer, una pintura. El dinero que le pagaba la UFA, los honorarios más altos que había recibido en su vida, se le habían subido a la cabeza igual que el amor, y los había tomado ambos a manos llenas. Vivir a salto de mata no estaba tan mal si se pertenecía a una red local de bohemios con los que compartir cigarrillos, salchichas calientes, mostaza y alcohol. Sin embargo, un bebé no se alimentaba de aire y amor.

Se lo dijo a Martin.

Quien respiró hondo de manera audible.

—De todo lo que podría salir mal, el dinero es el menor de nuestros problemas.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que no lo comprendes —dijo Martin—. Cosa que tampoco me sorprende, porque yo mismo apenas lo entiendo. Soy un hombre rico, Eva. La UFA me ha hecho una oferta para mi próxima película. No es que haya duplicado mi sueldo, es que lo ha quintuplicado. Van a promocionar nuestra *Semiramis* como un gran éxito de taquilla antes incluso de que empiece a proyectarse.

Eso no era algo que sorprendiera a Eva. *Semiramis* tenía todo aquello que la gente iba a buscar al cine: una pasión que hiciera olvidar el precio al que estaban ahora los repollos; una

belleza sin arrugas, sin flacidez, sin callos.

—Por el dinero no te preocupes —repitió Martin.

Cuando la rodeó con el brazo, ella adquirió una nueva visión de sí misma desconocida hasta entonces. Como si ella, la combativa Eva, tuviera de pronto algo frágil en su interior.

—En lo que a eso se refiere, no os faltará nada.

Sí que tenía algo frágil en su interior. Si, apenas unos días atrás, alguien le hubiera dicho que iba a sentirse como una especie de recipiente sagrado por llevar un bebé dentro, habría dibujado en una servilleta una caricatura de una Virgen María embarazada en la cola de espera de la beneficencia. Miró a Martin sin torcer la boca.

—Y ¿qué es lo que nos faltará?

Él suspiró y se rascó la frente.

—No me entiendas mal.

—No tengo nada que entender. No me has dicho nada.

—Hagen ha vuelto a tener una reunión privada conmigo para suplicarme que no me case bajo ningún concepto —dijo Martin—. Me dijo: «Eso podría echarlo todo a perder. Las mujeres que van al cine quieren ver a un Martin Serner soltero, sin ataduras, peligroso, y no a un padre de familia con zapatillas de fieltro».

Su madre colocaba las zapatillas de fieltro de su padre todas las mañanas junto a la chimenea para mantenerlas calientes. Cuando Eva pensaba en el matrimonio, veía esa chimenea en Niedernhausen y la fotografía de bodas colocada sobre la repisa: trajes rígidos sin ningún estilo, rostros vacíos de expresión.

—Y ¿cómo es que a Hagen le ha dado por pensar en el matrimonio? —preguntó ella.

Martin sonrió fugazmente.

—No es el único, ya sabes. Anna Karenina también comentó: «Hasta un ciego vería que lo que ha surgido entre vosotros no es flor de un día. No es un amor de verano».

Eva se libró de su abrazo y dio un paso atrás.

—Para cuando llegue el próximo verano el niño ya habrá nacido. ¿Te parece eso flor de un día?

—Por supuesto que no —replicó él y, acercándose de nuevo, volvió a atraerla a su lado—. Solo porque el hecho de que nos casemos pueda afectarme profesionalmente no quiere decir que piense dejarte marchar de nuevo hacia esa locura que llamamos vida. Quiero tenerte a mi lado, Eva. Da igual lo que ocurra.

—¿Da igual lo que ocurra? ¿Aunque se nos caiga el cielo sobre la cabeza?

Martin asintió.

—Mi amor lo soporta todo.

Habían caído uno en brazos del otro, bebido champán y bautizado a su bebé como Semiramis primera. Después de año nuevo Hagen Fidelis había encargado a una empresa de transportes que llevara todas las posesiones de Eva dignas de consideración desde la torre sobre la galería hasta la vivienda de Martin en la Bleibtreustraβe.

Aquella casa era como un sueño. La UFA había ofrecido a Martin una villa en el barrio de Lichterfelde, pero todo aquel que conocía su nido de amor en la Bleibtreustraβe comprendía porqué había rechazado la oferta. Habitaciones tan grandes como salones se extendían, bañadas de luz, hasta las ventanas, que se abrían a la calle más bonita de Berlín, y, en la esquina, la puerta

del almacén de patatas reconvertido en el bar de Wilma siempre estaba ligeramente abierta. Eva había querido ser una nómada de las que en invierno ignoran dónde plantarán su tienda en verano. Pero ahora se había establecido. La tienda se había convertido en un hogar.

«Nunca hasta ahora había tenido uno —reconoció—. Aunque en Niedernhausen mi madre me esperara con el puchero caliente y me riñera cuando llegaba tarde o con las medias rotas, no era un hogar. Era un edificio que esperaba la llegada de la hija de la casa». En la Bleibtreustraβe, por el contrario, había habitaciones y personas que la esperaban a ella, a Eva. No era simplemente la vivienda, sino casi más el diminuto café con la puerta sempiternamente abierta aun en invierno, el estrecho cuartucho con la bulliciosa estufa de carbón y la amiga más divina que ninguna mujer hubiera podido desear.

Wilma Duvenage, que olía a rociadas del perfume Soir de Paris y a bocanadas de humo de tabaco negro. Que aseguraba ser una hija nacida en pecado de una *chansonier* parisina, pero que, en realidad, probablemente no fuera más que descendiente de hugonotes, como tantos otros de los que podían encontrarse por docenas en Berlín. Wilma, que podía ronronear como una auténtica *belle de nuit* parisina y, un segundo más tarde, jurar como una lavandera berlinesa: «¡Esto no es un café, so lechuguinos, esto es un bistró, un bistró, un bistró! ¿De verdad sois así de idiotas o es solo que no sabéis hacer la “o” con un canuto?».

Era el sueño de su vida, por lo que le había contado a Eva después de tres copas de Pernod: abrir su propio bistró, un pedacito de París, en el que maravillosos lunáticos helados de frío se arremolinaran en torno a las mesas de mármol y muchachas con voz de hombre cantaran canciones tan obscenas como conmovedoras.

Y no en cualquier lugar, sino allí donde Berlín era más parisina: en Charlottenburg, en el corazón de la bohemia que latía entre la Steinplatz y la Savignyplatz. Cuando intentó alquilar el local de un antiguo salón de baile en bancarrota con sus exiguos ahorros, al agente inmobiliario le había dado tal ataque de risa que uno de los botones de la camisa se le había salido disparado. «¿Con esa miseria, tesoro? ¿Por qué no pruebas mejor con un almacén de patatas?».

Wilma había pellizcado a aquel tarugo justo en el punto donde se le había desabrochado la camisa y había salido de la oficina como una exhalación. Había contado el dinero del que disponía, había vuelto a contarlo y, como la tercera vez que lo contó seguía sin haber más, echó a andar y alquiló el local de venta de patatas de la Bleibtreustraβe.

Sobre los retorcidos tablones del suelo colocó baldosines que formaban una cenefa al estilo de un mosaico y cubrió las paredes mohosas con su colección de postales de París. No había espacio suficiente más que para tres mesas en toda la sala, tampoco había dinero para el mármol y no hubo manera de eliminar del todo el olor a patatas almacenadas durante tanto tiempo. El bistró Babeurre de Wilma, no obstante, pronto ascendió a la categoría de «rinconcito secreto con encanto». Aquella persona bajita y rechoncha, que había nacido para regentar un bar, regateaba como un vendedor de zoco cada vez que alguien trataba de darle gato por liebre y regalaba Pernod a espuertas sin esperar nada a cambio tan pronto como un parroquiano aparecía para ahogar las penas de un corazón partido. Su presencia avasalladora era capaz de convertir la estrechez del local en carácter íntimo y el olor a rancio en una seña de identidad.

Babeurre significaba «suero de leche». Wilma destilaba aguardiente de anís y no había un café en toda la Savignyplatz más negro que el suyo. Como no podía pagar a una cantante, cantaba ella misma. *Oh, Moon of Alabama* y *Surabaya-Johnny, warum bist du so roh?* Tenía el

pecho de una diosa de la fertilidad y la voz de un donjuán borracho. Su cafetería, que pretendía ser un bistró, permanecía llena a rebosar más de la mitad de la noche. De día estaba vacía y, tras la barra, se encontraba Wilma, la vampiresa parisina y una hilera de tostas con manteca que después ofrecería a las víctimas de sus destilados caseros.

Se habían buscado la una a la otra y, por fin, se habían encontrado: Eva, cuyos amigos siempre eran hombres porque las mujeres no la podían ni ver, y Wilma, quien aseguraba no fiarse ni de su sombra. «La confianza está sobrevalorada, *bijou*. Lo que cuenta es el carisma. Aunque me soltaras la mayor sarta de mentiras del mundo eso no cambiaría para nada el interés de tu conversación».

Eva, que estaba aturdida por todo lo que el embarazo le estaba haciendo a su cuerpo, había descubierto en Wilma el oasis que necesitaba en su primera mañana en la Bleibtreustraβe. Había empujado la puerta del puesto de patatas porque había estado buscando en vano su dosis de café por toda la inmaculada cocina de Martin. Sin su café matutino no era capaz ni de atarse los zapatos. En la mesa central había sentadas dos mujeres que parecían una caricatura la una de la otra: ambas peinadas a lo *garçon*, ambas con minifaldas por la rodilla y con las piernas cruzadas una sobre la otra; la una alta, ágil y de rasgos afilados; la otra, un pequeño barrilete con la cara redonda como la luna.

—*Voilà* —exclamó la regordeta, que jugueteaba con el fino cigarrillo liado que balanceaba entre los dedos y, acto seguido, se levantó de la silla como accionada por un resorte—. El waterloo particular de Martin Serner. ¿Qué te había dicho yo, Yva? Más tarde o más temprano la joyita acabaría por aparecer por aquí.

La delgada era Yva Neuländer-Simon, la fotógrafa de moda más solicitada de Berlín y, además, la creadora de unos desnudos artísticos de una belleza perturbadora.

—¿Es usted? —le preguntó a Eva sin ningún rubor y arqueó sus finas cejas—. ¿Eva Löbel, la escenógrafa que ha domesticado al semental rubio?

Desde que su relación con Martin se había hecho pública, los periódicos femeninos la habían bombardeado a preguntas de ese tipo.

No estaba acostumbrada a que la relegaran a mero florero de un hombre, pero el tono de Yva no indicaba que pretendiera humillar la dignidad de Eva.

—Soy artista —dijo—. Sobre mis lienzos le domestico a quien usted quiera.

—¡Qué labios! —dijo la fotógrafa y, dando un salto, agarró a Eva por la barbilla y le empujó la mandíbula de un lado para otro.

Tenía una mirada estática, concentrada, como si sus ojos fabricaran imágenes. Entonces, soltó a Eva.

—Quisiera fotografiarla, mi preciosa niña. El periódico *Die Dame* me ha pedido una serie y me ha ofrecido por ella una pequeña fortuna que me encantaría compartir con usted. Pero, sobre todo, me gustaría conservar un par de imágenes para mí. Eva Löbel en todo su esplendor, sin blusita y con el pelo suelto. ¿Aceptaría?

Puso una tarjeta en manos de Eva.

—Mi estudio está a un par de pasos de aquí y puedo ofrecerle un buen café.

Yva era divina. Su taller se encontraba en la planta superior de un edificio anterior a la guerra, y la sesión fotográfica tuvo lugar en los jardines del ático, entre las primeras nieves y las ramas de los endrinos: Eva estaba completamente desnuda, con el pelo suelto y una barriga

incipiente y apenas perceptible.

—¿Y no funcionaría en un sitio más cálido?

—De ninguna manera. Necesito esta luz invernal azul, este frío inmisericorde que recorta las siluetas como un cincel.

Tenía razón. Las imágenes eran impresionantes. Sexo que ardía entre el hielo.

—Tienes un algo en el rostro que debería estar prohibido —dijo Wilma—. Mitad puta, mitad madre. ¿Cómo lo haces?

—Estoy embarazada —respondió Eva.

Salvo Martin y ella misma, no lo sabía nadie. Ni siquiera los padres de él, en su aldea de Brandeburgo, con quienes no había congeniado demasiado bien ya en su primera visita y, desde luego, tampoco sus padres en Niedernhausen, con quienes no se hablaba desde hacía siete años. Tampoco el equipo de rodaje de Babelsberg, quienes prácticamente habían estado allí cuando habían concebido al niño. Tan solo Wilma, la bruja del Pernod en su almacén de patatas.

—Odio a los niños —dijo Wilma y sonrió con malicia—. Te dejan la casa entera llena de peste a pañal y a ropa vomitada.

—Yo también los odio —dijo Eva y le devolvió una sonrisa idéntica.

—Siempre puedes venderlo al mejor postor. Como el crío te salga la mitad de guapo que los padres, puedes sacarte una fortuna.

—¿Y si es más guapo todavía?

Wilma aireó el Pernod de su copa.

—¿Todavía más guapo? —dijo y cerró los párpados pintados de azul—. Entonces, tendríamos que conservarlo, para bien o para mal.

El embarazo le favorecía. El amor le favorecía. Solo le faltaba el éxito. Su galerista, Alfred Renke-Levin, estuvo a punto de echar la puerta abajo:

—¿No te lo había dicho, mi querida Eva? Algún día iban a descubrirte, era solo una cuestión de tiempo. Desde que la serie de fotografías sobre esa película turca apareció en *Die Dame*, tus cuadros se venden antes de que yo llegue a colgarlos.

Lo había conseguido. En el *Stürmer*, el panfleto del partido nazi, apareció una rabiosa crítica de sus caricaturas, a pesar de que aquellos chupatintas habían estado ignorándola durante años.

«El padre de una quemapatrias como Eva Löbel debería haber tenido las agallas de decirle un par de verdades sobre sus despreciables obras —leyó ella y creyó estar oyendo la voz de su padre —. Solo por la aberrante manera en que restriega por el suelo los sagrados valores de su patria, alguien debería hacérselo pagar a golpe de latigazo».

Martin se rio a carcajadas, llevó a Eva al Babeurre y pidió a Wilma su champán más caro.

—Ya eres alguien, *bijou* —le explicó Wilma—. Cuando el *Stürmer* te amenaza con latigazos, es que ya no hay nada que se interponga en tu camino.

De su padre no había podido protegerse. Eva había visto como su valor y su corazón quedaban expuestos y le había entregado sus dibujos. Pero ahora que se había hecho un hueco entre Martin y Wilma se sentía tan llena de amor que apenas podía respirar y habría sido capaz de reírse en las mismas barbas de su padre. ¿Quién iba a querer herirla así? Se llevó las manos al vientre, lo sintió tierno e invulnerable al mismo tiempo.

Aquella sensación había durado algún tiempo, aunque los acontecimientos no tardarían en imponerse. Los nazis tomaron el poder, el Reichstag ardió, pero Eva, protegida como se sentía en

su caparazón, no se veía aún con deseos de aceptar la sinrazón y tirar la toalla. Hagen Fidelis apareció un día con un ramo de flores de aspecto caro pero que, a todas luces, comenzaba a secarse:

—Enhorabuena, mi querida señorita Löbel.

—¿Se lo ha contado Martin? —preguntó Eva.

—Ninguna estrella tiene secretos para su agente —explicó Hagen Fidelis—. Sin embargo, nos mantendremos un poco al margen de los periódicos, ¿de acuerdo, querida? Ya sabe: las admiradoras de Martin son de la opinión de que si sus encantos no son para ellas, no deben ser para nadie.

—¿Quiere que guardemos a nuestro hijo en secreto? —preguntó Eva.

—Por supuesto que no, por supuesto que no; nadie esperaría algo así de usted. Simplemente le recomendaríamos que no lo aireara a los cuatro vientos. Un poco de contención, ¿entiende usted? Al fin y al cabo, también le aligerará a usted un poco la vida no tener siempre a la prensa pisándole los talones.

En aquel momento la idea parecía bastante razonable y, en cualquier caso, a Eva le daba completamente igual. Aún seguía pareciendo razonable, incluso ahora, cinco años más tarde, en el camino de vuelta desde la pocilga de Hildchen Serner hasta la ciudad que aquel día, más que nunca, era su hogar. Ella observó como el perfil de Martin se recortaba en líneas grises y rosas contra la luz del atardecer, que desaparecía cada vez más rápido. Rechinaba los dientes, como cada vez que se rebelaba contra el papel que tenía que interpretar. Era actor, transformarse era su oficio. Tan solo su mandíbula se negaba a dejarse ocultar por ninguna máscara. Tampoco él se libraba de la angustia de saber que algunas deudas debían saldarse tarde o temprano.

Eso le había parecido cuando, en aquella tarde de marzo de 1933, había entrado precipitadamente en casa y se había aflojado el cuello de la camisa para poder respirar mejor.

—Quieren prohibir la película. ¡Ahora, a tres días del estreno en el palacio de la UFA!

Eva creyó oír el ruido que hicieron sus dibujos cuando su padre los rompió.

—¡No puedes estar hablando en serio! —exclamó—. ¡No pueden hacer eso!

—Al parecer, sí que pueden —Martin, con el rostro grisáceo, se dejó caer en el sillón—. Kierling ha dicho que debo mantener la calma, que no va a ser tan malo como lo pintan. Lo único que ese cretino no me ha dicho es cómo se supone que debo hacerlo exactamente.

—Pero ¿qué motivo han alegado para prohibir nuestra película? —insistió Eva.

Aquel par de rollos de celuloide habían sido lo mejor que había hecho nunca. Su victoria sobre la opinión de su padre y las manos de la profesora de dibujo. Nadie tenía derecho a arrebatárselo. Nadie. Nadie.

—No tengo ni idea —Martin se frotó la frente—. Es evidente que no es una agradable película familiar para la sesión de la tarde. Demasiado sexo, demasiada sangre. Pero, políticamente, es inofensiva, ¿no te parece?

—¿Qué quieres decir con eso de que políticamente es inofensiva? —lo increpó Eva.

Le vino a la mente la caricatura que había enviado al *Wahren Jacob:* Hitler y Hindenburg como dos caballos de tiro que arrastraban, hombro con hombro, un coche fúnebre. El féretro de la república. Había dudado durante un segundo. ¿No era más aconsejable entregar algo más manso y dócil en lugar de arriesgarse a que no volvieran a aceptar ninguna de sus colaboraciones? Ahora tenía que preocuparse de un niño y su existencia ya era lo

suficientemente frágil sin necesidad de ponerla todavía más en peligro.

Sin embargo, no había tardado en rechazar ese pensamiento. Ya había guardado silencio durante demasiado tiempo y aquella gentuza de ropa parda todavía no había llegado tan lejos. Si seguía callando por miedo a las consecuencias, quizá llegaría el día en que no pudiera gozar en libertad, sino que tuviera que pedir permiso para habitar el mundo que amaba. Su Bleibtreustraβe. Su rincón. Decidida, Eva había metido el dibujo en el sobre. Ella no iba a ser políticamente inofensiva, aunque no luchara en las calles; utilizara el arte como arma.

—No lo sé ni yo —dijo Martin—. Kierling no ha dejado caer más que ambiguas insinuaciones. Al parecer, en la película no hay ningún reluciente héroe inequívocamente germano.

—¿Es eso lo que quieres interpretar? —porfió Eva—. ¿El príncipe de un refrito de Cenicienta? Al menos así Anna Karenina no tendría ningún problema con la adorable pelusilla que tienes en la cabeza.

—Me han ofrecido *Peer Gynt* —respondió Martin al verse presionado.

—¿Ibsen?

Él asintió.

—Kierling opina que la épica trágica se adapta mejor a mí que las frivolidades cómicas, solo que, en esta ocasión, debería ser algo más fresco y más sano. Sin exotismo oscuro ni pasiones decadentes.

—Y sin gigantes de piedra con sonrisas sardónicas —protestó Eva con tono acre.

—Eva —dijo Martin—, la UFA adora tus gigantes de piedra. No hay nadie en todo el estudio que no esté convencido de que son magníficos, incomparables.

—Y ¿de qué me sirve sin prohíben la película? —Eva lo agarró del brazo—. No lo permitirás, ¿verdad que no? Diles que si se atreven a tirar nuestra película por la borda, pueden meterse su joven y rutilante *Peer Gynt* por donde les quepa.

Martin gimió.

—Espera un momento. Kierling está en ello: claro que no van a tirar nuestra película por la borda. Si llego a saber que ibas a reaccionar así, estando en tu estado, no te habría contado nada.

—¿En mi estado? —bufó Eva—. Por si acaso te has olvidado: soy una artista. Soy la mujer que ha levantado tu escenografía, no una gallina que deja de poner huevos porque le aterroriza la tormenta.

La tensión se mantuvo durante un buen rato, durante el cual no dejaron de gritarse el uno al otro. Entonces, lo habían arreglado de la misma manera en que seguían haciéndolo hoy día: cuando corrían las cortinas, el mundo de puertas afuera se desvanecía, y cuando se iban a la cama, las dudas se acallaban. Incluso ahora. En 1937. Tan pronto como llegaran a la Bleibtreustraβe, se bebería una copa con Wilma, y, después, Martin y ella caerían en brazos uno del otro hasta que toda la angustia se fuera al diablo.

Es lo mismo que habían hecho entonces, en las semanas entre la toma de poder de Hitler y el nacimiento de Chaja, y, por supuesto, Kierling había tenido razón: no había sido tan malo como lo habían pintado. No habían prohibido *Semiramis*, sino todo lo contrario: se había convertido en una celebración triunfal. La gravedad de la crisis económica había mantenido a la población alejada de los cines y la industria pasaba por un momento de terribles pérdidas. Sin embargo, *Semiramis* fue un éxito que permaneció en las carteleras de toda Alemania durante semanas. El

protagonista se convirtió, de la noche a la mañana, en la estrella más fulgurante de la UFA. Su rostro, repleto de la sensualidad doliente del rey armenio, contemplaba a los viandantes desde las columnas y los paneles publicitarios de las calles de Berlín. A nadie le pasaba ya por alto Martin Serner. Mucho menos a los nazis.

El ministerio de propaganda de Goebbels, que vigilaba la producción cinematográfica desde la fundación de su propia Cámara de Cultura, se sentía complacido con el toque exótico de la película, por lo que le habían dicho a Martin. Todo aquel alboroto había surgido únicamente por el hecho de que *Semiramis* transcurría en el antiguo territorio armenio.

—El tal Goebbels podrá ser un fanático baboso, pero ve en la industria cinematográfica un talento por explotar. Por lo que dijo, hacerse miembro del Partido no daba carta blanca a los diletantes y, tras esto, dejó claro que, al tratarse *Semiramis* de una leyenda que podía situarse en cualquier lugar, el problema quedaba resuelto.

«Pero la acción transcurre en el monte Ararat —se estremeció Eva—. ¿No insististe en que es la historia de un pueblo perdido que debemos contar a cualquier precio?». Pero lo cierto era que a Martin no le faltaba razón: ¿qué importancia tenía todo aquello si los espectadores, al fin al cabo, no tenían ni idea del tema? Eva tampoco la tenía. Y estaba embarazada. Por primera vez desde que tenía memoria, prefirió no discutir.

Tras la deslumbrante presentación de la película, fueron a festejarlo al Wintergarten, entre «la dorada ilusión de una noche bajo un cielo azul», como llamaban al cielo estrellado artificial del teatro de variedades. Tras esto, los demás se marcharon a casa, pero Eva, Martin y Hagen Fidelis no quisieron separarse. Descorcharon champán en el taxi y pusieron rumbo al Babeurre, donde incluso el tímido de Paul se unió a ellos. Pasada la medianoche, después de que Wilma espantara a los clientes restantes hacia las gélidas calles, se tomaron la última copa, llena hasta los bordes, para celebrar su triunfo.

—¿De verdad quiere hacerse cargo de una rémora lloriqueante, señorita Löbel? —preguntó Hagen Fidelis con el valor que da el alcohol—. Los mocosos surgen como las setas, pero ¿dibujos como los suyos? ¿Rostros que claman contra las olas mientras el mundo se viene abajo?

—Y ¿qué debería hacer la pobre Eva? —salió Wilma en su defensa—. ¿Quitarse la vida como Hertha Thiele en esa película de Wendhausen…? ¿Cómo se llamaba?

—*Das erste Recht des Kindes* —respondió Martin como movido por un resorte.

Eva tampoco había podido evitar acordarse de aquella película en la que una joven trabajadora sucumbía a la desesperación mientras luchaba por convencer a un médico de que le practicara un aborto. Martin y ella la habían visto en otoño en el Gloria-Palast, antes de que a Eva empezara a notársele el embarazo. Tras el visionado, ella había defendido a viva voz en pleno Romanischen Café el derecho de cada mujer a interrumpir una gestación no deseada. Desde que había descubierto que ella misma estaba esperando un niño, no había vuelto a mencionar ese derecho.

—¿Cómo es que te acuerdas ahora de eso? —preguntó Eva.

Martin tenía la mirada fija en las vetas de su plato.

—Porque la van a prohibir —dijo—. Himmler en persona se ha mostrado indignado por los perniciosos efectos en la salud pública y ya se ha cursado la solicitud en la oficina de censura.

—Va de mal en peor —murmuró Paul, que tenía una taza de té frente a él—. Y estamos dejando que ocurra: tenemos las manos en el regazo y no hacemos nada porque tenemos miedo

de ser los siguientes.

—¡Eso es absurdo! —exclamó Eva sin prestarle atención—. Una película es una obra de arte, no una valeriana, y la población no es una panda de niños pequeños a los que puedan pastorear a su antojo.

—¡Por favor, señorita Löbel! —Hagen Fidelis se retorcía las manos—. No debemos perder la cabeza y hacer ninguna locura…

—Por el amor de Dios, ¡llámala Eva de una vez! —se echó a reír Martin—. Y como ahora se te ocurra decirnos que las cosas no están tan mal como las pintan, no respondo de mí.

Algunos días después, Fritz Wendhausen, el director de *Das erste Recht des Kindes,* se sentó en la barra del Babeurre y se observó las manos vacías, evidentemente incapaz de comprender lo que le había ocurrido a su película. Eliminada. ¿Qué había ocurrido con los rollos de celuloide? Eva no se atrevió a preguntar porque la posible respuesta le hacía recordar ciertos dibujos rotos.

La situación fue a peor. A finales de marzo, Martin apareció por la puerta con los hombros caídos como un anciano.

—Han despedido a Pommer —espetó antes de que Eva tuviera tiempo de abrazarlo y preguntarle quién se había muerto.

—¿Nuestro Pommer?

En esa ocasión, lo pilló tan de sorpresa que fue incapaz de indignarse. Erich Pommer era un genio, un productor extremadamente solicitado no solo en Alemania, o en Francia o Italia, sino incluso en Hollywood. Nadie en su sano juicio habría querido deshacerse de semejante talento. Eva no era capaz de asimilar que los nazis lo vieran como una amenaza política. Aquel hombre estaba dedicado en cuerpo y alma al cine, probablemente ni siquiera sabía que existiera algo parecido a la política.

En lugar de responder, Martin colgó el sombrero y se sirvió una copa de coñac antes, siquiera, de quitarse el abrigo.

—Cuéntame, ¿de qué demonios han acusado a Pommer?

Eva se sintió repentinamente acorralada. El bebé pesaba, y sentía cómo su propio cuerpo cambiaba y se transformaba en algo extraño para ella. La misma mujer que, no hacía mucho, era una diletante más en la noche berlinesa, ahora estaba constantemente cansada y su rostro se oponía al esfuerzo siquiera de maquillarse. La mayor parte de los días no iba mucho más lejos que hasta la galería Renke-Levin, en la Knesebeckstraβe, y vuelta al Babeurre a ver a Wilma. Ya no se enteraba de nada. ¿Qué estaría ocurriendo en el mundo en el que por fin estaba empezando a hacerse un hueco?

Martin se encogió de hombros.

—Se rumorea que hay algo en su ascendencia que no les gusta.

—¿Con su ascendencia? ¿Y eso qué quiere decir?

Martin se tomó otro sorbo de coñac.

—Sybille dice que no le ha pillado por sorpresa. Se marcha: ha aceptado una oferta muy jugosa en Francia.

—¿Quién es Sibylle?

—Sibylle Fenrich, mi maquilladora. Pensé que la conocías.

—¿Cómo es que tienes una nueva maquilladora? ¿Qué ha ocurrido con Anna Karenina?

Arrastró la mirada desde la copa de coñac hasta ella. Podía leerse el dolor en sus pupilas.

—Ha renunciado —dijo, como si su propia madre lo hubiera abandonado.

Sin embargo, Hildchen Serner no abandonó a su hijo ni siquiera cuando dejó en estado a una tal Eva Löbel. Tampoco Anna Karenina habría hecho algo así voluntariamente.

A la mañana siguiente, Eva se encontró con que le habían devuelto su caricatura de Hitler y Hindenburg. Estaba rota por la mitad y en el sobre estaba estampado un sello: «Remitente desconocido». Presa del pánico, trató de ponerse en contacto con la redacción del *Wahren Jacob*, pero la operadora le dijo que la conexión estaba cortada. Corrió, aturdida, con la barriga dándole brincos. Para llegar a la redacción pasó por la Knesebeckstraβe, donde se encontraba la galería de Alfred Renke-Levin. El mismo galerista que había expuesto las pinturas de Eva cuando nadie apostaba nada por ellas se encontraba en medio de la calzada, con la camisa rasgada y el cabello, blanco como algodón de azúcar, revuelto.

—Cielo santo, ¿qué ha ocurrido? —exclamó Eva.

Corrió hacia aquel hombre tan querido que miraba a su alrededor como un niño herido y trató de alisar los andrajos rotos que le colgaban sobre el pecho.

Alfred Renke-Levin temblaba y de la comisura de sus labios resbalaba una gota de sangre. Aturdido, casi como borracho, señaló en dirección a su galería. El escaparate lucía un agujero ramificado, producto de una pedrada y, junto a los restos del cristal, alguien había dibujado a tiza una estrella de David. Las sombras que las coronas aún tiernas de los tilos arrojaban sobre el yeso bailaban entre los pedazos de cristal y las trizas de papel pintado. Frente a la puerta destrozada, había un muchacho de las Juventudes Hitlerianas que, con esfuerzo visible, mantenía bien alto un escudo: «Alemanes, defendeos. No compréis a los judíos».

—Por el amor de Dios —se le escapó a Eva—. Mis cuadros.

Alfred Renke-Levin agitó la cabeza y se tanteó los labios, como si no pudiera creer que tuviera sangre en ellos.

—No les ha ocurrido nada a tus pinturas —murmuró—. Esta misma mañana vendí la última: *Aquellos que no esperan nada*.

Eva jadeó de puro alivio. Más tarde, se avergonzaría de ello. Por toda la ciudad los negocios judíos eran víctimas del asalto y el expolio tras lo cual, muchachos de las Juventudes Hitlerianas y hombres de las SA permanecían en los alrededores para llamar a los clientes al boicot. ¿No había cosas más importantes de las que preocuparse que de un par de cuadros? Al fin y al cabo todo iba a pedir de boca en su estudio en la Bleibtreustraβe, mucho mejor de lo que ella había sido consciente hasta ahora. Sin embargo, en el torbellino interno en el que se encontraba, no pensó en todas esas cosas. Ese par de cuadros eran su huella en el mundo. La prueba de que ella, Eva, había existido.

La situación se calmó y el boicot terminó. Sin embargo, Eva seguía encontrándose mal. Permanecía todo el día en casa, echada, y Wilma acudía diariamente a darle un caldo de pollo cucharada a cucharada.

—El pequeño diablillo no tardará en llegar, *bijou* —le decía—. ¿Cómo vas a pensar con claridad si estás ahí, hecha unos zorros?

Eva no quería pensar con claridad. Habría preferido no saber siquiera que habían clausurado el *Wahre Jacob* y seguir creyendo que todavía podía vivir de la venta de ilustraciones, porque no quería depender totalmente de Martin.

Estaban en mayo y ella tenía el cuerpo hinchado como un globo. Se sentía impotente,

endeble como el agua. Por eso, y a pesar de que el olor a cigarrillo le revolvía el estómago, se sentía en deuda con Wilma, quien se sentaba a su lado haciendo gala de todo el sentimentalismo del mundo.

—No voy a dejarte sola ahora que estás hecha un asco, *bijou*.

Wilma era como una hermana para ella. Una persona que, simplemente, le gustaba por quien era, por como era. Cuando pensaba en su auténtica hermana, Esther, se preguntaba cómo era posible que llevara la misma sangre que una persona tan anodina. Sin embargo, con Wilma se preguntaba cómo era posible no haberla conocido toda la vida.

Wilma estaba en casa el día que, por tercera vez, Martin regresó encorvado como un anciano.

—¡Dime que no es verdad! —le espetó a Eva y arrastró hacia él el carrito con el coñac antes incluso de quitarse el sombrero.

—¿El qué?

Wilma, que se tomaba muy en serio el sentimentalismo, salió disparada de la cocina y abrazó a Eva.

—Cálmate un poco, *bel ami*. Esta muchacha está embarazada. De tu hijo, para ser más exactos.

—¿Y a ti qué te importa, si se puede saber?

—No se puede saber —replicó Wilma.

Martin tenía el aspecto de haber tenido que tragarse una piedra y estar atragantándose con ella.

—Hoy me han citado —logró pronunciar a duras penas—. La dirección de la UFA, en la misma oficina en la que despidieron a Pommer.

—¡Pero a ti no te habrán despedido! —gritó Eva.

—Paparruchas —bramó Wilma—. Ese montón de veneno andante llamado Goebbels no se habrá atrevido a matar a la gallina de los huevos de oro.

—En eso te equivocas —le robó la palabra Martin—. Erich Pommer se ha ido, Peter Lorre se ha ido y Joseph Schmidt ya está haciendo las maletas a pesar de ser uno de los favoritos del público. Gente con el talento de Anna Karenina ya no tiene trabajo y nadie sabe qué demonios ha sido de Renée. No hacen excepciones… ¿por qué iban a hacerla conmigo?

—Porque tú eres su estrella fulgurante, *bel ami*, y, además de eso, un buen chico —dijo Wilma y le limpió el sudor de la frente con el paño de cocina—. Así que cuéntanos de una vez qué es lo que has roto para que esos *alzabrazos* de camisa marrón te canten las cuarenta.

Martin observó a Wilma durante un segundo. Después, agitó la cabeza y se volvió hacia Eva.

—Me han preguntado si lo sabía —dijo.

—Si sabías ¿el qué?

—Que eres judía.

6

La resplandeciente ciudad abría sus fauces de par en par, exhalaba su cálido aliento hacia la oscuridad de Brandeburgo y pronto absorbió el coche de Eva y Martin. Ella respiró hondo. Cada vez que regresaban de una visita a casa de Gerhard y Hildchen Serner oía como Martin hacía exactamente lo mismo. Pero no en aquella ocasión. En lugar de eso, siguió rechinando los dientes.

—Eva —dijo, con las manos aferradas al volante y la mirada aún fija al frente—, hay algo que quiero que sepas.

—Que no sea nada relacionado con cerdos —replicó ella—. Te lo ruego.

—No, no tiene nada que ver con cerdos —dijo—. Te quiero.

Le había dicho lo mismo aquella madrugada en que el nacimiento de Chaja los había pillado por sorpresa.

Durante las semanas posteriores a la reunión con la dirección de la UFA, les había resultado difícil hablar el uno con el otro. A él le disgustaba que ella se hubiera callado algo tan importante y a ella le disgustaba su disgusto.

—¿Y por qué debería haberte contado que soy judía? Mi padre desafina en el coro de la iglesia católica, mi madre se unta el pan con manteca de jamón en pascua y yo no creo ni en Dios ni en el Diablo, sino solo en mí. ¿Por qué de repente soy judía solo porque te lo digan, Martin?

Él había mirado fijamente al suelo.

—Porque tienes cuatro abuelos judíos.

Eva necesitó algún tiempo para asumirlo. Los nazis se tomaban muy en serio sus campañas de difamación. Su caza de judíos. Para ellos, los judíos no eran simplemente ancianos con aladares o abuelitas de Galitzia con peluca, sino todo aquel a quien se le pudiera achacar alguna raíz judía.

Y, de pronto, esa raíz importaba. Como si ahora ella fuera una persona diferente.

Para Eva eso era algo que nunca había tenido ninguna relevancia. La superstición judía de su abuela le había preocupado tanto como el fervor católico de su padre. Si los nazis la hubieran atacado por las burlonas caricaturas que dibujaba, habría entendido sus motivos y habría podido luchar contra ellos. El que hubieran asaltado por la espalda a una socarrona atea como ella y la hubieran tachado de judía le parecía absurdo.

—A veces creo que eres el castigo que me envía el cielo por haber renunciado a la fe de mi padre —le había dicho su padre antes de abotonarle el cuello de la blusa hasta tan arriba que apenas le permitía respirar.

La noche en que Martin le preguntó si era judía, Eva se había llevado la ropa de cama al sofá del estudio. No podía dormir, permanecía sentada en pijama frente al caballete. Tampoco podía pintar. Así pues, cogió el bloc de notas y escribió una breve carta a su hermana, en Niedernhausen: «Querida Esther: quería que supieras que estoy embarazada y que el niño vendrá

al mundo en las próximas semanas».

Hasta entonces no había sentido la más mínima necesidad de poner al corriente a su familia, pero esa misma noche había sabido que la criatura que llevaba en el vientre no era simplemente un niño cualquiera. Era el nieto o nieta, sobrino o sobrina de alguien. Era algo más que una criatura que se interponía en el camino de Hitler, algo más que un simple color que él pretendiera borrar de la paleta para que nadie en su Reich pudiera pintar con él.

Ese bebé era su golpe en la mesa. Era su reafirmación.

No había vuelto a saber nada sobre ellos y mucho menos de su hermana, que en el colegio solo había sacado buenas notas en labores del hogar. Tras apenas cinco días había recibido una respuesta de Niedernhausen.

Dentro del sobre había una cadena veneciana infantil con una estrella de David de oro blanco. La carta, escrita en la redonda letra juvenil de Esther, decía:

> Querida Eva: Sin duda entenderás que no puedo contarles a nuestros padres nada de lo que me has dicho en tu carta. Su salud se ha visto afectada por los últimos acontecimientos y no quiero arriesgarme. Con gran pesar de mi corazón he tomado yo también la decisión de mantenerme apartada de todo este asunto. Como hermana tuya, te deseo lo mejor. La abuela ha muerto. Si fuera posible, ponle su nombre al bebé: Chaja. Eso significaría mucho.

Eva se alegraba de que Esther, la de las mantitas de punto de cruz, no le hubiera preguntado por qué había escrito y se alegraba aún más, a su vez, de no haberle preguntado nada a Esther. El ático conservaba el calor, pero Eva sintió escalofríos. Había pasado muchas noches en vela pintando sin mayor problema, pero el embarazo le restaba sus últimas fuerzas. Así, en aquellos terribles días, comprendió que se encontraba al borde del abismo: había abandonado a un sinnúmero de hombres, pero no podía abandonar a Martin. No solo porque iba a tener un hijo suyo ni porque no tuviera otro sitio a donde ir, sino porque lo era todo para ella. «Al diablo contigo —pensó—. No quiero adorar a un chucho que mueva la colita delante de los nazis. No quiero soñar con alguien como tú. Y, sin embargo, solo con que vuelvas la cabeza, me derrito, sin importar lo furiosa, lo rabiosa que esté».

Aquella noche había intentado pintar aunque apenas podía soportar la imperfección de sus trazos. Martin se había recluido en su despacho como un inquilino subarrendado. El ama de llaves, la señora Klagenfurt, quien se comportaba nuevamente como si Eva fuera una mera visitante que no tardaría en desaparecer, le había dejado un plato con fiambres y encurtidos diversos que él tomaba con mostaza. Eva había querido gritarle: «Por todos los demonios, ¿cómo es posible que estés ahí echándote mostaza en una salchicha mientras yo voy de camino al patíbulo?».

Habría querido tirar todos los botes de pintura contra su puerta a medio cerrar y quizá aquella noche lo hubiera hecho. Sin embargo, la puerta se abrió un poco más y, por la rendija, apareció su rostro.

—¿Eva?

—¿Qué quieres?

—No duermas en el sofá esta noche —dijo—. Ven aquí conmigo.

—Eso no arregla nada, Martin.

—Lo sé.

Cargó con toda la ropa de cama y volvió pesadamente junto a él. Ambos permanecieron despiertos en la oscuridad.

—No tengo ni idea de lo que debo hacer —se lamentó Martin—. Tan pronto como fundaron la Cámara de Cultura del Reich dijeron que iban a establecer una asociación cinematográfica, la Reichsfachschaft Film, y que no aceptarían a nadie que no pudiera demostrar su ascendencia aria.

—Ascendencia aria —ella pronunció aquellas palabras como si fueran algún huesecillo que se le hubiera atragantado—. Y ¿qué problema tienes? Seguro que Hildchen, Gerhard y sus cerdos cebados tienen todos un árbol genealógico impecable, justo lo que tus nuevos amiguitos de la Reichsfachschaft Film quieren. Así pues, ¿por qué no te afilias de una vez en su partido y les quitas la espinita?

—¿Es que tienes que tratarme como si fuera un cerdo? ¿Solo porque soy un hombre que adora su trabajo? ¿Porque he luchado por salir de esa aldea de Brandeburgo para poder dedicarme por fin a lo que quiero?

Volvió a gemir como si soportara un gran sufrimiento, pero en realidad era Eva la que sufría. Con cada palabra, su vientre se retorcía y le propinaba una punzada tras otra de puro dolor. De haber estado frente a su caballete, habría pintado escenas bañadas en sangre.

—El que no es aceptado en la asociación no puede trabajar —dijo él—. Y esa prohibición se aplica tanto a los judíos como a los que confraternizan con ellos.

Eva gritó porque la punzada de dolor que le produjeron sus palabras asaltó con furia. «Los que confraternizan con judíos». Estuvo a punto de desmayarse.

Martin le acarició el brazo.

—Hagen dice que debo mantener la calma, y Kierling dice…

—¡Cierra la boca! —le espetó Eva—. No quiero saber qué dice tu querido Kierling.

La siguiente punzada lo dejó sin palabras. Gritó como si la hubieran ensartado con una lanza. Martin se levantó de un salto y quitó la manta de un tirón. La sábana entera estaba empapada, como si Eva se hubiera orinado igual que cuando era niña.

«A las niñas que hacen estas marranadas se las lleva el hombre del saco», había dicho su madre.

—Por el amor de Dios —balbució Martin.

Pero no era el hombre del saco el que venía. Era el bebé. Habrían querido llamar a una partera del hospital Martín Lutero, pero ya era demasiado tarde. Tuvieron que apañárselas solos. Nadie podía evitar aquel nacimiento, ni Thore Kierling, ni Hagen Fidelis, ni siquiera Hitler y Goebbels con su Reichsfachschaft Film que no aceptaba la confraternización con judíos.

Eva chillaba como si se le salieran las entrañas. Cuando ya estaba convencida de que prefería morir antes que seguir aguantando esa agonía, Martin dio un último tirón y ante él apareció un bebé, una pequeña criatura recién nacida en perfecto estado.

Chaja.

Su hija era el único ser al que Eva había visto sin sentir el impulso de pintarlo. ¿Cómo podría atreverse a tratar de copiar semejante obra de arte y por qué iba a necesitar semejante milagro algo que lo recordara? Nadie que viera a Chaja iba a poder olvidarla.

Era diminuta y tenía unos ojos enormes. Estaba completamente en calma, como si nada en el

mundo pudiera sorprenderla. Martin se sentó en el borde de la cama y, mientras lloraba sobre el pequeño pecho de Chaja, cantó:

—La rosa se defendió/mas de nada le sirvió/solo pena queda ya.

Martin tenía una voz espantosa. La UFA lo había presionado en varias ocasiones para que, como muchos otros actores de moda, interpretara un par de temas, pero Martin era incapaz de sacar adelante ni la melodía más sencilla.

Con posterioridad, cada vez que Eva lo contemplara, volvería a asaltarle el recuerdo de ese momento.

—¿Quién te enseñó eso? —le preguntó.

Él acarició el húmedo pecho de su hija y sonrió por primera vez con lo que luego llamarían su «sonrisa de Chaja».

—Mi abuela.

—¿Murió?

Él asintió.

—Y ¿cómo se llamaba?

—Christiane.

—Chaja Christiane —dijo Eva al bebé—. *Chaja* significa vida.

—Eva —le dijo Martin—, hay algo que quiero que sepas: te quiero.

Fueron exactamente las mismas palabras. Tomó a Eva y Chaja en sus brazos como si fueran la más preciada de sus posesiones.

—Me da todo igual —les dijo—. La UFA, las películas, todo lo que aún deseaba hacer realidad. No sabía que se podía amar de esta manera. Iría al infierno por vosotras. Mataría por vosotras.

Generalmente, promesas como aquellas se hacían cuando uno estaba seguro de no tener que cumplirlas. ¿Quién iba a necesitar, en pleno e ilustrado siglo XX, atravesar el infierno o recurrir al asesinato? Sin embargo, en aquel momento, en medio de aquel vértigo de felicidad y agotamiento, Eva lo había creído. Y Martin había mantenido su promesa, aunque no hubiera matado a nadie y no existiera un infierno.

Había sacado adelante a su familia. Cuando se fundó la Cámara de Cultura del Reich y todo el mundo de las variedades se adscribió a ella, cuando la Reichsfachschaft Film lo presionó y la UFA le retiró su papel en *Peer Gynt*, él permaneció inamovible. No aceptaría negociaciones en torno a la madre de su hija y, tan pronto como Goebbels lo entendió, llamó a la calma a sus esbirros. En adelante no se molestaría a la familia de Martin Serner.

Goebbels estaba obsesionado con el cine. El ministro de propaganda era el más astuto de todos los fieles perros de Hitler y las películas eran su herramienta de trabajo favorita. No había nada que arrastrara a las masas a un estado de éxtasis similar al de los dramas del celuloide. Sin embargo, para la nueva estética nacionalsocialista con la que él fantaseaba, necesitaba talento real. Nada de pelotas y arribistas, sino personas con auténticas capacidades, pues se habían dedicado a dar caza al auténtico corazón de la industria (judíos, izquierdistas y homosexuales) hasta hacerlo desaparecer del país. Le era imposible renunciar a los pocos trabajadores realmente capaces que aún le quedaran, por mucho que hubieran votado al partido menos adecuado o que tuvieran a la abuela menos adecuada en su árbol genealógico. Y mucho menos cuando se trataba de un hombre tan rubio y tan dotado, tan atractivo y tan admirado como Martin Serner.

En noviembre de 1933 se fundó la Cámara de Cultura del Reich. Comprendía siete secciones y una de ellas estaba dedicada a las artes plásticas. Todo artista en activo en Alemania tenía la obligación de inscribirse, pero Eva se negó. Eso significaba que no le estaría permitido trabajar.

—¡No pueden prohibirme que pinte! —gritó Eva con una Chaja de cinco meses de edad en el regazo—. Bien podrían prohibirme que respirara, que bebiera o que me fuera a la puta cama con el puto padre de mi hija.

Martin los había abrazado a ella y a Chaja, y le había besado en la raya del pelo.

—¿Puedes confiar un poco en el puto padre de tu hija? Evidentemente, nadie puede prohibirle a una artista como tú que pinte, ya estoy ocupándome yo de esas cosas.

—¡Mis pinturas no son cosas!

—Ya lo sé, mi amor. Ya he hablado con Kierling…

—¡A mis pinturas no les va a ir tan mal como lo pintaban, Martin!

—Te lo he prometido —había murmurado él—. ¿Alguna vez he roto alguna de mis promesas?

Una semana más tarde había traído a la señorita Podewils para que cuidara de Chaja mientras ellos se iban al Babeurre de Wilma de celebración.

El Babeurre y su grupo de parroquianos habituales no había tenido muchos motivos para celebrar en las últimas semanas. A Yva, quien además era de ascendencia judía, ya no se le permitía seguir realizando desnudos fotográficos en un azul gélido en el ático.

—Demasiado sexo, demasiado estilo —bufó Wilma—. Es algo que ni el más fuerte de los nazis puede soportar sin que le dé un vahído.

El omnipresente Hagen Fidelis torció el rostro en una mueca dolida.

—¿Es que quiere que algún chivato la escuche? ¿No le ha dicho nunca nadie que, en ocasiones, el silencio puede ser oro, señorita Duvenage?

—Prefiero la plata —replicó Wilma y le dirigió una voluta de humo de cigarro al rostro—. Ese dorado silencio suyo traiciona a demasiados de mis amigos.

Solían enzarzarse como dos duelistas profesionales y, probablemente, no andaban muy lejos de ese extremo. Sin embargo, los unía un mismo amor: Eva y Martin habían dado una fiesta por el nacimiento de su hija y habían nombrado a Wilma y Hagen, así como a *Paulchen,* su pequeño arqueólogo, sus padrinos, aun cuando no hubiera ningún bautizo. Para Paul, un niño era como un libro con siete sellos, pero los otros dos habían sorprendido a todos cuantos los conocían: Wilma no había vuelto a proponer vender a la criatura y Hagen no había vuelto a preguntar por qué Eva quería atarse una rémora a la pierna. Los dos, el siempre solícito Hagen y la escandalosa e impertinente Wilma, se habían enamorado de una misma persona: de Chaja Christiane Löbel.

Hagen, que en toda su vida adulta no había entrado nunca en una juguetería, le regaló a Chaja por su primer cumpleaños un mono de peluche con extremidades móviles. Tan pronto como supo hablar, la niña bautizó al mono como Hagen y poco después empezaría a llorar porque los simios necesitan mucho sol y el invierno en Alemania era demasiado frío. Wilma, que odiaba las labores casi tanto como Eva, le tejió una camiseta de ganchillo color rojo en cuyo pecho bordó con letras amarillas el nombre HAGEN.

Tal vez se repartieran improperios como dos verduleras, pero los dos adoraban a Chaja. Eran su familia, las manos que se unían para formar un techo protector sobre su cabeza y proteger su infancia. Y Eva les estaba profundamente agradecida. No conocía a una niña más libre y

despreocupada que ella. Jamás había experimentado lo que se siente cuando te sacuden el corazón y el coraje y te roban la fe en ti misma y en el mundo.

Eva pudo seguir pintando. Tanto ella como Yva se valieron de una artimaña: la fotógrafa se mudó a un estudio distante y le transfirió la gestión a una amiga con certificado de pureza de sangre. Eva contrató a Hagen Fidelis como agente a pesar de que, hasta la fecha, él solo había trabajado con actores, e hizo que se ocupara de encontrarle espacios seguros para exponer sin riesgo. Alfred Renke-Levin había tenido que vender su galería irremisiblemente para poder huir, de la noche a la mañana y con lo puesto, a Suiza. Ya no le quedaba nadie más en quien poder confiar.

¿La convertían esas triquiñuelas en otro perro más que movía la cola contento ante su amo? Aunque fuera así, vivía más tranquila. Era artista, necesitaba tener la posibilidad de mostrarle sus pinturas al mundo. Siempre que el arte pudiera mostrarle a la gente frente a frente que la vida no era de un uniforme tono marrón, sino que se componía de incontables colores, seguiría quedando alguien que les hiciera frente a esos nazis alborotadores. Era lo que Yva hacía, y lo que Martin hacía, y un sinnúmero más. Bajaban la voz para que no pudieran cerrarles la boca. Tan pronto como se solucionara toda esa locura del Reich de mil años, volverían a cantar a pleno pulmón.

Así habían empezado a vivir y así seguirían viviendo. Los nazis consideraban un amor como el suyo una traición a la raza e incluso establecieron leyes en su contra, pero Eva y Martin hicieron oídos sordos. Para los judíos fueron surgiendo todo tipo de cortapisas: tenían fisgones chivatos que se colaban por los huecos de la escalera, bloc de notas en mano; había bancos del parque en los que ya no podían sentarse; cafeterías en las que ya no les servían. Sin embargo, con ellos miraban para otro lado: la hermosa compañera de Martin Serner no tenía nada de hebraico y siempre encontraban quien los atendiera entre la humareda de tabaco del Babeurre. Había rumores que hablaban de auténticos horrores, pero siempre había maneras de actuar. Las pinturas de Eva eran su arma. Plasmaba en sus lienzos todo lo que no debía olvidarse.

Eva ganaba poco dinero, pero Martin, que lo conseguía en abundancia, no le daba mucha importancia. Así ella podía pasar tiempo con Chaja siempre que quería y pintar cada vez que lo necesitara. Durante la semana, la señorita Podewil se encargaba de cuidar de Chaja, y los fines de semana, Wilma acogía a la niña y la cubría de tostas de manteca y de chocolate, del aroma a Soir de Paris, a cigarrillos y a seguridad.

Como aquel fin de semana.

—Mi hija va a terminar convertida en una experta en destilados de bar —había afirmado Martin antes de despedirse.

Dos pares de ojos con la mirada llena de reproches se habían vuelto hacia él y dos voces, una aguda y otra grave, habían exclamado, como si fueran una sola:

—¡No es un bar, es un bistró!

Todos se habían reído. Los cuatro. Y ahora Eva y Martin se encontraban ya de vuelta al encuentro de Chaja y Wilma. Los luminosos paneles publicitarios de Kurfürstendamm iban convirtiendo el recuerdo de Brandeburgo y la pocilga de Hildchen Serner en vagos contornos. Martin giró a la izquierda en la curva. Casi sin emitir sonido alguno, el doce cilindros hizo su entrada en la avenida coronada de tilos de la Bleibtreustraβe.

Chaja tenía cuatro años. Según había dicho Wilma hacía un par de días, ya tenía edad suficiente como para conocer París:

—¿No debería, al menos, respirar algo de aire del mundo antes de que acabe apestado a carroña fascista?

—Yo no apesto —había protestado Chaja, y le había robado el cigarrillo a Wilma—. Cuando vaya a París, aprenderé a fumar y a hacer círculos de humo como mi tiita.

«Mi tiita». Así es como Wilma permitía a Chaja que la llamara y Wilma, a su vez, le decía *«mon chou»*, mi gorrión. Por una vez, la idea de ir con las dos a París le pareció a Eva francamente maravillosa. Escapar un par de días de todo aquello: la vigilancia constante, el miedo, la angustia que apenas permitía dormir. En la Rive Gauche, el barrio rebosante de vida que se extendía junto a la ribera izquierda del Sena, en una calle lateral al Quai de la Tournelle, había un hotel tan discreto como lujoso, una combinación de bohemia y nobleza como solo era posible en París. En los últimos tiempos, las pinturas de Eva habían adquirido una oscuridad que le resultaba casi intolerable. Había dejado de lado la ligereza de las acuarelas y ya no era capaz de dibujar sin rellenarlo todo de pesada pintura al óleo.

Quizá necesitaba la luz de las amplias avenidas, el aroma a vida de París que ninguna Cámara de Cultura del Reich podía ocultar. Quizá necesitaba un par de días de abandono a la decadencia y la indulgencia... sin las miradas aviesas de los aprendices de inquisidores ni las aún más aviesas de Hildchen Serner. En aquellos cuatro años en los que su nieta había hechizado a todo aquel que la había conocido, ni una sola vez la madre de Martin había querido verla en persona.

—¿Martin?

Este emitió una especie de gruñido por respuesta.

—No quiero volver donde tus padres nunca más. En lo que a tu madre respecta, a las mujeres como yo, que pervierten a su inocente hijo, deberían encerrarlas en uno de esos campos o quemarlas como brujas.

No era la primera vez que le decía lo mismo. Sin embargo, en ocasiones anteriores habían acabado discutiendo a viva voz cuando Martin había tomado partido por su madre. Eva debía ser razonable. Hildchen Serner había vivido cincuenta y seis años en un lugar tan poco abierto como una aldea remota, y la vida que llevaba su hijo junto a su perversa amante la asustaba porque no la comprendía. Esta vez, no obstante, no llegaron a las voces.

—Está bien —se limitó a decir él.

Y eso fue todo.

—Quiero ir a París —dijo ella, mientras lo observaba rechinar los dientes y deseaba espontáneamente un bloc de bosquejos.

Llevaba mucho tiempo sin dibujar, pero en ese momento deseaba retratar aquellos instantes fugaces en un par de trazos. Quería tomar una hoja del cuaderno, colocárselo en el regazo y decir: «Eres hermoso». Posó la mano sobre la de él, que aún sostenía el volante.

—Quiero ir con Chaja y Wilma a París. También podríamos llevarnos a Hagen. Y a Paul, que últimamente parece un cactus que nadie se acuerda de regar. Vayámonos y celebremos lo que hemos sobrevivido hasta ahora.

—¿Por qué a París? —preguntó él, con la mirada dirigida al tráfico—. ¿Es que tienes a alguien esperándote allí? Eso haría las cosas mucho más fáciles, Eva.

—No sé de qué estás hablando —respondió ella con sinceridad—. ¿Por qué iba a tener a nadie esperándome en París? Es que me gustaría volver allí un par de días y disfrutar de que aún me queda juventud. Sin preocupaciones en la cabeza, sin peso en el pecho.

—¿Al Claude Le Jeune?

Ese era el hotel. Butacas de brazos dorados y copas de champán entre paredes de revoque deslucido. Eva asintió. Chaja podía compartir habitación con Wilma mientras Martin y ella se amaban en una de esas bañeras con patas de león. El cielo sobre ellos, París y el río a sus pies.

—Está bien —dijo él—. Cuando quieras.

—¿Tendrás días libres tan pronto?

El rodaje de su nueva película comenzaba al día siguiente. *Jorinde*. La adaptación de algún cuento infantil. La nueva estética de Goebbels, sin asomo de oscuridad extranjera, era la fachada de la intranscendencia.

Martin levantó una mano del volante y se rascó la frente.

—Dime cuándo quieres ir y yo reservaré el hotel.

Entonces aparcó junto al mismo bordillo donde aparcaba siempre: entre el elevado edificio en cuya planta superior se encontraba su vivienda y la esquina cuyo local albergaba el Babeurre. Tanto en uno como en otro los dibujos de Chaja colgaban lado a lado con las pinturas de Eva, tanto en uno como en otro olía a buen café, a los cigarrillos de Wilma y al calor corporal de las multitudes. Eva posó la mano sobre el muslo de Martin.

—Gracias.

Él agitó la cabeza, sin mirarla. La luz de las farolas dibujaba una cenefa sobre sus mejillas.

Eva agarró la manilla de la puerta. El apetito de Chaja le ardía por dentro cada vez más.

—Todavía no —dijo él, y su aliento se condensó en la luna del coche.

—¿Por qué no?

—Tengo que hablar contigo.

«Que no sea de cerdos», quiso pedirle una vez más. Pero entonces se dio cuenta de que no podía escapar de los cerdos, de que acabarían por rodearla, desnudos, rosados y con su grueso vello.

—Eva…

En ese momento, ella oyó el sonido de pequeñas pisadas aceleradas y se volvió. La puerta del Babeurre estaba abierta y Chaja atravesaba la calle a la carrera en su dirección. El aire le agitaba el pelo y llevaba en brazos a Hagen, el monito de extremidades móviles. La siguiente en salir fue Wilma. Wilma sin un cigarrillo en la mano, sin pintalabios, sin su sonrisa irónica en la cara.

Wilma descompuesta. Con horror en los ojos.

—¡Mamá! —gritó Chaja.

Eva no tardó en reaccionar a la llamada. Abrió la puerta del coche y tomó a Chaja entre sus brazos. El rostro de la pequeña estaba empapado en lágrimas.

—¡Mamá, mamá! ¡Tus dibujos!

Con los pulmones ahumados jadeando por respirar, Wilma llegó finalmente hasta ellos. Tenía el rostro desencajado, como desmantelado por piezas, y tan húmedo como el de Chaja. Eva nunca había visto llorar a Wilma.

—Estuvieron aquí —espetó—. Tanto aquí abajo como en tu casa. No pude hacer nada. Eran cinco y los papeles que me restregaron por la cara estaban firmados por Ziegler en persona.

Adolf Ziegler había sido la diana de sus carcajadas al amor del Pernod durante las últimas semanas. En los círculos artísticos se le conocía como «El pintor del vello púbico del Reich» porque tenía especial predilección por los desnudos femeninos, sustituía el talento por servilismo

y no dejaba ningún detalle para la imaginación del observador. Lo habían rechazado en diversos puestos como profesor de arte porque nadie conocía sus obras. Pero entonces había llegado Hitler, quien había aupado a su amigo personal al trono de presidente de la Cámara del Reich de las Artes Plásticas.

—¿Qué quiere Ziegler de nosotros?

—Wilma, no —dijo Martin entre dientes, pero ni Wilma ni Chaja lo escucharon.

—¡Nos han quitado tus pinturas! —gritó Chaja por encima de la voz de Wilma—. Todas, incluso la del payaso triste. Les dije que me la habías regalado por mi cumpleaños, ¡pero no me hicieron caso!

Rugía de rabia. Se aferraba a Eva con su monito de peluche al pecho, como si ella misma fuera un pequeño primate que buscara en el pecho de su madre algo que lo alejara de todo peligro.

El payaso triste no era, en realidad, un payaso. Era un muchacho con ropa de carpintero que, con una sonrisa torcida, guiaba a sus padres desde su casa en dirección al vagón de carga de un tren. Eva no sabía lo que la escena significaba, simplemente la había pintado y había descubierto con posterioridad que sí que lo sabía. Era una de esas escenas que cortaban la respiración y te dejaban sin voz, de forma que solo quedaba la pintura.

A Chaja le gustaba ese cuadro más que ningún otro: «Pobre payaso. Tiene sangre en la boca y está tan triste… Me lo tienes que regalar para que pueda cantarle “cura, sana”».

Eva quiso abrazar bien fuerte a su hija, a su pequeño monito trepador, pero entonces comprendió que no era capaz de mover los brazos.

—¡Cuéntamelo! —le gritó a Wilma.

Aunque la voz todavía le funcionaba, le sonaba ajena, como si no le perteneciera.

—¿Qué quieres que te cuente, *bijou?* Los arrancaron todos de las paredes y los cargaron en sus camiones y, cuando *mon chou* y yo tratamos de detenerlos, nos apartaron a un lado de un empujón, como a muñecas de trapo. Tenía la puerta de la bodega abierta. Si llegamos a caernos por ahí, nos habrían roto el cuello.

—¿Adónde se los han llevado? ¡Tengo que encontrarlos!

—Eso no tiene ningún sentido —oyó a Martin murmurar a su espalda—. Lo mejor que puedes hacer es mantener la calma.

—¿Mantener la calma?

La voz de Eva ya no conocía el control. Cuando era niña, había gritado, presa de la rabia, al ver a su padre perforar sus dibujos con chinchetas. Ahora se sentía como si alguien estuviera perforándole la mente.

—¿Se han llevado mis pinturas y me dices que mantenga la calma?

—También han estado en la galería —añadió Wilma con voz ronca—. Dijeron que eran todo obras degeneradas y depravadas: las reunieron todas y se las llevaron, incluyendo esa genial Virgen tuya que cuelga en el Kronprinzenpalais.

Eva vio nuevamente ante ella a la profesora que rompía sus dibujos por la mitad. Vio a su padre, que tiraba a la basura el retrato de su madre y vio la dedicatoria sobresalir del cubo: «Para mamá». *Asqueroso. Acabado. Degenerado. Depravado*. Sus rostros como cielos apocalípticos, sus sonrisas torcidas, porque las lágrimas estaban prohibidas. Sus gritos se volvieron histéricos. Estremecedores.

Martin se le acercó por sorpresa y la abrazó por la espalda.

—Cálmate, ya no tiene arreglo. Les está ocurriendo a artistas por todo el Reich. También se han llevado los gigantes de piedra. Se llevan las obras, pero Hagen me ha jurado que no les hacen nada a los artistas.

«Nuestros gigantes de piedra —pensó Eva—. Los dos ancianos que coloqué frente a las puertas de la ciudad para que los masacraran».

—¿Tú lo sabías? —gritó—. ¿Lo sabíais los dos, Hagen y tú, y permitisteis que ocurriera?

Intentó liberarse del abrazo, pero tenía a Chaja colgada del pecho y a su espalda a Martin, que la aferraba como un cepo. Quería golpearlo con los puños, pero notaba los brazos como dormidos.

—Venga, vamos arriba —dijo, de pronto—. Tengo que verlo, tengo que ver qué ha ocurrido con mis pinturas.

—Sí —dijo Martin.

La liberó, pero no hizo el más mínimo amago de moverse. Allí donde la luz de la farola tocaba la tensión de su mandíbula, ella pudo ver el grueso vello facial que le crecía en la piel sonrosada, aun cuando su cabello era mucho más fino.

—Ven —dijo ella.

—No —dijo él.

—¿Qué quieres decir con eso de «no»?

—Que no voy contigo —se volvió—. Es decir, no voy arriba. Ya no vivo allí.

Los dedos de Chaja se le clavaron a Eva en el hombro. Entre sollozos, luchaba contra las lágrimas.

—Han dejado mis dibujos —dijo—. Te los regalo, mamá. Mañana te pintaré más.

7
AMARNA.
LONDRES. MARZO DE 1938

Amarna iba a dar la conferencia en el gran auditorio del museo, con capacidad para doscientos asistentes. Ella había contado veintiocho: las ruidosas prometidas, esposas e hijas de los conservadores del museo que habían venido porque querían ver de cerca a la mujer de Arman Artsruni. Probablemente ninguna de aquellas damas había esperado encontrarse con alguien que vestía falda de lana y botas de montaña e iba peleándose con su encrespada melena mientras hablaba. Además, los asentamientos funerarios de las tierras altas del Ararat que mostraban las diapositivas les interesaban más bien poco.

Amarna habría querido cerrar de un golpe la carpeta con la documentación que tenía sobre el atril y marcharse de allí. Cualquier otra arqueóloga que se hubiera visto forzada a dar sus conferencias frente a un público tan risible hacía tiempo que se habría encontrado en la calle, sustituida por un hombre. Sin embargo, en su caso, tenía al conservador principal del museo como único oyente masculino, sentado en la primera fila, y él le sonreía cada vez que sus miradas se encontraban, infundiéndole valor.

Walter Farnshaw no solo era su superior: era prácticamente un santo. Si hubiera estado en su mano, habría contratado figurantes para que llenaran huecos en las conferencias de Amarna. Por lo pronto, solía enviar a un par de los policías jubilados que vigilaban el museo. Se quitaban el casco como si estuvieran en la iglesia, se acomodaban cuan largos eran en los asientos de la última fila y aplaudían con todas sus fuerzas.

Amarna colocó la última diapositiva en el proyector: un primer plano de los relieves de piedra que decoraban la parte superior de las columnas. Las fotos procedían de su luna de miel, que había disfrutado en exclusiva con Arman, el cielo y la tierra. Únicamente habían dedicado un día a visitar a amigos en Doğubeyazıt. Concretamente a Sedat Veysel, quien, en su pequeño y remoto Museo de Urartu, albergaba algunos tesoros. Después de eso habían roto toda conexión con las praderas y los asentamientos poblados para adentrarse en las montañas. En la soledad de las rocas, en la penumbra rayada que se filtraba entre los abetos, se sintieron como los últimos entre los hombres. Habían descubierto las columnas como una prueba inesperada de que aquel planeta había estado poblado en alguna ocasión.

Arman no había querido ir allí, ni a la ruinosa ciudad fronteriza de Doğubeyazıt, ni a la isla de Aghtamar, en la que sus regios antepasados habían construido su palacio y su santuario, y, desde luego, tampoco al blanco monte Ararat, al que él llamaba Masis y junto al que, de dar crédito tanto al Génesis como a la epopeya de Gilgamesh, se encontraba varada el arca que transportó a los supervivientes del Diluvio. Habría preferido París o Venecia, los clásicos lugares donde Fulano y Mengano pasaban su luna de miel, y Amarna lo había entendido. Nada era más

importante para él al llegar a Londres que ser un Fulano y Mengano cualquiera, aunque en Inglaterra a esos se les llamara Tom, Dick y Harry. No llamar la atención, perderse en la multitud, aunque no tuviera la más mínima posibilidad de hacerlo.

Sin embargo, ella había querido ir allí a cualquier precio y, puesto que él estaba convencido de que, con ese matrimonio, ella salía perdiendo como nunca en su vida, no era capaz de negarle nada que le pidiera. Habían ido al monte Ararat, tras las huellas de los muertos. Amarna estaba convencida de que alguien la esperaba allí.

Sin embargo, no había nadie en aquellas poblaciones fantasma que pudiera esperarla. Toda vida que pudiera haber existido en aquellos campos de piedra y en las casas aldeanas que discurrían por calles azotadas por el sol había sido cuidadosamente aniquilada. Quizá podrían haber excavado y haberse topado con huesos blanqueados, pero Arman y Amarna prefirieron no hacerlo. Todo lo contrario. Anduvieron por la zona con sumo cuidado, como si temieran lastimar de alguna forma aquel reino de tierra que ya había sufrido bastante como para soportar más dolor.

Lo que sí habían encontrado había sido las estelas del reino de Urartu. Inscripciones hechas en escritura cuneiforme y, cincelados sobre ellas, los rostros de aquellas personas que llevaban tres mil años descomponiéndose bajo aquella tierra. Un hombre y una mujer con los ojos grandes, la boca aún más grande y los rasgos marcados por la edad.

Amarna ajustó el proyector con poca delicadeza. Aquella imagen en blanco y negro no tenía aroma ni una brisa suave susurrándote en el oído. No arrojaba sombras ni mostraba a las nubes que tapaban el sol y hacían que el frío le erizara el vello de los brazos. La imagen no delataba la presencia de Arman cuando había observado fijamente aquellas piedras sin mostrar emoción alguna. Amarna había sentido auténtico pánico durante un segundo: «¡Va a convertirse en piedra! No debí haberlo traído».

Sin embargo, súbitamente, había salido de su rigidez y había extendido la mano hacia las imágenes. Había acariciado la mejilla de la mujer. Amarna no había conocido a la madre de Arman, y él tampoco hablaba nunca de ella. En algunas ocasiones, cuando ella se tendía junto a él después de la pasión y este la miraba con los ojos bien abiertos, se había preguntado si su madre también lo habría observado con un amor tan incondicional. Y deseaba tener una imagen en la que mirara a su hijo así.

Ahora ya tenía alguna idea de qué aspecto podría haber tenido semejante imagen. En su mente, tomó una fotografía imaginaria de aquel Arman que acariciaba el rostro de piedra de la mujer. Por aquella imagen estaba dando una conferencia inútil frente a un montón de damas aburridas. Por aquella imagen iba a luchar y batallar en nombre de las dos estelas como don Quijote contra los molinos. Si se rindiera, se sentiría como si estuviera relegando a la madre de Arman al olvido.

Algo más tarde, Arman había quedado cautivado por aquellas escenas y la había ayudado a instalar la cámara, medir las columnas y marcar con precisión su localización en el mapa. Lo que no había hecho había sido hablar de ello. «Nunca hemos estado tan cerca como aquellos días junto al Ararat —pensó Amarna—. Tan cerca que no podemos hablarle de ello a ningún otro ser humano, ni siquiera el uno con el otro. Tan cerca que aprendimos algo: somos dos personas que no tienen más remedio que guardar silencio sobre la muerte; el silencio tras la devastación del Diluvio, el horror que ninguna palabra puede describir».

Pero nada de eso estaba en la diapositiva que ahora mostraba ante las damas. Y, sin embargo, estaba todo. Amarna ajustó el proyector y la pantalla hasta lograr que el rostro de piedra de la mujer observara a las oyentes. Le repugnaba tratar de conseguir las simpatías de ese grupo de relamidas damas muertas de aburrimiento, pero aquellas veintiocho mujeres tenían maridos y aquellos maridos probablemente tuvieran dinero. Y sin dinero, Amarna no podría rescatar las estelas funerarias de Urartu. De ser así, acabaría ocurriéndoles lo mismo que al resto de testigos de la vida junto a la montaña: se convertirían en polvo sobre los maltratados caminos. Entonces, cuando alguien hablara del pueblo que construyó allí sus casas y que les cantaba a sus hijos para dormirles, lo tomarían por leyendas, por rumores abstractos, por habladurías.

Amarna contuvo el aliento y continuó su disertación a una velocidad pasmosa, como uno de esos locutores que anunciaban por la radio pastillas para la tos:

—Los habitantes de Urartu habían comenzado a grabar en las estelas funerarias no solo inscripciones cuneiformes, sino también rostros, pues creían que con ello se preservaba el espíritu del fallecido. Personalmente, creo que lo consiguieron. Esculpieron el rostro de esta mujer hace tres mil años para que nosotros hoy pudiéramos contemplarla. Así combatieron el dolor: el hecho de que enterremos a nuestros muertos y levantemos monumentos en su memoria es lo que nos diferencia de los animales. Combatimos la muerte, combatimos el pasado, queremos convertirnos en piedra y no en polvo…

Tuvo que detenerse para que las lágrimas no le quebraran la voz. ¿Era una científica que luchaba por sacar adelante un proyecto, o una niña que no era capaz de asimilar el funcionamiento del mundo? Había querido poder explicarle con frases preparadas a aquellas damas los peligros que corrían las estelas si permanecían en las laderas del Ararat, los costes de su salvamento y de qué manera ellas podían apoyar el proyecto. En lugar de eso, manoseó distraídamente el proyector y mantuvo la mirada gacha. Wally Farnshaw se levantó y aplaudió.

—Señora Artsruni, le agradecemos de todo corazón esta ponencia, expuesta con tanta pasión.

Amarna habría querido girarse sobre los tacones y hacer que él y las damas se quedaran allí sentados. Habría deseado que Arman entrara en la sala como una exhalación y la rescatara de toda aquella gente. Pero no aquel acicalado favorito de la escena artística londinense, sino en el salvaje pecaminoso que la masa aún era capaz de ver en él, sin importar que vistiera chaqué o taparrabos.

Sin embargo, la intención de Wally era buena. Se inclinó, sonriente, hacia tres direcciones distintas, como un actor de la Shakespeare Company. Las damas le dedicaron un aplauso tan comedido como bienintencionado.

Amarna hizo como si se viera obligada a prestar toda su atención al proyector mientras Wally se despedía del público. No esperaba que ninguna voz salvo la de él se dirigiera a ella, por lo que dio un respingo cuando escuchó a una mujer abordarla.

—¿Señora Artsruni? Si no fuera mucha molestia, me gustaría hablar un momento con usted. Me llamo Lilly Greenstein.

¡La doctora!

—Lo lamento muchísimo —exclamó Amarna antes de soltar el maldito proyector y girar la cabeza—. Sé que tenía prevista una cita con usted y que no acudí…

La mujer rompió a reír. Llevaba un sombrero color gris pimienta bien calado y un traje de *tweed* del mismo color.

—No se preocupe. Es algo que ocurre a diario en mi consulta.

—¿Por qué? —preguntó Amarna, perpleja.

—Porque resulta difícil hablar de ese tema —respondió la doctora Greenstein—. ¿A quién le gustaría admitir que no logra hacer aquello que para los gatos y los conejos es pan comido?

—Exacto —replicó Amarna, aún perpleja—. Hasta la fecha siempre he podido hacer más o menos todo lo que he querido. ¿Por qué precisamente esto no, que puede hacerlo cualquiera?

La doctora asintió.

—Y, al fin y al cabo, todo lo que ha podido hacer hasta ahora vale tanto como esto, ¿verdad? Una mujer puede revolucionar la ciencia o salvar a un país de la guerra, pero si no es capaz de tener un hijo, siempre tendrá una cuenta pendiente.

—¿Cómo lo sabe?

Lilly Greenstein se encogió de hombros.

—Yo misma soy una cuenta pendiente. ¿Me permite que le diga lo mucho que he disfrutado su conferencia? Walter Farnshaw ya le habrá contado que puede considerarme formalmente su admiradora. Desde que la escuché hablar en aquel programa radiofónico sobre el reino de Urartu, la he seguido muy de cerca.

—¿De verdad?

Hacía tiempo que habían suspendido aquella emisión sobre temas arqueológicos porque aparentemente no le interesaban a nadie.

—No suele abordarme nadie interesado por Urartu.

—Me lo puedo imaginar —dijo la doctora Greenstein—. ¿Me equivoco al suponer que la mayoría de los que se le acercan lo hacen porque las esculturas de su marido los subyugan?

—¿A usted no?

—No —respondió la doctora—. A mí no. Aunque naturalmente las he visto. Pero ¿se puede conservar el buen nombre en el Londres de 1938 sin haberlo hecho?

—Diga de una vez que no le gustan —se le escapó a Amarna.

Lilly Greenstein la observó con unos ojos color avellana y redondos como un botón.

—No, no me gustan —dijo con calma—. Me parecen magníficas, pero no me cabe ninguna duda de que no se hicieron para que le gustaran a nadie.

Amarna agitó la cabeza y comenzó a meter el proyector en la funda.

—Sus retratos fúnebres de Urartu sonríen —dijo Lilly Greenwald—. Los rostros que hace su marido, no.

«Mi marido tampoco». Estuvo a punto de decir Amarna en voz alta, pero no habría sido lo correcto y tampoco era de la incumbencia de aquella mujer.

—A veces tienen una sonrisa mordaz —continuó Lilly Greenwald—. Eso es todavía más insoportable que cuando alguien llora abiertamente de dolor. Escuche, voy a ir directa al grano: me gustaría visitarla. En la Tate se comenta que su marido concede esporádicamente visitas a su taller para círculos muy escogidos. ¿Es así? ¿Existe algún ritual que haya que realizar para ser aceptado en ese círculo de elegidos? —preguntó y le dio unos toquecitos a su bolso—. El dinero no es un problema.

—Por el amor de Dios —rehusó Amarna, con las manos alzadas—. Simplemente venga el sábado. No hay ningún círculo de elegidos ni ninguna visita al taller, pero a Arman le cuesta decir que no a alguien que lo mire con ojos implorantes. Por eso circula la idea de que hacemos

jornadas mensuales de puertas abiertas y aceptamos visitas en casa. En cualquier caso, si usted está interesada en ver las esculturas aún en proceso o el desorden que reina en nuestro invernadero, es usted más que bienvenida. Podrá probar un vino tan bueno que debería estar prohibido y que le envían a Arman desde La Gironda, unas rebanadas de pepino y probablemente también algo de *bulgur*.

—¿Qué es eso de *bulgur?*

—El único plato que, según mi marido, es capaz de cocinar.

Lilly Greenstein soltó una carcajada.

—La mayoría de los hombres que conozco no saben cocinar nada de nada. Y al suyo no me lo había imaginado dedicado a tareas tan profanas.

—Preparar una comida no tiene nada de profano —dijo Amarna—. Desde luego, no si es *bulgur*. La sémola de trigo llena lo suficiente como para que uno pueda comerlo sin miedo a que alguien venga a robárselo. —Y cayó entonces en la cuenta de que eso tampoco era de incumbencia de aquella extraña.

—Tiene usted razón —dijo la mujer—. No tiene nada de profano, y yo le estoy haciendo preguntas dignas de una reportera sensacionalista.

—No pretendía decir eso.

—Sí que lo hacía —respondió Lilly Greenstein—, pero tiene usted toda la razón. No obstante, ¿sigue en pie la invitación para el sábado? Me encantaría probar ese vino de La Gironda, comer ese trigo que alimenta a todo el mundo y escuchar más cosas acerca de Urartu. Probablemente ya le haya contado Walter Farnshaw que no soy una mujer que carezca de recursos económicos. Aunque no me puedo permitir financiar una expedición completa, sobre todo porque también estoy comprometida con otra cuestión, sería para mí un honor aportar un granito de arena.

—¿Por qué? —preguntó Amarna —. Hay un sinnúmero de proyectos arqueológicos en busca de financiación y la mayoría son más espectaculares que el mío. Un reino perdido en un extremo de la Transcaucasia cuya escritura nadie sabe leer y cuyos edificios más significativos están destruidos… ¿Por qué le interesa?

—Es difícil de decir —se encogió de hombros—. Quizá siento debilidad por los pueblos desaparecidos. O por la gente que tiene miedo de que le roben la comida. Entonces, ¿puedo hacerles una visita, señora Artsruni? ¿El próximo sábado?

Amarna asintió.

—Me encantaría —murmuró.

—A mí también.

Volvió la vista y se encontró con la figura de Wally, con los hombros ligeramente encorvados, que sobresalía por detrás de Lilly Greenstein. La doctora se despidió y los dejó solos en la sala vacía. Wally se dirigió hacia Amarna y la ayudó a cerrar la funda del proyector.

—Hace mucho que no os visito —dijo, con una especie de nostalgia.

—Siempre eres bienvenido en casa.

—Te agradezco que me lo digas —repitió—. A menudo he pensado en ir a veros, pero no puedo evitar sentir que os iba a molestar. Pasáis tan poco tiempo juntos…

—No te preocupes por eso. Los demás no lo hacen, así que esa casa está permanentemente rodeada.

Wally sonrió.

—No conozco a nadie que se esfuerce tan poco como tú por resultar encantadora —dijo.

—Lo siento mucho.

Para cuando Amarna cayó en la cuenta de que con *encantador* quería decir *hipócrita*, ya era demasiado tarde. Wally negó con la cabeza, aún sonriendo.

—Siempre y cuando la casa no esté demasiado llena, me gustaría ir el sábado. Y llevar a Seb también. ¿Crees que a Arman le importaría? Seb vuelve a darnos algunos quebraderos de cabeza.

Seb (Sebastian) era el sobrino de Wally, hijo único de su hermano adorado que había encontrado la muerte junto con la madre del niño en un accidente de automóvil en un acantilado, en Francia. El niño había crecido consentido, que no verdaderamente cuidado, entre unos abuelos consumidos por la pena y un tío que se encerró en su trabajo tras ver fracasar su matrimonio. Llevaba fuera de control desde los trece años. Ahora, con dieciséis, había abandonado el elitista centro educativo en el que habían estudiado todos los varones Farnschaw y se dedicaba a buscar problemas sin descanso.

Apenas les dirigía la palabra a sus familiares, pero se sentía cómodo con Arman, quien no tenía problemas en pasar una hora entera sin abrir la boca. Además, disfrutaba con un lápiz en la mano.

—Podría pagar a Arman para que le diera clases —había propuesto Wally en una ocasión, pero Arman no había consentido ni en cobrar ni en enseñar a nadie.

—Por supuesto que puedes traerte a Seb —dijo Amarna—. Arman se alegrará.

Y lo haría, de hecho. Disfrutaba con la presencia del muchacho. A la única que le molestaba era a Amarna quien, al ver a su marido en compañía de un niño, pensaba: «Sería una bendición para ti y yo no puedo dártela».

Notó un tímido roce en el brazo.

—¿Vamos al Plough? —preguntó Wally.

—Tengo que irme a casa —empezó a decir, pero se interrumpió porque sabía que era una batalla perdida.

—Hay algo de lo que tengo que hablar contigo —señaló Wally, quien era demasiado inglés como para admitir su soledad—. Es importante, Marnie.

—Y supongo que no podrá esperar hasta el sábado.

—Será mejor que no —respondió él y le ofreció el brazo.

Así pues, se dirigieron al Plough, el *pub* más bonito de Londres, pidieron dos de las cremosas *stout* que eran la recomendación incuestionable para quien visitara el local y el único plato que servían allí: el Ploughman's Lunch, queso especiado y cebolla encurtida sobre pan negro.

Wally comió con apetito y precipitación y habló de la misma manera. Como si durante días hubiera recibido poco alimento y poca atención.

—Eres buena —le dijo, entre mordisco y mordisco de pan—. Eres mi as en la manga y espero que lo sepas.

Amarna intentó reír.

—Pues claro que sí. Una semana tras otra hago que veintiocho damas de la alta sociedad se levanten de sus taburetes, extasiadas por la pasión por la arqueología.

—La falta de interés por su parte no tiene nada que ver contigo —Wally siguió masticando y tragando—. Solo en el tema que tienes en la cabeza. Urartu. A estas alturas habrías llegado

mucho más lejos en tu carrera si te hubieras decidido a inclinarte por otros campos. Campos más populares, que despertaran el interés de la prensa. Tengo miedo de que lo eches todo por la borda si sigues tan ciegamente obcecada con ese tema.

—Pero es que quiero obcecarme con ese tema —lo interrumpió Amarna bruscamente—. Es mi tema. Para eso me contrataste y, si ya no te conviene, tendré que buscarme otro empleo.

—Hey, eso es algo que ni se me ha pasado por la cabeza —dijo y se bajó las gafas hasta el borde de la nariz para mirarla por encima de la moldura.

Tenía los ojos enrojecidos y llorosos porque se había pasado la noche frente a escrituras antiguas.

—Quiero ayudarte.

—No me ayudas si intentas convencerme de que me olvide de Urartu. No voy a darme por vencida, Wally, aunque la comunidad científica entera me considere una loca.

El tenedor de Wally dio con un plato vacío. Amarna le cedió en silencio lo que quedaba de su comida, como Arman solía hacer con ella.

Wally pinchó un pedazo de queso, pero lo sostuvo en el aire antes de llevárselo a la boca.

—Lo haces por tu marido, ¿verdad? Mantienes esta lucha por Urartu porque piensas que se lo debes a Arman. Pero me gustaría que te hicieras esta pregunta: si de verdad es tan importante para Arman, ¿por qué no lucha él mismo? Tiene las mejores cartas para hacerlo, ¿sabes? Los artefactos antiguos que nosotros nos dedicamos a reconstruir pieza a pieza no le importan un comino a nadie. Sin embargo, en cuanto el hechicero favorito de Londres hace su magia con la piedra, se convierte en la comidilla de la ciudad entera al día siguiente. Si Arman Artsruni tuviera interés en poner sobre la mesa las ruinas de Urartu, no tardarían en estar en boca de todos.

Amarna bebió un trago de cerveza y pensó su respuesta.

—Arman no funciona así. Cuando está junto a la piedra, no puede darle un propósito concreto, solo intentar sacar lo que lleva dentro.

—Lo sé —respondió Wally con sequedad—. He leído sus entrevistas. No es que quiera darme importancia, pero, al fin y al cabo, me precio de haber sido quien lo descubrió y de conocerlo bastante bien. Si quieres saber mi opinión, el trágico príncipe de Urartu que te empeñas en ver en él se ha convertido en un británico acomodado que sabe lo que quiere y hace lo posible por conseguirlo.

—¿Qué es eso tan importante que querías decirme? —Amarna se levantó de un salto con un gesto pueril—. En lugar de quedarme aquí dejando que me eches reprimendas sobre mi marido, prefiero irme a casa y hablar yo misma con él.

—Quédate. —Wally se levantó y la agarró del brazo con una expresión que la sorprendió—. Quiero decirte que te necesito, Marnie. Entera, no con media cabeza perdida en Urartu. Por eso te pido, como tu superior y como tu amigo: deja de obsesionarte con poner a los pies de tu marido un par de estelas funerarias solo porque no puedas darle un hijo. Ve a la consulta de Lilly y, si está en su mano, tened ese niño y encuentra por fin algo de paz.

—¿Y si no es posible?

—Entonces no habrá estelas que puedan ayudaros. —Él la soltó y, con gran sonoridad, respiró hondo—. No luches por él las batallas que él no te ha pedido que luches. Exígele que hable contigo. No tienes que resucitar a su pueblo de entre los muertos por él. Ya sabe que eso

no es posible. La única que no lo sabe eres tú.

Sintió un horror que la caló hasta la médula. ¿Cómo era capaz de atreverse a decir algo semejante, de cruzar una línea que ella no le había permitido atravesar? De pronto entendió a Arman cuando este tensaba los hombros y se tapaba el rostro para no dejar que nadie se le acercara. Para no dejar que nadie lo tocara allí donde estaba más desnudo, donde un mero roce ya era una osadía.

—Permíteme que te diga que no es asunto tuyo —le dijo a Wally—. Si Arman y yo necesitáramos consejos matrimoniales, difícilmente sería a ti a quien se los pediríamos.

Wally se estremeció.

—Enhorabuena —dijo—. Tienes buena puntería.

—Tú también.

—Por favor, siéntate —dijo él y volvió a extender la mano hacia el brazo de ella para recular de inmediato, como si lo hubieran pillado en plena fechoría—. No te has terminado la cerveza.

Amarna se sentó y agarró el vaso con ambas manos.

Wally se sentó también.

—No he comentado lo de Urartu para hurgar en ninguna herida, sino porque estoy preocupado por ti. Tengo la sensación de que estás sumida en una cacería interminable. ¿O quizá sea una huida? Quiero ayudarte a que vivas en paz. No hay nada en el mundo que te obligue a salvar un par de artefactos de un pueblo con el que tu marido, a efectos prácticos, ya no tiene ninguna relación.

—Sí que la tiene —dijo Amarna—. De algunos pueblos, uno no se puede deshacer, por mucho que lo intente.

—Eso a Arman le encantaría. —La voz de Wally era tenue—. Romper los lazos. Sumergirse en el crisol de culturas que es esta ciudad y vivir una vida como la de cualquier otro. ¿Por qué no se lo permites?

—Porque él no es cualquier otro.

Algunos días Amarna había llegado a creer lo contrario. Arman resultaba muy convincente cuando se ponía un jersey blanco y se marchaba con su vecino Dexter al partido de críquet de los sábados. Después del partido, todo el equipo se iba a una taberna a comer y regresaban a media tarde, achispados. Dexter iba haciendo eses y aseguraba que Arman era el mejor *fast bowler* que había habido nunca en Regent’s Canal. Doris lo regañaba y todo era parte del mismo ritual. Sin embargo, tan pronto como la puerta de casa se cerraba, Arman estaba perfectamente sobrio. Nunca se emborrachaba, siempre tenía cuidado. Cuando se hacía el británico, nunca podía perder el control porque, de hacerlo, entonces podría mostrar su verdadero rostro.

Un pueblo desaparecido no podía permitirse dejar al último de sus hijos en libertad y mucho menos a un hijo como Arman, quien tenía en sus manos el poder de esculpir en la piedra el nombre de su gente y no retrocedía ante la magnitud de la tarea, sino que, por el contrario, iba directamente a la fuente y trabajaba hasta caer destrozado.

—Haré lo que me has recomendado —le dijo a Wally—. Le pediré a Arman que participe en una exposición sobre Urartu. ¿Te ocuparías de que nuestro departamento organizara una exposición así, Wally?

—Por el amor del cielo —Wally suspiró—. Con el par de fragmentos de arcilla y objetos metálicos que tenemos por aquí, no tenemos ni para montar una exposición temporal.

—Pero si Arman nos proporcionara una serie de relieves, tendríamos la sala llena —se empeñó Amarna—. Todos los días. Una sala a rebosar de visitantes y tanta prensa como tú quisieras. Los fideicomisarios te besarían los pies por el impulso que le daría al museo.

«Quizá algo así le hiciera bien a Arman», pensó ella. Llevaba todo el invierno comportándose como un animal acosado, incluso cuando se sentaba, muy quieto, a leer el periódico. Estaba perdiendo peso de nuevo, lloraba por las noches y no permitía que nadie lo tocara. Cada vez que ella lo intentaba, él se doblaba sobre sí mismo como un erizo. «Hazlo por mí», le decía ella aun sabiendo que era algo que él no podía evitar.

—Además, Sedat Veysel, el conservador del museo de Doğubeyazıt, es amigo nuestro —le dijo a Wally—. No creo que haya ninguna pieza que no podamos pedir prestada con su intercesión.

—Marnie —Wally bebió cerveza—. Si crees que eso aliviaría en algo el peso sobre tus hombros, entonces veré lo que puedo hacer. Por el momento, no obstante, los fideicomisarios esperan algo diferente de mí y tú tienes que ayudarme. Están organizando una comisión y necesitan a gente de todas las áreas. Es una comisión secreta. Debo dirigirla y proponer a compañeros de plena confianza de mi departamento. Te he propuesto a ti.

—¿A mí? ¿Por qué? ¿Qué tipo de comisión?

Wally se tanteó el bolsillo del pecho.

—¿Te importa si fumo?

—¿Por qué me iba a importar?

Una auténtica niebla de tabaco cubría la estancia. Además, todos los hombres que conocía fumaban. Incluso Arman.

Wally sacó un cigarrillo y apuró lo que le quedaba en el vaso.

—Voy a pedir otra rápida, ¿de acuerdo?

—No —dijo Amarna—. Me vas a explicar qué tipo de comisión es esa.

Él exhaló una bocanada de humo y la miró.

—La comisión tiene como objetivo identificar lugares en los que, en caso de guerra, se pudieran guardar las colecciones del museo y mantenerlas a salvo.

—En caso de guerra.

—No te alteres —dijo Wally—. Es simplemente una medida preventiva, nada más.

—No me tomes por tonta —dijo Amarna, aproximándose—. Los mismos fideicomisarios que hacen todo lo posible por ahorrar montan, de la noche a la mañana, una carísima comisión ¿y tú pretendes hacerme creer que no significa nada?

Amarna volvió a levantarse, esta vez sin marcha atrás. Quería irse a casa. Quería arrancarle a Arman el periódico de las manos y preguntarle qué clase de tormenta estaba desatándose en su cabeza aunque mantuviera la puñetera boca cerrada a cal y canto.

—Esto es exactamente lo que me temía —le dijo a Wally antes de que él pudiera contestarle —. Si los turcos vuelven a involucrarse en una guerra, pasarán por encima de los restos de Urartu como hicieron cuando la Gran Guerra, cuando prácticamente dejaron las ruinas de Tušpa reducidas a escombros. Para ellos no es su propia herencia, solo es un motivo de vergüenza y por eso se alegran de tener cualquier excusa para deshacerse de ello. Por eso quiero traer las estelas. Ponerlas a salvo. Y ahora, ¿me dices que quizá aquí corran el mismo peligro que en el Ararat?

—Eso no es en absoluto lo que te he dicho. —Wally aplastó el cigarrillo como si fuera un

insecto—. ¿Cómo puedes siquiera plantearte que semejantes tesoros estarían en peligro con nosotros? ¿Para qué trabajamos, para qué está el museo si no es para protegerlos? Durante la Gran Guerra llevamos la piedra Rosetta a la estación de metro de Aldwych y allí la guardamos como a un bebé, y volveremos a hacer lo mismo. Precisamente por eso estamos montando esta comisión.

—Entonces, ¿habrá guerra?

—No, maldita sea, no va a haberla. En cualquier caso, Hitler tiene la mirada puesta en el este, en la Unión Soviética, y no en nosotros. Además, volé durante cuatro años para la Royal Air Force y te aseguro que con las aeronaves tan lamentables de las que disponemos no hay gobierno en sus cabales que osara meterse en una guerra. Sir John simplemente quiere estar preparado, eso es todo.

Sir John, el recién nombrado caballero John Forsdyke, era el director del museo. Un buscador del Grial de los de la vieja escuela que, por lo que se decía, se sabía todas las obras de Cicerón de memoria y había luchado con uñas y dientes para montar una galería dedicada en exclusiva a las esculturas del Partenón. En esos momentos se encontraba trabajando en la solemne inauguración y no prestaba la más mínima atención a los trabajadores del Departamento de Oriente Medio.

—Deberían haberse ocupado de esto hace ya tiempo —prosiguió Wally—. Al fin y al cabo, albergamos un pedazo del patrimonio de la humanidad y eso nos convierte en responsables.

—¿Y por qué me cuentas todo esto precisamente a mí?

—Porque tú eres consciente de ello —respondió Wally—. Por eso te quiero en la comisión. Si hay alguien que sería capaz de meterse en el infierno para proteger un hallazgo arqueológico, esa eres tú. ¿Me prometes al menos que lo pensarás?

—Los hallazgos arqueológicos por los que iría hasta el infierno están en Turquía —respondió, con más impertinencia de la que realmente sentía.

—Marnie —insistió él—, nunca te he dado órdenes sobre cómo hacer tu trabajo y ahora tampoco lo estoy haciendo, pero te lo ruego: déjame que te incluya en la comisión. Trabaja conmigo en un plan que preserve la belleza del mundo aunque este se caiga a pedazos a nuestro alrededor.

El ya familiar nudo en el estómago de Amarna se apretó aún más. Estaba agotada y quería tener a su lado a su marido para que este le susurrara al oído que no iba a haber ninguna guerra.

—Wally, soy asirióloga, nunca he hecho otra cosa que no fuera revolver piedras procedentes del antiguo territorio del Imperio otomano. No soy la mujer que estás buscando.

Se dio cuenta de inmediato de lo improcedente de ese comentario y se llevó la mano a la boca.

—Quiero decir que no soy la mujer adecuada para esa comisión —aseguró.

—Sí que lo eres —dijo Wally—. Por favor, hazme caso y dame ese gusto.

Algo en su tono hizo que ella aguzara los oídos.

—Y ¿por qué tengo que ser precisamente yo? El que tú me hayas propuesto no es el único motivo, ¿verdad?

Se encendió otro cigarrillo, pero no tardó en apagarlo y comenzó a corregir la manera en la que Amarna tenía puesto el chal en el cuello.

—No, no es la única. Pero las demás razones me las guardo para mí.

—Entonces puedes guardarte tu comisión donde te quepa.

Amarna se apartó de él con brusquedad y se dirigió hacia la escalera.

—Marnie… —la llamó él con voz queda.

Quería irse a casa y tuvo que obligarse a detenerse ya en los escalones. Había ocasiones en las que le provocaba auténtico dolor físico no tener a Arman a su lado, no tocarlo, abrazarlo y, de ser necesario, incluso agitarlo, notar su aroma en la nariz y su aliento, profundo, en el oído.

—Por favor, piénsalo —dijo Wally—. ¿Puedo pasarme el sábado de todas formas?

Amarna quiso echarse a reír, pero, con el ambiente tan cargado de humo, estuvo a punto de romper a toser.

—No seas tonto.

Entonces, rápido y sin volverse, bajó las escaleras y corrió hasta la parada del autobús, ya sin aliento. Habría querido suplicarle al conductor que fuera más rápido, que se saltara los semáforos y los cruces para llevarla antes a la tranquilidad de su hogar.

8

—Me encantan vuestras fiestas —dijo Doris y contempló la lluvia que caía en el canal desde la ventana panorámica—. No soy capaz de imaginarme cómo seríamos capaces de soportar este tiempo si no fuera por vuestras fiestas. Creo que el rey debería concedernos una medalla al valor, a todos los ingleses, solo porque no cogemos nuestras cuatro cosas y ponemos pies en polvorosa lejos de este diluvio interminable.

Amarna se inclinó hacia delante y le acarició la rodilla por encima de la gruesa falda. Al principio, era Doris la que tenía con ella ese gesto cariñoso. A Amarna le había resultado un ademán extraño, pero, al mismo tiempo, reconfortante, protector y conmovedor. Como la propia Doris, que, cuando se mudaron allí, arrastró a su Dexter hasta la casa de sus vecinos recién llegados y, cesta en mano, les llenó la cocina de guiso, jamón, volovanes de cerdo y pastel *battenberg*.

—No han venido aquí a cocinar, y una casa que no huela a comida será una casa, pero no un hogar.

Doris Taylor. Una mujer capaz de hacerles sentir que, en aquella ciudad extraña, realmente había alguien esperándolos.

Le prestó a Amarna su cepillo de raíces para poder fregar bien la escalera de piedra de acceso a la casa. Amarna no había fregado una escalera nunca en su vida y quiso devolver el cepillo, pero Arman insistió en utilizarlo.

—Si en Inglaterra se hace, entonces nosotros también lo haremos.

Amarna lo amaba. Habría arrastrado dos estelas funerarias por medio mundo por él, pero no iba a fregar ninguna escalera por él. El hecho de que a él ni se le ocurriera la idea de esperar eso de ella era uno de los motivos por los que lo quería tanto. Cuando Doris lo pilló, con las rodillas ennegrecidas, fregando él mismo la escalera, le quitó el cepillo y se puso a limpiarle la pernera del pantalón como a un niño pequeño.

—Si tu Marnie no tiene tiempo para estas cosas, ya te limpiaré yo la escalera cuando me esté encargando de la nuestra. *No problem*.

Doris Taylor. Una mujer que parecía capaz de librar al mundo entero de su inmundicia siempre y cuando hubiera limpiado la puerta de su casa primero.

—No he hecho más que traerte cazuelas llenas de comida y todo lo que comemos es cerdo —le había dicho un par de semanas después a Amarna, con quien ya se comportaba como una gallina clueca—. Pero tu marido es de esa religión en la que no se come cerdo, ¿no es así?

—Mi marido no es de ninguna religión —dijo Amarna—. Pero es cierto que no come cerdo.

—Cielo santo. —Doris respiró tan hondo que le silbó la nariz y le dio unos golpecitos amistosos a Amarna en la rodilla—. Ese marido tuyo tiene las cejas tan negras en ese ceño fruncido, que casi parece que tema que se nos viene encima el Juicio Final. Y, sin embargo, tu Black Beauty es en realidad más dulce que el chocolate con avellanas de Cadbury y no le haría

daño ni a una mosca. Se me rompería el corazón si resulta que va al infierno por tener uno de mis guisos de cerdo en el estómago.

Doris Taylor. Una mujer que parecía no necesitar más que una pizca de ingenuidad para hacer que toda la timidez de un extraño desapareciera.

En una ocasión, Doris le dijo a Amarna:

—¿Sabes como quién me siento cuando estoy contigo, Marnie? Como mi Betsy. Siempre espero que uno de estos días me pregunte: «¿Por qué no me lames nunca tú a mí?».

Betsy era su perra, una faldera blanca que lo dejaba siempre todo lleno de pelo. Amarna lo comprendía: una persona que regalaba cariño con la generosidad con que lo hacía Doris merecía algo de reciprocidad. Nunca antes le había acariciado la rodilla a nadie, pero con Doris apenas suponía un esfuerzo. Con el tiempo, acabó por hacerse a ello. Se hicieron uña y carne, dos amigas inseparables que se sentaban frente a la ventana panorámica y se daban palmaditas en la rodilla mientras parloteaban sobre fiestas.

Una bonita fiesta. Doris tenía razón. No habían llegado a la ciudad con las manos vacías, aunque se habían sentido así en un principio. Tenían algo que ofrecer: sus fiestas de los sábados, algunas conferencias algo pasadas de moda y unas obras de arte de las que uno de los plumillas de los periódicos escribiría poco después: «Gran Bretaña puede sentirse orgullosa de contar con un talento así».

«Somos refugiados de primera clase —pensaba Amarna—. Guapos, con talento, limpios, nos pagamos nuestro propio sustento, pagamos nuestros impuestos y no dependemos de nadie. No huimos de nada salvo de nuestros recuerdos, no tenemos heridas abiertas que salpiquen a nadie y, antes de nuestra llegada, tuvimos tiempo hasta de peinarnos. Si hubiera un catálogo en el que los ciudadanos pudieran escoger a los refugiados de sus sueños, entonces nosotros estaríamos los primeros».

Al menos Doris y Dexter Taylor se comportaban como si, efectivamente, hubieran recibido exactamente lo que deseaban. Arman no hablaba mucho de ello, pero Amarna sabía que él les estaba inmensamente agradecido a ambos. Nunca se había encontrado con gente así, que se alegrara simplemente por el hecho de que otros hubieran comprado una casa vieja y fueran sus nuevos vecinos, sin importarles que esos vecinos tuvieran el ceño fruncido ni las cejas oscuras, que no comieran cerdo y no supieran cómo se friega una escalera. En cuanto Arman comenzó a ganar más dinero de lo que había sido capaz de imaginar en sus sueños más osados, intentó pagarles su amabilidad. Quería cumplir alguno de sus sueños, pues ellos habían cumplido uno de los suyos, aunque no fueran conscientes de ello. Doris nunca había estado en el extranjero. En una ocasión, había comprado una revista femenina ilustrada en la que aparecía algún miembro de la familia real bailando en París con un espléndido vestido plateado. Como tanto Amarna como Dexter le habían respondido con una sonrisa cansada, le había enseñado la fotografía a Arman.

—¿A que es encantador? En mi próxima vida pienso ser princesa yo también. Entonces podré ponerme vestidos plateados que me disimulen las caderas, ir a París y bañarme en champán.

—¿Vestida? —preguntó Arman.

—¡Qué descarado! —Doris se había ruborizado y su gesto amenazante había parecido, más bien, que hubiera intentado abanicarle detrás de la oreja—. Evidentemente, antes de eso tendría que haberme quitado el vestido.

Arman levantó la cabeza sin apartar la mirada de la revista.

—¿Y no es desagradable?

Él odiaba tener una sensación pegajosa en la piel.

—Ni idea, pero es lo que se hace en París.

Arman seguía con la mirada fija en las fotografías.

—¿Y eso te gustaría, Doris? ¿Hacer lo que hacen en París, aunque sea pegajoso?

Dexter tragó saliva.

—Déjalo ya, Dee. El pobre muchacho te está tomando en serio.

—Y hace bien —dijo Doris y le dio a Arman una palmadita cariñosa en la mejilla—. Allí en Oriente enseñan a sus pequeños granujillas a comportarse como caballeros.

Arman, que no permitía que nadie mencionara a su familia, se estremeció, aunque no le dijo nada a Doris. Al día siguiente, fue a una agencia de viajes y reservó para ellos un fin de semana en el hotel más encantador junto a la ribera del Sena. Era el más caro que ofrecían e hizo que, a su llegada, la bañera de los Taylor estuviera llena de champán. Arman Artsruni, el hombre que tenía pesadillas en las que trataba de hacer tragar a su hermana muerta una cucharada de sémola de trigo.

Doris afirmaba que el fin de semana del champán junto al Sena había sido el más hermoso de su vida y, siempre que hablaba de la felicidad, mencionaba la palabra París.

—¿Sueñas despierta, *sugar pie?* —dijo Doris, con una palmadita en su rodilla, y volvió a mirar la lluvia—. ¿O es que estás preocupada?

Amarna se echó a reír.

—Lo segundo, me temo.

—No tienes por qué. Black Beauty va de aquí para allá repartiendo encanto por doquier, pero no tiene ojos más que para su Marnie. Y tu pequeña tejedora está sentada junto a mi Jordan conversando sobre las mayores sandeces imaginables.

Amarna se volvió. Arman se encontraba, efectivamente, rodeado por una horda de artistas y diletantes, y parecía buscar alguna vía de escape. Solo un hombre que ignorara realmente qué era el encanto podía derrocharlo en tan grandes cantidades y vestir un esmoquin con la naturalidad de una segunda piel, aunque para él fuera un disfraz. Sus miradas se encontraron. Amarna no pudo evitar reír y se sintió algo más tranquila. «Aparta ese par de negras brasas encendidas que tienes por ojos de mi vista o te besaré delante de toda esta gente de una manera que hará que todas las mentes bienpensantes de Gran Bretaña se caigan redondas». Arman arqueó las cejas y torció la comisura izquierda de los labios. Para un hombre que no sabía reír, no estaba nada mal.

Rehan, a la que Doris había llamado «la pequeña tejedora», estaba sentada en un saledizo al otro extremo de la habitación. Rehan tejía sin parar, tejería la casa entera desde el techo hasta los cimientos. Un día tras otro. Tenía un telar que Arman le había instalado en una de las habitaciones que daban al canal y otro de mano que llevaba a todas partes. Sus confecciones tenían una fuerza y consistencia que nadie esperaba de una criatura tan tímida como ella. Era como si con sus lanzadas y sus hilos de lana pudieran recomponer los retazos de su mundo. Cuando tejía, Rehan se encontraba bien.

En aquel momento había algo flexible de color verde pino en el telar que ella sostenía entre el regazo y la mesilla del té. Sus rápidos dedos bailaban entre lanzada y lanzada, y, a su lado, se encontraba Jordan, la hija de dieciséis años de los Taylor, quien movía los labios con similar

rapidez. El rostro de la muchacha se debatía entre las redondeces infantiles de sus rasgos y las espinillas de sus mejillas. Rehan, por su parte, era unos diez años más mayor que ella, delgada y con la piel color melocotón. Sin embargo, se inclinaban la una sobre la otra para cuchichear como dos colegialas: la una, efervescente como una catarata; la otra, una oyente llena de paciencia. Arman y Bülent, quien dormitaba en un sillón, volvían la cabeza de vez en cuando para asegurarse de que Rehan estaba bien y, después, volvían tranquilamente a sus quehaceres.

Amarna le dio una palmadita a Doris en la rodilla.

—Tu Jordan es una joya.

—¿Tú crees? —Doris sonrió, irónica—. Si la tuvieras contigo todos los días te preguntarías qué has hecho para merecer semejante maldición. —Entonces percibió la expresión facial de Amarna y sacudió las manos con horror—. *Good Lord!* ¡No lo decía en serio, *sugar pie!* Los hijos son el alfa y el omega de tu vida, aunque se chupen el pelo y contesten con insolencia. Por ellos haríamos cualquier cosa: nos deslomamos a trabajar y soportamos los impuestos y la interminable lluvia. Todo con tal de dejar algo nuestro cuando volvamos a la tierra de la que surgimos en este mundo tan extraño. Para que no todo se pierda.

Amarna no dijo nada.

—No le des tantas vueltas —siguió cotorreando Doris—. El pequeño que tengas con tu «ojos ardientes» será el muñeco más mimado de la ciudad. Todos aquí, en el canal, lo adoraremos y, cuando estés hasta las narices del plomo de niño, ya vendremos las viejas gallinas cluecas para aliviarte de tu carga.

Amarna siguió sin decir nada y Doris se rascó la nariz.

—Acabo de volver a meter la pata hasta el fondo, ¿verdad?

—Un poco —Amarna se volvió y vio a Wally y a Seb entrar con una mujer y abrirse camino en dirección a Arman entre un par de periodistas—. Pero no importa.

—Claro que importa, *sugar pie*. Ábrele el corazón a la vieja Dee: ¿cuál es el problema? ¿Es que Black Beauty no quiere tener niños? Me cuesta mucho creer eso. Tiene madera de padre. Es de esos tipos que recogen a todos los pajarillos que se caen del nido y les entablillan las alas…

Inconscientemente volvió la mirada hacia Rehan. La de Amarna, por su parte, vagó sin rumbo, nuevamente empañada. Lo peor de las meteduras de pata de Doris es que nunca daba lejos del blanco. La mujer que había llegado con Wally y Seb fue su tabla de salvación. Mientras se acercaba a ellas con paso dubitativo, Amarna intentó borrarse las lágrimas y recuperar la compostura. Sus pensamientos ya eran suficientemente desagradables como para reflejarlos en la cara.

—Me temo que no he causado una impresión muy favorable —dijo la mujer.

Doris se levantó automáticamente del asiento y le ofreció la mano. En aquellas fiestas de los sábados solía representar con entusiasmo el papel de anfitriona.

—Sea felizmente bienvenida, *my dear*. Soy Doris Taylor, la vecina. Ya sabe: a la que se acude en caso de accidente con un escote rebelde, de necesitar una fregona o un hombro sobre el que llorar. Por favor, póngase cómoda: ¿tiene algún refresco? Los señores del castillo no hacen más que abstraerse en sus conversaciones sobre todo lo que pasa en el mundo y se olvidan de sus obligaciones. No se lo tome usted a mal. Marnie y Arman pueden permitirse contratar algo de servicio, pero bueno, sus motivos tendrán para preferir mantener la atmósfera íntima y privada.

La humedad en los ojos de Amarna desapareció súbitamente. No había amarga pena capaz de

soportar la verborrea de Doris. Miró a su alrededor. Aquella amplia estancia ocupaba la mitad de la superficie de la vivienda, mientras que en la otra mitad se encontraba lo que los periodistas denominaban *el taller* de Arman. En una estancia llena de gente que se arremolinaba en grupos y hablaban entre ellos a grandes voces: no había espacio para la intimidad y la privacidad. Sin embargo, para sus invitados, aquello era francamente divertido.

—En su casa todo el mundo se siente como en casa, simple y llanamente —solían decirle al despedirse—. Debe de ser por ustedes, por su calidez oriental. Son una pareja encantadora: ¿cómo es que decidieron ir a parar a nuestra fría isla?

Amarna, quien apenas se cruzaba con Arman durante sus fiestas de los sábados, se sentía llena de un extraño orgullo. «Cuidamos nuestro amor como nuestro propio hogar —pensaba—. Incluso cuando es difícil, cuando aparecen goteras, cuando las ligeras grietas en la piedra se resisten incluso a un buen cepillo de raíces».

Entretanto, Doris le había preguntado a la mujer que había llegado con Wally y Seb qué quería beber y había desaparecido en dirección a la cocina. La mujer se presentó y Amarna recordó súbitamente de qué la conocía. Lilly Greenstein. La doctora que la había abordado tras su conferencia en el museo.

—¿Puedo sentarme con usted?

—Desde luego.

Lilly alisó la superficie de la banqueta antes de sentarse en ella.

—Qué acogedor es todo aquí —dijo—. Su casa, sus amigos… Todo.

—Muchas gracias.

—Sería un lugar maravilloso para un niño.

Doris trajo dos copas de vino tinto, le guiñó un ojo a Amarna y se marchó.

—He estado con Walter y su sobrino en el taller de su marido —dijo la doctora—. Walter me ha hablado de la exposición que desea usted montar. Urartu. Me ha entusiasmado la idea y me gustaría ofrecerme como patrocinadora.

Amarna la miró por el rabillo del ojo. Tenía suficiente edad como para ser la madre de Arman. Pero Arman no tenía madre y para la mayoría de las mujeres la edad no era un impedimento para perder la cabeza por su atractivo exótico. «Es otra forma de racismo —pensó —. Tratar a un hombre como un pedazo de carne solo porque tiene un aspecto diferente».

—Lo lamento mucho —dijo Lilly Greenstein.

—¿El qué?

—Es evidente que mi oferta la ha ofendido. No era en absoluto mi intención, pero ¿qué se puede esperar de las intenciones de los demás hoy en día? Creo que lo que usted hace es impresionante y me parece que lo que su marido hace es impresionante, y me gustaría participar en lo que los dos se traen entre manos. Admito, no obstante, que sí que tengo algún motivo oculto. Si financio su exposición, ¿podría elegir el nombre?

A Amarna no se le ocurrió ninguna respuesta.

—¿Qué es lo que se propone? —preguntó finalmente, con tono pesado—. Nos ofrece una fortuna para patrocinar una exhibición que es posible que le resulte totalmente indiferente. Urartu, un par de imágenes funerarias sin descifrar traídas del monte Ararat. ¿Por qué iba usted a jugarse el cuello por nosotros?

—Es una buena pregunta —respondió Lilly Greenstein—. ¿Por qué iba nadie a jugarse nunca

el cuello cuando puede vivir muy feliz como un don nadie de cuello muy sano? Sin embargo, me gustaría darle un nombre a su exposición: «El pueblo arrasado», así lo llamaría yo, y ese *Zócalo vacío* que se ha convertido en la seña de identidad de su marido lo colocaría en la entrada, bajo una placa con un par de líneas: «El pueblo del monte Ararat no es el último en sufrir la amenaza de la extinción», o algo por el estilo. ¿Qué le parece? ¿Sería lo suficientemente poderoso? ¿Nos serviría?

—¡No! —exclamó Amarna—. El *Zócalo vacío* no se colocará en ninguna parte. Pertenece a Arman. Nadie más puede tocarlo.

—¿Y eso no es un poco peculiar? Todo el mundo se arremolina alrededor de esas esculturas en las que el artista ha depositado su alma y, sin embargo, ¿no pueden hacerlo en torno a un zócalo vacío?

Amarna se mordió el labio. «No es asunto tuyo —le siseó mentalmente a la mujer—. No se lo ha explicado a nadie, ni siquiera a mí. ¿Sabes lo duro que es para mí obligarme a no preguntar?».

El enérgico movimiento de cabeza que realizó Lilly Greenstein en aquel momento hizo que Amarna la viera bien por primera vez: la miró con tal intensidad que ya no pudo apartar sus pensamientos de aquel rostro. Cada arruga, cada línea, cada profunda sombra.

—Creo que será mejor que le confiese mi auténtica motivación —dijo—, antes de que me tome usted por una enferma mental o una vieja verde a la caza de guapos jovencitos. No le he ocultado mi admiración por su trabajo y me encantaría apoyarla, pero lo más importante para mí es el fondo de ayuda que estoy intentando sacar adelante. *Refugee Children's Movement.* ¿Le dice algo?

«Movimiento por los niños refugiados». No, no le decía nada. Amarna miró por encima del hombro de su interlocutora y vio aparecer un nuevo grupo de invitados y el tumulto que los rodeaba. Eran cinco hombres y dos mujeres que conocían a Arman de la Tate Gallery y acudían cada sábado. Tres de ellos sostenían periódicos doblados en las manos y una de las mujeres, una rolliza rubia con tirabuzones, gritaba algo. Arman se liberó de su círculo de admiradores. Tan rodeado como estaba, le pareció totalmente vulnerable. Saludó a los recién llegados con una frase y cogió el primero de los periódicos. La única que, en apariencia, no se había percatado de todo aquel revuelo era Lilly Greenstein.

—¿Ha oído hablar de la *Aliyah* de jóvenes? —preguntó.

Amarna vio que Arman leía el periódico y agitaba la cabeza.

—Es una organización judía —explicó Lilly Greenstein—. Centra sus esfuerzos en ayudar a que los niños judíos abandonen Alemania sin sus padres y se trasladen a Palestina.

—¿Por qué sin sus padres? —Amarna vio que Arman se sumía en la lectura y le decía algo al hombre de su izquierda.

—Porque el protectorado británico de Palestina ofrece asilo a un número muy reducido de refugiados. —La voz de Lilly Greenstein se endureció—. De hecho, todos y cada uno de los países que ofrecen asilo lo hacen a un número muy reducido de inmigrantes amenazados. Hace tiempo que se propuso organizar una conferencia internacional e inducir a los gobiernos a que aumenten sus cuotas, pero, hasta la fecha, no ha tenido ningún éxito. Eso significa que, de todos los que pretenden huir, solo una pequeña porción tendrá visado.

Arman y el hombre de la izquierda discutían con gestos apasionados. El larguirucho Seb

quiso entrometerse, pero Wally lo retuvo.

—Intente ponerse en el lugar de esos padres —prosiguió Lilly Greenstein—. No pueden huir como una familia, pero podrían poner a salvo a sus hijos. Igual que ustedes escondieron la piedra Rosetta en una estación de metro antes de permitir que la redujeran a cenizas.

—Un segundo —la interrumpió Amarna, quien había apartado la mirada de Arman y del tumulto y se había vuelto hacia la doctora—. ¿De qué está hablando usted y a qué viene tanto dramatismo? No cabe duda de que la situación en Alemania es preocupante, pero no creo que haya mucho riesgo de que reduzcan a niños a cenizas.

—Ah, ¿no? —Los ojos redondos de Lilly Greenstein la taladraron—. ¿Me permite que le pregunte por qué no viven ustedes en Alemania? Usted es alemana, ¿no es así?

—Soy británica —respondió Amarna, que era lo que Arman siempre decía cuando le preguntaban si era turco.

Poco después del éxito de la exposición en la Academy, habían solicitado la ciudadanía al ministerio del Interior. Por lo general, los recién llegados abrigaban pocas esperanzas de conseguirlo, pero, en su caso, los procedimientos necesarios se habían desarrollado sin ninguna traba: eran *everybody's darlings*, una joven pareja de éxito de la que los británicos se sentían orgullosos y de la que se habían apropiado como las exóticas especias con las que aderezaban sus guisos.

—Eso no responde a mi pregunta —replicó Lilly Greenstein—. ¿Por qué estaban tan ansiosos por convertirse en británicos? Su padre es uno de los especialistas en antiguo Oriente más prominentes de Alemania. No me cabe duda de que se le habrían abierto todas las puertas allí.

Amarna se volvió hacia la ventana y contempló la lluvia.

—Mi marido no quería vivir en Alemania.

Resultaba evidente que aquella mujer había investigado a fondo los motivos que los habían llevado a ello. No tenía ningún sentido tratar de engañarla.

—Tenía miedo.

—No puedo reprochárselo —dijo Lilly Greenstein—. Yo también habría tenido miedo si hubiera estado en su lugar. Cualquier pueblo capaz de acusar abiertamente a otro de su propia desdicha me pone la carne de gallina.

—Doctora Greenstein.

—Sin embargo, yo soy británica —dijo la doctora— y me alegro de todo corazón de que usted y su marido disfruten de sus documentos británicos. No obstante, por lo que parece, existen personas a las que los papeles les importan un comino y nos obligan a ser armenios, alemanes y judíos. Dígame que no le resulta a usted más fácil imaginárselo que a mí. Usted quiere un hijo. Y quiere Urartu, pero porque en realidad para usted Urartu no es un pueblo al que borraron de la faz de la tierra hace dos mil quinientos años, sino uno que hace veinticinco años todavía seguía aquí. ¿Me equivoco?

Amarna guardó silencio y pudo escuchar en su propia mente lo que Lilly Greenstein pensaba: que quien calla otorga. Y no tenía nada que objetar a eso.

—Ya no queda nadie, ¿no es así? De ese pueblo.

—No —tenía la sensación de estar diciendo una tontería—. Ya no queda nadie. —Y, entonces, se le acercó súbitamente—. Escúcheme, doctora Greenstein: estoy convencida de que

tiene usted buena intención, pero me atrevo a poner en duda que esté usted en posición de juzgarnos. Mi marido tiene derecho a disfrutar de la paz que tanto ha ansiado. Es un superviviente. Alguien que logró escapar de un infierno. ¿Sabe lo que eso significa?

—Por suerte para mí, no.

—¿Alguna vez alguien le ha propinado patadas en el estómago durante tanto tiempo que haya empezado a sangrar, y haya seguido y seguido, haciendo que la sangre fluya y ya no pare?

Se interrumpió. Se le hizo un nudo en la garganta y se avergonzó porque no tenía ningún derecho a decirle algo así a un extraño. Eso era algo que solo le competía a Arman. Apropiarse de esa prerrogativa volvía a trasgredir su inquebrantabilidad.

Y, sin embargo, tampoco sentía que hubiera ido demasiado lejos. No le había preguntado a aquella mujer si alguna vez había oído a su madre agonizar a sus pies, con esos últimos estertores, cada vez más tenues, resonándole en los oídos; si había escuchado el borboteo de la sangre según se debilita hasta que todos los sonidos se acallan definitivamente; si se había visto en la situación de no poder salvar a su madre, a su padre o a una hermana mayor llena de talento; si se le encogía el estómago cada vez que alguien le servía un plato de carne.

Amarna se atragantó y ya no pudo decir ni una palabra. Lilly Greenstein alargó la mano hacia su brazo, pero Amarna lo retiró.

—No pretendía inmiscuirme en su vida.

Amarna pensó: «Sí, sí que lo pretendías. Pero el hecho de que lo hayas conseguido ha sido culpa mía, no tuya».

—No creo que le sirvamos de mucho —se forzó a decir—. Si para usted, como ya ha mencionado, el dinero no es un problema, ¿por qué no financia usted misma su proyecto en lugar de tratar de financiar el nuestro?

—Porque los necesito —respondió Lilly Greenstein—. Esos rostros de piedra de su marido que gritan para no caer en el olvido y su propio rostro, que también grita. Necesito a la encantadora pareja de refugiados que conmueva a todo el mundo, porque no es dinero lo que me falta, sino gente. Padres que quieran aceptar niños en su familia. La *Aliyah* de jóvenes y el camino a Palestina solo están pensados para sionistas, y muchos de los niños amenazados de muerte hasta hace poco ni siquiera sabían que eran judíos. Necesito parejas que garanticen que esos niños no estarán solos en esta ciudad.

«Y a nosotros eso, ¿en qué nos incumbe?», había querido contestar Amarna, pero algo en su interior no se lo permitió. Lilly Greenstein siguió hablando.

—Su marido no disfruta de paz ninguna y usted lo sabe. Esculpe la piedra porque es su manera de llorar a su pueblo, como un lobo que aullara frente a su manada masacrada en la arena. ¿De verdad cree que él se puede limitar a esculpir la piedra mientras que allí afuera, a una distancia de apenas un poco de mar, hay otro pueblo que está pasando por lo mismo?

—¡Sí! —gritó Amarna y se levantó de un salto de la banqueta—. Sí, lo creo. ¿Y por qué no iba a hacerlo? ¿Por qué no iba a ser suficiente para él lo que ha levantado aquí?

Lilly Greenstein había señalado hacia la lluvia como si en realidad allí se encontrara ya el mar y no únicamente la franja blanquinegra del canal. Amarna miró en la misma dirección y siguió los resplandecientes hilos que formaban diminutos cráteres al chocar con los charcos. Entonces, escuchó a su espalda una voz de confianza que decía algo que apenas podía considerarse una palabra, y ella se volvió.

Allí estaba Wally. Sin embargo, no fue él el primero en el que reparó, sino en el grupo de la Tate Gallery, que habían llegado con sus periódicos vespertinos e iban mostrándoselos a más invitados. El pelotón discutía cada vez con más vehemencia, pero Arman ya no se encontraba entre ellos. Eso fue lo primero en lo que Amarna reparó: que Arman ya no estaba entre ellos.

Wally murmuró algo que ella escuchó, pero que no entendió.

—¿Dónde está Arman? —exclamó.

—No te alteres —dijo Wally.

—Maldita sea, ¿dónde está Arman? —gritó Amarna.

Wally se le acercó de un salto y la agarró del hombro. Para su sorpresa, estaba aferrándola con tanta fuerza que le hacía daño.

—¡Te he dicho que no te alteres!

Un grupo de personas hizo un corro a su alrededor. Eran la gente de la Tate, Dexter y Doris y, entre ellos, el diminuto Bülent, con la mata de pelo revuelta por el sueño.

—*Sevgilim* —dijo.

Amarna quiso correr hacia él, pero Wally la aferraba con puño de hierro.

—Déjalo —le dijo, hablándole directamente al oído—. Lleva semanas luchando consigo mismo y no quería tener que exigirte tanto, pero esto ha sido la gota que ha colmado el vaso.

—¿De qué gota estás hablando? —Amarna seguía gritando.

Dexter se abrió paso entre ellos y acarició el brazo de Amarna.

—El tal Hitler ha invadido Austria —le explicó.

—¿Cómo que la ha invadido? —logró pronunciar ella—. Estamos en 1938. No se puede invadir otro país así como así, ¡es una violación del derecho internacional!

Como un eco, volvieron a resonar en sus oídos las palabras que Arman le había dicho hacía un par de semanas: cuando Mussolini había invadido Abisinia, la Sociedad de Naciones, por desgracia, había tenido otras cosas de las que preocuparse.

Dexter se encogió de hombros, unos hombros carnosos que se marcaron en la chaqueta al realizar el gesto.

—No tengo ni idea, Marnie. El *Evening Standard* dice que los austriacos así lo han querido.

Amarna intentó poner orden en sus pensamientos, pero se le escabullían. Sin embargo, uno permanecía impasible:

—¿Dónde está Arman?

Wally la agarró con todavía más fuerza.

—Debes dejarlo ir. Si hay alguien que tiene derecho a hacerlo es él.

—¿Adónde ha ido, Wally? —Se volvió y repitió, con vehemencia—. ¿Adónde ha ido?

Wally todavía la tenía sujeta, pero no la miraba a los ojos.

—La Royal Air Force quiere aumentar sus filas —dijo él—. Buscan voluntarios que quieran pasar por un curso de formación rápida y convertirse en pilotos.

—No —Amarna dio un brusco paso hacia atrás y se zafó de Wally—. No le habrás dejado ir —gritó y se volvió hacia Bülent—. ¿Cómo se lo has podido permitir, precisamente tú?

Bülent era un musulmán devoto y temeroso de Dios, convencido hasta lo más profundo de su ser de que un mundo que se venía abajo aún merecía la pena salvarse siempre que hubiera un solo hombre que se preocupara por los demás. Había encontrado a Arman a sus puertas, arrastrándose por unas escaleras cubiertas de sangre.

—Cuando vi a ese despojo humano ante mí, no pensé en si sería armenio o turco —le había contado a Amarna en una ocasión—. Solo tenía una cosa en mente: no voy a dejar morir a un humano niño.

¿Cómo había podido dejar marchar a su querido expósito, al que él había acogido en su casa a pesar de la pena de muerte que eso conllevaba?

—No soy ningún héroe —había dicho él—. Tenía en brazos a un muchacho hecho unos zorros que casi se ahoga en su propia sangre. ¿Quién tenía tiempo de ser un héroe?

Era la única persona que Amarna había conocido a la que había considerado un héroe, pero ya no. No había detenido a Arman. Quiso golpearle el pecho con los puños, pero aquel pequeño anciano que no le llegaba ni a la altura de la nariz no iba a permitir que nadie lo tocara. Dejó caer los puños, inertes, casi sin poder ver, y la habitación comenzó a dar vueltas a su alrededor.

—Ese Hitler ha hecho lo que tenía que hacer —sonó la fina voz de Seb—. Toma lo que quiere y se caga en las prohibiciones. No como esos pasmarotes que tenemos aquí, que no son más que las malditas marionetas de los judíos del mundo.

—Cierra esa estúpida bocaza.

En un abrir y cerrar de ojos, Wally apareció junto a él y lo sujetó. El sonido de la bofetada resonó por el silencio reinante. De haber estado Arman allí, habría caído sobre Wally y se habría olvidado de que se había acostumbrado a las maldiciones.

Sin embargo, Wally se volvió de inmediato y agarró de nuevo a Amarna por los hombros. A ella le repugnaban las confianzas que estaba tomándose y quiso mantener las distancias, pero entonces constató que las fuerzas la habían abandonado como a un neumático pinchado del que se hubiera escapado todo el aire.

—La anexión de Austria, por el momento, no significa que vaya a haber una guerra —dijo—. Y un curso de pilotaje no es una solicitud de marcha al frente.

—Mi marido no es apto para el servicio —le espetó Amarna. Si tenía que desenmascararlo y contar todo aquello que él había estado ocultando todo este tiempo, lo haría—. Su médico dijo que apenas le quedaba algún hueso en el cuerpo que no le hubieran roto.

—Eso lo decidirá el personal médico de la Royal Air Force —dijo Wally—. No tú. Ni yo, ni el propio Arman.

—¡Es extranjero! —se oyó gritar y le sonó como una mendiga que fuera a morir de hambre a menos que alguien le arrojara un chusco de pan.

—Es ciudadano británico —respondió Wally—. Y aunque todavía tuviera papeles turcos, lleva más de cinco años viviendo aquí. La RAF necesita pilotos, Marnie. Aceptarán a todo aquel que se tenga en pie y no sea mayor de treinta y tres años.

—Arman tiene treinta y cuatro.

—Eso le he dicho yo —respondió Wally—. Pero él me ha dicho que, de ser necesario, es capaz de mentir tan bien como de robar.

SEGUNDA PARTE

BERLÍN, LONDRES, DOĞUBEYAZIT

****

«Aquí encontró un hogar mi dicha. Y mi necesidad.
Aquí vino al mundo mi hijo. Y de aquí tuvo que irse.
Aquí recibí las visitas de amigos.
Y de la Gestapo».
MASCHA KALÉKO

9
EVA.
BERLÍN. OCTUBRE DE 1937

Asqueroso. Acabado. Degenerado. Depravado.

Aquellas palabras martilleaban la cabeza de Eva. Desde hacía cuatro meses, desde el expolio de sus pinturas, aquel martillo de palabras la golpeaba sin cesar. Para colmo de males, nuevas expresiones habían hecho que el martillo se volviera duro y afilado, como una herramienta maléfica con la que el escultor arrancara pedazos a la piedra, esquirla a esquirla. Cada palabra era una esquirla de las sienes de Eva:

«Lienzos torturados».

«Descomposición mental».

«Fantasía enferma».

«Tarada mental sin talento».

Línea por línea iban apareciendo en las octavillas que se repartían por las calles para impedir las visitas a las exposiciones. Octavillas de un rojo sangre. Tiempo atrás, en la primera exposición berlinesa de Eva, Alfred Renke-Levin también había impreso octavillas de un blanco inocuo. El encabezamiento decía: «Un arte inédito que lo dejará sin aliento. Eva Löbel plasma en el lienzo aquello que permanece esquivo a la mirada».

Habían debatido sin descanso sobre aquella redacción. A Eva le parecía demasiado solícita, demasiado dócil, muy poco provocativa.

«Parece el anuncio de un gabinete de monstruosidades —había dicho—. Eva Löbel, la cabra de tres cabezas vista ya miles de veces que ya no impresiona ni a la temblorosa abuelita Von Hocker».

Finalmente, se había resignado porque eso era lo que debía hacer una artista desconocida en una escena tan complicada como la de Berlín. En lo más profundo de su ser, no obstante, había deseado una exposición distinta, una más grande, más espectacular, que no solo impresionara a Von Hocker, sino que impactara a cualquiera. Que no solo te dejara sin aliento, sino que te congelara la sangre en las venas de puro horror.

Y lo había conseguido. Solo que no allí, en Berlín, sino en Múnich, que se preciaba de ser la ciudad del arte de Alemania. Y no estaba sola, sino rodeada de las obras de maestros de cuya compañía, en otras circunstancias, se habría sentido indeciblemente orgullosa. La exposición se llamaba *Arte degenerado*. Una herramienta maléfica golpeaba con dureza los pedazos de granito. Las palabras *Arte degenerado* lo hacían todavía más fuerte. Despedían esquirlas del corazón de Eva.

Dos de sus pinturas, la del hombre joven al que Chaja llamaba «El payaso triste» y la de la mujer que no tenía quien la esperara, se habían llevado a Múnich y se habían incluido en la

exposición *Arte degenerado.* Una exposición que partiría de Múnich y recorrería todo el Reich para mostrarle a Alemania entera lo que los tarados mentales sin talento eran capaces de pintar. El aspecto que adquiría el arte cuando las mentes alemanas se pervertían y pudrían.

Cuando todo ocurrió, en junio, Eva corrió por la calle como una loca, yendo de aquí para allá tratando de averiguar qué había pasado con sus pinturas. Aún corría como una loca, aunque permaneciera sentada, cada vez que Wilma y Paul se atrevían a darse un respiro. Los dos estaban tan consagrados a ella que la avergonzaba. ¿Qué había hecho precisamente ella para merecer unos amigos así? Wilma y Paul no se apartaban de su lado y la colmaban de Pernod, de ternura, de palabras de aliento, y Eva no estaba en condiciones siquiera de agradecérselo con una sonrisa.

En lo más profundo de su alma deseaba que los dos se llevaran a Chaja y se fueran para que ella, Eva, pudiera quedarse sola. No quería muestras de amor, no quería Pernod y desde luego no quería ningún «todo va a salir bien». Solo quería una cosa: rastrear lo largo y ancho de un país que se había vuelto loco y encontrar sus pinturas. Sus pinturas y las esquirlas de piedra que aún pudieran recuperarse.

Wilma y Paul hacían lo que podían. No era culpa suya que Eva no se dejara calmar, aconsejar, retener. Wilma vendía alcohol y tostas de manteca, y Paul escribía dictámenes especializados sobre viejas vasijas de arcilla. Ninguno de ellos podía entender lo que se sentía cuando te prohibían y luego te arrebataban un rostro humano plasmado en papel.

—No vuelvas a alterarte por eso, *bijou* —seguía diciéndole Wilma, aún hoy, mientras intentaba abrazar a Eva—. Ahora mismo tienes otras preocupaciones.

Desde aquella tarde de junio Eva había tenido la sensación de haberse vuelto de cristal: un cristal al rojo, capaz de saltar en pedazos al mínimo contacto.

—No tengo ninguna otra preocupación —respondió y trató de zafarse—. Quiero que me devuelvan mis pinturas. Nada más.

—*Et merde!* —gritó Wilma—. Tus pinturas van a seguir ahí. Sí, claro que las han retenido y eso clama al cielo, pero más adelante, cuando toda esta mierda fascista haya acabado, tendrán que devolvértelas.

Su padre no le había devuelto el retrato de su madre. Su profesora no le había devuelto los pedazos rotos de sus dibujos. Eva hizo un esfuerzo mental. No podía recordar el aspecto de esas pinturas, no podía recordar con precisión ni siquiera el aspecto de su madre. Aún veía su blusa como si la tuviera delante, aquella tela almidonada y no completamente limpia a la altura del pecho, pero, cuando intentaba imaginarse su rostro, las formas se difuminaban y desaparecían y se quedaban sin forma, como un muñeco de dibujo articulado.

Eva se estremeció. ¿Qué aspecto tenían las pinturas que los Nazis le habían robado? ¿También ellas desaparecerían si intentaba retenerlos en su pensamiento? Debía recuperarlas ahora mismo y no cuando toda aquella mierda fascista hubiera acabado. Sin sus pinturas era como si la hubieran arrasado por dentro.

—Tengo que irme.

Así acababan algunas de sus discusiones: se levantaba de pronto y se marchaba del Babeurre. Y ahora pensaba hacerlo de nuevo. Iba a volverse loca si seguía sentada una hora más sin hacer nada en aquel local. Sobre todo porque finalmente creía saber lo que había sido de sus pinturas y, probablemente, también de aquellas dos esculturas que le resultaban aún más valiosas. Dos de sus cuadros se habían colgado, como en una picota, en la arcada del Hofgarten de Múnich con

motivo de la exposición *Arte degenerado.* Injuriadas, sometidas a la burla y la humillación y lejos de su autora, que habría querido ocupar su lugar.

Eva habría preferido que hubiera sido a ella misma a quien arrastraran por el fango antes que sus pinturas. Esas pinturas que eran ella misma, porque el resto no era más que una carcasa.

Un día antes de la inauguración de la exposición, a un par de calles de distancia, se había celebrado por todo lo alto la apertura de la rimbombante sala que Hitler había hecho construir, la Casa del Arte Alemán. Allí se encontraba lo que, en ese momento, se consideraba la gran colección de arte alemán y que mostraba lo que se deseaba para Alemania: rostros agradables como los que dibujaban Gertrud y Sibylle, espléndidas mediocridades perpetradas por pintamonas que no habían tenido que soportar ninguna sacudida en el corazón ni en el coraje.

De las pinturas de Eva, por el contrario, no quedaba más que las octavillas rojas. «Prohibido a la juventud», decía, con la intención de que ninguna mente aún tierna pudiera corromperse con aquellos vergonzosos garabatos. Las personas que aparecían en aquellas imágenes habían perdido su dignidad, ya no eran ni ellos mismos. Pero ¿cómo iba a poder explicarles eso a Wilma y Paul, que se esforzaban tan desesperadamente por ayudarla?

Prefería no explicarles nada e ir una y cien veces más a intentar salvar lo que quedara. Y, sobre todo, lo mejor que había sido capaz de crear en toda su vida: los gigantes de piedra de Babelsberg. Eran tan monumentales como las inertes moles musculadas que Hitler había levantado frente a su estadio olímpico, pero su sonrisa sardónica era frágil como la piel humana. Si Eva quería evitar perderlos, debía encontrarlos y preservarlos en un material que perdurara en el tiempo. En yeso, por ejemplo. Hasta la fecha nunca había trabajado con yeso y ni siquiera sabía cómo iba a poder acometer semejante tarea, pero había algo que sabía con certeza: que debía hacerlo. Sin los gigantes de piedra, todo lo demás se volvía inconsistente, como el esfuerzo del camino sin la recompensa de la cima.

Y entonces, cuando ya comenzaba a temer que todas sus fuerzas se desvanecieran, su desesperada búsqueda por galerías, academias y oficinas había dado sus frutos. Había acosado a todo aquel que pudiera tener la más mínima noción de lo que les había ocurrido a sus obras hasta que, finalmente, alguien se había compadecido de ella. Wilhelm, un alocado dadaísta que, años atrás, se había pintado todo el cuerpo de verde antes de acostarse con Eva, le dio la información que ella deseaba a cualquier precio: la mayoría de las obras de arte incautadas en Berlín se habían llevado al distrito de Kreuzberg, concretamente al Viktoriaspeicher, un almacén en el puerto Osthafen.

Era un edificio amplio de cinco pisos, con techos altísimos.

—Si echas de menos ciertas esculturas monumentales, las encontrarás allí —le había susurrado Wilhem tan cerca del rostro como si quisiera besarla—. Pero yo no te he dicho nada, ¿entiendes? Tengo hijos y lo son todo para mí. Y lo mejor que podrías hacer tú sería despedirte de esas esculturas. Ninguno de nosotros podría ponerlas a salvo. Además, ¿no te ha dicho nadie todavía que Martin, el Hermoso, te abandonó porque hay algo en tu origen que no está del todo claro?

Aquel dadaísta embadurnado de verde ahora pintaba paisajes con robustas campesinas y se había afiliado al partido de Hitler.

—No se puede vivir de convicciones —se había lamentado, como si fuera él y no Eva el que estuviera suplicando algo—. Pero de algo hay que vivir.

—De sopa de patata, a lo mejor —había respondido Eva y se había marchado.

No llegaría a explicarle a Wilhem qué había querido decir con eso. No se lo explicaría a nadie, porque le dolía demasiado pensar en ello. Además, le daba igual la manera de vivir de Wilhem, el fascista verde: solo quería recuperar sus gigantes.

Lo mejor era salir de inmediato, lloviera o no, por lo que llamó a un taxi, aunque estaba prohibido para judíos. Eva Löbel no tenía el aspecto que un taxista solía esperar de una judía, el de una mujer humillada y acongojada, sino que se mostraba decidida, descarada y tremendamente hermosa. Tal y como las judías no podían ser en el país de fantasía de Hitler. Además, tenía dinero. Encontraría un taxi y, cuando localizara a sus gigantes, buscaría un transportista que los llevara a la Bleibtreustraβe.

Cómo iba a apañárselas para subir los dos gigantes escaleras arriba hasta su domicilio era el menor de sus problemas. Tenía a Paul y a Wilma, que no se negarían a hacerlo aunque la tomaran por loca, y el soplón oficial de su edificio era un germano bajito que comenzaba a babear en cuanto ella, la repugnante judía, se le ponía delante. Si colocaba las esculturas tumbadas ocuparían todo el salón, pero, al menos, estarían a salvo.

En apenas unos rápidos pasos Eva se encontraba ya en la puerta.

—Eva. —Paul, que la trataba con aún más dulzura que Wilma, se interpuso en su camino—. Por favor, Eva, no debes hacerlo.

—Que no debo hacer ¿qué? —bufó ella—. ¿Recuperar mi trabajo? Déjame pasar, Paul. No tengo tiempo para explicaciones que, de todas formas, tampoco ibas a entender, y no os tendré en cuenta lo que estáis haciendo. Solo quiero recuperar lo que me pertenece.

—¿Que no nos lo tendrás en cuenta?

Era Wilma quien hablaba desde detrás de la barra mientras intentaba mantener ocupada a Chaja con un par de posavasos y una caja de lápices de colores. Chaja era otra persona desde aquella tarde, una niña completamente diferente. Callada. Sin pretensiones. Encerrada en sí misma.

—Me cago en diez. Como sigas así, serán tus acciones las que vamos a tener que no tomarnos a mal.

—No sé por qué —dijo Eva.

—¡Porque tienes que ocuparte de la pobre *chou-chou!* —le espetó Wilma—. Sí, te han pasado cosas muy malas y espero no tener que volver a cruzarme nunca con ese cerdo de Martin Serner, pero no puedes permitirte perder la razón. Te pones en peligro, ¿es que no te das cuenta? Y tienes que preocuparte por tu seguridad, no por la de tus cuadros. A ellos no se les puede mandar a un campo de detención ni se les puede ejecutar.

—Pues ¡claro que se puede! —gritó Eva, quien, una vez más, sentía como se le nublaba la vista.

Como cada vez que alguien le mencionaba lo que Martin había hecho: vender su amor que lo resistía todo por sopa de patata. Cuando alguien lo mentaba, Eva dejaba de ver a su alrededor.

—Mis pinturas ya están detenidas y quién sabe si no las ejecutarán: si no las romperán y destrozarán.

—Pero ¡deja de pensar en eso! —Paul alzó las manos para tratar de sujetar a Eva, pero se detuvo a mitad de movimiento—. Tus pinturas son obras de arte y el arte es lo único que nos queda. Quien lo destruye, destruye la memoria. Ni siquiera los nazis irían tan lejos.

Paul era un hombre encantador, alguien a quien incluso podría haber llevado a Niedernhausen a presentar a su madre como yerno. Pero ¿resultaba por eso convincente? En medio de la niebla que le robaba el sentido de la vista, Eva creyó reconocer a sus gigantes de piedra, arrojados al suelo y arrastrados. La piedra, aunque fuera de papel maché, no podía gritar de dolor, solo repartir sonrisas sardónicas.

—Déjame ir —le dijo Eva a Paul.

Paul bajó los brazos.

—Wilma tiene razón —dijo él—. No quería jugar esa carta, pero debes pensar en la niña.

Eso era algo que precisamente Paul, quien solía rehuir a Chaja con mirada temerosa, no tenía ni que mencionar. Eva ya se lo había dicho a sí misma. Cientos de veces. Chaja había perdido a su padre. Aquella niña feliz, criada entre algodones e inundada de amor, había perdido todo su mundo y no podía permitirse perder también a su madre. Pero decirlo no servía de ayuda. Eva, que había pasado horas y horas con Chaja, pintando y contando cuentos, riendo y peleando, ahora apenas era capaz de alimentar a su propia hija o de preocuparse porque tuviera ropa limpia. Y ya no quedaba nadie más que pudiera hacerlo.

«La señora Klagenfurt vendrá conmigo, pero la señorita Podewils seguirá contigo y se ocupará de la casa», le había explicado Martin, como para convencerla, o convencerse a sí mismo, de lo bien organizado de su traición.

Sin embargo, no recibió ningún elogio por ello. Eva no había dicho ni una palabra y la señorita Podewils, cuyo porvenir se había planificado tan cuidadosamente, no se había quedado demasiado tiempo.

«Ya no está permitido que los alemanes estén al servicio de los judíos», le había dicho a Eva.

Aunque oficialmente no estaba al servicio de ningún judío, sino de Hagen Fidelis, al parecer eso no suponía ninguna diferencia. Igual que ya no suponía ninguna diferencia que, hasta ese día, soliera abrazar a Chaja cada mañana hasta que la niña protestaba: «No tan fuerte, tata Podewils. ¡Que me ahogas!».

Sin embargo, no apretó contra su pecho a Chaja al despedirse.

—No necesito credenciales —le había dicho a Eva—. El haber trabajado con una niña judía no me beneficia en nada.

Una niña judía. Chaja. La hija de Martin Serner.

—No quiero hacerte daño —dijo Paul y le acarició la mejilla apesadumbrado.

Eva dio un respingo.

—Lo sé —dijo—. Vosotros dos sois lo mejor que le podría pasar a cualquiera en medio de esta maldita estupidez reinante, pero no puedo permitir que lleven mi trabajo a destripar al matadero. Mi trabajo, que es más yo que yo misma, y, si no lo tengo, tampoco quedará nada de mí para Chaja.

Como de costumbre, su mirada voló hacia la niña. Tiempo atrás, Chaja habría levantado la cabeza y se le habría encarado: «¿Por qué hablas de mí con los demás? ¡Estoy aquí, habla conmigo!».

Sin embargo, ahora ni siquiera reaccionó. Siguió callada, pintando los posavasos con sus lápices de colores. El pelo le caía sobre la cara, por lo que era imposible ver qué estaba dibujando. Había cambiado, no había duda. Había pasado de ser la hija del rey, la estrellita de Babelsberg, a una niña judía a la que le denegaban la plaza en los jardines de infancia alemanes.

«Mestizo judío de primer grado» era la casilla que Eva se había visto obligada a marcar en el formulario. Se le había revuelto el estómago. Una semana más tarde le habían devuelto los papeles de la matrícula. Sobre el formulario, aparecía el sello: «solicitud denegada».

Aquella tarde le había puesto a Chaja en el cuello la cadena veneciana con la estrella de David que su hermana Esther le había enviado con motivo de su nacimiento. No había sido capaz de explicar por qué lo había hecho y tampoco había vuelto a saber nada de su hermana.

—No sé cómo puedo explicártelo —comenzó Paul—. No eres una perfecta desconocida, Eva. Si vas a la ciudad, te enzarzas con los nazis y recuperas tu trabajo, te pondrás en peligro a un nivel que ninguno de nosotros es capaz de prever. Ya ha habido gente a la que han detenido por mucho menos y o bien no se ha vuelto a saber de ellos o…

—O ¿qué?

Paul miró al suelo y se puso a escarbar entre las baldosas con las puntas de sus zapatos mal cepillados.

—Hay cosas en las que prefiero ni pensar —murmuró él—. Porque, de hacerlo, nadie se atrevería siquiera a poner un pie fuera de su propia casa. Cada día me siento como un completo cobarde.

—Yo no —repuso Eva con frialdad—. Si hay quien piense que debe arrestarme porque me parezca una lástima que mi trabajo acabe en esa letrina suya, entonces quizá deberían hacerlo.

—¿Y qué será de tu hija? —exclamó Wilma.

Había abierto la puerta de la bodega y había descendido para recoger algunas botellas, por lo que su voz sonó como en un eco.

—Ya te dije en su momento que yo nunca había tenido hijos, y ¿sabes por qué? Porque, si era necesario, podía quitarme de en medio. Pero tú tienes una. Y puesto que el cerdo de su padre ha huido con el rabo entre las piernas, quitarte de en medio no es una opción para ti.

—No creo que Martin sea tan cerdo —dejó caer Paul con voz tenue.

—¿Qué quiere decir eso? —La cabeza de Wilma surgió por la trampilla de la bodega como una rana en una charca—. ¿Alguien que no solo abandona a su mujer, sino también a su hija frente a un montón de asesinos dementes no es un cerdo? Los únicos que pueden permitirse no tolerar el insulto son los pobres cerdos.

—No es eso. —La voz de Paul se acalló aún más, de tal forma que Eva tuvo que esforzarse por entenderlo—. No abandonó a su Eva y a Chaja, sino que se esforzó por protegerlas.

—Cabeza de requesón en tu torre de marfil, mira que eres raro… Y demasiado bueno para este mundo —bramó Wilma.

—Solo intento no ver a alguien que para mí ha sido una compañía grata como a Satanás en persona —dijo Paul—. No se puede convertir de la noche a la mañana a alguien en un monstruo, igual que tampoco en un héroe.

—Pero sí en un gilipollas —porfió Wilma—. Y Serner hace tiempo que tiene pocas posibilidades de convertirse en héroe. Con ser un tipo honrado ya tendría más que suficiente.

—¿Sabes lo que me asusta? —preguntó Paul—. Que en los últimos tiempos esas dos cosas parecen ser la misma. Con cada palabra que no se pronuncia ya se contribuye a la injusticia. ¿Sabes por qué están buscando gente para reclutar en la facultad? Porque quieren organizar un grupo de investigación de campo en busca de la Atlántida. ¡La Atlántida! Hombre, por favor. Somos científicos, no charlatanes, y aun así, ¡guardamos silencio!

—¿Es que no tienes más preocupaciones que esas? —bufó Wilma—. Porque si es así, aquí mismo tienes mi vida y me envías la tuya por correo. Como en la compra por catálogo. Por ocho peniques.

—La Atlántida, el lugar de origen de la raza aria —declaró Paul, sin dar su brazo a torcer—. Y gastan en eso financiación que iba para investigación. No soy del tipo de hombre que repite hasta la extenuación ese tipo de trivialidades, pero en este caso hasta yo creo que el pobre Platón se retorcería en su tumba.

—¿Y acaso tiene eso consecuencias para algún ser humano? Para alguien que esté vivo, quiero decir. No para las momias embalsamadas como las de vuestro instituto.

—Al profesor Brandstätter, uno de los especialistas más destacados en Historia Antigua, se le ha prohibido volver a publicar porque afirmó públicamente que toda esta historia de la Atlántida era una insensatez —repuso Paul.

Eva, a la que aquel rifirrafe le estaba alterando los nervios, quiso zafarse, pero entonces él se volvió de nuevo hacia ella.

—Tal y como yo lo veo, la amenaza se va extendiendo en círculos cada vez más amplios —le dijo—. Ten cuidado, Eva. Si de verdad debes averiguar a cualquier precio dónde están tus obras, te ruego que hables con Martin. Deja que él investigue, pero no vayas tú en persona a Viktoriaspeicher. No sé exactamente lo que hacen con la gente a la que capturan, como ya te he dicho. Pero, por Dios, que tampoco quiero saberlo.

10

Eva no estaba del todo segura de por qué había decidido finalmente hacer caso a Paul. Lo único que sabía con certeza es que no había sido por temor a lo que pudiera pasarle. ¿Qué podría haber peor que lo que le había ocurrido ya? No tenía miedo y, sin embargo, le dio al taxista la dirección de Martin en Lichterfelde en lugar de pedirle que la llevara a la ribera del Spree, al Viktoriaspeicher, tal y como había planeado.

Quizá porque quería contar con el mayor número de probabilidades de recuperar sus gigantes de piedra. Eran frágiles y necesitaban espacio y, además, los nazis debían odiarlos sobremanera porque el arte degenerado no podía ser así de bueno. Por eso ellos corrían más peligro que el resto de sus trabajos, pero Martin los había adorado tanto como ella. Pertenecían a la más hermosa de sus películas y tendría que ayudarla a recuperarlos. Les había puesto precio a Eva y Chaja, pero no podía ponerle precio a lo mejor que había hecho en su vida.

Como motivo, ya era más que suficiente. Pero tenía más.

Quizá acudió a Martin porque tenía que hablar con él acerca de Chaja. Después de que el servicio administrativo al que los nacionalsocialistas llamaban Servicio de Bienestar Social, responsable de las guarderías, rechazara su solicitud de matrícula, Eva había escrito una carta y había solicitado plaza para su hija conforme a las normas. No podía estar valiéndose permanentemente de Wilma y a ella misma le faltaban las fuerzas que debería sacar para su hija. Chaja, sin embargo, necesitaba esas energías. Debía volver a ser ella misma, impertinente, pícara y lista, no la niña acobardada y torpe que Eva había sido a su edad. La guardería le sentaría bien. A Chaja le gustaba la gente, adoraba ser el centro de atención y la vida retraída que llevaba últimamente no era buena para ella.

La administración le había contestado de inmediato. Era algo nuevo en el país de ensueño de Hitler: mientras que en la república las peticiones por escrito se perdían en el olvido, todo el mundo recibía respuesta de los funcionarios nazis:

> A la señora Eva Löbel, residente en la propiedad de Hagen Fidelis, Bleibtreustraβe, 12.
>
> Después de que nos hiciera saber mediante su carta del 4 de octubre de 1938 que su hija Chaja Christiane Löbel, nacida el 2 de junio de 1933, al parecer no es una judía completa conforme a lo dispuesto en el Decreto Primero de Código Civil del Reich del 14 de noviembre de 1935, sino que es una mestiza judía conforme a lo dispuesto en el decreto ya mencionado, habría una plaza disponible para la niña Löbel en la institución pertinente y en las condiciones precisas.

¿Hasta dónde podía llegar esa gente a retorcer las fórmulas burocráticas, enredando las frases como en un nudo de horca? Eva había intentado leerlo y se había sentido como amordazada. Pero lo que era aún más incomprensible para ella era el hecho de que Chaja, como mestiza judía

de primer grado, no podía obtener plaza en una guardería bajo ninguna circunstancia salvo que Eva certificara que «la niña Löbel» era, efectivamente, una mestiza judía de primer grado.

«No, no lo es —habría querido gritar—. Es Chaja, hija de la pasión, concebida entre trigales, champán, gigantes de piedra y un amor que todo lo soporta. Amada por Hagen Fidelis, el doctor Paul Vollmer, Wilma Duvenage, todo Babelsberg y medio Berlín. Idolatrada por su padre, que tiene una sonrisa solo para ella». Todo eso habría querido explicarle a la administración, con sus frases de nudo de horca, pero en lugar de eso tuvo que certificar que Chaja era, efectivamente, una mestiza judía de primer grado. Sin embargo, no podía hacerlo: en el certificado de nacimiento de su hija, conforme a lo recomendado por Hagen y ante la relativa indiferencia de Eva en su momento, se leía «Padre desconocido».

Debía hablar con Martin. Se lo debía a Chaja.

Pero ¿eran esos los únicos motivos, Chaja y los gigantes?

El taxi atravesaba la tarde lluviosa que no tardaría en verse rodeada por la oscuridad de la noche. No eran los únicos motivos, pero el tercero le producía a Eva un nudo en la garganta: estaba atravesando en taxi avenidas oscuras en las que cada portón de entrada de cada impresionante mansión transpiraba privacidad, porque hacía cuatro meses que no podía creer lo que había ocurrido.

Hacía cuatro meses que Martin le había robado la paz. Ella, Eva Löbel, que nunca había tenido reparo alguno en abofetear a uno de sus amantes en medio de un bar a rebosar o, en la seguridad de su hogar, tirarle sobre la melena engominada una copa de champán de Crimea. Su fama la precedía. Con Eva Löbel no se jugaba salvo que fuera según sus reglas.

Hagen Fidelis lo sabía y le había suplicado como un mendigo.

—Te lo ruego, Eva: no se la juegues a Martin. Se ocupará de ti, se encargará de todo lo que necesites y lo sabes. Puedes quedarte con la casa. Recibirás una pensión mensual. Y si decides trasladarte a Suecia o incluso a Francia también, Martin te asegurará allí una vida de lujo.

A Eva le había fallado la voz. Ni siquiera había podido preguntarle por qué de repente ya no la llamaba «señorita Löbel».

—Te daremos todo lo que quieras —se había lamentado él—. Lo único que te pido es que no molestes a Martin. No le hagas la vida aún más difícil a ese pobre hombre.

La Eva que se había hecho a sí misma en Berlín, la Eva de 1932, antes se habría mofado que haber accedido a semejante lloriqueo. Aquel «pobre hombre» habría tenido que postrarse de rodillas en agradecimiento a su creador si solo se hubiera llevado una bofetada o una copa de champán de Crimea en la cabeza. ¿Por qué había permitido que Martin se fuera de rositas, a pesar de que el sabroso chantaje que Hagen le ofrecía no la emocionaba en absoluto?

«Porque estoy aquí y no quiero entender que soy incapaz de aceptar la verdad», se dijo, mientras el taxista detenía el coche frente a la entrada. Ya no había marcha atrás. Aquella casa encalada que se entreveía entre las frías ramas de los árboles tenía balcones de mármol y tamaño suficiente como para albergar al director de una empresa de armamento junto con su esposa, su descendencia y todo el servicio. Sin embargo, no eran ellos quienes vivían allí. Tras las oscuras ventanas residía el actor Martin Serner, el bello rey armenio que había enamorado a Semiramis.

Esa era la verdad: que su amante, el joven dios que le había aclarado a Ede, el peluquero, que los habitantes de Sudáfrica se llamaban *khoikhoi,* que quiere decir «gente», había vendido su alma por una casa que ni siquiera tenía personalidad.

Por el privilegio de no volver a tener que comer sopa de patata, había malvendido un amor que él mismo había asegurado que no tendría barreras.

«Al infierno, Eva —le había dicho aquel hombre que había querido atravesar el infierno por ella—. ¿A qué me iba a poder dedicar yo si ya no pudiera hacer mi trabajo? ¿Sabes cuántos años pasé dedicándome a las variedades por provincias, actuando por nada más que un cacillo de sopa de patata, por no querer renunciar a este maldito trabajo? Y ahora ¿debo tirarlo todo por la borda? ¿Ahora, que por fin estoy logrando respirar un poco después de toda esta miseria?».

Lo único en lo que Eva había podido pensar antes de darse la vuelta, dirigirse a la vivienda abandonada y pasar por un infierno era que nadie se moría por una sopa de patata. Hacía cuatro meses de aquello. Una eternidad.

—¿Querrá la señora que la recoja más tarde?

El taxista le abrió la puerta y, por un segundo, creyó que había sido el mismo que había ido a buscarla aquella vez a su casa en la torre sobre la galería para llevarla a Babelsberg.

—No será necesario —le dijo y le tendió algunos billetes sin fijarse en cuáles eran.

Después, se dirigió a la entrada y, por el camino, se cubrió la cara con el pañuelo que llevaba en la cabeza, uno italiano de seda azul irisado, uno de los incontables regalos de Martin. No tardó en estar empapado, aunque solo caía una ligera lluvia.

Apenas había llamado cuando apareció un hombre tras el portón. Era una especie de portero de aspecto colosal y atemorizador, solo que sin la sonrisa sardónica.

—¿Qué desea?

A sus pies apareció un perro que le llegaba hasta la rodilla. Hombre y perro tenían rostros gemelos: planos y sin expresión, como destrozados en una pelea.

El perro gruñó. A Eva se le secó la boca y el corazón se le aceleró.

—Quiero ver a Martin Serner. —Y, recuperando su resolución, añadió—. Y antes de que lo pregunte: soy Eva Löbel. La amante a la que abandonó y la madre de su hija.

Que ese guardaespaldas, o quien quiera que fuera, proclamara el escándalo a los cuatro vientos, si quería. «¿Qué harías entonces, Martin Serner? ¿Mentirías y dirías que la niña Löbel, oficialmente judía, fue el producto de un arrebato de pasión cinco años atrás y que en la noche en la que hicimos a Chaja lo único que querías de mí era que te calentara la cama?».

El matón asintió. El maltratado rostro tras los barrotes de acero forjado se suavizó de repente.

—No debería estar aquí —dijo él—. Pero si usted se obstina en no marcharse, tengo instrucciones de dejarla pasar.

No llegó a preguntarle a Eva si se obstinaba o no, sino que directamente abrió la puerta. Eva cruzó con presteza la vereda que atravesaba el jardín y llegó hasta la puerta de entrada. ¿Quién la esperaría allí? ¿Un mayordomo, una doncella con delantal de encaje?

La puerta se abrió. En el umbral apareció Martin.

«¿Qué tiene que lo hace tan atractivo? —se preguntó Eva—. ¿O serán solo la nostalgia y el anhelo?».

No, realmente era un hombre guapo. Cansado y envejecido.

—Eva —dijo, simplemente.

Ella subió por las escaleras. Él era un traidor con una villa pagada por el ministerio de Goebbels, un cerdo que se paseaba entre cerdos. En cuanto llegó al descansillo, cayó en sus brazos. Él gimió como si le doliera y la besó como si tratara de bebérsela.

Ella sintió el miembro de Martin contra su vientre, el mismo miembro con el que había hecho a Chaja contra el vientre en el que Chaja había crecido. En sus brazos, en la cama de la Bleibtreustraβe, había pensado: «Con su sexo podría tocar el piano sobre mí. Si alguna vez me pidiera algo que no quisiera darle, tendría que rendirme y aceptarlo porque soy adicta a él».

En aquella época, el miedo y la diversión iban de la mano. Ahora ya solo queda el miedo. ¿Y si me exige que me vaya a la Suecia de los cojones, que deje atrás mis pinturas y a los gigantes de piedra y olvide que han existido? Entonces, ¿qué haría yo? Si me prometiera que me visitaría de vez en cuando y que me haría el amor, ¿le vendería mi alma igual que ha hecho él por una villa burguesa blanca de cal?

Martin se la bebía y frotaba su pelvis contra ella. Eva sintió las líneas de su cuerpo, a cuya belleza ella era adicta, y notó que le faltaba algo, las ligeras lorzas que solían formársele sobre las caderas. Lo deseó allí mismo, de inmediato. Durante cuatro meses la había tratado como si no valiera nada, como si pudiera deshacerse de ella sin más. Y ahora ahí estaba, la nada en brazos de él. La nada debería rebelarse y conservar su dignidad. Pero la nada era arcilla en manos de Martin Serner.

—Eva —susurró él—. Eva. ¿Sabes lo mucho que me faltas? ¿Lo solo que me siento? ¿La tortura que está siendo todo esto?

El hechizo se rompió de golpe. De haber sido Eva un hombre, probablemente su pene se habría desplomado. Martin, sin embargo, no se dio cuenta de nada y siguió susurrándole. Entonces Eva se lo quitó de encima, dio un par de pasos por aquella habitación a la que Hagen probablemente denominaba vestíbulo y se sentó sobre un banco tapizado que discurría por la pared.

—Quiero los gigantes de piedra —dijo ella—. Y necesito una declaración que establezca que eres el padre de Chaja.

Sacó la carta del Servicio de Bienestar Social del bolso y la dejó caer sobre el suelo de tarima.

—¿Qué es eso?

Él se dio media vuelta y trató de acomodarse discretamente la entrepierna sin conseguirlo. Ella quiso que la escena le resultara ridícula, pero no pudo y se odió a sí misma por amarlo.

—Una carta que he recibido de la administración —respondió Eva intentando captar su mirada—. En ella explican que no aceptan a Chaja en ninguna guardería porque no puedo demostrar que no es completamente judía.

—¿Y por qué una guardería? —balbució Martin sin mencionar el nombre de su hija.

—Porque la señorita Podewils ha decidido que trabajar con una niña judía no es lo más conveniente para su carrera profesional. Y porque me dedico al arte, aunque tus amigos del partido nazi lo hayan olvidado.

—Eso es demasiado, ¡no tienes derecho!

Martin dio dos pasos hacia ella, como hacen los actores en los momentos de mayor carga dramática, ya sea con un cuchillo en alto o con los brazos extendidos en ademán de súplica.

Tal y como era de esperar, él se detuvo y dejó caer las extremidades como si el director hubiera golpeado la claqueta.

—Esa gente no son mis amigos, y lo sabes —dijo él, cansado—. Me han presionado para que me afilie al partido y he dejado bien claro que eso está fuera de toda discusión.

—También has dejado bien claro que tu separación de Chaja y de mí misma también está fuera de toda discusión.

—Cielo santo, no se trata de eso —prosiguió él—. La cuestión es que viváis con la mayor seguridad posible. Tengo esa posibilidad porque ya no soy un don nadie. Soy un actor muy solicitado, Eva, más que antes.

—No es de extrañar. Un títere que se mueve, obediente, cuando le tiran de los hilos y que, además, tiene el aspecto de Sigfrido, el matadragones, no es algo que se encuentre todos los días.

Martin dio un nuevo paso hacia ella y esta vez ya no tenía el aspecto de un actor. Había extendido las manos hacia el cuello de Eva, pero se contuvo y las posó, finalmente, sobre sus hombros.

—Suéltame —dijo ella.

—¿Por qué me haces esto? —Bajó las manos y permaneció junto a ella—. Yo no he provocado toda esta locura y me afecta tanto como a ti.

—Ah, ¿sí? —La voz de Eva se volvió estridente—. Vaya por Dios, va a resultar que Hildchen y Gerhard te han confesado frente a un pedazo de guiso de cerdo que tú, en realidad, tienes cuatro abuelos judíos.

—No, naturalmente que no, pero…

—¿Naturalmente que no? —gritó con voz cada vez más aguda, sin poder evitarlo—. ¿Qué hay de natural en eso? ¿Es que algunas almas son tan puras de raza que a la naturaleza le repugna la posibilidad de meterlas en un cuerpo judío? ¿Las preservará en la Atlántida, en el lugar de origen del pueblo ario, para que no se escapen?

Él se limpió de golpe la película de sudor que le cubría la frente.

—¿Cómo sabes tú eso? ¿Quién te lo ha contado?

Eva no sabía nada y nadie le había contado nada. De toda esa historia solo conocía lo que había mencionado Paul, pero había disparado al aire y, al parecer, no había errado el tiro.

—Quieren que haga precisamente eso para ellos —dijo Martin con voz ronca—. Una película sobre la Atlántida. El pueblo ario en una lucha heroica contra su destrucción.

—Déjame que lo adivine —dijo Eva—. La destrucción os amenaza en forma de hordas bárbaras de infrahombres judíos.

—¡No digas «os»! —gritó él y, entonces, gimió de nuevo y se ocultó el rostro entre las manos—. Debería ser algo colosal, la película más grande que he hecho.

—La película más grande que has hecho es *Semiramis* —dijo Eva—. Eso es algo que ni los nazis pueden evitar. El arte no se puede aplastar bajo la suela del zapato como si fueran patatas cocidas.

Entre las ranuras de los dedos, todavía podía ver a Martin. Rechinaba los dientes.

—*Semiramis* —murmuraba—. *Semiramis*.

Entonces, se irguió.

—Habías venido por la pequeña.

—¡Se llama Chaja!

Nunca la había llamado «la pequeña». «La niña de mis ojos». «Mi dulce princesita». Esos nombres, sí. Habría extendido una alfombra roja bajo sus pequeños pies.

—Chaja —murmuró Martin, igual que había murmurado *Semiramis*.

Como si las sílabas le quemaran como el ácido según iban atravesándole la boca.

—No la lleves a una guardería, Eva. Se lo diré a Hagen y él te conseguirá una niñera, una mujer judía…

—Pues claro que sí —replicó Eva—. Una mujer judía para que ningún pequeño ario pueda ponerle un dedo encima a tu hija judía y mancharse. ¿Y qué más, Martin? ¿Deberíamos colgarnos un cartel en el cuello que dijera «Cuidado, judíos» para que los puros habitantes de la Atlántida puedan dar un rodeo cuando se crucen con nosotros?

—Por todos los infiernos, ¿crees de verdad que esto no me duele lo mismo que a ti?

Cualquiera que lo hubiera oído lamentarse habría podido pensar que a nadie le dolía más que a él. Hubo un tiempo en el que lo había amado precisamente por no ser un hombre duro, sino tan sensible como una mujer. El único inconveniente era que ahora él era de la Atlántida. De su cuello no colgaba ningún cartel.

—No quiero ninguna mujer judía que cuide de Chaja —dijo Eva—. No quiero encerrarme con mi hija en el ático y convertirlo en una mazmorra como si tuviéramos la peste. Chaja y yo no somos ratoncillos tímidos: nos ahogamos en la oscuridad. Hasta hace poco éramos como dos estrellas resplandecientes, una grande y otra pequeña, que revolucionábamos cualquier gallinero. Hasta hace cuatro meses siempre tenía en el oído la voz de alguien diciéndome que nuestra Chaja era la niña más bonita, la más lista y encantadora de Berlín. Y ahora, de repente, ¿ya no es lo suficientemente buena para la horda lloriqueante de una guardería?

—Naturalmente que sí, pero…

—Quiero que vaya a la guardería —le cortó Eva la palabra—. Y el año que viene, a la escuela. No a una institución a la que los ciudadanos respetables tiren a los judíos como si fuera un gueto. Debe ir con los hijos de los vecinos, con el gordo Dietrich, de la lechería, y con Hanne, la hija del pediatra.

Se detuvo, horrorizada, porque las lágrimas ya no la dejaron hablar. En aquellos cuatro meses de verano infernal apenas se había ocupado de Chaja. Le había resultado imposible prepararle un bocadillo de huevo o llevar su falda favorita a la tintorería, y ya no sabía lo que era el apetito de Chaja. Sin embargo, ahora, cuando debía decir en voz alta que su hija vivía como una prisionera, le sobrevino toda la furia con la que amaba a Chaja. Y toda la impotencia.

Martin se volvió y atravesó el recibidor en dirección contraria. Eva vio por primera vez que frente a ella, entre dos puertas, había un piano de cola. Menuda tontería. Martin era tan musical como los cerdos cebados de Hildchen Serner. No cabía duda de que Hagen lo había comprado y lo había instalado allí porque eso era lo que hacían los superhombres de la Atlántida.

Cuando Martin comenzó a revolver los folios que se acumulaban sobre el piano, Eva volvió a mirarlo con amor. Seguía siendo su Martin, el que lo llenaba todo de papeles: guiones, críticas, noticias. Había convertido aquel piano inútil en un revuelto escritorio. Regresó junto a ella con una hoja de la mano.

> Cuando el Señor Dios el mundo creó
> también las razas inventó.

Leyó y continuó:

> Indios, negros, chinos y demás

y los judíos, siervos de Satanás.

Tiró la hoja al suelo, con la respiración entrecortada.

—Este es el veneno que les meten por las orejas a los pequeños en las guarderías. ¿Quieres que obligue a Chaja a oír esto? ¿A mi princesita, a la que no permitiría que le hicieran daño por nada en el mundo? ¡No puedo hacer eso, Eva! Me rompería el corazón.

«Te quiero», pensó Eva, se levantó y fue hacia él. No era un monstruo, no era un ario de la Atlántida, sino su Martin, que, a pesar de toda la banalidad que lo rodeaba, aún tenía un corazón en el pecho y el encanto que eso le confería. Lo abrazó con todas sus fuerzas. Había dicho «Mi Chaja, mi princesita». No permitiría que nadie le hiciera daño a su hija. Por Chaja había investigado lo que estaba ocurriendo en las guarderías, algo en lo que Eva ni siquiera había pensado. Cuando él la atrajo hacia sí, ella se dejó llevar y perdió todas las fuerzas. Para amarlo, acalló todas las palabras que le martilleaban la cabeza. Mientras lo amara, seguiría siendo la hermosa Eva, fuerte y vital, y nadie podría hacer nada por evitarlo.

Martin la apretó contra su cuerpo y no necesitó ni dos segundos para desabrochar todas las hebillas y cierres, de forma que la falda de ella y el pantalón de él resbalaron por sus respectivas piernas. Los muslos del actor eran un deleite para la vista: fuertes y cubiertos de vello rubio. Se amaron como solían hacerlo en el piso de la Bleibtreustraβe cuando los días eran demasiado largos para la lujuria. De pie, entre gemidos. Algo decepcionados cuando el momento de anhelo se desvanecía como la humedad, pero rápidamente consolados por la idea de que la noche acababa de empezar. Pero hoy no habría noche para ellos. Solo los pantalones y la falda hechos un fardo en el suelo, la entrepierna húmeda y la vergüenza. Recogieron la ropa sin mirarse.

—Vete con Chaja a Suecia —le pidió Martin—. Hagen os ha conseguido una casa junto al mar. Chaja es una niña muy dotada, aprenderá la lengua en un abrir y cerrar de ojos y en Suecia no tendrá que escuchar ninguna rima repugnante que una panda de locos fanáticos haya escrito contra su gente.

—¿Su gente, Martin? —preguntó Eva y se abrochó la falda a la altura de la cintura—. ¿Y esos quiénes son? Chaja es capaz de recitarte un poema entero de Heinrich Heine («Mi corazón, mi corazón está triste/pero alegre reluce mayo»), pero no tiene ni idea de lo que es una Torah. ¿Y por qué iba a saberlo? ¿Es que tenemos alguna por casa?

—Nadie tiene una Torah en casa —dijo Martin—. Deben guardarse en el sagrario de la sinagoga.

La risa de Eva tenía el sabor de la sonrisa de los gigantes de piedra.

—Eres mejor judío que yo. Será mejor que tu Hitler no se entere.

Él se volvió hacia ella, con la bragueta aún abierta y el rostro torcido de dolor.

—¿Por qué sigues con eso? ¿Por qué no paras?

—Porque no dejas de tratar de echarnos a tu hija y a mí de esta ciudad. Como si fuéramos moscas que uno pudiera espantarse de la cara con un manotazo.

Martin sollozó.

—Quiero que la pequeña y tú estéis a salvo antes de que deje de poder conseguiros salvoconductos. Quiero poder visitaros sin tener que temer por mi trabajo, por lo menos mientras tú también vivas de mi dinero. ¿De verdad eso me hace merecer semejante humillación? Tú atacas sin compasión, tienes fama de ello, pero hasta ahora nunca había tenido el dudoso honor

de contarme entre tus víctimas.

Una oleada de cansancio la embargó, como si se encontrara en uno de esos laberintos de espejos de la feria en los que, siendo niña, le gustaba vagar sin rumbo fijo hasta que le fallaban las fuerzas.

—Berlín es mi hogar —dijo—. No tengo otro y no se me ocurre ninguna razón por la que debiera marcharme. Por lo tanto, me quedaré aquí, así que ten la bondad de rellenarme los papeles en los que declaras que eres el padre de Chaja. Después de eso solo tendré una petición más que hacerte y te dejaré en paz.

Se volvió hacia la pared, como solía hacerlo en la Bleibtreustraβe para mirar por la ventana, y contempló el papel de seda color crema.

—No puedo hacerlo, Eva.

—¿Qué no puedes hacer?

—Rellenar ese papel. He tenido que prometer que mantendría en secreto la paternidad de Chaja.

—¿A quién se lo has tenido que prometer?

Se encogió de hombros.

—Qué sé yo. A Thore Kierling, pero ese no es más que un títere. Hagen opina que es mejor que no sepa exactamente quién es el que maneja realmente sus hilos. Quizá no lo sepa ni él mismo. Quizá no lo sepa nadie.

—¿Y le has prometido a alguien que quizá nadie sepa quién es renegar de tu hija? —Corrió tras él y quiso agarrarlo, pero se dio cuenta de que le fallaban las fuerzas.

—Es el sistema, Eva. El sistema entero. Y nadie que no esté muy metido es capaz de entender cómo funciona.

Ella se llevó los dedos a los oídos para no seguir oyéndolo lamentarse.

—Está bien —dijo ella, aunque en su interior estaba retorciéndose—. No te voy a suplicar de rodillas que reconozcas a tu hija. Quizá deba hacerlo yo. Pero no puedo. En lugar de eso, solo te pido una cosa: quiero recuperar mis cuadros. Y mis gigantes de piedra, que construí para tu película. Ayúdame a encontrarlos y te librarás de mí.

Las personas realmente capaces de mudar el color del rostro son menos frecuentes de lo que se suele pensar, pero Martin era uno de ellos. Se había puesto gris.

—Los gigantes de piedra —murmuró.

En ese mismo instante Eva supo lo que él iba a decirle y se echó a gritar.

—¡Dime que no es verdad! ¡Dime que no lo has permitido!

—Nadie me pidió permiso, Eva.

—Pero no se lo debiste permitir —gritó ella—. Me pertenecían, no tenían derecho a llevárselos sin más.

—Se los vendiste a la UFA —dijo él—. El que paga por la obra puede hacer con ella lo que le dé la gana.

Eva no lograba respirar, maldecía cada aliento que no lograba tomar. Se tambaleó hacia atrás, notó el canto del banco en las corvas y se dejó caer sobre él.

—¿Cómo? —logró pronunciar.

No porque quisiera saber cómo había ocurrido, sino porque se sentía responsable de los gigantes. Cuando alguien se entera de la muerte de un amigo, siempre pregunta cómo sucedió.

—Los derribaron y pasaron por encima una apisonadora.

Les pasaron por encima una apisonadora. Con la misma apisonadora con la que aplanaban el firme habían aplastado a Eva Löbel y ahora ya nadie podría saber que hubo un tiempo en que había sido una persona con dimensiones.

Tenía la sensación de haberse precipitado por un abismo sin fondo. Entonces, oyó un ruido que la hizo volver a erguirse. Martin se encontraba en medio de la habitación y lloraba. Eso no la conmovió, pero sí que se le ocurrió una idea: todavía quedaban pruebas. Quizá los gigantes se hubieran perdido, pero la película aún seguía ahí y la sonrisa sardónica había quedado plasmada en ella. Cualquiera que la viera podría reconocer, cien o incluso mil años más tarde, que aquellos rostros no eran asquerosos, degenerados ni depravados. Y eso era algo que a ningún ser humano con corazón ni raciocinio podría ofenderlo.

—*Semiramis* —volvió a murmurar el lloroso Martin.

Entonces, volvió hacia Eva aquel rostro bañado en lágrimas que habría hecho las delicias de cualquier director. Hacer llorar a Martin Serner derretiría a la nación entera.

—Te lo he dicho antes —sollozó—. Me afecta tanto como a ti.

Antes de que ella pudiera recopilar esas palabras y hacer que cobraran significado, volvió a su mente una imagen casi olvidada: 1933. Fritz Wendhausen, el director de *Das erste Recht des Kindes*, que se había inclinado sobre la barra del Babeurre y se había mirado las manos vacías, incapaz de asimilar lo que le había ocurrido a su película. En aquella ocasión se había preguntado qué les habría ocurrido a los rollos de película. Ahora no tenía ninguna pregunta que hacer, ninguna respuesta que esperar, simplemente dijo:

—¡No!

—Sí, Eva.

Un torrente de lágrimas resbalaba por las mejillas de Martin. La mayoría de la gente tiene un aspecto terrible cuando solloza, pero a Martin Serner incluso le favorecía de una manera conmovedora.

—Ni siquiera lo han anunciado oficialmente. La película tenía que desaparecer y deprisa, eso fue todo lo que Hagen fue capaz de averiguar.

—Pero ¿por qué? —¿Sería capaz de imaginarse una vida en la que ya no hubiera una *Semiramis* si, al menos, supiera los motivos?—. Goebbels dijo que su exotismo le había gustado.

—Armenia —murmuró Martin—. Ararat, el monte del destino. Es demasiado peligroso, no solo por una leyenda de tres mil años de antigüedad, sino también porque nos encontramos en una época en la que no se puede conservar nada que contenga siquiera la palabra Armenia.

—¿Y qué es lo que hace que la palabra Armenia sea tan horrible para que cunda el pánico entre tus hordas nazis? ¿Que se destruya por ella una película como no se volverá a hacer en este país de descerebrados?

Recordó vagamente una escena absurda con Thore Kierling en la que Martin juraba que las palabras «Armenia» y «Ararat» no se mencionarían.

—Por lo que yo sé, Armenia es un país diminuto del Cáucaso, que pertenece a la Unión Soviética de Stalin. ¿Qué tiene que ver eso con la Cámara de la Cultura del Reich de Hitler?

—Ese estado no tendrá más de veinte años —dijo Martin, sin expresión—. Antes de eso, la mayoría de los armenios vivían en el Imperio otomano. Lo hicieron durante cuatrocientos años. Sufrían alguna represión ocasional, pero la mayoría vivía en paz, con seguridad. Algunos

llegaron a prosperar, muchos pertenecían a las élites intelectuales del país.

—¿Por qué me estás contando esto? —preguntó Eva.

El corazón se le aceleró.

—Porque ya no quedan armenios otomanos —dijo Martin—. Porque un Imperio otomano que se desmoronaba necesitaba un chivo expiatorio, un pueblo al que odiar, para que su propio pueblo no se volviera contra sí mismo. No me preguntes por qué, Eva. No entiendo nada de eso. Yo solo quería estar frente a una cámara, no entiendo ni una sola palabra de política y no he odiado a nadie en toda mi vida.

—No te he preguntado nada sobre ti —respondió Eva—. ¿Qué les ocurrió a los armenios del Imperio otomano?

Martin se encogió de hombros.

—Primero fueron las cortapisas en su vida diaria; después, los pogromos. Los intelectuales comenzaron a protestar y a exigir investigaciones y se les castigó por eso. Entonces, vino la guerra, una derrota tras otra y una propaganda que repetía como una letanía que toda su desgracia era culpa de los armenios.

Por la mente de Eva surgió de pronto: «Los judíos son nuestra desgracia». Algún historiador apolillado lo había acuñado y Eva se había reído de ello. Hasta que había empezado a encontrárselo en cada esquina, en cada ejemplar del *Stürmer*. Hasta que se había dado cuenta de lo que significaba. Y de que lo que aquel panfleto demagógico declaraba en su portada no era ningún chiste.

—¿Qué ocurrió? —preguntó una vez más.

—No lo sé con seguridad. A Hagen no le gustó que le preguntara sobre el tema: dijo que no cambiaría nada y que no producía más que dolor.

—Y como a Hagen no le gustó, tú ya no preguntaste más, ¿verdad? ¿Hagen es tu agente o tu niñera? Porque Chaja no le permitía ni siquiera a la señorita Podewils que le dijera lo que debía saber y lo que no.

El rostro de Martin se torció en una mueca.

—Los Jóvenes Turcos se hicieron con el gobierno —prosiguió—. Hicieron todas las promesas habidas y por haber. Prometieron la gloria y el esplendor y hasta la luna, pero su castillo de naipes se les derrumbó en las manos. Probablemente a uno de ellos se le ocurrió la idea de exterminar a los armenios como un modo de asentar su poder. Su capacidad de gobierno estaba más muerta que un cadáver en descomposición, pero al parecer fueron muy efectivos a la hora de dedicarse al asesinato. Primero, los desarmaron a todos y, después, los exterminaron. Apenas quedó nadie. Los que no cayeron en los campos de exterminio, tuvieron que marchar hacia Siria, donde murieron de hambre o del maltrato.

—¿Cuántos?

—Eso sí que no lo sé. Creo que nadie lo sabe. Quizá un millón. O incluso un poco más.

Aquellas palabras parecieron resonar por las paredes como en un eco. Exterminados. Asesinados. Muertos de hambre. Maltratados. Un millón o incluso un poco más.

—¿Por qué nadie ha hablado de esto? —preguntó Eva—. Ni siquiera cuando se lanzó la película. Ni tú ni yo solemos movernos entre iletrados y analfabetos, precisamente. ¿Cómo es posible que se aniquile a un pueblo entero sin que el todo el mundo hable de ello?

Martin se encogió de hombros una vez más.

—Al parecer, la gente puede vivir así. Tal vez en el zoo logren recuperar una raza de caballo ya extinta, pero el que desaparezca una etnia entera, por lo que se ve, no le afecta a nadie. Y, por encima todo, está esto: que el partido de Hitler quiere que esto siga así a cualquier precio.

Eva lo entendió. Buscó su mirada.

—Y por eso nuestra película debía desaparecer, ¿no es verdad? Para que a nadie se le ocurriera preguntar por ese pueblo del monte Ararat.

Martin había dejado de llorar. Ya no la evitaba con los ojos.

—Si no quieres irte a Suecia, vete a París —dijo él—. Te compraré un apartamento junto al Quai de la Tournelle, ya que tanto te gusta. El dinero no es un problema. Hazlo por mí. Coge a Chaja y vete.

«No puedo —pensó Eva—. He perdido a mis gigantes de piedra, ahora necesito recuperar mis cuadros o, de lo contrario, ya no habrá ninguna Eva que pueda marcharse». Se levantó, tomó el bolso, recogió la hoja con el poema parvulario del suelo y se lo guardó.

—No —dijo.

—¡Debes hacerlo! —gritó él—. ¡No sé cuánto tiempo podré protegerte!

—Estoy segura de que Hagen lo sabrá —dijo Eva y se marchó.

11
AMARNA.
LONDRES. PRINCIPIOS DE 1938

Había castigado a Arman. Con el silencio. Durante toda la semana.

El hecho de que eso también la castigara a sí misma era esencial. Si Arman sufría, ella también debía sufrir o no sería capaz de soportarlo.

Sin embargo, no fue capaz de soportarlo de todas formas. Nada de hablar era una cosa; nada de cariño, otra muy diferente. Amarna demostró que, en el papel de castigadora, no lograba más que hacer el ridículo: si Arman gritaba porque se había levantado la uña del pulgar al trabajar con el cincel, ella debía huir de la habitación para reprimir el impulso de correr hacia él y besarle el dedo herido.

Nada de sexo era el tercer castigo.

Y el más absurdo.

¿Cómo podía ver el más hermoso de los regalos que jamás había recibido, aquel rincón secreto que era para ella el hogar, inclinarse hacia ella y apartarse para buscar la soledad? ¿Cómo podía tumbarse en aquella cama que él había construido para ser el único lugar del mundo en el que pudieran estar a salvo y alejarlo de ella de un empellón cuando él se aproximaba y ella sentía los latidos de su corazón a la espalda, sus tiernos labios en el cuello? Arman tenía la docilidad de un animalillo que temiera a los depredadores: salía ahuyentado en cuanto le levantaban la mano.

Y quien tratara de alejarlo de sí debía asegurarse de que realmente lo lograba. De forma duradera. Perder la confianza, hacerla desvanecer y, de golpe, convertirlos a ambos en dos individuos solos. Arman adelgazó todavía más, lo suficiente como para que, si se mantenía en el borde de la cama, sus cuerpos no tuvieran la más mínima posibilidad de rozarse. Incluso mientras dormían. Incluso cuando se encorvaba y lloraba y estaba fuera de sí. Era Arman Artsruni, quien prefería retraerse en sí mismo y tomar posesión del rincón más pequeño antes que dejar acercarse a alguien de quien no esperaba nada bueno.

Era un castigo duro. La frialdad delimitaba el territorio de cada uno. Su nido de amor, convertido en un campo de batalla. Su deseo utilizado como arma arrojadiza.

«Dos adultos que se quieren, que se preocupan el uno por el otro, no deberían imponerse castigos el uno al otro», pensó Amarna. No tenía ningún deseo de enseñarle nada a Arman. No quería modelarlo. Lo quería tal y como era y ella sabía que a él nunca se le habría pasado por la cabeza tratar de castigarla a ella.

«Sin embargo, a mí no se me habría pasado por la cabeza la idea de separarnos y de poner nuestro amor en peligro —pensó—. Nada habría sido tan importante para mí como para hacerle eso».

Le castigaba no porque él lo mereciera, sino porque ella quería que él reflexionara, lo que era

aún peor que tratar de educarlo. Era chantaje: te haré daño hasta que te sometas.

El orgullo de Arman, no obstante, era de granito. Había sobrevivido a mucho más que a los burdos intentos de ella de moldearlo. Él no se doblegaría y ambos seguirían envueltos en la frialdad nocturna; seguirían vagando, ciegos, durante el día, mientras el tenue verde de la ciudad y las franjas de cielo entre los altos edificios iban revelando tímidamente el verano que se acercaba. Arman siguió haciendo lo que siempre hacía: perderse en su trabajo, salir de casa para colocarse detrás de un micrófono en algún templo del arte, ganar un dinero que no le importaba, ser encantador con Bülent y Rehan, preparar *bulgur*, revolver la comida por el plato en perfecto silencio, cortar la hierba del jardín de la entrada y hablar con Dexter, por encima de la valla del patio, sobre cortadoras de césped mecánicas.

Varias veces a la semana acudía a Gravesend al *ITW*, el Initial Training Wing, donde iba adquiriendo los principios fundamentales de su formación como piloto. Era una hora de ida y otra de vuelta en el coche que se había comprado, un Morgan Super Sports, con la cotidianidad de quien llevara haciéndolo toda la vida. Despreocupado. Feliz. Dueño y señor de su juguete mecánico, como un rey en su pequeño reino. Cuando era niño no había tenido ni una locomotora de lata y Amarna, al verlo así, sentía un deseo salvaje de besarlo entre carcajadas.

¿Se divertiría igual sobre una avioneta, cuando lo enviaran a uno de los aeródromos donde, durante treinta y seis semanas, tendría que aprender a abandonar el suelo para el que estaban hechos y echar a volar? Quizá para él sería hermoso dejar la tierra atrás, quizá incluso lo disfrutara. Pero no era un hombre común ni un niño pequeño con una locomotora de lata y le sobraba inteligencia como para olvidar que aquello en lo que estaba sentándose era la torre de Babel del siglo XX: una máquina que surcaba el cielo trayendo la muerte, si es que el que la pilotaba no la encontraba antes.

Y Amarna no lo besaba. Todo lo contrario: hacía todo lo posible por ignorarlo, pero eso solo hacía que cada tarea pendiente del día requiriera un mayor esfuerzo. Se había dejado engatusar y había aceptado el puesto en la comisión de Wally. Al mismo tiempo, preparaba su exposición sobre Urartu, aunque no era capaz de concentrarse en ninguna de las dos cosas.

—¿Cómo han podido aceptarlo? —le gritó en una ocasión a Wally—. Es un escultor de genialidad probada por el que medio país bebe los vientos. ¿Y ahora el otro medio le echa a volar sin contemplaciones?

—Estás histérica —dijo Wally—. Y eso no es algo que te vaya mucho.

—Maldita sea, ni siquiera se han molestado en investigarlo. De haberlo hecho, se habrían dado cuenta enseguida de que no es apto para el servicio. ¡Tiene anorexia!

—La Air Force no es un restaurante.

—Y está claro que tampoco es ningún instituto patológico —bramó Amarna—. El esqueleto de Arman sería un modelo perfecto para el estudio de fracturas óseas, por no mencionar el de la formación de cicatrices, para el cual sería tan bueno por dentro como por fuera.

—¿A él le gustaría que me estés contando todas estas cosas? —preguntó Wally.

—No —dijo Amarna, con la sensación de estar hundiéndose por momentos—. Pero a mí tampoco me gusta que tire nuestra vida a la basura y se vaya a disfrutar de esa aventura que, al parecer, necesita desesperadamente para demostrar su hombría.

—No lo hace por eso —le robó la palabra Wally—. ¿Me estás diciendo en serio que de verdad conoces tan poco al hombre por el que sufres a diario?

—No me sorprende que lo defiendas —dijo ella—. Tú también te has jugado la vida en ese jueguecito masculino y has recibido tu palmadita en la espalda por ello.

Él la agarró del brazo y la obligó a mirarlo.

—Y mi matrimonio se hundió por eso, ¿verdad? En realidad fue exactamente lo contrario, pero estoy convencido de que es lo que te habría encantado añadir.

—No —dijo Amarna, zafándose de su presa y sin estar del todo convencida de si mentía o no —. Tengo que irme. Y mi matrimonio no está hundido.

—Me alegro —respondió Wally—. Puedes decirle a mi amigo Arman que me debe una botella de su mejor tinto francés por haber soportado la bofetada que estaba destinada a él.

—Lo siento —murmuró ella.

—No hay por qué —dijo y le dio una palmadita en el hombro—. Al fin y al cabo, Arman cuida de mi Seb, quien, la mayor parte de los días, no necesita ya una bofetada sino un buen puñetazo en la cara. Además, malgastas tus delicados capones en él. Al contrario que tú, yo no lo tengo por un muchachito medio muerto que se desmorone como una doncella, sino por un hombre con una resolución fuera de lo común que puede aportar algo significativo y, con ello, seguir cerrando sus heridas. No me sorprende que unas cuantas lesiones viejas no hayan servido para que la Air Force lo descartara después de un examen rápido.

—Pero él…

Se interrumpió y él enarcó las cejas.

—Habrán aceptado que sea un año más mayor sin objeción alguna. En caso de que su idoneidad se viera truncada por algún otro motivo, yo, como oficial en la reserva, tendría noticias de ello. Sin embargo, no es él quien me preocupa, sino tú. Piensas que puedes prescribirle al amor de tu vida jarabe de palo porque no te escucha, pero, con tus ataques, no lo dañas a él, sino a ti misma. Arman tiene buen aspecto. Se le ve sano, con éxito. Tú, por el contrario, pareces un saco de miseria andante que apenas se tiene en pie y que hace cualquier cosa con tal de acallar la culpa.

La culpa.

«Si hubiera sido capaz de darle un hijo a Arman, él no tendría la necesidad de subirse a una máquina de matar voladora para demostrar Dios sabe qué a Dios sabe quién. Si tuviera un hijo suyo, podría ponérselo a sus pies y decirle: “Maldita sea, eres más responsable de este niño que del resto del mundo y tienes que permanecer aquí, con los pies en el suelo”. Pero una mujer que empuja a su marido contra el borde de la cama no es capaz de concebir un hijo. Una frígida que repele el abrazo de su tierno amante no merece el fruto de su vientre».

Se despidió de Wally y se fue a casa. Ya no a la carrera, como llevaba haciéndolo todos aquellos años, sino despacio, arrastrando los pies. Wally tenía razón: intentaba doblegar a Arman, pero él era un hombre de una resolución fuera de lo común y no se dejaría doblegar. ¿Qué se había pensado ella? ¿Que alguien que ignoraba el paradero de la tumba de sus familiares más cercanos no iba a saber soportar la soledad? ¿Que alguien que practicaba la manera de caminar recto a pesar de tener la columna vertebral destrozada se derrumbaría ante sus patadas? Tenía unas mandíbulas fuertes acostumbradas a cerrarse para soportar el dolor y unas pestañas largas y pesadas como las cortinas de un dormitorio, que ni se inmutaban ante los ataques. Él lo llevaba bien. No era él quien estaba en una encrucijada, sino ella.

Amarna metió la llave en la cerradura y se detuvo al oír unos ligeros pasos que se

aproximaban. A Bülent le encantaba abrirles la puerta a los habitantes de la casa y ella no quería robarle ese placer.

Cuando apartó la llave, la puerta se abrió ante ella. Pero cuando pensaba que iba a escuchar la voz de Bülent llamarla *sevgilim*, alzó la vista y topó con los ojos de su marido.

—*Lajvard* —dijo él.

No se le veía sano, con éxito. No era un hombre de una resolución fuera de lo común y sus ataques parecían haberlo dañado profundamente.

—No me alejes de ti, Amarna —le dijo—. Por favor, no lo hagas.

Tenía polvo de piedra en el pelo. En la camisa, a la altura del hombro, se le veía una quemadura de la plancha. Arman era el amo de casa más pulcro del mundo y planchaba sin dejar una sola arruga. Amarna había contratado ayuda para las labores del hogar porque ellos dos ya no tenían tiempo, pero el señor de la casa no dejaba sus camisas en manos de nadie más que del mejor: él mismo.

—Te pido perdón. —Su orgullo podría ser de granito, pero su rostro tenía el aspecto de una de las esculturas que él hacía únicamente para tener algo que golpear con su martillo—. Estás en tu derecho a hacerme daño. Pero ya no lo soporto.

Él esperó durante un par de segundos. Después la abrazó y hundió las mejillas en el cabello de su mujer. Ella sintió su aliento. Creyó también sentir como si sus dientes mordieran algo que, tal y como lo percibió ella, no podía ser pequeño y percibió como sus pestañas temblaban. Posó las manos en la espalda de él, que se alzaba y se hundía, rápidamente, como la de un niño que llorara; violentamente, como la de un hombre que esculpiera en piedra.

—Te quiero —dijo ella y se echó a llorar.

Es lo que había aprendido con Arman: a llorar y a hablar. Él comenzó a acariciarla, a olerle el pelo. Ella tamborileó delicadamente con los puños en los omóplatos de él y después cerró los dedos en torno a su nuca y lo agarró fuerte. Nunca había tenido la necesidad de sentir a ninguna otra persona de esa forma: sus hombros como tablones fijos a ella para mantener la cabeza a flote. El aferrarse a otra persona, el condicionar tu destino al de otro, era una insensatez, y ella siempre lo había sabido. Pero lo había hecho. No porque fuera una insensata, sino porque confiaba en Arman.

Porque había demostrado que se podía confiar en él. Que haría lo correcto y que no había nada que temer.

Sintió tal alivio que notó que las rodillas le fallaban. Una hora más y ella habría tenido que rendir las armas y admitir que no había sido capaz de vencer la batalla que ella misma había iniciado. En lugar de eso, él había sido quien había recapitulado y le había ahorrado a ella tener que hacerlo.

—Te mereces un buen tirón de orejas por jactarte de que yo quisiera hacerte daño —dijo ella, aunque en realidad habría preferido hacer cualquier otra cosa—. Quiero que sigas con vida, jodido idiota. Que no te limites a dejarte masacrar.

—Intentaré soportar los tirones de orejas —dijo él—. Pero no te soltaré.

—Eres imposible, Arman. Estás para que te encierren.

—Espero que no. En las siete semanas que me has tenido encerrado, el mundo no ha mejorado ni un ápice.

Así recibió él lo que ella había estado guardándose, todo lo que había estado creciendo y

fermentando en su interior, como la levadura: besos, tirones de ropa, caricias, mordiscos en la nariz, pellizcos en la cintura, en las hermosas curvas en la zona en que la espalda se unía a los glúteos. El pelo revuelto, los soplidos en el cuello, los tirones de orejas. Ella estaba convencida de que sus dedos podrían reconocer entre mil las orejas de su marido. Una de ellas era inútil, incapaz de oír. ¿Por qué se acordaba ahora mismo de eso, además del par de palabras que Wally le había sugerido en sus comentarios?

Arman la arrastró a la calidez del interior y cerró la puerta. Los dedos de ella dejaron que las orejas de él volvieran a ser orejas y descendieron furtivamente hacia regiones más meridionales. Él tenía razón. Pero mantenerlo encerrado podía librarlo de la maldita lucha por la humanidad.

—No —dijo él.

—No, ¿qué?

—Pensar solo en mí mismo, aunque sea eso lo que tú quieres.

—Yo te quiero a ti.

—*Lajvard* —dijo él, y su cuerpo se tensó entre los brazos de ella—. No puedo hacer lo que esperas de mí. No puedo dejar la instrucción.

—Pero ¡debes hacerlo! No tienes derecho a poner tu vida en peligro. ¡Tú no, de entre todos los hombres!

—¿Y por qué yo no? —preguntó él—. ¿Porque pertenezco a una raza que, según las estadísticas, ha desaparecido?

No volverían a golpearlo jamás. Ella se prometió a sí misma en silencio que emplearía hasta el último de sus días si era necesario en hacérselo entender: «Da igual lo que hagas, nadie podrá volver a hacerte daño nunca. Los brazos en alto, los segundos de horror, la terrorífica espera previa al dolor. Tu cuerpo y tu integridad son de nuevo tan inmaculados como el día en que naciste». A veces, ella tenía la impresión de que él quería probar a cualquier precio la seriedad con que ella se tomaba tales afirmaciones.

—Eso ha sido totalmente gratuito —dijo ella—. Ya sabes que eso no es lo que pienso de ti.

—No —dijo él—. No lo sé.

Él la miraba con sus profundos ojos oscuros.

—¿Por qué me dices eso? —preguntó ella—. ¿Es que quieres pagarlo conmigo?

—Porque es lo que yo pienso de mí mismo —dijo él.

—Joder, pues actúa en consecuencia. Abandona esa locura de los aviones y vive la puta vida que tan cara te ha costado.

Las palabras hechas golpes. Arman dio un respingo y Amarna se avergonzó de sí misma. La vergüenza se acrecentó cuando la puerta del salón se abrió y Rehan apareció por ella. No tenía padres, no sabía quiénes eran sus padres. El nombre de Rehan, que significa «albahaca dulce», se lo había puesto Arman, y llevaba el apellido Artsruni porque la había encontrado totalmente sola en el desierto sirio. Para Rehan, Arman y Amarna eran el ancla que la mantenía atada al mundo. Si aquella ancla se resquebrajaba, se perdería en el vacío sin remedio.

Dejó caer un ovillo de lana verde pino mientras corría hacia ellos. Agarró con el brazo izquierdo a Arman y, con el derecho, a Amarna y les unió las manos y se las apretó con aquellos finos dedos suyos.

—No gritéis —susurró y miró a Amarna con los enormes ojos implorantes de la mendiga que había sido antes de que Arman la recogiera.

Una niña mendiga que vendía hasta su cuerpecillo porque ya no sabía qué más podía hacer para no pasar hambre.

—Por favor, no le grites a Arman. Por favor, no seas mala con Arman.

«Por supuesto —pensó Amarna—. La mala soy yo. La que grita, la que lo golpea con las palabras mientras el señor "ojos de penumbra" permanece inmutable, como esculpido en piedra, y acepta toda la maldad que le arrojo. Todo mi desamparo. Todo mi desesperado intento por hacerle entender que lo quiero demasiado como para dejarlo morir. O que, quizá, no lo quiero lo suficiente. Para mí, lo mismo da».

—Está bien. —Arman se liberó el brazo de la presa de Rehan y le acarició la mejilla—. Amarna está furiosa porque hay algo que no he podido explicarle bien. Tiene derecho a gritar por eso, ¿o no? Es mejor eso que el que pierda la paciencia conmigo y me deje tirado bajo la lluvia.

—No está lloviendo —siseó Amarna mientras lo tomaba de la mano tanto a él como a Rehan —. Idiota.

Rehan rio, aliviada.

—Es verdad, Arman, tonto. No llueve en nuestra casa.

Arman posó los brazos sobre ambas. Durante un segundo Amarna se imaginó que abrazaba a su mujer y a su hija, aunque siempre había deseado un hijo. «Es cierto que no llueve en casa. Pero tampoco hay ninguna criatura a la que haya que mantener caliente». Bülent apareció por la puerta del salón.

—Deberíais avergonzaros. Los tres. Gritos, peleas y jaleo como entre una panda de mocosos malcriados. ¿Cómo va a poder así vivir en paz un anciano?

Arman le lanzó una mirada que únicamente Bülent era capaz de resistir.

—Aquí no vive ningún anciano —dijo—. No podíamos saber que tenías visita.

«Te quiero —pensó Amarna—. No porque seas el último de tu raza, no porque tengas un talento tan incomparable, sino porque no hay nadie en el mundo que se te pueda comparar».

—Sois una auténtica molestia —los reprendió Bülent resplandeciente—. Y de las gordas. —Entonces, se volvió hacia Amarna—. ¿Quieres comer algo, *sevgilim?* No sé si hay algo que esa mujer haya preparado que sea comestible, pero algo habrá que lo sea.

—Te haré un sándwich —se ofreció Arman.

—¿Qué quieres decir con eso de un sándwich? —Bülent puso el grito en el cielo—. Esta muchacha se pasa el día corriendo de aquí para allá y necesita algo que meterse en el estómago, pero solo porque a ti te parezca que esa especie de cartón inglés con manteca entremedias se puede considerar comida, no significa que a las personas racionales también nos lo parezca.

Arman se dirigió hacia él, recogió el ovillo de lana verde de Rehan y se lo colocó en torno al cuello. Entonces, tomó de la mano a Bülent. Este apoyó la cabeza sobre el pecho del joven con aspecto cansado, viejo y feliz.

«Te quiero —pensó Amarna—. Nos tratas como si fuéramos el Santo Grial, como el eje en torno al que gira todo tu mundo. ¿Cómo puedes volvernos la espalda y dejar que te maten?».

—No me riñas así. —En la voz de Arman podía notarse su «risa de Bülent» y su «ternura de Bülent»—. Te prometo que cogeré pan fresco, cortaré dos gruesas lonchas de buen queso y le añadiré todo aquello que mantiene unido el cuerpo y el alma: cebolla, ensalada de col, *corned beef* y tanta mantequilla que me ponga malo solo de mirarlo.

—¿Y eso debería ser suficiente para esa muchacha? —Bülent se estiró y le tiró a Arman de la

nariz—. ¿Esta pobre muchacha por la que hace semanas que no te preocupas, que has dejado que se reseque como una mala hierba que no quisieras en tu jardín? Así son los ingleses: adoran sus jardines y se olvidan de sus hermosas mujeres. ¿Te he criado para que adores a tu esposa como a la hija de un sultán y beses el suelo por el que pisa o no? Me avergüenzas, Arman. Cuando veo lo desgraciada que es esta muchacha bajo tu custodia, mi corazón llora.

—El mío también —dijo Arman.

—Entonces, aplícate.

—Lo intentaré —dijo Arman—. Llevaré conmigo pan y mantequilla y todo lo demás al piso de arriba y me aplicaré todo lo posible, ¿de acuerdo?

—Lárgate de aquí —dijo Bülent y lo alejó de él.

Entonces, lo agarró de nuevo por la chamuscada tela del hombro y lo atrajo hacia él.

—Colócate el pelo. Ponte una camisa en condiciones. Tu mujer se merece un marido con un aspecto decente.

Arman besó a Bülent en la melena de algodón y salió con presteza en dirección a la cocina.

Bülent volvió el pequeño rostro de anciano hacia Amarna.

—No lo dejes así de solo, *sevgilim*. Un hombre hace lo que tiene que hacer y esto ha sido así desde el principio del mundo. Es duro para su mujer. Pero ella debe permanecer a su lado.

—¿Sin importar lo que él haga?

Los rasgos de Bülent se endurecieron en ese instante.

—Arman es un buen hombre. No haría nada que no fuera lo correcto.

—Claro que no —dijo Amarna y suspiró—. Pero ¿sabes lo que puede hacer el amor? Puede hacerte desear que la persona a la que amas no esté en buenas condiciones físicas. Que se encuentre mal, pero ocupado con causas menos justas aquí, en casa, y se mantenga a salvo.

—Soy demasiado viejo como para darle vueltas a esas cosas —gruñó Bülent—. Pero no desearía a mi lado a nadie más que a vosotros tres, aunque me saquéis de mis casillas.

12

Aquello que Arman denominaba «sándwich» era más bien un festín para los sentidos. Resultaba desconcertante que un hombre al que le entraran náuseas ante cualquier tipo de comida fuera capaz de combinar ingredientes con tanta fantasía como acababa de hacerlo. Quizá en una vida anterior hubiera comido hasta hartarse e incluso hubiera engordado. Tal vez en su árbol genealógico hubiera habido hombres de peso: un tío de los que, en las bodas, era capaz de devorar un pollo asado entero; un abuelo que se dejara una tripa colgandera como atributo de prestigio social. Nadie lo sabía. No existía ningún retrato de sus familiares, ninguna prenda de ropa olvidada, ninguna otra persona que pudiera hablarle de ellos. Solo Arman, en torno al cual quizá camparan todos esos espíritus cuando se sentaba a la mesa, con los labios apretados y la comida revuelta por el plato.

Le encantaba infravalorar sus creaciones utilizando términos ingleses como *sandwich*, pero, cuando hacía algo por Amarna, era capaz de volverse muy oriental. La obligó a sentarse en la cama. Cuando ella tomó asiento y levantó los pies del suelo, él se arrodilló y besó la tarima de madera por donde habían rozado las suelas de sus zapatos. Echó a un lado todas las mantas, con la excepción de una azul, de hilo de seda, con la que envolvió a su mujer como un manto nocturno. Distribuyó frente a ella los platos y cuencos como en una paleta de colores, formas y texturas. Quizá, en una vida anterior, había ignorado la piedra y el carboncillo y se había dedicado a pintar acuarelas en tonos vivos. Colocó sobre la mesa de mosaico un candelabro de estaño en el que encajó algunas velas que goteaban cera por doquier. El viento nocturno que empujaba la ventana hacía danzar las llamas. Arman se arrodilló junto a la cama, la observó en silencio y, durante unos segundos, el mundo entero volvió a estar en calma.

Amarna comió un poco de cada cosa hasta que tuvo la sensación de que la comida ya no le bajaba por la garganta. En un momento dado, cuando extendía la mano para tomar un rabanito, Arman detuvo su movimiento agarrándole el brazo.

—No tienes por qué seguir comiendo esto por mí, *lajvard*.

—¿No? Pero tú has preparado todo esto por mí.

—Sí, ¿y? Ahora puedo volver a desmantelarlo.

En un instante, se levantó y comenzó a recoger platos y cuencos.

—No quería ofenderte —dijo Amarna.

—No seas infantil —respondió Arman—. Te he montado un circo de alimentos porque no soy capaz de darte lo que esperas de mí. ¿Y solo por eso tienes que reventarte el estómago?

«Ese es otro motivo para confiar en ti —pensó ella—. Ninguno de los dos tolera las mentiras piadosas en nuestro amor. Antes preferimos una mala palabra que una muestra de ternura falta de sinceridad. En todo lo que me has dado he podido percibir la buena intención. Incluso ahora, en que me niegas lo que necesito».

—Arman —le dijo—. No quiero comer. Quiero acostarme contigo. Solo que no sé si eso es

lo correcto.

—Quieres decir que no sabes si me lo merezco. Ya te lo he dicho: no me lo merezco, no voy a parar, no te voy a dar lo que quieres.

Él la miró con unos ojos que fulguraban y colocó la tapa sobre la bandeja con la comida. Arman Artsruni. Su amo de casa favorito.

—No hagas eso, Amarna —dijo él—. Si quieres castigarme, te traeré un listón de madera. Pero no es justo que utilices las armas que estás usando ahora.

—¿Y darte con un madero sí que lo sería?

—Eso es decisión tuya —dijo, orgulloso—. Con la madera soy capaz de mantener la mente clara cuando es necesario. Con lo otro, no.

—No estás bien de la cabeza, cariño mío —dijo ella, haciéndole sitio a su lado—. Y eso no es algo que vaya a mejorar a palos.

Tardó menos en caer en sus brazos de lo que ella esperaba. Él no se molestó en tener cuidado con la ropa, ni con la de ella, ni con la de él, sino que directamente arrancó lo más urgente de su sitio. Aquel hechicero del amor que celebraba las noches entre aquellas cuatro paredes era, ahora mismo, un hombre sediento preso del anhelo. Si ella había necesitado alguna prueba de lo mucho que la había echado en falta, la tuvo más allá de toda duda. Él culminó antes de llegar a penetrarla. Como un chiquillo. Avergonzado, se apartó de ella y le dio la espalda.

—Lo siento mucho.

—No lo sientas. —Ella lo abrazó y recostó la cabeza sobre el hombro de él—. En absoluto: no hay nada que sentir. Probablemente seas el único hombre que aguanta algo así de su mujer sin recurrir a otras.

—¿A otras? ¿Para qué?

Amarna rio.

—Pregunta por la ciudad, precioso mío. Estoy convencida de que encontrarás alguna oferta apetitosa.

Ella comenzó a desabotonarle la camisa y a acariciarle el cuello y el pecho hasta que él se volvió nuevamente hacia ella y la tomó entre los brazos. Llevaba tejidos británicos, confeccionados por sastres británicos, pero, cuando estaba desnudo y hacían el amor, él volvía a ser totalmente oriental. Sus preguntas no eran ninguna trivialidad dicha para quedar bien, sino que eran totalmente sinceras: ¿para qué quería a otras? Eran dos extraños que se habían acostumbrado a soportar su soledad mientras esperaban a que el otro apareciera.

Cuando lo besó, ella creyó poder paladear su sonrisa, pero, al separar el rostro, no había indicio de mueca alguna. Él se colocó sobre ella, con los ojos llenos de amor. Amarna no había llegado a conocer a la fallecida madre de Arman, pero, en ocasiones, cuando él se encontraba desnudo entre sus brazos, ella creía ver por la comisura del ojo como esa mujer los miraba con atención antes de darse la vuelta y dejar solos a su hijo y a la mujer a la que amaba.

—*Lajvard* —dijo él mientras se venía dentro de ella.

Él no solía decir nada mientras hacían el amor. Recuperaron el aliento aún unidos, muy pegados el uno al otro.

—*Lajvard*.

Ella sabía lo que él quería decirle: nada ha cambiado. Seguiría yendo a Gravesend para seguir aprendiendo los fundamentos de la aviación hasta que, en algún momento, lo alejaran de casa

durante semanas para enviarlo a un aeródromo. Allí, aprendería a mantener en el aire un avión de guerra hasta que dominara los cielos. O hasta que se estrellara. El hombre al que amaba. En uniforme. Sin refugio, sin paz, sin piedra. Ella ignoraba lo que él vería allí. Wally había volado sobre los protectorados británicos en Mesopotamia para asegurar el cumplimiento de los tratados, pero eso no era lo que Arman tenía en mente.

—Por favor, quédate conmigo —dijo él—. Aunque no pueda renunciar.

—Pero ¿por qué no puedes hacerlo? ¿A quién le debes algo? ¿A los británicos? Estoy convencida de que te pondrían en la lista de irremplazables si realmente se llegara a producir una guerra. Cualquiera puede aprender a disparar, Arman. Lo que tú sabes hacer se perderá cuando mueras.

No hubo respuesta. Los ojos de Arman se volvieron vidriosos, como siempre que algo lo hería demasiado como para gritar. Ella le acarició la mejilla, que estaba gélida y que, con toda seguridad, no era capaz de sentir nada en ese momento.

—Por favor, no te tortures. No hay ninguna guerra.

—No estoy tan seguro —dijo él, con la respiración pesada—. Si yo fuera un judío en Alemania…

Su respiración se hizo aún más pesada y se le encogió la espalda, como si su cuerpo recordara las patadas en el estómago, los golpes en los riñones, el dolor al sobrepasar el último umbral.

—Si yo fuera un judío en Alemania, no se te habría permitido estar casada conmigo. Desde 1935. El que te tumbaras aquí conmigo y dejaras que yo te mancillara, que pusiera mis sucias manos sobre tu hermoso y blanco pecho, se consideraría una deshonra a la raza.

—Arman, ¡para!

No paró. Sus ojos vidriosos la traspasaban y miraban más allá, a la lejanía. El corazón le latía con fuerza y de su boca seguían surgiendo palabras sin interrupción.

—Soy un bastardo taimado y te he engañado para que te casaras conmigo en 1933. Qué escándalo. Los alemanes son gente ordenada que no pueden deshacer nada escrito sobre un papel ordenadamente registrado en sus archivos. No pueden tirarme a un sótano y matarme de una paliza porque soy basura, pero basura que pertenece a una alemana. Eres mi escudo y solo por eso lo pagarán contigo. Tienes que divorciarte de mí, Amarna. De lo contrario, no podrás continuar con tu trabajo: te escupirán y te echarán a la calle como si fueras un desecho. Mi preciosa esposa, mi reina, que no tiene un hombre que la proteja, solo un insecto aplastado y desarmado…

Amarna le tapó la boca con la mano izquierda mientras que, con la derecha, lo agarraba por la nuca y le apretaba la cabeza contra ella.

—Vuelve en ti. ¡No puedes destrozarte así! ¿Cuánto tiempo llevas con estas ideas rondándote la cabeza? ¿Todo este año? —Ella lo apretaba con tanta fuerza contra su cuerpo que le temblaban los brazos—. No eres un judío en Alemania, ¿me oyes? No lo eres.

Pero sí era un armenio en el Imperio otomano.

Alguien que había llegado a experimentar en su propia piel todo lo que había dicho.

El cuerpo de él yacía inerte en brazos de ella. Amarna lo tomó de las mejillas, lo besó en los labios, aunque sus besos no lograban devolverle la calidez y, finalmente, se levantó de un salto de la cama y cerró la maldita ventana.

Entonces, reptó de nuevo a su lado y lo envolvió con los brazos.

—Y aunque lo fueras, no me divorciaría de ti. Ya podrían escupirme y empujarme, pero jamás les permitiría arrebatarme aquello por lo que demuestro ser la mujer con mejor gusto del mundo. Te apretaría contra mí y no te dejaría ir. Podrían echarme de mi museo y de mi casa, pero jamás me separarían de mi marido.

—Amarna.

—No —dijo ella y apretó su pelvis contra la de él, lo empujó dentro de ella y le retuvo allí—. No puedo permitir que vuelvas a describirte como un insecto. Eres mi tortita con limón. Mi jabalí loco. No hay nadie más para mí que tú, Arman.

Rodaron por la cama y él la inundó de besos por toda la cara. Los ojos vidriosos le resplandecían.

—No tienes el mejor gusto del mundo. Puede que no sea malo, pero el mío es imbatible.

Siguió besándola en el cuello y en el pecho, la levantó con sus delgados brazos y le demostró la pulsante vida que aún tenía dentro de él. «Quiérete, Arman. Aunque nos maldigan en cuatro idiomas, seguiremos tan unidos el uno al otro que no podrán romper ese vínculo. Porque somos el uno para el otro. Porque tu cuerpo le susurra al mío lo que esos cuatro idiomas se callan. Porque me encanta morderte los hombros y porque eres el hombre más guapo del mundo».

Esta vez, él se reprimió y dejó que ella disfrutara de la tormenta que él había provocado, y después se echó, agotado, en sus brazos. A ella le encantaba estar así. A veces él se dormía en esa posición durante unos minutos y ella aprovechaba esos instantes para contemplarlo.

Pero no en aquella ocasión.

Sobre la piel sudorosa de él relucía la cruz de oro blanco que nunca se quitaba del cuello. En su mirada, Amarna creyó reconocer nuevamente la mirada de su madre, de la que no quedaba ninguna imagen, ni en piedra ni en papel. Él había robado una familia sustituta, con Rehan como su hermana y Bülent como su padre, pero no había logrado encontrar una sustituta para su madre. Su hermana se llamaba Tuma, y su padre, Gaspar. Nunca había llegado a pronunciar el nombre de su madre.

—Quizá me castraran —dijo Arman con el estilo somnoliento típico después del sexo—. Para que no deshonrara la raza haciéndote un hijo. Pero no he logrado hacerlo de todas formas, así que conmigo no tendrían mucho trabajo.

No volverían a golpearlo. Amarna entrelazó las manos. No era culpa de Arman el que su cerebro hubiera aprendido a quedarse siempre con el *worst case scenario*. No era culpa suya que hubiera gente capaz de crear conceptos como la «deshonra de la raza». No era culpa suya que su mujer no pudiera tener hijos.

—Bien —dijo ella—. Estás convencido de que en Alemania les están ocurriendo esas cosas a los judíos y por eso quieres aprender a pilotar un bombardero. ¿Y después? ¿Irás allí volando y te pondrás a lanzar bombas, Arman? ¿Incluso aunque no haya una guerra?

—No lo sé —dijo él—. Solo sé que no puedo soportarlo. Seguir desarmado. Seguir siendo el insecto aplastado al que se mira y no se da importancia.

Amarna soltó las manos, las anudó en torno a él y le frotó la piel fría de la espalda. Por lo que ella sabía, él había sido un insecto aplastado por primera vez a los tres años. Lo de limitarse a quedarse mirando era algo que solo había podido hacer muy al principio. Por aquel entonces, todavía estaba su madre para protegerlo. Para morir por él. Con toda probabilidad, muy

lentamente. Para cuando lo habían encontrado, le había caído tanta sangre de su madre en los ojos que ya no había podido volver a quedarse mirando.

—Es duro, pero es útil —murmuró Arman con los labios apretados, como si estuviera esculpiendo las palabras en plata con una escoda.

«Es duro, pero es útil. —Así había descrito Hans Humann, el agregado diplomático de la marina alemana en el Imperio otomano, lo que le había ocurrido al pueblo de Arman, los cadáveres que poblaban los ríos Éufrates y Tigris, el hedor en el calor—. Los armenios han sido más o menos exterminados; es duro, pero es útil».

«Es duro, pero es útil». La madre de Arman había caído sobre él, con el hacha destinada a partirle la espalda en dos a su hijo clavada en el cráneo. Arman tenía una bonita espalda y, cuando llevaba puesta una camisa, hasta daba la impresión de que sus hombros seguían correctamente nivelados. Solo cuando se desvestía se apreciaba la diferencia.

Su hermana, una niña prodigio que a los cinco años ya leía textos en tres alfabetos, había tenido menos suerte que el benjamín de la familia. El hacha le había separado del cuerpo la misma cabeza que reconocía tres tipos distintos de grafía. Arman había sujetado la cabeza entre los brazos, quizá para poder volver a cosérsela después, quién sabe qué podría pasar por la mente de un niño de tres años en un momento así. Nadie sabía cuánto tiempo habría podido pasar allí, bajo el cadáver de su madre.

Arman nunca le había contado una palabra de todo aquello. Lo que Amarna sabía, lo sabía por su propio padre, que era quien lo había encontrado aquella vez. Un alemán que, en aquella época de los primeros pogromos, quisiera proteger a un armenio de lo peor iba a encontrar poca resistencia. Los alemanes habían construido el ferrocarril a Bagdad, habían puesto fin a los negocios corrompidos y habían enviado asesores militares, por lo que podían permitirse deseos absurdos. Pero su padre no había logrado proteger a Arman y al padre de este de lo peor. No por falta de voluntad. Por falta de tiempo.

«Es duro, pero es útil». Arman gimió.

—Debo hacerlo, Amarna. Por favor, créeme.

—Te creo —susurró Amarna—. Créeme tú a mí si te digo que sin ti estaría perdida, ¿de acuerdo? Ten mucho cuidado, Enkidu.

Él la atrajo hacia sí con la fuerza de un artista que esculpe la piedra y el crujido de algunos de sus huesos. Antes de que pudiera darle las gracias, ella le cerró la boca. Pensó: «No va a haber ninguna guerra. Y si la hubiera, ningún país se dedicaría a enviar aviones y bombas para ir salvando otros pueblos. Nadie lo hizo para salvar al tuyo.

»Quizá este tipo de ideas por mi parte sean inhumanas. Quizá no merezca ser tu mujer porque sigo queriendo exigirte que le des la espalda al resto del mundo. Incluso a tu querida Gran Bretaña, que has decidido considerar tu tierra prometida particular porque en su momento consideró decente declarar que los crímenes cometidos contra los armenios eran crímenes contra la humanidad.

»Los británicos, que te han enseñado a confiar. A comprar una casa, a plantar un manzano, a desear tener un hijo.

»No quiero exigirte eso, Arman. Quiero que envíen tu escuadrón aéreo británico para que nunca más una madre tenga que salvar a su hijo y acabe con un hacha clavada en el cráneo, para que nunca más vuelva a desaparecer una superdotada de cinco años, para que nunca más un

padre se balancee en una horca mientras su hijo avanza dando tumbos por una oscuridad innominada. Quiero que los británicos envíen aviones y que la Sociedad de Naciones exija a gritos que todos los países de la tierra envíen también aviones. Lo único que no quiero es que seas tú el que vaya montado en ellos.

»Te quiero, Arman. No puedo regalarte sin más».

No volvería a chantajearlo, no volvería a hacerle daño hasta que cayera de rodillas. Él había renunciado a su orgullo por ella, y ella lo besó en los hombros por eso. Él cerró los párpados, abrió los labios, suspiró sin emitir un solo sonido. Arman, que disfrutaba los mimos, era un regalo de los cielos. Pero ya no podría comprarlo con besos en una piel hambrienta de amor, porque él creía que le debía algo a su madre. En lugar de corromper su amor utilizándolo como arma, ella lo apretaría contra su pecho hasta que le hiciera un hijo de una vez. Había deseado un niño cada vez que lo miraba, pero, en esa ocasión, pensó: «Si tuviéramos una hija, podríamos llamarla como a tu madre».

Arman había sido un niño sin padre, no se marcharía y dejaría a su propia hija también sin padre. Ni siquiera para lanzarles bombas a los mismos criminales que osaban asesinar a un pueblo entero.

Además, lo más probable era que nunca llegara a haber semejantes criminales. Era comprensible que Arman, en su terror, encontrara paralelismos y sobrevalorara acontecimientos. Pero sus temores no se aplicaban a la realidad. Los nazis se habían tomado ya demasiadas libertades al marchar sobre Austria, no serían tan insensatos como para tensar la cuerda todavía más. Volverían a la calma y, más tarde o más temprano, terminarían desapareciendo.

Era el año 1938. Aquel siglo había visto una guerra mundial y la destrucción de un pueblo entero antes de llegar a los veinte. Ya había escarmentado y no iba a meterse en más líos. Amarna hundió el rostro en la hoyuela de Arman y se durmió envuelta en su fragancia. «Quizá ya tenga al niño en mi vientre», pensó y, de pronto, tuvo la convicción de que así era.

13
PAUL.
BERLÍN. JULIO DE 1938

Ella le daba mucho trabajo. En mayor cantidad y más intenso que ninguna de las mujeres con las que había tenido alguna historia alguna vez, aunque había habido otra antes que ella a la que había amado más. Era una de esas mujeres a las que se describía como «fogosa» bajando la voz, aunque el resto de la conversación hubiera sido a voz en grito. Durante un par de breves y apasionadas semanas, Paul había estado enamorado de ella, pero eso ya había quedado atrás y él ni siquiera había sufrido por la separación.

Sin embargo, una parte de él había seguido queriéndola. Su valor, su confianza, su peculiaridad. Esa manera suya tan discreta de ser sumamente vulnerable.

Dudaba, no obstante, que fuera capaz de querer a la hija que ella tenía. Paul carecía de experiencia queriendo a niños y le resultaba difícil comunicarse con seres humanos cuyo proceso de alfabetización aún no se había completado. El que Eva y su ilustre amante le hubieran pedido que fuera padrino de la criatura le había resultado más vergonzoso que conmovedor. Solía mantener las distancias con la niña y, si no hubiera seguido allí, con toda probabilidad él no la habría echado de menos. Sin embargo, debía admitir que, de un tiempo a esta parte, no podía pensar en otra cosa que no fuera la pequeña.

Pensaba en la responsabilidad. Y eso ¿qué significaba? Él no tenía ni mujer ni hijos y había roto definitivamente su ya complicada relación con sus progenitores en el mismo momento en que su padre se había afiliado al partido nazi. Se sentía responsable, en cierta manera, del profesor Brandstätter, pues en otro tiempo había estado enamorado de su hija. Ella se había casado con otro, se había mudado con él a otro país y había dejado solo a su padre, de casi sesenta y cinco años de edad, en la Alemania nazi.

Paul iba a visitarlo, se sentaba con él en el gran salón de su casa, en el que fumaba buen tabaco de pipa, y debatían diversos aspectos de la hetitología como si el mundo no estuviera viniéndose abajo. En lugar de eso, habría querido decirle: «Creo que debería plantearse irse a vivir a Inglaterra con su hija. Creo que no debería planteárselo, sino hacerlo tan pronto como sea posible».

El hecho de que no fuera capaz de decírselo pesaba sobre su conciencia y, con cada nueva oportunidad desaprovechada, iba haciéndosele más y más duro. Algo parecido, solo que con mayor intensidad, le ocurría con la niña de Eva Löbel.

Ser consciente de que el lazo se estrechaba cada vez más, sentir el aliento de la amenaza en la nuca y no hacer nada al respecto le resultaba insoportable. No se podía dejar a un anciano que ya no entendía el mundo abandonado a su suerte, pero a una niña de cinco años, mucho menos. Día tras día, Paul se proponía hacer algo y, día tras día, encontraba una nueva razón para aplazarlo.

«Soy como un barril sin fondo —pensó Paul—. Siempre lo he sido. Los demás me echan lo que sea y yo me las tengo que apañar».

Se las había apañado con los nuevos decretos del Ministerio de Cultura, aunque de la libertad de investigación y enseñanza de la que habían gozado gracias al artículo 142 de la Constitución de Weimar ya no quedaba nada. Por aquel entonces, al principio, se había encontrado sumido en un proyecto que requería toda su concentración. Se imaginaba a sí mismo como a un animalillo a la búsqueda de un refugio en el que pasar el invierno: no oía nada, no veía nada, no decía nada. Siempre había trabajo de investigación en su campo. En ocasiones, pasaba semanas enteras enfrascado en un texto que le hablaba de una era distinta, tres mil años atrás, y no tenía contacto alguno con ningún otro ser humano que pudiera ponerle al corriente de lo que sucedía en el mundo.

Callar y esperar a que todo pasara. Eso era lo que la naturaleza de Paul le dictaba. Cuando se miraba al espejo, no era capaz de creer que el cuerpo que se encontraba ante él era el suyo propio. El Paul al que él conocía era tímido, su lugar de trabajo era el escritorio y su herramienta, el cerebro. Aquel que le devolvía la mirada desde el espejo sobresalía por encima de la mayoría de sus estudiantes. Sus brazos, pecho y hombros tenían el aspecto de ser los de alguien que empezara a arar el campo al amanecer. Tenía el cabello abundante, de un rubio pajizo, y un tono de piel rubicundo y saludable. Su aspecto cuadraba con el de un nazi de manual. Alguien con quien te lo pensarías dos veces antes de buscar pelea.

El Paul que se ocultaba en su interior debía de haberse quedado con el cuerpo equivocado. Tenía unas manos de carnicero ridículamente grandes, demasiado para escribir con pluma. Pero lo que era aún más ridículo era que ese Paul, con el cuerpo de un campeón de lucha, estuviera asustado y se dejara dominar por el miedo.

El del espejo se parecía al héroe que habría sido capaz de poner en fuga a una panda de matones nazis cuando habían intentado echar a empujones a una estudiante judía por la puerta principal de la facultad. El que se ocultaba en el cuerpo del héroe se había apartado y había seguido con su camino. Se había tranquilizado a sí mismo diciéndose que los jóvenes se peleaban constantemente. Que no tenía nada que ver con la política.

Lo cierto era que los nazis habían sido cinco y en los puños en alto, llevaban porras.

Lo cierto era que otra persona había terminado ayudando a la mujer. Dietmar Brauer, uno de los filólogos del departamento de Sumeria, un hombrecillo brillante que olía a vinagre y con el que Paul nunca había intercambiado ni dos palabras en privado. Se había llevado un golpe en la frente y habían tenido que ponerle seis puntos. A la mujer le habían roto ya tres dedos aplastándoselos entre la puerta y los goznes antes de que su enclenque salvador saliera en su ayuda. Ya no regresó a la facultad. Una semana más tarde, había dado de baja la matrícula. El Paul que se ocultaba en el cuerpo del héroe se las había apañado también en una universidad en la que rompían dedos. Tenía práctica apañándoselas: había empezado ya cuando era solo un niño. «Un niño obediente, nuestro *Paule»,* habían dicho sus familiares, y Paul los había odiado y se había odiado aún más a sí mismo. Había sido un niño obediente no porque estuviera en su naturaleza, sino porque tenía miedo de las tundas de su padre.

Afortunadamente, su padre había sido un camorrista que había preferido ir por ahí pegándose con sus semejantes antes que malgastar energías en castigar físicamente a su hijo. Lo más que Paul había recibido habían sido un par de azotainas en el trasero con una correa, que no le habían

dejado siquiera un moratón. Sin embargo, el recuerdo le hacía un nudo en la garganta, se le cerraban los puños y, durante unos segundos, el Paul del espejo se parecía al que sentía en su interior.

¿Por qué tenía un miedo tan atroz a recibir una ristra de palos y no a la faringitis? Las faringitis que había sufrido de niño habían sido mucho más dolorosas de lo que le habían podido llegar a molestar sus azotadas posaderas. Sin embargo, la garganta había olvidado el dolor y tan solo quedaba la sensación de calidez de su manta de lana y de las cariñosas manos de su madre. El dolor de los azotes, por el contrario, había permanecido, y el sonido que producía la correa al dar con sus carnes aún le resonaba en la cabeza.

Le dolía tanto que sentía deseos de romper el espejo cada vez que veía aquel cuerpo robusto y sentía al cobarde que llevaba dentro. Porque el cuerpo era culpable de la cobardía. Era el cuerpo, al estremecerse ante la memoria de aquellos escasos azotes con una correa, el que hacía que el Paul que se ocultaba en su interior ignorara la sensación que se experimentaba al ser valiente.

Lloroso, sobre las rodillas de su padre, se había jurado a sí mismo que, cuando fuera mayor, ya no tendría miedo a las tundas. Un adulto se asustaría por una faringitis, pero nadie podría ponerlo sobre sus rodillas y molerlo a palos. Contaba con plaza fija en la universidad apenas cumplidos los treinta, se había convertido en una persona respetable a la que nadie se atrevía a ofender. Al menos, eso pensaba él y, durante un tiempo, se había sentido seguro. Hasta que los nazis se habían presentado a las puertas de su torre de marfil y le habían hecho experimentar nuevos miedos.

Envidiaba a Eva Löbel, que miraba con la frente muy alta a aquellos terroristas. Despedía belleza cuando se plantaba frente a ellos, todo valor y confianza. Incluso aquel Dietmar Brauer, que olía a vinagre, le parecía hermoso desde aquel día que se había dejado golpear para proteger a una muchacha. Eran hermosos porque no se dejaban amedrentar como niños asustados a los que los nazis podían intimidar cuando querían. «Un niño obediente, nuestro *Paule*». Un rebaño obediente, nuestro pueblo alemán.

Antes de Eva Löbel y de Dietmar Brauer Paul había conocido ya a alguien que prefería dejarse apalear antes que agachar la cabeza. Por temor a lo que pudiera pasarles a sus posaderas, Paul había llegado a hacerse pis en los pantalones; pero aquella otra persona ni siquiera había temido por su propio cuello. Por su valor, se había llevado a la mujer que Paul había querido para sí mismo, y bien merecido lo tenía. ¿Qué iba a hacer una mujer con un hombre que huye con el rabo entre las piernas mientras cinco nazis le rompen a ella los dedos? Con alguien así había ido a dar la pobre Eva: con Martin Serner, a quien Wilma Duvenage tildaba de cerdo, aunque Paul sabía a ciencia cierta que lo que era en realidad era un gallina.

Un gallina y un pusilánime.

Con un hombre así, Eva habría necesitado tener al menos un amigo que hiciera el papel de héroe, pero, con Paul, había tocado hueso.

Paul se había resguardado aún más profundamente en su escondrijo, pero ya no lograba ponerse cómodo. Compañeros suyos con los que había realizado investigaciones iban desapareciendo uno detrás de otro. Comunistas, socialdemócratas, «indeseables raciales». Los últimos en quedarse habían sido aquellos de los que nadie sabía sus simpatías religiosas, como Paul, de quien nadie sabía que estaba bautizado como católico. Pero nunca iba a la iglesia como,

probablemente, tampoco habían ido a la sinagoga ninguno de sus compañeros.

Ley para la recuperación del funcionariado público era el nombre que había recibido la normativa por la cual se les había prohibido formar parte del profesorado. Por ella, ya no se elegía a los docentes por su idoneidad intelectual o profesional, sino por la pureza que, al parecer, tenía la sangre que les corría por las venas. Las plazas vacantes las reclamaban profesores recién nombrados que habían ingresado en el partido antes de 1933. Karl Denitz, el decano de la facultad, era el único, junto con Paul y Dietmar Brauer, que no se había afiliado. Sin embargo, no se cubrió la cátedra vacante en Historia oriental antigua, sino que en su lugar se creó a toda prisa una nueva, de Protohistoria germana.

También los estudiantes habían cambiado. Todavía se permitía el acceso a una pequeña porción de «indeseables raciales», pero ya no recibían ninguna beca, y el comedor estudiantil ya no ofertaba platos para ellos. Los que ya no disponían de la misma libertad de movimientos avanzaban a hurtadillas por los pasillos, con la cabeza gacha. Los nuevos matriculados debían afiliarse al partido. Un año atrás, el antiguo rector, Wilhelm Krüger, en su discurso de despedida durante el acto realizado por su jubilación, había proclamado: «Quien no aprecie la valía de contarse entre las filas de los soldados políticos de Adolf Hitler, probablemente tampoco valga para estudiar en la Universidad de Berlín».

Paul habría querido taparse las orejas. Dietmar Brauer había vuelto la vista hacia la pared y Paul había admirado una vez más su valor. El sucesor de Krüger, Willy Hoppe, proclamó a viva voz su cercanía a Hitler y anunció que vigiliaría estrechamente las tendencias políticas de los estudiantes. Hoppe era historiador. Para Paul, eso lo hacía aún más insoportable.

Tras las vacaciones, visitó una vez más al profesor Brandstätter y, por una vez, se negó a hablar de aspectos diversos de la hetitología.

—¿Cómo es posible que alguien que ha consagrado su vida a la investigación de la historia sea capaz de recitar semejantes paparruchadas sobre la higiene racial y los pueblos de sangre pura, que no se sostienen ni con alfileres? —le espetó.

—Esa es la cruz de los seres humanos —respondió el profesor Brandstätter, con ese tono suyo tan fino, suave y dolido—. Que nos aprendemos la historia, pero no aprendemos de la historia.

—Pero, eso, ¿no hace que nuestro trabajo carezca de sentido? —preguntó Paul—. ¿Para qué estudiamos el pasado si no podemos sacarle ningún provecho con vistas al futuro?

—En el fondo somos arqueólogos —murmuró el profesor Brandstätter—. Preferimos tener la cabeza enterrada en la arena.

No habían vuelto a hablar de ello. Tampoco lo hicieron cuando el anciano había tildado de sinsentido la teoría de la Atlántida en un artículo compartido y, desde entonces, se le había prohibido publicar. En la biblioteca se había establecido un veto para su bibliografía fundamental sobre los reinos hititas. Paul, por su parte, siguió publicando y repugnándose a sí mismo.

Por las noches, soñaba con la estudiante a la que le habían roto los dedos, con el anciano al que le habían robado el trabajo de su vida y con la hija de Eva Löbel.

Mientras tanto, hacía ya semanas que no veía a Eva y a su niña. Iba muy poco al Babeurre. Wilma Duvenage, la cómica y rechoncha guardiana de Eva, lo había llamado por teléfono en una ocasión, pero él se había desentendido y se había excusado amparándose en el trabajo. En realidad, prefería no saber qué tal le iba a Eva, quien debía lucir en adelante una tarjeta que la

identificara como judía y que llevaba una «J» roja estampada. No quería que Wilma le restregara la tarjeta identificativa de Eva por la cara y le dijera: «Haz algo de una vez. ¿O es que eres un bueno para nada igual que el Serner?».

La «J» roja no era lo único. Poco antes de su establecimiento, los nazis habían proclamado que no podía haber judías que se llamaran Eva, como la del jardín del Edén. Todo aquel que no tuviera un nombre judío debía aceptar que se le impusiera como segundo nombre o bien Sara o bien Israel. A Paul le sorprendió la estupidez de la medida aún más que la perfidia. ¿Es que a nadie de los que habían perpetrado semejante decreto se le había ocurrido consultar ningún tipo de enciclopedia u obra de referencia? ¿Es que ninguno de ellos sabía que Eva era un nombre hebraico que significaba «La que da la vida»? ¿No les había quedado del todo claro de dónde procedía toda esa historia de la manzana y la serpiente? Paul trató de consolarse pensando que el nombre de Sara, al menos, no era feo. Los había peores y, gracias a Dios, Eva se había salvado de ellos. Además, a la mayor parte de los judíos se les habían incautado sus posesiones, pero todo lo que Eva tenía estaba a nombre de Hagen Fidelis. No tenía por qué temer por su casa o por sus ingresos, porque Hagen se ocupaba de todo. Muchos otros judíos ya no podían desempeñar sus oficios y debían quedarse enclaustrados en sus casas. En comparación con eso, llamarse Sara era un mal mucho menor.

«Pero hasta un perro tiene derecho a que lo llamen por su nombre», se le pasó a Paul por la cabeza. Intentó reprimir ese pensamiento. Igual que intentó reprimir la idea de que Eva vagara por la ciudad en busca de sus pinturas sin tomar ningún tipo de precaución. Wilma se moría de miedo ante la posibilidad de que un día ya no regresara, de que ya no volviera a su peculiar bar en miniatura a recoger a su hija. Necesitaba a alguien con quien hablar, pero ya no quedaban muchos del antiguo grupo de amigos con los que pudiera conversar. También Wilma necesitaba a Paul, y él seguía con la cabeza enterrada en la arena.

El semestre llegó a su fin y, por primera vez en su vida, Paul se alegró de ello. Nunca antes se había sentido tan necesitado de un descanso. Incluso se planteó irse un par de días de vacaciones, quizá a alguna pequeña ciudad junto al lago Constanza, a algún sitio pacífico, somnoliento, donde pudiera calmar los nervios. ¿No debería invitar a Eva a que lo acompañara? Le haría bien, pero ¿se permitía a los judíos hospedarse en hoteles?

Paul quería haberse escabullido discretamente hasta la puerta de salida, pero Karl Denitz, el decano, lo interceptó.

—¿Me permite que lo invite a una cerveza entre colegas? ¿En Mutter Wiechert? —Y señaló a la plazoleta junto a la esquina de la calle, donde esperaba un puñado de docentes de distintas especialidades.

La cervecería Mutter Wiechert llevaba siendo el lugar de reunión por excelencia desde los tiempos de estudiante de Paul. La tabernera los había tratado siempre con amorosa solicitud maternal y echaba salchichas enteras, cortadas en rodajitas, en la sopa de guisantes. Ahora colgaban de las paredes fotografías de las asociaciones estudiantiles nazis en las que los futuros graduados alemanes aparecían alzando los brazos a la vez como auténticos borregos. Paul se detuvo y contó a los compañeros que esperaban. Faltaba Dietmar Brauer. Con una sensación gélida en la nuca cayó repentinamente en la cuenta de que hacía días que no lo veía.

—¿A qué viene ese titubeo? —preguntó Karl Denitz—. Una invitación a una cerveza no es una llamada a la guerrilla.

Paul se giró, horrorizado, y contempló el rostro inteligente del decano. Tenía la mirada como vuelta hacia sí mismo, fija en la solapa de su chaqueta. El distintivo del partido brillaba allí, nuevo y reluciente, negro, blanco y rojo, como recién pulido. Paul notó que la sensación gélida de la nuca se intensificaba.

—Tengo una cita —señaló.

—¿De verdad? —El decano sonrió como si le dolieran las muelas—. Pues ya iba siendo hora.

—¿De qué?

—De su cita —repuso Denitz—. Con una mujer, espero. Es usted un hombre demasiado serio, Paul: le vendrá bien relajarse un poco. ¿Me permite que le llame Paul? Y seguro que puede usted permitirse una copa con nosotros antes de reunirse con su dama.

«No —quiso decir Paul—. Yo no bebo nada con personas que reniegan de su propio cerebro y proclaman ser los señores de la Atlántida». Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Que quería que Paul aceptara y diera las gracias por la invitación. Quien se posiciona del lado de los que pegan no tiene por qué temer recibir los golpes.

—¿Dónde está el doctor Brauer? —preguntó, con el corazón latiéndole con fuerza.

—Sí, ya —Denitz carraspeó—. El colega Brauer lleva jugando con su suerte demasiado tiempo. No es aconsejable hacer ese tipo de cosas, pero ¿quién puede evitarlo?

—No lo comprendo —dijo Paul.

—Y, sin embargo, nosotros hemos mostrado toda la comprensión del mundo hacia las desviaciones de nuestro colega Brauer —respondió Denitz—. Su mujer era judía. Murió hace tres semanas. De cáncer. Nadie lo sabía. El caso es que ahora que el problema está solucionado es cuando a nuestro colega se le ocurre perder los nervios. Que alguien me lo explique, si puede.

—¿Dónde está? —contestó Paul con voz átona.

El decano se encogió de hombros.

—Me han interrogado y yo he respondido por la intachable reputación de nuestro colega. Si ha cometido últimamente algún error del que deba hacerse responsable, eso no es competencia de la facultad. Evidentemente, he hecho todo lo que estaba en nuestra mano.

—Quisiera irme —graznó Paul.

Dejó que le diera un apretón de manos que él respondió con la misma inexpresividad con la que habrían podido agitar una manga vacía.

—Hágalo, si no hay más remedio. Pero no infravalore su situación, Paul. El paso apremia, el viento se vuelve más frío y, en caso de necesidad, no podré hacer por usted más de lo que he hecho por Brauer.

Paul se subió al autobús y se dirigió hacia Charlottenburg. Era una tarde rojiza, vivaz, el típico inicio de una noche de verano berlinesa. En una noche así había intentado seducir a Eva Löbel sin darse cuenta de que era a él a quien habían seducido. En una noche así había llorado por las calles porque la dulce muchacha de sus sueños amaba a un héroe inviolable en vez de a él. El caer de la noche, visible desde la ventanilla del autobús, parecía querer acusarlo, cada anuncio luminoso lo perseguía con sus reproches: «mira lo que ha sido de tu país. ¡Saca de una vez la cabeza de la arena!».

De entre los carteles y las columnas publicitarias, surgió frente a él, implacable como el destino, el rostro de Martin Serner. Sobre su pecho, en ardientes letras rojas, se leía: «*Fuego*

sobre la Atlántida. Estreno en el UFA Palast». La mujer que colgaba de su brazo era rubia y dulce como una fresa. Renée no sé qué, la morena a la que había abrazado en la película de Eva, *Semiramis*, había aparecido muerta y no había ninguna pista sobre el asesino. Junto al cartel de la película había un anuncio de crema Nivea sobre el que alguien había escrito, con letras amarillas: «Los que compran Nivea apoyan a los judíos».

El profesor Brandstätter abrió en calcetines la puerta de su vivienda. Tenía los faldones de la camisa por fuera del pantalón y miró a Paul como si fuera la aparición de un niño muerto.

—¡Dios mío! —exclamó Paul—. ¿Qué ha pasado?

El profesor agitó la cabeza como si no entendiera nada.

Paul lo apartó a un lado y entró en la vivienda. Solía estar repleta de los muebles oscuros y sólidos tan de moda entre la alta burguesía, de buenas alfombras y cuadros auténticos, de porcelana para cada ocasión, de libros, cartas y fotografías familiares. Lo que quedaba de todo aquello cubría ahora el suelo como una capa de pedazos por los que Paul avanzó entre crujidos. Jarrones chinos, piezas de artesanía persa, tazas de colección de la marca Meissner. Grandes volúmenes encuadernados en cuero y con los lomos en seda aparecían destrozados, desmantelados, descompuestos, destruidos. El legado de toda una vida hecho añicos, como si se eliminara la memoria de esa vida a través de los libros. Lo único que permanecía intacto era el aroma del tabaco de pipa. A través del pasillo, Paul oteó el suelo de la casa y vio tambalearse al anciano que vivía allí. Corrió hacia él y le apoyó la espalda en la pared.

—Usted se viene conmigo.

El profesor tenía los ojos tan abiertos que amenazaban con salírsele de las cuencas.

—No, no, querido mío —susurró—. Usted ha demostrado ser un hombre decente y no voy a ponerlo en peligro. Han dicho que volverían.

—¿Quiénes son?

Brandstätter agachó la mirada.

—La Gestapo. La próxima vez me llevarán con ellos y a todo el que me ayude.

—¿A todo el que lo ayude? Pero ¿por qué le están haciendo esto?

—Le pedí a mi amigo Merchert, de la Sociedad Oriental, que publicara mi artículo sobre esa tontería de los antepasados en su revista mensual —respondió Brandstätter—. Merchert no sabía que tengo veto de publicación. No pretendía sacar trapos sucios ni abrir ninguna caja de Pandora, solo era una argumentación en la que explico que esa tesis de la identidad germana no tiene ni pies ni cabeza, y que sería fatal malgastar todo el presupuesto destinado a excavaciones arqueológicas a buscar por ahí el esqueleto de Enrique I.

La Ahnenerbe, la «herencia de los ancestros», era uno de los equipos de investigación de las SS que dedicaban sus mayores esfuerzos al estudio y la investigación de insensateces. Los arios de la Atlántida y Hedeby como la ciudad de los germanos.

—¿Qué quiere decir con eso de abrir la caja de Pandora? —preguntó Paul.

El profesor se rascó la mejilla y fragmentos de piel seca cayeron sobre la solapa de su camisa.

—Hay indicios inequívocos de que los susodichos investigadores planean realizar algún tipo de investigación con seres humanos. Pero no escribí nada sobre eso. Soy un científico. No especulo, solo denuncio lo que es falso cuando sé que es falso gracias a mis conocimientos. Ese es mi cometido.

—Tiene que salir de aquí —dijo Paul.

De pronto, sintió el temor de que alguno de los habitantes del bloque pudiera oírlos, por lo que arrastró al anciano al interior de la vivienda y cerró la puerta. En la habitación a la que Brandstätter solía denominar «cuarto matutino», barrió los fragmentos del tapizado deshecho de un sillón y echó al profesor en él. Después, registró las baldas hasta que encontró una botella intacta de licor de cereza y lo sirvió en dos tazas deterioradas.

—Tiene que salir de aquí —repitió—. Uno de nuestros filólogos ha sido arrestado, probablemente por algo tan nimio como volver la cara hacia otro lado durante el discurso de un funcionario. No quiero que usted sea el siguiente.

—Tengo más de setenta años —dijo Brandstätter—. ¿Adónde iba a ir?

—A Londres —respondió Paul—. Con su hija.

Aquellos ojos ancianos lo miraron de arriba abajo hasta que comenzaron a titilar.

—No puedo hacer eso —dijo—. No puedo pedirle a mi yerno que me acoja bajo su techo. Ellos saben lo que pasó entonces: él perdió a su padre y se pasó tres años en uno de esos campos de horror porque no fui capaz de protegerlo. ¿Cómo voy a esperar que sea él quien me proteja ahora?

—Porque está casado con su hija —respondió Paul—. Además, es buena persona.

—Lo sé —dijo Brandstätter—. Es maravilloso. Noble como un santo y templado como el acero Krupp. Ignoro cómo mi hija es capaz de vivir con semejante superhombre y su inquebrantabilidad. Yo no lo soportaría.

«Yo tampoco», pensó Paul. El armenio nunca le había mostrado otro comportamiento que no fuera la máxima cortesía, pero su mera presencia lo abochornaba. Además, nunca había estado del todo seguro de que aquel hombre no estuviera realmente muerto por dentro. Su rostro era una hermosa máscara que no mostraba temor ni dolor. Contaba chistes sin mudar de expresión y jamás le sonreía a su encantadora esposa. Paul prefería no pensar en el campo en el que había pasado tres años y tampoco había sido capaz de terminar de leer los escasos informes existentes al respecto: más palizas que pan, más gritos que palabras, más muertos que supervivientes.

Alguien con semejante pasado, ¿cómo podía sobrellevar el día a día, disfrutar de un éxito tras otro y conquistar con su gélido encanto a mujeres hermosas, de una manera que hacía que Paul se mordiera las uñas de pura envidia? Había algo en aquel hombre que era siniestro y amenazante como sus esculturas de piedra. ¿De verdad podía vivir alguien a quien le habían hecho algo así o se limitaba a acechar en las sombras hasta que le llegara el día de la venganza?

—Tendrá que hacer de tripas corazón —le dijo a Brandstätter—. Será algo temporal, solo hasta que esta locura se calme.

Brandstätter rio con tristeza.

—A mi edad nada es temporal, amigo mío. Pero, naturalmente, tiene usted razón. Mi yerno mostrará una vez más su carácter intachable y le abrirá las puertas a cualquier refugiado. Si conoce usted a alguien más que estuviera en peligro inminente, no lo dude. Yo soy un perro viejo, pero déjeme que me quede aquí hasta el final.

Paul sabía que debería haber hecho algo, pero en aquel momento se sintió vergonzosamente aliviado al abandonar aquella vivienda destrozada. Habría preferido irse a casa, meterse en la cama y volver a enterrar la cara en la arena. Sin embargo, la Bleibtreustraβe se encontraba a un paso de allí. Si no se pasaba ahora mismo por el Babeurre para ver qué tal estaban Eva y la niña,

no lo haría nunca.

En otro tiempo, en una tarde como aquella, el bar habría estado hasta la bandera. Habría habido grupos de gente con vasos y pitillos a medio terminar diseminados por la acera como champán derramado mientras que las risas y las bromas, los coqueteos y las peleas resonaban por la calle. Aquel día, sin embargo, la pequeña sala estaba vacía y olía a patatas podridas. La hija de Eva Löbel estaba sentada en un taburete tras la barra, dormida, con el rostro oculto por el pelo, recostada sobre un animal de peluche cuyos miembros se desparramaban por el mostrador.

Wilma estaba sentada a su lado, fumando aquella hierba letal y hojeando un periódico. Cuando vio entrar a Paul, se levantó de un salto.

—¿Estoy soñando o es que es Navidad? ¿Una de las ratas que huyó del barco mientras se hundía se deja ver otra vez por aquí?

Paul tragó saliva.

—¿Dónde está Eva?

—¿A mí qué me cuentas? —preguntó Wilma—. Viene y va cuando le parece, se reúne con gente a la que le han robado cuadros, escribe panfletos. Últimamente me han contado que cada vez que encuentran a alguien con un panfleto de esos, le aplastan las manos hasta que confiesa de dónde lo ha sacado.

A Paul comenzó a sudarle la nuca con profusión y a resbalarle el sudor por la espalda.

—Si le hacen eso a Eva no podrá volver a pintar. Para eso mejor harían en matarla directamente.

—A veces pienso que ella quiere que la pillen —dijo Wilma—. Está en una situación por la que podría despeñarse en cualquier momento, pero en lugar de intentar ponerse a salvo, no hace más que intentar saltar al vacío.

La niña de la barra gimió en sueños como un animalillo. Wilma fue hacia ella y la tapó con una manta hasta el cuello.

—La gente hace fila en los consulados para lograr un visado, da igual a dónde. En el fondo, Eva ya no tiene ninguna posibilidad de salir de aquí, mucho menos ahora que los señores «manos limpias» en sus lujosos hoteles suizos han decidido que los judíos alemanes no son problema suyo.

—¿Qué señores «manos limpias» en qué hoteles de lujo? —preguntó Paul.

—Pero ¿es que vives en la luna? —le bufó Wilma.

—No. Tengo la cabeza enterrada en la arena.

—Sí, eso parece —dijo Wilma—. En esos hoteles de lujo que hay en Evian se han reunido diplomáticos de treinta y dos países para decidir con displicencia si la Sociedad de Naciones debería, quizá, aceptar a un par de refugiados más o no. En países tan grandes y tan vacíos como Australia, por ejemplo. Pero esos grandes y vacíos países no ven motivo alguno para cargar sobre sus grandes y vacías espaldas con los problemas alemanes y prefieren no inmiscuirse en los tejemanejes internos del señor Hitler. Los tejemanejes internos que son mis amigos: Eva Löbel, Yva Neuländer-Simon, *mon petit chou,* que ya tiene cinco años. Cada vez que lo pienso me pregunto cómo es posible que a estas alturas no esté yo ya consumida como un palillo.

Wilma se dirigió a uno de los estantes de la pared y agarró una botella de uno de sus mortíferos anises caseros. Se llenó un vaso, se lo bebió de un trago y tosió.

—¿Quieres?

Paul asintió.

—Entonces, en esa conferencia, ¿se ha decidido que los países no van a aumentar su cuota?

—El *Stürmer* ha puesto como titular: «Se venden judíos. ¿Quién los quiere? Nadie».

Antes de pasarle a él un vaso, volvió a servirse el suyo. El estómago de Paul se retorció con el aroma del fluido.

—¿Qué dice Eva de todo esto?

—Nada —respondió Wilma—. Ella también tiene la cabeza enterrada en la arena. Se lo he intentado explicar como a un burro sordo, pero ha sido como predicar en el desierto. La judía del este, la que tiene tres mocosos y merodea por aquí por la esquina mendigando, es una mujer ingeniosa. Pero desde que le deportaron al marido, busca pan en la basura. «¿Por qué sigue usted aquí?», la reñí una vez, porque me destrozaba los nervios ver a esos niños con la mirada vacía y los brazos cayéndoles por los costados. Y ella me respondió, con ese alemán peculiar suyo: «Se va quien dinero tiene. De eso ya no tengo yo más».

—Pero eso a Eva no le afecta —le robó la palabra Paul—. Si lográramos hacerla entrar en razón, Martin y Hagen seguro que correrían con los gastos.

—A Martin y Hagen ni me los mientes. —Wilma achinó los ojos.

—¿Por qué? —preguntó Paul—. ¿Qué pasa con ellos?

—A Martin no se le puede molestar —dijo Wilma, imitando con tono mordaz la manera de hablar de Hagen Fidelis—. Está en la cumbre de su carrera y necesita calma para poder desplegar todo su talento.

—No puedo creerlo.

—Bienaventurados los que creen sin haber visto —terció Wilma—. Sin embargo, la amarga realidad es que no hace falta que te lo creas; es así y punto.

—Pero Martin quiere a Eva. Y la niña es suya…

—Sí, ¿a que es increíble? —Wilma se encendió uno de sus apestosos cigarrillos y Paul se sintió tentado a pedirle uno—. Que un tiparraco así sea capaz de producir una niña tan encantadora es algo incomprensible. Le supliqué a Hagen que se las llevara a las dos fuera de aquí porque, si hay una guerra, ¡se acabó lo que se daba! Pero esa rata de alcantarilla me miró con la boca abierta y los ojos de cordero degollado y me gimoteó que se lo había ofrecido a Eva cien veces, pero ella no estaba dispuesta a huir con la cabeza gacha, y ahora ya es demasiado tarde.

Wilma dejó que la ceniza flotara hasta los azulejos del suelo. Bajo la pálida luz titilante, Paul comprobó que las arrugas del rostro de la mujer se habían vuelto más profundas, tanto que el maquillaje se apelmazaba en ellas.

—¿Por qué dices que puede haber guerra?

—Porque, al contrario que tú, yo no vivo en la luna. Hitler lleva hablando todo el verano de que va a hacerse con los Sudetes igual que se hizo con Austria. Y está claro lo que pasará entonces.

—Para mí, no —insistió Paul.

—Cuando empezaba, a Eva y a mí los berridos de Hitler nos parecían muy cómicos —dijo Wilma—. Pensábamos: «A ese pobre cerdo seguro que de pequeño no le dejaban jugar con los demás niños en el arenero». Ahora el mundo es su arenero particular y juega con todos nosotros como si fuéramos soldaditos de plomo. Si marcha sobre Checoslovaquia, entonces *la France*

tendrá que oponerse, porque está obligada contractualmente. Y si *la France* entra en guerra, Inglaterra la acompañará. Y entonces, ¿qué es lo que tenemos, *n'est-ce pas?*

—Pero eso es precisamente lo que no ha ocurrido —aseveró Paul—. Gran Bretaña ha propuesto una conferencia para poner en orden la cuestión de los Sudetes.

—¿Igual que la conferencia de Evian iba a poner en orden la cuestión de los judíos? —preguntó Wilma.

Paul reprimió un gemido.

—Ponerse en lo peor no nos sirve de nada. Tenemos que hablar otra vez con Eva para explicarle que debe pensar en su hija.

—¡Ni se te ocurra! —Wilma se echó a reír y Paul cayó en la cuenta de la frecuencia con la que últimamente veía reír a gente que no estaba divirtiéndose en absoluto—. La última vez que lo intenté me preguntó si debía meter a Chaja en un paquete y enviarla sola al otro lado del charco.

—Por supuesto que no —dijo Paul—. Deben irse las dos juntas. Es evidente que la niña no puede irse al extranjero ella sola.

Wilma se llevó el vaso a los labios, pero se detuvo a medio camino y volvió a posarlo en el mostrador.

—¿Sabes qué? —susurró ella—. A menudo me lo planteo y, si esta noche me surgiera la oportunidad, entonces le diría: «Está bien, *bijou*. Si tú no puedes marcharte bajo ningún concepto, al menos pon a salvo a *mon petit chou*».

Sus lágrimas dejaban finos surcos sobre la desconchada capa de maquillaje que le cubría el rostro. Tenso, Paul le pasó el brazo por encima de los hombros.

—No hace falta llegar tan lejos, Wilma.

—Entonces, ¿qué?

Era lista, no se dejaba despachar con semejante tontería.

—Entonces debemos estar preparados para hacerlo.

—Es fácil decirlo —apuntó ella—. Ahora solo tienes que explicarme cómo pretendes hacerlo.

Paul contuvo el aliento.

—¿Cómo están las cosas en Gran Bretaña? ¿Han cerrado ya todas las puertas?

Wilma asintió.

—En todas partes es lo mismo. Ya no quieren acoger a más gente con el estómago vacío. Al menos en Inglaterra hay un fondo de ayuda que intenta hacerles más fácil el trayecto a los niños. He estado en la asociación judía de la Fasanenstraβe y allí me han dicho que tengo que apuntar a Chaja en una lista. Esa gente de Inglaterra busca fiadores para los niños y, si encuentran un sitio para Chaja, le procuran los papeles. Pero los niños de la asociación tienen preferencia e ¡incluso ellos se están quedando sin posibilidades!

—¿Qué tendrían que hacer esos fiadores? —preguntó Paul.

—Tienen que enviar un escrito. En ellos declaran estar dispuestos a abonar cincuenta libras para el sustento de un niño. Y, en el mejor de los casos, los hay que aceptan acoger al niño en su propia casa y mantenerlo de su propio bolsillo hasta que pueda regresar a casa.

—¿Y has apuntado ya a la hija de Eva en la lista?

Wilma negó con la cabeza.

—Quería hacerlo. He querido hacer un garabato sobre el espacio bajo la fotografía en el que dice: «Firma de la madre». Pero no he llegado a completarlo. Si Eva no es capaz de asimilarlo, entonces yo menos: ¿cómo iba a enviar a su hija con una gente a la que no conozco de nada?

A Paul le vino una idea como si le hubiera alcanzado un rayo.

—¿Y si sí los conocieras? ¿Y si pudiera garantizarte que la niña iría a parar a las manos de gente que cuidaría bien de ella?

Ella se liberó con un respingo.

—¿A qué gente?

—Amigos —dijo Paul—. En Londres. El marido es escultor y la mujer es, probablemente, la persona más bondadosa del mundo entero.

—Escultor —murmuró Wilma—. Eso a Eva le gustaría.

—Y tanto —dijo Paul.

No podía negar su disgusto. Había pasado cuatro semanas en compañía de Arman Artsruni y había tenido la sensación de estar viviendo con una bomba de relojería. Pero no le haría nada a la niña y, además, Amarna estaría allí.

—Se trata del hombre que hace esas grandes esculturas —dijo él—. Esas que a Eva le gustaban tanto.

—¿El turco? —chilló Wilma, agarró la cabeza de Paul y la atrajo hacia ella—. ¿Me lo dices en serio, *mon petit doudou?* ¿Conoces al turco de Eva? —Y le plantó un sonoro beso en la mejilla—. Que a estas alturas ya debe de ser una celebridad aunque no hayamos llegado a verlo nunca. ¿Y precisamente tú, hombrecillo de la luna, lo conoces?

—A su mujer —dijo Paul—. Es una colega.

—¿Y crees que ellos acogerían a *mon petit chou?* Si fuera así, serías nuestro salvador, *doudou*. Eva sí que le enviaría el gorrioncillo a su turco y, quién sabe, quizá ella misma también aceptara ir —Wilma sorbió por la nariz—. Allí podría empezar de cero, ¿no te parece? Podría recuperar su arte, sus adorados gigantes de piedra. ¿La ayudaría el turco?

—Le escribiré esta misma noche —dijo Paul y deseó haberlo hecho hacía mucho tiempo.

La niña se revolvió sobre el mostrador. Wilma fue hacia ella y volvió a colocarle la manta sobre los hombros.

—Qué solitario está esto —dijo—. Yva Neuländer-Simon ya no puede sacar fotos, así que también se ha marchado. Ya casi no queda nadie, salvo nosotros. ¿Vendrás a visitarme alguna otra vez? Cuando todos los demás estén a salvo, podremos mantener ardiendo la llama hasta que toda esa chusma fascista se haya evaporado.

14
AMARNA.
LONDRES. AGOSTO DE 1938

Arman debía conceder una entrevista a la crónica semanal del *British Movietone*.

—Quieren grabarlo a usted en casa —le había explicado Kenneth, su agente, que vendía arte como si fueran pólizas de seguros—. En su ambiente más íntimo, para que eso los ayude a imaginarse mejor cómo es el hombre del *Zócalo vacío* cuando está en zapatillas de felpa.

—En eso no puedo ayudarlos —dijo Arman—, pero a lo mejor podría pedirles unas zapatillas de felpa a mis vecinos.

Kenneth se atragantó al reírse.

—No se haga pis en los pantalones todavía, *old boy*. Lo quieren al natural, tal y como es usted.

—Ay, Dios mío.

—Déjese de pamplinas. No puede negarse, lo hace todo el mundo que quiere hacerse un nombre hoy en día.

—Pues yo quiero hacerme uno —dijo Arman—. ¿Me dejarán escoger el modelo?

Amarna, que recelaba de todo el asunto de la filmación, se mordió los labios para aguantar la risa. Ese verano todo iba bien. Arman había florecido, tenía un aspecto magnífico y parecía relajado, algunas veces incluso algo descarado. Amarna le había pedido que se alejara de los periódicos para mantener a raya sus miedos. Cuando alguien, en una fiesta o en el museo, sacaba a colación el tema de los Sudetes, ella intentaba reconducir la conversación a toda prisa hacia otros temas más relajantes: Gran Bretaña aún cargaba sobre sus espaldas los setecientos mil muertos de la Gran Guerra, no tenía un ejército preparado para la batalla y disfrutaba de la paz veraniega. La mayor parte de las veces la estrategia no funcionaba del todo mal. En las restantes ocasiones, Arman se iba con ella a la ópera o al campo y le hacía el amor en una de las quejumbrosas camas de un hostal rural.

O se encogía sobre uno de los periódicos diseminados sobre la mesa de la cocina y se hacía preguntas que hacían que sus pensamientos dieran giros vertiginosos. La exposición de Urartu se inauguraría en diez días. Había sido precioso trabajar con Arman, elegir las piezas que había solicitado en préstamo a Doğubeyazıt o a otros museos y supervisar que los relieves tomaban forma y que él golpeaba el granito de acuerdo con sus deseos. Imágenes de la vida a la sombra del Ararat que se traspasaban a estelas: veneración de dioses, enterramientos, ritos de duelo.

No era ninguna de las grandes obras que solo lograba realizar cuando se encontraba a solas con la piedra, pero eran bellas y les hablarían a los visitantes de un pueblo desaparecido como no podrían hacerlo las escasas piezas de la exposición. Amarna no había tenido ningún problema en conseguir piezas en préstamo en cuanto había mencionado que se presentarían junto con las

obras de su marido. Hacía semanas que las entradas a la inauguración estaban agotadas e iba a ocurrir justo lo que Wally había pronosticado: tras la exposición, Urartu estaría en boca de todos.

Le estaba muy agradecida a Arman porque él no se había opuesto al encargo, aunque su sistema de trabajo difería de lo que él solía hacer. Incluso había negociado con la Air Force y había topado con una oposición vergonzosamente escasa: la comandatura se había doblegado y había hecho una excepción. En lugar de desterrarlo durante semanas al campo de instrucción, le permitieron realizar sus horas de vuelo en el Aeródromo de Hornchurch, en Essex, para que por las noches pudiera volver a casa. La mayor parte de los días incluso podía llevarse con él a Seb, que, siguiendo su estela, se había atrevido a alistarse en las fuerzas aéreas. Eso no suavizó su trato (seguía siendo hosco hasta la raíz del pelo), pero al menos lo mantuvo apartado de la British Union of Fascist.

Los vuelos de día y la conducción de noche consumían buena parte del tiempo de Arman, lo que aumentó la preocupación de Amarna por la salud de su marido y el anhelo de su presencia. El hecho de que él ahora exudara vida y esplendor y coqueteara con ella a todas horas no ahuyentaba sus preocupaciones. Volvía a casa, con las marcas de la máscara de oxígeno aún en el rostro bronceado, y se echaba en los brazos de su mujer, que se moría por escucharlo y verlo. Él comía casi con regularidad, dormía en los brazos de ella después de hacer el amor y le dejaba en la almohada dibujos y animalitos de papiroflexia antes de salir a toda prisa de casa al amanecer.

En una ocasión, apareció con las mejillas coloradas.

—Mi *wing commander* opina que tengo un talento natural.

Era algo increíble. Estaba tomándose muy en serio esos cumplidos. Arman Artsruni, a quien no le importaba un comino que el mundo del arte pusiera sus obras por las nubes y al que a veces Amarna tenía que gritarle en sus intactas orejas para que entendiera lo mucho que lo amaban y lo admiraban.

—A Black Beauty le sienta bien esa historia del vuelo —dijo Doris—. Cuando todo les va viento en popa, a los hombres les pasa como a los conejos: los ojos les relucen, les brilla la piel y están constantemente con la bragueta dispuesta.

«Te quiero, Doris —pensó Amarna—. Te quiero, Arman. Te quiero, verano de 1938». Su marido coqueteaba con ella mientras él conversaba sentado en la terraza con su agente y ella, en cuclillas en el umbral de la puerta trasera, examinaba las galeradas del catálogo de la exposición. Él le dijo a Kenneth la tontería de los nombres y miró a un lado, distraído, para encontrarse con la visión de su mujer y contemplarla como si lo hiciera por primera vez.

El pobre Kenneth tenía el mismo aspecto de alguien que quisiera darle unas buenas palmadas en la cabeza al mejor caballo de su cuadra para atraer su atención. Arman, que, con los párpados caídos, se comía a Amarna con la mirada, tenía aspecto de no darse por aludido. Amarna no pudo evitar reírse.

Kenneth se dominó y le propinó una palmadita en el antebrazo a Arman, quien dio un respingo.

—Está bien, *old boy*. Puede ser tan chistoso como quiera.

Los ojos de Arman se tomaron todo el tiempo del mundo para apartarse de Amarna. Por primera vez se fijaron en Kenneth.

—John Smith —dijo.

—¿Disculpe?

—El nombre que quiero tener —dijo Arman—. John Smith me quedaría bien. O Dick Miller.

Kenneth puso los ojos en blanco y le dirigió una mirada amarga a Amarna, quien no podía ofrecerle más que un azucarillo. No le ayudaría a exprimir a su marido como a un limón. Al fin y al cabo, ese era el trabajo del agente, no el suyo, y, como alguien que había estado cerca de Arman Artsruni cuando se obcecaba en algo, no lo traicionaría ni aunque quisiera. «El sol te baña la cara —pensó, dejando que las galeradas se le cayeran de las manos y se sintió rica y perezosa—. Te quiero, Arman. Quizá debería deshacerme por ti de este fulano de las películas, pero como sigues ahí sentado estoy convencida de que todavía no has acabado de jugar con él».

El equipo del *British Movietone* apareció a la mañana siguiente con sus cámaras, focos y cables en el taller de Arman. La directora de fotografía era una mujer que llevaba el pelo con tirabuzones color canela, como una *Alicia en el país de las maravillas*. Probablemente era la única directora de fotografía femenina de Gran Bretaña y habría volado desde el confín más remoto del reino para poder filmar a Arman Artsruni.

«No seas tan mala —se reprendió Amarna a sí misma—. Es una mujer agradable que solo está haciendo su trabajo, y tú no tienes ningún motivo para vigilar a tu marido como una furia». Su descontento se tornó diversión maliciosa cuando la de los rizos canela comenzó a dirigir con creciente desesperación a Arman del banco de trabajo al bloque de granito y vuelta. Como de costumbre, Arman se esforzaba por no decepcionar a nadie y, a pesar de ello, lo hacía todo mal, se dejaba empujar de aquí para allá sin dejar por ello de parecer inquebrantable. A la directora de fotografía le caía el sudor por la frente hasta que el hombre que manejaba la primera cámara le hizo una seña y le dejó echar un vistazo por el visor. Arman se encontraba frente a una obra inacabada de la que, a pesar de todos los ruegos, se había negado a retirar el paño que la cubría. Tampoco había querido retirar el paño de su *Zócalo vacío* y, cuando lo habían presionado para que explicara a los espectadores qué significaba, se había limitado a decir: «Me temo que no lo sé. Nunca fui a una escuela de arte».

Era un hombre capaz de llevarse sus propios secretos a la tumba y nunca se mostraba más encantador que cuando se portaba mal, ni era más educado que cuando se negaba a hablar con nadie. La directora de fotografía estaba a punto de echarse a llorar, el rostro surcado de manchas nerviosas. Pero entonces el camarógrafo le mostró por el visor lo espectacular de la imagen aun cuando Arman nunca hiciera lo que se le pedía. La mujer lo entendió y cambió el tono.

—No deje que lo molestemos, señor Artsruni —dijo ella—. Simplemente tome esas herramientas tan pesadas y dedíquese a sus bloques de piedra.

—Creo que tampoco puedo hacer eso —dijo Arman con el cincel en la mano y su expresión más compungida en el rostro—. Trabajar la piedra mientras otros miran.

—¡Fantástico! —gritó el camarógrafo—. Entonces quédese ahí, vaya de un lado para otro, un primer plano.

El equipo se concentró y filmó todo lo que pudo. La mujer por fin le había pillado el truco y ya no balanceaba el objetivo, sino que lo mantenía estático y recogía lo que se le presentaba. Los nervios se le suavizaron, las manchas se le difuminaron y, durante un breve momento, Amarna se sintió identificada con ella. Sabía de sobra lo agotador que era hacerse un sitio en territorio masculino, conocía el miedo al fracaso y la constatación triunfal de estar haciendo un buen trabajo.

El trabajo que la mujer entregaría era mejor que bueno, pero el camarógrafo la había ayudado y, al parecer, eso la hacía sentirse frustrada. Para compensarlo, tendría que rematar la grabación con algún detalle final que fuera exclusivamente suyo.

—Mil gracias por todo, señor Artsruni —dijo ella, resplandeciente—. Sabemos lo valioso que es para usted su tiempo.

—Así es —dijo Arman.

El hecho de que él no estuviera tan entusiasmado como ella dejó perpleja a la directora, a pesar de que, a esas alturas, todos los periódicos debían haber reflejado ya su forma de ser.

—Es usted muy fotogénico, aunque probablemente no le digo nada nuevo. Y a estas alturas ya no le asustan nuestras cámaras.

—Ciertamente —dijo Arman.

A la mujer se le contrajeron las cejas un instante, pero su expresión resplandeciente no desapareció.

—No obstante, hay una pregunta que quisiera hacerle. Algo que inquieta a nuestros espectadores: ¿por qué nunca se le ve sonreír?

Amarna se levantó de un salto. «Cierra la boca —quiso gritarle—. Ya habéis tenido vuestro rato de diversión, ahora coged vuestras cosas y desapareced de aquí ahora mismo, antes de que provoquéis daños cuyas consecuencias no seréis capaces de comprender».

La mujer seguía resplandeciente.

—Así pues, ¿por qué no sonríe usted nunca?

Amarna apretó los puños. «Es un hombre duro y por eso no sonríe nunca —habría querido espetarle a la mujer—. Ya se atrevió a sonreírle a la muerte. Ahora no sonríe porque le parece mal reír cuando lo que corresponde es llorar, porque eso nos separa de nosotros mismos hasta que ya no podemos sentir nada».

Ella no tenía ningún derecho a luchar sus batallas por él, pero el quedarse allí sin hacer nada le parecía dejarlo en la estacada, donde más impotente y vulnerable era él.

—No sea tan hosco —le presionó la mujer.

—Me esfuerzo —respondió Arman.

—Regálenos una sonrisa —insistió ella, y casi parecía que quisiera agarrarle las comisuras de los labios y alzárselas a la fuerza.

—Me temo que no puedo ayudarla con eso —dijo Arman.

—Pero ¿cómo? Pues claro que puede —exclamó la mujer—. Quizá no como artista, no con toda la seriedad y la furia que hay en sus obras, pero tal vez sí como hombre felizmente casado y como futuro padre primerizo.

La expresión de Arman parecía de cristal a punto de romperse. Si esa gente pretendía grabarlo al desnudo a toda costa, desde luego era ahora o nunca. Intentó jadear alguna palabra. Miró a la mujer a la cara como si quisiera hacerle una pregunta que no lograra articular. Finalmente, pareció comprender que aquella mujer no iba a ser quien le dijera lo que él quería saber. Lentamente volvió la cabeza hacia Amarna.

Fuera quien fuese el que le hubiera revelado a aquella mujer lo que acababa de decir, Amarna lo ignoraba y en ese momento no tenía tiempo de pensar en ello. Las cámaras zumbaban. Como cañones de escopeta, los objetivos de las cámaras se volvieron hacia el indefenso rostro de Arman para plasmar todo lo que se dibujaba en él. Amarna no tenía elección. No pudo más que

asentir.

Arman abrió las manos y el cincel cayó estrepitosamente al suelo. Sin volverse a la directora, se dirigió hacia el acordonamiento y saltó por encima, llegó hasta donde estaba Amarna y la levantó de la silla en la que se había sentado. Abrazó la cintura de su mujer y ella sintió sus manos en la espalda. La atrajo hacia él hasta tocar su vientre y contuvo el aliento escuchando su cuerpo. Parecía como si para él no hubiera nadie más en la habitación. Le temblaban los párpados, pero tenía los ojos abiertos de par en par. Entonces, él sonrió.

Cuando el equipo de rodaje se hubo marchado, él llamó al aeródromo y solicitó la tarde libre.

—Yo pensaba que en el ejército había jerarquías —dijo Amarna—. Pero últimamente me da la sensación de que todos bailaran a tu compás.

Aunque los labios de su marido ya no sonreían, sus ojos sí lo hacían. Se montaron en el Morgan, atravesaron la ciudad y aparcaron junto al río. Era uno de esos días de verano entre dorados y grises, entre la abundancia y la nostalgia, como solo podía ocurrir en Inglaterra. Caminaron cogidos de la mano por los soleados embarcaderos, bajo las copas de los plátanos de sombra, entre los turistas que hacían fotos a los edificios del parlamento, las mujeres que paseaban niños y los hombres que volvían al trabajo tras un descanso, vestidos con cálidos trajes de vestir. Cada dos pasos, Arman se detenía para besar a Amarna.

Los ingleses no se besaban por la calle, pero a nadie pareció molestarle. «Somos una imagen demasiado bonita», pensó Amarna. Demasiada felicidad, demasiado verano sin guerra. Algunos reían, otros se disculpaban al rozarlos. Arman la besaba con decencia, no como en el dormitorio, sino como un hombre que prometía un dormitorio. Y él solo hacía promesas que estaba seguro de cumplir.

Se había imaginado una y otra vez cómo sería decirle que esperaba un hijo suyo y, con cada fantasía, la imagen se volvía más y más grande. Sin embargo, no era nada en comparación con la paz y el encanto que la realidad le había regalado. Amarna había pensado en alguna ocasión: «Cuando le diga que espero un hijo suyo, llegaré a ver realmente cómo podría haber sido mi marido». Y ahora que veía a su marido besarla cada dos pasos, pensaba: «¿Qué clase de tonta querría ver cómo podría ser este hombre si puede tenerlo y retenerlo tal y como es?».

Él la alzó en volandas, dio vueltas con ella sobre su propio eje y volvió a posarla. Dos muchachas con trajes a medida se acercaron con timidez. Una de ellas le tendió con reverencia un cuadernillo.

—Es usted Arman Artsruni, ¿verdad?

Arman no sonrió. Nunca sonreía a nadie que no fuera Amarna, pero obsequió a ambas con la más educada de las miradas.

—Hoy no —dijo dedicándoles una reverencia y siguió paseando de la mano con Amarna.

Tras los Whitehall Gardens había atracado uno de los barcos que solían surcar el Támesis, solo que este ya no navegaba y, en su lugar, servía como restaurante. Arman se detuvo de nuevo.

—¿Quieres comer algo?

Ella no se había dado cuenta de que había llegado ese momento del día en que el cielo se enrojece y los estómagos enflaquecen. No se había dado cuenta de que el suyo en particular estaba rugiendo de hambre.

—Debes de estar bromeando, Arman. Siempre me has concedido las peticiones más

absurdas, pero nunca en la vida me habías propuesto salir a comer.

—Al parecer hay muchas cosas en la vida que todavía no te he propuesto.

Volvió a tomarla de la mano y la guio por la barandilla hacia el barco.

El restaurante era encantador, con decoraciones de damasco y velas en las mesas bajo los ojos de buey. Los platos estaban deliciosos y Arman dio lo mejor de sí: dejó el plato prácticamente vacío sin remover los guisantes de un lado para otro del plato ni una sola vez.

—¿Pueden beber vino las mujeres embarazadas?

Amarna rio.

—Me da igual. Voy a beber un poco.

Él eligió un caro vino blanco que sabía a limón, menta y verano, y la miró beber mientras él se la bebía a ella con los ojos. Con ojos que sonreían, que no se separaban de ella ni al beber, ni al comer, ni al coquetear.

—¿Tanto te alegras? —se le escapó a ella.

Él hundió abruptamente la mirada.

—No quería que lo supieras.

«Pero lo sé de todas formas», pensó Amarna, a quien se le había hecho un nudo en la garganta. Pero saberlo y constatarlo frente a frente eran conceptos distintos como la noche y el día. Le miró las manos y tuvo la sensación de estar sujetándole el corazón.

—Amarna, no tienes nada de lo que preocuparte, ¿me oyes? Sé que no soy el candidato ideal, pero ya se nos ocurrirá algo.

Ella lo tomó de las manos, le pegó en los dedos con suavidad y tragó saliva.

—¿De verdad crees que tendría un hijo con alguien que no fuera el candidato ideal?

Besarse en un restaurante inglés era una idea inconcebible. En lugar de eso, él la tomó de las manos y se las llevó a la mejilla.

—La editorial MacMillan me ha ofrecido un contrato de publicación —dijo él—. Iba a rechazarlo. ¿Qué iba a hacer alguien como yo en un libro? Pero ahora les diré que pueden contar conmigo para tantos libros como quieran, ¿verdad? Y Kenneth ha vendido uno de mis dioses de Hattuša en los Estados Unidos y dicen que les gustaría tener más. Creo que eso significará mucho dinero. No tenemos nada de lo que preocuparnos, *lajvard*.

—¿Crees que es eso lo que me preocupa? ¿El dinero?

Él le frotó las manos entre las suyas, como si tuviera que calentárselas a pesar de encontrarse en un barco que hubiera estado bajo el sol todo el día.

—Me gustaría que no hubiera nada que te preocupara —dijo él—. Me gustaría que confiaras en mí. Incluso pese a que yo le aconsejaría a mi hija justo lo contrario.

Al pronunciar aquellas palabras, «mi hija», dobló los labios. ¡Dos sonrisas en un mismo día! Si no se andaba con cuidado, acabaría por ponerse celosa.

—Tu hija ya se puede ir preparando contigo.

—Voy a comprar una casa en Kent —dijo él—. En el campo.

—¿Para qué?

—Por seguridad. —Le besó las yemas de los dedos—. Solo en caso de emergencia, no te preocupes por eso.

No tenía por qué hacerlo. Con que lo hiciera él, ya era suficiente. Él sabía lo que significaba la guerra y se ocupaba de que su familia tuviera una vía de escape.

—No lo des todo por nosotros —dijo ella—. No me sentaría bien que vendieras por ahí esculturas que deberían permanecer contigo.

—¿Y por qué iban a deber permanecer conmigo?

Amarna no supo qué responder.

—¿No es eso lo que quieres? ¿No es esa la gran preocupación de los artistas?

Él la miró largo rato.

—Mi gran preocupación eres tú —dijo, finalmente—. No sé lo que les preocupará a los artistas.

—Ay, cómo eres.

No necesitó decir más. Ella le aferró la mano hasta que él tuvo que apretar la mandíbula porque en un restaurante inglés no era correcto levantarse de golpe y rodear la mesa para ir a revolverle el cabello cuidadosamente peinado a su marido.

—¿De verdad no te importa? —preguntó ella—. ¿Enviar tu trabajo a otro país donde no podrás verlo más?

—Absolutamente nada. —Le brillaban los ojos—. Por mí, como si me compran el orinal de debajo de la cama.

—No tienes orinal debajo de la cama.

—No importa —reiteró él—. Esculpiría uno en piedra si me dijeran que me iban a pagar un buen montón de dinero por él.

Todo el interior de Amarna, la tripa, el pecho, la garganta, parecía lleno de burbujas de champán que no paraban de brotar.

—¿Y para qué quieres un buen montón de dinero, Enkidu?

Él alzó las cejas en ademán suplicante.

—Para tirarlo por la ventana. Pues para comprar todo lo que nos hace falta.

—Y ¿qué nos hace falta?

—Un columpio —dijo Arman—. Un piano. De todo. No sé lo que puede querer tener un niño, pero se lo preguntaré a Jordan y a Seb.

—¿Y qué quieres tener tú?

Tan pronto como hubo formulado la pregunta se arrepintió de ella, porque echó a perder la ligereza del momento.

Arman guardó silencio durante un buen rato. «Un día sin palizas —pensó Amarna—. Un pedazo de pan sin moho, un techo sobre un cuarto a veinte grados. Una madre o, al menos, un ser humano al que darle tal nombre. ¿Por qué tu mujer es tan idiota que no puede dejarte en paz ni una sola tarde entera?».

—Un perro —dijo Arman, con aire nostálgico—. Amarna, ¿me dejas que le compre un perro al niño?

—Quiero irme de aquí —dijo Amarna—. No aguanto ni un segundo más aquí sentada sin besarte.

Arman se levantó, rodeó la mesa y la besó en los labios.

—Al fin y al cabo soy el tipo del *Zócalo vacío* —dijo—. Se espera de mí que me comporte como Atila, el huno. Y si alguien viene y me riñe, le diré que lo necesitaba para mi inspiración artística.

De haber estado allí el equipo de rodaje, habrían tirado todo el material del día y habrían

empezado a grabarlo de nuevo. Arman Artsruni, cuando nadie lo presionaba, no solo era capaz de sonreír, sino incluso de poner muecas irónicas.

Volvieron a casa a pie, en una relajada caminata de hora y media en la que atravesaron la belleza nocturna de la ciudad que los recibía y los abrazaba. Dejaron el coche aparcado porque Arman decidió que estaba borracho y que no debía conducir.

—No te emborrachas solo con un poco de vino.

—Eso será para ti. Pero el coche no hace distinciones.

Ella se recostó cariñosamente sobre su hombro y notó que la asaltaba el miedo.

—Tendrás cuidado, ¿verdad? Serás tan precavido pilotando como lo eres conduciendo.

Él no dijo nada, pero durante todo el camino avanzaron abrazados. Junto al canal los esperaba su hogar, su pacífico hogar, que se adormecía poco a poco en el crepúsculo veraniego. A la luz de las lámparas del interior se veían los enjambres de mosquitos tornasolados flotar sobre la oscuridad del agua. La ventana de Bülent mostraba ya las cortinas cerradas, revelando que se había ido a dormir, mientras que los jóvenes, Rehan, Seb y Jordan, permanecían sentados en la terraza con vasos de té helado y *crackers* untados de *Bovril*. Doris se encontraba junto a la valla del jardín y les hizo una seña al verlos. Betsy, la vieja perra familiar, salió trotando a su encuentro y lamió la mano de Arman. «Te compraré un perro —pensó Amarna—. Voy a comprarte un perro tan pronto como pueda».

—¿Qué tal están los dos trasnochadores? ¿Habéis pasado una buena velada?

Amarna le puso rápidamente la mano en la boca a su marido.

—No se lo digas. No se lo digas a nadie.

—¿Ni siquiera a Bülent?

Ella negó con la cabeza.

—Está bien. —Le besó la cabeza y se separó de ella—. Tengo algo dentro que quiero enseñarte. Te espero allí… Buenas noches, Doris.

Se marchó y dejó a las dos mujeres un rato de cháchara, algo en lo que Doris era toda una autoridad.

—Black Beauty tiene hoy todo el aspecto de que le hayas hecho pasar un día inolvidable, *sugar pie*.

—Para mí también lo ha sido.

—¿Estuvisteis en el cine?

—No.

—Ojalá Dexter también me llevara de vez en cuando al cine, a ver esa película de pilotos de Clark Gable, pero él prefiere sentarse con tu Black Beauty y parlotear de política.

—No hemos estado en el cine, Dee.

—Ah, ¿no? Es verdad, lo acabas de decir. Perdona.

Amarna guardó silencio.

—En cualquier caso, Dexter ha estado buscando a Black Beauty porque necesitaba a alguien a quien llenarle la cabeza con toda esa historia de la visita de Estado a Checoslovaquia.

—¿Qué visita de Estado a Checoslovaquia?

¿Por qué preguntaba sobre lo que realmente no quería oír? Aquella noche estaba dedicada a sus sueños y la realidad tendría que hacer el favor de esperar hasta el día siguiente.

Doris negó con la mano.

—¿Qué sé yo? De alguna forma nuestra gente le ha hecho saber al presidente allí, en Praga, que no debería ir buscando pelea con el tal Hitler. O, por lo menos, que si lo hace, no cuente con nuestra ayuda. ¿Qué nos importa a nosotros eso? ¿Sabes siquiera por dónde queda la Checoslovaquia esa?

—No exactamente.

Amarna respiró hondo y se alegró de que Arman no estuviera delante. Tampoco nadie sabía dónde se habían encontrado los asentamientos armenios en el Imperio otomano, los pueblos del Ararat, los monasterios de la isla Aghtamar.

—Ahora pareces estar otra vez muy preocupada, *sugar pie*. Me gustaba más como estabas hace un momento, que casi parecías tan alegre como los jovencitos de ahí, que llevan horas en tu terraza. Solo por eso Dios debe de ser bueno.

Amarna se volvió. Seb y Jordan jugaban al *Flinch,* mientras que Rehan, sentada a su lado, se ocupaba de su labor verde. Habitualmente tejía mantas y chales, pero ya había confeccionado más prendas de la misma lana verde y dejaba a Jordan que le señalara cómo debía ir cosiéndolos. Ciñéndose a la edad, la compañía de los adultos habría sido más adecuada para ella que la de aquellos muchachos y, sin embargo, ella parecía relajarse con ellos e incluso el arisco Seb se mostraba sumamente atento con ella.

—Forman una estampa bonita esos tres, ¿a que sí? —preguntó Doris—. Seguro que Black Beauty se alegra mucho de que sus niños problemáticos se lleven tan bien. Tened cuidado, que en esa casa no cabéis más de cinco… —Entonces se calló repentinamente y miró a Amarna fijamente a la cara—. Ya sé porqué los dos estáis tan resplandecientes como un par de velas de Navidad. Vas a tener un niño. —Se inclinó sobre la valla, haciendo que se le rasgara la blusa, y abrazó a Amarna—. Era eso lo que Black Beauty no debía contarme, ¿no es eso? Queríais guardároslo un poco más para vosotros. Pero no se lo diré a nadie, *sugar pie*.

«Pues claro que lo harás —pensó Amarna—. Mañana lo sabrá la calle entera, pero ¿qué se le va a hacer? A lo mejor nos trae suerte y, además, de todas formas va a aparecer en el semanal del *British Movietone*». El busto de Doris le aplastó las costillas y la valla del jardín le taladró el vientre.

—¡Oh, querida mía! Cuánto me alegro. Pero haz el favor de no tener un pequeñín que me mire con esos ojos tan oscuros. ¿Quién iba a ser capaz entonces de darle una buena azotaina cuando me robe manzanas o me rompa un cristal?

—Nadie —rio Amarna.

—Tú te ríes, pero yo estoy a punto de gritar de alegría —dijo Doris.

—Yo también.

—¿Se lo has dicho hoy? ¿A tu cariñito?

Amarna asintió.

—¿Y? Habrá dado saltos mortales de pura alegría, ¿a que sí?

—Sí.

«Nunca he visto a nadie alegrarse tanto por algo», pensó Amarna. El pecho le dolía, así que se liberó del abrazo de Doris.

—Bueno, está bien. Entiendo que quieras estar con él ahora mismo.

—Gracias —dijo Amarna—. Que duermas bien, Dee.

—Dormid bien, Marnie, Black Beauty y el *little one*.

Arman se encontraba junto a la escultura que no había permitido que el equipo de rodaje descubriera, pero que, en ese momento, ya no estaba tapada por ningún paño. No era demasiado alta, solo llegaba a la altura de las costillas, y no estaba esculpida en granito sino en gabro negro, que él conocía de su lugar de origen. Al entrar, lo primero que vio Amarna fue una espalda encorvada y una cabeza de mujer sobre la que Arman pasaba un esmeril de una manera en la que parecía, más que estar puliendo la piedra, estar acariciándole el rostro.

Cuando la escuchó entrar, se dio la vuelta e intentó bloquear la visión de la escultura con la espalda. Siempre lo hacía. Seguía avergonzándose lo mismo hoy que años atrás, cuando le había permitido por primera vez ver algo que había creado con sus propias manos.

—*Lajvard*.

Ella se limpió las lágrimas y le sonrió.

—Me habías prometido enseñarme algo.

Él se apretó contra la estatua y enrojeció hasta las orejas. El perfecto niño de colegio de frailes.

—Quería hacer algo más para tu exposición. No sé si lo he conseguido, así que si no lo quieres, seguro que podemos venderlo por cuatro cuartos.

—Tus nalgas me tienen hipnotizada, cariño —dijo Amarna—. No puedo ver si voy a quererlo o no.

Como él no se movía, ella fue hacia él y lo apartó con delicadeza.

La mujer de gabro estaba arrodillada y tenía la espalda encorvada como si no quisiera estirarla nunca más. Llevaba un velo en la cabeza y lo que se podía ver de su rostro ofrecía un aspecto arcaico y parco en detalles. Sin embargo, esa era precisamente la clave y, por eso, porque plasmaba lo que ningún historiador había podido explicar por escrito, era importante preservar el arte. Porque el arte construía un puente entre el siglo ocho antes de Cristo y el año 1938, luchar por sacar adelante esa exposición había sido lo correcto, a pesar de que no habían sido pocos los colegas que se habían reído de ella.

«La mujer de Arman Artsruni, la protegida de Wally Farnschaw. Si no hubiera tenido dos apoyos de semejante calibre, haría tiempo que le habrían dado con la puerta en las narices».

La mujer arrodillada de gabro era la muerta de la estela funeraria del monte Ararat. Pero también era uno de los familiares sin nombre de Arman que habían vagado por el desierto hasta caer de rodillas y no poder levantarse, hasta tropezar por última vez y ya no moverse del sitio. Sus manos, trabajadas con más detalle que el rostro, escarbaban el suelo, una arena imaginaria. Amarna no tuvo que preguntar, ya sabía lo que la mujer estaba haciendo. Enterraba a su hijo muerto en la arena. Volvió la mirada de las manos de nuevo hacia el rostro, a las comisuras de los labios, extrañamente deformadas. Sonrisas donde solo había lugar para las lágrimas.

—Arman, por favor, ven aquí.

—Si no te gusta…

—No digas insensateces —dijo ella—. Simplemente ven aquí para que pueda pellizcarte la tripa y constatar que eres real.

Pero cuando lo abrazó, no quiso pellizcarlo. Solo acariciarle la nuca, los remolinos de pelo de punta que se le formaban cuando agachaba la cabeza.

—Tienes que prometerme que no venderás a mi mujer de Urartu en los Estados Unidos.

—La hice para ti. Si hay alguien que deba ponerle precio, esa eres tú.

—No tiene precio —dijo ella—. ¿De verdad nunca has deseado conservar para ti ninguna de tus estatuas y que alguien pueda recordarte después a través de ellas?

Él no respondió. Ella sintió hasta en su propia tripa los latidos del corazón de él y, en un momento dado, alzó la mirada hacia el rostro de su marido. Él tenía los ojos vidriosos.

—Dímelo —le pidió ella.

—Que mi hijo me recuerde —dijo él—. Eso es lo que deseo. Vivir el tiempo suficiente como para que mi hijo sepa cómo lo miraba y recuerde el sonido de mi voz llamándolo por su nombre.

15
SEDAT.
DOĞUBEYAZIT. SEPTIEMBRE DE 1938

Cuando nació el bebé, las mujeres lo llamaron para que entrara en la habitación. La pequeña criatura yacía en paz en los brazos de su mujer y parecía estar más en paz que los demás consigo misma y con el mundo al que acababa de llegar, libre de toda impureza. Su tierno cuerpecillo estaba envuelto en un paño y una espesa mata de pelo negro le cubría la cabeza.

Antes de llegar a pensar en su mujer, se arrodilló junto a la cama, se llevó el rostro del bebé recién nacido a la boca y comenzó a recitar el *adhan*, la llamada a la oración, en su diminuta oreja, como era la costumbre entre su pueblo. Las palabras más sagradas debían ser las primeras que la criatura escuchara en el mundo: «Alá es grande, no hay más dios que Alá, acudid a la oración, acudid a la salvación, acudid a la mejor de las obras, no hay más dios que Alá».

Su mujer le tendió un cuenco con dátiles, del que él tomó uno y lo mascó con lentitud hasta que formó una pasta dulce sobre su lengua. Se llevó entonces los dedos a la boca y depositó la pasta dulce en el paladar de su bebé.

—Que lo primero que pruebes en tu vida sea dulce, que Dios te otorgue los dulzores de la vida.

Besó al bebé y a su mujer.

—Gracias, querida mía. Que Dios te bendiga. Es una hija maravillosa.

—¿No te habría gustado un hijo después de cuatro niñas?

—Estoy satisfecho con mis hijas —dijo Sedat—. Me gustaría llamarla Hayat. ¿Te parece bien el nombre?

Emine asintió. Solía parecerle bien cualquier cosa que él decidiera. Era un hombre extraño al que había conocido por primera vez el día de su boda. Siendo un muchacho de dieciséis años, había visto morir a gente de forma horrible, había deseado en vano poder salvarlos y convertirse en médico. Pero, puesto que su hermano ya era médico, su padre había decidido que Sedat debía hacer algo diferente y, por eso, estudió Historia oriental antigua. El deseo de salvar vidas, no obstante, permaneció. Abandonó junto a su familia Estambul y el Museo Arqueológico que le había ofrecido las mejores oportunidades de desarrollo y se marchó al extremo oriental del país, a los pies del monte Ararat. Había aceptado dirigir el Museo de Doğubeyazıt para poder tener algo que proteger, había llamado a su hija Hayat y ahora se encontraba de pie, dispuesto a hacer algo todavía más extraño.

—Voy a por las ramas.

Emine le sonrió.

Él salió del cuarto y volvió trayendo de la despensa, la habitación más fresca de la casa, el cesto con brotes frescos de pino negral, enebro y olivo que había cortado en cuanto Emine había

comenzado con los dolores. Solemne, empezó a decorar la casa con las ramas: primero, la puerta, para anunciar por todas partes que su hogar había sido bendecido con un nuevo hijo; después, el camino a todas las habitaciones hasta el dormitorio en el que Emine había dado a luz a Hayat. La última rama se la colocó a Emine y a Hayat en la cama. Aquello no era una costumbre de su pueblo. Era la costumbre de un pueblo que había vivido allí tiempo atrás y del que ya no quedaba nada.

Emine seguía sonriendo. Ella ya sabía lo que él tenía en mente y, a pesar de ello, no dudaba ni por un momento de que se trataba de un hombre piadoso y un ciudadano leal a su país. Él la besó.

—Esta vez también me gustaría hacerlo. Me gustaría llevar a Hayat a la isla de Aghtamar en cuanto le hayamos cortado el pelo. ¿Te parece bien?

Ella no solía contradecirlo. Sin embargo, en aquella ocasión, dijo:

—La pequeña no tendrá entonces más de siete días de edad y el viaje es largo. ¿No puede esperar?

Él la miró sin responder hasta que ella aceptó:

—Está bien.

Siete días después celebraron la *aqiqah* de Hayat. Le raparon la cabeza como muestra de que la niña sería una modesta servidora de Alá y, con eso, su cabello crecería más denso. Después sacrificaron un cordero en su honor e invitaron a amigos y a los pobres del barrio. A la mañana siguiente, vino una vecina a cuidar de las cuatro hijas mayores y Sedat inició un trayecto de dos horas con Hayat rumbo a Van. Emine tuvo que acompañarlos inevitablemente para mantener a Hayat tranquila, pero esperaría en el vehículo mientras él cruzaba a la isla.

Era un día de calor, las carreteras estaban cubiertas de polvo y el aire resultaba asfixiante. El trayecto los llevó por tierras descubiertas en las que no había asomo de sombra.

—Te agradezco que soportes este esfuerzo —le dijo Sedat a Emine.

—Lo hago con gusto porque es por ti —respondió ella—. Lo único que me gustaría saber es la razón por la cual es imprescindible realizar este viaje el día después de la *aqiqah* de Hayat, de la fiesta de su bendición.

—Para mí es como una segunda bendición —declaró él.

—Y ¿por qué esta vez? ¿Necesita nuestra hija una segunda bendición porque estás preocupado por la situación en Europa, por esos alemanes que hablan como si quisieran hacer arder el mundo?

Salieron de la ciudad y se encaminaron a la costa oriental del lago de Van. Ante ellos se abría la reluciente superficie azul sobre la que se alzaba una única isla.

—Sí, me preocupa. Creo que una segunda bendición no puede hacerle ningún mal, pero ya me conoces. También puedo enterrarme en mis mundos de hace miles de años y, cuando tengo la cabeza metida en Urartu, solo me preocupo por Urartu y por nada más.

—Igual que Amarna —dijo Emine—. He visto las imágenes de su exposición. Es como si los dos sintierais que podéis proteger el mundo si lográis proteger la memoria de Urartu.

Sedat sonrió.

—Eso me gusta. ¿Te gustaron las fotografías?

Ella asintió.

—Dime por qué quieres ir allí. ¿Por qué esperas obtener una bendición para nuestra hija

precisamente de esas ruinas, de los restos de la tragedia que es como una espina clavada en el cuerpo de nuestro país?

—Porque el recuerdo es una bendición, Emine. Aquello que se olvida ha muerto en vano. Ha vivido en vano. Si no lo creyera, entonces me habría equivocado de trabajo. Quiero llevar a Hayat a la isla del reino de los Artsruni porque pertenece a la herencia de su país. Y porque quiero devolverle la bendición que su nacimiento ha supuesto para mí.

Ella lo miró con sus hermosos y apacibles ojos y esperó. Sabía cuando una respuesta de su marido no estaba del todo completa y no le hacía falta preguntar.

—Arman me ha escrito.

—Arman no te escribe nunca.

Sedat sonrió.

—Más bien casi nunca. Pero esta vez, sí. O, para ser más exactos, Amarna me ha enviado el catálogo de la exposición para que vea expuestas nuestras piezas en su impresionante museo y Arman ha adjuntado una nota de cinco líneas.

—¿Y qué dice?

—Su Amarna está esperando un hijo, Emine.

—Bendito sea Alá, señor del mundo.

Hayat se despertó y comenzó a retorcerse, Emine se la acercó para tranquilizarla y, después, Sedat partió hacia la isla con su benjamina en brazos. El barquero de la barca azul lo reconoció. Lo había transportado hasta la isla en numerosas ocasiones y ahora lo felicitaba por el nacimiento de Hayat.

—Así que ya tiene cinco hijas. Que Alá lo bendiga en la sexta ocasión con un hijo varón.

«Así que ya tengo cinco criaturas —pensó Sedat—. Que Alá bendiga con seis a mi amigo Arman, que Él bendiga a la dinastía de los reyes que erigieron su reino sobre esta isla, un lugar para hacer un alto en el camino y rezar. Que lo bendiga con descendientes, los descendientes de un pueblo que no debe caer en el olvido».

La proa de la barca iba creando coronas de espuma sobre la resplandeciente agua turquesa. El lago de Van era un caso curioso. Rodeado de montañas y alimentado por arroyos, se extendía como un lago de aguas continentales, pero, puesto que una erupción volcánica al oeste había bloqueado su desembocadura, sus aguas eran saladas. Era un remanente del Diluvio. Como el arca, cuyos restos aún podían vislumbrarse en aquellos días en los que la niebla de la falda del Ararat remitía, así se alzaba la isla de Aghtamar sobre la superficie azul.

Pero en la isla no había ningún superviviente. Estaba deshabitada.

En el siglo X, Gagik I, de la dinastía Artsruni, había fundado allí su nuevo reino. La leyenda decía que, siendo un niño, fue abandonado a su suerte y que habría sucumbido a la muerte de no haber sido por un halcón, que le salvó la vida. Aquel vagabundo había construido un palacio y una iglesia sobre aquella isla y había dado a sus dominios el nombre de Vasbouragan, la Tierra de los Nobles. Se había autoproclamado rey de los armenios.

La leyenda decía que Gagik, el expósito del halcón, había elegido aquella isla porque se había enamorado allí de una joven, la hermosa Tamar, que tenía los cabellos negros, la boca grande de los armenios y una luz oscura en la mirada. Una noche tras otra atravesaba nadando el lago hasta la isla para reunirse con Tamar, pero, en la noche en que ella dio a luz a su hijo, se desató una tormenta y él se ahogó en las corrientes del lago. En su agonía, gritó su nombre:

«¡Ay, Tamar!». Y así los armenios llamaron a su isla Aghtamar.

El amigo de Sedat, Arman, siempre se ponía muy tenso cada vez que Sedat lo presionaba para que le contara las leyendas de su pueblo y alegaba que el propio Sedat las conocía mejor que él. Quizá fuera verdad. El padre de Arman, que había sido amigo del padre de Sedat, le había enseñado, igual que le habían enseñado a él, a guardar silencio. Probablemente, de no haber sido así, no habría sido capaz de sobrellevar lo que había vivido: la muerte de su mujer y su hija. Solo de pensarlo, a Sedat le daba un vuelco el corazón y sentía la necesidad de apretar a su hija fuerte contra su pecho, tal y como a la pequeña Hayat le gustaba. No era de extrañar que un hombre tuviera miedo de compartir con su hijo su herencia armenia cuando esa misma herencia había sido la causante de la muerte de su mujer y su hija. No era de extrañar que un hombre ya no tuviera fuerzas para educar amorosamente a su hijo cuando el dolor por su hija lo desgarraba por dentro.

Sin embargo, de vez en cuando, lograba sonsacarle algo a Arman. Apenas una sombra del denso tapiz cultural que su pueblo había llegado a crear, como la historia del rey Gagik y la hermosa Tamar. En aquellas ocasiones, en el rostro de Arman se dibujaba una expresión de la que Sedat decía: «Te pareces a vuestro monte Masis. En el fondo, estás sonriendo, solo que siempre estás cubierto de nubes». Arman era siete años más joven que Sedat quien, a su vez, tenía dos hermanos mayores. Solía llamarle para sí *kardeş*, «hermano pequeño», y deseaba ser el hermano que Arman necesitaba.

El reino de Gagik había sucumbido igual que Urartu, del que procedía. Con los años, su palacio se había desmoronado igual que tantos otros, pero su templo, la iglesia de la Santa Cruz, había soportado la tormenta del tiempo durante mil años. Hasta allí llevó Sedat a su hija pequeña. El camino se extendía por todo el lateral medio rocoso, medio cubierto de hierba de la isla. El verde se había ido clareando tras un largo verano y las ramas de los albaricoqueros silvestres, que a principios de año estaban cargados de flores, ahora colgaban sometidos por el peso de la fruta. La isla era un lugar mágico y, desde las alturas en las que el rey Gagik Artsruni había erigido su reino, podía verse el Ararat, que mantenía su rostro oculto en la niebla a pesar de la claridad del día. La iglesia tenía forma de cruz y estaba construida en travertino rojo, como era típico en las edificaciones con función litúrgica de los maestros constructores armenios.

Cuando los reyes abandonaron la isla, habían sido los monjes los que habían tomado el relevo y habían fundado un convento y la comunidad católica de Aghtamar, que había sobrevivido durante ochocientos años como símbolo de un pueblo que se mantenía unido por su fe y que se consideraba como uno de los reinos cristianos más antiguos del mundo. Gregorio el Iluminador era su santo patrón, pero no había podido proteger la milenaria iglesia de la Santa Cruz.

Solo las ruinas permanecían. Aquello que habían dejado atrás las milicias que, en 1915, habían tomado la isla para deshacerse no solo de un pueblo, sino también de su historia y de todo lo que era más sagrado para ellos. Las paredes destrozadas. Los tejados hundidos. Lápidas abiertas entre las cuales habían dejado los cadáveres de los monjes asesinados. Un único *jachkar*, un único monumento conmemorativo, que a Sedat le parecía una mezcla entre las estelas funerarias de Urartu y las cruces de los cristianos armenios, se alzaba en medio del templo profanado.

Sedat se acercaba hasta allí con frecuencia para rezar y llorar. Había traído hasta allí a su hija

pequeña, llamada Hayat, porque significa «vida», para completar un ritual. Uno con el que la gente que había vivido allí celebraba el nacimiento de un bebé. Llevó a Hayat hasta el muro sur de la iglesia roja, cuya sección interior permanecía prácticamente entera en pie. Estaba decorada con relieves de tiempos del reinado de Gagik Artsruni, testimonios del amor armenio plasmados en piedra.

Imágenes humanas que contaban la historia de la vida. La historia de Adán y Eva, de Noé y su arca e, incluso, de cómo los habitantes de palacio fueron a la guerra y celebraron festivales, recogieron cosechas y enterraron a los muertos. Sedat adoraba los relieves de la iglesia de la Santa Cruz. Se sentó con Hayat a la sombra del muro, masticó un dátil para hacer una pasta y le mostró a la niña la historia, las lágrimas, las preocupaciones y las risas de otros tiempos.

—Un hijo es la mayor de las bendiciones de las que un hombre puede disfrutar —le dijo a Hayat—. Eso es así para los armenios tanto como para los turcos. Los padres festejamos. Los padres armenios adornan sus casas con ramas y los padres turcos les susurran el *adhan* a sus hijos en el oído. Los turcos invitan a sus amigos a cordero asado y los armenios, para quienes la amistad es sagrada, comparten las bendiciones que han recibido con otro amigo. Van hasta donde el amigo está, con el niño, le ponen las manos en la frente y dicen dos palabras. Mi amigo, el expósito del halcón, no está aquí y no podemos tocarle la frente. Ya no puede vivir en nuestro país y ahora vive muy lejos, en otra isla. Pero lo haremos, de todas formas.

Colocó a Hayat sobre la piedra de los relieves, tocó la frente de uno de los hombres esculpidos en la piedra y dijo:

—*Tarose kes*. Te doy lo que yo he recibido.

16
WALLY.
LONDRES. SEPTIEMBRE DE 1938

El que le llamaran de la dirección del museo solo podía deberse a dos motivos: uno muy bueno y uno muy malo. Aquella mañana Wally no estaba muy seguro sobre cuál de los dos prefería.

Sir John Forsdyke, director tanto del museo como de su biblioteca, era un hombre al que no le gustaba mostrar sus cartas a la primera de cambio, pero los otros dos caballeros parecían estar de un humor excelente. Se encontraron en la sala de estudio forrada en madera que había junto a la galería en la que se exhibían los grabados. El aroma al té ceilandés Orange Pekoe, el favorito de *sir* John, impregnaba la estancia. Piers Townely, el portavoz de los fideicomisarios, bebía un brandi de color cobre. La tercera persona presente era Maxwell Clarke, conservador de la galería etnográfica y quien hacía las veces de director en ausencia de *sir* John.

—Mi querido Walter. —Piers Towneley se levantó y le ofreció a Wally la mano derecha—. Me alegro de verlo. ¿Qué tal está su padre?

Towneley era capitán en la reserva de la Royal Artillery, al igual que Forsdyke, Bertram, el padre de Wally, y todos los demás restantes miembros varones de la familia. Servir a la patria con las armas se consideraba un deber indiscutible entre los Farnshaw. Wally se había decidido por la Air Force porque quería ir a Oriente Medio, le fascinaban los aviones y se sentía más protegido del fragor de la batalla en el aire que en el suelo. Tenía claro, no obstante, que esa idea no era una interpretación realista de la situación.

—Mi padre se encuentra muy bien, muchas gracias. Le envía saludos.

—Cuánto me alegro. Tenemos que volver a traer a su padre un día con nosotros a Stowey.

—Me ocuparé de ello.

Esa sería la única noticia del trabajo de Wally que podría interesarle en algo a Bertram Farnshaw. Desde que su príncipe heredero, el prometedor Horace, había perdido la vida en la costa de Mónaco, se había refugiado en su mundo particular de recuerdos de la vida marcial. Wally, el hijo segundo, tuvo que aceptar desde pequeño el papel de *enfant terrible*, no porque cumpliera con los requisitos lógicos para ello, sino, simplemente, porque todo miembro de la familia debía tener un papel.

Seb, o «el joven Sebastian», como lo llamaba el padre de Wally, se habría ajustado bastante más a las características del rol, pero, al ser el único hijo del príncipe heredero, su irreprochabilidad quedaba fuera de toda discusión.

Bertram Farnshaw, por su parte, cumplía el papel de padre atormentado al que ya nada le afectaba. Ni que el benjamín se alistara en el cuerpo militar que no le correspondía ni que lo enviaran a la reserva con un rango miserable de *flying officer* para proseguir con ese irrelevante empleo suyo como experto en antiguo Oriente.

—En cualquier caso, no lo hemos invitado a venir para hacerle perder el tiempo con trivialidades —añadió Forsdyke.

Pier Towneley asintió.

—Por supuesto que no. Queríamos darle la enhorabuena por el esfuerzo realizado con la exposición. Quién hubiera pensado que un pueblo tan irrelevante en un reino perdido de las montañas iba a volver locos a los británicos. Su idea de mostrar las piedras como si fueran seres cercanos implorando ayuda fue genial, querido Walter.

—La idea fue de la señora Artsruni —dijo Walter—. Al igual que el concepto de la exposición y la ocurrencia de situar los monumentos funerarios de Urartu en el centro. También tenemos mucho que agradecerles a los préstamos llegados desde Doğubeyazıt.

«Urartu, el retorno de los olvidados» era el nombre de la exposición que los londinenses acudían en tromba a visitar.

—Ciertamente, ciertamente —dijo Towneley—. Un concepto muy coherente. Por favor, dígale al señor Artsruni que queremos comprarle la escultura que realizó. No tiene más que ponerle un precio y me ocuparé personalmente de que lo reciba.

—Esa pieza no está a la venta —repuso Wally—. Sin embargo, el señor Artsruni, sin duda, podrá ofrecernos alguna otra, si esa es la intención.

—Por supuesto que es la intención —dijo Towneley—. Stephens, del *Times*, ha escrito que es lo mejor que ese hombre ha hecho hasta la fecha, pero para los profanos tampoco habrá mucha diferencia, ¿verdad?

—No —dijo Wally, quien percibía una diferencia notable—. No será para tanto.

—Bien, mejor. ¿Y cómo de ocupado se encuentra el hombre en cuestión? ¿Se le podría convencer de realizar toda una serie siempre que estuviera adecuadamente retribuida?

—Habría que retribuírselo más que adecuadamente —respondió Wally.

Odiaba cuando alguien hablaba de Arman como si fuera un caniche adiestrado que anduviera a dos patas en el circo. Él lo había descubierto porque le encantaban las artes plásticas y entendía algo del tema. Si había habido algo en su vida de lo que se había sentido orgulloso, había sido de eso.

—El señor Artsruni es, actualmente, el escultor más solicitado del país, y la técnica que utiliza, la talla directa, no es precisamente como hacer barquitos de papel. Plasma directamente lo que se le ocurre.

—Da lo mismo —se inmiscuyó Forsdyke—. Siempre que tenga estilo y la gente quiera verlo, nos parecerá todo bien. Ocúpese de organizar una cita para Piers con ese hombre, ¿de acuerdo? Y si esa escultura de Urartu no está a la venta, encárguese de que permanezca aquí como préstamo. Queremos prolongar la exposición y por eso le encomendamos los preparativos de la nueva exhibición, que tendrá lugar en un marco más grande e importante.

—Para ser más exactos, tiene usted a su disposición la Sala Prehistórica completa y el salón sobre la escalera principal —concluyó Towneley.

—¿Y quieren utilizar ese espacio gigantesco para exhibir las obras de Arman Artsruni? —preguntó Wally, perplejo—. Pero ¡si no somos una galería de arte!

Towneley soltó una risa forzada.

—Quién sabe, quizá lo acabemos siendo. Al fin y al cabo, tenemos más artistas en la recámara, como ese español del cuadro gigantesco que cuelga en la New Burlington.

—Picasso —dijo Wally, que detestaba hasta la náusea ese tipo de incultura autocomplaciente —. La pintura se llama *Guernica*.

—Lo que sea. En cualquier caso, le hemos robado todo el protagonismo. —Towneley se dirigió a la mesa de té y sirvió una copa de brandi para ofrecérsela a Wally—. Las esculturas de ese Artsruni suyo serán un revulsivo, Walter. Además, le hemos encargado a un grupo de artesanos algo menos costosos que realicen copias de algunas piezas favoritas entre el público. Están trabajando con Jenkins, del departamento medieval. Piense en algo y háganos una lista.

—Y todo esto, ¿con qué propósito? —preguntó Wally.

El aroma del brandi le golpeó la nariz, pero lo resistió. La inclinación a beber alcohol como remedio contra la inseguridad estaba muy extendida en su familia y a él le amedrentaba. Es posible que le hubiera costado la vida a su hermano Horace.

Los otros dos se volvieron ahora hacia Maxwell Clarke, como para recordarle que todavía no había dicho una sola palabra.

Maxwell se limpió las gafas.

—Todo esto tiene el propósito de mantener el museo abierto a los visitantes —dijo—. Particularmente en estos tiempos en los que los habitantes de Londres lo necesitan más que nunca. No queremos simplemente una exhibición temporal, sino un as en la manga que podamos guardarnos. ¿Lo entiende? Para el caso en que necesitemos un foco que siga atrayendo al público aun cuando la colección permanente pueda no encontrarse aquí.

Wally lo entendió de pronto.

—Es decir, si hubiera guerra —dijo y bebió un trago de brandi sin poder evitarlo.

Nadie le dio una respuesta directa, como solía ocurrir cuando alguien mencionaba las palabras «guerra» o «sexo» en una habitación.

—Eso nos lleva a nuestro segundo encargo —dijo Forsdyke—. Al informe parcial de la comisión.

Con un gesto de cabeza, le cedió la palabra nuevamente a Towneley.

—Un trabajo sobresaliente, mi querido Wally —Towneley sonrió a Wally con complicidad —. Hemos dado autorización a su relación de embalajes y cajas necesarias en caso de emergencia y el pedido ya se ha realizado. También están preparados los sacos de arena para la protección de las esculturas asirias que no se pueden transportar, tal y como usted sugirió. Además, hemos refrendado igualmente la idea surgida de su correspondencia con el director de la Biblioteca Nacional Galesa sobre la construcción de un túnel antibombardeos…

La propuesta de construir un túnel bajo la biblioteca de la galesa localidad de Aberystwyth se la había presentado el excéntrico director de la institución con la promesa de dormir personalmente en el túnel con tal de proteger los manuscritos del museo. Wally lo había incluido en el informe porque el candor de aquel hombre lo había conmovido. Nunca se le habría pasado por la cabeza que alguien pudiera tomarse en serio su propuesta.

—Nos gustaría construir ese túnel —dijo Towneley—. El consorcio precisará los datos necesarios para usar como base sobre la que calcular los costes.

—La comisión que usted dirige deberá, además, proporcionarme un inventario completo —le robó la palabra Forsdyke—. Se dividirá en tres grupos: objetos de importancia capital, de importancia secundaria y aquellos que pueden esperar. Deje que la marisabidilla se encargue de eso. Si bien es verdad que la dama en cuestión no es, para mi gusto, ninguna maravilla en cuanto

a relaciones públicas, hay que admitir que se defiende bien en lo profesional.

—Con lo de la «marisabidilla», ¿se refiere usted a la señora Artsruni?

Wally había tenido que explicarle más de una vez los motivos por los cuales valoraba tanto a Marnie. Aquel comentario lo desacreditaba tanto a él como a su criterio.

—No pensé que fuera necesario batirnos en duelo por una cuestión de dialéctica —respondió Fordsyke—. Consíganos esa lista: es libre de encargárselo a quienquiera o a lo que usted prefiera. Tenemos confianza en usted.

«Hay cumplidos que saben a bofetada», pensó Wally. Algunos incluso se lanzaban con esa intención.

—¿Estamos de acuerdo? —porfió Forsdyke.

Wally debería haber preguntado por el permiso de excavación que le debía a Marnie. Ella había puesto a sus pies una exposición que le había valido unos elogios impagables y le había servido para recaudar con facilidad las donaciones necesarias para financiar el proyecto. Todo lo que ella necesitaba ahora era el apoyo del museo, que debía dar su visto bueno oficial a la expedición a Turquía.

Pero ¿querría ella, precisamente ahora que por fin estaba esperando a un niño tan deseado, viajar hasta las montañas del Ararat para dirigir una excavación? La obsesión por las estelas funerarias de Urartu siempre le había parecido a Wally una especie de compensación que ahora ya no necesitaba. Y si sucedía lo que aún parecía impensable, si la crisis de los Sudetes desembocaba en una guerra, todo el plan se vendría abajo.

Se bebió el resto del brandi. La amistad con los Artsruni significaba más para él de lo que él mismo quería admitir. Eran totalmente opuestos al tipo de gente con la que él había compartido su vida hasta el momento: llenos de vida, directos, incluso aunque Arman fuera por ahí como un objeto de museo permanentemente encerrado en su vitrina, aislado tras el cristal. Prohibido tocar. Cada vez que invitaban a Walter a casa este tenía la impresión de que así sería como a él le habría gustado que fuera su familia.

Pero le faltaba el talento, el verbo, el carisma. Por eso su mujer ahora vivía con otro hombre.

Y lo que era peor: cada vez que veía cómo Marnie se paseaba con su marido, él sabía que eso era exactamente lo que habría querido tener con Isabel. Cada mirada entre la gente, cada roce accidental de las caderas ofrecía una promesa: «Esta noche, tú y yo, solos». Algo así no funcionaría nunca entre una mujer y un británico de sangre fría. Desde luego, Isabel nunca lo había querido a él como Marnie quería a Arman.

—¿Walter? —Piers Towneley inclinó la cabeza con ademán interrogante—. Puede usted estar tranquilo. No tenemos más motivos de preocupación que antes.

—No soy de esa opinión —señaló Wally—. Deduzco, por la magnitud de las medidas que están tomando, que el presidente checo ha cumplido en vano los requisitos impuestos por los alemanes de los Sudetes. Hitler marchará por el territorio de todas formas y los franceses y nosotros deberemos reaccionar.

«Y no quiero —pensó Wally—. Provengo de un clan de héroes de guerra y he tenido la desfachatez de divertirme pilotando aviones, pero jamás me he planteado ni por lo más remoto apuntar un arma contra una criatura que no tuviera la intención de comerme».

—Debemos estar preparados —dijo *sir* John—. Eso es todo. No tiene usted ningún motivo para preocuparse. Sin embargo, si llegara a producirse lo inesperado, le rogamos el máximo

compromiso. El trabajo de su comisión es, al fin y al cabo, de vital importancia en caso de guerra.

Wally asintió, a sabiendas de que su padre no sería el único en pensar diferente.

—¿Se ocupará usted de contactar con el señor Artsruni? —preguntó Towneley—. ¿O debemos dirigirnos a su agente?

—Yo me ocupo —respondió Wally—. Lo veré pronto en Hornchurch.

En su momento, se había alegrado de aquella cita como un niño antes de la mañana de Navidad. Ahora lo veía con la perspectiva de un adulto: los coloridos calcetines navideños colgaban de la chimenea, pero no habría en ellos ningún regalo para él.

Habían pensado en comprarse un avión juntos, Arman y él. Un Hawker Hart, un bombardero biplaza ligero considerado obsoleto que iban a sustituir por el nuevo Hawker Demon. George Halliday, el *wing commander* de Hornchurch, les había ofrecido el aparato a un precio de risa, y Arman se había puesto como loco.

—Una oportunidad así no volverá a surgirnos pronto. Podríamos guardarlo aquí mientras no necesiten el espacio en el hangar y, a ese precio, podríamos comprarlo incluso uno solo de nosotros.

—Sin embargo, ¿quieres que nos lo compremos a medias para que no estés solo cuando Marnie te lea la cartilla?

Arman apretó los labios contra los dientes.

—No nos va a leer la cartilla a ninguno de los dos.

—¿Estás seguro de eso?

—No le he contado nada de nada —había dicho Arman.

—No lo dices en serio —había repuesto Wally, decidido a hacerle cambiar de opinión.

Pero sus intentos habían sido en vano. Había terminado por aceptar a regañadientes la conspiración: aquella camaradería masculina que nunca había logrado conquistarlo con anterioridad había acabado por perderlo. Ocultarle a Marnie algo tan importante era, indudablemente, una treta muy sucia, y una mujer que habría atravesado el infierno por su marido no se merecía algo así. Pero la posibilidad de hacer algo que un hombre honrado cualquiera nunca haría tenía un algo extrañamente excitante. Wally, el supuesto *enfant terrible,* no había tenido nunca el valor de hacer algo así, ni siquiera cuando estaba en la escuela.

Como oficial en la reserva, debía cumplir cada cuatro semanas con un número determinado de horas de vuelo para mantenerse apto para el servicio. La Air Force permitía a los hombres de cada escuadrón que conformaran su propia tripulación, pero para Wally casi nunca había un compañero disponible. No era de extrañar. Era torpe en sociedad, le costaba mostrar esa naturalidad desenfadada e informal tan necesaria en los hombres para hacer amigos. No sabía hablar de otra cosa que no fuera su trabajo y se sentía incómodo guardando silencio. Como no pertenecía a ninguna tripulación fija, solía volar solo su cuota mensual en un Gloster Gauntlet y estaba convencido de que tampoco se perdía nada.

Hasta que Arman Artsruni había acudido a Hornchurch, concluida su formación en un Tiger Moth y le había dicho:

—Necesito a alguien que vuele conmigo en un Hawker Hart.

—¿Y me lo pides precisamente a mí? Búscate un compañero que te dure. Apuesto a que los

cadetes se pegarían por hacerlo.

—Pues yo me pegaría por que fueras tú —dijo Arman—. Quiero que me enseñes a pilotar de verdad.

Así pues, volaban en un biplaza cada vez que Wally encontraba la ocasión. Wally le mostraba a Arman todo lo que sabía de volar y Arman le mostraba a Wally que los silencios también podían ser agradables. Arman aprendía con una facilidad pasmosa: era una auténtica esponja, aunque no tuviera paciencia consigo mismo. Al volar, le inundaba una alegría callada y ensimismada. El *wing commander* Halliday le había dicho que tenía un talento natural y era indudable que estaba en lo cierto. El cuerpo magro y fibroso de Arman poseía la fuerza necesaria para dominar la máquina, tenía un ojo preciso y unas manos tranquilas y seguras.

Tan solo en contadas ocasiones Wally creía percibir una ligera inseguridad al mantener el equilibrio, pero, con toda probabilidad, solo se lo imaginaba y, de no ser así, terminaría por compensar ese error a fuerza de práctica. Arman no tardaría en sobrepasarlo y a Wally, entonces, no le cabía sino esperar que decidiera volar con otra persona.

La idea de hacerse con su propio avión era tentadora, pero en ese momento sería difícil que pudieran comprarse uno. Arman había olisqueado el riesgo de guerra como un sabueso al acecho. En cualquier caso, la Air Force había detenido la venta de aviones de guerra. «Por lo que parece, me marcho con las manos vacías», pensó Wally. Por motivos inexplicables, tenía un talento especial para que le tocara siempre el calcetín sin regalo.

Era uno de esos días con el aire húmedo y pesado en los que, sin embargo, no llovía, y apenas hacía viento. Wally se bajó del coche y notó el aroma a aceite de motor, del que disfrutaba de una manera extraña. Quizá a los veinte años se había figurado que tenía algo que ver con la libertad. Por aquel entonces acababa de fundarse la Air Force, él había vuelto de Mesopotamia y había sido capaz, al final, de plantarle cara a su familia. Aunque creía que aquel joven con sueños de altos vuelos estaba muerto y enterrado, el aroma a aceite de motor y el deseo de poseer un avión compartido con Arman Artsruni parecían devolverlo a la vida.

Todas las unidades habían concluido la instrucción del día y el campo de vuelo se ofrecía prácticamente vacío a sus ojos. Tan solo en el extremo opuesto de la pista quedaban un par de instructores mostrándole a una tropa de reclutas un caza bimotor de larga distancia y, frente al hangar, se alzaba una única máquina, un pequeño biplano de la producción de Hawker Aircraft. Por último, algo más apartado, un moderno monoplano de casi el doble de tamaño. Aunque el fuselaje y las alas estaban cubiertos de polvo, se podía deducir, por el casco intacto, que era nuevo. Un avión enteramente metálico y semimonocasco. La visión del aparato hizo que a Wally se le acelerara el corazón, como si volviera a tener diez años.

Acababan de encender el aparato por primera vez y el giro de la hélice iba muriendo poco a poco. Dos hombres se encontraban frente al morro… No, el segundo no era aún un hombre, aunque sobrepasara en altura al primero. Tenía un cuerpo como una mata de habas que hubiera tratado de crecer demasiado rápido y no hubiera adquirido suficiente fuerza. El hombre era el *wing commander* George Halliday; el joven, el sobrino de Wally, Seb. La portezuela se abrió y el piloto salió de la cabina.

Arman era de los pocos hombres que, aun con mono de piloto y gorra de cuero, seguían siendo inconfundibles. «*Handsome devil»,* pensó Wally sin ninguna envidia. Aquella extraña belleza amarga tan característica tanto de su rostro como de su manera de andar no era algo que

debiera envidiarse, pues con toda probabilidad surgiera del infierno en la tierra por el que había pasado. Algo capaz de conmoverte tan profundamente como, al mismo tiempo, de repelerte, había empujado a la humanidad, a lo largo de toda la historia o bien a idolatrar o bien a destruir a ese tipo de personas.

O ambas cosas.

Seb corrió al encuentro de Arman. Si había algo que Wally envidiaba de su amigo, era precisamente eso. Durante años no había visto a su sobrino hacer otra cosa que no fuera trotar o arrastrar los pies, y nunca había encontrado el tono adecuado con el que tratarlo. Pero Arman parecía lograrlo sin esfuerzo. Dejaba que Seb lo abordara sin mostrar ninguna emoción, lo que era el total opuesto al exceso de celo con que Wally trataba al muchacho. Precisamente por eso, Wally estaba convencido de que Arman sería un buen padre.

El *wing commander* Halliday fue el primero en darse cuenta de su presencia cuando el arqueólogo ya empezaba a sentir el aire otoñal en los huesos. Wally saludó, Halliday señaló a los demás que se encontraba allí y Seb se alejó al trote del lugar. Arman se aproximó a él mientras se quitaba las gafas.

—¿Lo has visto?

—«Saludos, Wally. Me alegro de que hayas podido venir», era lo que solía decirse en mis tiempos, pero está bien. ¿Qué debería haber visto?

—El Bristol Blenheim —dijo Arman—. Saludos, Wally.

Se dirigieron al avión. Reconoció entonces Wally en el morro y en la prolongación de las alas la típica construcción de un Blenheim, aunque ese aparato era notoriamente mayor en tamaño.

—Debe de tener un depósito gigantesco —sugirió.

—Cuatrocientos setenta galones —dijo Arman.

—Así que este es el nuevo, ¿eh? ¿El Mk II que se pretende utilizar como avión de reconocimiento?

Arman asintió.

—¿Y Halliday te ha permitido volar solo en él?

—No lo he dejado en paz hasta conseguirlo.

Wally se encendió un cigarrillo.

—¿Quieres cambiarte al Blenheim?

Cayó en la cuenta de manera repentina de que, en cuestión de días, todo aquello podía dejar de ser un juego de guerra. Cualquiera que volara como Arman tendría que someterse a examen prematuramente y unirse a un escuadrón que tomara parte de la lucha en los cielos. Según los rumores, la flota aérea alemana se componía de cuatro mil aviones de combate, cazas y aviones de reconocimiento. Los británicos, por el contrario, no tenían más de mil quinientos disponibles. Marnie Artsruni estaba esperando un hijo. ¿Qué probabilidades tendría aquel padre de volver con vida?

—No quiero cambiarlo —dijo Arman—. Quiero comprarlo.

—¿Qué es lo que quieres comprar?

—El Blenheim.

—¿Y qué más? ¡Saludos, señor megalómano! Ya que estás, pregunta a ver si el palacio de Buckingham está a la venta.

Arman comenzó a remover la tierra enlodada con la punta del zapato.

—El palacio de Buckingham no me gusta —dijo—, pero el Blenheim, sí. Tiene un depósito grande, adecuado para largas distancias y puede transportar hasta a cuatro pasajeros.

—¿Y para qué quieres tú un avión de larga distancia que transporte hasta cuatro pasajeros?

Arman se encogió de hombros, un gesto que había aprendido de Wally. Significaba: «No te molestes. No pienso decirte ni una palabra».

—Maldita sea, si no tenemos un poco de suerte, la semana que viene estaremos en guerra —bufó—. Mi museo me ha dado permiso para construir un túnel subterráneo bajo una biblioteca galesa para proteger manuscritos, ¿y tú crees que la Air Force va a ofrecer un aparato con tantas funciones como si fuera una ganga solo porque el señor Artsruni quiere un juguete con el que poder tirar bombas de verdad?

—No ha pasado las pruebas —dijo Arman—. No es lo suficientemente ágil para ser un monoplano. Bristol Aircraft ya está desarrollando un nuevo modelo.

—¿Y qué pasa con este?

—Lo van a probar de nuevo. Pero la Air Force se alegraría de quitárselo de encima.

La mirada de Wally vagó por la alargada superficie del aparato, no sin cierto anhelo.

—¿Para qué lo quieres?

—Para el triple de cosas que el Hart.

—Estás loco. Tu mujer va a tener un hijo y Hitler está marchando sobre Checoslovaquia. ¿Estás seguro de que este es el mejor momento para gastarte tanto dinero en algo ocioso?

—Ya me he gastado todavía más dinero en algo ocioso —dijo Arman—. Me he comprado una casa en Kent. Amarna y yo queríamos invitarte a que vinieras con nosotros este fin de semana. Nuestros vecinos también vendrán. Podemos jugar al críquet.

Wally lanzó un gemido.

—¿Te importa en algo que la gente te entienda? Alimentas durante años una obsesión por la guerra y ahora que estamos a punto de tener que pasar por ese mal trago te pones a planificar una partida de críquet con total tranquilidad.

Arman comenzó a juguetear con las hebillas de su mono.

—Pero, hombre, ¡que estoy hablando contigo!

—No estoy sordo —dijo Arman—. ¿Vas a venir a Kent? Es posible que todavía podamos evitar el mal trago. Chamberlain va de camino a Múnich para reunirse con Hitler.

Escupió al suelo. Wally contemplaba con creciente fascinación cómo era posible que un hombre con unos modales tan exquisitos estuviera comportándose de esa manera.

—Daladier también ha ido. Creo que le va a arrojar a Hitler los Sudetes como un hueso a un perro, para que este no pueda hacer otra cosa más que darse por satisfecho.

—Da la sensación de que estás convencido de ello.

—Estoy convencido.

Wally reflexionó. En aquella base no se percibía la más mínima señal de alarma. Halliday, quien tenía tomado el pulso a la situación con todavía más firmeza que el director del museo, estaba ocupándose de sus aviones sin inmutarse. El primer ministro Chamberlain era conocido por su repulsión a la guerra, y el primer ministro francés Daladier ya tenía suficientes problemas en su propio país. En caso de que ambos se sentaran a la mesa con Hitler, es posible que Arman tuviera razón sobre el resultado. Las pretensiones de los alemanes sobre los Sudetes no eran del

todo incomprensibles. Y si Hitler se contentaba finalmente con eso, el sacrificio merecería la pena.

—Está bien —dijo—. Vayamos a Kent. Pero no puedo jugar con vosotros sin *wicket keeper*.

—Seb será el *wicket keeper* —dijo Arman.

—¿Seb vendrá también?

—Y Rehan —respondió Arman—. Todos. Por mucho que Bülent se oponga.

—Pero ¿cómo de grande es la casa que te has comprado tan alegremente?

Arman se encogió de hombros.

—Lo suficiente. La he pagado con dinero suelto que me sobraba en el bolsillo. Solo que ahora no me llega para el Blenheim.

—Entonces, olvídate del Blenheim —dijo Wally—. Puedes venir aquí y volar tantas veces como te dé la gana.

—Pero no a donde yo quiero ir —porfió Arman—. Si no te interesa, dímelo.

—Y ¿qué harás entonces?

—Hipotecaré la casa.

Wally jadeó.

—¿Has hablado algo de todo esto con tu mujer? No soy capaz de imaginarme que te haya dado el visto bueno.

—No le he contado nada. Ya te lo he dicho.

Wally miró atentamente a aquel hombre a la cara y se dio repentinamente cuenta de que tenía un aspecto extraño. La marca de las gafas hacía que sus ojos parecieran aún más grandes, y la severidad inexpresiva de sus rasgos le recordó a las máscaras mortuorias de Urartu. Wally habría querido agarrarlo y agitarlo hasta devolverlo a la vida.

—¿Estás hablando en serio? ¿Pones en riesgo dormir bajo techo por una chiquillada y no te parece necesario hablarlo con tu mujer embarazada?

—Exactamente —respondió Arman.

—¿Es que se te ha subido el éxito a la cabeza? —gritó Wally—. No son pocos los que llevan ya tiempo temiendo que esto ocurriera, ¿sabes?

—Ah, ¿sí? —Arman arqueó sus oscuras cejas—. Alguien os lo debería haber advertido. El que mete un pedazo de mierda armenia en el salón no puede esperar que la alfombra siga estando limpia.

Wally le propinó instintivamente un bofetón. El horror de sus actos lo asaltó repentina y terroríficamente: había abofeteado como a un chiquillo a un hombre adulto al que admiraba más que a nadie en el mundo. Y sin ningún motivo racional. Arman ni se inmutó. Únicamente el tendón de la garganta se le tensó, las aletas de la nariz se le dilataron y la cicatriz bajo el ojo izquierdo se le estremeció. La mano de Wally comenzó a temblar. La sacudida se le extendió por el brazo hasta el hombro, como si quisiera tomar posesión de todo su cuerpo. A Arman se le enrojeció la mejilla. El temblor bajo los ojos se le volvió tan violento como el del brazo de Wally.

—Lo siento —graznó este.

—No pasa nada. —Arman apretó los puños hasta que los nudillos se le volvieron blancos—. Siempre y cuando seas consciente de que la próxima vez te devolveré el golpe.

Wally estiró la mano que le temblaba y observó, horrorizado, como su interlocutor le rehuía.

—Arman, por favor te lo pido, devuélveme el golpe. No habrá una próxima vez y esto me ha dolido más de lo que puedo expresar.

—No. —Arman alzó la mano; sus ojos ardían tanto como se estremecían sus mejillas—. A mí también me ha dolido. No debería haberte dicho todas esas estupideces.

—Ahora mismo te abrazaría —dijo Wally—. Pero entonces creo que sí que me ganaría un bofetón.

—No —respondió Arman, aún sin moverse—. Pero, de todas formas, no lo hagas, ¿de acuerdo?

Wally desvió la mirada del rostro tenso de Arman a su propia mano temblorosa y vuelta.

—¿Para qué necesitas el Blenheim?

Arman agitó la cabeza.

—No puedo decírtelo. Pero te prometo que no tocaré el dinero de Amarna.

—Estás loco. No tienes que rendirme cuentas de lo que haces con tu dinero —bufó Wally, aunque comprendió que eso era exactamente lo que había querido que él hiciera—. Soy tu amigo, Arman, y no me vuelvas a decir que no tienes ninguno. Bienvenido al club. Para estar solo no hace falta ser un huérfano armenio. Un cohibido burgués inglés también es capaz.

El rostro de Arman todavía se estremecía. Se volvió.

—Amarna está esperando un hijo mío —dijo—. Y Hitler no se va a detener. No quiero verme indefenso.

—Pero tú mismo has dicho que Chamberlain le dará suficiente como para dejarlo satisfecho.

—Al principio —dijo Arman—. Durante medio año o, quizá, uno entero, hasta que vea hasta dónde puede llegar con su Wehrmacht. Pero nunca parará completamente. No hasta haberlo destruido todo.

—¿Y por eso crees que necesitas una casa en Kent y un avión en el que quepan más de cuatro personas? ¿Y qué más, Arman?

Él se encogió nuevamente de hombros.

—No lo sé. Tu túnel en Gales, vuestra estación subterránea, todo lo que pueda conseguir.

«Ayudarlo o, como mínimo, apoyarlo resulta vergonzosamente difícil».

—Por desgracia no puedo darte la mitad del precio del Blenheim —dijo Wally—. ¿Te valdría con un tercio? Pero que no se te pase por la cabeza que pienso aceptar órdenes tuyas solo porque tú tengas metido más dinero.

—Jamás se me ocurriría algo así. No cuando ni siquiera quieres el aparato.

—Ya lo creo que lo quiero —dijo Wally—. De lo contrario, te habría dicho que el museo quiere comprar toda tu galería y probablemente eso te daría como para comprar media Air Force. Prácticamente sería cagar dinero.

—Meterlo en mi cuenta me resulta más apetecible.

—No aceptes —le pidió Wally—. Quieren exhibir tus esculturas en una exposición que sustituiría la colección oficial en caso de guerra para mantener la moral alta entre los londinenses. Serían un auténtico cebo para las bombas. Eso sería desperdiciar tu trabajo.

Arman se volvió y Wally se dio cuenta de que las luces se estaban apagando, de que el día llegaba a su fin. El rostro de Arman ya no parecía extraño, sino joven y aturdido.

—Claro que no sería desperdiciarlo. Si hay una guerra y mis bloques de piedra logran hacer feliz a alguien…

—Pero no quedaría nada de ellas —dijo Wally—. Aquello que hiciste para la posteridad acabaría convertido en polvo.

—No sé nada de la posteridad —dijo Arman—. Lo que a mí me gustaría sería enseñarle a mi hijo a jugar al críquet. Y a mi hija, también. ¿Se les permite a las hijas jugar al críquet?

—Me temo que no.

—Entonces quiero ver cómo le prohíben a mi hija jugar al críquet —dijo Arman—. Y al museo le vendería hasta mis pies si me pagara lo suficiente. Con dinero puedo construir un lugar para Amarna y el niño donde Hitler no pueda encontrarlos. Ni a Bülent o a Rehan o a Seb.

—Tus pies no les hacen falta —dijo Wally con voz ahogada—. ¿Sabes cómo se llama eso que tú tienes?

—No.

—Cleptomanía. También me has robado a mi Seb. Vete a casa, abraza a tu mujer, tómate un respiro en paz y disfrútalo. ¿Sigue en pie tu oferta de críquet en Kent?

Arman apretó los labios contra los dientes.

—No era una invitación. Era una orden. Iremos la tarde del jueves y llevarás a mis vecinos en tu coche.

Aquel fin de semana, no obstante, no jugaron al críquet, pues, al día siguiente, se acabó aquel veranillo provisional en pleno otoño que en ningún otro lugar podía ser más hermoso que en el sur de Inglaterra. Como sustituto, se inició un diluvio que en ningún otro lugar podía ser tan persistente. No obstante, durante dos días y medio aquel fin de semana se convirtió en un sueño que Wally nunca podría olvidar. Tan poco como el despertar que llegó con el domingo.

Arman había sustituido su deportivo Morgan por un Derby Bentley de techo cerrado en el que cabía su familia al completo, incluido Seb. Como la sobrealimentada hija de los vecinos quería ir con él en el coche a toda costa, Marnie se sacrificó y le cambió el sitio por una plaza en el coche de Wally. En él iban Dexter y Doris Taylor: el marido, un tipo sencillo con un empleo fijo en la central de gas; la mujer, una cotorra a la que los silencios de su marido le resultaban vergonzosos. Desde el mismo momento en que salieron de Regent’s Canal, Doris Taylor no dejó de hablar mientras la lluvia golpeaba los cristales tan incansable como inaudible.

—Así que Black Beauty ha comprado una casa en Kent para darnos una alegría —resumió, en un tono mucho más alto que el golpeteo de las gotas—. ¿A que es un detalle? Conozco a todo tipo de gente que se compra todo lo que puede y más, pero ciertamente no a alguien que con ello pretenda darme una alegría.

—Eso no es del todo cierto, Dee —murmuró su marido, que sostenía el equipo de críquet entre las rodillas.

Sin embargo, su mujer no lo escuchó y siguió parloteando.

—Quizá debería comprar alguna otra cosa. ¿No podría comprarse París? Ay, no. En París también llueve.

La casa era una combinación de finca rural y fortaleza encalada en blanco, a menos de cien metros del mar y lo suficientemente grande como para la renacida estirpe Artsruni. Detrás, se abría un terreno amplio y vacío que pertenecía a la propiedad y, a unos buenos cien metros de distancia, un granero aún más grande que la casa.

Marnie y Arman parecían los padres fundadores de un clan cuya imagen colgaría sobre la chimenea para las generaciones futuras. A la llegada, él salió del coche para ayudarla a ella a

salir del de Wally y la llevó al acantilado cercano entre el viento y la lluvia torrencial. Allí, él se paró y la abrazó con la espalda de ella apoyada en el pecho de él, la barbilla de él sobre la coronilla de ella, y el viento le agitaba a ella los rizos y la falda y, a él, sus cortos cabellos.

Entretanto, el viejo Bülent abrió la casa. Hablaba un inglés apenas comprensible, pero la tímida Rehan, de la que Wally había creído que ni siquiera entendía el turco, fue traduciendo palabra por palabra:

—Bülent dice que deberíamos entrar todos en la casa, que él se ocupará de que todos tengamos algo que beber aunque nos parezca un incordio. Y que nos agarrará a todos de la nariz si no dejamos cinco minutos en paz a Arman y Amarna.

La casa estaba llena a rebosar de comida y equipada con camas de plumas, leña, artículos de tocador, y contaba además con suficiente vino francés de Arman como para resistir un asedio. Arman y Marnie regresaron completamente empapados, en silencio y arrimados el uno al otro, y así permanecieron sentados toda la tarde. El rostro de Marnie, apoyado sobre el hombro de Arman, lucía pálido y cansado, algo en absoluto infrecuente entre las embarazadas. El resplandor del fuego se reflejaba en sus cabellos revueltos. Cuando ella se quitó los zapatos, él colocó los pies bajo los de ella para evitar que tocaran el frío suelo, y Wally se avergonzó de haberse quedado mirándolos.

Como el críquet quedaba descartado, jugaron a las charadas, al *bridge* y al *backgammon*. Doris Taylor preparó unos desayunos chorreantes de grasa y cocinó guisos para todos, mientras que Seb descorchaba botellas de vino como el señor de la casa. Era precioso. Wally nunca se había relacionado mucho con gente como los Taylor, pero eran personas tan amables y bondadosas que resultaba difícil ponerles algún reparo en algo.

—Si a Marnie y a Arman les gusta, entonces, a mí también —declaraba Doris, y con eso cualquier tema quedaba zanjado.

La tarde del viernes se sentaron todos en torno al receptor de radio recién instalado y escucharon las declaraciones de Chamberlain a su regreso de Múnich.

—En mi próxima vida también quiero ser primer ministro —dijo Doris—. Salir por la radio sería como un sueño para mí.

—Shhh, Dee —siseó su marido, y comenzó la transmisión.

El fuerte rumor de fondo le otorgaba a la voz de Chamberlain una resonancia metálica.

—Nosotros, el Führer y canciller alemán y el primer ministro británico, consideramos el Pacto de Múnich que se firmó ayer como un símbolo del deseo de nuestros dos pueblos de no volver a ir a la guerra el uno contra el otro —dijo el primer ministro—. Amigos míos, creo que esto significará la paz para nuestros tiempos. Váyanse a casa, les deseo a todos buenas noches.

El resto del discurso quedó amortiguado por los gritos de alegría y por el intento de cantar *And He's a Jolly Good Fellow* bajo la batuta de Doris, quien intentaba dirigirlos con el cucharón de cocina. El viejo Bülent miraba a su alrededor con escepticismo, a todas luces no muy seguro de lo que estaba ocurriendo. Rehan, que sostenía un paño de hilo verde en el regazo, sonreía porque todos los demás se alegraban. Arman y Marnie seguían arrimados el uno al otro, apoyados en el voladizo de una ventana. Arman sostenía el rostro de Marnie entre las manos y Marnie abrazaba la cintura de Arman. «Debería hacer una escultura de los dos —pensó Wally—. Debería llamarla *La pareja* o *Paz para nuestros tiempos*».

—Ya te dije que Hitler siempre consigue lo que quiere —exclamó Seb—. Ese viejo blandito

que tenemos nosotros no le llega ni a la suela de los zapatos. Él ha llegado y les ha mostrado lo que es la guerra y, ¿sabéis qué? Que me alegro.

—¡Cierra la boca, niñato descerebrado!

Wally lo agarró del brazo y cogió impulso. Sabía que apenas lo había abofeteado siendo niño y ahora le pegaba con demasiada frecuencia, pero no pudo reprimirse. Le resultaba demasiado atroz ver que el tranquilo niñito que fue se había convertido en esa inmadura mata de habas que no decía más que tonterías y trataba a patadas todo lo que era hermoso y digno de amar.

Arman alzó la mano, rápido como una centella, sin soltar a Marnie.

—No hagas eso —dijo con brusquedad—. En mi casa, no.

Wally bajó la mano.

—Y tú tampoco —le dijo Arman a Seb—. Alégrate todo lo que quieras, pero, en mi casa, Hitler es un criminal. Si tantas ganas tienes de vitorearlo, sal por esa puerta.

—Pero ¡él tiene razón! —La voz de Seb sonaba como la de un niño obstinado al que le estaba cambiando la voz demasiado pronto—. Los judíos han…

Arman acarició el cabello de Marnie.

—Por esa puerta —dijo, con voz peligrosamente serena—. Aquí dentro, ni una palabra más.

Jordan, la hija de los Taylor, cuyas redondeces infantiles se le marcaban bajo la falda, se levantó del sillón y se colocó junto al muchacho.

—Si tienes que salir, saldré contigo, Seb.

—¡No te metas en esto! —gruñó Seb y después, volviéndose a Arman, dijo—. Ahí fuera está diluviando.

—No me importa lo más mínimo. —Arman alzó el rostro aún húmedo de Marnie y le colocó el pelo tras las orejas—. Además, alguien tiene que salir a recoger la leña.

—¡No soy tu criado! —exclamó el joven.

—No —dijo Arman—. Ni yo el tuyo.

Indeciso, Seb dejó caer las manos, se hizo crujir los nudillos y paseó la mirada, impotente, por la habitación.

Arman alzó el rostro de Marnie y la besó en la frente. Después, se dirigió hacia la puerta de la estancia y se giró hacia Seb.

—¿Me ayudas?

Seb dudó solo un segundo y después salió disparado, aliviado. Arman sostenía la puerta.

—¡Espera!

Rehan se levantó de golpe de la silla mientras sostenía en alto el tejido verde. Se trataba de un jersey bastante amplio. Se dirigió con pequeños pasitos hacia la puerta y se detuvo frente a Arman. Él la miró interrogante.

—Siempre tienes frío —dijo.

Arman se quitó la chaqueta y se puso el jersey. Abrió ligeramente los brazos, Rehan se recostó sobre su pecho y él la abrazó. Seb los observó fijamente. Arman peinó a Rehan con los dedos como si fuera una niña. Las palabras que le susurró a continuación estaban en armenio, lo que mantuvo a los demás a distancia. Entonces, se separaron. Arman y Seb dejaron la habitación y Rehan volvió a su rincón y le dio a Marnie la chaqueta de Arman.

—Espero que tengas trillizos por lo menos —dijo Doris a Marnie—. La guerra no sería nada comparada con eso.

Después de eso, todo cambió. Fue mucho más bonito. Como si la tarde del discurso de Chamberlain hubiera convertido a una banda mal avenida en una especie de clan. El sábado la lluvia remitió algo y eso les permitió explorar un poco aquel terreno azotado por el viento, así como bajar al *pub* a mediodía para comer. Antes de marcharse el domingo, los hombres quisieron acudir al granero a inspeccionarlo y reparar los daños, pero, tras el desayuno, Marnie se había dirigido a Wally y le había dicho:

—Eso es justo lo que tu mano izquierda no necesita. Vayamos a dar un paseo.

—¡Pero si está lloviendo a mares!

—Ya lo sé, maldita sea. Y en París probablemente también —dijo—. Tengo que hablar contigo. Ven.

Él la siguió con dos paraguas.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Wally cuando llegaron al acantilado, ya que durante el trayecto hasta allí Marnie no le había dicho ni una sola palabra.

Salvas de lluvia golpeaban el mar como una ronda de disparos.

—Esa conocida tuya —dijo Marnie—. La doctora judía… ¿Sigues en contacto con ella?

—¿Lilly Greenstein? —dijo Wally—. Sí, por supuesto, es muy amiga de mi madre. Ha visitado tu exposición con frecuencia y se ha lamentado por haberte dejado escapar.

—Tengo que hablar con ella. —Marnie se detuvo y observó la grisácea superficie del agua, agujereada por la lluvia—. ¿Todavía pertenece a ese comité que quiere sacar a niños judíos de Alemania?

—No hablo con ella de esas cosas —señaló Wally—. Pero sí, creo que no lo ha dejado. Aunque la situación legal es complicada, no se puede traer aquí a un niño tan fácilmente…

—Ella buscaba a gente que acogiera a niños —le robó Marnie la palabra—. Quiero apuntarme. Un amigo de Berlín me ha pedido que ayude a la hija de unos conocidos.

Estaba aún más pálida que el día de la llegada. Tan pálida que Wally se asustó.

—¿No prefieres esperar? Por lo que sé, la cuota se ha cubierto y ya no entran ni niños ni adultos procedentes de Alemania.

—Quiero a un niño en mi casa.

Wally se rio con risa algo forzada.

—Bueno, no tardarás en cumplir ese deseo. Vuestro primogénito está en camino, ¿no es cierto?

Ella se giró hacia él, con el rostro descompuesto en una expresión que prácticamente la desfiguraba.

—Lo cierto es que no. No estoy embarazada.

Walter dio un respingo.

—¿Quieres decir que has tenido un aborto? ¿Has perdido al niño y no le has dicho nada a Arman?

—No —respondió ella—. Nunca he esperado un niño. Esa mujer del semanario le dijo a Arman que iba a ser padre y, para él, fue como si todo lo que se había destruido en su vida volviera a recomponerse. Así que le he mentido y me he mentido a mí misma pensando que, si lo repetía las suficientes veces, terminaría por hacerse verdad. Pero no se ha hecho verdad. No estoy embarazada y no me he quedado embarazada en estos siete años de amor. Soy un cacharro roto que no sirve para nada.

17
WILMA.
BERLÍN. NOVIEMBRE DE 1938

—¿Sabes lo que vamos a hacer ahora mismo para quitarnos de encima este tiempo de perros que se cala hasta en los huesos, *mon chou?* Nos vamos a hacer dos tazas gigantescas de *chocolat chaud*. La mía, un poco «alegre» y la tuya, no, pero las dos con una montaña de nata encima.

La niña, con el chubasquero chorreando, se sentó junto a la barra sin quitarse la prenda de encima. Apenas levantó la mirada: directamente se dispuso a continuar con una pintura roja el dibujo que había dejado sin concluir por la mañana.

En otros tiempos, la misma propuesta hecha por Wilma habría recibido una oleada de órdenes procedentes de la boquita de Chaja: «A mi chocolate no le eches nada de ese asqueroso cardamomo; mejor ponle canela, dos cucharadas enteras, y…». Pero ahora, Chaja se limitó a decir con voz queda: «Como quieras», y a seguir pintando, apretando la pintura roja con tanta fuerza contra el papel que llegaba a romperlo.

Wilma no tenía ni idea de niños. Cualquier criatura que se pringara la cara de comida, lloriqueara en tono dolosamente agudo y no bebiera alcohol le resultaba sospechosa. Solo conocía a Chaja, pero no hacía falta ser un experto en psicología infantil para comprender que le pasaba algo. Chaja se había paseado por Berlín sobre sus diminutas piernas como una *mademoiselle* «Tengo todo lo que quiero», como una *femme fatale* en formato de bolsillo que nunca estaba satisfecha con nada. Ahora se pasaba el día agachada, sentada dondequiera que la hubieran dejado, garabateando durante horas sobre un papel y, cuando alguien le hablaba, respondía como un perrito amaestrado.

Lo más absurdo de todo era que desde que Chaja se encontraba mal, Wilma se sentía rodeada de niños que se encontraban mal. De los mocosos de la judía del este hasta la pequeña de grandes gafas de su otorrinolaringólogo, al que ya no se le permitía tratar a pacientes arios. En la oscuridad de aquella tarde de noviembre los rostros de multitud de niños destacaban como fogatas, con los ojos alzados en una mirada acusadora: ¿En qué estabais pensando? ¿Por qué estáis convirtiendo nuestro mundo en este montón de mierda?

«Laissez-faire» era el lema de Wilma. Vive y deja vivir.

«No me gustan las verduras, así que no me metas en berenjenales», le había dicho a Eva, había escuchado las lamentaciones de sus parroquianos sin inmiscuirse y todo lo que le había entrado por una oreja, le había salido por la otra. Así se ganaba una la vida como tabernera: ofreciendo el hombro para llorar, pero sin compartir ni una lágrima. Habría preferido seguir así; Wilma Duvenage, la que había dejado ya atrás la parte más dura de su vida y pretendía pasarse lo que le quedaba de ella bebiendo Pernod con una sonrisa de suficiencia. Pero mantenerse al margen no era tan fácil cuando había niños de por medio. Ni siquiera para alguien a quien no le

gustaran los niños.

El instinto, al parecer, empuja a los seres vivos a proteger a los más jóvenes de su especie. A Wilma la había mordido una gata en una ocasión en que había tratado de sacar una camada de su sótano a la calle. El mordisco se le había inflamado y la cicatriz seguía hoy en su pulgar.

Wilma contempló la cicatriz hasta que se le volvió borrosa y empezó a pasar revista a las imágenes del día. Al mediodía había ido al zoo con Chaja. Habían leído en un cartel que aquel día todos los niños berlineses recibirían un cestillo de cacahuetes para poder ofrecérselo a los monos. A Chaja le encantaban los monos. No iba a ninguna parte sin la bestia de peluche que *Agonías* Fidelis le había regalado. Los judíos ya no podían ir al zoo, pero el guarda de la puerta se había conformado con mirar la tarjeta de Wilma. La idea de que una aria pudiera llevar de paseo a una niña judía ni se le pasó por la cabeza.

Durante un buen rato, Chaja volvió a ser Chaja y bromeó y se cameló a los monos igual que solía bromear y camelarse a la gente. Wilma respiró hondo. Le había pedido a Eva que no le plantara en su vida una de esas personas en miniatura, pero, como Eva no la había escuchado, ahora ahí estaba Chaja. «Y ahora tenemos la puñetera obligación de cuidar de ella —pensó Wilma—. Si nosotros decidimos destruir el mundo, es problema nuestro, pero no tenemos derecho a robarles a los chiquillos la posibilidad de construirse uno nuevo».

A la salida, habían comprado una bolsa de papel verde con dátiles caramelizados y habían vuelto a casa bajo la lluvia. En la plaza Savigny había un vendedor de periódicos que, en plena tiritona por el chaparrón, seguía cantando los titulares del *Völkischen Beobachters:* «¡Disparos en la embajada alemana en París! El *Führer* anuncia nuevas medidas sobre la cuestión judía».

Cada vez que Wilma oía la palabra *París* le sobrevenía una melancolía cercana a la nostalgia. Solo había estado un par de veces en París, con Eva y Serner, pero la ciudad del Sena casaba mejor con ella que la aldea de vacas en la que había nacido. Incluso se hacía traer los cigarrillos desde allí porque el tabaco de niñas que fumaban en Alemania no le hacía ni cosquillas. Habría querido comprarle a aquel muchacho el periódico para leer lo que había ocurrido en París, pero no compraba el *Völkischen Beobachters* por principios.

En la esquina de la Bleibtreustraβe se toparon con el verdulero que, en las escaleras bajo el toldo de su local, vaciaba sus cajones de restos en mal estado. La judía del este y sus hijos habían estado esperando ese momento para asaltar los desperdicios y recoger las verduras del bordillo. Tiempo atrás, habían sido numerosos los mendigos que se habían peleado por unos cuantos corazones de col y unas zanahorias, pero, desde las operaciones policiales de junio, en las que se había arrestado y limpiado las calles de «vagos», solo se atrevían a presentarse por aquella concurrida plaza los que no podían hacer ninguna otra cosa.

Eso le ocurría a la judía del este, a cuyo marido habían deportado y que tenía que sacar adelante a sus hijos. Estaba cansada y se arrastraba, de rodillas, de un tubérculo a otro. Los dos muchachos recogían con avidez todo lo que podían, pero la pequeña, cuyo rostro Wilma no podía mirar sin sentir que el chaparrón le azotaba la espalda, permanecía quieta y callada a un lado. A pesar del frío, vestía unos pantalones cortos de color negro, probablemente heredados de sus hermanos. Una pandilla de las Juventudes Hitlerianas, que apareció marchando tras su monitor entre sonoras zancadas, también lucía el mismo tipo de pantalón. Wilma miró aquellas rodillas azules de frío sobre las pantorrillas finas como cerillas y se preguntó si nadie se reiría nunca de aquellos mocosos.

Solo se lo preguntó un segundo. Enseguida el monitor propinó un empujón a su escuálido vecino y este bramó:

—Mirad ahí, judíos. ¡Y están deshonrando uniformes alemanes!

—¡Y robándoles comida a los alemanes! —graznó un niñato a su espalda.

«No te entrometas —se suplicó a sí misma Wilma—. Ya estás cargando con una niña que te da todos los problemas del mundo». Chaja se aferró a ella, sus deditos se le clavaban a Wilma en la piel a pesar de las capas de tela.

El escuálido y el niñato se lanzaron sobre ellos. Sus camaradas fueron cayendo después, como fichas de dominó, y rodearon a la judía y sus hijos. La mujer trató de arrastrarse de rodillas, agarró a sus hijos y perdió el botín que se había guardado en los bolsillos. Las remolachas se desparramaron por el adoquinado húmedo dejando una marca roja como la sangre. Uno de los chicos de la banda le propinó a la mujer una patada en el costado, lo que la hizo volcar.

«No te entrometas —se imploró de nuevo a sí misma Wilma—. Si nadie monta jaleo, se darán por satisfechos y se marcharán, y tú podrás ofrecerle ayuda a la mujer. No se ha chocado contra el bordillo de piedra, así que no le habrá pasado nada». Chaja, apretada contra su costado, permanecía rígida como una piedra.

—¡Maldita puta judía! —gritó el escuálido mientras propinaba una nueva patada a la mujer —. ¡Esto va por Erwin vom Rath!

—Ernst —lo corrigió otro antes de golpearla, a su vez.

La muchacha a la que Wilma no podía mirar a la cara gritó, agarró al chico del brazo e intentó apartarlo de su madre, a pesar de ser tan pequeña. El granuja sacó la porra que llevaba colgada del cinturón y la alzó.

«No te entrometas», se imploró Wilma. Y corrió en pos de ellos. Chaja, aferrada a sus piernas, casi la hizo tropezar.

—¡Ya está bien, niñatos idiotas! ¿Es que vuestras madres no os dieron suficientes azotes como para enseñaros buenos modales?

Saltó para bloquear el golpe, pero la porra se desvió y le dio a la niña en el hombro. Esta se desplomó. Wilma gritó y mordió al tipo en aquel antebrazo desnudo y pecoso.

—Pero ¿es que estás loca, bruja gorda? —voceó el chico dejando caer la porra.

Wilma agarró a Chaja, la echó a un lado y se dirigió al monitor.

—¿Es esto lo que estos mocosos aprenden de usted? ¿A pegarles a mujeres y a niños? ¿Debería llamar a la policía?

—La policía te escupirá a la cara, vaca asquerosa —gritó el chico mordido—. Al hoyo con los judíos. ¡Venganza por nuestro hombre caído en París!

—Cierra la boca —le ordenó el monitor—. Vamos, vamos, seguid, aquí ya no hay nada que hacer.

A Wilma le latía el corazón con fuerza mientras contemplaba, incrédula, como la pandilla continuaba su camino a paso marcial. Chaja fue la primera que la sacó del trance cuando se apartó, tiritando, de su lado. La humedad le traspasaba el abrigo y la blusa hasta llegarle a la piel. La judía y sus hijos debían de estar empapados.

Chaja se dirigió hacia la niña, que era casi una cabeza más pequeña que ella. «Vuelve a ser Chaja —pensó Wilma, como antes, en el zoo—. Libre de toda esa timidez, llena de curiosidad

por lo que la rodea».

—La col apesta —dijo y le tendió a la niña la bolsa con los dátiles—. Esto está más rico.

La niña no solo no se levantó, sino que se hizo un ovillo en el suelo. Miró a Chaja con unos ojos gigantescos que hicieron que Wilma se estremeciera.

—¿No te gustan los dátiles? —preguntó Chaja.

En lugar de responder, la niña extendió la mano y cogió la bolsa. Como una centella, se echó a la boca un puñado de dátiles que le hincharon las mejillas. La madre, aún arrodillada entre los desperdicios, dijo algo áspero y reprobatorio que Wilma no entendió. Era *yiddish*. Tiempo atrás solía oírse con frecuencia por la zona. La mujer reprendió, a su vez, a los muchachos. La niña dejó de masticar, como reflexionando sobre si debía escupir lo que tenía en la boca para repartirlo con los hermanos.

—Déjela —dijo Wilma y, agarrando el monedero, le dio el dinero suelto que encontró—. Cómpreles también a sus chicos algo dulce.

La mujer aceptó el dinero y se lo metió en el bolsillo de la falda. Miró a Wilma como su hija había mirado a Chaja, solo que sus ojos no eran tan grandes.

—¿Necesita ayuda? —preguntó Wilma—. ¿Un médico?

La mujer negó con la cabeza.

—¿Por qué esos chicos han sido tan malos? ¿Por qué te han pegado? —le preguntó Chaja a la niña.

La pequeña no respondió. Un reguero pardo de jugo de dátiles le escurría por la comisura del labio.

—Somos judíos —dijo la madre en un alemán que se arrastraba como si pesara una tonelada —. Judíos reciben golpes.

—Bobadas.

Wilma agarró a la mujer por los hombros, que le parecieron frágiles como el cristal, y la levantó. Le colocó la chaqueta de lana empapada y le abrochó los botones.

—Váyase a casa con sus hijos. ¿Dónde vive?

La mujer señaló la calle a la que se dirigían Wilma y Chaja.

—¿En la Bleibtreustraβe? Entonces, vamos. Nosotras también vamos hacia allá.

Wilma cogió a la mujer del brazo para que se apoyara en ella y Chaja hizo lo propio con la hija. Los dos muchachos las seguían con los brazos llenos de verduras aplastadas. No habían avanzado mucho antes de que la mujer se sacara una única llave de la falda y señalara la puerta de un sótano.

—Esa es casa.

La niña se soltó del brazo de Chaja y corrió hacia sus hermanos. La lluvia que caía de su capucha le empapaba el rostro a la mujer.

—No vaya más a Savignyplatz —dijo Wilma—. Mejor no pase por ninguna de esas plazas atestadas de gente. Me llamo Wilma Duvenage, soy la dueña del bistró Babeurre. ¿Me conocen? —añadió y señaló hacia la calle.

La judía asintió.

—Por las noches suelen sobrarme cosas que no he podido vender. Leche, pan, algunas galletas. Si tienen hambre, prométame que vendrán a verme. Por favor, no salga más a la calle a mendigar.

Wilma no sabía si de verdad le sobrarían pan o galletas. Últimamente apuraba cada penique hasta hacerlo relucir. Tampoco era una persona naturalmente bondadosa y de todas formas nada de lo que hiciera sería suficiente para ayudar a la judía. Ya no pudo seguir hablando. Incluso alguien como Eva habría puesto pies en polvorosa antes de seguir hablando. A Wilma se le secó la boca. No quería seguir viendo a la judía, que tiritaba frente a ella. Necesitaba con urgencia un Gauloise y una copa de Pernod.

Mientras daba los últimos pasos, Chaja tiraba con fuerza de su brazo. Abrió la puerta, nerviosa, y se hundió con presteza en la humeante calidez de las cuatro paredes de su propiedad. Chaja volvía a estar tranquila, se sentó y siguió dibujando con la pintura roja. Con la mano libre jugueteaba con una estrella de David de oro blanco que Wilma no le había visto nunca en el pasado, pero que ahora siempre llevaba encima. Wilma se quitó el abrigo mojado y entró en la lata de sardinas que tenía por cocina para preparar el chocolate caliente. El primer Gauloise se lo fumó tan rápido que prácticamente se lo bebió.

Entonces se abrió la puerta. La campanilla que Eva y Serner le habían regalado resonó. Pensó que sería Eva y salió a la sala. La idea de que fuera un cliente ni se le pasó por la cabeza, aunque el bistró permanecía abierto durante toda la tarde. Realmente no pensaba en nada, solo sentía alivio. Llevaba días sin ver a Eva y, mientras tanto, Chaja dormía en el cuarto de atrás, lo que la ponía furiosa, pero, sobre todo, le hacía experimentar un miedo creciente.

—Tengo que hacerlo —le había dicho Eva—. Tengo que descubrir qué ha sido de mis cuadros, igual que tendría que descubrir qué habría sido de ti si hubieras sido tú la que hubiera desaparecido.

«Pero yo no estoy hecha de papel», había estado a punto de responder Wilma, pero eso habría sido injusto, además de una tontería. Eva no estaba bien. Desde que había descubierto que habían quemado parte de su obra, su voz carecía de tono y siempre hablaba con la misma modulación monocorde.

—Es como si, con cada pintura que se pierde, algo en mi interior se volviera insignificante —había intentado explicarle—. Si abandono el par de ellas que quizá aún queden por ahí, ya no quedará nada de mí. Por favor, tienes que comprenderlo.

¿Cómo iba Wilma a poder comprenderlo? Ella se dedicaba a las tostas de manteca y al aguardiente, no al arte, y tenía miedo. No sabía exactamente lo que estaba haciendo Eva y tampoco estaba muy segura de que quisiera saberlo. Se reunía con gente que conspiraba contra los nazis por lo que le habían hecho a aquellos cuadros. Por todo lo que los nazis hacían. E iban desapareciendo, uno tras otro.

—*Bijou* —se le escapó a Wilma.

Sin embargo, en el bar solo se encontraba Paul, sobre un charco de agua que se le había formado bajo el abrigo. Una mirada y un gesto de la cabeza les bastó para entenderse.

«¿Está Eva por aquí?».

«No. Hace días que no».

Chaja no debía oírlos, no debía asustarse. Sin embargo, Wilma se preguntaba de cuánto era ya consciente, tan callada y atenta como estaba allí sentada. Antes, cualquier desconocido se volvía loco al encontrarse con aquella niña tan despierta.

—Traigo los papeles —dijo Paul—. El conocido mío en Londres ha enviado el aval por la niña de Eva.

—Shhh —chistó Wilma y señaló a Chaja con la barbilla.

La pequeña seguía enfrascada en su dibujo rojo. Siempre estaba igual. Paul bajó la voz.

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar a solas?

—*Merde alors*, ¡que se nos quema el chocolate! —exclamó Wilma mientras agarraba la manga de Paul y lo arrastraba de pronto a la repleta cocina.

Odiaba tomar a Chaja por tonta, pero lo cierto era que el chocolate se le estaba quemando de verdad. Una costra carbonizada recubría los fuegos.

Paul tosió. Ignorándolo, Wilma cerró la puerta.

—Ya puedes hablar.

Se estaba tan estrecho que la barriga de ella le apretó a él las caderas.

—De momento no hay visado —dijo Paul—, pero la gente de la organización está presionando al gobierno. En caso de que tengan éxito, la hija de Eva debe estar lista para salir de inmediato, pues hay diez mil niños optando a la plaza. Trae el aval mañana por la mañana junto con la solicitud a la asociación judía para dejarlo todo dispuesto.

—Falta la firma de Eva en la solicitud —dijo Wilma, átona—. ¿Debería falsificarla?

Paul se quedó petrificado.

—Creía que le habrías explicado a Eva que tenía que firmarlo.

—¿Y cómo se supone que iba a poder explicarle nada, señor *Listo?* ¿La ves por alguna parte? ¿Crees que la tengo escondida en el horno? No tengo ni puñetera idea de dónde está, y, si apareciera, no sería para hablar contigo.

Wilma enmudeció de pronto, sin nada que decir. Ya había hablado demasiado con demasiada frecuencia.

—Me da igual cómo —dijo Paul—, pero Eva y la niña tienen que salir de aquí. Tengo miedo, Wilma.

—Yo también —murmuró Wilma, quien repentinamente se puso a buscar a tientas la cajetilla de Gauloises y sacó uno—. Y eso que fuiste tú el que me dijo que no tenemos que ponernos siempre en lo peor.

Él se encogió de hombros y continuó la broma.

—Eso era cuando yo era un tipo con la cabeza enterrada en la arena —dijo—. Desde entonces tengo la sensación de que mi cabeza es una auténtica peonza. ¿Conoces la epopeya de *Gilgamesh?*

—Me cago en diez, pues no. ¿Qué crees que es esto? ¿El aula de tu facultad?

—Algunas versiones de *Gilgamesh* tienen probablemente más de cinco mil años de antigüedad —dijo Paul sin inmutarse—. Y en todas las conocidas aparece mencionado el Diluvio Universal que ya conocemos por la Biblia.

—Eso tú, a lo mejor. A mí, para perder el tiempo, no me hace falta ninguna Biblia.

—Los investigadores se han estado preguntando por qué los pueblos de Oriente Medio tienen en común semejante tipo de narración —prosiguió Paul—. Una historia en la que el dios de toda la humanidad aparece reflejado como una especie de genocida divino, por así decirlo. Y, entre tanto, se ha dado por supuesto que semejante catástrofe tuvo que producirse de verdad. Las generaciones que compartieron las historias sobre el Diluvio no sabrán nada de lo que fue, pero sentirán un miedo instintivo cuando una tormenta se desencadene sobre ellos: hay algo ahí afuera acechándonos y es lo suficientemente poderoso como para arrollarnos. Ya ha ocurrido una vez,

no estamos a salvo.

—¡Para! —lo interrumpió Wilma—. Se me pone la carne de gallina cuando dices esas tonterías.

—¿Puedes darme uno de tus cigarrillos? —preguntó Paul.

Wilma le acercó la cajetilla.

—Ese conocido mío, al que llamáis «el Turco» —dijo él mientras chupaba el Gauloise y rompía a toser—. En realidad, no es turco.

—¿Y eso a mí qué me importa? ¿Qué es? ¿Negro bantú?

—Armenio —dijo Paul.

—Sí, ¿y? ¿Tiene eso algo de malo? ¿Se dejan crecer una cola o comen niños pequeños para desayunar? Aunque no me he topado nunca con ninguno, por aquí antes solía entrar y salir todo tipo de gente.

—Nunca te toparás con ninguno —dijo Paul—. A menos que vayas a Armenia. Los armenios occidentales, que vivían en una región de lo que hoy es Turquía, ya no existen. El pueblo entero fue aniquilado al final de la Gran Guerra.

Chupó el cigarrillo. La mirada de Wilma se deslizó de la nube de humo al rostro del hombre.

—Debes de estar exagerando —murmuró ella—. Las personas no son como las ratas. Ni siquiera ese loco del bigotito se atrevería a exterminar una raza entera.

—Quizá los armenios pensaran lo mismo —dijo Paul—. «Tranquilicémonos, vamos a esperar, las cosas no se pondrán tan mal, las personas no son como las ratas». El padre de ese al que llamáis «el Turco» era un reconocido científico. Confió en que su posición lo mantendría a salvo, que nadie le pondría una mano encima. Eso le costó la vida a su familia. Creo que su hija tenía una edad similar a la de la niña de Eva.

Algo aferró el corazón de Wilma como un cepo de gélido metal. Una pregunta le vino a la mente no sabía muy bien de dónde, y no pudo reprimirla:

—Paul, ¿quién es Erwin vom Rath?

—Ernst —le corrigió Paul igual que antes lo había hecho el Nazi—. Un secretario de la embajada alemana en París al que disparó un intruso. Un intruso judío. Un muchacho de diecisiete años cuyos padres probablemente fueran víctimas de las acciones tomadas en Polonia.

—¿Qué acciones tomadas en Polonia? Últimamente ya no leo los periódicos: me da sarpullidos de puro asco.

—Diecisiete mil judíos de origen polaco —dijo Paul con voz sorda—. Desde hace dos semanas los están expulsando hacia Polonia, aunque allí habrán aceptado como mucho a una cuarta parte. El resto está en tierra de nadie, sin camas, sin tiendas de campaña. Son grupos de personas mayores. Probablemente ese chico de diecisiete años perdió la cabeza y es muy posible que cualquier persona en su sano juicio también la hubiera perdido si hubieran tratado así a sus padres.

Wilma sintió de pronto la necesidad de apoyarse en él. En aquel momento, le parecía la única persona cuerda en un mundo que había perdido completamente la razón.

—¿Tú lo harías, *Paulchen?*

Paul agitó la cabeza.

—Yo soy un cobarde. Me encantaría agarrar a cualquier nazi capaz de atacar a un anciano y ver qué hacía cuando se enfrentara a alguien de su tamaño. Pero me falta el coraje. Por eso

intento llevar a Eva y a su hija a Inglaterra. Es lo único para lo que sirvo.

Wilma le acarició la cara, la piel empapada, ya fuera de sudor o de lluvia.

—Comparado con Serner y con Fidelis, eres un auténtico héroe.

Él sonrió débilmente.

—Crees que Hitler utilizará todo este asunto del secretario en París para asestar su siguiente golpe, ¿verdad?

Paul asintió.

—Si Ernst vom Rath muere, se desatará el Diluvio Universal. Solo que esta vez nos faltará el arca para poder llevar a dos de cada especie hasta el monte Ararat.

—Y mientras tanto, los extranjeros siguen ahí sentados, tan cómodamente, como en aquella conferencia de Evian —dijo Wilma—. Nuestros judíos les importan tan poco como los checos de los Sudetes. A tus armenios les ocurrió lo mismo, ¿verdad?

—¿Sabes lo que Talat Pashá, el ministro del interior del Imperio otomano, le espetó a un embajador? —preguntó Paul—. «¿Qué quiere usted decir con lo de la "cuestión Armenia"? En Turquía ya no queda ningún armenio».

Wilma, que tenía un estómago duro como el acero, sintió tal náusea que tuvo que apagar el Gauloise.

—¿Qué podemos hacer? ¡No podemos quedarnos aquí sentados sin hacer nada!

Paul carraspeó.

—Wilma —dijo—. Estoy demasiado harto de ser un cobarde que se sienta y no hace nada. No puedo apalear nazis, pero, si quieres, puedo falsificar la firma de Eva en la solicitud.

Había algo que Wilma adoraba de la vida aunque esta se comportara como una auténtica arpía: siempre lograba hacerle reír.

—Nuestro *Paulchen* convertido en un ladrón de identidad. Si no fuera porque la frase me recuerda a ese cerdo de Serner, te diría que no es el papel que más te cuadra.

—¿Y cuál es el papel que me cuadra?

—El del típico sabio despistado —respondió ella—. Uno de esos científicos raros que quieren encontrarle explicación al mundo mientras este se hunde.

—¿Y qué pasa si no son capaces de encontrarle explicación? ¿Para qué sirven entonces?

Wilma pensó. Era una tabernera, la dueña de un bar, a pesar de que insistiera una y mil veces en llamar «bistró» a ese almacén de patatas que tenía por negocio. Incluso en los malos tiempos, siempre habría borrachos. Sin embargo, para él, que se había pasado media vida haciendo codos detrás de un pupitre, intentando comprender el comportamiento humano, todo aquello debía parecerle algo así como el bocio: un forúnculo. Un fallo de construcción. Sacó otros dos Gauloises y se llevó uno a los labios.

—Si hay alguien que deba falsificar la firma de Eva, esa soy yo. Pero no puedo hacerlo. Eva confía en mí y, joder, está totalmente sola ahora mismo. Si me llevo a su hija contra su voluntad, será como si la hubiera traicionado.

Él asintió.

—Esperaremos un par de días más, quizá recupere el sentido común. Me mantendrás al día, ¿verdad?

—Puedes estar seguro de ello.

Lo acompañó hasta la puerta y se llevó a la cama a Chaja, quien había vuelto a dormirse en la

barra. Después atendió al puñado de clientes que se habían refugiado de la tormenta en el bar y siguió despierta durante horas, en guardia, escuchando en la oscuridad.

Al día siguiente, Wilma se sintió entre las estrecheces del bistró como un animal en la jaula del zoo. Quería salir, quería correr a la asociación judía y hablar con alguien que supiera valorar los riesgos. Una y otra vez cogía el abrigo para después volver a dejarlo en su sitio. No podía perder la oportunidad de hablar con Eva en caso de que ella volviera. Además, prefería no llevar a Chaja allí. Eso habría agitado a la niña y allí afuera, en las calles, estaba cociéndose algo lo suficientemente grande como para arrollarla.

«Esto ya ha ocurrido, no estamos a salvo».

Colgó el cartel de «Cerrado» en la puerta y echó el cerrojo. Su puerta, que siempre estaba abierta, como las de cualquier umbral en la vida callejera de un día soleado en París. Solo que en esos momentos probablemente en París también hiciera un tiempo de perros. El ruido que se oía por la rendija del portón ¿no era diferente al de otros días? «Estás perdiendo la chaveta —se reprendió Wilma a sí misma para hacerse entrar en razón—. Estás perdiendo la razón, *vieille bique*, estás perdiendo la razón». Conforme el turbio atardecer iba desperezándose y el amarillo de las farolas comenzaba a aparecer por la ventana, fue agotándosele la paciencia.

—Tengo que ocuparme de una cosa —le dijo a Chaja—. No tardaré mucho en volver y entonces nos untaremos un montón de tostadas.

Chaja asintió y afiló el lápiz.

—Espérame aquí, ¿me lo prometes, *mon chou?* No te vayas a ningún lado.

Aquello no tenía ningún sentido. Chaja no era una mocosa atontada, sino una pequeña camarada con la que se podía hablar como con cualquier persona razonable. Wilma se puso el abrigo por quinta vez en lo que llevaba de día. Después, se volvió de nuevo.

—No, *mon chou*, este no es un buen sitio.

Se arrodilló y abrió la trampilla que daba a la escalerilla de la bodega. Antaño solían tirarse allí las patatas estropeadas y el ruido de los tubérculos al caer debía de haber sonado como un auténtico torrente.

—¿Puedes esperarme allí abajo? Junto al barril de pepinillos, ¿qué me dices? No me pongas esa cara de horror: ya no eres una niña pequeña y, además, puedes pillar todos los pepinillos que quieras.

Definitivamente, había perdido la razón. Pero Chaja era una adulta en miniatura que ya se había acostumbrado a que los demás se comportaran como si les faltara un tornillo. Abrazó su monito y dejó sin protestar que Wilma la ayudara a bajar las escaleras. Wilma la besó, cerró la trampilla y salió a toda prisa del bistró.

Una luz demasiado estridente cortaba la tintineante y profunda oscuridad del anochecer berlinés. Entre el ruido surgían murmullos individuales que iban relacionándose los unos con los otros. Pisadas, cristales rotos, el golpe sordo de pesos al caer. Wilma corría a ciegas por la calle, precipitadamente, sin pensar. Ya había atravesado la plaza Savigny y media Kantstraβe cuando decidió detenerse. No, no había perdido la razón, los nervios no le estaban jugando ninguna mala pasada. Había algo que no estaba bien. Algo malo pasaba.

La luz deslumbrante que partía en dos el cielo le llenó los ojos de lágrimas y el húmedo aire de la noche apestaba, como cuando se le quemaba la manteca por estar de cháchara. Diez pasos

más allá se encontraba la zapatería a la que había ido con Chaja a comprar zapatos: dos pares idénticos, de charol rojo vivo, uno para *mon chou* y otro para *ma tante*. Frente al escaparate había tres hombres y, tras ellos, se arremolinaba un grupo de viandantes formando medio círculo, como si regalaran cerveza. Pero en Berlín no hacía falta que regalaran cerveza para que se formara una muchedumbre: bastaba con que ocurriera algo. Los tres hombres llevaban abrigos de lana y camisas blancas, como si estuvieran preparados para sentarse en el palco del Theater des Westens. Lo único que no cuadraba en la imagen eran las hachas. La primera se precipitó contra el escaparate, desatando un manantial de fragmentos de cristal. El tipo que la había lanzado se llevó las manos a la cabeza entre gritos bestiales y después echó a correr, abriéndose paso entre la gente.

—¡Muere, perro judío! —bramó el segundo hombre y agitó el hacha, solo que esta ya no tuvo nada que golpear.

Se le resbaló el mango y la herramienta salió disparada por el recibidor. En lugar de un tintineo se oyó un crujido. La multitud jaleó.

Junto a Wilma había una mujer con edad para ser abuela, con moño canoso, un cesto lleno de briquetas a la espalda y un muchacho con una gorra con visera cogido de la mano. Había niños por todas partes. Totalmente desprotegidos. Y, mientras tanto, Chaja permanecía totalmente sola en la bodega de Wilma.

—Mira, ya lo ves —dijo la abuela al chico—. ¿Qué se creían estos judíos? ¿Que podían pasarse de la raya con nosotros sin que nadie los pusiera en su sitio?

—¿Y los hemos puesto en su sitio, abuela? —La voz del niño era clara como una campanilla, mucho más aguda que la de Chaja.

—Ya lo creo que sí, gorrioncillo.

Wilma quiso bramar: «¡Maldita vieja nazi! Por mí como si llamas a tu maldito mocoso nazi mirlo, tordo, pinzón o estornino, ¡pero no gorrión!».

Un gorrión era una criatura vivaracha y avispada que vivía en ciudades vivarachas y avispadas como París y Berlín. Los gorriones no se agachaban, no berreaban al viento y no ovacionaban la violencia y exigían a gritos una nueva exhibición. El gorrioncillo de Wilma, *mon petit chou*, nunca habría hecho algo así. La tercera hacha voló a través del escaparate destrozado y después los papanatas se convirtieron en saqueadores que entraron en local al asalto entre voces y bramidos. Wilma alzó la mirada al cielo porque ya no soportaba la visión de aquel niño que relucía, exultante, como frente al árbol de Navidad.

La luz deslumbrante que había partido el cielo se difuminaba en el humo. A través de las volutas Wilma creyó reconocer una forma semiesférica, pero supo sin lugar a dudas qué era lo que estaba ardiendo: la sinagoga de la Fasanenstraβe. Aquel edificio exótico y ostentoso con tres cúpulas al que nunca había prestado demasiada atención.

—¡Hala! ¡Mira cómo arde! —exclamaba la voz de campanilla del niño.

Wilma cerró el puño para no propinarle un bofetón. Apenas podía ya ver algo, casi no podía diferenciar la oscuridad de la luz.

—¡Venganza para Ernst vom Rath!

Así pues, había muerto: el secretario de la embajada en París, a quien le había disparado un niño sin infancia. Y, mientras tanto, en casa, en el sótano de un antiguo almacén de patatas, estaría agazapada Chaja, probablemente muerta de miedo tan pronto como hubiera empezado a

llegarle el eco del griterío.

Wilma se volvió, lenta y torpe, en la misma dirección por la que había venido y se dirigió, tambaleándose, de vuelta a casa. Por primera vez se percató de los cristales rotos que cubrían la acera, los papeles destrozados y ya ilegibles, los pedazos de tela rasgados, como si se los hubieran arrancado a la gente del cuerpo. Frente a la casa en la que vivía la judía del este había una furgoneta. Un hombre con botas altas empujaba a un grupo de hombres dentro de la furgoneta y los azuzaba con un látigo, como si se tratara de jamelgos cansados. Los hombres se arrastraban, uno incluso cayó de rodillas. El látigo emitió un sonido al caer sobre su espalda que Wilma nunca había oído hasta entonces. Echó a correr, como si el golpe le hubiera acertado a ella.

El Babeurre la recibió iluminado desde la esquina. ¿Se había olvidado de apagar la luz? Los fragmentos de cristal que había visto procedían de su propia ventana. Sobre los adoquines yacían los fragmentos de la vidriera que ella misma había pintado con Yva y Eva un hermoso día de verano. En medio del resplandor, medio resguardado por el edificio, se encontraba Paul, que sostenía en brazos a una Chaja llorosa. Qué hombre más formidable. Y pensar que nunca hasta ahora le había llamado la atención… Wilma ni siquiera había esperado que él fuera capaz de gritar a viva voz.

—Wilma —vociferó él, tan alto que el rostro se le puso rojo—. ¡Maldita sea! ¿Dónde estabas?

Pero para Wilma no había más sonido que el del lloriqueo de Chaja, una prueba sonora, aunque dolorosa, de que la niña seguía con vida. Se la arrancó a Paul de los brazos y se echó a temblar. Chaja gritó porque se le había caído el monito de las manos.

Paul la apartó y volvió a tomar a Chaja en brazos. La niña se retorcía, gritaba, agitaba los puños a su alrededor. Wilma se inclinó, recogió el maldito mono del suelo y se lo puso en la cara a Chaja, que no dejaba de patalear. Inmediatamente la niña lo abrazó y cayó rendida en los brazos de Paul.

Este se apoyó en la pared, respirando con pesadez.

—¡Dímelo de una vez! ¿Dónde estabas y en qué estabas pensando?

—¿De qué?

—¡Wilma! —La voz de Paul, ya entrecortada, acabó por quebrarse—. La niña estaba encerrada en el sótano. ¡He tenido que romper la puerta para poder entrar!

Debía de haberse vuelto loca.

—¿Qué estabas haciendo tú aquí? —preguntó ella.

—Estaba preocupado. Ernst vom Rath ha muerto y están quemando todas las sinagogas de la ciudad. Ya no queda lugar donde refugiarse, los adolescentes destrozan rollos de la Torá en la Fasanenestraβe, y la gente normal de la calle, mujeres incluidas, saquean negocios judíos.

—¿También el mío? —preguntó Wilma, aún sobrecogida—. Pero si yo no soy judía.

—¿Y qué diferencia hay? —preguntó Paul—. Al menos para alguien cegado por el deseo de venganza.

Wilma contempló las ruinas de su pequeña empresa. No era más que un almacén de patatas arrasado. Y era imposible asegurar a ciencia cierta si pertenecía a una judía, una armenia, una negra bantú o una niñata de las juventudes hitlerianas con tirabuzones rubios.

—Además, la horda no ha actuado del todo a ciegas. Tenía quien la guiara —dijo Paul.

—¿Qué quieres decir?

Ella se volvió hacia él. Su rostro relucía, cerúleo.

—La Gestapo.

A Wilma le dio un vuelco el corazón.

—¿Y qué querían ellos de mí?

—De ti, nada —dijo Paul—. De Eva. La han seguido hasta aquí y la han detenido. No sé de cuánto se habrá enterado la niña desde la bodega.

TERCERA PARTE

BERLÍN, LONDRES, PARÍS

****

«Una extranjera, muda en territorio inexplorado,
me helé de frío en los años sombríos».
MASCHA KALÉKO

18
PAUL.
BERLÍN. NOVIEMBRE DE 1938

El tipo de mujeres que solían atraer a Paul eran altas, delgadas, cultas y elocuentes. Lo hacían sentir inferior y al final siempre se marchaban con hombres como Martin Serner o Arman Artsruni en vez de quedarse con Paul Vollmer. Cada vez que soñaba con encontrar pareja y, en su fuero interno, deseaba que fuera una muchacha de mirada inocente y sencilla, al final siempre acababa perdido en brazos de otra que aceptaba ser suya durante un par de gozosas semanas, pero que, a la larga, no estaba hecha para él.

Así, él seguía solo y había llegado un momento en que incluso se había conformado con ello. Sin embargo, ahora aquella soledad se le caía encima como si el tejado de la casa se le hubiera precipitado sobre la cabeza. No es que estuviera solo, es que no quedaba nadie más. Ya no podía hablar con ninguno de los compañeros que, en otros tiempos, había considerado sus amigos. Muchos ya no seguían allí y, de los restantes, ya no podía confiar en ninguno. La única persona que compartía sus preocupaciones era un retaco de camarera rechoncha que se expresaba de tal manera que el padre de Paul le habría lavado la boca con jabón.

Sin embargo, no podía visitar a Wilma Duvenage con demasiada frecuencia. No cabía duda de que, ahora mismo, estaría bajo vigilancia, pero el miedo convertía la soledad en una auténtica tortura. Durante el día le faltaba la concentración y, por las noches, soñaba con los dedos de la estudiante judía mientras se los rompían contra la puerta. Cuando miraba aquella mano destrozada, veía el rostro de Eva y leía en sus ojos un reproche que nunca llegaba a concluir: «¿Por qué no pudiste…?».

El tiempo se le escapaba entre las manos. Cada vez menos gente acudía a sus clases.

—La gripe —señalaba Karl Denitz, y en el tono de su voz se apreciaba un matiz que Paul últimamente creía oír con cada vez más frecuencia—. En esta época es más habitual que nunca y, además, este mes de noviembre está haciendo un tiempo particularmente horrible.

¿Cuándo había empezado el decano a parlotear sobre el tiempo? ¿Cuándo se habían convertido todos en una fuente incesante de cháchara en su esfuerzo por parecer inocentes? Paul ya no podía soportar las dudas. Tras su última clase, se encaminó a la Bleibtreustraβe.

Los judíos que habían sido expoliados durante la Noche de los Cristales Rotos habían tenido que pagar ellos mismos los daños. El rostro del elegante barrio que se extendía en torno a la plaza Savigny ya no resultaba reconocible. Los escaparates destrozados se habían reparado provisionalmente cubriéndolos con cartones, y las calles comerciales, antaño tan llenas de vida, permanecían vacías y silenciosas. «Como el rostro de la gente», pensó Paul. Solo había oído hablar del horror, pero todavía no había visto a nadie que hubiera regresado de las celdas de la Gestapo. En su trabajo se había relacionado con arqueólogos que investigaban lesiones en

esqueletos y cráneos humanos y siempre se había alegrado de que aquella no se contara entre sus tareas comunes. El marido de Amarna tenía un párpado caído que, más que deformarla, acentuaba su imagen romántica y trágica. Amarna le había espetado a la cara el origen de aquella marca y a Paul se le había revuelto el estómago.

Probablemente estaba obsesionándose. Eva era una mujer. Ningún hombre, ni siquiera un nacionalsocialista, trataría a una mujer como a su igual. Paul cruzó la esquina, entró en la calle en la que vivía Eva y creyó verla frente a él, de pie ante el Babeurre, mirándolo fijamente mientras echaba atrás la cabeza haciendo volar su reluciente melena y riéndose de él.

Al dar el siguiente paso, la imagen se desvaneció y dio paso al doliente rostro de la estudiante de los dedos rotos.

Wilma Duvenage se encontraba frente a la puerta de su bar, que tenía más aspecto que nunca de comercio de patatas, y le daba a una mujer con la espalda torcida un paño anudado. La mujer vio venir a Paul, se apretó el paño contra el pecho y echó a correr. Wilma se volvió hacia él. Llevaba su sempiterno *petite robe noire* que le apretaba el redondeado abdomen y por sus gruesos brazos escurrían gotas de lluvia.

—Wilma.

—*Paulchen*.

Hasta un ciego habría podido traducir el significado de sus miradas: «¿Sabes algo de Eva?». Paul negó con la cabeza y algo en el rostro de Wilma se apagó.

—Entra.

Tiró de él hacia el interior del local y cerró la puerta con brusquedad. Había utilizado los tablones de las bebidas alcohólicas para tapiar las ventanas, por lo que apenas entraba luz de las farolas. Antaño, aquella sala solía estar llena de un peculiar resplandor que dañaba los ojos de Paul y lo confundía: cristal, luz y gargantas adornadas con brillantes. Ahora, de todo aquello, solo quedaban los olores: tabaco negro, perfume pesado y patatas en mal estado.

—¿Dónde está la niña? —preguntó Paul.

Wilma señaló con la cabeza la entrada tras el mostrador.

—La he acostado ya. No quería comer y apenas ha dormido nada esta noche.

—¿De verdad que no has oído nada?

—*Merde alors,* ¿crees que de no ser así me iba a quedar aquí plantada para mirarte embobada como si no hubiera visto un rubiales en mi vida? Pensaba que habrías sido tú el que habría oído algo. Cuando te he visto acercarte por la esquina trotando, he pensado: *«Dieu, merci,* Paulchen ha apretado el culo y le ha dejado bien claro al cerdo de Serner que tiene que hacer que suelten a Eva».

—Lo haré —prometió Paul—. ¿Has conseguido el visado para la pequeña?

Wilma negó con la cabeza.

—He estado en la Agencia Judía del Reich, pero les han echado abajo medio chiringuito. La Noche de los Cristales Rotos quemaron un orfanato entero y han cubierto la mayoría de las plazas con los niños que sobrevivieron. Me han dicho que Chaja no recibiría ningún trato especial ni aunque se tratara de la mismísima reina de Saba. —Sacó dos cigarrillos y le dio uno a Paul—. *Mon chou* es la princesa de Saba. Haz algo, Paul, o acabaré matando a alguien.

E hizo algo. Tomó un taxi y le dio al taxista la dirección de Serner en Lichterfelde, esta vez sin titubear. Por el camino trató de pensar, tan rápido como pudo, que ya no le quedaba tiempo

para tener miedo. Sin embargo, tenía miedo. Cuando salió del coche y el matón del perro apareció por detrás de una verja más alta que él, tuvo todavía más. «Este Paul siempre se caga encima», le había dicho su padre. En aquella ocasión retuvo el control de sus esfínteres, pero sentía como si el corazón se le hubiera salido del pecho y estuviera martilleando contra la camisa.

—¿Qué es lo que quiere?

La voz del hombre del perro era de una cordialidad engañosa. Tanto el hombre como el perro tenían la misma cara aplanada. Los dientes del can producían en Paul el mismo respeto que el cinturón de su padre. Acercarse a la verja fue todo un ejercicio de superación.

—No le va a hacer *na'*. —La voz del hombre delataba auténtica tristeza—. Pobre bicho. Me marcho de aquí mañana, pero no me puedo llevar al perro.

—¿Y adónde se va mañana?

El hombre se estiró haciendo girar sus carnosos hombros.

—A Holanda. Tengo familia allí. Unas pequeñas vacaciones, aprovechando la visita.

La mirada que le dirigió a Paul revelaba una historia muy diferente.

El guardia, o cualquiera que fuese su posición oficial allí, debía abandonar la Alemania de Hitler, como tantos otros. ¿Lo habría ayudado Martin Serner? Si había sido capaz entonces, ¡también podría ayudar a Eva!

—Lo del perro me parte el alma —dijo el guarda—. Se llama Hugo. Es buen chico. Tiene algo en común con usted.

—¿Conmigo? ¿El qué? —preguntó Paul.

El guarda le rascó al perro detrás de la oreja.

—Lo saqué del arroyo y lo he cuidado, pero ahora nadie quiere saber nada de él porque tiene aspecto de asesino, pero no mataría ni a una mosca. Es un poco como usted, ¿no?

«Un poco como yo», pensó Paul.

—¿Quién es el mejor, Hugo? —Atusó el guardia al perro—. ¿Quién es el mejor de todos? —Y miró de soslayo a Paul—. No sabrá por casualidad de nadie que pueda necesitar un buen perro, ¿verdad?

El perro se llamaba Hugo. Como Hugo Winckler, que había descubierto la Hattusa de los hititas. En Hattusa, Paul había luchado por el amor de su vida y había perdido, tras lo cual había utilizado aquella expedición para escribir su trabajo de doctorado y un libro aparentemente falto de talento. Se habría comprado cualquier cosa antes que un perro, pero, de haber tenido uno, el nombre de Hugo le habría ido que ni pintado.

Hugo jadeó. Por primera vez en su vida Paul miró a la cara a un perro. En el fondo no había ningún tipo de animal por el cual él tuviera especial devoción. Habían llegado a Hattusa a caballo y a él lo habían tenido que atar a la silla porque tiritaba de miedo, mientras que su rival había galopado hacia el corazón de su amada con el cabello al viento. Durante toda su vida había dedicado su interés en exclusiva a los seres humanos porque tenían la capacidad de comportarse civilizadamente. Por eso lo fascinaban las avanzadas culturas mesopotámicas, constructoras de ciudades, mientras que las criaturas que luchaban con los puños, los dientes o las garras lo asustaban. Pero ahora, mientras miraba a los ojos a aquel perro, ya no estaba tan seguro. Eran sorprendentemente redondos para una cara tan achatada, y las arrugas de la frente le otorgaban una cierta dulzura.

—Tengo que hablar con el señor Serner —se forzó a decir—. Es urgente.

—Eso dicen todos —respondió el hombre—. Toda esa gente que ha trabajado alguna vez con él y ahora van y piensan: «Martin no es como los demás. Fijo que Martin nos ayuda». Y tienen razón. Yo mismo he trabajado con él: era iluminador y cuando la UFA me puso de patitas en la calle, él se ocupó de encontrarme un trabajo. Pero Martin no es ningún dios. Y solo tiene un cuello que jugarse.

—Por favor, créame. ¡Tengo que hablar con él!

—Eso es también lo que dicen todos —respondió el hombre—. Pero yo tengo instrucciones de no dejar pasar a nadie. Sin excepción. Ni madres llorosas con niños, ni ancianas, ni nadie.

—¿Instrucciones de Martin Serner?

—¿De quién si no? —respondió el hombre—. Ni siquiera Martin puede enderezar un mundo que se ha torcido así. Él ha logrado que yo pueda irme a Ámsterdam con mi primo, pero no puede hacer nada por Hugo. Que no le pasará nada, dice. Que no les hacen nada a los perros. Pero ¿adónde irá?

—Voy a hacerle una proposición —dijo Paul—. Usted se asegura de que yo pueda hablar con Martin Serner y yo me ocupo de su perro.

No podía creerse que hubiera dicho eso. Ya cargaba con una niña que no era suya, una mujer encarcelada a la que él no le importaba nada y un anciano que no era su padre.

El guardia se quedó perplejo durante un segundo. Después, reaccionó. Sacó una correa del bolsillo de su chaqueta y enganchó el mosquetón al collar del perro, abrió la puerta de la verja y dejó entrar a Paul.

—No se arrepentirá —y le tendió la correa a Paul—. Es un buen chico, mi Hugo. Es posible que lo necesite en el mundo en el que vivimos.

A Paul le temblaba la mano mientras recogía la correa. Debía de haber perdido completamente la razón, pero el perro trotó a su lado como si lo conociera de toda la vida. Dado el peso de su cabeza, la dejaba caer hacia delante y un hilo de saliva le caía por el belfo.

—¡Mucha suerte con su petición! —exclamó el hombre a su espalda.

Ya en la puerta de entrada, llamó con escasa fuerza. Le parecía que la casa estaba vacía y ni siquiera se veía ninguna luz por las ventanas. Sin embargo, no tardaron mucho en abrir la puerta. Martin Serner apareció en el umbral, sin ofrecerle nada más que la expresión de su rostro. «Envidiablemente guapo», pensó Paul, como siempre que se cruzaba con ese hombre. Aunque él mismo podía considerarse atractivo de acuerdo con los gustos de la época, los rasgos de Martin Serner tenían carácter. Algo que hacía que se te quedara grabado en la memoria como esculpido con un cincel. Aquella tristeza cansada le sentaba tan bien como la deficiente iluminación. Un tenue farol era lo único que iluminaba el amplio recibidor.

—Paul —dijo.

Seguían interactuando con cierta torpeza, algo que a Paul no le resultaba sorprendente entre dos hombres que conocían todos los lunares de una misma mujer.

—¿Puedo entrar?

—Por supuesto.

—Le estoy cuidando el perro a tu guardia —dijo Paul a modo de disculpa cuando el animal lo siguió al interior de la vivienda.

La primera palabra que le vino a la mente al entrar en el vestíbulo fue *elegancia*. No entendía

nada de muebles, pero aquellas piezas parecían escogidas cuidadosamente y con estilo, aunque no reflejaban el especial carisma de su propietario.

Martin no prestó ninguna atención al perro.

—¿Vienes por Eva?

Paul asintió.

—¿Le ha pasado algo?

—Seguro que lo sabes. La Gestapo la ha arrestado.

Martin, rígido, echó la cara a un lado.

—Sí, lo sé. Medio esperaba, medio temía que supieras algo nuevo del tema.

—No tenemos noticias —dijo Paul—. Wilma lo ha intentado todo para averiguar, al menos, dónde la tienen encerrada, pero cuando no se conoce a nadie, es prácticamente imposible averiguar nada.

Martin apoyó una mano en la pared, cerró los ojos y gimió. Había hecho lo mismo en *Semiramis* y la nación entera había llorado con él. Paul no era de los que se conmovían fácilmente con los melodramas del celuloide, pero también había llorado. Aunque no tenía demasiado claro el porqué. Quizá porque sentía que algo tan delicadamente bello, tan perfecto, no debía sufrir.

—¿Prinz-Albrecht-Straβe? —preguntó Martin, haciendo un esfuerzo por hablar—. Dime la verdad, Paul. ¿Se han llevado a mi Eva a la Prinz-Albrecht-Straβe?

Nadie sabía nada de lo que ocurría en la central de la Gestapo, más allá de rumores, pero todos empezaban con murmullos pronunciados con la mirada gacha entre los que se escapaba el nombre de la calle:

—La Prinz-Albrecht-Straβe… Ya sabe…

«Todos lo sabemos —pensó Paul—. Aunque querríamos no saberlo. Si a mí me llevaran allí arrestado, el terror me haría desear estar muerto».

—Tenemos que ponernos en lo peor —le dijo a Martin.

Aquella era otra de esas frases que últimamente decía todo el mundo.

—No puede ser —se lamentó Martin—. No pueden hacerle nada.

—Eso he pensado yo también —respondió Paul—. Incluso esta gente debe de tener algún concepto de decencia en alguna parte. Pero no podemos tener ninguna certeza de ello mientras Eva no esté libre.

—Tienes razón.

Rechinaba los dientes como si quisiera moler las palabras. Apenas había logrado pronunciar aquellas últimas sílabas cuando en la puerta sonó el ruido de una llave. El perro, que había estado tendido en el suelo de tal forma que Paul casi se había olvidado de su presencia, se levantó de un salto y comenzó a emitir un sonido a medio camino entre el gruñido y el ladrido.

—Cierra ese hocico —dijo Hagen Fidelis tras abrir la puerta apenas una rendija y colarse por el hueco.

Cerró el paraguas y se sacudió. Al parecer, había empezado a llover en la calle.

—Tienes visita, por lo que veo —le dijo a Martin y se dirigió seguidamente a Paul—. No me lo tome a mal, pero espero que simplemente pasara usted por aquí y decidiera saludar. Tenemos pendiente la decisión sobre un nuevo contrato, por lo que Martin y yo estamos, por así decirlo, hasta el cuello de trabajo ahora mismo.

—Me marcharé enseguida —dijo Paul. El perro había dejado de gruñir, pero no había vuelto a echarse—. Solamente he venido para pedirle a Martin que haga algo por Eva.

—Paul cree que está en la Prinz-Albrecht… —empezó a decir Martin, pero se interrumpió cuando Hagen le hizo un gesto con la mano.

—No me gusta robarle la palabra a nadie —le dijo Hagen a Paul—, pero en este caso te voy a pedir que ahorres saliva. Ya se ha hecho todo lo que se podía hacer. Lamento decir que sin ningún éxito, pero ahora ya lo único que nos queda es esperar.

—¡Hagen! —Martin saltó con tanta fiereza que sorprendió a Paul—. ¡Tenemos que hacer algo!

—Ah, ¿sí? —Hagen volvió hacia él el rostro aún salpicado de gotas y arqueó las cejas hasta que le sobresalieron por encima de la montura de las gafas—. ¿No llevo yo años sermoneándote exactamente con eso mismo como un predicador ambulante? Tenemos que hacer algo. La encantadora señorita Löbel tiene que entrar en razón. ¿Ha servido de algo? Y, una vez más, ¿tengo que ser yo el que sostenga las columnas de Hércules? Las cosas no funcionan así, Martin. Te gustaría que fuera así, incluso a mí me gustaría que fuera así, pero, por el amor de Dios… ¡No funcionan así!

—Tienen que funcionar. —Martin no era ningún gallina que se meara en los pantalones, sino que se encontraba allí, recto como una vela, haciéndole frente a Hagen—. No puedo abandonar a Eva ante esos monstruos. Tienes que encontrar una manera, Hagen. Da igual lo que me cueste.

—¿Y si te cuesta la película? —preguntó Hagen—. La prensa y los semanarios te ponen por las nubes, pero sabes bien que eso obedece a órdenes de arriba. A los que realmente cuentan, a la gente de la calle que va al cine con el corazón en la mano, no les ha gustado *Atlántida*. Demasiado sesgada, demasiado plana, demasiado carente de la alegría de vivir.

—A mí tampoco me gustó —dijo Martin—. Es una tontería de película.

—Di que sí, querido mío, tú échale más sal a la herida. Aunque, por desgracia, eso te parezca un poco diferente a lo que te ofrecieron en su momento, con los años terminarás por olvidarlo. Además, ya es hora de pasar página: *Atlántida* ha sido un fracaso rotundo. No puedes permitirte muchos más de este tipo o entrarás en la categoría de las estrellas caídas en desgracia que han perdido su fulgor.

Martin respiró hondo.

—A la mierda —dijo, finalmente—. A la mierda mi próxima película y todo lo que tú quieras. Estamos hablando de la mujer a la que amo, Hagen.

Hagen asintió, se dirigió a un banco exquisitamente tapizado, se sentó y cruzó las piernas.

—¿Lo he entendido bien? ¿Quieres que ponga tu participación en nuevas películas sobre la mesa para negociar la salida de Eva Löbel de la cárcel?

—Sí —dijo Martin—. Eso es lo que quiero.

«Bravo —pensó Paul—. Le ha dado una lección a ese hombre: le ha enseñado que Martin Serner no es de los que se mean en los pantalones, sino que es un auténtico héroe».

Hagen sacó un objeto plateado del bolsillo; al abrirlo, resultó ser un cenicero portátil. Inmediatamente después le siguió un estuche en el que guardaba puros ya cortados.

—Madre mía —dijo, después de haberse encendido uno—. Si vas a ponerte a matar dragones, tendrás que hacerlo sin mí. ¿Ha habido alguna vez en que vosotros dos, los principitos dorados, tú y tu dama en apuros, os hayáis parado a pensar quién ha establecido las reglas de este

juego? Las personas son prescindibles, Martin. Incluso el rey Ara de Urartu, cuya película, única y absolutamente necesaria, ha desaparecido de la faz de la tierra como si nunca hubiera existido. El actor favorito de Hitler es Rühmann, no Serner, y, aunque Goebbels tiene buen ojo para el talento, no tiene demasiada paciencia.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó Martin.

—Que toda esta historia no gira en torno al que rueda películas, sino a la que hace que la encierren y consigue que le partan su bonita cara.

Martin rechinó los dientes.

—¿Y no puedo ser yo ese? Eva es una mujer.

—Los hombres también son personas —dijo Hagen.

—Y ¿de qué sirve un hombre que no es capaz de proteger a su mujer? ¿Qué derecho tendrá a considerarse a sí mismo como un hombre?

—Ya entiendo. —Hagen se encendió el puro—. ¿Y qué piensas hacer? ¿Ofrecerle un pequeño trueque a un dictador que se está preparando para reclamar la soberanía del mundo? «Lléveme a mí, déjeme representar el papel del héroe trágico y ponga en libertad a esa judía que ha estado conspirando contra el Estado». Tienes buenas intenciones, Martin. Por desgracia, lo que no tienes es nada que ofrecer. Hitler te valorará siempre que lo diviertas. Cuando dejes de hacerlo, se librará de ti sin contemplaciones.

—¿Quieres decir con eso que no tengo absolutamente nada que hacer?

—Exactamente.

De pronto, a Paul lo asaltó la sensación de no estar viendo una escena de su propia vida, sino la de una película en la que el director lo hubiera estado empujando en la dirección que él quería, para hacerle creer lo que él consideraba una realidad amarga aunque inevitable. Solo que en las películas solían utilizar una banda sonora a base de violines, y Paul, por su parte, carecía de oído musical.

—Por el amor de Dios. ¡Están aquí de cháchara mientras torturan a Eva! —gritó.

Amarna ya había hecho algo parecido en una ocasión: tomar la palabra para exponer los hechos sin cortapisas ni paños calientes. Lo que logró fue que todo el mundo se callara de golpe. Y aquí había pasado lo mismo. Incluso Paul tuvo que hacer un esfuerzo para seguir hablando.

—De los artistas que protestaron con ella por el secuestro de sus pinturas, arrestaron a cinco. Hasta la fecha, ninguno ha vuelto.

Con tres largos pasos, acompañados de gemidos, Martin llegó hasta la pared. Primero la golpeó con el puño, luego, haciendo gala de la misma rabia, con la frente. El pequeño grabado con un motivo de caza que colgaba a su izquierda bailó y el perro gruñó.

—No seas infantil —dijo Hagen.

Martin se dio la vuelta, con sus aristocráticos rasgos deformados de dolor.

—¿Qué sabrás tú? —gritó—. ¿Alguna vez has querido a alguien más que tu comisión?

—No, nunca —respondió Hagen—. Solo las grandes figuras del cine salen indemnes de las más elevadas pasiones.

—Vete al infierno. Tendría que haberme casado con Eva en lugar de escuchar toda esa palabrería tuya carente de compasión.

—¿Y por qué no lo hiciste? —preguntó Hagen mientras contemplaba cómo su puro se consumía.

Martin se miró las manos. Entonces, las levantó y comenzó a abofetearse las mejillas. La gente siempre se declaraba capaz de golpearse a sí misma, pero Paul nunca había visto a nadie hacerlo realmente. Contempló con auténtico deseo la posibilidad de agarrar al perro, largarse y dejar a esos dos allí solos.

—Entonces, ¿os quedaréis ahí sin más? ¿No haréis nada por Eva? —preguntó.

—Quise llevarla a París —exclamó Martin, con sus hermosos ojos cerrados y el puño apretado contra la frente—. A su querido París, pero ahora que ya es demasiado tarde, ¿qué puedo hacer?

«Puedes morirte», pensó Paul. Como hombre de ciencia, debía considerar semejante comportamiento como algo irracional, pero algo en su interior se aferraba obstinadamente a la idea.

—Entonces ayúdanos al menos a poner a salvo a la niña —dijo—. He encontrado unos avalistas en Londres que podrían acogerla, pero la lista de espera por un visado es interminable y ni Wilma ni yo tenemos contactos.

—Chaja —murmuró Martin, mirándose las manos—. Mi princesita Chaja.

—Si hubiera alguna posibilidad de encontrar un hueco para la niña en uno de esos transportes, ¿podría tener un buen futuro en Inglaterra? —preguntó Hagen.

Paul asintió.

—Se quedaría con unos conocidos míos. Ese escultor turco que os conquistó tanto, y su mujer, que es alemana.

—¿Arman Artsruni? —Hagen tenía el aspecto de un pequeño depredador que acechara a su presa agazapado sobre las patas traseras—. ¿Hablas en serio?

Paul asintió de nuevo.

—Eso es algo para plantearse —murmuró Hagen, como si ya tuviera la presa entre las manos —. Está bien. Veré lo que se puede hacer. Además, espero una pequeña concesión a cambio.

—¿Qué tipo de concesión?

La respuesta surgió de manera inmediata:

—Que dejes a Martin hacer su trabajo. Es para lo que ha venido a este mundo. Cualquier otra cosa lo desborda.

«Igual que a mí», pensó Paul.

—Sin embargo, hubo una época en la que Martin tuvo mujer e hija.

—Lo sé —lo interrumpió Hagen—. Y no estoy del todo libre de culpa por ello. No fui capaz de reprimir el volcán que esa pasión desató en él y, para cuando terminó el rodaje, ya era demasiado tarde. Sin embargo, no permitiré que se hunda, por lo que te pido que tanto tú como *mademoiselle* Duvenage respetéis eso.

—¡Dejad de hablar de mí como si no estuviera en la misma habitación!

Hagen miró a su protegido por encima del hombro.

—En lo que a mí respecta, no estás en la habitación —dijo—. Cualquier buen guionista lo sabe: un personaje que no es necesario en la escena no aparece en pantalla. —Tras ello, se volvió de nuevo a Paul—. Martin sabe actuar. Llevo esperando toda mi vida a alguien como él y no pienso renunciar a verlo alcanzar todo su potencial solo porque la historia mundial haya decidido poner en juego a ese Hitler. La sordidez viene y va. Lo único que cambia es que algunos van dejando más desechos que otros a su paso.

—Lo único que pido es la documentación necesaria para que la hija de Eva pueda viajar —dijo Paul y se sorprendió a sí mismo acariciando el lomo del perro—. Cuando la tenga, no volveréis a verme.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Hagen, acallando a Martin.

Paul asintió.

—Pero ¡Eva! —Una única lágrima resbalaba por el rostro de Martin—. No podemos dejarla con esos carniceros.

—Martin. —Hagen se volvió y le habló con una voz casi afectuosa—. Hazme un favor: vete a la cama y deja hablar a los mayores. Será más fácil arreglar tus desperfectos si no estás aquí dando por saco.

Dos días después, Paul recibió la documentación a nombre de Chaja Christiane Löbel mientras estaba dando una clase sobre el reinado en la fase tardía de los hititas. La hija de Eva podría tomar el primer transporte infantil a Inglaterra el 2 de diciembre. Los niños pasarían la noche en Hoek van Holland; después, tomarían el transbordador y en treinta horas estarían ya de camino. Podría llevar un baúl y una mochila llenos de ropa y de los enseres necesarios, una foto de recuerdo y diez marcos del Reich. Estaban prohibidos los instrumentos musicales, las joyas y las cámaras. Cada uno de los niños debía estar puntualmente a las siete en la estación de Friedrichstraβe. Todo el que llegara tarde, perdería la valiosísima plaza.

La hoja informativa redactada por la asociación judía no tenía fin y Paul se preguntó por qué se molestaba en leerla de cabo a rabo. Al fin y al cabo, la niña no era hija suya. Ni siquiera era su tío o un padrino de verdad. A los niños se les inculcaba que en Inglaterra debían comportarse con la mayor educación y convencer así a sus padres de acogida para que patrocinaran a más niños. A los padres se les pedía, una vez más, que certificaran que su hijo estaba sano y que no mostraba conductas anómalas.

¿Qué querían decir con eso de «conductas anómalas»? La hija de Eva había tenido que refugiarse en un sótano mientras escuchaba como asaltaban la estancia superior y se llevaban a su madre. Cuando Paul la sacó de allí, había gritado como una histérica. ¿Qué iban a hacer los ingleses si mostraba «conductas anómalas»? ¿Devolvérsela?

«No, Amarna no haría eso», pensó Paul y creyó ver a su marido frente a él, al hombre que no podía reír ni llorar y por eso permanecía en silencio días enteros. La hija de Eva sería, en comparación, un auténtico descanso para Amarna. Él parecía una de sus propias estatuas, aunque fuera capaz de abrazar a una mujer, no le diera la mano a nadie y tuviera algunos problemas con la comida que asustaran a Amarna.

Paul se estremeció. Siempre que algo en su interior se rebelaba contra la idea de que la maravillosa mujer que él conocía tuviera que cargar con semejante destino, luego se avergonzaba. Aquel hombre era así únicamente porque lo habían torturado. Jamás le había preguntado lo que eso había significado para él. ¿Sería posible que la resplandeciente y obstinada Eva, tan llena de seguridad en sí misma, se pareciera a Arman Artsruni si alguna vez lograba regresar de aquella prisión? ¿Sería un despojo humano que, aunque aún pudiera caminar erguida, por dentro estaría irreparablemente destrozada?

Paul interrumpió la clase y tomó un taxi a la Bleibtreustraβe. Le gustaban las mujeres delgadas y cultas, como Eva Löbel y Amarna Brandstätter. Pero ¿acaso se había sentido alguna

vez más próximo a alguien que a Wilma Duvenage?

—Ya están aquí los papeles de la niña. Podrás llevarla a la Friedrichstraβe dentro de cuatro días.

Lo habían deseado enormemente y habían luchado con todas sus fuerzas para conseguirlo, pero, en aquel momento, todas las energías de Wilma se desvanecieron y se echó a llorar.

—*¿Mon chou* se marchará ya dentro de cuatro días? No puedo soportarlo.

Paul la abrazó y apretó el tembloroso y turgente cuerpo de la mujer contra él. El perro, que él no había podido llevarse a su piso densamente amueblado, por lo que había obligado a Wilma a quedarse con él, se refrotó contra ellos y los olfateó. Paul nunca se había sentido tan fuerte. Las mujeres de su vida le habían hecho verse a sí mismo como alguien inferior, pero ahora, en aquel callejón sin salida y con la gruesa Wilma en sus brazos, era el hombre que siempre había querido ser. Él la consoló, la acarició y le habló con dulzura:

—Allí estará a salvo, Wilma. Esos conocidos míos cuidarán bien de ella y, cuando los alemanes recuperen la cordura, la traerán de vuelta sana y salva.

Como Wilma seguía sollozando, Paul la llevó tras la barra, le sirvió el inevitable Pernod y encontró para él mismo un coñac aceptable, del que se sirvió una copa generosa.

—También un cigarrillo, *Paulchen* —graznó Wilma y se secó la cara con la manga—. Eres un ángel, ¿lo sabías?

Él encendió los dos cigarrillos como solía hacer ella. Después de un par de caladas, ella se serenó, aunque el maquillaje corrido seguía resbalándosele por el rostro.

—¿Nada de *bijou?*

—¿De Eva? —Él negó con la cabeza y le sujetó la cara antes de que ella prorrumpiera en nuevos sollozos—. Pero no tenemos que pensar en eso ahora, ¿me oyes? De ser así, no lograríamos hacer nada y perderíamos la plaza para su hija. Poner a la niña a salvo es algo que le debemos. No hemos hecho…

Él se interrumpió y notó en las manos que ella relajaba el rostro.

—Tienes razón —dijo ella—. No hemos hecho nada. No hemos hecho nada para detener a ese mierdecilla de Hitler, nada para proteger a nuestros amigos, aun cuando se los iban llevando uno tras otro. Ni siquiera hemos hecho nada para cuidar de esta niña, que ya ha pasado por mucho más que nosotros dos juntos. Por eso no entiendo mucho de pintura. Solo tengo buen olfato. Sé que nuestra Eva es algo especial y el hecho de que no hayamos podido protegerla es algo que nunca nos perdonaré.

—Yo tampoco —dijo Paul y reconoció que no le quedaba más opción que luchar por la niña.

Ella representaba el futuro que no podría perdonar a aquellos que no habían hecho nada.

—Vamos a poner a salvo a *mon chou,* ¿verdad? —Wilma sorbió la nariz y expulsó una voluta de humo negro—. La vamos a mandar con tu turco que no es un turco. Y el turco cuidará de ella. *Mon chou* es más lista que el hambre.

—¿Qué quiere decir exactamente *mon chou?*

Wilma arqueó sus perfiladas cejas.

—Tú solo entiendes lenguas que tengan más de mil años de antigüedad, *n'est-ce pas?*

—Estoy en el mundo porque tiene que haber de todo —respondió Paul.

Se rieron y lloraron al mismo tiempo. Wilma expulsó humo de tabaco y le estampó un beso que le dejó la mejilla marcada de carmín.

—Deberíamos localizar a alguien del servicio de seguridad y hacer que sellen la maleta de la niña —dijo Paul—. Así no volverán a revisarla en la frontera.

—Pero qué astuto sinvergüenza —dijo ella, propinándole un golpe cariñoso con el puño—. Eres el mejor padrino del mundo y aun así ¿eres incapaz de llamarla Chaja en lugar de «la niña»?

—Chaja —dijo Paul—. Necesita ropa. La más cálida e impermeable posible: en Inglaterra el clima suele ser lluvioso.

—Y aquí también. Incluso en París, en esta época.

—Calzado resistente, creo yo —prosiguió Paul—. Dios santo, no tengo ni idea de lo que necesita un niño.

—Yo tampoco —Wilma rio con tristeza—. Pero aquí estamos, tú y yo, con ese perro baboso.

Se acercaron el uno al otro y esta vez Wilma lo besó en la boca.

—Le permiten llevarse una foto —dijo Paul—. De recuerdo.

—¿De Eva? No tengo ninguna, solo un dibujo que Eva hizo de las dos frente a mi Babeurre…

—Entonces méteselo en el equipaje. Y una carta.

—¿Quieres decir que la escriba? ¿Ya que Eva no puede hacerlo?

Paul asintió.

—Meteré su material de pintura. Eva no hacía más que comprarle esos lapiceros tan escandalosamente caros.

Cuando Wilma se estiró para besarlo de nuevo, le rozó la cintura con la tripa.

—Nada de joyas —dijo Paul.

—¿Nada de joyas? Pero tienen que dejarle llevar la cadena con la estrella judía. *Bijoux* se la puso en cuanto se hizo con ella y *mon chou* grita cada vez que trato de quitársela.

—¿No es demasiado valiosa? —preguntó Paul—. ¿No sería una tragedia si se la quitaran?

Wilma bufó y le golpeó el pecho con el puño.

—¿Y qué no es una tragedia hoy día, *doudou?*

Ella tenía razón.

—Por favor, guárdaselo todo junto en la maleta —dijo él—. Si quieres, yo me ocuparé del resto.

—¿Vendrás cuando tenga que llevarla a la estación?

Como él no reaccionaba, ella lo agarró de las mangas de la chaqueta y tiró de ellas con fuerza hasta que las hombreras se le movieron de sitio.

—No lograré hacerlo sola, *Paulchen*. Si no vienes y nos sacas de casa, me echaré atrás y no seré capaz de dejarla ir.

—Iré —dijo Paul.

Esa noche, durmió con Wilma Duvenage.

Aquella gélida mañana turca en que el amor de su vida le había dicho que se marchaba con su héroe atormentado, Paul había estado plenamente seguro de que ninguna otra mañana podría ser más fría, más oscura y más descorazonadora. Pero aquel día, aún en la oscura madrugada, mientras tiritaba de frío encogido en el abrigo y caminaba rumbo a la Bleibtreustraβe para ayudar a Wilma con la partida de la niña, comprendió que alguien que puede permitirse echarse en la cálida arena de Anatolia en primavera a llorar por su amor perdido, alguien que tiene todo el

tiempo del mundo para llorar, puede considerarse afortunado.

Aquella mañana era gélida, pero no hacía viento y el cielo, aunque aún nocturno, ya clareaba con un tono más amarillento que grisáceo. Era un cielo de nieve. Sobre un charco de suciedad y agua de lluvia se amontonaban los restos de postales rotas. Paul reconoció en una de ellas la torre Eiffel. Los pedazos de cristal entre ellos reflejaban la luz como el hielo picado que Wilma solía poner en sus coloridas bebidas en verano. El hornillo esmaltado de blanco en el que se le solía quemar el chocolate yacía abollado sobre la acera. Una limusina con chófer giró la esquina y se marchó.

La puerta estaba arrancada de los goznes. Wilma salía a través de ella a cuatro patas, emitiendo un sonido que no podía considerarse humano. Paul no la reconoció a primera vista. Su rostro era una masa sanguinolenta de la que surgía un ojo lloroso. El otro estaba hinchado; los labios, partidos, y el pelo, arrancado a mechones. Se tambaleaba de un lado a otro como un barco a la deriva: a la izquierda contra el marco de la puerta, a la derecha, contra el perro que trataba de lamerle la cara y las manos.

Una diminuta figura infantil se encontraba de pie tras ella, callada en la penumbra. Por lo que Paul pudo apreciar, la pequeña se encontraba ilesa, tan solo su abriguito gris estaba rasgado desde el pecho hasta el dobladillo, absolutamente desgarrado. Tenía una mancha en la mejilla que no parecía suciedad ni sangre. Cuando se acercó y pudo ver la escena con mayor claridad, lo invadió el pánico, pero se dominó.

«Mantén la calma» se ordenó Paul a sí mismo. No le hacía falta preguntarle a Wilma lo que había pasado ni obligarla a pronunciar la palabra Gestapo. En lugar de eso, miró el reloj. Solo tenían media hora para llegar a tiempo a la estación de Friedrichstraβe.

Aquella mañana en Anatolia no sabía que podría endurecer el corazón hasta el punto de soportar lo indecible. Pero ahora sí lo sabía. Endureció el corazón como el filo de un cuchillo al rojo, se arrodilló junto a Wilma en el umbral y le dio cinco minutos para hablar. Le acarició la frente, la única parte que tenía intacta, y agradeció no ser capaz de entender todo lo que ella lograba decirle entre sollozos. Solo lo más importante, sobre cinco hombres que le habían reventado la puerta a medianoche con la culata de sus fusiles. Buscaban papeles de los que Wilma no sabía nada.

—Dijeron que Eva les había dicho que yo tenía esos papeles. ¡Y que ya no tenía que proteger a Eva porque estaba muerta! ¡La habían matado por no sé qué papeles!

Lo más importante ya era suficiente. Sería suficiente el resto de su vida.

Se le detuvo el corazón. Cuando el minutero señaló que habían pasado cinco minutos, agarró a Wilma por las axilas y la levantó. Ella gimió de dolor y debilidad.

—¿Tienes los papeles? —preguntó él—. ¿La documentación para el viaje de la niña? ¿Te la han quitado?

Wilma sollozó y escupió sangre. Paul intentó mirarla a la cara.

—Esa niña es todo lo que tenemos —dijo—. Si no podemos salvar a esa niña, no habremos hecho nada, a pesar de que haya pasado todo esto. Tendremos que cargar con la culpa, Wilma.

Ella dejó que él cargara con ella hacia el interior del negocio, por delante de la niña. La colocó junto a la pared y la ayudó a sentarse. Resultaba casi imposible de creer que la maleta y la mochila permanecieran intactas entre los muebles destrozados, los cristales y las botellas. Llevaban el visto bueno del servicio de seguridad: aparentemente un lobo no mordía a otro. En

medio de la estancia yacía, como un cadáver con las extremidades extendidas, el mono que Hagen Fidelis le había regalado a la hija de Eva. Paul quiso recogerlo, pero el perro fue más rápido. Cuando regresó con el muñeco en la boca, Paul vio que dejaba un reguero de sangre proveniente de su pata delantera derecha. Debía de haber pisado un cristal.

—Lo siento mucho —dijo Paul mientras recogía el juguete de la boca del perro y se sentía ridículo por estar hablando con un animal.

Miró a su alrededor, retrocedió y, finalmente, encontró el sobre con la documentación sobre la cama de Wilma, entre las mantas rajadas.

—No puedo. —Wilma lloraba y apenas se le entendía.

La niña y el perro permanecían en silencio, de pie, en la sala.

—No —dijo Paul—. No puedes. Y no hay nada más que puedas hacer, mi pobre Wilma. Yo la llevaré al tren. Firma aquí que está totalmente sana y que no muestra conductas anómalas. Escribe «Eva Löbel» aquí, en esta franja. Sé una chica valiente.

Habría querido darle una copa de Pernod pero, al contrario que en la vivienda del profesor Brandstätter, buscó en vano alguna botella que hubiera permanecido intacta.

El garabato que ella dibujó sobre la línea era indescifrable. Probablemente le habían roto los dedos como a la judía de la universidad, pero, con un poco de suerte, nadie comprobaría detenidamente la firma.

—Bien hecho —la alabó—. ¿Tienes algún otro abrigo para la niña? El suyo está roto, en el tren hará frío y en Inglaterra el tiempo es todavía peor que aquí.

Wilma gimió y señaló el pasillo con la cabeza. En cuanto regresara de la estación tenía que llevarla al médico, a un médico que no hiciera preguntas. Regresó al dormitorio, hurgó entre un montón de ropa y encontró un abrigo rojo de aspecto cálido. Cuando regresó, Wilma había dejado de llorar.

—Quieres hacerlo, ¿verdad?

—Sí —dijo Paul.

«Puedes hacerlo —se aseguró a sí mismo—. Puede ser que en el pasado te mearas en los pantalones, pero en este preciso instante eres capaz de hacer todo lo que te propongas». Él volvió el rostro y miró al perro mientras le quitaba a la niña el abrigo roto y le ponía el nuevo. La niña intentó escaparse, pero Paul la tenía sujeta. Cuando terminó, la soltó y le dio el mono. La pequeña agarró el juguete y se refugió corriendo detrás del mostrador.

—Ahora tengo que irme —dijo Paul—. Espera aquí e intenta tranquilizarte. Cuando regrese me ocuparé de ti.

—La cadena. —Los dientes de Wilma chocaban los unos con los otros—. La cadena con la estrella judía de la familia de Eva.

Paul asintió.

—Voy a por ella.

Había hecho tantas cosas y, aun así, el corazón le dio un vuelco. También tendría que ocuparse de eso.

Media hora más tarde salió del metro con la niña de una mano y la correa del perro de la otra, y se mezcló con la multitud de la estación. No sabía muy bien por qué se había llevado al perro. Apenas sabía lo que hacía y eso le parecía bien: no tenía nada que pensar, nada que preguntar,

nada que hacer. Al principio la niña había intentado resistirse, pero, después de un tiempo, había aceptado ir callada de la mano con él, como si se hubieran fundido.

La sala principal por la que solían correr precipitadamente hombres de negocios con maletines llenos de documentos parecía llena aquel día de padres con sus hijos. Pobres cuerpos que se abrazaban, encogidos, y por todas partes gritos de dolor que se alzaban hasta el techo. «Mostramos conductas anómalas —pensó Paul—. Nadie sería capaz de asegurar que estamos completamente sanos».

Un hombre que llevaba un brazalete en el antebrazo con la leyenda «Organización» salió a su encuentro. El perro se precipitó hacia él antes de que Paul pudiera tirar de la correa y disculparse, pero el hombre de la organización no se inmutó. Acarició al perro, dejó que el animal le lamiera la cara y le dijo:

—Buen chico. Sí. ¿Quién es un buen chico?

Un paso a la derecha de Paul, una mujer llorosa se despedía entre besos de dos niñas con trenzas.

—Nombre, por favor.

Paul se estremeció. El hombre de la organización siguió acariciando al perro y sonriéndole risueño.

—Hugo —dijo Paul.

—¡Oh! —dijo el hombre—. Pensé que era una niña. Hugo y ¿qué más?

—No, no —exclamó Paul—. Hugo es el perro. La niña se llama… —Estaba tan aturdido que tuvo que pensárselo muy seriamente—. Se llama Chaja. Chaja Löbel —añadió, dándole el sobre con la documentación.

El hombre de la organización hojeó página tras página y estudió los datos. Paul notó que se le humedecía la zona entre el cuello y los hombros y el sudor comenzaba a inundarle el pecho. Había fracasado. Una mujer a la que había amado había muerto en una celda de la Gestapo; la otra yacía medio muerta de una paliza entre las ruinas de su local. Sin embargo, él había permanecido tranquilamente sentado mientras el Diluvio arrasaba con todo su mundo. Aquella niña era todo lo que podía aportar al arca y enviar al monte Ararat para que no solo la niña, también una parte de ellas sobreviviera. Porque había una vía, había una ruta hacia la tierra firme. Habría querido suplicarle a aquel hombre: «No diga nada, no mire tan detenidamente, haga la vista gorda y déjenos en paz».

—Lo siento mucho, señor Löbel —dijo el hombre de la organización.

Paul se estremeció y se dio la vuelta. Entonces, lo comprendió.

—Pero hemos hecho todo lo que ponía en las instrucciones…

—Debe usted despedirse aquí de su hija —dijo el joven—. Por desgracia, no podemos permitir a los padres que acompañen a sus hijos hasta el vagón. Sería demasiado para los niños, ¿lo entiende? La ansiedad por la separación…

Estampó un sello sobre la documentación de Chaja y metió el sobre en una carpeta. Paul respiró tan hondo que hasta creyó oírse silbar.

—Ahora debes decirle adiós a tu papi y a tu precioso perrito, Chaja —le indicó a la niña—. Cuando llegues a Inglaterra, podrás escribirle una carta. ¿Qué me dices?

La niña no dijo nada.

—¡Está perfectamente bien! —se apresuró a exclamar Paul—. Solo un poco cansada.

—No es de extrañar —repuso el hombre mientras negaba con la mano—. En Inglaterra podrás montarte en el tren —le dijo a Chaja—. Y verás al rey y a las dos princesitas mientras saludan desde el balcón y hacen señas a la gente.

La niña no dijo nada.

—Ahora deséele usted un buen viaje, señor Löbel.

—Buen viaje —dijo Paul.

El silbido de un tren resonó desde el andén cercano.

—Debería llamarla por su nombre —le dijo el hombre—. Lo último que le diga será el recuerdo que conserve de usted en su nueva vida.

—Buen viaje, Chaja —dijo Paul.

Agarró fuerte al perro por el collar y observó al hombre de la organización mientras se llevaba a la niña de la mano.

19
AMARNA.
LONDRES. DICIEMBRE DE 1938

Aquel otoño, Doris habría podido ganar muy merecidamente la medalla al valor por supervivencia al Diluvio. El cielo lo cubría todo de una atmósfera pesada y la lluvia caía a cántaros sobre las oscuras aguas del canal. Encogida dentro de su propio abrigo, la vecina empujó la puerta, se anudó el pañuelo de la cabeza mientras corría y abrió el paraguas. A medio camino entre las dos viviendas se detuvo, hizo una seña a Amarna con la bolsa de la compra y le gritó algo. A Amarna no le quedó más remedio que levantarse del escritorio y abrir la ventana. El frío la azotó. El viento le revolvió todos los papeles.

—En mi próxima vida voy a ser una babosa —bramó Doris a través del estruendo de la tormenta—. ¿Quieres que te traiga algo?

Amarna negó con la cabeza.

—Pero ¡tienes que comer algo! —gritó Doris—. No puedes seguir así, *sugar pie*. No vas a hacer que el niño vuelva a base de que vosotros dos, queridos, enferméis de pena.

—Por el amor de Dios, entonces cómprame tres libras de patatas —le respondió Amarna a gritos, con tal de evitar empezar a llamar la atención de la gente de la calle.

No le había contado a Doris que Kathy Burgess, la asistenta, era la que hacía la compra y que Arman se pasaba el día haciendo guisos para dar salida a tanta comida, pues, entre todos los habitantes de la casa, no consumían ni la mitad. Tampoco le había contado que, en realidad, Amarna no había perdido al niño sino que, simplemente, jamás había estado esperando uno.

—¿Solo patatas? ¡Necesitas algo que te devuelva las fuerzas!

—Maldita sea, Dee. Compra lo que te dé la gana.

Amarna agarró el monedero y lo lanzó por la ventana. Si acababa en el canal, al menos eso daría fin a la discusión en torno a la compra.

Doris se agachó y recogió la bolsita.

—Tendrías que habérmelo tirado más cerca —exclamó—. Te traeré un buen pedazo de cordero, de la zona de la paletilla. Y chocolate con nueces de *Cadbury*. Eso es bueno para el alma.

Se metió el monedero en el bolsillo del abrigo, hizo frente al vendaval y se puso en marcha siguiendo la ribera.

«Por fin», pensó Amarna y cerró la ventana. Nadie iba a comerse el cordero ni el chocolate, pero vivir así de despreocupados era un auténtico regalo. Y Doris necesitaba tener a alguien de quien cuidar. Su vieja perra había muerto y su hija, a la que Seb Farnshaw había robado completamente el corazón, pasaba más tiempo en casa de Amarna que bajo las faldas de su madre. Amarna volvió a sentarse e hizo un esfuerzo por recolocar y volver a distribuir los

papeles mezclados. Un montón pertenecía al catálogo de artefactos que había elaborado para la comisión secreta y otro hacía referencia a la excavación en Urartu que, por el momento, no iba a llevarse a cabo. Sin embargo, no era capaz de concentrarse en ninguna de las dos cosas.

Trabajaba con frecuencia desde casa. Su despacho era amplio y luminoso y Arman había procurado que un ingeniero de la General Post Office colocara una línea telefónica junto al escritorio. Podía resolver su correspondencia allí con más tranquilidad que en el museo y, además, eso le permitía esconderse en su madriguera particular. En todo el *Department* no había habido ni un solo colega, ni siquiera un guardia, que no la hubiera felicitado por el bebé inexistente. Cuando atravesaba los pasillos del museo había tenido la sensación de sentir clavados en su espalda los pensamientos de todos aquellos con los que se cruzaba:

«Pero esa mujer, ¿está realmente bien de la cabeza?».

«Hay que compadecer a ese pobre hombre».

Por eso Wally se había ocupado de hacer circular la versión de la historia en la que creía Doris: que Marnie Artsruni había tenido un aborto espontáneo y merecía toda la comprensión y la compasión posibles.

Pero Amarna no quería comprensión. Quería ir al extremo sur del Cáucaso, escalar hasta un valle perdido en las alturas y sacar a la luz con un pico cuerpos semicongelados del suelo. Consumir fuerzas inútiles en arrebatarle recuerdos a la tierra. Alzar la vista y reconocer, a través de las nubes de invierno, la cima en la que fondeó el arca que llevó a tierra seca a los supervivientes del Diluvio.

Sin embargo, una persona como ella no habría hecho posible que ningún constructor de barcos se encontrara a bordo: ni el Noé judío, ni el Utanapishtim sumerio. Ambos habían recibido de sus respectivos dioses el don de la inmortalidad por haber salvaguardado la semilla de la especie humana. Con alguien como Amarna no se habría podido proteger ninguna familia que albergara el valioso germen de la supervivencia. Lo único razonablemente útil que habría podido conservarse habrían sido un par de estelas funerarias y de objetos de arcilla: en lugar de descendientes vivos, recuerdos de piedra.

Habría querido partir de inmediato, trabajar hasta caer rendida y ser de algún tipo de utilidad. Sumergirse en un mundo al que, desde hacía tres mil años, no le importaban nada los tira y afloja humanos y olvidar, así, que su propio mundo estaba haciéndose pedazos en los últimos días.

Pero no podría irse. Había muy malas perspectivas de que la expedición pudiera realizarse. Ante eso, daba igual que la exposición sobre Urartu hubiera sido todo un éxito, precisamente porque trataba un tema que, en medio de la histeria ante la posibilidad de una guerra, le robaba el sueño a la gente: el miedo a ser perecedero. Seguían apareciendo patrocinadores y hacía tiempo que ya había conseguido suficiente dinero como para financiar un año entero de expedición. Amarna le había presentado al consejo directivo su plan financiero. Si las instituciones británicas cargaban con los gastos, las autoridades turcas no podrían negarle las licencias y parte del mérito de los descubrimientos. Amarna solo quería las estelas, el hombre y la mujer que habían vivido en aquel valle, y un par de tablillas que podrían darle la clave para descifrar la escritura de Urartu. Era un concepto realista y planificado con precisión. Y, sin embargo, *sir* John Forsdyke lo había rechazado.

No personalmente ante Amarna. Había enviado a Wally.

—No es un buen momento —había tenido que informarle el pobre mensajero.

—¿Por qué no? Tenemos el dinero, estamos en paz. Los alemanes están excavando en Hattusa. ¿Por qué no podemos hacer lo mismo nosotros en Urartu?

—El museo quiere centrar la investigación en los túmulos funerarios anglosajones de Suffolk…

—¿En Suffolk? —Amarna se echó a reír—. Yo me dejo la piel en tratar de financiar una expedición al Ararat ¿y tú me hablas de excavaciones en Suffolk?

—¿Por qué uno tiene que tener menos valor que el otro? —respondió Wally con cansancio —. ¿Solo porque eres experta en Oriente antiguo, porque te pirra la megalomanía de esas culturas y la conexión de los anglosajones con la tierra te resulta extraña?

—No —admitió Amarna—. Porque ninguna excavación dentro de tu propio territorio es tan urgente.

Habían comido en el Plough y Wally estaba mirando fijamente un charco de cerveza.

—La dirección es de la opinión de que es tremendamente urgente. Un aficionado ha comenzado a excavar en uno de esos túmulos y el lugar se encuentra completamente desprotegido.

—¡Maldita sea! ¡Mis estelas del Ararat llevan así una eternidad!

—Pero no somos responsables de tus estelas del Ararat —dijo Wally.

—Sí —respondió Amarna—. Tal y como yo lo veo, sí que lo somos. Por eso organicé esa exposición. Quería demostrar que Urartu no es simplemente un pequeño reino de entre miles que podemos olvidar a placer, sino que nuestras raíces provienen de allí. Del Ararat. Del monte del destino. Del lugar en el cual empezamos de nuevo después de estar tan cerca de nuestra total destrucción. La gente solo puede empezar de nuevo si queda un pedazo de ellos mismos. Pensé que por lo menos tú lo entendías.

—Y lo entiendo —dijo Wally—. De lo contrario no dirigiría ninguna Comisión para la Protección del Patrimonio de la Humanidad en la Guerra y podría decirle al director que me besara allí donde la espalda pierde su noble nombre cuando me envía a un túmulo anglosajón en Suffolk.

Amarna lo entendió.

—Debemos poner a salvo el sitio arqueológico por si hubiera una guerra.

—Todavía no. Primero debemos asegurar la excavación y después encontrar a algún juez de distrito de cualquiera que sea el *village hall* al que pertenezca el sitio. Los túmulos se han descubierto en terreno privado, pero, de concedérsenos su custodia, entonces sí: podríamos preocuparnos de ponerlos a salvo.

—Así pues, todos los acuerdos a los que llegó Chamberlain y su discurso sobre la paz para nuestros días, ¿no han servido para nada? ¿Creyó que solo por decirlo en voz alta durante suficiente tiempo se haría realidad, como lo del niño en mi vientre?

—El cinismo no es algo que te vaya mucho —dijo Wally.

—Maldita sea, me da igual. Quiero saber si mañana alguien podrá disparar a mi marido en el cielo porque no he sido capaz de protegerlo de sí mismo. Si el cuerpo del hombre al que quise darle un hijo va a yacer en el suelo destrozado y calcinado.

Wally, que tenía en la boca un bocado considerable de comida, tuvo que llevarse la servilleta a los labios. Para ser un piloto de combate, era sorprendentemente fácil de impresionar.

—Tenéis que hablar, Arman y tú. Hazle saber lo que te preocupa y no vuelvas a obsesionarte

con todo este tema de la excavación en el Ararat.

—Estoy harta de oír que no debería obcecarme con esto —repuso Amarna—. Organicé esa exposición tan exitosa de la que tú fuiste comisario. Reuní dinero de patrocinadores para una excavación y les ofreceré esa excavación a los patrocinadores. Sin el museo, si es necesario. Lo primero que haré será escribir a Sedat Veysel, en Doğubeyazıt, y pedirle ayuda.

Se terminó la cerveza y se levantó.

—¡No podría haber peor momento, Marnie! —exclamó él, a su vez—. Los turcos no han establecido ninguna alianza con nadie, pero todo el mundo sabe a quién apoyaron durante la Gran Guerra. Tendrás tu excavación y el museo te apoyará. Solo tienes que esperar a que se aclare un poco el panorama.

—La capital de Urartu, Tushpa, quedó prácticamente pulverizada durante la guerra —replicó Amarna—. ¿De verdad crees que Urartu puede esperar a que se aclare el panorama mientras tú comes guisos en un búnker en Suffolk? No voy a esperar, Wally. Quiero ir al Ararat y quiero que Arman venga conmigo.

—Por todos los demonios, ¡pues habla con él! No os dediquéis a destruiros el uno al otro: pasad por esto juntos. ¿No crees que Arman se merece tu confianza? No puedes reprocharle nada por lo del niño. Creo que se lo ha tomado de una manera ejemplar.

—Ese es el problema con Arman —había respondido Amarna—, que siempre se lo toma todo de manera ejemplar y que no le puedo reprochar nada. Desearía que, por una vez, maldijera, rompiera platos y me espetara a la cara lo furioso que está.

Amarna contempló el telón de lluvia que caía. Wally tenía razón. Arman se había tomado de manera ejemplar que Wally le revelara, en presencia de su esposa anegada en lágrimas, que no iba a ser padre. Que el niño para el que había empezado a construir una casa sobre un cerezo había sido una quimera.

Wally se lo había llevado del terreno, donde estaba colocándole una pared nueva al granero, ayudado por Seb y Dexter. Parecía relajado, con el pelo mojado, la cara enrojecida, la camisa de franela remangada hasta los codos. En cuanto Wally había comenzado a hablar, había adoptado aquella postura marcial tan suya, y la diminuta cicatriz bajo su ojo izquierdo, que Amarna ya apenas lograba reconocer, había comenzado a temblarle.

—Lo siento mucho —dijo él.

—¿Tú? —gritó Amarna, con la cara cubierta de lágrimas y mocos—. ¡Tú no has hecho nada!

—Al parecer sí he debido de hacerte algo terrible —respondió él—. No tuve esa intención, pero eso ahora no te sirve de mucho.

—Abraza a tu mujer —le ordenó Wally con suavidad—. Lo que os ha pasado es una maldita injusticia y solo el destino tiene la culpa, no vosotros dos.

Arman jamás abrazaba a nadie sin estar completamente seguro de que la persona en cuestión así lo quería. Le pidió a Amarna consentimiento con la mirada y ella pensó: «Por favor, no se te ocurra intentar consolarme o me pondré a gritar. Por una vez, no aceptes sin más que alguien vuelva de nuevo a darte patadas en el estómago, justo ahí, donde el dolor te corta la respiración. Y no alguien cualquiera. Yo».

En lugar de decir nada, ella asintió. Arman se le acercó y la abrazó como un marido ejemplar abrazaría a su esposa doliente.

—Os dejaré solos —susurró Wally y salió de la habitación.

Amarna aullaba como una loba. Arman la apretaba con fuerza. Le acarició el pelo, apoyó la cabeza de su mujer sobre el tejido húmedo y blando que le cubría el pecho y permaneció inamovible. Como una roca en un incendio. Inconmovible.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—Llévame a casa —dijo Amarna—. A Londres. Haz que no tenga que ver a ninguno de los demás —se interrumpió—. No, tú tienes que llevar a los demás a casa. No puedo pedirte algo así.

—Si no pudieras pedírmelo, no te habría preguntado si había algo que pudiera hacer por ti —dijo Arman y se marchó a hablar con los demás.

Poco después regresó y comenzó a hacer el equipaje.

—No hay problema —dijo—. Wally llevará a los Taylor y Bülent se quedará aquí esta noche, con Rehan y Seb. Mañana los recogeré.

Amarna adoraba contemplarlo cuando se cambiaba de ropa, cuando colocaba cada pieza de su armadura cuidadosamente sobre cada parte de su cuerpo. Aquella tarde se metió en el baño y salió de él como si hubiera nacido con un traje de tres piezas ya puesto, incluido el alfiler de la corbata y el pelo cuidadosamente peinado.

La llevó de vuelta a la ciudad atravesando la lluvia y la oscuridad. Sintió un atisbo de consuelo al aproximarse a las luces, al sentir la certeza de que, tras aquellas ventanas, había gente en sus casas preparándose para ir a dormir, gente que había vivido lo peor del mundo y que, sin embargo, seguía yéndose a la cama para volver a levantarse la mañana siguiente. Amarna observó su propio rostro en un espejito de bolsillo: los ojos enrojecidos, las mejillas manchadas, el cabello empapado.

—Llévame a bailar —dijo.

Arman la llevó a una *ballroom* de Coventry Street que se llamaba *Café de Paris*. Cuando no llevaban en Londres ni un año y estaban aprendiendo a bailar, habían ido allí en una ocasión, aunque aquella sala tan ridículamente lujosa, en la que servían ostras heladas en mesas dispuestas en torno a la pista de baile, era demasiado cara para ellos. El líder de la banda se llamaba Lee Stowe y era todo un descubrimiento. Tocaba un *jazz* tierno y sentimental, y Amarna había apoyado la cara en el hombro de Arman, donde la chaqueta del traje aparecía deslucida y gastada.

—Tengo miedo de pisarte —le había dicho él.

—Qué va.

Él había aprendido a bailar igual que aprendía a hacer cualquier cosa: a conciencia, con perfeccionismo y, además, disfrutaba con placer furtivo la mayoría de las sensaciones que experimentaba por todo el cuerpo al moverse.

—En serio —afirmaba él—. No me puedo concentrar.

—¿Qué es tan interesante que no puedas concentrarte en tu mujer?

—Los demás hombres —proclamaba Arman—. Todos y cada uno de ellos me cortarían el cuello de pura envidia.

«Qué felices somos —pensaba Amarna—. Con nuestra casa sin muebles y nuestro montón de deudas». En algunas ocasiones había hecho todo el camino de vuelta a casa corriendo por la ribera del canal durante horas, porque la felicidad que sentían los llenaba de fuerza. Aquellas noches habían intentado hacer niños una y otra vez y, al no obtener resultados, volvían a salir a

bailar. Amarna había posado las manos sobre la cintura de Arman y había pensado: «No lo hagas, mi amor. Deja que te tenga un poco más para mí sola. Tampoco se está tan mal así».

Pero ahora llovía. Maldita sea, también llovía en París. ¿Acaso serían capaces sus llorosos ojos de dar con una sola persona que todavía fuera feliz? La banda de Lee Stowes tocaba un tango oscuro en clave de *jazz*. Apenas había sitio para bailar. Amarna se arrebujó en los brazos de Arman, hundió la cabeza bajo la barbilla de él y él la sujetó como si hubiera estado a un pelo de ahogarse. Rechazó a unas cinco o seis personas que se aproximaron a hablar con ellos:

—Ahora no, por favor se lo pido. Tengan la bondad.

El local estaba lleno hasta la bandera, pero el camarero se sacó del sombrero un sitio para ellos como por arte de magia. Amarna no quería comer nada, solo beber y bailar. Dejó que su marido la llevara a través del laberinto de bamboleantes cuerpos y le empapó la camisa con sus lágrimas. Ni se planteaba que pudiera haber alguien ahora capaz de envidiarlos. Las miradas que los hombres dedicaban a mujeres como ella estaban llenas de lástima.

Cuando Amarna regresó a la mesa para beberse de un trago una copa de vino, trastabilló. Arman permanecía muy cerca detrás de ella y esperó hasta que hubo terminado la copa. Cuando la música comenzó de nuevo, regresaron a la pista.

—Amarna —dijo él—. ¿Podrías mirarme un momento?

—¿Por qué?

Ella alzó la mirada y lo vio desdibujado porque las luces de la sala le dañaban los ojos como diminutos puñales.

—Eres preciosa —dijo él—. Te quiero.

Modélico. No se le podía reprochar nada.

Él la había llevado a casa, la había metido en la cama y la había arropado mientras, fuera, la lluvia arreciaba. Por la mañana la dejó dormir y se marchó a Folkstone a buscar a los demás. Finalmente, se fue a Hornchurch y se presentó ante su unidad. Y así habían vivido desde entonces. Amarna redactaba listas para la comisión y Arman trabajaba en una segunda escultura de granito del tamaño de una persona, que se instalaría en las escaleras del museo. Aprobó las horas de vuelo, el entrenamiento en tierra y el curso de morse. No hablaba con ella del tema. Cuando quería averiguar algo, ella debía preguntarle a Wally. Aunque apenas tenía tiempo, Arman se acostaba con ella siempre que a Amarna le apetecía.

Ejemplar. No se le podía reprochar nada.

A principios de noviembre lo enviaron a Escocia una semana entera, a una práctica de tiro. Cuando regresó, su cuerpo, del que conocía todas y cada una de las cicatrices, apareció con heridas nuevas. Tenía raspaduras en el cuello y la nuca, un hematoma en el hombro y, sobre las caderas, relucía una marca de un rojo vivo.

—¿Qué es esto?

—Nada.

Ella lo abrazó, apretándole el cuello malherido con tanta fuerza que hizo que se estremeciera.

—No me tomes por tonta.

—Al volar es necesario estar girando constantemente la cabeza —dijo, apartando el rostro—. El cuello de los monos que llevamos raspa y se me olvidó llevarme una bufanda.

«Debí haberte hecho yo el equipaje —pensó Amarna—. Seguro que las esposas de los demás

se encargan de esas cosas».

—¿Y el resto?

Él se encogió de hombros.

—Del fusil. Del entrenamiento en la lucha cuerpo a cuerpo. Lo he hecho fatal.

A la tarde siguiente, retuvo a Wally en las escaleras del museo.

—Por fin me he dado cuenta de lo que le estáis haciendo a mi marido. Por culpa de esas prácticas de tiro. ¡Le estáis enseñando a matar gente!

—¿Y qué te creías que estaba haciendo si no? ¿Jugar a la pelota, a ver quién la liga?

—Ven conmigo al Plough, tengo que hablar contigo.

—No tengo tiempo —dijo él y se volvió.

—Maldita sea, me has arrastrado a ese *pub* mil veces aunque yo no tuviera tiempo.

Wally se resignó.

—¿Te parece mal si pido algo de queso? Tengo mucha hambre.

—Siempre pides queso. Al menos a ti no te quita el apetito lo que me lo está robando a mí.

—¿Que Arman tenga un arma en las manos?

—Que estéis convirtiendo a mi marido, a alguien que es incapaz de partirle la cara al más grosero de los brutos, en un asesino.

Él recogió dos platos del mostrador y colocó uno frente a Amarna.

—No seas tonta —dijo él—. Soy un oficial en la reserva y tengo un rango bastante bajo: Arman no está a mis órdenes. Tampoco está a las tuyas, dicho sea de paso. Él decide por sí mismo.

La indignación de Amarna dio paso a la desesperación.

—Ayúdalo, Wally. No está hecho para eso.

—La gente que trabaja con él se ha formado una opinión muy diferente —respondió Wally —. Arman ha soportado hasta la fecha todas las pruebas con una bravura encomiable. Cuando cumpla con la última misión de prueba en un par de semanas, recibirá su *commission*.

—Y eso ¿qué quiere decir?

—Que lo asignarán a un escuadrón como oficial de la Royal Air Force. Eso es lo que quiere y no hay ningún motivo por el cual no pueda conseguirlo. Es un piloto excelente, podría aprenderse las series de códigos hasta dormido y tú deberías saber mejor que nadie que está en plena forma. Pero lo más asombroso es que a los demás nos cuesta aprender los puntos más vulnerables del cuerpo humano. Que se le puede desencajar a alguien la rodilla si se le golpea en el ángulo adecuado. Que se puede dejar a alguien sin sentido si se le golpean las dos orejas al mismo tiempo. Que se le puede romper a alguien la columna vertebral si eres capaz de hacerlo caer con la suficiente rapidez y fuerza contra tu rodilla. Arman sabe todas esas cosas de manera instintiva y da en el blanco sin que nadie tenga que explicárselo.

—Él lo sabe porque su cuerpo lo sabe —dijo Amarna—. Esos golpes con los que se exhibe delante de vosotros como un mono de feria los ha recibido en sus propios huesos. Sabe dónde hay que dar porque él ha tenido que sufrirlo.

—No le haces ningún favor contándome esto, ni a él, ni a ti —dijo Wally—. Y a mí, tampoco.

—Maldita sea, ¿cómo podéis permitirle que mate?

—Maldita sea, ¡porque quiere matar! —dijo Wally y apartó finalmente el plato a un lado—.

Un hombre de verdad no se queda quieto esperando a recibir las bofetadas. Un hombre devuelve los golpes.

—Los disparos no son bofetadas, Wally.

—Naturalmente que no —respondió Wally, cansado—. Pero detrás tanto de lo uno como de lo otro se encuentra el mismo principio, que lleva dándose a lo largo de toda la historia del mundo. Da lo mismo lo civilizados que seamos o cómo nos comportemos, la misma naturaleza del hombre nos hace preferir morir matando antes que caer sin más. Provengo de una familia de oficiales, es algo que llevo mamando desde niño. Y ¿quién os impresiona a vosotras, las mujeres? ¿Un tipo que se encoge en el suelo mientras lo muelen a palos o uno que se defiende?

Amarna no respondió. Algo bajo sus costillas se le había hecho un nudo.

—Los hombres del pueblo de Arman estaban desarmados —siguió Wally—. Tuvieron que contemplar cómo masacraban a sus mujeres y a sus hijos sin poder usar ni un mal cuchillo de cocina. No puede haber nada más humillante para un hombre. Le robas toda su hombría.

Amarna se había ido a casa: el corazón y la cabeza le pesaban como el plomo. Se propuso concentrarse completamente en Urartu, preparar la expedición y poner a Arman entre la espada y la pared: «me prometiste que irías conmigo al Masis. Debes mantener tu palabra, comportarte de manera ejemplar y que no se te pueda reprochar nada».

Dos días después quedó patente que la expedición tendría que esperar: Mustafa Kemal, al que llamaban *Atatürk*, padre de los turcos, murió, y su sucesor, Ismet Inönü, no era alguien a quien se debiera infravalorar. En 1915 había sido coronel bajo el mando de Enver Pashá y se le consideraba un nacionalista. En cualquier caso, antes de que el nuevo líder llegara siquiera a mostrar sus cartas, ella ya no le habría podido exigir a Arman que volviera a entrar en Turquía. Por eso, en aquel momento, no tenía la cabeza para pensar en licencias de excavación. Amarna sentía que el mundo entero se había puesto en su contra.

Pero una idea así era pura megalomanía. Al mundo le importaban un comino Amarna Artsruni y sus pequeños dramas. Al mundo le importaba un comino todo.

Arman seguía manteniendo sus periódicos, el *Times* y el *Standard*, lejos de su vista, tal y como Amarna le había pedido. Sin embargo, aquella tarde él se los había dejado abiertos sobre la mesa del comedor, junto a su taza de café, a pesar de que él siempre la recogía, limpiaba y colocaba. Parecía como si hubiera salido huyendo de su propia casa.

Kathy Burgess rio.

—El señor Artsruni debe de estar enfermo: ¡se comporta como un hombre normal!

No era Arman el que estaba enfermo, sino el mundo. El país en el que Amarna se había criado.

El artículo no era el de la primera página, que correspondía al Remembrance Day, el festival en conmemoración del final de la Gran Guerra. Estaba en la página catorce y era una breve crónica sin fotos: «Ataque contra los judíos. Arden las sinagogas alemanas».

Para vengar la muerte de algún diplomático parisino habían quemado templos, saqueado negocios y capturado a miles de personas. «Muerte a los judíos», habían bramado los jóvenes en pantalones cortos que se hacían llamar Juventudes Hitlerianas y que no eran mucho mayores que Seb. Daban pocos detalles, el artículo apenas se extendía más allá de los tres párrafos. A Amarna le bastó con lo que vio. El periódico de Arman, revuelto, y el café frío y reseco sobre la mesa.

Era la guerra. La guerra que Arman había pronosticado. Había empezado de manera similar

en Constantinopla, con breves crónicas que apenas daban algunos detalles sobre los sucesos ocurridos en el extranjero: un par de iglesias armenias en llamas; un grupo de intelectuales, arrestados; sus familias, represaliadas. La madre y la hermana de Arman había caído entonces. «Muerte a los armenios». Arman no había podido olvidar ni un solo segundo, el recuerdo le corría por las venas y allí aguardaba su momento: no volvería a ser un insecto que se pudiera aplastar.

Amarna no había podido darle lo único que lo habría retenido. Si todavía quería evitar su marcha, debía ser capaz de desarmarlo.

Y es lo que había hecho. Durante tres semanas había buscado una solución tras otra, pero la tarde anterior los últimos restos de fuerza que le quedaban se habían desvanecido de golpe, como una burbuja que estalla. Churchill, el que había sido ministro de Guerra, había advertido en la BBC que los acuerdos de Múnich eran poco menos que papel mojado y que Hitler preparaba a su Wehrmacht para tomar por la fuerza el resto de Checoslovaquia. Estados Unidos y Europa Occidental no podían oponerse a él con mansedumbre: debían armarse hasta los dientes. La palabra *armarse* era la señal que Amarna había estado esperando. Se había levantado de un salto y había salido corriendo de casa.

Nuevamente había abordado a Wally en las escaleras del museo.

—Hoy de verdad que no tengo nada de tiempo —empezó, pero Amarna lo cortó antes de que pudiera continuar.

—Eres oficial en la reserva, tienes la obligación de escuchar el aviso que voy a darte. Debes repetir la investigación a Arman antes de que le den su *commission*. Arman no debe volar.

—Te ruego que no empieces de nuevo con eso. Estaría encantado de estar la mitad de sano y fuerte de que lo que lo está Arman.

—Arman es fuerte, pero no está sano. Está sordo del oído izquierdo.

—Maldita sea, cálmate de una vez. —Wally había intentado agarrarla de un brazo—. Lo primero de todo, vámonos de estas escaleras, que aquí te puede oír cualquiera que pase. Entiendo tu miedo. Desde el momento en que a los alemanes se les ha ido todo el asunto de las manos han demostrado que la obsesión de Arman no era tal, pero esto con lo que me vienes ahora no tiene ningún sentido. Se comprueba el oído de los reclutas, Marnie. Cualquiera que esté sordo de un oído sería incapaz de volar, porque su sentido del equilibrio se vería afectado… —Wally se interrumpió a mitad de frase—. Dime que no es verdad.

—Es verdad. Lo golpearon cuando estaba en el suelo, con tal mala suerte que le reventaron el tímpano. El absceso que se le creó estuvo a punto de matarlo, pero, como es tan fuerte, solamente perdió el oído.

—Pero eso es imposible, ¡alguien se habría dado cuenta!

—Nadie se da cuenta nunca de nada con Arman —dijo Amarna—. Lucha con uñas y dientes para que sea así. Apuesto a que habrá tomado el pelo a esos médicos del ejército y sus encantadores interrogatorios adelantándose a ellos en todos sus movimientos, que es algo que él sabe hacer hasta con los ojos cerrados.

—Con los ojos cerrados no puede…

—Claro que puede. Arman puede hacer lo que le dé la gana con cualquier parte de su cuerpo. Lo educaron así. Sin compasión.

Wally fue entendiendo poco a poco lo que un oído así implicaba.

—Está arriesgando su vida —dijo, con voz ronca—. Y las de los demás que vuelan con él. La mía, por ejemplo.

—No —exclamó Amarna—. No hagas eso, no se te ocurra usar eso en su contra. Maldita sea, no fue él mismo quien le destrozó el oído y ¡no fue él quien destruyó a su pueblo!

—Pero sí que fue él quien se montó en un avión.

—Arman no arriesga la vida de nadie —dijo Amarna—. Ni siquiera conduce después de haberse tomado una copa de vino. Si tu gente no se ha dado cuenta de nada en todo este tiempo, entonces es que es capaz de volar con un solo oído tan bien como con dos. No puedes castigarlo por eso. ¿No fuiste tú el que dijo que no había nada más humillante para un hombre que dejarlo desarmado?

No pudo seguir hablando porque no era del todo capaz de asimilar lo que había hecho.

—Estáis locos, tanto Arman como tú —dijo Wally—. Tengo que irme y ahora mismo creo que no puedo ni veros a ninguno de los dos.

Amarna, por lo tanto, se había marchado y a cada paso se sentía tambalear. Cuando Arman llegó a casa la buscó en la cama, pero ella pretextó un dolor de cabeza. Él se dio la vuelta y se abrochó la camisa hasta el cuello.

—Sabes que hubo un tiempo en que nos reímos de esto, ¿verdad? —preguntó él y se levantó.

Amarna se quedó tumbada, gélida, en la cama, mirándole la espalda, que se le marcaba en la camisa, y deseando que cuatro palabras y el sexo bastaran para hacerlo volver. Sí, claro que lo sabía. Doris le había contado que ella fingía dolores de cabeza para mantener a Dexter a raya. «Todas las mujeres lo hacemos, *sugar pie*. ¿Cómo pretendes, si no, que Black Beauty te deje en paz de vez en cuando?».

Arman la había mirado detenidamente mientras ella le había contado lo de ese peculiar consejo. Con aquella incomprensible seriedad que hacía que a Amarna se le escapara la risa, él le había recorrido el cuerpo entero con la mirada.

—¿Y qué tiene esto que ver con la cabeza, *lajvard?* —Y había hecho una pausa antes de continuar—. Ojalá no me lo hubieras contado. Cuando mañana me cruce con Dexter me voy a poner rojo como un tomate.

—Ya lo estás, cariño. —Amarna le había agarrado sus duras nalgas con las manos y lo había empujado aún más dentro de ella—. Eres la mejor aspirina, pero, por desgracia, no te pueden recetar. Así que la pobre Doris se quedará con las manos vacías.

Aquella noche era ella la que se quedaba con las manos vacías. Con la mirada perdida, contempló cómo la lluvia iba transformándose poco a poco en nieve y creyó ver desaparecer a su marido por la puerta. «Te he mirado la espalda y me he preguntado mil veces cómo es posible que un hombre con unos hombros tan anchos tenga una cintura tan fina. Habría saltado sobre ti y habría querido traer esa cintura de chichinabo hacia mí, te habría arrastrado debajo de las sábanas mientras la lluvia azotara el tejado y te habría hecho el amor hasta que los dos nos hubiéramos sentido de vuelta en casa. Pero ahora, ¿cómo podría hacer eso? ¿Cómo podría atreverme a tocar tu esquiva piel cuando mi traición se ha establecido como un muro entre nosotros?».

Lo había alejado de ella para protegerlo. No del frío del mundo, sino de su propia mujer.

Lo sintió bajo las plantas de los pies. De manera apenas perceptible. Él había hecho aislar todas las plantas de la casa para que los martillazos en la piedra no molestaran a los demás habitantes de aquel antiguo almacén. Sonó el teléfono. Ella imaginó que se trataría de Wally,

desde el museo. Escuchó su propia voz sonar extraña y quebradiza cuando respondió.

—¿Señora Artsruni? ¿Está usted ahí? Espero que no esté enferma.

«Lo estoy», pensó Amarna, pero no dijo nada.

—Al habla Lilly Greenstein. La llamo por lo de la niña.

¿Cómo podía saberlo aquella doctora? ¿Se lo habría contado Wally? Un segundo más tarde, cayó en la cuenta de que Lilly Greenstein no se refería a la niña a la que penaba aunque nunca había llegado a existir, sino a otra, una extraña, a la que le había prometido su lugar en aquella casa. ¿Cómo se le podía haber ocurrido algo así? ¿Qué había esperado? ¿Consuelo? ¿De verdad creía que podría sustituir al niño al que Arman había querido comprar un perro por otro con el que no tenía ninguna relación?

—Quería preguntarle si me acompañaría a Harwich —dijo Lilly Greenstein—. Los niños llevan treinta horas de viaje y deben de estar al límite de sus fuerzas. Hay un tren preparado para recibirlos, pero creo que a la pequeña podría ayudarle que en el primer paso que diera en tierra inglesa, en Kai, tuviera a alguien esperándola.

Amarna tuvo que hacer un gran esfuerzo para entender de qué estaba hablando aquella mujer.

—Pero ¿qué niños? Pensaba que ya no daban visados, que ya nadie podía salir de Alemania.

—Les hemos escrito a todos los avalistas —respondió Lilly Greenstein—. ¿No ha recibido ninguna carta?

—No.

Quizá la había tirado por ahí en uno de esos días, durante las últimas semanas, en las que había sentido que el control de su vida se le escapaba de las manos.

—Tras los incendios y los asesinatos que ahora llaman en Alemania la Noche de los Cristales Rotos, acudimos de nuevo a la Cámara Baja —dijo Lilly Greenstein—. Como, finalmente, ya nadie puede hacer la vista gorda ante las monstruosidades de Hitler, el Gobierno ha declarado inmediatamente medidas de relajación para las leyes de inmigración. A los niños para los que hayamos encontrado avalistas se les ha permitido viajar. Hoy llegan a Harwich, en el primer transporte, doscientos niños y niñas de entre cuatro y catorce años.

Hasta ese momento Amarna no había entendido del todo las consecuencias de sus actos. En medio de la tormenta en la que se había convertido su vida, había recibido una carta de Paul Vollmer desde Berlín en la que le pedía que avalara a la hija de una conocida suya. En algún momento de enajenación debió de pensar que podía hacer que esa niña fuera la suya, la niña que quería haberle dado a Arman y que no podía llevar en su vientre. Pero, después, se había olvidado de todo aquello y ahora ese «aquello» se plantaba frente a ella. Su madre la había montado en un tren, había pasado treinta horas recorriendo Europa y ahora se ponía bajo la protección de perfectos desconocidos.

«No puedo hacer esto —quiso gritar—. Esta niña necesita a alguien que la quiera, y yo solo quiero al niño que se me murió sin haber llegado a vivir».

—¿Qué les ocurre a aquellos a los que no recoge nadie?

—¿Quiere usted decir a los que solo encuentran valedores pero no a alguien que los acoja? A los primeros los alojaremos en un campamento en Dovercourt Bay que suele utilizarse en verano, para las vacaciones. He echado un vistazo al lugar. No está mal, aunque no es lo ideal para el invierno.

—¿Quiere decir que no tienen medios para calentarlo?

Arman había estado en un campo compuesto de barracas sin calefacción. En el frío de la noche en las montañas, era habitual acostarse por la noche apretujados los unos contra los otros y despertarse unas horas más tarde recostado sobre un cadáver congelado.

—Vamos a hacer todo lo posible —aseguró Lilly Greenstein—, pero toda la instalación está diseñada para el verano. El tejado del comedor no es demasiado fuerte. Solo nos queda esperar que deje pronto de nevar.

—Iré con usted a Harwich —dijo Amarna—. Dígame adónde debo ir.

—Pasaré a buscarla —contestó Lilly Greenstein—. Sin embargo, hay un problema con el coche que habían prometido prestarme. ¿Le importaría si tomáramos el suyo?

—Pero ¡no sé conducir! —exclamó Amarna.

—¿Y su marido tampoco?

—Mi marido no vendrá. Debe ir a Hornchurch, al aeródromo.

«Y además no tiene ni idea de que estoy a punto de introducir en nuestro nido un polluelo que no es el suyo», fue el pensamiento que le surgió espontáneamente.

—Oh —dijo Lilly Greenstein—. Entiendo. Es una pena, pero no se puede evitar. ¿Y podríamos pedirle prestado su coche para ir?

—Pero si mi marido lo necesitara —empezó a protestar Amarna. Sin embargo, se detuvo—. Espere un momento y no cuelgue. Voy a ir a preguntar.

Arman tenía por costumbre dejar la puerta doble del taller sin cerrar para que Seb pudiera entrar y salir a su antojo. Amarna sabía bien lo que hacía cuando sí echaba el cerrojo. En más de una ocasión le habría gustado ponerle fin, pero siempre se había dominado.

Llamó a la puerta.

—Arman, ¡abre, por favor! Tengo que hablar contigo.

Probablemente estaba malgastando sus fuerzas. Él había hecho todo lo posible para aislar el sonido de la estancia, estaba sordo de un oído y, cuando golpeaba la piedra con saña, no tenía consciencia de nada más. Y, sin embargo, oyó a Amarna.

Quitó el cerrojo y abrió una rendija la puerta. El sudor le caía a chorros por la cara y el cuello, a pesar de que la portezuela inclinada estaba abierta y el aguanieve se colaba por oleadas. Tenía la camisa pegada al tórax y la respiración entrecortada. Llevaba el jersey verde de Rehan atado al cuello con un nudo.

—¿Llevas mucho tiempo esperando?

Amarna negó con la cabeza. La escultura para el museo, que se había erguido muy recta hasta el techo, yacía ahora de espaldas en el suelo, con el cuerpo de un raro travertino con reflejos rojos aún amarrado al sistema de poleas que utilizaba para moverlo. Su rostro inacabado había tenido algo de la dulzura de los demonios protectores asirios, solo que ahora ya no tenía cara. «Algún día tengo que hacer algo así —le había dicho él durante años—. Crear una figura para después destrozarla».

«Él nunca habría destrozado la cara —pensó Amarna—. Él nunca habría hecho eso con una obra tan grande en la que hubiera llevado meses trabajando, mucho menos si esta hubiera estado destinada a un museo».

—¿Pasa algo?

Amarna miraba la imagen reventada del coloso caído.

—¿Puedo llevarme el coche? —logró decir.

—¿El coche?

—Lo conduciría una conocida mía —murmuró—. Alguien del museo. Tenemos que ir a recoger una cosa para el museo en Harwich.

—¿Por qué me preguntas si puedes utilizar algo que nos pertenece a los dos? —Arman fue a coger la llave y se secó el sudor de la frente por el camino—. No tienes por qué darme explicaciones.

—¿No tienes que ir a Hornchurch?

—Le pediré a Wally que me lleve.

—Entonces, ¿va a ir hoy Wally a Hornchurch? —preguntó Amarna con el corazón latiéndole alto y fuerte.

Él se encogió de hombros.

—Tengo que hacer mi última prueba de vuelo y Wally es mi copiloto. No le des tantas vueltas. Si es necesario, tomaré un taxi.

Ella levantó la mano, pero no se atrevió a tendérsela. «No te vayas, quédate conmigo, déjame protegerte». ¿Cómo podía dejarlo caer inocentemente en la trampa que ella misma le había tendido? Pero Arman era un hombre y había sabido cuidar de sí mismo durante toda su vida. En Kai, en Harwich, por el contrario, esperaba una niña que probablemente estuviera sola por primera vez en su vida. Amarna no tenía elección.

Arman vio la tensión de sus manos y dio un paso atrás.

—¿Te puedo decir algo, aunque no sea asunto mío?

—Por favor, no me hagas ese tipo de preguntas.

—Creo que deberías invitar a tu padre a venir en navidades. Sé que no viene todos los años, pero podrías decirle que viene por aquí con muy poca frecuencia y que nuestra casa es lo suficientemente grande como para que no sea así. No hace falta que me vea si no quiere. Incluso podría traer al doctor Vollmer con él.

Amarna gimió.

—Tengo que irme —dijo—. Luego seguimos hablando de esto.

—De acuerdo —repuso, con una mirada imposible de interpretar—. ¿Sigues teniendo dolor de cabeza? Si no es así, ¿puedo besarte, entonces?

Algo en el interior de Amarna, una sensación dura como una piedra, surgida del miedo, se relajó y se ablandó finalmente. Él tomó su rostro entre las manos y la besó en la boca. Cuando la soltó ya no le dijo nada más y, antes de que ella pudiera tocarlo, se dio la vuelta y regresó a su piedra.

20

El aguanieve que caía a cántaros sobre las lunas no dejaba a Amarna ver nada. Lilly Greenstein conducía el hermoso y cuidado Bentley que Arman había comprado con la esperanza de transportar en él a su familia. Ahogaba el motor constantemente, por lo que el coche avanzaba dando tirones y sacudidas. Amarna sentía como si cada movimiento brusco fuera una forma de hacerle daño a Arman. Estaba histérica, no cabía duda. Dentro de dos horas iba a acoger a una niña a la que no conocía en su casa, donde nadie sabía de ella. El coche era, al fin y al cabo, la menor de sus preocupaciones.

—No debe usted darle vueltas al tema de la religión —dijo Lilly Greenstein.

—¿Qué religión?

—La pequeña Chaja Löbel, a la que usted va a recoger, no ha recibido una educación religiosa —respondió la mujer—. Inicialmente nuestra idea era aceptar exclusivamente padres de acogida judíos, pero no conseguimos los suficientes voluntarios. También tuvimos que renunciar al principio de escoger padres que ya tuvieran hijos propios.

—¿Por qué solo padres que ya tuvieran hijos?

—Porque… —Lilly Greenstein se interrumpió y volvió a calar el coche—. Aún no le he dicho lo mucho que lamento que haya usted perdido a su hijo. Si me permite que se lo diga, le aseguro que la mayoría de mis pacientes que ya han estado embarazadas alguna vez, vuelven a estarlo pronto. Es un poco como si el cuerpo, de pronto, se hubiera abierto camino.

—Gracias —dijo Amarna—. ¿Por qué solo padres de acogida que ya tuvieran hijos?

—Bueno, verá —comenzó la doctora—. Los niños que traemos aquí no son huérfanos. Los acogemos para poder devolvérselos a sus padres algún día, ya sea en Alemania, cuando recuperen la cordura, o en algún otro país al que hayan emigrado. Eso significa que los padres de acogida deben estar preparados para la separación.

—Por supuesto —dijo Amarna.

El aguanieve se volvió más fina y, finalmente, cesó. Las casas grises de Harwich se alzaban por entre las desiertas calles invernales. Amarna creyó oler el mar. El barco ya era visible desde la carretera de acceso al puerto, blanco y con el casco alto, amarrado en Parkeston Quay como cuando ella misma había llegado a Inglaterra.

—Ya está aquí —dijo Lilly Greenstein.

—¿Cómo dice usted que se llamaba la niña?

—Chaja Löbel. Tiene cinco años, es una pequeña berlinesa. Pensé que el conocido suyo le habría dado esos detalles.

Por lo que Amarna podía recordar, Paul no le había dicho nada de la niña, solo le había hablado de la madre, una artista que se encontraba en grave peligro. Pero tampoco había leído la carta con mucha atención. El miedo le atenazó la garganta. Miedo a una niña de cinco años.

—Le facilitamos la acogida de Chaja porque usted nos lo pidió —dijo Lilly Greenstein—,

pero evidentemente podemos cambiarla por otro niño. Puedo mostrarle fotos… ¿Preferiría usted un niño?

—El nombre es bonito —dijo Amarna.

—¿Chaja? Significa «vida».

—Que significa ¿qué?

—Vida —respondió Lilly Greenstein y aparcó el coche.

El barco ya había colocado la pasarela y frente a ella se apretujaban un grupito de personas, mayoritariamente mujeres, que hacían señas con pañuelos. Mientras Amarna y Lilly Greenstein llegaban hasta el barco, los primeros niños iban desembarcando. Amarna vio a tres o cuatro hombres que iban distribuyendo los cuerpecillos sin abandonar la pasarela.

—Los monitores deben regresar —explicó Lilly Greenstein—. Si hubiera el más mínimo riesgo de que un adulto se colara aquí sin visado, nos retirarían el transporte.

A Amarna dejaron de preocuparle los monitores en el mismo momento en que algo la descubrió a ella: dos cámaras. Un foco inmenso y un montón de cajas de cable con el logo del *British Movietone*.

—Yuju, ¡señora Artsruni! —exclamó una mujer que llevaba sus tirabuzones color canela recogidos con una cinta como *Alicia en el país de las maravillas*—. Helen Carlisle, ya nos conocemos. ¿Qué tal está su marido?

Amarna se detuvo a medio paso.

—¿Qué quiere decir esto? —increpó a Lilly Greenstein.

—Lo siento mucho —dijo la mujer—. Entiendo que se sentirá utilizada, pero necesitamos la publicidad desesperadamente. Nos faltan padres de acogida para tantos niños, por no hablar de todos los que aún esperan con ansiedad en Alemania que les llegue algún avalista. La BBC ha hecho un llamamiento por nuestra causa, pero el semanario cinematográfico es harina de otro costal. Y el que la pareja ideal de jóvenes británicos abra las puertas de su preciosa casa a una niña refugiada es la mejor publicidad que podríamos tener.

Amarna se sentía utilizada, efectivamente, pero también admitía que la doctora tenía razón. ¿A qué debía darle la espalda: a los sentimientos de la acomodada esposa de un artista o a un montón de niños, arrancados de su hogar, que iban a congelarse en un comedor sin calefacción? Las cámaras la apuntaban y la iluminación artificial rompía el gris del día. Amarna no lograba discernir lo que ocurría frente a la pasarela, solo podía ver ovillos de personas que se arremolinaban, solícitas, en torno a la directora de acogidas.

—¿Cuál de los pequeños va a tener la suerte de encontrar un nuevo hogar junto a ustedes?

Chaja Löbel. Chaja significaba vida.

Lilly Greenstein les gritó algo a los monitores. Por entre los focos de luz cegadora, Amarna distinguió como tomaban una niña en brazos y se dirigían hacia ella. La vio por primera vez con claridad cuando uno de los asistentes la colocó directamente frente a ella sobre el suelo. Otro traía la maleta y la mochila que, al posarlos junto a la niña, parecían gigantescos.

Amarna se estremeció. La pequeña era delicada, con extremidades huesudas que le surgían por entre las mangas del abrigo y una cabeza redonda cubierta de pelo negro y corto. Sujetaba un muñeco de peluche contra el pecho y miraba a la nada con unos ojos gigantescos. Aquella niña extraña no era una extraña: cualquiera podría haberla tomado, a primera vista, por hija de Arman.

Y su nombre significaba vida.

El viento revolvió el cabello de la niña y se llevó todo lo que había estado torturando a Amarna: el examen de Arman en Hornchurch, su traición, la familia ignorante de todo aquello y las cámaras del *British Movietone*. Lo único que quedaba era una niña delgada, abandonada, que a todas luces estaba congelándose. Bülent le había contado a Amarna cómo había sido el momento en que había desvestido el cuerpecillo de Arman de los andrajos que llevaba: «Las costillas, *sevgilim*. Y las caderas. La piel cubría los huesos como si fuera papel y creí que, si lo abrazaba, se me rompería a pedazos». Amarna pensaba lo mismo. Aunque la ropa que aquella niña llevaba no fueran harapos.

Todo lo contrario. Aquel abriguito rojo con adornos negros lo había escogido alguien que, sin duda, se sentía profundamente orgulloso de su hija. Igual que Arman, que había ocultado un catálogo de ropa infantil entre sus periódicos. Habían vestido a la niña cuidadosamente: llevaba una bufanda en torno al cuello, manoplas en las manos y botines forrados en los pies. Tanto la maleta como la mochila eran de piel de buena calidad y el muñeco de peluche, que lucía una prenda tejida a mano, parecía maltratado, pero caro. La niña tenía el aspecto que habría tenido su propia hija y de Arman si hubieran tenido que prepararla para un viaje, con la única diferencia de que ellos no la habrían enviado sola. Y tampoco le habrían colgado un cartel numerado del cuello con un cordel de aspecto aún más áspero que el mono de piloto de Arman.

Chaja Löbel, de Berlín, era la niña número 152.

Algo plateado brillaba por entre el cordel, una cadena veneciana como la que Arman llevaba al cuello con una cruz. Había pertenecido a su padre y el hecho de que estuviera en su poder había sido por la más extraordinaria de las suertes. Solían expoliarse a conciencia los cadáveres armenios, aun cuando se los hubiera dejado colgados para que se pudrieran: se les arrancaban los dientes de oro y se les cortaban los dedos para quitarles los anillos. Un ayudante del verdugo con un extraño arrebato de mala conciencia había recogido la cadena y se la había dado a alguien para que se la llevara a Arman. Jamás se la quitaba.

De la cadena de la niña colgaba una estrella de David.

—*Willkommen in England* —dijo Amarna.

—Oh, es cierto —dijo Lilly Greenstein—. Usted habla alemán.

La niña no dijo nada. Solo tiritaba y se llevó las manos a los ojos cuando los focos del *British Movietone* la cegaron.

—Voy a sacarte de aquí —dijo Amarna—. Te llevaré al calor. En nuestra casa no llueve.

¿No era sorprendente que hubiera deseado un niño durante años sin haberse planteado ni una sola vez cómo hay que comportarse con ellos? Tuvo que agacharse para tomar la mano de la niña. Esta se revolvió y se abrazó a su muñeco de peluche. «Cuidaré de ti —pensó Amarna—. Aunque no sepa cómo se hace».

En el camino de vuelta a Londres rompió a llover de nuevo. Amarna había sentado a la niña en la parte de atrás y había querido sentarse a su lado, pero, al ver que la niña reculaba, se había colocado en el asiento anterior. Lilly Greenstein conducía y empezó a hablar sin parar.

—Londres te gustará, Chaja. Los Artsruni tienen una casa preciosa junto al canal, con un gran jardín. Vendré una vez a la semana a visitarte. Si quieres, puedo traer a un par de compañeros de los que fueron contigo en el tren…

A todas luces la niña no entendía ni una palabra de inglés, pero probablemente eso tampoco

importaba. Amarna tuvo la impresión de que Lilly parloteaba de aquella manera no para tranquilizar a Chaja, sino a sí misma y a Amarna. O para hacer suficiente ruido como para sofocar el sonido de los castañeantes dientes de Chaja. Todo el que oyera aquel sonido y no pudiera creer que fuera de verdad no tenía más que mirar las vibrantes mandíbulas de la niña. Toda la palabrería de Lilly no era suficiente para ahogar ese ruido.

Conforme fue anocheciendo, la niña comenzó a gemir. Se encorvó hacia delante y se colocó en posición fetal, como solía hacer Arman en sueños. Amarna tendió instintivamente la mano hacia ella. La niña gritó e intentó nuevamente recular.

—No se lo tome a mal —señaló Lilly Greenstein—. Algunos de estos niños han pasado por cosas horribles. Si nos hemos equivocado y se siente superada, por favor, no dude en hacérnoslo saber. Podemos encontrar algún otro niño para usted, uno que no cargue con tanto sufrimiento a sus espaldas.

Eso mismo le había dicho su padre cuando ella le anunció que iba a casarse con Arman Artsruni: «Espera un poco, cariño. Es un hombre asombroso, no cabe duda, pero preferiría que encontraras a alguien que no cargara con tanto sufrimiento a sus espaldas».

—Quiero a Chaja —dijo Amarna.

Y con eso quedó decidido, no solo ante los demás, sino también ante sí misma: «Quiero a Chaja».

Nunca tocaba a Arman cuando se ponía en posición fetal estando despierto, pero sí que lo hacía en ocasiones, mientras dormía. No conocía ninguna forma de aliviar las torturas de sus sueños, pero intentaba hacerle entender que alguien arrancaría las rejas de su prisión de ser necesario. Chaja no dormía, pero estaba atrapada en la tortura de sus sueños. En el trayecto, Amarna se levantó, se sentó junto a ella y posó un brazo a su alrededor. La niña se tensó y el gemido se le apagó en la garganta. Amarna hizo lo que había hecho ya en ocasiones anteriores con su marido: acariciarle la frente; después, la cabeza hasta el cuello; inclinarse sobre ella y rozarle con los labios la vena de las sienes. Chaja no se relajó, pero tampoco lo hacía Arman. Con todo, en una ocasión, su marido la había abrazado agradecido en el silencio de la madrugada.

Amarna apretó a Chaja contra ella y sintió una humedad que no procedía de la lluvia.

—Deténgase —le dijo a Lilly Greenstein.

—¿Qué ocurre?

—Tengo que sacar algo de la maleta. Simplemente, deténgase.

Lilly Greenstein se dirigió al arcén. Ya casi había anochecido y en las calles de la periferia no había ninguna farola. En cuanto Amarna se bajó del coche, la golpeó la luz de un foco. Miró a su alrededor y vio el coche del *British Movietone* que se había detenido justo detrás de ellos. Inquieta, abrió el maletero, arrancó el sello de la maleta y la abrió. Le asaltó una oleada de aroma a tabaco y a perfume y vio la ropa, que era tal y como la que Arman habría elegido para su propia hija: tejidos de buena calidad en colores claros, pero apretujados los unos contra los otros, como si alguien hubiera preparado el equipaje de la niña a toda prisa.

¿Sería que su madre no había tenido tiempo de hacer la maleta o es que sería igual que Amarna? La primera vez que se había ido de viaje con Arman, él había deshecho la maleta entera antes de volver a hacerla.

—Cielo santo, *lajvard*. ¿Quién nos iba a dejar entrar en su hotel si vamos con aspecto de

haber dormido con la ropa puesta?

Amarna le había mordido la oreja.

—¡Pero qué funcionario prusiano ha perdido el mundo contigo!

Y, desde entonces, siempre se había encargado él de hacer el equipaje. ¿Es que Chaja no tenía ningún padre que se avergonzara de cada arruga en la camisa? Paul le había contado aún menos del padre que de la madre. Lo cierto es que no había escrito absolutamente nada, y Amarna tampoco había preguntado.

Sin embargo, ahora sí que se hacía preguntas. Sacó unos leotardos de la maraña y cerró la maleta y el maletero de un golpe.

—Dígales a esos tipos de las cámaras que se marchen —le espetó a Lilly Greenstein—. No pienso dejarlos entrar en mi casa.

—He intentado explicarle lo importante que es la publicidad para nuestra…

—¡A la mierda! —dijo Amarna—. No soy la mitad de una pareja ideal de anuncio publicitario, sino una loca que le mintió a su marido al decirle que iba a tener un niño cuando en realidad no puede quedarse embarazada, y que ahora va a meterle una refugiada en casa sin haberle dicho ni media palabra. ¿Es eso lo que quiere que su tropa del *British Movietone* filme? ¿Es esa la publicidad que tan desesperadamente necesita?

—Por supuesto que no —Lilly se giró hacia ella—. Su marido ha recibido todo tipo de maltratos, ¿no es verdad? ¿Lo golpearon con varas o con palos en las nalgas o en la parte baja de la espalda? ¿Le propinaron patadas en la tripa, en la entrepierna y en las ingles?

—Por todos los demonios, ¿por qué me hace ese tipo de preguntas? ¿Es que disfruta con ellas?

Amarna reparó demasiado tarde en Chaja, que se retorcía en su esquina junto a la puerta como si los gritos le causaran dolor físico.

—Soy médico —dijo Lilly Greenstein—. No puede haber nada más contrario a mi naturaleza que disfrutar con la profanación del cuerpo humano. Si le pregunto es porque dudo que usted no pueda quedarse embarazada. Lo que creo es que no puede usted quedarse embarazada de su marido. Puede que sea una verdad dolorosa, pero no es algo infrecuente en casos de lesiones graves en la zona del bajo vientre. —Abrió la puerta del coche—. Le diré a la gente del semanario que debe marcharse.

Amarna permaneció sentada, como petrificada, durante unos segundos. «No puede ser —pensó Amarna—. La vida no puede ser tan injusta». Entonces se acordó de Chaja. La niña temblaba con tanta violencia que hacía vibrar todo el asiento. Tenía que quitarle aquellos leotardos empapados, el hedor llenaba ya el coche. Le sobrevino una náusea. «Vamos —se dijo —. Si fuera tu propia hija, tendrías que hacer esto constantemente». Sin mirar hacia abajo, agarró a la niña por las caderas. Chaja soltó un gemido apenas audible y se agarró a la puerta.

—No quiero hacerte nada —dijo Amarna, impotente—. Solo quiero ponerte algo de ropa seca.

Intentó bajarle los leotardos, pero la niña bramó como si la hubiera golpeado, se irguió y trató de golpearla con los puños. Amarna continuó, sintiendo la fuerza con que estaba agarrando las piernas de la niña y sintiéndose una auténtica criminal por ello.

—¡Déjelo estar! —Lilly Greenstein entró y cerró la puerta de golpe.

—¡Pero quiero cambiarle esos leotardos! Está empapada, se ha…

—Ya sé lo que ha hecho, el olor es inconfundible. Pero no es algo que me sorprenda. Déjeselos puestos.

—¡No puedo dejar que siga el viaje con toda la ropa meada!

—Imagínese que alguien hubiera agarrado a su marido de la forma en que usted lo está haciendo con Chaja.

Amarna soltó a Chaja. En un instante, la niña voló de nuevo a su rincón. «Está bien —pensó ella—. No llevo ni una hora contigo y ya me he pasado de la raya. Quizá sea una bendición que no pueda tener un hijo. Una bendición para ese hijo».

Atravesaron la ciudad en silencio. Frente a la catedral de St. Paul se alzaba el árbol de Navidad que, a pesar del espantoso tiempo, estaba rodeado de padres que mostraban las luces a sus hijos. También había uno instalado entre las columnas de la puerta principal del museo, y al día siguiente Arman y Dexter colocarían otro en el camino entre sus dos jardines. En la pendiente de la ribera que llevaba hasta su casa había aparcada una furgoneta. Amarna reconoció a Dexter, que ayudaba a dos trabajadores a descargar del vehículo paquetes planos y tan grandes como un hombre. La farola frente a la puerta principal estaba ya encendida y, bajo el cono de luz, aguardaban Bülent y Rehan. Doris y Jordan se encontraban encogidas bajo un paraguas junto a la valla de su casa.

—¡Oh, Marnie! —exclamó Doris—. ¡Gracias, gracias, gracias! No sé cuántas veces puedo decir gracias. Sois los mejores vecinos del mundo y, si pudiera, os regalaría un niño.

Jordan le propinó un codazo a su madre.

—Me marcho cuando quieras.

Amarna había salido con cuidado del coche, al igual que Lilly Greenstein. Dexter le dijo algo al trabajador con el que estaba descargando un paquete rampa abajo y apoyaron la carga en el vehículo.

—No hagas caso de nada de lo que Dee te diga —le dijo a Amarna—. Ya la conoces y ya sabes lo que quiere decir. Es, simplemente, que os estamos muy agradecidos. Nos llega muy adentro ser tan importantes para vosotros, ¿sabes?

—¿Qué está pasando? —preguntó Amarna.

Habría querido ahuyentar a toda esa gente y robarle el paraguas a Doris para meter a Chaja dentro de la casa sin ser vista. Lo que haría después era algo que desconocía y que no tenía fuerzas para pensar en ese momento.

—Oh, pero ¿no lo sabes? —La ropa y el pelo de Dexter chorreaban—. Tu marido ha comprado uno de esos Anderson Shelter. Y no solo para vosotros: ¡también para nosotros!

La lluvia resbalaba por sus sonrientes labios. Amarna siempre le había tenido afecto, pero en ese momento sintió por él auténtica ternura.

—¿Qué es un Anderson Shelter?

Dexter señaló los paquetes que los trabajadores amontonaban frente a los dos portones de entrada.

—¿Es que Arman no te ha dicho nada? Entonces no te lo diré yo tampoco, Marnie. Si quiere protegerte, no seré yo quien me interponga. A mí también me habría gustado mantener a mi Dee al margen, pero ya sabes cómo es.

—Sí, lo sé —dijo Amarna—. ¿Qué es un Anderson Shelter?

—Es un búnker para construir tú mismo. —Dexter se levantó el cuello de la gabardina para

que le tapara la cara—. Este fin de semana Arman y yo los montaremos en el jardín y ya puede venir ese Hitler si quiere. Vosotras dos, Dee y tú, tenéis maridos que se preocupan por sus mujeres.

—¡Estás empapada, Amarna! —exclamó Rehan—. Completamente empapada. ¡Ven, entra en casa!

Lilly Greenstein se colocó junto a Amarna.

—¿Puedo ayudarla? ¿Quiere que hable con sus familiares?

—No —dijo Amarna sin saber muy bien a quién se lo había dicho.

Quizá a alguien que le hubiera ofrecido algo así: ¿quiere que me ocupe de su vida durante la próxima media hora? Tiene usted a una niña temblorosa y empapada de orina en el coche y le están instalando un búnker en el jardín. ¡Tiene que despertarse de una vez y empezar a comportarse como una adulta!

Sin vacilar, ignoró todo lo demás y volvió a meter la cabeza en la oscuridad del coche.

—Ven con nosotros —dijo en un tono más agudo de lo que era habitual en ella.

La niña no se movió. ¿Qué debía hacer ahora? No podía dejar a Chaja en el coche, pero mucho menos podía volver a intentar agarrarla de pies y manos e intentar cargar con ella mientras la niña gritaba por su vida.

Lilly Greenstein se hizo un hueco a su lado junto a la puerta del vehículo.

—Chaja, ¿no quieres venir con nosotros? —gorjeó con el mismo tono amanerado y agudo que había utilizado Amarna—. Aquí hay un montón de gente maravillosa que quiere conocerte.

Aquellas voces de pito no tuvieron ningún efecto en Chaja, pero fueron absolutamente irresistibles para Doris.

—¿Qué es lo que tienes en el coche, *sugar pie?* ¿Es un perrito? Es una buena idea. Hace poco le dije a Dexter: Marnie y Arman deberían buscarse un perrito al que darle cariño.

Presa de la curiosidad, se abrió camino entre Amarna y Lilly Greenstein.

—Oh, *my giddy aunt* —dijo y se tapó la boca con la mano—. No es verdad. Marnie, dime que no es verdad.

—Que no es verdad ¿el qué?

—Ya lo dijeron muchos —murmuró Doris—. Que un semental como Black Beauty no se conformaría con una sola mujer y que allí de donde él viene los hombres tienen harenes. Pero si hay un hombre del que habría jurado que es un hombre fiel, ese es tu marido.

—¿Se puede saber de qué está hablando? —interrumpió Lilly Greenstein el torrente de palabras.

—De la pequeña —balbució Doris señalando hacia el coche—. Hasta un ciego de los de bastón vería de quién es hija.

—La pequeña es una niña judía de Berlín que acaba de llegar en un convoy de una asociación benéfica —dijo Lilly Greenstein—. Los Artsruni la acogen por la pura bondad de su corazón y le agradecería mucho que no iniciara usted ningún rumor infundado.

Amarna miró a Chaja, que se aferraba a la puerta, inmóvil. «Están hablando de nosotras como si no estuviéramos aquí —pensó—. ¿No puedo encogerme a tu lado y hacerme pequeñita contigo?».

—¿Marnie? —preguntó Doris como si le implorara—. ¿Es cierto eso? ¿Has acogido a esta pequeña solo porque no tenéis hijos y sois buenas personas?

Amarna sacó la cabeza del coche y asintió. Tras el parachoques había una motocicleta con sidecar, como las que se utilizaban en el aeródromo para transportar personas y material de un extremo al otro del recinto. Arman se bajó, se quitó el gorro y las gafas y abrió la capota del sidecar. «Maldito imbécil —pensó Amarna, anhelante—. ¿Habrá algún aparato motorizado peligroso sobre el que no seas capaz de sentar tus benditas posaderas?».

Sacó del sidecar un montón de paquetes que parecían cajas de cartón conectadas a mangueras, se las echó al hombro y entró en la casa. Amarna quiso leer la expresión de su rostro cuando pasó a su lado, pero la lluvia había echado una cortina entre ambos. Habría querido echar a correr hacia él y gritarle: «Estoy dando tumbos, ¡abrázame fuerte!». Pero no podía hacerlo. No podías ponerle a alguien la zancadilla y luego pedirle que te ayudara.

Doris, Dexter y uno de los trabajadores lo rodearon hablando todos a la vez. Amarna tuvo la sensación de que faltaba algo. No algo, sino alguien: Seb. El oscuro nubarrón que seguía a Arman como una sombra. Lilly Greenstein había empezado de nuevo a intentar convencer a Chaja y alguien tiró de la manga del abrigo de Amarna. Ella se volvió y se encontró a Bülent a su espalda, sin paraguas, con su mata de pelo algodonoso revuelta por el viento.

—¿Qué ocurre, *sevgilim?* La niña del coche. ¿Quién es?

—¡Oh, Bülent! —Amarna saltó del inglés al turco como quien encuentra un escondrijo en el que nadie puede localizarte—. Me la he encontrado… Igual que tú te encontraste con Arman.

—¿Está herida?

Amarna negó con la cabeza.

—Creo que no.

—Debemos meterla en casa, al calor —dijo Bülent y se puso de puntillas—. Arman —llamó, con un tono en la última sílaba que ningún inglés era capaz de pronunciar—. Déjate de chácharas con los vecinos. Tu mujer te necesita aquí.

Arman contó tres de las cajas y se las dio a Dexter. Después, acudió trotando como un perro. En lugar de meter la cabeza por la puerta del coche, miró a través de la ventanilla.

—¿No quiere salir?

—Lo he intentado todo. —Amarna abrió las manos—. No sé qué más puedo hacer.

—Déjala ahí dentro.

—Pero ¡se va a congelar! Tiene la ropa empapada y es invierno.

—Aquella vez también era invierno. —Bülent golpeó el costado de Arman sin ninguna dulzura—. ¿Te habría dejado yo tirado en la puerta aunque tuviera cosas mejores que hacer o aunque seas tozudo como una mula?

Arman miró a Bülent hasta que el anciano le devolvió la mirada. Aquellos dos eran capaces de abrazarse con los ojos y se mostraban su cariño en circunstancias bajo las que el cuerpo de Amarna no habría tolerado ningún contacto. ¿Dónde aprendieron a hacer eso? ¿En una casa atrancada, cubierta de nieve y de silencio, mientras rezaban porque los asesinos pasaran de largo frente a la puerta? Bülent había protegido a Arman. Había interpuesto su fino cuerpecillo como barrera ante su pequeño expósito, nunca lo había abandonado y nunca lo haría.

Arman negó con la cabeza muy despacio.

—Tú no tenías un coche con calefacción —dijo.

—No me dirás que también son capaces de meter un radiador en una de esas cosas.

—En el mío sí, al menos —dijo Arman con voz tenue—. Tiene un sistema especial para eso:

es un coche pensado para familias.

—Qué cosas se te ocurren. —Bülent acarició un segundo la mejilla de Arman y después tiró de una de las cajas con mangueras—. ¿Qué es esto que estás cargando?

—Máscaras de gas.

—Máscaras de gas, coches con calefacción, búnkeres. ¿Qué va a ser lo siguiente que compres? ¿Es que va a haber guerra?

—No las he comprado. El gobierno se las da a todos los habitantes del país y he ido a recoger las nuestras. Pero no tenemos ninguna para… —Se volvió hacia Amarna—. ¿Cómo se llama la niña?

—Chaja.

—No tenemos ninguna para Chaja —dijo Arman—. Aunque sé que las hay pequeñas, de color rojo y azul, para que los niños no se asusten. Las llaman «máscaras Mickey Mouse». Iré mañana al centro de distribución y les diré que necesitamos una, aunque personalmente a mí esas máscaras de Mickey Mouse me dan más miedo que las normales.

—Arman —lo amonestó Bülent—. Déjate de rodeos y respóndeme.

—Sí —dijo Arman—. Creo que va a haber una guerra.

—No quiero —dijo Bülent—. Ya pasé por una que puso mi vida patas arriba. Y mi vida es demasiado pequeña: no tengo sitio para otra guerra.

—No —dijo Arman—. ¿Quieres que te lleve a algún otro sitio, a donde la guerra tarde más en llegar?

—¿Quieres que te dé un par de bofetones para que no hagas preguntas tontas? Soy un viejo y hago lo que hacen los viejos: tomar parte en las locuras que a los jóvenes les parece que son lo correcto.

—Entonces, nos quedaremos aquí —dijo Arman, se quitó la bufanda del cuello y le secó la frente al anciano—. En el último país en guerra en el que estuve, escribieron mi nombre en una lista antes de darme una paliza de muerte. Este me regala una máscara de gas y me pide que firme para demostrar que la he recibido.

Los labios de Bülent formaron una palabra muda y los labios de Arman le dieron una respuesta. Después, se volvió hacia la casa.

—Rehan, ¿puedes traerme mantas? Las más gruesas que nos hayas hecho.

Rehan se volvió, corrió hacia la casa y regresó con los brazos cargados a más no poder con mantas tejidas a mano. Arman las recogió y las llevó al coche. Amarna, mientras tanto, se sentía como si el frío estuviera calándola hasta los huesos.

—Buenas tardes —le dijo Arman a Lilly Greenstein—. Siento que nos conozcamos bajo estas circunstancias. En cuanto me haya ocupado de la pequeña la llevaré a su casa.

—¿En ese cacharro traqueteante? —sonrió Lilly Greenstein—. Me temo que esos aparatos están pensados para jovencitos salvajes, no para damas de buena reputación.

Arman, que ya había abierto la puerta del coche, se dio la vuelta, ruborizado.

—También puedo pedirle un taxi.

Lilly Greenstein posó la mano sobre el hombro de Arman, pero este se encogió ligeramente hacia un lado y se apretó contra la carrocería del coche, igual que hacía Chaja con la puerta.

—Muchas gracias, señor Artsruni —dijo ella—. Creo que soy capaz de encontrar un taxi yo misma, y usted debería estar ahora mismo con su familia.

Arman asintió. Después dejó que Rehan se sentara en el asiento del conductor y abrió la puerta de atrás. En la parte de atrás del respaldo había algunos interruptores que encendían el motor y el sistema de calefacción. Rehan, que se había deslizado hasta el asiento del copiloto, le dio una manta antes de que él llegara a volverse hacia Chaja. Él permanecía en equilibrio, apretado contra la puerta opuesta para dejarle a Chaja el máximo espacio posible.

—Buenas tardes, Chaja —dijo en inglés—. Esta es Rehan. Te trae mantas.

—Creía que su marido hablaba alemán —dijo Lilly Greenstein—. Deberíamos decirle que Chaja no entiende el inglés.

Amarna no le hizo caso: toda su atención se centraba en el interior del coche. Rehan se inclinó sobre el asiento y Arman empezó a pasarle mantas a Chaja sin tocarla. Chaja tardó un tiempo en empezar a reaccionar, pero finalmente se tapó y empezó a entrar en calor.

Arman se dio la vuelta.

—Amarna —dijo—. Por favor, súbete con Bülent o métete en casa, pero no te quedes ahí bajo la lluvia.

Amarna miró a Bülent. Este asintió, abrió la puerta del conductor y se colocó en el asiento. Amarna abrió la puerta de atrás y Arman le cedió una de las mantas. «Estoy tan cansada —pensó —. Ayúdame, aunque te haya traicionado».

Arman la abrazó y la envolvió. Ella constató, sorprendida, el silencio que reinaba dentro del coche, a pesar de que en su interior respiraban cinco personas, la calefacción resonaba y la lluvia golpeaba el tejado. A través de las capas de ropa mojada y mantas de lana, ella pudo sentir la clavícula, las costillas y los latidos del corazón de Arman. Quiso recostar la cabeza en el hueco entre su cuello y su hombro y, extenuada como estaba, terminó haciéndolo. Allí permanecieron sentados largo rato, inmóviles. Chaja paseaba sus enormes ojos de uno a otro.

—Bülent —murmuró Arman—, toma una de esas mantas.

—Soy un anciano —protestó Bülent—, no un niño de pecho.

Arman se inclinó hacia Bülent y le tiró una manta. Este se resistió ligeramente porque disfrutaba de las discusiones con Arman, de propinarle pequeños cachetes y codazos, y de la confianza que su pequeño expósito tenía en él.

—Puedes encender la luz —dijo Arman—. Y la radio, si quieres

Y señaló la caja a los pies de Rehan.

—¿Qué es esto? ¿Tu salón de baile particular?

—Sí, por favor. ¡Música! —exclamó Rehan.

Arman se apoyó en el respaldo y le explicó a Rehan cómo debía manipular el aparato. Durante un momento este crujió y crepitó hasta que la voz melosa de Tony Martin comenzó a entonar *I Hadn't Anyone Till You*. Cuando la luz se encendió, el rostro de Chaja se relajó. Arman se recostó y Amarna se sentó frente a él en el asiento. Poco después Doris apareció repentinamente en el coche y trajo galletas de jengibre y té en dos termos.

—¿Queréis unos sándwiches, queridos? ¿O alguna otra cosa? Me da tanta pena que estéis aquí todos encogidos con este tiempo tan terrible…

—¿Se ha ido ya la doctora Greenstein a casa? —preguntó Arman.

—Dexter le encontró un taxi.

—Gracias —dijo Arman.

—No tienes nada que agradecernos —dijo Doris—. Absolutamente nada. Que te quede claro.

Y, por favor, no me tengas en cuenta lo que he dicho antes.

—¿Qué es lo que has dicho antes, Doris?

—Nada, una tontería —murmuró Doris—. Que la pobre cosita que vais a acoger era tu hija.

—No tienes que disculparte conmigo por eso —dijo Arman—. Si acaso, con el padre de Chaja, pero él no te ha oído.

—Eres de lo que no hay —dijo Doris—. Estás ahí sentado con todo tu clan en tu coche cantarín y ni siquiera nuestra lluvia interminable puede afectarte. Pues una cosa te digo: si a alguien se le ocurriera tocarle un solo pelo a alguno de vosotros, tendría que vérselas conmigo.

—Te quiero —dijo Arman.

Doris le dio un cachete en la mejilla y se marchó.

Chaja ya no hacía ningún ruido, solo los miraba fijamente. Cuando Amarna le ofreció té, ella no solo no se encogió, sino que agarró la taza con las dos manos y se bebió de un trago la infusión, a pesar de que estaba caliente. Se comió las galletas con la misma ansiedad: se las tragaba casi enteras, se atragantaba y, luego, seguía comiendo. Después, volvió a hacerse un ovillo en las mantas. Paseó nuevamente sus enormes ojos de uno a otro hasta que se le fueron cerrando. Arman apagó la luz y la radio. La siguiente en dormirse fue Rehan y, finalmente, Bülent.

—Ahora podemos llevarlos a casa —dijo Arman.

—Pero ¿cómo?

—Tú sujetas el paraguas y yo los voy llevando en brazos uno detrás de otro.

—¿También a Bülent?

—No pesa nada.

—¿No podemos quedarnos aquí?

La corriente caliente de la calefacción prácticamente le había secado la ropa y la envolvía en una seguridad de cuya fragilidad ella era muy consciente. Apenas había pronunciado aquel ruego e, inmediatamente, se arrepintió. A Arman le temblaban los labios.

—Oh, Dios —dijo Amarna—. Estás helado y debes de estar agotado.

—Tenemos que ponerle ropa seca a Chaja.

Arman estaba sentado con las piernas separadas y miraba al suelo por entre ellas.

—Es la hija de un conocido de Paul Vollmer —dijo Amarna—. Sabías que la iba a acoger, ¿verdad?

Arman asintió.

—¿Cómo?

—Wally. Me habló de la doctora Greenstein.

—¿Estás enfadado conmigo?

Él levantó la cabeza. Su mirada le hacía daño.

—Si no te atreves a contarme que quieres acoger a la hija de unos conocidos judíos, entonces eres tú la que debe de tener motivos para estar enfadada conmigo.

—¡No! —exclamó ella—. No te eches a ti la culpa.

—No me echo nada. Solo pienso sobre si la tengo o no.

—No la tienes. Estaba tan confusa, Arman…

Ella le acarició él pelo y él la rehuyó instintivamente. Ambos se estremecieron.

—Lo siento —dijo él—. Creo que sí que estoy cansado después de todo. ¿Llevamos a los

demás a casa?

Dolía, pero era hermoso al mismo tiempo. Poner a resguardo a su familia. Arman fue llevándolos uno tras otro a casa mientras Amarna sujetaba el paraguas sobre ellos. Bülent se despertó y pataleó un poco, pero tan pronto como Arman lo depositó sobre la cama volvió a roncar, preso de un profundo sueño. Rehan murmuró algo, como siempre hacía mientras dormía, y se arrebujó en las mantas como un animalillo.

—¿Adónde llevamos a Chaja? —preguntó Amarna.

—¿Con nosotros, arriba?

Ella subió por las escaleras tras él y Arman volvió a bajar para recoger el equipaje de Chaja. Entonces, ella recostó a la niña durmiente en el lado de la cama de Arman y le quitó la ropa. Tardó mucho tiempo. Chaja abrazaba su muñeco de peluche con tal fuerza que no se atrevió a quitárselo.

Estaba delgada hasta lo lamentable y tenía un amplio y oscuro moratón en una de sus caderas.

Arman se inclinó sobre ella, le quitó el cordón con el cartel del cuello y le colocó bien la cadena con la estrella de David. El oscuro cabello de él le caía sobre la frente y rozó el pelo de la niña al inclinarse. A Amarna siempre le había parecido que el rostro de su marido era dulce a pesar de los contornos marcados, de sus párpados como madreperla, de sus pómulos prominentes. Chaja era diferente, pero sus mejillas describían igualmente unos arcos dulces y afilados al mismo tiempo.

Le dio un vuelco el corazón. Amarna no pudo evitar volver la vista hacia la zona del bajo vientre de Arman mientras oía en su interior la voz de Lilly Greenstein: «Lo que creo es que no puede usted quedarse embarazada de su marido. Puede que sea una verdad dolorosa, pero no es algo infrecuente en casos de lesiones graves en la zona del bajo vientre».

Si tuviera una hija, se parecería a Chaja. Si hubiera, si pudiera, si fuera. Ya no podía tener el futuro que había soñado, solo la oportunidad que nunca le habían dado. Quiso abrazarlo, acostarse con él, demostrarle que era un hombre al que no le faltaba nada en absoluto. «Si de verdad te han hecho eso, si te han arrebatado algo así, entonces me ocuparé de que nunca lo descubras».

Él dejó el cartel con el número sobre la mesilla de noche y trató de alisarlo y de quitarle los dobleces, como si fuera de alguna importancia que Chaja Löbel fuera el niño número 152. Entonces se volvió hacia su mujer.

—¿Quién se ocupará mañana de Chaja cuando te vayas al museo?

—Oh, cielos. No había pensado en ello. Tendré que pedirle a Wally que me disculpe. Y mañana precisamente tenía una reunión sobre Urartu con *sir* John.

—Si quieres, puedo ocuparme de ella —se ofreció Arman con voz tenue—. Los demás pueden ayudarme. No tienes nada de qué preocuparte.

—¡No me preocupo! —exclamó Amarna—. No si va a estar contigo. Pero no puedo exigirte una responsabilidad así.

—¿Que no puedes? La última vez que miré mi documentación decía que eras mi esposa.

Ella venció la distancia que los separaba y le abrazó el cuello para que no pudiera escapar. Dejó la mano vagar por los tensos músculos de la nuca y se dio entonces cuenta de que él aún llevaba el mono de vuelo con ese áspero cuello por debajo del jersey verde. ¿No tendría que

haber devuelto aquella cosa, como todo lo demás que la Air Force le habría prestado en el supuesto de que hubiera sido declarado apto para el servicio? Ideas confusas y contradictorias comenzaron a pasarle vertiginosamente por la cabeza, se le ocurrieron mil preguntas que hacerle, pero le daban miedo todas y cada una de ellas. La que finalmente le formuló parecía la más inofensiva:

—¿Dónde está Seb?

—En casa, espero.

—¿Quieres decir en casa de los padres de Wally?

Amarna estaba confusa. Desde hacía casi medio año su casa había sido prácticamente la casa de Seb. Trotaba tras Arman como un chiquillo y no ocultaba el desprecio por su propia familia.

—Si no, estará con la gente de Oswald Mosley —dijo Arman.

—¿Quién es Oswald Mosley?

Arman se liberó de su abrazo y se irguió.

—La muy aristocrática voz cantante de la British Union of Fascist que ha ido envenenando gota a gota a Seb con su ponzoña idiotizante —dijo, con todo el aspecto de estar haciendo un esfuerzo por no escupir al suelo.

—Pero ¿por qué no está con nosotros? —exclamó Amarna—. Pensé que habías logrado apartarlo de toda esa locura fascista.

—¿Yo? —Arman se dirigió al caballete, tomó un portalápices y escupió dentro—. Para eso hace falta alguien con más poderío. Si ni siquiera un tipo como Wally ha podido retenerlo, ¿qué iba a poder hacer yo?

No había sido una pregunta inocua. Quizá ya no quedaran preguntas inocuas.

—Arman, el chico te idolatra. Para él, eres capaz de brillar más que el sol.

Arman apretó los labios.

—Entonces hoy ha habido eclipse.

Ella tuvo la sensación de que la columna vertebral se le volvía de goma y el cuerpo se le desmoronaba.

—¿Qué ha pasado?

Él se volvió hacia ella sin mudar de expresión.

—Lo que tú querías que pasara. Alguien en la base de High Wycombe ordenó repetir mis pruebas de audición y Seb tuvo que experimentar cómo el tipo en el que había confiado quedaba expuesto como un charlatán incapaz de volar por su país. Entonces se le ocurrió que este país en realidad no es el mío. Y que la Air Force en realidad nunca debería haber permitido que material racial de baja calidad como yo recibiera formación de vuelo.

—¿Ha dicho eso?

Ella fue hacia él, lo abrazó, pasó los dedos por el contorno de sus músculos. Él no se movió: era como un objeto inanimado en sus manos.

—No quiero que vuelva a esta casa. Si eso es lo que piensa de ti, que se vaya con tu Hitler.

—Pero yo sí quiero que vuelva —dijo Arman—. Es un niño sin padre y no tiene ni idea de cómo es su Hitler en realidad. Lo único que quiere es que haya alguien entre todos nosotros, panda de blandengues inútiles, que demuestre algo de fuerza y pueda enseñarle lo que es ser un hombre de verdad.

—¿Y tú eres capaz de comprender eso? ¿Tú, de entre todas las personas?

—Sí —dijo Arman—. ¿Quién si no?

—¿Por qué?

—¿Que por qué? Porque yo quería lo mismo cuando tenía la cara llena de granos. Alguien que se levantara y le diera a todo el mundo su merecido.

—Tú no has…

—Oh, claro que sí. Solo que yo no era tan alto y no tenía unos hermosos rizos dorados.

Amarna nunca había sido capaz de ver nada hermoso en Seb. Su presencia silenciosa y rencorosa siempre la había puesto de los nervios, pero, aquella noche, lo único que deseaba era que él estuviera allí con ellos y que su marido no tuviera que sufrir su pérdida.

—¿Quieres que hable con Seb? ¿Que le explique que no puedes evitarlo?

—No, no quiero —le espetó y se liberó de su abrazo—. ¿No estabas cansada?

—Sí —dijo Amarna, que se creía a punto de desfallecer de agotamiento.

—¿Por qué no te tumbas con Chaja e intentas dormir?

Era una idea irresistible. Como si la cama tuviera brazos y estuviera tirando de ella.

—¿Y tú?

Él se encogió de hombros y miró a un lado.

—Me iré con mis piedras.

Ella se interpuso en su camino.

—Dime lo que te ha ocurrido hoy.

—¿Qué me va a haber pasado?

—La gente de la Air Force… ¿Te han…?

—Que si me han ¿qué? —La miró de una forma que a ella la impactó, pues jamás habría podido imaginar que algo tan hermoso pudiera reflejar tanto odio—. ¿Vapuleado? Sí. ¿Atado a un cañón y azotado con un látigo de siete colas? No. La Navy había abolido ya ese tipo de castigo antes de que se fundara la Air Force.

—Arman, ¡para! No quiero que uses ese tipo de palabras.

Tampoco quería que utilizara ese tipo de imágenes, que mostrara un dolor tan lleno de ira.

—Naturalmente que no —dijo él y agachó la cabeza—. Por favor, discúlpame.

—Por el amor de Dios, no. Enfádate. Yo estaría loca de rabia y tú hace tiempo que debes de estar a punto de estallar.

—¿Y no es estar rabioso ahora mismo una pérdida de tiempo? —preguntó Arman—. Creo que la guerra es inminente.

—¿Por qué lo crees?

—Porque la Air Force no me ha echado.

—Pero si no puedes…

—No —dijo él—. No puedo volar para proteger a mi país, no me lo permiten. Pero tampoco soy un británico de verdad, así que están en su derecho. Me han pedido que dirija un escuadrón de globos de barrera.

—Eso ¿qué es?

Él volvió a encogerse de hombros.

—Son globos cautivos que hacen en esa fábrica de Cardington como complemento a las defensas antiaéreas. Es un cometido que se concede principalmente a mujeres y a ancianos. No es difícil, no es peligroso, no es letal. De eso me encargo yo.

Habría querido reprenderlo, espetarle que los hombres que pilotaban aviones asesinos no valían más que las mujeres y los ancianos que dirigían globos defensivos. Pero ya tenía suficientes cosas en esa cabeza suya como para regañarlo por menudencias: tenía la mirada vidriosa y ella no podía estar exigiéndole de manera constante que fuera más razonable que todo el conjunto de su género. «No puede haber nada más humillante para un hombre. Le robas toda su hombría», había dicho Wally.

La voz de Lilly Greenstein resonó en su mente como un eco: «Puede que sea una verdad dolorosa, pero no es algo infrecuente en casos de lesiones graves en la zona del bajo vientre».

—No quiero que te hagan daño —dijo ella—. Se lo dije a Wally porque no sabía quién más podía ayudarme.

—Pues así ha sido —dijo él—. Creo que ya lo sabía. Buenas noches, Amarna.

—No vas a hacer lo de los globos, ¿verdad? Para ti no es una opción.

Ya tenía un pie fuera de la habitación, pero volvió una vez más la cabeza.

—Pues claro que lo haré. —Paseó la mirada hasta la cama y dejó que se posara en el rostro de Chaja, envuelta en mantas hasta la nariz—. Los padres alemanes se ven obligados a enviar a sus hijos al extranjero como si fueran paquetes. No me parece el mejor momento para montar una pataleta.

Amarna tomó aliento. «Me quito el sombrero ante ti —pensó—. No seríamos capaces de privarte de tu virilidad, ni la Air Force, ni yo, porque sabes lo que es ser un hombre de verdad. Si Seb cree que alguien como tú es un blandengue inútil, es porque no tiene ni idea».

—¿Puedo marcharme ya? —preguntó Arman.

«No —pensó Amarna—. Nunca, y mucho menos en plena noche».

—Si no hay nada que pueda hacer por ti —dijo ella—, por favor, dime al menos qué tal estás. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Claro —dijo él—. Estoy muy bien. Simplemente me duele la cabeza.

«Ya lo veo», pensó Amarna. Se le marcaban las venas de las sienes, hinchadas y palpitantes. Se marchó sin decir una palabra más. Apenas se oía el sonido de sus pasos escaleras abajo.

Amarna tardó algunos segundos en desbloquearse y salir corriendo tras él.

—Maldita sea, ¡para! —gritó ella—. ¿Sabes una cosa, señor Artsruni? Me importa una mierda tu dolor de cabeza.

Él se volvió, con la mirada oscurecida por la penumbra de la escalera.

—¿Sabes una cosa, *lajvard?* Creo que a mí también.

21
EVA.
BERLÍN. DICIEMBRE DE 1938

En cierta ocasión, hacía tiempo, uno de los pocos críticos de arte a los que ella, no sin algo de displicencia, les otorgaba cierto reconocimiento, había escrito: «Eva Löbel pretende pintar el miedo en sus rostros y no es capacidad de observación lo que le falta. Por desgracia, Eva Löbel no sabe lo que es el miedo».

Ahora lo sabía. Para pintar la esencia del miedo no le haría falta más que un espejo y el deseo de mirarse a la cara, solo que verse el rostro era, precisamente, algo que no quería hacer en absoluto.

Desde que había alcanzado la edad adulta había utilizado su belleza como arma, como si fuera un carro de combate. Los hombres caían como jinetes ante los obstáculos que las mujeres hermosas les ponían en el camino. Cuando Eva no podía pagar el alquiler de su torre sobre la galería, llamaba a la puerta del casero con la certeza de que podría librarse. Al inquilino de la planta baja lo habrían puesto de patitas en la calle, pero ella solo recibía una reprimenda paternal y, si había una botella de alcohol de por medio, la demora en el alquiler se olvidaba como por ensalmo.

Su belleza le había abierto muchas puertas. Nunca había querido confiarse demasiado, pero lo cierto era que lo impecable de su aspecto le había servido como una red bajo la cuerda floja por la que solía caminar. Su hermosura desarmaba a los hombres y no habían sido pocas las ocasiones en las que Eva y Wilma habían acabado partiéndose de risa recordando a algún fanfarrón presuntuoso que había quedado convertido en un admirador baboso después de que cierta mujer hermosa le dijera cuatro cosas.

—Alguien como tú no debería ser tan buena persona, *bijou* —le había dicho Wilma.

—A alguien como yo no le hace falta ser buena persona.

—Exactamente. A ese pobre niñato se le acelera el pulso imaginando que es capaz de ponerte de rodillas.

Eva había sido siempre capaz de leer los pensamientos de los hombres, el deseo que despertaba en ellos y la manera en que los desconcertaba. Había podido manipularlos igual que moldeaba la cera con la que hacía sus modelos y se había divertido haciéndolo. Pero no había podido leer a los hombres que, aquella tarde de noviembre, la habían apresado y la habían arrojado al interior de una furgoneta. No la habían mirado a la cara el tiempo suficiente. No la habían observado como los hombres observan a una mujer hermosa, ni con timidez ni con lascivia, sino que se habían limitado a cargar con ella como un fardo por el que no se tuviera mayor interés o, incluso, hasta cierta repugnancia.

Su cuerpo había sido su mayor capital, un talento que explotaba a voluntad, pero aquellos

hombres que la habían arrojado al interior de aquel edificio por la puerta de atrás no le habían dedicado ni una mirada a su talento. No les interesaba. Eso la deshumanizaba. Aquellos tipos habían convertido a la deseable mujer con la que cualquiera soñaría en un paquete que se podía cargar. Así sería más fácil de manejar, de esposar, de atar de pies y manos. La empujaron con tal fuerza al interior de la celda que se cayó al suelo. Uno de los hombres, que llevaba pantalones de montar y botas, propinó una patada al paquete. «Esa soy yo —intentó decirle Eva—. La que da patadas en el culo soy yo». Pero no podía ser. Ahora era el paquete que aquel hombre quería quitarse de encima de una patada antes de cerrar la puerta tras de sí con un espantoso chirrido.

No había nada en aquella celda. Solo luz. Ni el más mínimo mueble con el que refugiarse de la luz. «Si esto es todo, puedo soportarlo», trató de tranquilizarse, aunque la patada había roto algo en su interior, una barrera que no sabía que tenía. No se podía echar en el suelo porque estaba frío y la luz empezaba a quemarle los ojos, pero una vez más se aseguró a sí misma: «Puedo soportarlo. No he hecho nada más que luchar por mis derechos, por mis pinturas, y no pienso renunciar a ellos». Sentía debilidad en el estómago y le latía el corazón desbocado, pero aquella noche aún no sabía lo que era el miedo de verdad.

Lo descubrió por la mañana, cuando aquellos hombres regresaron. Los unos y los otros. Siempre había nuevos. Lo que aquellos hombres le habían hecho no sería capaz de contárselo nunca a nadie. La habían agotado, la habían destrozado, habían tachado a Eva Löbel de la lista de aquellos que podían considerarse seres humanos. Volvían cada día. O quizá no cada día. Eva ya no era capaz de distinguir con claridad lo que era la noche de lo que era el día. Reconoció todo lo que le exigieron que reconociera: que sus pinturas eran basura, una ofensa al espíritu del pueblo, que debía destrozarse como las manos y el espíritu que las habían perpetrado. Juró que ella y sus colegas eran unos mequetrefes insignificantes, corruptos destructores de almas. Dio todos los nombres que sabía, todos los lugares, todos los objetivos que se le iban ocurriendo, y las palabras brotaron de su boca como la sangre. Todo lo que ella, Eva Löbel, había hecho, su talento, sus sueños, el amor de un hombre, el apetito por su hija, ya no significaban nada. Solo quedaba un cuerpo que bramaba de dolor. El único deseo que albergaba era el de que todo parara. Todo. Dejar de tener un cuerpo que pudiera sentir, dejar de tener que soportar ser quien era.

La esencia del miedo era pura: no tenía nombre ni comparación posible. Con cada sonido que oía, ella se tensaba y suplicaba a la nada: «No vengáis a por mí. Id por cualquier otro, pero no por mí». El miedo y el dolor le estallaban en la cabeza y no había lugar para ningún otro sentimiento. Los había vendido a todos. Cada principio, cada individuo. «Cogedlos a ellos. No a mí». La esencia del miedo no sabía lo que era el carácter.

Cuando la puerta se abría, eso significaba que había vuelto a suplicar en vano. La arrastrarían, desde la celda a la que la habían llevado a base de patadas y bofetones, escaleras arriba hasta el cuarto piso, a una oficina gris de las que había a miles, de aquellas a las que se iba a solicitar un pasaporte, a registrar el nacimiento de un hijo o a firmar una póliza de seguros. Pero en aquella oficina no negociaban con pólizas de seguros ni con certificados de nacimiento, sino con dolor. Y con el dolor no se podía negociar. Las palabras con las que esperaba apaciguarlos le salían a gritos.

Los gritos eran lo único que le quedaba de su capacidad de habla. Solo algunas palabras eran aún reconocibles y se percibían más que se entendían. Una herida abierta se llamaba así porque había algo abierto: su propia piel. Cuando el látigo azotaba su piel, chasqueaba, pero la piel al

abrirse no producía ningún sonido.

Querían averiguar dónde estaban almacenadas las octavillas de su grupo y, puesto que no se lo decía, se merecía el dolor. Eva se lo habría contado todo, pero eso no podía decírselo. Ya no quedaban octavillas, ni siquiera quedaba un grupo, solo un puñado de artistas con acceso a una imprenta. No la creyeron.

—Es usted una mentirosa.

«Como es usted una mentirosa, vamos a enseñarle hasta dónde puede llegar el dolor».

No podría contárselo a nadie. No podría describirlo con palabras humanas. La esencia del miedo era una soledad sin fondo.

—Wilma Duvenage —había gritado—. Busquen los papeles en el Babeurre de Wilma Duvenage.

«Cogedla a ella. No a mí». Había traicionado a la amiga más divina que ninguna mujer habría podido tener y le daba igual. La esencia del miedo no sabía lo que era la amistad, no conocía la compasión ni la lealtad. Cuando escuchó el sonido que hacían los pernos de la puerta al correrse, ella se estremeció y se encogió. En otro tiempo su cuerpo había sido como un carro de combate tras el que siempre se había protegido su espíritu. Ahora el espíritu ya no contaba para nada, quizá ni siquiera le quedara ya, solo el cuerpo, una carcasa que no servía más que para producirle dolor.

La puerta se abrió. Eva no se atrevió a alzar la cabeza. Por el rabillo del ojo vio las punteras de unas botas.

—Ropa para ti —dijo una voz masculina que no habría podido distinguir de ninguna otra—. Vístete. Vendrán a recogerte en un cuarto de hora.

Aquello también era patrimonio del miedo: no sorprenderse por ninguna orden, solo cumplirlas con la mayor rapidez posible. La ropa estaba hecha un fardo. Una falda áspera, una blusa y una chaqueta sin cuello, como las que solía ponerse Hildchen Serner. Incluso un pañuelo para la cabeza, como esos sin los que la madre de Martin no salía de casa. Ni siquiera para ver a sus cerdos. La Eva que ya no existía y que probablemente nunca hubiera existido habría torcido la nariz ante ropa así y habría preguntado si aquello era el disfraz para la fiesta de carnaval en casa de Reimann.

Se lo puso todo. Pasar aquel tejido áspero sobre la piel levantada le dolía tanto como si le estuvieran perforando con agujas poro tras poro. Le daba igual que su ropa estuviera hecha harapos, que se hubiera ensuciado encima y que apestara. Tiempo atrás no habría salido sin perfume ni siquiera a ver los cerdos, igual que Hildchen Serner no habría salido sin su pañuelo; pero ahora permanecía allí, de pie, esperando descalza en el suelo cubierto de orina.

El hombre que acudió a recogerla era un campesino de Brandeburgo. Un Gerhard Serner en miniatura, con el gorro calado hasta las cejas y el pañuelo atado hasta la boca. Sus rasgos eran imprecisos. Eva ya no podía ver demasiado bien, pues las luces encendidas día y noche le habían dañado los ojos. El hombre no dijo nada. No era más que otro guardián que le ataba las manos y la sacaba de la celda.

Atravesaron el pasillo, subieron por las escaleras hasta la planta baja, donde, con cada escalón, sus pasos se volvían más pesados. El cuerpo se le retorcía a la espera de latigazos en la espalda, golpes en las rodillas; se había olvidado del deseo que acompañaba a las miradas. No se preguntó qué querría aquel campesino de ella. Las preguntas eran para personas con agallas, y

ella era solo una carcasa llena de gelatina que vibraba con cada movimiento.

Por el pasillo de la planta baja pasaban a toda prisa hombres con cruces gamadas en las mangas y ficheros bajo el brazo, hombres para los que aquel era un día como cualquier otro y que no tenían ningún motivo para temer una oficina gris en la cuarta planta. Para Eva ya no había un día como cualquier otro. Se habría cambiado por cualquiera de aquellos hombres.

Cuando llegaron al pie de la escalera, el guarda le permitió detenerse. En lugar de golpearla para que continuara andando, como era lo habitual, la soltó y permitió que siguiera subiendo los escalones sola. Eva observó fijamente sus pantalones de montar ceñidos hasta la cintura y las botas altas. Solían ordenarla que los siguiera, pero el campesino permanecía a su lado y la golpearía si no se daba prisa. Sin embargo, una de las piernas no le respondió. Sus extremidades le parecían de paja, capaces de doblarse y romperse si daba un paso más.

—Eva.

Hacía semanas que nadie la llamaba por su nombre. Volvió la cabeza. Como antaño, regresó aquel viejo hábito que tanto la había divertido en el pasado de verse a sí misma con los ojos del contrario. Se pasó la lengua por los labios cuarteados, por las encías hinchadas y por los afilados trozos de diente que habían quedado de lo que en el pasado habían sido sus incisivos. Cerró la boca. También cerró los ojos, como si con eso pudiera impedir que el campesino viera el despojo en el que se había convertido Eva Löbel, la seductora de piernas interminables.

El campesino era Hagen Fidelis.

—Apártate de mí —le dijo—. Disimuladamente. Como si te hubiera golpeado.

Como ella no dio muestras de reaccionar, la golpeó de verdad. Empujó a Eva no escaleras arriba, sino a uno de los pasillos que llevaban a la parte trasera del edificio. Al final del corredor, Hagen le dio un repaso a Eva para limpiarla y le abrió la puerta de atrás.

—Tengo un coche fuera —le susurró—. No digas nada, simplemente móntate en él y agáchate.

El coche era el doce cilindros azul oscuro de Martin. Tenía las lunas traseras tintadas. Eva se metió a cuatro patas, se dejó caer en los asientos de atrás y Hagen le echó una manta que la tapó de la cabeza a los pies. Entonces, cerró la puerta de golpe. Poco después el coche se puso en marcha. Su cuerpo ya no volvería a sentir ninguna caricia, pero aquella oscuridad era más dulce que cualquier carantoña. Se sintió envuelta en calidez. El miedo y el dolor no le dejaban espacio para el frío, pero ahora ella sentía que estaba congelándose y comenzó a temblar sin control.

—En el suelo hay un termo con té —pudo percibir la voz de Hagen—. Y en la bolsa de papel hay pan con mantequilla.

La sola idea de un té caliente y azucarado y un pedazo de pan untado en mantequilla bastaron para que se le contrajera el estómago. Entre el miedo y el dolor había tan poco espacio para el hambre como para el frío, pero recordaba vagamente que le había suplicado de rodillas a un guarda por un chusco de pan enmohecido que él le había restregado por la cara. Con los dedos doloridos, tanteó en busca del termo y la bolsa, pero no podía decidir cuál de los dos debía tomar primero. Cuando finalmente escogió el pan, no pudo tomar más que dos pequeños bocados antes de que le entraran náuseas y, al beber el té, se atragantó.

—Si tienes que vomitar, paro el coche —le advirtió Hagen—. No me manches la tapicería. Te llevaré hasta Wiesbaden, pero después tengo que volver con el coche a Berlín.

Eva tragó saliva y reprimió las náuseas. Su estómago opuso resistencia.

—Wiesbaden —repitió ella.

Allí era a donde la gente como sus padres iba a curarse en sus baños termales o a disfrutar del verano, aunque ella nunca había entendido qué le veían a ese lugar.

—Allí te montaré en un tren —dijo Hagen—. En tu bolsillo hay un pasaporte bastante bueno a nombre de Sandrine Clermont, profesora de enseñanza primaria de París, que ha estado recibiendo un curso de alemán en Berlín. Tendrás que pasar sola los controles fronterizos, allí ya no podré ayudarte. Cuando los hayas pasado, irás directa a París.

—París —repitió Eva.

De entre la niebla de su cabeza brotó el recuerdo de los castaños en flor que flanqueaban la Quai de la Tournelle, una tienda en que exhibían sobre mesas de madera verde los polvorientos libros que vendían, las altas fachadas con balcones de hierro forjado que se reflejaban en las oscuras aguas del Sena. Habían bailado en medio de la multitud. En cada esquina, un beso; en cada beso, una carcajada; sus copas de champán salpicadas por la lluvia de verano. El recuerdo incluso tenía su propio aroma y, a través del resplandor de la lluvia, le sonreían unos ojos grises azulados, pero no era posible que ella hubiera vivido algo así. Era otra, una que echaba la cabeza para atrás con ademán teatral, una cuyo cabello sedoso le acariciaba la espalda, una cuyo cuerpo no conocía otra cosa más que mimos y lisonjas.

—En la parte de atrás del coche hay una maleta y un bolso de mano —dijo Hagen—. Lo necesario. Si te hubieras decidido antes a seguir mi consejo, podrías haber tenido todos los lujos, pero ahora la modestia es esencial. En el bolso encontrarás todos los papeles que necesitas y dinero. Por el momento tendrás que apañártelas con eso, pero haré todo lo que esté en mi mano por transferirte más. A la larga, no obstante, tendrás que buscarte la vida. Todo aquel que saca dinero de Alemania hoy en día despierta sospechas, y Martin y yo ya hemos llamado bastante la atención. Tienes una habitación alquilada durante seis meses. Evidentemente, no está en el Hotel Claude Le Jeune. Pero la dirección está bien y tienes el baño en la misma planta. La mayoría de los emigrantes tienen que conformarse con mucho menos.

—¿Por qué no en el Claude Le Jeune? —preguntó Eva, aunque nada de lo que Hagen estaba diciendo tenía que ver con ella.

—Porque hay demasiado riesgo de que alguien te reconozca allí, dada la frecuencia con la que arrastraste a Martin a ese garito sobrevalorado. Espero que al menos tengas presente el peligro que estamos corriendo por tu culpa. Hace años que llevo pidiéndote que tengas un poco de consideración con Martin y tú has hecho oídos sordos, pero espero que al menos esta vez me escuches: compórtate de manera discreta, no menciones nuestro nombre en ninguna parte y no hagas nada que te relacione con nosotros. Es un secreto a voces que el Gobierno tiene espías por todas partes, y Martin no es precisamente un don nadie. Eres Sandrine Clermont, no conoces a nadie en Berlín, la política no te interesa. Te he ayudado, Eva. Pórtate bien y no hagas que me arrepienta de haberlo hecho.

Para horror de Eva, de su propia garganta surgió un sonido agudo e histérico que, sin duda, debía considerarse una risa. Nunca nada volvería a parecerle gracioso, pero, por una vez, el mundo le resultaba infinitamente ridículo. ¿De verdad creía ese hombre que tenía algo que temer de ella? ¿De una ruina lamentable de mujer a la que se le caía el té de la boca al beber, que solo podía abrir un ojo y que ya no sabía caminar recta? Hagen no volvió la vista, pero era evidente lo que estaba pensando: «Finalmente, ha perdido la razón. Se lo advertí a Martin, como siempre, y

ahora por fin tendrá que creerme». Ella siguió riendo. Era imposible contener la risa en aquel coche de lunas tintadas que tomaba la autopista recién construida. Igual que en aquellos amaneceres sardos de hace miles de años. ¿Habrían dejado de reír alguna vez los hijos e hijas que llevaron a sus padres al verdugo? ¿Dejaría ella de reír alguna vez?

—¡Para! —gritó Hagen.

Eva alzó los brazos, se tapó los oídos con las manos y se calló. En su cabeza aún retumbaban las carcajadas y los gritos. Dejó caer las manos.

—Podrías plantearte al menos el motivo por el que te estoy ayudando —dijo Hagen.

—¿Por qué me ayudas? —preguntó Eva.

Ella habría preferido preguntar: «¿Por qué no me das un cuchillo para que pueda cortarme el cuello? O, todavía mejor: ¿por qué no lo haces tú por mí? Acaba con esto, Hagen. Estás atravesando el país con un cadáver que aún respira, pero eso no hará que el cadáver vuelva a la vida y tampoco es eso lo que realmente quieres. No quieres sacarlo de Alemania. Quieres quitártelo de encima».

—No te estoy ayudando a ti, sino a Martin —explicó Hagen—. ¿Te acuerdas, acaso, por la manera en que me lo has preguntado, de cómo era él, que parecía un semidiós?

«No, yo ya no me acuerdo de nada —pensó Eva—. Pregúntale a otra, pero no a mí».

—Era un semidiós de camino a alcanzar la divinidad completa —dijo Hagen—. Pero ahora su brillo se ha apagado y probablemente no logre más que papeles en peliculillas sin sustancia. Y, a pesar de todo, no puedo dejarlo en la estacada. Cuando has puesto en algo unas expectativas tan altas, no puedes abandonar sin más, mucho menos a mi edad.

Eva no contestó. Ya no entendía de expectativas ni esperanzas y no poseía nada a lo que no hubiera podido renunciar.

—Me puedo figurar la opinión que tendrás de él —dijo Hagen—. Wilma Duvenage y tú nunca tuvisteis ningún reparo en mirar a los demás por encima del hombro. Me supongo que estás convencida de tu superioridad moral sobre Martin. A tus ojos, es un cobarde, un oportunista y muchas infamias más. Pero te equivocas, querida. Ojalá Martin hubiera encontrado a una mujer que hubiera sido capaz de ver más allá de su hermosa fachada.

«Por eso lo quería —pensó Eva—. Porque creí ver algo en su interior que nadie más veía. Y él en el mío. No sabía si él sentía lo mismo que yo, pero eso ahora ya no me preocupa».

—Martin me ha presionado —dijo Hagen—. Y por eso te estoy ayudando. Me dijo: «Saca a Eva de aquí y ponla a salvo. Si la matan, me matarán a mí con ella».

Eva no pudo evitar volver a reírse. «Ay, Martin —pensó, mientras luchaba con el gorjeo que surgía de su garganta—. Tú y tu grandilocuente mediocridad que, en lo que dura un parpadeo, llega a parecer una sabiduría capaz de conmover al mundo. No tienes ni idea de lo que se siente cuando te están matando. Ni lo duro que es seguir viviendo cuando ya estás muerto».

—Es adicto a ti —dijo Hagen.

«Pues claro que sí. Martin Serner, el rompecorazones de ojos resplandecientes favorito de Alemania, es adicto a una mujer con los dientes mellados y la nariz rota, que nunca va a volver a hipnotizar a un hombre con sus muslos ni con su culo y que ahora parece más vieja que su madre».

—Si no le hubiera prometido involucrarme en toda esta locura, se habría dado por vencido. Ya no habría filmado ninguna película, aunque no pueda vivir sin el zumbido de las cámaras.

«Te sorprenderías de las cosas sin las que se puede vivir, querido. Sin cuerpo, sin dignidad, sin nombre. Sin recuerdos, sin dóndes ni porqués, sin metas y sin sueños».

—Piensa en ello cuando estés en París —la amonestó Hagen—. Aunque hiciste oídos sordos a todas las advertencias, has recibido la oportunidad de iniciar una nueva vida solo porque ese hombre te ama de una manera que ni el mayor de los dramas del celuloide podría reflejar con autenticidad. Piensa en ello antes de volver a echar por tierra toda precaución por culpa de tu soberbia y tu egoísmo. Martin te ha salvado la vida. Solo por eso merece que tú no arruines la suya.

«Ni la tuya», pensó Eva. Cuando Hagen la llamó por primera vez, ella habría podido jurar que los dos eran maricones. Pero en realidad eran mucho más que eso. Padre e hijo, talento y mecenas, amantes en lo espiritual. Nadie nunca había amado a Eva de la manera en la que Hagen Fidelis amaba a su Martin Serner, y ella siempre lo había envidiado. Ahora más que nunca. El amor de Hagen lo soportaba todo. Si hubiera sido a Martin a quien hubiera liberado de la celda, le habría dado igual que hubiera tenido el rostro de un monstruo, que ya no le quedaran dientes y que tuviera las piernas cubiertas de pis reseco. Lo habría abrazado, le habría acariciado el pelo y habría llorado sobre sus heridas.

—La pequeña también está a salvo —dijo Hagen—. Ninguno de los dos preguntáis mucho por ella, lo que es una auténtica lástima. Nunca he visto la reproducción con muy buenos ojos: es un acto en el que las ratas y los conejos nos aventajan sobradamente. Tampoco es ningún secreto que, en su momento, le pregunté a Martin si no habría sido mejor mantenerse alejado de semejante complicación. Sin embargo, hoy en día, la idea de que él tenga un hijo me resulta realmente reconfortante. Tengo la sensación de que el talento de Martin, que podría haber sido de los más grandes del siglo, se desaprovecha menos si la pequeña ha heredado algo de él y puede explotarlo. Aunque sea en otros campos.

Eva estaba helada y se apretujó aún más en la manta. Había creído que ya solo se la podía herir en la carcasa, pero no en el interior. Sin embargo, el dolor que experimentaba en ese momento se expandía por todo su ser como una llamarada.

—Con la ayuda de tu sorprendentemente valiente examante, he logrado encontrarle a la hija de Martin un hogar de acogida satisfactorio —prosiguió Hagen—. En casa de uno de los grandes talentos del siglo XX. No sé nada de niños, pero no cabe duda de que allí recibirá todo lo que necesite.

La llamarada le abrasaba las costillas y luchaba por salir de su cuerpo.

—¿Dónde está Chaja?

—Paul Vollmer consiguió el contacto y Wilma Duvenage la llevó al tren; gracias a mi pequeña intervención conseguimos la documentación necesaria —dijo Hagen.

Habían enviado a su hija lejos de allí, sin preguntarle antes a ella. Le habían robado su derecho como madre.

—¿Dónde está Chaja? —repitió.

—En Inglaterra —dijo Hagen—. Con el turco que plasma en piedra lo que Martin quiso mostrar en el celuloide: un mundo con cielos apocalípticos. Ese hombre tiene uno de esos talentos únicos que los demás deberíamos custodiar y mimar como la proverbial aguja en el pajar. En lugar de eso, los dejamos ir. Y los hombres como yo, que no tienen más talento que descubrir el talento de los demás, nos quedamos con las manos vacías.

Eva se acordó. Wilma la había presionado para que enviara a Chaja a Inglaterra, pero, en aquel momento, Eva no pensaba en otra cosa que no fuera en sus pinturas y apenas había sido capaz de prestarle alguna atención. Ahora era todavía menos capaz, se debilitaba a cada respiración y, por cada instante de lucidez, se precipitaba de nuevo a otro de oscuridad. Pero una cosa logró retener: que Chaja estaba en Inglaterra y, tan pronto como encontrara las fuerzas, iría a buscarla. Le habían arrebatado todo: sus pinturas, su belleza, su vida. Pero no podrían arrebatarle la niña que había llevado en sus entrañas.

—Era lo mejor para ella —dijo Hagen.

Eva guardó silencio.

—Quizá en mi interior esperaba que me dieras las gracias por eso —dijo él—. Pero claro, ese nunca ha sido tu estilo.

22
PARÍS. ABRIL DE 1939

Los castaños que flanqueaban las calles de la ribera volvían a estar en flor. Así fue como Eva reconoció que el tiempo, que parecía bailar eternamente dando giros sobre sí mismo, había seguido transcurriendo. Cuando llegó allí en diciembre, los árboles estaban desnudos y la nieve se amontonaba sobre los balcones de hierro forjado.

«En el bolso encontrarás todos los papeles que necesitas», le había dicho Hagen. Eva se había detenido frente a la Gare du Nord y había revuelto el bolso sin preguntarse qué estaba buscando. Sus hinchadas piernas ya no querían sostenerla, y la maleta, que realmente no era tan grande, le parecía llena de plomo. Había estado seis veces más con anterioridad en aquella estación, siempre de la mano de un hombre que volvía la cabeza a las demás mujeres porque solo tenía ojos para ella. Por aquel entonces eso no le había parecido nada extraordinario. Su mirada, sus besos, su deseo le parecían todos tan naturales como la risa que se le escapaba y retumbaba por toda la estación, el champán servido bien frío en la habitación del hotel, el sol de primavera que salpicaba de luz el río frente al *Pont Neuf,* como si lo espolvoreara de oro.

Había llevado ligeros abrigos de lana blanca sobre el brazo y habría querido poder quitarse los zapatos para bailar descalza con su amor. Pero, cuando llegó por séptima vez a la Gare du Nord, llevaba una chaqueta gastada y demasiado fina que no evitaba que estuviera congelándose miserablemente. En la sexta ocasión, los mozos de estación se habían apresurado a ayudarla y su compañero de viaje, vestido con un elegante traje, había cargado con el caballete por ella. En la séptima ocasión no se le había acercado nadie. Eva se había vuelto invisible, como una vez le había explicado a Martin: «No veneramos nada más que la belleza. No dedicamos ni un segundo a todo lo que nos parezca repugnante a la vista y, si yo no lo pintara, permanecería invisible».

No se pintaría a sí misma, por lo que permanecería invisible. E inaudible. Jadeaba por el esfuerzo y arrastraba la maleta entre la multitud sin que nadie se percatara de ello. Sin embargo, ella sí se percataba de los demás, de todas las personas que iban unas con otras, en parejas, en grupos, en manadas. Sobre una valla publicitaria se anunciaba la película *Le Quai de brumes,* con Jean Gabin y Michèle Morgan contemplándose el uno al otro con miradas anhelantes, mientras que en la vitrina del *SNCF* aparecía la imagen de una mujer que dirigía a seis niños hacia un tren a paso de ganso. La gente era como el ganado, no eran individuos. Y los parisinos, mucho menos. ¿Quién desearía estar solo en una ciudad que te invita a tomarte de la mano y bailar de un lado para otro? Al menos, en primavera. Cuando Eva llegó por séptima vez, era invierno y frente a la puerta de la *Gare du Nord* caía aguanieve. No había tiempo para estar solo. Eva era la única que estaba sola.

El hotel no estaba en la orilla izquierda del Sena, rebosante de vida, en la que Eva se había sentido como si hubiera encontrado su cuarto de juegos particular. Estaba en la seria y apocada

Rive Droite, en el primer Arrondissement, a donde la gente acudía por las mañanas a trabajar y de donde se marchaba a toda prisa por las tardes, sin que quedara apenas nadie. La calle se llamaba rue Bertin Poirée y el hotel era un edificio estrecho, empotrado entre dos viviendas aburguesadas, llamado *Graindorge*. El nombre del hotel era totalmente infundado: el establecimiento era una pensión dividida en diversas habitaciones para alquilar, con ventanas estrechas y unas escaleras muy gastadas. Sin embargo, Hagen tenía razón: la habitación de Eva estaba limpia, compartía el baño únicamente con otro inquilino y, ciertamente, innumerables inmigrantes habían tenido que apañárselas con muchísimo menos.

La diferencia era que aquellos incontables inmigrantes que vivían en peores alojamientos no estaban solos en ellos. No tan solos como Sandrine Clermont, que ni existía ni podía existir: según su pasaporte, Sandrine Clermont era una profesora nacida en París, pero no sabía más que chapurrear algo de francés, lo suficiente como para pedir la cena o jugar a estar en París con Wilma en el Babeurre.

Pero aquello no era ningún juego. Era algo serio, de una seriedad a vida o muerte. Y exigía un silencio a vida o muerte.

Al principio se había alegrado tanto de la soledad como del silencio. Había un espejo en su habitación que no estaba lo suficientemente turbio como para ocultarle la verdad y que cuando mejor estaba era cuando reinaba la oscuridad en la habitación. Su casero, *monsieur* Graindorge, nunca decía ni una palabra de más. Era tan alto que parecía que se doblaba sobre sí mismo cuando cruzaba la puerta de casa y lucía siempre un semblante arisco que era casi como su marca personal.

El inquilino de la cuarta planta, el piso superior, y que compartía baño y pasillo con Eva, tampoco esperaba de ella mucha conversación. Era un tipo delgado y avejentado que andaba siempre con pájaros: solía bajar las escaleras con jaulas, entre constantes gorjeos, y luego volvía en algún momento indeterminado con las jaulas vacías. Todo el piso olía a mierda de pájaro, pero eso no molestaba a Eva, siempre y cuando pudiera tenderse en la cama en silencio e ir entendiendo que ya no había razón para el miedo y el dolor.

Pero no lo entendía. Las heridas de su cuerpo se curaron, pero la sensación de estar sana no regresó. En el pasado nunca había prestado atención a las distintas partes de su cuerpo, mientras que ahora era plenamente consciente de todas y cada una: una cabeza que retumbaba de dolor sin interrupción, un hombro que no se erguía, una cadera entumecida que se movía con rigidez como la de una anciana. Cuando el frío se colaba por las rendijas, el dolor de las articulaciones le asaltaba como un recordatorio malicioso: «No creas que has logrado escapar. Eres carne de paliza y lo seguirás siendo. No hace falta más que mirarte a la cara para saberlo».

Y el miedo la mordía con una furia aún mayor. Eva podría jurarse a sí misma cien veces que los fuertes golpes en la puerta solo eran los de la *femme de chambre* al llamar para traerle los brioches y el café del desayuno o un plato de *blanquette* al mediodía. Sin embargo, los sobresaltos, la respiración entrecortada y las manos apretadas contra el corazón acelerado no desaparecían. Tensa, se encorvaba sobre la cama hasta quedarse en cuclillas y luchaba por respirar hasta que lograba forzarse, finalmente, a abrir la puerta. Entretanto, la muchacha que, por su elevada estatura y mal temperamento, no podía ser sino la hija de *monsieur* Graindorge, habría seguido aporreando la puerta, lo que no haría sino acrecentar el miedo de su inquilina a niveles desorbitantes.

Por las noches, el miedo crecía hasta llegar al pánico. Cuando la locura de sus pesadillas aterrorizaba a Eva y el corazón quería salírsele del pecho, el horror que aún lograba encerrar en palabras se volvía inexplicable. Durante las noches debía alegrarse todavía más que por el día de estar sola, de que nadie la viera y quisiera una explicación. No habría podido soportar ni las palabras ni el contacto y, sin embargo, deseaba tan desesperadamente compañía que temía que algún día saldría corriendo a la calle en pijama, en busca del viejo de los pájaros o de *monsieur* Graindorge, para suplicarles que la acogieran.

La vida, no obstante, logró recuperar un cierto hálito de normalidad. No podía entender que una persona que no poseía identidad ya no disfrutara de una vida cotidiana normal, sino que tenía que convencerse a sí misma de que tenía hambre, de que quería que le diera el aire y de que necesitaba alguna ocupación para poder lograr conciliar el sueño por las noches. El alquiler incluía el café y el bollo por las mañanas, así como el insípido guiso de mediodía y, al principio, al hambriento estómago de Eva le había bastado con eso. Se lo comía todo y rebañaba la grumosa salsa con la cuchara, a pesar de que, en un principio, solía vomitar buena parte del almuerzo. Tras un par de días fue asentándosele el estómago, las convexidades bajo sus costillas y caderas fueron rellenándosele y su gula fue a mayores.

Quería cenar. Quería carne que no flotara en salsa blanca. Quería el picante de la pimienta y una copa de vino, de un *Chablis*, como salpicado de limón, como el que Martin solía pedir en el restaurante del Claude Le Jeune. Se habían embriagado con él, pero no tanto como para emborracharse y que el irisado resplandor del París nocturno quedara sumido en la niebla. Aquel acre *Chablis* solía avivar su pasión tanto como la divinidad de hombre que se sentaba a su lado.

Pero ahora no quería pasión, sino olvido. Elegiría un vino pesado que no recreara en la boca la frescura del limón, sino la oscuridad y la tierra. No bebería un vaso o dos, sino varios, hasta caer de espaldas sobre la cama y dormir, solo que para eso primero tendría que comprar una botella. Y para eso no le quedaba más remedio que rellenar una palangana de agua en aquel baño que olía a moho, lavarse y vestirse.

Cuando había ido a París con Martin había elegido, con ayuda de Wilma, un buen montón de modelitos de entre el caos de sus tres armarios roperos o había arrastrado a su amiga por todas las tiendas de la Savignyplatz para comprar algunos nuevos.

—No puedes pasearte por París vestida como una palurda de campo.

—¡No soy una palurda de campo! Soy berlinesa.

—En París eso es exactamente lo mismo, *bijou*. Una *boche* que sabe vestirse es para un parisino como una elefanta que sabe bailar.

Y había sido una elefanta bailarina, y la elefanta bailarina se había paseado por las *salles de danse* de la Quai de la Tournelle y de la Quai Voltaire y había causado furor. Ahora se ponía medias gruesas sobre sus hinchadas piernas y dos blusas a lo Hildchen Serner, una encima de la otra, en parte para no congelarse y en parte para protegerse el cuerpo de las miradas. Incluso se ataba el pañuelo a la cabeza. Casaba bien con la piel flácida y el pelo estropajoso. Y la palurda de campo se abría camino por París, aunque en su primera salida sintió tanto pánico que volvió corriendo a la oscuridad de su habitación. En la segunda, no obstante, descubrió una diminuta *épiderie* en cuyo escaparate roñoso vislumbró un estante de botellas de vino.

Cuando salió por tercera vez, logró entrar en la tienda y comprar todo lo que le permitió su nivel de francés: un paquete de biscotes, dos latas de carne en conserva, un bote de compota de

cerezas y una botella de medio litro de vino tinto. Su primera cena. A la vuelta, le llamó la atención un desvencijado árbol de Navidad bajo el saledizo de una capilla. Estaba decorado con manzanas arrugadas y con obleas empapadas por la lluvia. Bajo él, en un pesebre, había arrebujadas unas figuras talladas a mano en las que Eva, a pesar de todo, supo reconocer belleza. La antigua Eva, que reconocía la belleza en el rostro de una anciana y la plasmaba en su cuaderno de bosquejos.

La talla era burda pero clara y de buena calidad. Además de María, José y el Niño Jesús, solo había un pastor y un ángel. Todas las demás figuras eran animales: bueyes, ovejas, mulas, un camello y un mono. No sabía qué podían estar buscando en el pesebre. Ni siquiera sabía cuánto tiempo hacía que había empezado la Navidad. Pero el mono era la figura más conseguida, con un rostro tan finamente delineado como el de los personajes humanos. Sin pensarlo, se lo metió en el bolsillo de su chaqueta sin cuello y echó a correr hasta que llegó al hotel, ya sin aliento. Aquella noche durmió con el estómago lleno, algo aturdida por el vino y con el mono de madera en la mano. Cuando sus pesadillas la despertaron, apretó el mono con más fuerza aún y deseó haber dejado algo de vino.

Así pues, volvió al día siguiente y al otro, y, cuando la carne en conserva comenzó a aburrirla, se atrevió a caminar un poco más allá y descubrió una *boulangerie* en la que compró una barra de pan blanco y un pedazo de pastel de chocolate. En el camino de vuelta, se perdió, entró por un bulevar a orillas del Sena y acabó en la isla en la que se encontraba la catedral de *Notre-Dame,* que había visitado con Martin y frente a la que se había sentido orgullosa de pertenecer a la especie humana. Aquella ciudad se alzaba hacia el cielo tan inamovible como si ningún pecado humano pudiera perturbarla y, sin apenas darse cuenta, las lágrimas habían empezado a resbalarle por las mejillas. No sabía cuándo había sido la última vez que había llorado. Recordaba los gritos, los mocos y el pis, producto de las patadas de la Gestapo, pero no lágrimas.

Mientras estaba allí de pie, un hombre le habló. Desde que estaba viviendo allí, Dios sabía desde hacía cuántas semanas nadie le había dirigido la palabra. El hombre era un *bouquiniste,* tal y como se los conocía en la otra orilla del Sena: tenía un puesto de madera pintado de verde, junto al muro del muelle, en el que había apilado montones de libros. A Eva le dio un vuelco el corazón de pura nostalgia. Alguien que no tenía libros, ni periódicos, ni ningún tipo de palabra escrita estaba aún más solo que alguien que no tenía a nadie con quien hablar. Sin dudarlo un segundo, le compró a aquel hombre dos libros que le habían encantado de niña: *Los miserables,* de Victor Hugo, y *Bel Ami*, de Guy de Maupassant.

Ya en casa, en su habitación, al amparo de todas las miradas, debía admitir que la soledad crecía tanto como el dolor: allí era donde yacían las historias ya familiares, los destinos humanos que iban escapándose, por así decirlo, de sus páginas, pero que rechazaban a Eva en aquella lengua extraña. Era una huésped a la que se habían olvidado de invitar a la fiesta. Por la noche, gritaba en sueños y, por la mañana, le dolía el ojo izquierdo, el que llamaba su «ojo de barro» porque desde aquella paliza de la Gestapo veía con él como si mirara a través de una papilla informe.

Pero tenía otras preocupaciones. Quizá fuera ese el secreto de la supervivencia: que tras pasar por todo aquello que pudiera arrastrarnos a la desesperación, siempre terminaban surgiendo nuevas preocupaciones, como que el dinero se le estuviera acabando. Y aunque el tiempo le

parecía una masa de fermentación lenta, en la calle ya había llegado la primavera y el alquiler de la habitación expiraría a finales de mayo.

Tenía que hacer algo. Buscarse la vida, tal y como Hagen había dicho, y encontrar un trabajo. Sandrine Clermont tenía un pasaporte, un permiso de trabajo y un certificado de nacimiento, más de lo que había tenido que enseñar nunca en Berlín para conseguir un puesto de camarera. Por aquel entonces, no obstante, había podido sacarles partido a sus otros talentos: belleza, juventud y la decisión de comerse el mundo. Hoy ya no los tenía. Solo un mono de madera y el deseo de cerrar la ventana porque soportaba mejor el intenso hedor a mierda de pájaro que el aroma de los castaños en flor. ¿Por qué no se limitaba simplemente a esperar al momento en que ya no pudiera comprar más vino, ni más pan blanco; a que *monsieur* Graindorge la echara a la calle y acabara muerta por ahí de cualquier manera?

Quizá porque por las noches aún refrescaba y la muerte por inanición debía de ser espantosa, y porque no podía parar de mortificarse. Quizá porque eso era exactamente lo que los seres humanos hacían: el que no muere, lucha por sobrevivir. «Haré todo lo que esté en mi mano para transferirte más dinero», le había dicho Hagen, y, bajo la documentación, en el bolso, se había encontrado una tarjeta con una dirección. «Auberge Buvette. Rue des Deux-Boules. Preguntar por Lucien». Allí era a donde debía dirigirse para pedir dinero en caso de urgencia. «No puedo prometerte nada. Pero, hasta la fecha, el tal Lucien ha demostrado ser de fiar».

Había reunido todo su valor y le había preguntado por la dirección al hombre de los pájaros. Este tenía una voz aguda y cantarina, como si sus ruiseñores le hubieran enseñado a hablar, y no era francés, sino italiano o portugués. Él le indicó un camino muy corto y, salvo su nombre, no le preguntó nada. Eva se marchó. Era una tarde tibia y la gente, a la que alguien esperaba en alguna parte, marchaba apresurada por la calle. La rue de Deux-Boules, por el contrario, estaba vacía y tranquila. Los pocos comercios existentes habían cerrado ya y frente al único local abierto, el Auberge Buvette, había solo dos mesas.

En una, había dos hombres comiendo sopa y bebiendo vino; la otra estaba vacía y el aroma que envolvió a Eva le resultó irresistible: a pesar de que ya había tomado el menú habitual del Graindorge, el olor de la sopa de cebolla despertó su apetito. Aunque deseaba mantener la cabeza despejada, el resplandor del vino tinto en aquellos gruesos vasos encendió en ella el deseo de beber. Hizo todo lo posible por resistirse, pero el reclamo de aquel mesón la atrajo como un canto de sirena.

Antes de darse cuenta ya se había sentado en la mesa vacía y, cuando el *garçon* se acercó, pidió una cena completa a base de sopa, asado y postre, así como una jarra de vino. El *garçon* era un muchacho imberbe, probablemente unos diez años más joven que ella, y se parecía a aquellos a los que Wilma solía referirse con un chasqueo de lengua y el apelativo de *pilu ragoûtant*, un delicioso soldadito: fornido, con el pelo castaño cortado al uno, lo que dejaba a la vista su poderoso cuello. Le sirvió a Eva el vino, tiró del cesto del pan para colocarle bien la servilleta a cuadros sobre la mesa y, cuando le sonrió, a ella se le hizo un nudo en la garganta.

—No hace mucho que está usted aquí, *n'est-ce pas?*

Eva negó con la cabeza.

—¿Todavía no conoce a nadie en París?

Una nueva negación.

—Ahora hay muchos extranjeros en la ciudad —dijo él, mientras le colocaba los cubiertos

sobre la mesa—. Se acercan las tardes de calor. Eso hace que sea fácil hacer amigos: nadie permanece solo mucho tiempo.

Unos clientes llamaron su atención en el interior, pero no tardó en regresar afuera y llevarle la sopa; después, el asado con diminutas patatas y, finalmente, una *crème brûlée* dorada y decorada con una hoja de menta. Cada vez se quedaba un ratito más de lo necesario e intercambiaba un par de palabras con ella. Eva había olvidado que la comida podía saber tan bien. Cuando los billetes que le crujían en el bolso se le acabaran, ya no le quedaría más dinero y, sin embargo, siguió pidiendo vino y, tras eso, un Calvados que le aflojó los nudos que se le habían formado en la garganta.

—No debería usted beber tanto —dijo el *garçon*.

—No es asunto suyo.

—No —dijo él—, pero me da mucha lástima que una dama se ponga en evidencia solo porque se siente sola. Hay otras cosas que pueden hacerse para evitar la soledad.

«Se me está insinuando», pensó ella. Pero ¿qué iba a querer él de ella? ¿Qué le exigiría un muchacho apuesto como ese a cambio de acostarse con una mujer ajada como ella? Eva tanteó el monedero. Quizá podría intentar… comprar a aquel hombre y volver a sentirse viva.

—Usted es Sandrine, ¿verdad?

—¿Yo? No… —Entonces, cayó en la cuenta—. ¿Cómo lo sabe?

—Me han mostrado una fotografía suya —dijo él, sentándose frente a ella y tomando un sorbo de su vino—. Me llamo Lucien y tengo un paquete para usted. Lo trajeron hace semanas. ¿Tiene tiempo? ¿Puede esperarme? Cuando los demás clientes se hayan marchado, se lo traeré.

Estaba oscureciendo y empezaba a refrescar. Lucien llevó el vino de Eva al interior del local, lo colocó sobre la barra y le ofreció un taburete. Al hacerlo, le rozó brevemente las caderas, en un gesto un tanto torpe, pero, a falta de pan… Le trajo otro Calvados. Ella estaba lo suficientemente borracha como para no pensar en nada, solo en aquel joven con su hermoso cuello de bruto que servía a los últimos clientes, limpiaba un par de vasos y, finalmente, bajaba la verja del local.

—El paquete —dijo Eva.

—Lo tengo arriba —señaló él hacia la trastienda.

Ella asintió, se bajó del taburete y rebuscó el dinero en el bolso. Metió la mano en el compartimento equivocado y tocó la figurita del mono de madera que había robado en la capilla. A Chaja le encantaban los monos y, siempre que iban al zoo, se llevaba su cuaderno para poder dibujarlos. En ese momento vio el cartel colgado en la pared. Se componía de dos fotografías: en la mitad superior, aparecía la imagen de una galería y, en la inferior, una escultura que hizo que se le parara el corazón.

—¿Qué es eso?

Lucien se encogió de hombros.

—Lo puso mi primo. Le va el arte. Conoce a un puñado de pintores, de poetas y esa gente.

Eva clavó la mirada en la imagen de la escultura. No había querido volver a pensar en sus gigantes de piedra; en el dolor de sus rostros que, por aquel entonces, solo había podido adivinar; en sus cuerpos, sobre los que se había paseado la apisonadora. Y ahora contemplaba lo que podría ser un hermano suyo, con su inmenso cuerpo encorvado hacia el suelo, y veía en él la misma agonía que ella no podía verbalizar. El rostro del atormentado estaba desfigurado, pero

sus ojos se percibían con claridad entre la destrucción, incapaces de asimilar lo que había ocurrido. Alargaba en vano un muñón de brazo. Le faltaba una mano, cortada.

—¿De dónde ha sacado eso tu primo?

—Viene ahí.

Lucien señaló la leyenda que a Eva le había pasado inadvertida: «New Burling Galleries. Londres». Conocía aquel nombre. Aquella prestigiosa galería londinense había organizado una exposición para protestar por las acciones de Hitler: *«Banned German Art* – El arte alemán prohibido». Al igual que muchos de sus colegas, Eva les había escrito una carta desesperada para enterarse de si algunas de sus obras se habrían salvado allí, pero no llegó a recibir respuesta.

«No son mis cuadros los que están en Londres —fue la idea que brotó de entre la neblina de su mente—. Es mi hija. El hombre que la tiene, el turco que atrapó en una sonrisa sardónica la decadencia del mundo, está exponiendo allí. Tengo que encontrarlos. Tengo que ir a Londres a recuperar a mi hija».

Seguía mirando la imagen de la escultura que la reflejaba como si fuera un espejo. No podía apartar los ojos de ella y habría querido ahuyentar como a un insecto molesto al joven que ahora le tiraba del brazo.

—¿Ha estado tu hermano en Londres?

—Mi primo —la corrigió Lucien—. Michel. No ha estado en Londres, no. Pero conoce a un montón de gente en los círculos artísticos y están todos como locos con ese inglés. Quieren traer eso aquí. A la Galerie Linossier. ¿Le dice algo el nombre? Se dedican a ese tipo de cosas.

Eva asintió. La galería se encontraba en la Quai Voltaire, no lejos del Hotel Claude Le Jeune. En una ocasión había ido allí con Martin a ver una exposición cubista, cuando todavía pertenecía al mundo del arte, cuando todavía podía comparar cualquier obra con las suyas.

—¿Le gusta? —preguntó Lucien.

Eva no respondió. Quería tocar la escultura, posar los dedos en sus heridas de piedra.

—No es lo mío —dijo Lucien—. A mí me basta con echar un vistazo a esta mierda de mundo para ver lo que va mal. No me gusta ponerme a mirar cosas que están tan estropeadas.

—¿Degeneradas? —se enfureció Eva.

El joven la miró boquiabierto, sin comprender nada.

—*Pardon?*

Eva se controló.

—Olvídalo. Me han dicho que puedes ayudarme con un par de cosillas.

Él asintió.

—*Bien sûr*.

—Tengo que enviar una carta a Alemania. Pero no por las vías convencionales, sino de una forma en que me asegure de que no van a abrirla de ninguna de las maneras.

Quería escribirle a Wilma y obligarla a decir la verdad: «¿Has mandado a Chaja por ahí como si fuera un fardo? ¿Le has enviado a mi hija al turco sin siquiera preguntarme? ¿Es que no tengo el más mínimo derecho como madre?».

—Lo sé —dijo Lucien—. Deme la carta. Tengo experiencia con esas cosas.

—Primero tengo que escribirla.

—Entonces, tráigamela cuando la haya escrito. ¿Quiere que recojamos ya el paquete?

Él salió por la puerta de atrás y ella lo siguió. Una estrecha escalera daba a su vivienda, que

se componía únicamente de una habitación y una salida. La mayor parte de la estancia la ocupaba la cama que, al igual que el joven, tenía un aspecto cuidado y aseado.

—Siéntese.

Ella se sentó en el borde de la cama y él se sentó a su lado, la abrazó y comenzó a acariciarle la cintura y las caderas. Pero no sus entumecidas caderas actuales, sino las otras, las que le habían arrebatado con un par de latigazos. Cuando aquella mano varonil los rozó, los verdugones ya curados comenzaron a escocerle de nuevo de tal forma que habría podido marcarlos sobre la ropa sin equivocarse en su ubicación. Eva se puso tensa.

—El paquete —espetó.

—Ahora. Hay tiempo.

Él comenzó a toquetearle el vestido, a sacarle la blusa, a abrirle la cintura de la falda, a buscarle el liguero con dedos húmedos.

—Primero el paquete —dijo ella, casi en un chillido.

Suspirando, él se levantó y se dirigió al palanganero junto a la ventana. El paquete estaba detrás, junto a la pared. Cuando él se agachó a recogerlo, ella contempló sus muslos poderosos y masculinos, y sus nalgas. Bajo aquella tenue luz ella creyó ver que lo que él llevaba puesto eran unos pantalones de montar abombados y unas botas altas. Sintió náuseas. No podía entregarle su cuerpo. Si volvía a tocarla, gritaría o echaría a correr.

«Pero quiero hacerlo. Todavía soy una mujer joven. Quiero hacer lo que las mujeres jóvenes hacen en primavera. No soñar con matones calzados con botas, sino con hermosos jóvenes en áticos parisinos. Quiero volver a sentirme mujer, quiero desperezarme sobre la cama y sentir que un hombre me desea. Antes me habría parecido bien dejar la luz encendida para que no se difuminara ni una sola hermosa línea corporal. Ahora prefiero tenerlas todas apagadas e imaginar que los estragos apenas son visibles».

Lo quería. Pero no podía soportarlo. Quería encontrarse en los brazos de un hombre, dejar que él la liberara del miedo y la soledad y, sin embargo, sabía que no volvería a permitir que ningún hombre la tocara. Gritaría. Le ardería la piel y perdería la razón.

Le trajo el paquete. Cuando él volvió a sentarse, ella se apartó.

—No.

—Pensé que te sentías sola —dijo con una expresión ofendida—. Pero bueno. Si no quieres, pues no quieres.

Eva miró el paquete. Era un sobre pardo y grueso, lleno de billetes. Francos franceses. Hasta un ciego habría visto que él lo había abierto. El joven se había sentado en el borde de la cama y extendía disimuladamente el brazo de nuevo hacia ella. Eva volvió a rechazarlo y hurgó entre los crujientes billetes en busca de un sobre.

—¿Es todo? —preguntó ella.

Había querido acostarse con un hombre y había fracasado. No volvería a acostarse con nadie. Ahora deseaba desesperadamente alguna nota, un par de líneas que Hagen le hubiera dedicado con su cinismo habitual, alguna prueba de que aún quedaba alguien que la conociera, que supiera que no se había desvanecido. Que alguien recordaba quién era. ¿Es que Wilma no había podido escribirle para poder explicarle lo que había ocurrido con su hija?

—Necesito mi parte —murmuró el joven—. Lo que me paga tu amante, o quienquiera que sea, no es suficiente en absoluto. Lo que hacemos aquí es peligroso y ayudamos a un buen

montón de gente que tiene mucho menos que tú. Michel lo hace por la causa, porque es un idealista, pero ¿qué hay de mí?

—Me parece bien. —Eva se apretó tanto el cinturón que se le clavó en la piel—. Ahora tengo que irme.

Le horrorizaba la idea de pasearse sola de noche, estaba cansada y se encontraba mal, pero cualquier alternativa habría sido mucho peor.

—Si te parece bien, el próximo día te traeré la carta.

—*Bien sûr*.

Se levantó con piernas temblorosas y se dirigió hacia la puerta.

—Tú —la llamó él, con voz queda—. Sandrine. Tú no estás bien, ¿no es eso?

A Eva se le secó la boca. Dio un pasito tras otro, vacilando como un niño que camina por primera vez hacia su padre, y no pudo evitarlo. Tampoco pudo hablar. Ni una sola palabra.

—No pasa nada —intentó consolarla él—. Mucha de la gente a la que ayudamos tampoco está bien. ¿Y por qué coño tiene que importarle a nadie lo que le pasa a cada uno? Puedes volver tranquila cuando quieras. Los viernes Michel suele estar por aquí y muchas veces se trae a la gente de la galería.

Eva asintió, se metió el sobre en la chaqueta y bajó a toda prisa las escaleras. Salió, vagó por las calles vacías y acabó de nuevo junto al río. Las dos torres de la catedral rasgaban el cielo nocturno sobre su *Île*. Por fin estaba sola. ¿Cómo lo hacían aquellos que, año tras año, se arrojaban desde allí a las aguas? Eva los envidió. Un salto y todos los tormentos acabarían. ¿De qué tenía miedo? ¿De la muerte? ¿Del frío? ¿De no despertarse a la mañana siguiente?

Pero ¿qué motivos tenía para despertarse? Ya no podría pintar, ya no había nadie más que la esperara, nadie cuyas caricias fuera capaz de tolerar.

O sí.

Había una persona.

Contempló las oscuras aguas del río, se metió las manos, heladas, en los bolsillos y toqueteó el mono de madera. El que siguiera aquel río llegaría hasta el mar, hasta el canal de la Mancha, y podría buscar transporte a Inglaterra.

Y en Inglaterra estaba Chaja.

Eva no quería morir. Quería ir a Inglaterra y recuperar lo que le habían quitado. No la hija de Martin, la suya. El único ser humano que aún recordaba quién era ella.

23
AMARNA.
LONDRES. 1939

En enero había nevado con tal fuerza que la nieve había cubierto el búnker recién construido. Debido al mal tiempo, Arman no había podido acudir a Stanmore Park, donde estaba estacionado el comando de globos de barrera de la Air Force, por lo que había tenido que interrumpir su formación. Así pues, en lugar de ocupar su tiempo con quehaceres militares, salió al jardín con Dexter y quitó la nieve a paletadas, se le enrojecieron las mejillas y lució una graciosa boina de lana que Doris le había comprado porque «siempre decía que se le congelaban las orejas». Cuando vio a Chaja en la puerta, se abrió paso hasta la casa por entre la nieve, que le llegaba a las rodillas, se quitó el abrigo rojo y las botas, y la sentó sobre sus hombros.

«Eso es algo que uno aprende a hacer por sí mismo», pensó Amarna, admirada. Su padre la había colocado sobre sus hombros para llevarla cuando hacía mal tiempo, pero nadie había hecho lo mismo por Arman. Estaba en la ventana, junto a Doris, contemplando el alboroto que iba formándose en la nieve y pensaba: «Ojalá nevara siempre».

En febrero, Seb regresó. Aunque no le dirigía una palabra a Arman, tampoco era capaz de apartarse de su vista y andaba siempre a su alrededor, forzándose a verlo pintar, como fascinado por la nula intención de Arman de discutir.

—Pero no viene por mí —dijo Arman.

—Pues claro que sí. ¿Por qué crees que iba a venir si no? ¿Por la pobre Jordan?

—Por Rehan —dijo Arman.

—Pero Rehan es…

Se interrumpió, horrorizada, y sus miradas se encontraron.

—Ella es guapa, ¿o no?

—Claro. Pero es diez años mayor que él y, por dentro…

Volvió a interrumpirse. «Es una niña», le había dicho Bülent.

—Ella no ve a un hombre en él, pero eso no evita que él sí que la vea como a una mujer —dijo Arman.

—¿Puede ella hacer eso? ¿Ver a un hombre como un hombre?

—No lo sé —dijo con tristeza—. Espero que pueda. No sabe que desear un beso y recibirlo puede volverte loco de felicidad.

Había tirado por ahí el abrigo gris de lana del uniforme y se había marchado, y ella había querido llamarlo de vuelta para que recibiera todos los besos que deseara. La nieve no tardaría en fundirse.

En marzo, los nazis hicieron aquello que Chamberlain había considerado imposible: se habían anexionado la República de Checoslovaquia. Hitler había dormido en Hradčany, mientras

el resto del mundo le deseaba buenas noches.

—Es como un perro —dijo Dexter—. Si le das un hueso en condiciones dejará de robarte el plato del queso.

—Semejante tontería solo puede decirla alguien que hace tiempo que no tiene un perro en casa —le espetó Doris—. Mi Betsy nunca habría sido así de tonta. Primero habría arrastrado el hueso hasta su escondite y luego ya se habría abalanzado sobre el queso.

A pesar de las metáforas de perros, los habitantes de las casas del canal celebraron una fiesta: si Hitler tenía apetito de guerra, iría al este y no al oeste. Los únicos que no participaron en la diversión fueron Chaja y Arman. Chaja lloraba por las noches y dormía de día, de puro agotamiento, mientras que Arman había tenido que marcharse a hacer un curso. Cuando regresó, se dirigió directamente al taller, aún de uniforme, echó el cerrojo y se dedicó a destrozar con el cincel lo que sus manos habían creado. Era imposible que oyera nada y, sin embargo, oyó a Chaja llamarle a la puerta. Él la dejó entrar antes de volver a echar el cerrojo.

En abril, la dirección del museo al completo hizo llamar a Amarna: John Forsdyke y sus dos hombres de confianza, Piers Towneley y Maxwell Clarke.

—No queremos irnos por las ramas, señora Artsruni —dijo Towneley, el que había sido amigo del padre de Wally—. Se trata de la escultura de su marido.

—¿Qué le pasa?

Amarna sabía de sobra lo que le pasaba a aquella escultura de aspecto sumamente realista que una de las furgonetas del museo se había llevado recientemente, pero no permitiría que aquellos peces gordos pagados de sí mismos humillaran a Arman. Él le había dejado el cincel a Chaja y entre los dos habían destrozado la estatua. A Amarna le había horrorizado. Los niños debían jugar con bloques de construcción y muñecos de peluche, no reventando el tórax de una estatua que tenía un aspecto más realista que ninguna otra obra de entre las realizadas por Arman. Había estado a punto de reprenderlo por eso, decirle cuatro cosas sobre su responsabilidad sobre la niña pero, entonces, se dio cuenta de que no tenía derecho a hacerlo.

—Si no les gusta la estatua, devuélvanla —dijo ella, aunque no tenía ni idea de cómo se las iban a apañar de ser así.

El museo había pagado una buena suma y Arman se lo había gastado todo en asegurar la casa como si el ejército de Hitler estuviera desplegándose por Londres, en vez de por Praga.

—La cuestión aquí no es si nos gusta o no, querida —dijo Towneley—, sino que, por desgracia, no estamos en posición de poder exhibirla.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? —repitió *sir* John, aunque era Towneley el que, a todas luces, había sido designado como portavoz—. Pues porque le pagamos para que realizara una magnífica figura humana que se presentara como un símbolo de una Europa victoriosa. Y lo que hemos recibido ha sido un despojo humano herido de muerte que se retuerce de dolor. Y en sus propias inmundicias, me figuro, si es que no son sus entrañas lo que cae de las heridas. Eso nos ha entregado.

—Si lo que quieren es una representación de un magnífico cuerpo humano, entonces pueden dirigirse a Arno Breker —gritó Amarna, ciega de ira—. Es el escultor favorito de Hitler. Pueden irse al estadio olímpico de Berlín para admirar sus figuras heroicas, que no conocen el dolor. Mi marido no quiere ni oír hablar de nada parecido a eso. Si lo que ha hecho para ustedes no les

sirve, entonces es que quizá Arman Artsruni y este museo no están hechos el uno para el otro.

Amarna contuvo el aliento. Ella misma había intentado agarrar a Arman y hacerlo entrar en razón antes de que deformara la escultura más cara de su carrera y, por primera vez, se daba cuenta de lo mucho que en realidad le gustaba. De lo mucho que le gustaba Arman. Aquellos brazos que él no daba a torcer a nadie.

Maxwell Clarke, el tercero en discordia, se levantó.

—Creo que nos ha malinterpretado usted —dijo—. El problema con la escultura no es su calidad. No es una figura débil, sino demasiado fuerte y muestra con demasiada claridad lo que estamos intentando ahorrarles a los londinenses en estos tiempos de crisis.

«La guerra —pensó Amarna—. Arman no es capaz de hablar de la guerra, pero, cuando está frente a un bloque de piedra, la guerra le sale de dentro. Arman sabe qué aspecto tiene la guerra y Chaja, que solo tiene cinco años, también lo sabe. La guerra, a la que ninguno de nosotros, ni vosotros, ni yo, podemos volverle la espalda».

—No tiene nada que ver con nuestros gustos —señaló Clarke—. Por favor, dígaselo así a su marido.

«Por favor, dígaselo así a su marido, dele un par de bofetadas en la cara de nuestra parte: no tiene nada que ver con nuestros gustos. Solo con esa molesta guerra tuya que nos fastidia el día».

Se levantó, entonces, *sir* John, quien, como de costumbre, observaba su té de Ceilán como si no pudiera permitir que las banalidades lo perturbaran.

—A mí me gusta —dijo—. Debo admitirlo. Sin embargo, mis deberes para con el museo me obligan a pedirle a su marido que nos permita vender la obra, lo que, en este momento, nos está prohibido por contrato.

—Le devolveremos los costes —exclamó Amarna.

Sir John no se movió.

—Además, estará mejor custodiado en algún otro lugar —dijo—. Si cae alguna bomba sobre este museo no me gustaría que hubiera en él nada irreparable.

En mayo, Hitler viajó a Italia y firmó con Mussolini una alianza que implicaba colaboración militar. Hitler lo denominó un «pacto de sangre» y el Duce, «pacto de acero». Con un calor seco y sofocante y un cielo resplandeciente, se inició un verano que llegaba un mes antes de tiempo.

En junio, Arman comenzó a pasar más tiempo en Stanmore Park que en casa, aunque regresaba casi todas las tardes, con el dorado atardecer, cuando todos los demás estaban sentados en la terraza. En una ocasión, se quedó en la pendiente que bajaba hasta el río durante varios minutos sin decir una palabra.

—Hey, Black Beauty —lo llamó Doris—. ¿Practicas para ser un anacoreta en tu próxima vida?

Arman descendió por la cuesta con la chaqueta del uniforme llena de pelo de perro y, bajo cada brazo, un cachorro de terrier. Le colocó el blanco a Doris en el regazo y el negro a Chaja. En un instante se formó un jolgorio como si ninguno de ellos hubiera visto nunca un perro en su vida, y comenzaron a comentar, emocionados, lo rosas que eran sus lenguas, lo blandas que eran sus orejas y lo grandes que eran sus patas. Incluso Seb y Jordan, que siempre se esforzaban por parecer muy adultos y dignos, se comportaban como niños. Chaja, sin embargo, no compartía su regalo con nadie, sino que lo apretaba fuerte contra ella como hacía con el mono de peluche.

—Deberías enseñarle que un animal no es un juguete —le dijo Bülent a Arman—. Igual que te lo enseñé yo.

—Ya estamos —dijo Arman—. Ella es mucho más pequeña de lo que lo era yo y tiene mucha menos fuerza. Si se excede en sus cariños, el animal se le escapará sin más.

—A ver, fanfarrón: tú tenías la fuerza de una pulga —gruñó Bülent—. Y a pesar de ello, ahogaste al perro pastor de Kemal.

—Casi —dijo Arman—. Pero entonces él me mordió la nariz.

—Te estuvo bien empleado.

—Ya lo creo.

Doris había hundido la cara en el pellejo del perro y se sorbía la nariz.

—Echo tanto de menos a mi Betsy. Nadie más que tú se había dado cuenta.

—Tampoco se da cuenta nadie más que tú cuando nos falta sal o harina en casa.

Kathy Burgess protestó, pero nadie la escuchó, porque todo el mundo estaba haciendo tonterías de chiquillo. Cuando volvieron a casa con el perrito para escuchar el boletín de la BBC de las nueve, que Amarna apodaba «las noticias del “todavía no hay guerra”», ella llevó a Arman aparte.

—Llevo un buen rato queriendo hablar contigo —dijo—. Es acerca del museo.

—Ya me han informado —dijo él.

—Arman, lo siento mucho. Me habría gustado agarrar a *sir* John y sus dos marionetas por la cabeza y estamparlas entre ellas.

—Pensé que preferirías agarrarme a mí la cabeza y estampármela contra la de mi escultura.

—Sí, eso también —admitió—. Pero te quiero porque no te dejas intimidar por estas cosas.

—Pues claro que lo hago —dijo él—. En realidad estoy tan aterrorizado que me gustaría irme corriendo a refugiarme en mi madriguera. De todas formas, ¿te importaría repetirme una cosa?

—¿El qué?

—Que me quieres. Solo por esta vez.

—Idiota. Ve y refúgiate en tu búnker —dijo, mientras lo abrazaba y le besaba la pulsante vena del cuello—. Arman, si llegamos a tener problemas de dinero, si tenemos que vender algo… Quiero que sepas que a mí no me importa.

—¿Y no te he prometido yo que saldríamos adelante aunque yo no sea el candidato ideal? Te pedí que no te preocuparas por eso.

—Pero eso fue cuando te mentí —exclamó ella—. Cuando pensabas que íbamos a tener un niño.

—Tenemos a Chaja —dijo él—. Tenemos que cuidar de Chaja.

Cuando los demás volvieron a salir disparados fuera de casa, como el corcho de una botella de champán, Arman y Amarna se besaron bajo el claro cielo estrellado como dos adolescentes embriagados de alegría.

—Y ni siquiera está lloviendo —celebró Doris—. En mi próxima vida también estaré enamorada, pero en esta voy a besar a mi perro.

Las tropas japonesas habían ocupado algunas bases británicas en el puerto chino de Tientsin, pero el conflicto se había resuelto enseguida. Se había producido algún intercambio agresivo de palabras con la Unión Soviética y el equipo inglés de críquet había ganado un partido amistoso a la selección favorita, la de las Indias Occidentales. Seguía sin haber guerra, el verano no hacía

más que empezar y Amarna comprendió, atónita, que la felicidad crecía en su interior, a pesar del miedo y las preocupaciones, a pesar del desconcierto.

Sin embargo, el desconcierto también creció. En julio no pudo creer lo que veían sus ojos: en los casi ocho meses que Chaja llevaba viviendo con ellos, aún no había dicho ni una sola palabra. Amarna se tomó unas vacaciones porque quería pasar más tiempo con ella y disfrutar de aquellos días. A pesar de lo mucho que había deseado tener un hijo, nunca se había considerado una mujer maternal, de la misma manera que amaba a su marido sin tener ningún deseo de tejerle bufandas o untarle el pan del desayuno. Dejaba que Kathy Burgess le preparara la comida a Chaja y que Arman le planchara la ropita, pero no por eso dejaba de experimentar la inmensa alegría de estar cuidando de ella.

Le pidió a Arman que le comprara una bicicleta infantil y la llevó a ella y al perro al estanque de Victoria Park. Chaja no sabía montar en bici ni tampoco nadar, pero aprendió rápido y Amarna se divirtió enseñándole. La gente que se cruzaba con ellas sonreía y Amarna podía leer en sus expresiones lo que estaban pensando: «Una madre y su hija». «Qué pareja más encantadora». «El marido debe de estar muy orgulloso».

Habían estado preparando un pícnic y, en el proceso, Chaja había encontrado un nuevo pasatiempo en traer de la despensa lo que más le gustaba y dejárselo a Kathy en la cocina. Comía con el mismo deleite con el que Arman disfrutaba las muestras de cariño: cerraba los ojos cada vez que se llevaba a la boca un huevo en salmuera y emitía un ruidito de satisfacción. Verla así era un regalo del cielo. Cuando no estaba comiendo, estaba nadando y, cuando no nadaba, se tumbaba al sol y miraba los libros que habían tomado de la biblioteca. Solo podía sacar tres libros a la vez y Chaja quería libros nuevos cada día. Lo único que no había aprendido a hacer era a hablar. Ni una sola palabra.

El perro le había hecho mucho bien. Seguía eludiendo el contacto humano, a pesar de que, en ese tiempo, los miembros de la familia habían tenido que ayudarla a vestirse. Sin embargo, el perro hacía que se olvidara de todos sus reparos. Cuando Arman llegaba a casa, entraba por la terraza y se arrodillaba para que el animalito pudiera lamerle la cara y las manos. Chaja corría detrás del perro y se tiraba al suelo con ellos y Rehan se levantaba de la silla en la que estaba sentada con Seb y Jordan y se arrodillaba también. El perro se ponía panza arriba y los tres le rascaban la barriga y, cuando sus manos se rozaban, Chaja no apartaba las suyas.

—¿No quieres ponerle ningún nombre a tu perro? —le preguntó Amarna—. La de Doris se llama Snow White. A lo mejor podrías encontrarle un nombre que le quede bien.

Chaja no dijo nada y siguió hundiendo la mano en el pellejo del animal.

—Podría llamarse Neville —dijo Rehan, que disfrutaba cuando todos se reunían en torno a la radio y escuchaban la honesta voz de Neville Chamberlain—. Neville es bonito.

—Es de Chaja —dijo Arman—. Mientras ella no quiera darle un nombre, deberá vivir sin él.

Así pues, el perro tuvo que vivir sin nombre, y la familia, sin una palabra de Chaja. Amarna ya estaba familiarizada por Arman con los llantos a medianoche, pero al menos con Arman podía hablar de ello por la mañana, podía abrazarlo y asegurarle que estaba allí, de nuevo a su lado, que la oscuridad lo había abandonado y que ya no lo torturaba. Pero con Chaja no podía hacer nada de eso. Aunque chapotearan juntas en el agua bajo un sol resplandeciente, aunque compartieran *scones* con fresas y nata, nunca estaba del todo segura de si Chaja los sentía cerca de ella o si se creía abandonada por todo el mundo.

En las peores noches, cuando Arman se encorvaba de dolor y ella no podía ayudarlo, había llegado a pensar: «No puedo soportarlo». Pero Arman era un hombre y sabía cuidar de sí mismo. Chaja solo tenía seis años y los encargados de ayudarla eran perfectos extraños. «Por favor, dime algo —quiso rogarle Amarna—. Cuéntame, a mí o a cualquier otro, lo que te hicieron. No pases por esto tú sola».

Lilly Greenstein iba a visitarlos cada semana y ponía a Amarna por las nubes:

—Intente no preocuparse tanto por esas cosas. Ella come bien, tiene buen aspecto y no le falta de nada. Le han acondicionado una habitación maravillosa. Ojalá todos mis niños se encontraran tan bien.

—¿Por qué me habla de esa manera? —preguntó Amarna—. Ni que fuera una colegiala a la que tuviera que elogiar para que se esforzara todavía más haciendo los deberes.

Lilly Greenstein gimió.

—Porque es difícil —dijo ella—. Mucho más difícil de lo que habíamos esperado. Sacamos a diez mil niños de Alemania, necesitamos sitio para el triple, para diez veces más y tenemos miedo de que nos cancelen los convoyes de un momento a otro. Muchos de los niños siguen en los campamentos y algunas parejas nos devuelven a los que habían acogido porque se sienten desbordados con sus problemas. Hoy por la mañana hemos tenido que retirarle un niño de diez años a un padre de acogida porque le pegaba con el cinto. Se hacía pis en la cama. Todas las noches. No podemos volver a darle ningún otro. Cada vez que temo que podamos perder a una familia como la suya, siento que se me cae el mundo encima.

—No nos va a perder —dijo Amarna, aunque ella también tenía miedo.

¿Aguantaría su familia? ¿Podrían apoyar a esa silenciosa pequeña en su dolor, aunque no recibieran nada de ella?

—Chaja seguirá con nosotros.

Chaja también se hacía pis en la cama. No todas las noches, pero sí la mayoría. Pero, al contrario que con el silencio, Amarna no se había molestado en preocuparse demasiado por ello. Se limitaba a recoger la ropa de cama sucia por las mañanas, echarla a un cesto que Kathy Burgess llevaba a la lavandería en bicicleta y ponerle otra limpia. El dinero hacía que todo fuera más sencillo, pero no se podía comprar a Chaja para que aceptara el contacto humano. En otoño iría a la escuela. ¿Qué sería de una tierna extranjera de ojos negros en medio de una horda de pecosos niños londinenses?

Lilly Greenstein extendió los brazos hacia Amarna, la apretó contra ella un instante y volvió a soltarla.

—Gracias —murmuró—. Y, por favor, créame: no dejaría a Chaja con usted si supiera que le va mal. Mi compañero ni siquiera quería llevarse al niño de diez años de esta mañana. Dijo que a él también le habían dado con el cinto de niño y que eso no mata a nadie. ¿Es que nadie puede entender por lo que han pasado estos niños? ¿Que sí se puede matar a alguien a golpes? ¿Que eso solo conseguiría humillarlos y asustarlos aún más? ¿Que ya han perdido suficiente las ganas de vivir? Les he dado mi palabra a los padres. Intento imaginarme que cada uno de esos niños es mío, que lo he sacado de la cama y lo he metido en un tren para que nadie más pueda hacerle daño. ¿Cómo puedo dejarlos en manos de alguien que les pega porque están «rotos»?

Amarna sintió un escalofrío y deseó que Chaja, que estaba jugando en el jardín con Rehan y el perro, estuviera a su lado y poder abrazarla y hacerle entender que no pasaba nada porque

estuviera rota. «Todos estamos un poco rotos por dentro —había querido decirle—. No tienes nada que temer: en nuestra casa nadie te hará daño nunca por eso».

—Por favor, tenga paciencia —dijo Lilly Greenstein—. En la documentación de Chaja figura que no muestra conductas anómalas y se la describe como una niña espabilada y vivaracha. ¿Podría su silencio deberse, quizá, a la diversidad de lenguas que se da en su casa? ¿Por qué no intentan reducir tanta variedad durante un tiempo para tratar de ponérselo más fácil?

—Mi suegro solo habla turco —dijo Amarna—. Y mi cuñada, armenio e inglés. No podemos evitar la variedad.

Lilly Greenstein la miró con interés.

—Fascinante. Y ¿cómo se entienden entre ustedes?

Amarna reflexionó un instante.

—No lo sé —concluyó—. Pero lo hacemos. Nunca le he oído a Rehan decir una sola palabra en turco, pero, de alguna manera, entiende todo lo que Bülent dice.

—Entonces encontrarán también una manera de comunicarse con Chaja —dijo Lilly Greenstein—. Tiene una relación muy estrecha con su marido, ¿verdad? Dígale que le hable a ella en alemán. Eso podría ayudar.

Amarna decidió hablar con Arman tan pronto como él regresó a casa aquel viernes. Entretanto, hacía tanto calor que el sol derretía el asfalto y las suelas de los zapatos se quedaban pegadas. Cuando la bicicleta de los helados Wall's con su letrero «Detenme y cómprate uno» apareció por la calle, una cola de niños se formó en un abrir y cerrar de ojos. Ese viernes había sido el último día de clase para Jordan. No sabía qué iba a hacer al terminar de estudiar, pues esperaba estar ya prometida para entonces y, cuando se presentó frente a la puerta de Amarna acompañada de Doris, estaba hecha un mar de lágrimas. Todas las costuras del uniforme estaban a punto de estallarle y, sobre sus mejillas, aún tenía granos.

—Enhorabuena, Jordan —dijo Amarna mientras se arrepentía de no tener nada preparado y comprendía por primera vez el afecto que le tenía a la muchacha.

Cuando se habían mudado allí, aún era una mocosa gordita de once años, con trenzas en el pelo, que había recogido flores de la ribera para regalárselas a los nuevos vecinos.

—Qué cosa más tonta —le reprendió Doris—. Está aquí llorando como una descosida porque *Mr. Right* no está aquí para felicitarla. Y no quiere escuchar cuando le dicen que *Mr. Right* no sabe ni que existe, y le da igual cuando le dicen que debería apechugar con ello y en la próxima vida ser Jean Harlow.

Amarna no supo qué decir. La vida estaba llena de pequeñas tragedias que no significaban nada para el resto de la humanidad. ¿Tenía tiempo una adolescente con mal de amores, granos y cara de luna para preocuparse por la amenaza de una guerra?

—Arman y yo queríamos regalarte una cosa, Jordan —dijo y deseó que se le ocurriera algo mientras tanto—. Es una sorpresa. Te lo daremos mañana.

—Al menos da las gracias —dijo Doris mientras le propinaba un codazo a Jordan—. No estés tan enfadada, *sugar pie*. Tampoco está tan mal que tu vieja madre suba allí y te invite a un helado de Wall's.

Amarna rio.

—Creo que para mí tampoco estaría mal. ¿Y si lo cambiamos por vino tinto de La Gironda? ¿Con tu vieja madre y tu vieja vecina?

La expresión de Jordan se fue iluminando poco a poco.

—No diríamos que no a eso —proclamó Doris.

Salieron a la terraza, Cathy les sirvió un par de bandejas con *roastbeef*, salmón y espárragos trigueros, y, como de costumbre en aquel verano, no tardó en formarse suficiente grupo de personas como para que pudiera considerarse una fiesta. Alguien debía de haber llamado a Wally, quien últimamente nunca pasaba por allí porque lo habían nombrado responsable del rescate de los túmulos funerarios en Suffolk. Un par de personas de la New Burlington habían ido a hablar con Arman y se habían quedado de cháchara. Rehan y Chaja habían reunido a su alrededor a una auténtica multitud de niños de los alrededores y sus padres iban uniéndose. Dexter apareció en su mono de trabajo de Baxton Gas Works y recuperó las energías en cuanto vació la primera copa de vino.

—Vino, como los franceses —exclamó—. Eso es algo que nunca se había visto por aquí. Sin ti, querida Marnie, nuestro mundo sería mucho más pequeño.

Arman llegó a la caída del sol, con Seb como una sombra a su espalda, como en los viejos tiempos. Llevaba una bolsa de viaje al hombro, lo que delataba que se quedaría el fin de semana.

—¡Por Jordan! —exclamó Amarna alzando su copa—. Por la graduada más bonita del Regent's Canal.

Arman tenía aspecto de estar cansado. Ella lo abrazó con la mirada.

—Tenemos que regalarle algo a Jordan.

—Yo también lo he pensado. Pero no tenemos nada.

—Sí —dijo Arman, que posó entonces el brazo en torno a ella y recostó la frente sobre su hombro un segundo.

Mientras Doris dirigía el coro del *For She's a Jolly Good Fellow*, Arman le cuchicheó algo a Dexter. Después, los dos subieron a casa y sacaron a la terraza el gramófono con la batería.

—Baila con Jordan —le dijo Arman a Seb.

—No sé bailar.

—Y ¿crees que esa excusa te va a servir mejor a ti de lo que nos ha servido a los demás? —preguntó Arman—. No te preocupes por eso. Las mujeres están habituadas a pasar vergüenza ajena.

Amarna lo atrajo hacia ella.

—A tu mujer le encanta la vergüenza ajena. Baila conmigo.

El trombón de Tommy Dorsey tocaba *Indian Summer* y ella lo apretó contra su cuerpo de una manera muy poco apropiada para una pareja inglesa como Dios mandaba. Pero aquella noche cálida tampoco era apropiada para un verano inglés como Dios mandaba. Pronto todo el mundo se unió al baile. Hasta que las baterías se agotaron y se dieron cuenta de lo cansados que estaban. La fiesta llegó a su fin como por arte de magia. Los invitados, entre sonrisas y saludos, fueron desapareciendo en la oscuridad.

—¡Nosotros también nos vamos, cariños míos!

Doris, con un zozobrante Dexter en un brazo y una reluctante Jordan en el otro, les mandó un beso.

—¡Espera! —exclamó Arman—. El mes que viene tengo que ir a París. ¿Queréis venir?

—¿A nuestro París? —balbució Doris—. ¿Con mi bañera en el hotel? Pero ¿por qué queréis llevarnos otra vez?

—La New Burlington ha prestado la escultura de travertino —dijo Arman—. Para una exposición en unas galerías francesas. No sé exactamente por qué quieren que vaya yo también allí, pero mi agente me ha prohibido negarme y yo no quiero ir sin vosotros.

—¿Sin quién? —preguntó Jordan, perpleja.

Arman le dedicó una caída de ojos seguida de una mirada angelical de estudiante de seminario.

—Sin ti.

—Pero nadie querrá que vaya —declaró la muchacha—. Nunca he estado en París y probablemente nunca vaya.

—Pobre París —dijo Arman—. Por favor, vente.

Amarna le agarró de las sienes y lo forzó a mirarla.

—¿A qué viene eso? ¿Por qué presta la New Burlington tu escultura?

Arman torció la boca.

—Se la compraron al museo. En abril. Una tercera parte del dinero fue para nosotros.

—¿Y por qué no me has contado nada de todo esto?

—Se me olvidó —declaró él—. Por favor, no te hagas ideas raras en la cabeza y ven conmigo a París.

Ella se soltó.

—¿Y qué pasa con Chaja?

—¿Crees que París no le gustaría?

Súbitamente una imagen brotó ante sus ojos: su marido y ella por el paseo de la ribera, bajo los castaños en flor, y entre ellos, de la mano, una niña.

—Marnie, tu marido se ha vuelto completamente loco —dijo Doris—. No puede estar invitando constantemente a los viejos de sus vecinos.

—Claro que puede —dijo Amarna—. Él no iría a ninguna parte sin su Doris. Dexter, cuando estos dos se fuguen juntos, te casarás conmigo, ¿verdad?

Dexter hizo una reverencia con gran esfuerzo y le besó la mano.

—No puedo pretender quedármela solo para mí, mi querida Marnie.

Todos se abrazaron, se desearon buenas noches y, mientras se encaminaban a casa, Amarna oyó que Jordan tarareaba *Indian Summer*. Ya en el interior, Arman encendió una lámpara y Amarna constató nuevamente lo cansado que parecía.

—¿Me estás mintiendo en algo? —preguntó ella.

—Te quiero —dijo él.

—Eso no es una respuesta.

—Sí que lo es.

Ella iba a insistir, pero, antes de que las palabras surgieran de sus labios, él la besó, esta vez sin darle posibilidad ninguna de escapar. Cuando finalmente se liberó, ella vio que a él le brillaban las pestañas.

—Arman, ¿qué ocurre?

Él negó con la cabeza.

—Vente conmigo a París. Deja que llevemos a Chaja con nosotros. La Air Force me da dos semanas libres y no debería llover en todo el mes de agosto.

Amarna suspiró y señaló hacia el dormitorio.

—Tómate otra copa de vino conmigo. Tengo que hablar contigo.

Rehan había llevado a Chaja a la cama, igual que otras muchas veces, como si fuera su hermanita pequeña, pero Bülent seguía sentado junto a la mesa y daba cabezadas. A sus pies, el perro se había hecho un ovillo, pero se levantó de pronto en cuanto Arman y Amarna entraron. Arman colocó la botella de vino empezada en el aparador y se sentaron juntos para poder hablar en voz baja.

—Me gustaría montarte una escena por mentirme —dijo ella—, pero eso sería como echar piedras contra mi propio tejado, ¿verdad?

Él la miró. Aquellos ojos oscuros parecían inmensos bajo esa luz tenue.

—Por favor, hazme un sitio bajo tu tejado, *lajvard*.

—¿Me prometes que serás tan sincero conmigo como puedas?

—Lo intentaré —dijo.

—Tengo que hablar contigo sobre Chaja —dijo ella—. Sobre el hecho de que no hable. Quizá no sea buena idea llevarla a París, donde tenga que escuchar otra lengua más. Lilly Greenstein piensa que deberías hablar con ella en alemán porque todos los idiomas que se hablan en esta casa la confunden.

Él reflexionó.

—Creo que no puedo hacerlo —dijo él.

—Pero ¿por qué no? Tú sí que hablas en alemán conmigo.

—No puedo porque… —empezó a decir, pero, entonces, hundió la cabeza y fijó la mirada en el suelo entre sus piernas—… No puedo porque me da miedo. Porque no quiero que Chaja tenga miedo de mí.

—¿De qué tienes miedo?

—De la gente que me habla en turco. De aquellos que me dijeron: «muérete, pedazo de mierda armenio».

Al cambiar al turco se le cambió también la voz. Amarna había vivido ya cientos de veces aquel deseo de tomarlo de la mano y salvar el escudo que se alzaba entre ellos: «No me toques».

—Olvida lo que te he dicho —dijo ella—. Trata a Chaja de la manera que te parezca más adecuada. Al fin y al cabo, no te resulta difícil, ¿verdad? Tratar con ella aunque no te diga nada.

—¿Por qué debería resultarme difícil?

—Lilly Greenstein me ha contado que muchos de los padres devuelven a los niños porque no lo pueden soportar —dijo Amarna—. Pensaba que a lo mejor preferiríais que no la hubiera traído.

Él alzó la mirada, pero solo vio a Amarna y no se dio cuenta de que Bülent se había despertado y los contemplaba con los ojos relucientes.

—Me gusta tenerla aquí —dijo—. Y me gustaría llevaros a las dos a París. Me da igual que no hable. Rehan hablaba, pero no conmigo. Hablaba como si simplemente quisiera hacer algún ruido con el que romper el silencio.

Amarna se dio cuenta de que Rehan, efectivamente, seguía hablando así. Ella misma se sorprendía cada vez con más frecuencia hablando así con Chaja: charlando, charlando, charlando, murmurando palabras solo para que se la oyera más a ella que al silencio.

—¿Y nunca te ha importado?

Arman se encogió de hombros.

—Me gusta tenerla conmigo. Prefiero eso a no tenerla aquí.

—¿Y qué hiciste para que dijera algo?

—Nada —dijo él—. Un día dijo mi nombre y a mí eso ya me pareció que era hablar. Tuve la sensación de que me daban una orden.

—¡Ja! Mira quién fue a hablar.

Bülent se levantó, Arman dio un respingo y el anciano le propinó un codazo en el costado.

—¿Cuánto tiempo estuviste sin decirme nada a mí? ¿Eh? ¿Medio año, un año entero? Día tras día esos ojos grandes, esa mirada que nadie podía sostener y un silencio como de tumba, eso era todo lo que yo recibía. Y por la noche, lágrimas que le congelarían a un hombre el corazón en el pecho.

Cuando vio cómo reaccionaba Arman, dejó de propinarle codazos.

—¿Cómo lo soportaste? —exclamó Amarna y se tranquilizó de inmediato.

—Eso también me lo pregunto yo —dijo Arman.

Su mirada se perdía en el vacío, retorcía las manos y se clavaba las uñas en la piel.

—Es algo que me he preguntado siempre. Los padres que ha buscado la doctora Greenstein devuelven a los niños.

—¿Y adónde te iba a devolver yo a ti? ¿A los verdugos de los que te habías escapado para que pudieran terminar de matarte?

Arman apretó los labios y asintió. Las uñas se le clavaron aún más en las manos y comenzaron a temblarle los hombros.

—Bah, bah. Déjalo ya. —Bülent le agarró las manos dañadas y se las separó—. Ya pasó, *küçügüm,* mi pequeño; nunca dejaría que nadie te tocara ni un pelo.

Él posó las manos de Arman sobre las rodillas, le abrió los puños y, con los dedos encorvados, le buscó el pulso para comprobar su aceleración.

—Fue un honor para mí, ¿me oyes? Cada cucharada de sémola que te hice meterte en la boca, cada gotita de ungüento que te di, cada sábana limpia que cambié, y todo ello sin que ni una sola palabra saliera de esa bocaza tuya fue y siempre será un honor para mí. Ya hay suficiente cháchara inútil por ahí y ¿qué puede haber en este mundo que sea un privilegio mayor para un hombre? El que pueda proteger a un niño debe sentirse satisfecho con eso.

Arman se deslizó sobre las rodillas y besó las manos de Bülent como solía hacer cada mañana. Bülent posó la cabeza de Arman sobre su regazo y le pasó los dedos por entre el pelo de la nuca.

—Pero ¿es que a los pilotos no os exigen que os cortéis el pelo como es debido? Cuando nosotros hacíamos instrucción te daban una docena de golpes en las plantas de los pies por llevar semejante mata en la cabeza.

Cuando Arman quiso erguirse, Bülent se lo impidió y siguió acariciándole la nuca, el cuello y los hombros. «Para mí también es un honor —pensó Amarna—. Da igual lo que pase». Entonces, le dijo a Bülent:

—¿Te las apañarías bien tú solo durante dos semanas de agosto con toda la casa para ti?

—¿Con toda la gente que entra y sale de aquí constantemente? —Bülent alzó la mirada, horrorizado—. ¿Y con la comida que prepara esa mujer?

—Con todo —dijo Amarna—. Arman y yo nos vamos con Chaja a París.

24
PARÍS. AGOSTO 1939

El 18 de agosto salieron rumbo a Portsmouth con las primeras luces del día y tomaron el mismo transbordador rumbo a El Havre que transportaba la escultura. El sol salió mientras el barco zarpaba y comenzó un día resplandeciente, quizá el más resplandeciente del verano.

—Ya no volverá a llover —exclamó Doris—. No me puedo creer que no vaya a llover más.

No era capaz de quedarse tranquila con el buen tiempo y, durante las últimas dos semanas no había tenido motivos para ello.

El equipo del *British Movietone* tenía permiso para filmar el embarque, pero permanecieron ocultos entre los uniformados que se arremolinaban en el puerto en la entrada del barco. Amarna creyó reconocer el gris azulado de la Air Force, pero estaba demasiado oscuro como para estar segura y había miles de cosas en aquel momento mucho más importantes para ella. Dexter se echó a dormir, Doris y Jordan fueron a dar una vuelta por el barco y curiosear, pero Amarna prefería quedarse en cubierta y contemplar el mar en el frescor de la madrugada. Arman trajo mantas y café, y los tres, marido, mujer y niña, se sentaron en un banco con los rostros vueltos al mar. A los pies yacía el perro, del que Chaja no quería separarse.

—Un juego: a ver quién ve Francia primero.

Jugaron a eso cuando se trasladaron a Inglaterra y en la voz de Arman, en aquella ocasión, se podía oír el entusiasmo de un niño de máximo diez años de edad. Había visto su Inglaterra mucho antes que Amarna, solo que por aquel entonces llovía.

—¿Y qué gana el que vea Francia primero?

—Puede pedir un deseo.

Así es como habían jugado en aquella ocasión y, cuando habían comenzado a desembarcar, ella había besado a Arman antes de que él llegara a verbalizar su deseo. Aquella vez habían comenzado a hablar en inglés ya en el transbordador y hoy hacían lo mismo, a pesar de que Amarna solía hablarle a Chaja en alemán.

El trayecto duró cinco horas. Entremedias, Chaja se durmió y Amarna sintió el peso de la niña sobre el hombro. No se atrevía a moverse. En algún momento indeterminado, ella también posó la cabeza sobre el hombro de Arman y se durmió. Al despertar, seguían sentados igual: recostados unos encima de los otros. El aire comenzó a ganar calidez. Arman estaba leyendo un libro. Amarna se lo quitó de las manos: Victor Hugo. *Les Misérables*.

—Pero ¡si no sabes francés! —exclamó ella.

Durante años se habían contado el uno al otro sus fracasos intentando aprender esa lengua. Amarna había llamado a su profesor de francés «pingüino gangoso» y su padre la había borrado de las clases. La hermana de Arman, que con cinco años sabía escribir en tres alfabetos, leía ya las *Fábulas* de La Fontaine (algo sobre un cuervo que comía queso en un árbol), cuando el

asesino le había cortado la cabeza. Arman había podido conservar la cabeza sobre los hombros, por lo que quiso aprender francés a toda costa.

—Pero era demasiado tonto —le había contado a Amarna—. Cuando yo leía, era el queso el que se comía al cuervo y no entendía qué pintaba el árbol ahí.

Ahora simplemente echó la cabeza a un lado.

—Pensé que podía intentar aprender un par de palabras.

—¿Un par de palabras? ¿Con Victor Hugo? ¿Por qué clase de idiota me estás tomando?

Hojeó el libro y encontró el sello de la misma biblioteca a la que iba con Chaja. En lugar de comprarse el libro, se había sacado un carné de biblioteca. Así era como había aprendido inglés: sacando libros en esa lengua de la biblioteca de Estambul y leyendo toda la noche.

—Dime la verdad: ¿por qué estás aprendiendo francés precisamente ahora?

—Si la gente de esa galería paga dinero para que yo haga el payaso…

—¿Me lo estás diciendo en serio?

Él apretó los labios y negó con la cabeza. Ella leyó en su rostro la desesperación, se irguió y se separó de él.

—Por favor, deja de mentirme. Prefiero que me pidas que no te haga más preguntas.

—¿Puedes dejar las preguntas para otro momento? —volvió hacia ella la cara y la miró, suplicante—. ¿Puedes quedarte conmigo estas dos semanas en París como si no hubiera nada más que París y nosotros?

Ella lo miró. No se había dado cuenta hasta ahora de lo hundidas que tenía él las mejillas.

—París es la capital de la *haute cuisine* —dijo ella—. Si tú me prometes que no me abochornarás con tus manías con la comida, yo te prometo que me tragaré mis preguntas. ¿Trato hecho?

Él asintió, aliviado, y la atrajo hacia él. Ella ya había olvidado lo delicados que podían llegar a ser sus besos, livianos como una pluma, casi como un roce y, sin embargo, en absoluto pudorosos. En aquel momento, allí, en medio del barco, habría querido agarrarle la entrepierna, tumbarlo, arrancarle aquellos pantalones tan anchos y, a golpe de cadera, sonsacarle la verdad que él tenía enquistada en su interior. O tumbarse ella misma y ofrecerse: «Hazme tuya. Hasta que me olvide de la maldita verdad y alguien nos despierte».

Algo en su brazo se movía y le tiraba de la manga. Ella se giró. Chaja no solo se había despertado, sino que se había levantado del banco de un salto. Señalaba hacia delante con su delgado bracito. Los pasajeros fueron arremolinándose a su alrededor, en torno a la barandilla, y prorrumpían en «Ohs» y «Ahs». Sus pasos, sobre la superficie de la cubierta, resonaban como los de los elefantes.

—Francia —constató Arman.

Se puso en cuclillas, agarró a Chaja de los hombros con la misma delicadeza con la que había besado a Amarna y la giró.

—Has sido la primera. Puedes pedirnos un deseo.

Amarna quiso gritar de alegría con tanta fuerza que la oyeran hasta en París. En el afilado rostro de la niña resplandecía y, entre sus labios, se entreveía el brillo de sus blancos dientes. Notó como los músculos del brazo de Arman se tensaban y tenía que dominarse para no alzar a la niña y comenzar a darle vueltas por los aires. Amarna posó la mano en el hombro de su marido y él giró la cabeza. Su rostro era una copia del de Chaja; sus dientes, igual de blancos, y su

expresión resplandeciente, igual de triunfal.

«Quiero tener un hijo tuyo —pensó Amarna—. Chaja significa vida».

El perrito se echó sobre su pecho y le ladró a Francia.

Ocuparon dos suites en un encantador hotel junto al Sena que llevaba el nombre de un músico del Renacimiento porque cada tarde salpicaban los pasillos melodías cantarinas. Las suites se componían de salón y dormitorio, y, en cada salón, los inquilinos habían hecho instalar una cama: una para Jordan y otra para Chaja. Los Taylor se alojaban en la suite «Luna de miel», solo que, en aquella ocasión, la bañera de Doris no estaba llena de champán.

—No te enfades conmigo —dijo Arman—. Creo que no es el momento más adecuado para tirar tanto dinero por el desagüe.

En lugar de eso, lo que se encontró en la bañera fue un vestido de tubo plateado, como el de la princesa de la revista femenina. Estaba hecho a la generosa medida de Doris y se negó a ponerse ninguna otra cosa mientras paseaban por París, por los museos y galerías de arte; por los restaurantes y bistrós; por las tiendas de las galerías Lafayette, en las que le llenaron a Jordan la maleta de ropa nueva; por los teatros, por los mercados y por el recién inaugurado zoo. Por la Quai de la Tournelle, donde pudieron admirar un impresionante cielo estrellado sobre las torres de Notre-Dame, y donde besó a Amarna en los labios. Habían disfrutado de una cena de cinco platos y el beso de Doris sabía a queso y cebolla.

—Dáselo a Black Beauty de mi parte, ¿de acuerdo?

—Se lo puedes dar tú misma.

Doris negó con la cabeza.

—Le quiero como a mi hermano y a ese le besaría por cualquier lado. Pero en la boca solo se besa a los que más se quiere y punto.

El Sena despedía reflejos como el aceite y se deslizaba más lento que el Támesis, como si un río en París no pudiera vivir una vida acelerada.

—No sabía que tenías un hermano, Dee.

—Se llamaba Edward —dijo Doris—. Era mi mellizo y no nos parecíamos en nada. Teddy era un muchacho tan flaco y guapo como tu amorcito. También se le resbalaban los pantalones del uniforme por las caderas y hacía que a más de una se le hiciera la boca agua.

—¿Tu hermano era soldado?

Doris asintió.

—Lo reclutaron en la última guerra.

—¿Y no regresó?

Ella se apoyó sobre la barandilla y miró las luces que se reflejaban en el río.

—Siempre me decía a mí misma que, si alguna vez tenía un hijo, lo llamaría Ted —dijo Doris—. Pero como tuve una hija, pensé: «Mi Teddy se quedó en Jordania». Así que se quedó con Jordan.

Amarna tomó el rostro de Doris entre las manos y la besó en la boca.

—Te quiero, Dee.

Arman y Amarna habían previsto que Chaja gritara por las noches y, en ese caso, uno de los dos acudiría a su lado como solían hacerlo en Londres. Pero, en lugar de eso, la primera noche ella saltó de la cama y, descalza, se precipitó en el dormitorio de la pareja, con el monito en la

mano y el perro en los talones. Amarna seguía despierta. Arman dormía en sus brazos tan profundamente como solo era capaz después de hacer el amor y tuvo que hacer un esfuerzo para volver en sí. Ellos se separaron y Amarna palmeó en el hueco resultante en la cama.

—Ven aquí, con nosotros.

Aún aturdido de sueño, Arman se levantó de la cama y se puso los pantalones.

—¿Qué haces? —preguntó Amarna.

Él se agitó para despertarse, pero no dijo nada, solo contempló a Chaja. Tras algunas dudas, ella se subió a la cama y se tumbó junto a Amarna, sin llegar a tocarla. El perro se hizo un ovillo a sus pies y siguió durmiendo. Arman se apretó el cinturón sin apartar la mirada de Chaja. Cuando ella movió la cabeza, él se arrodilló junto a la cama, le sostuvo la mirada y esperó. Ella volvió a mover la cabeza y él se sentó en el borde de la cama, quiso taparla con la manta, pero ella la rechazó. Fascinada, más curiosa que asustada, contemplaba el pecho desnudo de Arman. De pronto, alargó la mano, le tiró el oscuro vello del pecho y volvió a encoger el brazo. Poco después, se hacía un ovillo igual que el perro y se dormía.

Desde aquel día, acudía cada noche a dormir entre ellos en la cama. Tres noches después, ayudó a Amarna a llevar su ropa de cama del salón al dormitorio y a doblar las mantas y los cojines. Arman y Amarna se escapaban de madrugada para hacer el amor en la cama pequeña, sin parar de besarse y sin emitir ningún ruido.

La *vernissage* en la Galerie Linossier había agotado todas las entradas a pesar de que los parisinos que se lo podían permitir solían huir de la ciudad en verano. Largas colas se extendían hasta muy atrás en las calles junto al Sena, llenas de gente con la esperanza de lograr entrar y, en el interior de la galería, se amontonaban los fotógrafos y los periodistas. En la amplia sala acristalada que daba al río se encontraba la escultura, cuyo cuerpo de toba calcárea relucía bajo la iluminación con tintes rojos, como si la sangre le brotara de la piel. A su lado, nada más que el *Zócalo vacío* de Arman y la marabunta humana con sus copas, sus risas y su palabrería. Había algo en todo aquello que causaba en Amarna un profundo malestar. Tenía que esforzarse por contemplar aquella estatua, tan distinta a como la recordaba en el taller. La primera impresión era terrible: Arman no solo le había destrozado el vientre y el rostro, sino que, además, le había cortado los dos pies y la mano derecha.

Sin embargo, Arman tenía ahora el aspecto de un auténtico pilluelo, más que el de un atormentado que gritara con voz muda a base de golpes en la roca roja. Amarna lo miraba mientras hablaba con los reporteros franceses y lo amenazaba con el gesto de Doris: abanicándole el aire tras la oreja. «¿Por qué tengo que tomarme todo esto en serio? —se preguntó—. ¿Por qué no puedo, simplemente, estar un poco enfadada contigo y divertirme así, viendo que estás callándote algo aparentemente inofensivo?».

Él se apartó de los periodistas y se dirigió a ella.

—Por favor, no.

—¿Qué?

Él negó con la cabeza, posó el brazo en torno a ella y la llevó hacia el círculo de gente.

—*C’est ma femme* —la presentó—. Mi esposa habla francés apenas algo mejor que yo. ¿Les importaría hablar en inglés?

Uno de aquellos hombres, un tipo joven y fornido que lucía una boina, se volvió hacia ella con ojos brillantes.

—Bienvenida a París, *madame*. ¿Podría ayudarnos?

Hablaba un inglés apenas entrecortado, con un acento encantador.

—Siempre que esté en mi mano —dijo Amarna.

El joven rio.

—¿Quién, si no usted?

Entonces se volvió y llamó a alguien en un francés que ella apenas logró comprender:

—Pierre, Pierre. *Madame* Artsruni ya no tiene vino. Pero ¿qué clase de local es este? ¿Quieres que nuestros clientes piensen que, como somos comunistas, no sabemos lo que es la hospitalidad?

El Pierre al que aludían se apresuró a aparecer con una botella y llenó la copa de Amarna hasta que casi se le desbordó.

—*Ma belle dame* —dijo él, dio un paso lateral y dejó sitio al otro.

—Me llamo Michel —dijo—. Somos camaradas, podemos llamarnos por el nombre. Su marido nos ha permitido hacer lo propio con él.

—A mí también puede llamarme por mi nombre —dijo Amarna.

—*Merci. Mais comment*…

Arman, que estaba hablando en voz baja con un hombre de rostro marcado por cicatrices y cabello oscuro, se volvió hacia ellos.

—*Elle s'apelle* Amarna —dijo y le dio a su nombre una entonación francesa, con acento en la última sílaba.

—Qué nombre más bonito —dijo Michel—. Por favor, ayúdenos, Amarna. Le hemos preguntado el nombre de la obra a la gente del New Burlington, pero no lo sabían y decían que debíamos preguntarle a su marido. Pero le hemos preguntado y él dice que no tiene nombre. ¡Nos habla como si quisiera reírse de nosotros!

El joven se quitó la boina y apartó a Arman del tipo moreno.

—Pero ¡algo tendremos que decirle a la prensa! *Armand, Armand,* por favor, repítale a su mujer la insensatez que nos ha contado y veamos si ella es capaz de hacerlo entrar en razón.

Los allí reunidos se divertían con la escena. Nadie se dio cuenta de que Arman, no. Amarna deslizó el brazo bajo la chaqueta de él y le dio unas palmaditas en la cintura.

—Vamos, venga —dijo ella en alemán—. Muéstrales a tus nuevos amigos la clase mula cabezota que eres.

—No son mis nuevos amigos… —comenzó a replicar Arman, también en alemán.

—¡Cierra el pico! —dijo Amarna y mostró los dientes—. De una vez por todas. Ahora, hazme un resumen.

—Les he dicho que podían llamar a esa cosa como quisieran —dijo Arman en inglés—. No sé cómo se llama. Si lo supiera, no me habría hecho falta esculpirlo en piedra.

—Bien —dijo Amarna en alemán—. Ahora, en francés, puesto que, al parecer, puedes hacerlo.

—Me da miedo ir a casa contigo esta noche —dijo él.

—Y haces bien. En cuanto Chaja se duerma, te vas a enterar.

Lo repitió todo en francés, los periodistas lo acosaron a preguntas y en la sala se provocó un tumulto. Pierre, Michel y sus compañeros no paraban de servir vino, los visitantes se pegaban por entrar mientras otros iban saliendo y, en una esquina, Doris y Dexter se besaban como dos

adolescentes desbordantes de alegría. Chaja se ponía en cuclillas delante de la escultura con Jordan y un joven que la tomaba de la mano, y la niña les mostraba dónde había golpeado ella con el cincel. Sobre el *Zócalo vacío* de Arman había sentada una mujer y dos hombres a los que iba besando alternativamente.

Amarna recibía cumplidos por todas partes. Cuando logró atrapar a Chaja para llevar a la agotada niña a la cama, se formó a su alrededor todo un pasillo humano que le gorjeaba que su hijita era «*une beauté, Jolie comme sa maman*». Una belleza, tan bonita como su mamá. Arman hablaba de nuevo con el hombre moreno. Amarna estaba demasiado lejos como para entender la conversación, pero habría apostado a que estaban hablando en armenio. Cuando Arman la vio, se separó de su acompañante y se abrió camino hasta ella y Chaja.

—Ya era hora —bufó Amarna.

—Deja de quejarte —dijo él.

Entonces, los dos se pusieron en cuclillas para colocarse a la misma altura que Chaja y él besó a Amarna en la boca delante de todo el mundo. París no era Inglaterra. París era París, y la noche que siguió a continuación fue tan dulce que Amarna conservaría su sabor en la lengua como una pequeña cicatriz, una marca de París. No leyó ningún periódico, no escuchó la radio, solo estaban París y ellos. Por eso tardó un día entero en descubrir que alguien había bautizado finalmente la escultura aquella misma noche.

La guerre. En francés, hasta la guerra sonaba coqueta.

El joven que Jordan había conocido se llamaba Lucien y era primo de Michel, que tenía una estrecha relación con la gente de la galería. Fue con ellos de paseo a la Île de Saint-Louis y, por la tarde, él y sus amigos pasaron a buscarla en moto.

—Debería prohibírselo —dijo Doris— pero la pobrecita ha tenido tan mala suerte en el amor… ¿Crees que estoy cometiendo el mayor error de mi vida?

—Quizá —dijo Amarna—. Pero ¿de qué serviría si no lo cometieras?

—Dexter, como de costumbre, no se preocupa —se lamentó Doris—. Solo habla de política con Black Beauty, bebe ese mortífero licor de manzana y va por ahí pontificando por Francia como si fuera Dios. Si se tratara de vuestra pequeña, Black Beauty les cortaría el cuello a todos, ¿no? Ningún descarado francés se iría tan fácilmente con la hija de un oriental.

Amarna besó a Doris y le dijo:

—Como sigas así, al final te voy a besar más que a mi marido. Disfruta de estos días, Dee, y deja que Jordan disfrute también. Ya podremos pensar en lo que haría la gente racional cuando volvamos a casa.

El último día de agosto, la gente de la galería los invitó a un pícnic bajo el *Pont Saint-Michel*. Todavía les quedaban dos días en París, pero Amarna no quería pensar en ello. Olía al agua del río, a hierba seca y a asfalto caliente. Comieron pan y un surtido de quesos, y compartieron el vino en el reducido número de vasos. Arman volvía a hablar con el hombre moreno, que se había traído con él a una muchacha igual de morena, pero mucho más dulce y joven. Amarna le dedicó a su marido una mirada de advertencia y él acudió a su lado al trote sin poner reparos, acompañado tanto del hombre como de la joven.

—Esta es mi esposa, Amarna —dijo en armenio—. Amarna, estos son Missak y su esposa, Melinée.

Todos los franceses que le habían presentado le habían sonreído, pero Missak y Melinée no

sonreían. Melinée, de la que Amarna calculó que no sería mucho mayor que Jordan, extendió la mano hacia Chaja, que contemplaba un botón de oro.

—¿Es esta tu hijita? —dijo, saltando del armenio al francés—. *Un ange!* A mí también me gustaría tener un hijo. Una niña tan bonita como la tuya.

Bebieron un vaso más y después la mayoría, adormilados por el vino y el calor, echaron una siesta, mientras Michel se colocaba un acordeón en el regazo y tocaba una suave melodía. Chaja jugaba con el perro entre los árboles y las parejas se recostaron las unas sobre las otras, entre ellas, Doris y Dexter, y Jordan con su Lucien. Dexter roncaba. La joven Melinée comía sola. Su marido se encontraba con un grupo de hombres más abajo, en el río, con los pies metidos en el agua y escupiendo palabras como salvas de rifle. Después de un rato, Arman se separó de ellos y, alejándose del río, regresó junto a Amarna.

Era un hombre guapo: con el cabello revuelto, la piel tostada por el sol, la camisa blanca abierta por el cuello y las perneras del pantalón arremangadas. La mirada que él le dirigió, llena de nostalgia, la conmovió.

—¿Quién es esa gente? —preguntó Amarna—. ¿Los dos armenios?

—Missak traduce a Baudelaire.

—¿Al armenio? A ti eso no te hace falta. Sabes leer en francés. Así que se han ido. ¿Y a qué se dedica cuando le da un descanso a Baudelaire?

—Todavía no —dijo él—. Dentro de dos días.

—¿El qué?

—Las preguntas.

Se echó en la hierba bocarriba y recostó la cabeza en el regazo de ella, rodeó lentamente con el brazo la cintura de su mujer y metió la otra mano bajo la falda. En lugar de dejarse enredar, ella debería haberle puesto en su sitio y, sin embargo, no tenía ningún deseo de hacerlo. Él entrecerró los ojos, le acarició la tierna piel de la cadera y ella le acarició a él el pelo. La sonrisa de Arman era como una mariposa que jugueteara en sus labios pero no volviera a echarse a volar. «Si alguna vez dejo de quererte tanto como en este momento, ven conmigo a París —pensó Amarna—. Así todo volverá a ser como antes». Arriba, sobre la barandilla del puente, había una mujer que, a pesar del calor, llevaba un pañuelo en la cabeza y los observaba desde hacía largo rato. Lucía un vestido deslustrado y su rostro tenía una palidez insana. Amarna se sintió mal. ¿Por qué no podían compartir su felicidad? Si pudieran regalarle a aquella mujer la mitad de su dicha, seguiría quedando embriagada de alegría. Pero la alegría no era un queso que pudiera cortarse a rodajas, y la mujer, por desgracia, debería permanecer igual de miserable. Amarna se rio, a pesar de lo triste de sus pensamientos, porque una idea como la de que «la alegría no es un queso» solo se le ocurriría a alguien después de demasiada alegría y demasiado queso. Sin embargo, se avergonzó de que la mujer la viera riéndose. Entonces, la extraña se marchó, Chaja surgió de no se sabía muy bien dónde y Amarna se olvidó de lo ocurrido.

Chaja se sentó con ellos, tan cerca que casi tocaba a Arman.

—¿Tienes hambre? —preguntó Amarna.

Chaja no dijo nada. Observaba detenidamente el punto del cuello en el que a Arman se le abría la camisa. Arman no se movió y Chaja mantuvo la mirada fija en el mismo sitio. Entonces, alargó la mano y tomó la cruz de oro que tenía él sobre el pecho.

—Puedo pedir un deseo —dijo ella, palabra a palabra, en inglés—. Deseo esto.

Amarna se estremeció de tal forma que creyó que se le paraba el corazón.

—Chaja —balbució y tuvo que agarrarse las manos para vencer el impulso de tocar a la niña.

Debía decirle que no podía tener esa cruz, pero no quería hacerlo. Tenía la sensación de haber recibido una orden, como si una autoridad superior se hubiera erigido sobre el mundo y ella tuviera que contentarse con eso.

Chaja agarraba la cruz de Arman con tanta fuerza como solo pueden hacerlo los niños pequeños que quieren algo a toda costa y no pueden tenerlo. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Espera —dijo Arman antes de llevarse las manos al cuello y abrir el cierre.

Chaja se hizo con la cadena a la velocidad del rayo y la encerró entre sus manos como una ladronzuela.

Arman esperó varios minutos.

—Si quieres, te ayudo a ponértelo —dijo él, entonces.

La mirada de la niña voló de sus propias manos a las de él, a todas luces atemorizada ante la perspectiva de perder su valioso botín.

—Te pertenece —dijo Arman—. Tú descubriste Francia, tú te lo ganaste.

Chaja abrió las manos poco a poco. Arman tomó el colgante, deslizó la cruz fuera de la cadena y se metió esta en el bolsillo. Después, abrió el cierre de la cadena de Chaja y metió la cruz dentro. Cayó por entre los eslabones hasta quedarse junto a la estrella de David. Ambas joyas relucían, unidas, sobre la blusa azul de punto de Chaja.

Ella retorció el cuello para mirarlas. Fue entonces cuando, aparentemente, cayó en la cuenta de que Arman había tenido que renunciar a la cruz para dársela a ella.

—Puedes quedarte la mía —dijo la niña.

Arman negó con la cabeza.

—El que te la regaló quería que tú la tuvieras.

—¿Y tú?

—No pasa nada. A mí no me la regaló nadie.

Chaja reflexionó unos instantes. Después, rebuscó en los bolsillos del pantalón de él hasta localizar la cadena e intentó abrir el cierre de la suya propia. Cuando Arman se dio cuenta de que la cadena corría peligro de caer, acudió en ayuda de la niña: volvió a abrir el cierre y extrajo la estrella de David.

—¿Estás segura? —preguntó él, dubitativo—. Cuando quieras, te la devuelvo.

Ella negó con la cabeza, igual que él había hecho antes.

—Te la regalo.

—Gracias —dijo Arman, introduciendo la estrella de David en su propia cadena y colocándosela de nuevo en torno al cuello.

Cuatro idiomas no serían suficientes para describir aquella noche. Ni siquiera el quinto, que su marido cleptómano había adquirido furtivamente, habría podido hacerlo. Al amanecer, se despertaron hechos un nudo sobre la estrecha camita de Chaja, doloridos y agotados, y, cuando Arman abrió los ojos aún en brazos de ella, enrojeció hasta las orejas. Era el primer día de septiembre. Su último día en París.

La ciudad le pareció a Amarna más nerviosa, no tan somnolienta y veraniega, lo que podía deberse a que los parisinos comenzaban a regresar del veraneo y volvían en tropel a sus trabajos y su vida diaria. Lo mismo que les esperaba a ellos. También Arman e, incluso, Dexter, parecían

tener ya la mente puesta en el retorno. «Qué se le va a hacer —pensó Amarna—. Nos marchamos cada uno con nuestra soledad al hombro y volveremos ahora como una familia. Le diré a Wally que, durante un tiempo, trabajaré menos horas al día para poder ayudar a Chaja en sus primeros días de escuela. Escribiré a Sedat Veysel en Doğubeyazıt: tendrá que encargarse él de cuidar de Urartu porque, por el momento, me va a ser imposible ocuparme yo. Le diré a Arman que ya no tenemos que seguir mintiéndonos porque ya no tenemos que temer el uno por el otro».

Pierre, de la Galerie Linossier, fue a acompañarlos pronto por la mañana a la estación, donde tendrían que tomar el tren a El Havre. Jordan no quería regresar: su padre prácticamente tuvo que arrastrarla al interior del vagón y lloró en silencio, en soledad. Arman y Dexter también callaban. Doris fue la única que se sentó junto a la ventana, contempló la ciudad que despertaba y empezó a hablar sin parar.

—Hasta la vista, París mío —dijo—. Y gracias, gracias, gracias. La próxima vez que venga, volveré a lucir mi vestido plateado, pero traeré unas piernas más largas, el pelo rubio y menos arrugas. La próxima vez que venga, menearé las caderas por los *Champs Eliza* o como quiera que se llamen y diré *«Oh, là, là!»* a todos los mozos descarados que se me crucen. Te lo prometo, París mío. La próxima vez que venga, tendré veinte años y estaré flaca como un espárrago.

—Y ¿cómo piensas hacer eso, Dee? —preguntó Dexter con la voz tomada.

—En mi próxima vida —respondió Doris—. Entonces podré hacer todo lo que quiera.

En El Havre, por motivos que para Amarna no quedaban del todo claros, perdieron el transbordador y tuvieron que tomar otro que salió por la noche. Cuando desembarcaron en Portsmouth de madrugada, la tregua sin radio, periódicos ni preguntas llegó a su fin. Doris fue la primera en ver al hombre-anuncio con los titulares encima y se echó a gritar:

—Pero ¡ahora no! ¡No cuando todo es tan hermoso e incluso hasta el tiempo es bueno!

Arman tomó a Amarna en los brazos, le tapó los ojos con las manos y la sostuvo con fuerza por mucho que ella se agitara y tratara de golpearlo.

—¿Tú lo sabías? —gritó ella—. ¿Lo has sabido todo el tiempo?

—Sí —dijo él.

—¿Desde cuándo?

—Tú lo has dicho —respondió él—. Todo el tiempo. Cuando Hitler y Stalin firmaron ese pacto de no agresión quedó patente que no podía durar mucho. Ahora tengo que irme, *lajvard*. Dexter os llevará a casa. Os llevará a Kent también si yo no puedo regresar y hacerlo yo mismo. Manda a la familia a Kent, *lajvard*. Prométemelo, aunque me odies.

—¿Y adónde irás tú?

—Con mi unidad —dijo él.

—A Stanmore Park —exclamó ella y le clavó los dedos en los hombros—. Para eso, podrías llevarnos tú. Dijiste que los globos saldrían de Stanmore Park.

—Te mentí —dijo él antes de besarla en la cabeza y marcharse.

Ella se quedó como petrificada, incapaz de apartar la mirada a pesar de que hacía largo rato que su marido había desaparecido.

Fueron Doris y Dexter quienes, como padres preocupados, se le pusieron a ambos lados y, más que llevarla al coche, prácticamente la arrastraron.

—No hay nada que puedas hacer, Marnie —dijo Dexter—. ¿Es que no tiene derecho a luchar por este país? Si me lo preguntas a mí, te diría que no tiene menos derecho que los nativos. Él tiene aquí a su mujer y a su hija, no puede permitir que el hogar de su familia caiga en manos de Hitler como le pasó a la pobre Polonia. Sé lo que es eso: yo también tengo una mujer y una hija.

—¿Y tú también te vas? —preguntó Amarna.

Dexter se encogió de hombros, impotente.

—Excedo el límite de edad. Además, el suministro de gas hace que todo el personal sea imprescindible.

—Ven con nosotros a casa, *sugar pie* —dijo Doris—. Necesitas un té con cuatro cucharadas de azúcar. Podemos escuchar las malas noticias en la radio. No puede ser tan malo. Imagínate que el hombre-anuncio hubiera dicho que la BBC suspendía nuestra bonita programación regional, que cancelaban la emisión de mi programa femenino favorito y que, en lugar de todo eso, pusieran el *Home Service,* pero extendido durante todo el día.

Fueron a Londres. A la casa del canal. La explicación del primer ministro Chamberlain se emitió poco después de las once desde Downing Street y se repitió cada hora. Amarna se sentó frente al receptor para escuchar bien, quizá porque no estaba del todo segura de si era capaz de creer lo que estaba oyendo.

Chamberlain habló con esa voz honesta que a Rehan tanto le gustaba. La mañana del 1 de septiembre, las tropas de Hitler habían tomado Polonia sin declaración de guerra previa. Un día después, Gran Bretaña y Francia habían presentado un ultimátum al *Reich* alemán para que retirara de inmediato sus tropas. El ultimátum expiraba ese mismo día a las once.

—Debo ahora anunciaros que no se ha recibido ninguna garantía al respecto —dijo Chamberlain con voz sepulcral—. En consecuencia, este país está en guerra con Alemania.

CUARTA PARTE

PARÍS, LONDRES, DOĞUBEYAZIT, BERLÍN

****

«De la propia muerte uno solo ha de morir
Pero con la muerte de otros debe vivirse».
MASCHA KALÉKO

25
EVA.
PRIMAVERA DE 1940

A los parisinos la guerra les parecía divertida. *Drôle de guerre*, la llamaban: la guerra de broma. Dónde veían ellos la broma era algo que a Eva se le escapaba. Ella había perdido el humor, de la misma manera que había perdido el descaro, el impulso de pintar y las ganas de abrazar a un hombre. Quizá lo único cómico fuera que no se notaba que estuvieran en guerra: la gente seguía yendo al trabajo y regresando a casa, seguía saliendo al teatro y al cine, poblando las mesas de las terrazas, bebiendo vino y preparando pícnics a la orilla del río. Había días en los que Eva llegaba a desear que de verdad se sintiera la guerra para que los parisinos perdieran su sempiterno buen humor. Para que la misma gente que todavía podía bailar a su alrededor comprendiera lo que ella albergaba en su interior.

La destrucción y el vacío. Por su mente campaba una imagen a pesar de que ella ya no era capaz de pintarla: paredes, destrozadas por las bombas, que en otro tiempo pertenecieron a viviendas; calles cubiertas de gravilla por las que ya no caminaba nadie; huesos blancos; ni una sola criatura que se pudiera distinguir. Era la única imagen que tenía en la cabeza y, si hubiera querido pintarla, no habría necesitado colores. Deseaba poder abrirles sus preciosos cráneos coronados de hojas de parra a todos aquellos parisinos que jugaban con su propia suerte, y grabarles en el cerebro: «Esa guerra que a vosotros os parece tan divertida, para mí no tiene final. Mi vida ya no tiene colores y lo único que todavía le puede aportar algún tono, alguna sombra de rojo o azul, está al otro lado del mar. Mis propios amigos se la quitaron de encima y la guerra que tan divertida os parece me impide recuperarla».

Había visto al turco que tenía a su hija en sus garras. No de cerca, porque no había conseguido entrar en la galería, sino desde un puente. Había bajado la mirada hacia la acogedora zona verde en la que la gente joven solía hacerse arrumacos entre chuscos de pan y botellas de vino. El turco, que ella se había imaginado como un volcán de furiosa fuerza creativa, en realidad era un niño bonito de la aristocracia artística, manso como un cordero, a cuyo alrededor caían desmayadas las jovencitas. Un Martin Serner en moreno. No era hermoso y dorado, sino exótico y oscuro. Su mujer era una pelirroja diosa del amor que se extendía la falda para dejar que él reposara la cabeza en su regazo y acariciarle la coronilla.

Eva había sentido deseos de escupirles. O de tomar una piedra y sacar a aquellos dioses amantes de su idilio ideal por las malas. ¿Qué derecho tenían ellos de acoger a su hija? ¿Serían mejores padres para Chaja solo porque no los habían incluido en ninguna lista de parásitos del Estado para eliminar? ¿Porque vivían en la distinguida Inglaterra, en la que el fascismo se había considerado indeseable y se había eliminado de raíz? ¿Porque nadie se había atrevido nunca a causar daño a sus delicados miembros? Probablemente habrían recibido innumerables palmaditas

en la espalda por haber tenido la misericordia de acoger a una huérfana en su casa. Pero Chaja no era ninguna huérfana y ellos no eran sus padres. Chaja era la pequeña reina de la Bleibtreustraβe, había concedido audiencias y nunca había necesitado la caridad de nadie.

¿Tenía esa pareja de cuento de hadas derecho a Chaja porque su interior no estaba destrozado por la guerra? «Le ofreceremos un hogar al pobre bichito», habrían dicho, sonriendo a la cámara, pero sin asomo sardónico. Sin embargo, Chaja ya tenía un hogar. Su hogar estaba allí, con Eva, en su devastado corazón. «De los que están ahí abajo quedará todo lo que ellos quieran, pero de mí solo quedas tú».

El turco, que caminaba con un bailarín de *swing*, que podía preguntar lo que costaba el mundo entero, veía a la escena artística besándole los pies. Sin embargo, a Eva le habían escupido. Medio París hacía cola para echarle un vistazo a una de las obras de aquel hombre y cuchicheaba sobre ese estúpido *Zócalo vacío* suyo como si se tratara de la libido del papa. Las obras de Eva, por el contrario, las habían quemado y aplastado. Su reina de las hadas le daba besitos en el cuello como si quisiera desnudarlo en medio de todos sus admiradores. A Eva también la habían besado en el cuello y la habían desnudado en la hierba. Incluso había tenido un semidiós que había perdido el control ante su belleza, pero ahora todo eso había pasado. El turco se lo había quedado todo. Ella no tenía nada, solo un mono de madera en el bolso.

Si él creía que eso le daba el derecho de apropiarse de su hija, ella no pensaba reconocerle tal privilegio. Ya podría preñar a las cien damas de su harén particular que su hija era suya y no pensaba renunciar a ella.

En sus peores noches se imaginaba cómo tomaría a Chaja y huiría con ella. No sabía a dónde. En cuanto tuviera a Chaja, todo lo demás le daría igual. Nadie más la esperaba, pero ellas se esperarían la una a la otra. Si se lo imaginaba con la suficiente fuerza, creía llegar a percibir en su enmohecida ropa de cama el aroma a leche con miel y a jabón. Quería ahorrar el dinero que Hagen le había enviado para el viaje a Inglaterra, pero de algo tenía que vivir. Tenía que pagar la habitación y el vino que necesitaba para poder conciliar el sueño. Así pues, buscó trabajo.

Como no tenía a nadie más a quien pedirle ayuda, fue Lucien quien la ayudó. O, más exactamente, su primo Michel, que conocía a todo el mundo. Uno de sus amigos, un tipo oscuro con cicatrices en la cara al que Eva había visto un par de veces por el Auberge, era tornero en la fábrica de coches de la Citroën y allí buscaban trabajadoras para la cantina de la empresa. No comprobaron con demasiado esmero los documentos de Sandrine Clermont y, para pelar patatas, tampoco era necesario hablar francés. Casi ninguna de las mujeres que compartían turno con ella lo hablaba e incluso el amigo de Michel, el tornador, lo hacía con fuerte acento.

Era un trabajo de mierda. Humillante. Pero ¿cuánto más podía caer Eva hasta tocar fondo? Lo peor era que el sueldo era ridículo. No le quedó más remedio que echar mano del dinero de Hagen y el viaje a Inglaterra seguía postergándose hasta el infinito. Podría vender su cuerpo, pero ¿quién iba a querer pagar ni un céntimo por semejante desecho de mujer? Además, probablemente habría matado a cualquier hombre que hubiera intentado tocarla.

Escribió a Wilma. Después, a Paul. Los dos le habían robado a Chaja y ahora debían ayudarla a recuperarla. Pero ni Wilma ni Paul respondieron ni una sola vez. En lugar de eso, había sido el turco el que había ido a París. Lucien le había dicho a Eva que se ocuparía de conseguirle una entrada para la *vernissage* en la galería, pero, entonces, se había enredado con una de sus chicas y se había olvidado. Podía haber abordado al turco junto al río, pero, mientras

se encontraba sobre el puente y contemplaba aquella estampa de despreocupación veraniega, comprendió que se cortaría las venas si se encontraba con que se habían traído a Chaja con ellos a París.

Difícilmente aceptaría el turco devolverle a Chaja como un paquete al remitente. En lugar de eso, trataría de susurrarle al oído, como un honorable pastor de almas, que la niña estaría mejor con él y su pelirroja, que Eva debía pensar en lo que era mejor para la pequeña y que él era la mejor opción. Y ¿a quién podría acudir ella? No podía pedir auxilio a ninguna autoridad y asegurar que un invitado de honor extranjero le había robado a su hija. Era Sandrine Clermont y no tenía hijos. Ir a Inglaterra y recuperar allí a Chaja era el único camino. Eso era lo más duro: dejar marchar a aquel hombre como si nada. Tres días después empezó la *drôle de guerre*, la guerra de broma. El camino estaba cerrado.

Volvió a acudir a Lucien porque seguía sin tener a nadie más a quien acudir. Solo a un muchacho de veinte años que les robaba dinero a los refugiados y más o menos se vendía.

—Tienes que ayudarme —le suplicó—. Tengo que ir a Inglaterra.

Lucien tosió y habló como alguien que ya no tuviera veinte años.

—Eso tenemos que hacer todos. Pero llegar allí ahora mismo es tan sencillo como llegar al reino de los cielos.

Como ella siguió presionándolo, él la agarró con fuerza del brazo.

—Deja de asfixiarme y recupera de una vez el sentido común. No llegaste aquí ayer, ya deberías haber conseguido contactos. Pero no has hecho nada, ni siquiera has aprendido a hablar francés en condiciones. En lugar de eso te has dedicado a ponerte en nuestras manos y ahora estás aquí, atrapada, porque nosotros ya no podemos hacer nada más por ti. Estaríamos más que satisfechos de poder ayudarnos a nosotros mismos y no acabar en algún campo por ahí, como tú.

—¿Campo? ¿Qué campo?

—Le Vernet —escupió él—. En los jodidos Pirineos, en el jodido fin del mundo.

—Y ¿quién acaba allí?

—Tú vives en tu nube, ¿verdad? Estamos en guerra, ¿te has olvidado? En guerra con tu jodido Hitler. Llevamos años ayudando a la gente a la que masacraban allí a venir con la esperanza de poder construir con ellos algo aquí, una resistencia que detenga a ese monstruo, pero hay demasiados como tú que prefieren sentarse y dejar que les crezca el culo. Y así estamos todos ahora. Con el culo gordo y al aire.

Eva tardó semanas en darse cuenta de lo delicado de la situación en la que se encontraba: a los refugiados alemanes se los consideraría en adelante extranjeros y se los encerraría en campos de internación apartados, en el sur. A los hombres como Lucien y Michel, que pertenecían al partido comunista, se los arrestaría o, incluso, deportaría.

—Se nos considera tan enemigos como a los fascistas —escupió Lucien—. Al final nos arrojarán a la misma celda que a vosotros. Pero prefiero morirme de hambre antes que acabar en la trena. Durante un momento piensas que has tenido un poquito de suerte y, un minuto después, se va todo a la mierda.

Ese poquito de suerte era una muchachita de Londres.

—No es bonita. Tiene las piernas gordas y la cara como una *crêpe*. Pero para preocuparse por esas cosas hay que podérselo permitir. Esa gente tiene dinero. Si hubiera podido ir con ella, seguro que me habría ayudado a asentarme. Y luego yo podría haberte ayudado a ti. Pero se ha

ido todo al traste.

Él tenía que desaparecer. El hombre del acento fuerte que trabajaba de tornero en la Citroën se los llevó a él y a Michel al norte, a Ruan, desde donde pudieron marcharse sin dejar rastro. Cerraron el Auberge y cubrieron las ventanas con tablones. Eva sintió como si hubieran sido las de su celda. Lucien no significaba nada para ella, apenas conocía a Michel y lo cierto era que el tornero le resultaba muy desagradable, pero al menos había tenido un lugar en el que había podido charlar un poco cuando quería llenar con algo los silencios de su mente. Ya no le quedaba nadie a quien poder pedirle ayuda.

La mitad de las mujeres de la cantina desapareció. Al hombre de los pájaros se lo llevaron arrestado y lo arrastraron escaleras abajo, entre gritos.

—*Étrangers indésirables* —siseó la hija de Graindorge—. Extranjeros indeseables. ¿Qué tendrán que hacer aquí?

Aquel hombre era un judío de Turín, algo de lo que Eva no se había enterado hasta que no había desaparecido de su vida. «Para nuestro país somos enemigos a los que se debe dar caza —pensó—. Y en el extranjero somos enemigos porque procedemos de esos otros países. Y ¿adónde deberíamos ir? ¿A la luna? ¿Al mar? ¿Se ha parado alguien a pensar en lo que va a ser de nosotros?». Lo que ocurrió con los pájaros del italiano fue un misterio. Durante días Eva decidió no probar el *blanquette* porque temía que la hija de Graindorge lo hubiera preparado a base de ave.

Ella seguía teniendo suerte, por el momento. Tenía pasaporte francés, pero debía comportarse con discreción para no perder el control de la situación. Además, el pasaporte no duraría eternamente. Ignoraba qué podría hacer cuando se le caducara.

Lo que sí sabía era que no iría a ningún campo, que no volvería a dejarse atrapar. Si hubiera tenido a Chaja con ella habría huido a algún lugar en el que no hubiera gente, en el que no hubiera campos ni celdas. Pero no tenía a Chaja a su lado. Debía aguantar y cambiar de planteamiento para no delatarse. Lucien tenía razón: ¿por qué no había aprendido francés en todos esos meses que llevaba viviendo allí?

¿En todos esos meses que llevaba viviendo allí? ¿Viviendo?

A lo que estaba haciendo allí no se le podía considerar vivir. Solo sobrevivir. Esperar a Chaja. Por un lado, el tiempo no parecía transcurrir, solo permanecer eternamente en el mismo sitio. Por otro lado, era increíble cómo habían pasado los meses. Tras el otoño, llegó el invierno. Eva se obligaba a comprar el *Le Temps* a diario para mejorar su francés y descubrir lo que estaba ocurriendo en su mundo vacío. Hitler había tomado Polonia y Stalin había sacado tajada. El hecho de que Gran Bretaña y Francia hubieran declarado su posición en esa guerra parecía haber caído en el olvido. Se produjo una escaramuza en el Sarre que, tras unos días, quedó resuelta. Los jóvenes a los que se había enviado hasta allí no tardaron en regresar a París.

Cuando los castaños volvieron a florecer y Eva se dio cuenta del tiempo que había transcurrido desde la última vez que había visto a Chaja, tuvo que regresar al puente y aferrarse a la barandilla. Chaja tenía cinco años por aquel entonces y ahora ya tenía casi siete. Eva ni siquiera tenía una imagen suya, ni Chaja una de Eva. ¿Seguiría recordando qué aspecto tenía su madre cuando se metiera en la cama? ¿Aún resonaría en sus oídos su voz, la primera que la había llamado por su nombre allí, donde siempre tendría su hogar? A Eva le dolía el cuerpo entero como si lo tuviera en carne viva. De pronto, recordó la escultura del póster, a la que parecía que

le habían arrancado algo del protuberante vientre.

—Señora —le dijo alguien, una francesa, tomándola del brazo, aunque tenía edad para ser su madre—. ¿Está usted embarazada? ¿Qué le ocurre? ¿Necesita un médico?

«No, no estoy embarazada. Solo lo he estado una vez, de un solo hombre, y él me prometió que su amor lo soportaría todo. Los nazis me robaron mis pinturas y me rompieron a mí, pero a mi hija se la llevaron mi amante y mi amiga para vendérsela a un turco. Y él hizo una escultura de todo aquello: una persona con el rostro destrozado, con el cuerpo reventado, con la mano de robar niños cortada».

—¿Qué dice? —preguntó la mujer—. ¿Es que no es de aquí? Espere, voy a ver si encuentro a alguien por la calle que pueda llamar a un médico.

Eva negó con la cabeza, sin atreverse a hablar y a delatarse.

—¿Es que no entiende el francés? —preguntó la mujer, compasiva—. ¿Es usted noruega?

La sorpresa mitigó el dolor.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Bah, es por culpa de los alemanes —dijo la mujer—. Después de los polacos, seguro que los siguientes son los noruegos.

—Sí —murmuró—. Seguro.

—Pronto media Europa se arremolinará aquí. Los alemanes no saben cuándo parar, pero con nosotros no van a tenerlo tan fácil. Mi marido siempre lo dice: en la línea Maginot darán con la horma de su zapato.

Eva asintió.

—*Bien sûr*.

—¿Se encuentra mejor? ¿Ya no está el niño en camino?

—No —dijo Eva—. No está en camino.

—Mucha suerte, entonces.

Ojalá fuera tan sencillo. Tiempo atrás probablemente Wilma y ella se habrían pasado la tarde burlándose del sombrero de aquella mujer, pero hoy agradecía aquellas palabras amables. Su niña no estaba en camino. Estaría celebrando el día en que Eva la había dado a luz, pero no estaría a su lado.

El recuerdo, que se difuminaba rápidamente, la asaltó como un rayo repentino: por su cuarto cumpleaños, había llevado a Chaja a su tienda de suministros artísticos y le había permitido escoger lo que quiso. «¡Un caballete! ¡Quiero mi propio caballete!». Después, habían ido con Wilma al Café Kranzler, con el caballete en el que después Chaja colocaría su querido cuadro del *Payaso triste* y, según sus propios deseos, había comido «tarta hasta reventar». Wilma no había reventado hasta comer tanta tarta como Eva y Chaja juntas.

Más tarde, Martin y Hagen se les habían unido y lo habían celebrado con champán en el Babeurre. «Por mi princesita, la niña más bonita que haya nacido jamás».

En los ojos de Martin habían relucido las lágrimas. Lo había amado por eso, por ser la imagen de un hombre que podía permitirse llorar como una magdalena.

—Gracias por el regalo más maravilloso que me han hecho en la vida. No era nada antes de que vosotras llegarais y no sé cómo habría podido vivir.

Entonces, había besado a Eva.

«¿Vuelves a no ser nada, Martin? ¿Por qué no conservaste el regalo más maravilloso que te

habían hecho en la vida? Si Chaja estuviera al menos con su padre sería capaz de soportar no tenerla conmigo, pensar en ella e imaginar que le hablas de mí, que le recuerdas mi nombre y le enseñas mi rostro en las fotos. Estaría aguardándome y no olvidaría quién es su madre.

»Yo no estaría perdida, desvanecida como si nunca hubiera existido. Yo aún seguiría allí, en la vida de mi hija».

La Wehrmacht ocupó Noruega y Dinamarca, y, en Londres, el Gobierno se tambaleaba. Un antiguo ministro de la Guerra ya no había podido aguantar más impávido y había propuesto ocupar ellos mismos Noruega y hacerle frente a Hitler. Nadie lo había escuchado y, ahora, la oposición le reprochaba al primer ministro Chamberlain que hubiera permitido que se desatara un diluvio por Europa sin construir siquiera una presa. Eva contempló la granulada fotografía del periódico. Pensó que, en otro tiempo, habría querido pintarla. Aquel hombre no tenía el aspecto de un ministro de la Guerra, sino el de un abuelo, como un basset regordete que fumara puros. Solo los ojos y los labios prietos delataban el huracán que albergaba en su interior, esperando el momento de desatarse.

Tres días después, el mundo entero descubrió su nombre. Se llamaba Winston Churchill e iba a reemplazar a Chamberlain como primer ministro. Era el hombre que debía sacarles a todos las castañas del fuego. Ese mismo día, las tropas alemanas marcharon sobre los Países Bajos rumbo a Bélgica y Luxemburgo. Eva se fue a trabajar. En aquella cocina llena de humedad, cada trabajadora se ocupaba de sus asuntos y no miraban más que las mondas y el pelador, demasiado asustadas como para levantar la cabeza. Cuando Eva regresó al hotel, tuvo la impresión de que los franceses mantenían la frente tan gacha como las obreras extranjeras.

Róterdam no se rindió. Varsovia tampoco se había rendido. En los periódicos aparecieron imágenes de ambas ciudades después de que los bombarderos alemanes las obligaran a capitular. Varsovia y Róterdam se parecían a la imagen que poblaba la mente de Eva. Hubo un tiempo en que le había dicho a Martin: «Quizá necesito una guerra para seguir evolucionando. Para crear rostros como los del turco a lo mejor es necesario haber visto un dolor que no soy capaz de imaginar sin pasar por la guerra».

Ahora pensaba: «Si quisiera pintar una imagen de la guerra, no aparecería ningún rostro en ella. Nada humano». Pintaría un lienzo de gris y lo llamaría Varsovia y Róterdam.

¿Solo Varsovia y Róterdam?

Dos días después, las bombas cayeron en Sedán, tras la frontera belga. Le siguieron las divisiones de Panzer alemanas. En lugar de asomar la cabeza por la línea Maginot, atravesaron las Ardenas que, a decir de los altos mandos franceses, eran impenetrables. Tomaron la ciudad. Al día siguiente, Churchill voló a París para reunirse con el primer ministro francés Reynaud. Cuando Eva llegó a la fábrica, ella y las demás mujeres se encontraron las puertas cerradas. Ya no había más trabajo, las cocinas estaban cerradas y ya no podían pagarles los salarios pendientes. Ninguna se atrevió a protestar. Agacharon la cabeza y siguieron su camino.

¿Qué ocurriría si la cocina no volvía a admitirla? ¿Dónde encontraría trabajo? ¿Dónde viviría? En la *épicerie* en la que, para ahorrar, ya no compraba comida, sino solo vino, los clientes se quedaban de cháchara porque nadie soportaba la soledad.

—Y ahora viene aquí el británico este —los adoctrinaba un autoproclamado orador—. A menudas horas. Cuando tenemos ya al diablo a las puertas.

—¡Ja! Para mandar a los *boches* a casa, nos bastamos y nos sobramos solos —protestó el hombrecillo engominado que llevaba la tienda—. No nos hace falta ningún británico, sino otro hombre en el Gobierno. Reynaud es un perro viejo que no entiende nada de la guerra. Si le diéramos el mando a Pétain, ese les enseñaría a los *boches* lo que es el miedo, como ya hizo en el pasado.

Una mujer, que estaba ya en la puerta con dos bolsas en la mano, se dio la vuelta.

—Pero, aquella vez, los *boches* no llegaron hasta Sedán —dijo ella—. A estas alturas tienen que estar ya en el canal y el mariscal Pétain ya no es ningún gallardo héroe de guerra, sino un viejo ochentón. ¿Qué clase de milagro iban a lograr hacer él, o el flojo del general Weygand, ese al que han nombrado de repente comandante en jefe en Siria?

—¿Desde cuándo entienden las mujeres de asuntos militares? —bramó el tendero—. ¿Es que no tiene suficiente que hacer con sus compras y sus hijos?

—*Voilà* —dijo la mujer, alzando las bolsas llenas—. Ya tengo la compra hecha. Y mañana me iré con los niños a nuestra casa de verano. Cuando los *boches* lleguen aquí, con sus uniformes de mierda, no pienso estar aquí para darles la bienvenida.

—¿Aquí? —El orador se volvió hacia ella mientras el tendero se limpiaba las gafas—. *Ma belle dame*, esto es París, la capital de Francia. Si los *boches* quieren venir aquí a recibir una buena sarta de palos, no tienen más que presentarse. Pero los palos los van a recibir ya en el norte, como la primera vez que lo intentaron, y como volverá a ocurrir ahora. Para cuando llegue la hora de retirarse a la casita de verano, la guerra habrá terminado ya.

Quizá la guerra hubiera terminado, pero ¿con qué resultado? Las conversaciones en la calle se volvieron más silenciosas, los cines cerraron, ya no había nadie celebrando pícnics junto al río, bajo el resplandeciente sol primaveral. El 4 de junio, la Wehrmacht tomó Dunkerque. Más de 300.000 soldados, tanto británicos como alemanes, huyeron en barco a Inglaterra a través del canal de la Mancha.

Eva siguió yendo cada mañana a la fábrica de la Citroën. No tanto porque esperara que las puertas volvieran a abrirse, sino porque no tenía nada mejor que hacer y no podía permanecer todo el día en su apestosa habitación. Cuando regresó al hotel dos días después de la toma de Dunkerque, se encontró con la misma maleta y la misma bolsa con la que había llegado allí hacía año y medio en la escalera, frente a la puerta. Habían dejado allí sus cosas sin ningún miramiento.

—¿Qué quiere decir esto? —gritó en alemán, mientras aporreaba la puerta. Sin embargo, logró dominarse y utilizó el llamador—. ¡*Monsieur* Graindorge! ¡Abra! ¡No puede echarme! Tengo pagado hasta principios del mes que viene…

Gritó y suplicó. El dinero se le agotaba y no tenía trabajo. ¿Qué sería de ella si también perdía su habitación? Lo único en lo que podía pensar era en Chaja. «Si no tengo habitación, no podré lavarme. Si no me lavo, no encontraré trabajo. Si no tengo trabajo, no lograré llegar hasta Chaja.

»Tengo que llegar hasta Chaja».

Y siguió aporreando la puerta.

En algún momento dado, Graindorge cedió, probablemente para evitar que alguno de los otros inquilinos llamara a la policía. Abrió la puerta y se plantó ante ella con su hija al lado. El delgado brazo que rodeaba las caderas de la hija dejaba claro que aquella mujer de gesto hosco,

que se le parecía como una caricatura, no era su hija después de todo.

—Lárgate de aquí —dijo Graindorge, quien, durante todo el año y medio anterior, la había tratado de usted—. ¿Crees que no sé que eres una *boche?* ¿Crees que te quiero aquí? No me gustaría enfadar a nadie. Lo más normal sería entregarte a la oficina de extranjería y, como no te largues ahora mismo, me lo plantearé.

—Pero no tengo adónde ir —exclamó Eva.

De pronto sintió que una oleada de desprecio hacia sí misma la cubría como un cubo de agua fría que le hubieran tirado por encima. Era una mujer que había bailado al son que le marcaba la Gestapo y había suplicado al verdugo. Y ahora bailaba al son que le marcaban los dueños de aquella pensión de mala muerte. No tenía valor, no tenía dignidad, no era una persona a la que se pudiera compadecer, sino un insecto al que se aparta de un manotazo. Si Chaja la viera así, ¿no saldría huyendo de pura vergüenza para volver a los brazos de ese turco que se tumbaba sobre la hierba a beber vino sin siquiera mancharse su impoluta camisa blanca?

—Yves ya te ha dicho que desaparezcas —vociferó la mujer—. Yves, cierra ahora mismo la puerta.

—¿Y qué pasa con mi dinero? —exclamó Eva—. Tengo pagado hasta principios de mes. ¡Déjenme quedarme al menos hasta principios de mes!

—Tu maldito dinero no compensa nuestras pérdidas —replicó la mujer—. Ahora Yves tiene que comprar ropa de cama nueva. Ninguna persona decente va a querer dormir en las sábanas en las que ha dormido una *boche*.

—No soy una *boche* —gritó Eva—. ¡Soy judía!

Eso era algo en lo que nunca había pensado. Nunca había tenido ningún significado de particular para ella, pero, ahora, lo tenía: «Vivo perseguida e impotente. Soy una víctima y no puedo hacer nada por evitarlo». Pensó en la estrella de David del cuello de Chaja y, por primera vez, se preguntó: «¿Qué habrá sido de mi hermana y de mis padres en Niedernhausen?».

—¿Crees que no sabemos lo que eres? —preguntó Graindorge—. Lárgate de una vez.

—Déjalo, muchacha —le dijo alguien con un fuerte acento—. Ven, date prisa. No atraigas la atención.

Eva se volvió y se dirigió hacia el desagradable rostro del hombre que se encontraba a su espalda. Era el tornero, el amigo de Michel que le había conseguido el trabajo en la Citroën. No le gustaba ver aquella cara. En otro tiempo, sin duda habría querido pintarla, pero, puesto que ahora ya no podía pintar, rostros como aquel le daban miedo. Era demasiado oscuro, casi siniestro; el cabello le caía pesadamente sobre la frente y una cicatriz le cubría las mejillas y el arco de la nariz. Los ojos se le hundían en unas cuencas profundas y eran demasiado negros como para poder leer emociones en ellos. Eran unos ojos más animales que humanos. Se había afeitado mal y llevaba una corbata de puntos sobre una camisa a rayas. Por un instante creyó oír en su cabeza a Wilma hacer un chiste sobre eso.

—¿Es su novia, señor? —preguntó Yves Graindorge—. Entonces haría usted bien en llevársela de aquí. Mejor váyanse los dos: tampoco me hace falta tener ante mi puerta a gentuza argelina —dijo y, agitando la mano, como si espantara una paloma, hizo—: Chis.

El hombre tomó el equipaje de Eva y la llevó hacia la calle lateral.

—Hasta hoy nunca le había parecido mal que yo viviera aquí —declaró ella, como si le debiera una explicación al extraño—. Ni siquiera sabía que yo era alemana.

—Probablemente sí que lo sabía —dijo el hombre—. Pero le daba igual mientras le pagaras.

—¡Y le seguía pagando!

—Pero ahora tu dinero apesta —dijo, y su voz era ronca y extraña, tan incómoda como su rostro—. Los alemanes se dirigen a París. Mientras esa sea la situación, la gente como tú debe marcharse de aquí.

—¿Marcharme? —preguntó Eva—. Pero ¿adónde voy a ir?

—La mayoría no lo sabe —dijo el hombre—. Las calles están llenas de gente que huye, unos ocho millones, si no más. Cuando los Panzer alemanes lleguen aquí, les pasarán por encima.

—Entonces, ¿van a luchar en París?

Pensó en Notre-Dame, en la orgullosa despreocupación de la ciudad, que parecía indestructible, animosa y bella, igual que lo había sido ella en otro tiempo.

—No —dijo aquel hombre que probablemente no se había reído nunca en su vida—. París capitulará sin resistencia para no acabar como Varsovia y Róterdam.

—¿Quieres decir que los alemanes marcharán aquí? ¿Y que nadie se lo impedirá?

—Nadie —dijo el hombre—. Y, para entonces, o te has marchado ya de aquí o te pillarán y te enviarán a Alemania. Tú eliges. Si no quieres venir, puedo darle a algún otro tu plaza en el coche.

—¿En qué coche?

No regresaría a Alemania. Antes preferiría morir que, simplemente, entregarse. Pero si ella moría, Chaja olvidaría quién era su madre. Pensaría que la diosa del amor pelirroja del turco era la mujer que la había parido, y ya no quedaría nada de Eva Löbel.

—Voy a llevar a un par de personas al sur en un coche —dijo el hombre—. Gente como tú, que tiene que salir de aquí a toda prisa. No te puedo asegurar lo lejos que vayamos a llegar: todo el mundo quiere salir de aquí, las carreteras están saturadas. Pero lo intentaremos.

Habían seguido caminando por las calles desiertas sin que Eva hubiera prestado atención al camino. Una de aquellas placitas en las que los ancianos bebían Pernod y los niños daban patadas a la pelota aparecía ahora muda y vacía. Una pequeña furgoneta, aparentemente de una floristería, estaba aparcada junto al bordillo y tapada con lonas. Al acercarse, Eva se dio cuenta de que, bajo la lona, había animales agazapados que se deslizaban de una esquina a otra. Cuando llegó hasta allí vio que, en realidad, eran seres humanos.

—Somos seis —dijo el hombre—. No hay mucho sitio.

—¿Por qué me ayuda? —preguntó Eva—. No me conoce.

El hombre se encogió de hombros.

—Me da igual conocer a alguien. Yo ayudo al que está en peligro. Michel me dio una lista. Ahora, suba o márchese.

Eva se dirigió hacia la furgoneta.

—¿Por qué hace esto? —preguntó—. Usted es argelino. ¿Por qué no regresa a su país?

—Porque no tengo país —dijo él y, alzando la lona, ayudó a Eva a subir.

26
WALLY.
LONDRES. JUNIO DE 1940

«Aquí el Home Service de la BBC. A continuación, un discurso en francés que será de gran relevancia para nuestros oyentes franceses. Les habla el general Charles de Gaulle, secretario de estado de Francia y, actualmente, responsable de la cooperación francobritánica».

El orador repitió el anuncio en francés y, seguidamente, el general comenzó a hablar. Las primeras palabras se desvanecieron cuando el bebé se echó a llorar.

—*For heaven's sake* —se encolerizó Dexter Taylor—. Ahora no. ¿No puedes hacerlo callar?

—Pero si ni siquiera sabes hablar francés. Edu y yo nos íbamos a enterar más que tú.

—¡Maldita sea! —exclamó Wally.

Doris Taylor se levantó; resuelta, tomó al niño en brazos y salió de la habitación con fuertes pisadas.

—Créanme que les hablo con conocimiento de causa —dijo la hermosa voz del general De Gaulle, que a Wally le recordaba al cañón de un fusil recién pulido— si les digo que nada está perdido para Francia. Los mismos medios que nos han vencido podrían darnos un día la victoria. ¡Francia no está sola! ¡No está sola! ¡No está sola!

«Eso es tener temple —pensó Wally—. El país de este hombre ha abierto las puertas de su capital al alud nazi y ha pedido un armisticio». Habían nombrado a un anciano de ochenta y cuatro años, que o bien estaba senil o era un fascista encubierto, como jefe de Estado y habían confiado en sus manos el destino de una nación maltratada. El mariscal Pétain era un renombrado veterano de guerra, un héroe de Verdún que, a algunos franceses, les pareció que sería el salvador que acudiera en su auxilio en tiempo de necesidad porque pensaban con las tripas en lugar de con el cerebro. Pero ¿acaso no tenían aquellos que aún pensaban con el cerebro el condenado deber de protegerse de los que pensaban con las vísceras?

El primer ministro Reynaud había animado a continuar la lucha, había recordado que algunas unidades francesas habían sido evacuadas a Inglaterra, que los franceses y los ingleses formaban una alianza inesperada, pero que podía resistir con fuerza. Naturalmente, semejante muestra de optimismo resultaba ridícula. A los franceses no les quedaban reservas y habían perdido demasiado tiempo durante los preparativos de la guerra. La Air Force se esforzaba hasta la extenuación por recuperar el terreno perdido en cuanto a maquinaria, pero la moderna fuerza aérea que Hitler y su comandante en jefe Göring habían estado construyendo durante años los superaba con creces, como mínimo, en cuanto a superioridad numérica. Wally no quería ir a la guerra. La sola idea de la violencia, las armas, la vida en los barracones ya le había resultado insoportable en su juventud. Sin embargo ¿qué otra opción tenía?

La guerra significaba destrucción. El fascismo significaba guerra sin fin.

No había alternativa a las exigencias de Reynaud. Aquellos que lo habían echado de su puesto habían colocado sobre su silla al innombrable de Pétain y habían secundado la petición de este de rendir las armas, solo habían pensado con las tripas.

—Esta guerra no se limita al infeliz territorio de nuestro país —decía el general De Gaulle, que, el día anterior, había huido en avión desde Burdeos hasta Londres—. Esta guerra es una guerra mundial. El destino del mundo está en juego.

—¡Eso es un tipo como Dios manda! —dijo Dexter Taylor—. Con ese sí que se puede hacer algo. ¿O no?

—¿Solo porque sea un bocazas? No puede hacer gala de nada, salvo de ser un desertor. Hitler les ha pasado por encima a él y a los cagados de los franchutes como los payasos que son.

Wally se levantó de un salto. Aunque Seb tenía dieciocho años, era alto como un pino y guardaba en el bolso una convocatoria de instrucción recién expedida; eso no evitó que su tío sintiera deseos de hacerlo callar de un bofetón. Pero no llegó a hacerlo. El bofetón sonó y, sin embargo, no fue Wally quien se lo propinó.

Seb se tocó la mejilla. Jordan Taylor se había plantado frente a él, con el vientre abultado como si se hubiera dejado al niño olvidado allí dentro y las manos posadas sobre las caderas.

—No son «franchutes» —dijo ella—. Y en lo que se refiere a cobardía, más vale que cierres esa bocaza, papanatas.

—Yo, el general De Gaulle, invito a los oficiales y a los soldados franceses que se encuentren en territorio británico, invito a los ingenieros y a los obreros industriales especializados a ponerse en contacto conmigo —dijo Charles de Gaulle.

Seb se levantó y alzó la mano, pero antes de que Wally pudiera intervenir, Dexter Taylor ya le había sujetado el brazo.

—No le vas a poner una mano encima a mi hija, ¿lo entiendes? Esta es la casa de mi amigo, y mientras mi amigo no esté aquí, ejerceré de señor de la casa. Y como él no permitiría ninguna ofensa contra nuestros aliados franceses ni ninguna amenaza contra una mujer, yo tampoco lo permitiré.

Seb escupió con todas sus ganas en el suelo, sobre el hermoso parqué rojizo.

—Ese armenio. Se esfuerza, pero le falla la sangre. Esa gente, que no sabe ser otra cosa más que víctimas, no sirve para líderes. Solo para subordinados.

Fue Taylor ahora quien cogió impulso. Wally saltó hacia delante y lo apartó a un lado.

—Siento haber traído a esta casa a este animal —exclamó y quiso golpearlo él mismo, pero alguien se lo impidió.

Marnie. Seb también tenía el puño ya cerrado, pero Marnie se colocó entre ambos. Durante un par de segundos no hubo más que silencio.

—Pase lo que pase, la llama de la resistencia francesa no debe apagarse y no se apagará. Que viva la Francia libre, vivan su honor y su independencia. Mañana les hablaré, igual que hoy, y agradezco al primer ministro británico la oportunidad que me ha brindado.

—*Merci et bonne chance, Monsieur le Général* —dijo Marnie—. En lo que a Seb concierne, es un invitado de Arman, por lo que pido a todos los presentes que se le respete. Si lo hubiera invitado yo, lo habría echado a la calle.

Wally la miró y la encontró adorable, una palabra ridículamente pasada de moda y, sin embargo, la única que le pareció apropiada. Llevaba una falda azul hasta el suelo, una de las

camisas de Arman y el pelo revuelto como un matorral de zarzamoras. Había estado sentada en el bonito sillón orejero, con una niña en cada brazo; en el regazo, un libro, y a sus pies, el scotch terrier. Wally podría haber hecho una postal con aquella imagen y habérsela enviado a los soldados del frente y decirles: «por esto es por lo que lucháis. No os dejéis engañar con que se trata de otra cosa. Aquellos que, con sabañones y miedo a morir, siguen cantando *There'll Always Be an England* no deberían tener ninguna otra imagen en mente más que esa».

Doris Taylor regresó con el bebé, que ahora dormía profundamente.

—¿Ya se ha acabado? ¿Ha hablado bien?

—Podría decirse que acaba de fundar la Francia libre, Dee —le explicó Dexter—. Una especie de batallón de guerra francés dentro de nuestro propio territorio.

—Pues muy bien. Así pronto recuperarán mi París. Nuestro Churchill ya nos vendió castillos en el aire con eso de la sangre, el sudor y las lágrimas, pero lo de los franceses esos… A quien no le conmueva es porque no tiene corazón.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó su hija y señaló con la cabeza el blando rostro del lactante—. Conmigo no hace otra cosa que llorar todo el día.

—Es el truco más viejo del mundo, *dearie*. El dedo va al azúcar/luego a la boca del bebé/y ya no hay más llantos hasta la hora del té.

—No te excedas con el azúcar, Dee —le advirtió su marido—. Ya sabes que sin tu té funcionas tan mal como un coche viejo sin gasolina.

—¿Crees que Black Beauty toleraría una comparación tan encantadora como la que acabas de hacerme? —dijo Doris y se volvió hacia Marnie—. Ay, Dios mío, *sugar pie* ¡no llores! Ya sé que nadie que tenga al patán de su marido sano y salvo al lado puede quejarse y me merezco quedarme sin el racionamiento del mes por meter otra vez así la pata.

El racionamiento de gasolina y alimentos se había instaurado nada más iniciarse la guerra. Una de las desventajas de que una nación se ubique en una isla consiste en el hecho de que la mayoría de los bienes deben importarse por mar y la ofensiva de los submarinos alemanes amenazaba con cortar los suministros. Una de las ventajas de esa nación ubicada en una isla consistía en el hecho de que, entre sus habitantes, se encontraba gente como Doris Taylor, que se enfrentaban a su destino con impasibilidad, escuchaban *The Kitchen Front* en la radio y servían corazón de cordero cortado en tiras para desayunar como si fuera beicon. La vivienda adosada del Regent's Canal no ofrecía la impresión de estar sufriendo carencias solo porque tuvieran poco queso o mermelada de naranja.

—No pasa nada, Dee. —Amarna, que había vuelto a sentarse entre las dos niñas, sonreía con valor—. Para Arman, la comparación con un coche podría considerarse incluso como un cumplido. Si le diera por suspirar por el alerón trasero de un Rolls-Royce, mi trasero no tendría nada que hacer.

Inclinó la cabeza sobre el libro y se esforzó por leer, pero, poco después, se rindió y se levantó.

—¿Puedo hablar un momento contigo, Wally? ¿A solas?

—Eso ni se pregunta.

—Ven —dijo ella y lo llevó en dirección al taller.

Lo mantenía cerrado, como un santuario, pero en la zona del fondo había una zona separada, accesible por una puerta distinta, en la que Arman tenía su escritorio. Era un deleite para la vista.

Un Gillows of Lancaster de mahogany y nogal, una pieza única tallada a mano. Montones de papeles colocados de manera ordenada, un carrito de té y un revistero, todos en el mismo diseño de color claro que realzaba la belleza de la madera. Junto a un caballete, había largas cortinas oscuras que opacaban la luz de la ventana panorámica según instrucciones precisas. Amarna se sentó en la mesa y le ofreció la butaca a Wally.

—¿Por qué no vamos a tu despacho? —preguntó Wally.

—Porque prefiero sentarme aquí —dijo ella.

—Lo que Seb ha dicho ha sido repugnante —dijo Wally—. Tengo que disculparme por su comportamiento.

—No, no tienes por qué —dijo Amarna—. Tú no eres él.

—Pero me cuento entre aquellos que lo criaron o, mejor dicho, entre los que lo han echado a perder.

—Quizá se le pase con el tiempo. Arman fue el niñato más espantoso de todo Boğazköy.

—¿Tú crees?

—¿El qué? ¿Que Arman fue un niñato? Sin ninguna duda. ¿Que lo que Seb hace terminará por pasársele? No lo sé, Wally. Parece ser una época terriblemente inapropiada para ser joven. Por favor, no le pegues más. A Arman se le encoge el estómago cada vez que lo piensa.

—Con tu permiso, pero el estómago de Arman me importa un comino en lo que a esto se refiere. Seb se ha merecido algo mucho peor que un par de bofetadas.

—Pero ya ha recibido algo peor, ¿no es así? ¿No fuiste tú el que me dijo que un hombre no puede dejarse abofetear? Y eso es exactamente lo que Seb quiere ser a toda costa. Un hombre.

—Entonces, debería comportarse como tal.

—Dios mío. ¡Para eso todavía tiene que aprender! ¿Sabes lo que Bülent hizo con Arman? Le dio ejemplo sobre lo que era la auténtica hombría. También lo intentó con golpes, porque temía que se le echara a perder, pero, después de haber pasado semanas haciendo todo lo posible por mitigar el dolor de Arman, le pareció del todo absurdo causárselo de nuevo. Y a Arman no le hizo falta ningún golpe. Quería causarle buena impresión a Bülent no porque este lo amenazara, sino porque le infundía respeto. Si Seb no tiene a nadie a quien respetar, no es de extrañar que piense que necesita un Panzer Matilda a toda costa para poder ser un hombre.

—Quizá eso lo ayudara —dijo Wally, al que las conversaciones sobre Seb le atacaban tanto los nervios como las constantes reflexiones sobre el muchacho en las que se dedicaba a perder el tiempo—. Al menos la instrucción no le hará daño, y lo único que tendría que preocuparme sería que desertara a los nazis.

Marnie achinó los ojos de manera notoria.

—A veces, al único hombre al que soy capaz de soportar es a Bülent —dijo ella.

—Lo siento —se apresuró él a murmurar—. Mejor hablemos de otra cosa. Me alegro de tenerte de vuelta. No solo yo te he echado en falta, sino todo el museo. Creo que incluso todo Londres.

Había pasado semanas en Kent. Desde que había acogido a la niña, trabajaba de manera esporádica, pero tan pronto como les habían llegado advertencias de que la guerra podría agravarse, habían hecho las maletas y toda la familia se había trasladado a Kent. Probablemente, de haber sido cualquier otra persona, a Wally lo habría indignado que malgastara su talento remendando calcetines y preparando pucheros. Pero con ella era otra historia. Siempre sería

Marnie, y todo lo que hacía desde el corazón, lo hacía a conciencia, ya se tratara de luchar por la conservación de estelas funerarias en Urartu o de comer galletas de avena con su colorido clan, metidos en el Anderson Shelter.

Sin embargo, la había echado de menos. Tanto las conversaciones profesionales como las tardes en el Plough.

—Esperaba que vinieras a visitarnos a Kent.

—Me temo que pasaba demasiado tiempo en Suffolk.

—¿Se ha concluido ya el traslado?

Wally negó con la cabeza.

—La mayor parte de los artefactos ya están a salvo, pero el proceso de catalogación todavía tardará.

El monumento funerario anglosajón de Sutton Hoo era, sin duda, el descubrimiento más sensacional de los que podrían darse en la vida profesional de Wally. El hecho de que le hubieran encargado su salvamento lo honraba, aunque no se tratara de su campo de especialidad.

—Es maravilloso lo que has conseguido —dijo Marnie.

—Mi padre opina que es la excusa de un gandul al que le falta coraje para tomar las armas y defender a su país.

—Si no hubiera nadie que protegiera todo aquello que hace de este país lo que es, no habría nada que defender —respondió Marnie—. Los grupos de voluntarios que meten arena en sacos y forran con ellos los monumentos de Londres, ¿no están también luchando por su país? Y en caso de que tu padre necesite desesperadamente a alguien que muera como un héroe por el honor de los Farnshaw, siempre tendrá a Seb.

—El cinismo no te va mucho —dijo Wally, aunque ya no estaba tan seguro de si de verdad seguía creyéndolo.

—No soy cínica. Tengo miedo.

Ambos guardaron silencio un momento.

—La cosa se pone seria, ¿verdad? —preguntó ella finalmente.

—Supongo que ya le habrás hecho esa pregunta a tu marido —dijo Wally—. Y que no te habrá dado ninguna respuesta tranquilizadora.

—Ya no quiero seguir hablando contigo de mi matrimonio —dijo Marnie—. Ni siquiera de la guerra. Lo único que quiero saber es lo que está haciendo Arman. Te lo pido como amigo.

—Pero ¿y si yo no lo supiera?

—Lo sabes —replicó ella.

La mano se le fue automáticamente al bolsillo interior de la chaqueta.

—¿Te importa si fumo?

Ella se dirigió hacia la mesita auxiliar.

—Hazlo. También puedes servirte un brandi. Calvados, Age Inconnu, de treinta años. Mi marido es un esnob nato.

—Ya lo creo. Sobre todo porque está claro que apenas ha bebido nada de esta botella y parece ejercer, esencialmente, de elemento decorativo.

Los dos rieron. Después, Amarna prosiguió.

—Wally, ayúdame. Tengo niños de los que ocuparme, no me puedo permitir dejar que el miedo me deje sin aliento. Hará unos tres meses que Chaja dejó de llorar por las noches y no

quiero que vuelva a empezar. Y el pequeño Édouard, nuestro *suvenir* parisino, merece el mejor comienzo en esta vida que pueda recibir.

—Édouard —Wally siseó entre dientes—. ¿No había nada un poco más discreto, o qué?

—A Doris le gustaba Edward —dijo Marnie—. Pero Jordan decidió que el nombre debía ser francés.

—Ya entiendo. ¿Y la niña de las trencitas que estaba sentada contigo? ¿Una nueva adquisición?

—Es Deirdre, la amiga del colegio de Chaja —dijo Marnie—. Hacía semanas que no se veían, así que se está quedando un par de días con nosotros.

Wally sonrió.

—Coleccionas gente como otros coleccionan sellos. Pero no se les puede tomar a mal que se te peguen de esa manera. Tu pequeña judía es una preciosidad. Enhorabuena, Marnie.

—Yo no la he parido —bufó ella—. Y por la manera en la que dices «tu pequeña judía» parece que estuvieras hablando de Claude-Jeune.

—¿Quién es Claude-Jeune?

—El perro de Chaja. Se llama Chaja, Wally. No «judía».

—Está bien. No pretendía ser ofensivo. Es solo que me preocupa un poco que terminéis considerando a la niña como si fuera vuestra.

—No lo hacemos —respondió ella con brusquedad.

Estiró el brazo sobre el escritorio, tomó una hoja de papel del montón y se lo puso delante.

—Toma. Mira esto.

—¿Qué es esto?

Era uno de los dibujos de Arman, de los que él denominaba *garabatos* porque apenas se componían de algo más que de algunos trazos. Pero este era distinto: detallado, casi con vida propia. Además, tenía colores, algo que Arman utilizaba con poca frecuencia. Mostraba a dos mujeres, una de ellas sentada en una acera, y la otra, de pie, a su lado. La que estaba sentada era delgada, tenía la cabeza inclinada hacia delante y llevaba el pelo largo. La que permanecía de pie tenía un vientre abombado y un peinado igualmente abombado. El entorno (las casas, los árboles, los coches) estaba dibujado con el mismo detalle que las personas, algo sumamente atípico en Arman. Había un par de detalles coloreados con trazos infantiles: el cielo azul, los labios de la mujer en pie, sus zapatos rojos.

—Cuando Chaja llegó aquí, vino con una maleta —dijo Marnie—. Dentro tenía una carta, no de sus padres, sino de una tía. La doctora Greenstein nos ha sermoneado como un predicador ambulante acerca de la necesidad de hablarle a Chaja de su familia y he intentado leer con ella la carta varias veces. Pero ella no quiere. Empieza a llorar, no quiere mirar el dibujo e intenta romperlo. Yo ya no podía aguantarlo más y Bülent me dijo: «¿Por qué no dejas a la niña en paz? Yo nunca habría torturado a Arman de esa manera. Lo que hice fue mandarlo a cortar leña y a cuidar de las cabras, y así se desfogaba y podía dormir mejor».

—Pero ¡no puedes comparar las dos situaciones! —exclamó Wally, molesto—. Arman era casi adulto y, además, él no tenía padres con los que regresar.

—No estoy comparando nada —porfió Marnie—. Pero Chaja es feliz nadando y montando en bicicleta y correteando por el prado con Claude-Jeune. No cuando se la obliga a leer cartas de gente a la que prefiere olvidar. Quiero que se sienta bien, igual que quiero que Arman se sienta

bien. Nunca lo he obligado a él a hablar de su madre, así que, ¿por qué debería obligar a Chaja?

—¡Porque su madre no está muerta, maldita sea! Al menos, eso espero, y deseo que Arman y tú hagáis lo mismo.

—¿Eso es lo que piensas de nosotros? —preguntó Marnie—. ¿Que queremos que los nazis hayan matado a esa desconocida para poder arrebatarle a su hija?

—Por supuesto que no, pero…

—Antes de que estallara la guerra, le escribí una carta a mi amigo Paul, que conoce a los padres de Chaja —lo interrumpió Marnie—. Quería saber más acerca de los padres y no es culpa mía si lo único que recibí fueron elusivas y excusas. Paul es así. Siempre andándose por las ramas. Pero no puedo hablar con Chaja sobre sus padres si no sé nada acerca de ellos.

—Eso no es lo que he dicho…

—Arman le preguntó si el motivo por el que no le gustaba el dibujo era porque se hubiera arrugado dentro de la maleta —prosiguió Marnie—. Y que si querría hacer un dibujo nuevo con él. Así que hicieron uno nuevo. Chaja le dijo lo que él tenía que dibujar y él lo plasmó en el papel. No quiso que incluyera al padre en la imagen, ni quiso colocarla después en su habitación. Arman la dejó aquí y le dijo que ella podría venir a verla cuando quisiera. No hemos apartado a Chaja de sus padres, Wally. Pero la queremos. Es algo que ha surgido espontáneamente. ¿Te parece que está mal? ¿No tenemos derecho a quererla solo porque tengamos que devolverla cuando la guerra se acabe?

—No tengo una respuesta para eso —dijo Wally y contempló su cigarrillo, que todavía no había encendido.

—Quizá tengas razón —dijo Marnie con voz átona—. A veces me gustaría gritar por las noches como Chaja solía hacer antes. Entonces, pienso: ¿qué derecho tengo a querer a esta niña si no puedo proporcionarle seguridad? Yo, que ni siquiera sé lo que está haciendo mi marido, y Arman, que quizá nunca regrese.

Las últimas sílabas se le escaparon. Wally extendió la mano hacia ella, pero Marnie apartó la suya.

—Por supuesto que va a volver —murmuró él las que, probablemente, fueran las palabras más tontas para decir en tiempo de guerra—. ¿Cuánto tiempo hace que no lo ves?

—Dos semanas. —Le tembló la voz—. Se marchó de Kent cuando Jordan dio a luz y Dunkerque cayó. Lleva haciéndolo desde que empezó la guerra. Viene y va, pero no sé dónde está. Al principio pensé que me iba a volver loca, pero una termina por acostumbrarse a las cosas más absurdas —dijo, y se rio—. El país entero se ha acostumbrado a ir por ahí con esas máscaras de gas; Doris se ha acostumbrado a que hayan cancelado su querida predicción del tiempo radiofónica para que el enemigo no pueda utilizarla e incluso yo he terminado por convencerme de que mi marido no está haciendo nada más peligroso que el cuento chino ese de los globos de la defensa antiaérea con el que él me regala los oídos.

Wally se encendió finalmente el cigarrillo y bebió un trago de brandi. Sabía como a club de caballeros en tiempos de paz, algo que quizá no volvería a saborear nunca.

—No es un cuento chino —dijo él—. Tienes razón, los juegos de guerra han llegado a su fin. Quizá tengáis que volver pronto a Kent y esta vez no es una falsa alarma. La batalla de Francia ha terminado y Churchill ha dicho que espera que ahora empiece la batalla de Inglaterra. Es muy probable que bombardeen la ciudad, Marnie. Los globos de barrera que se interponen en la

trayectoria de vuelo de los bombarderos sin darles posibilidad de escape pueden sernos de una ayuda fundamental.

—No lo dudo —dijo Marnie, cansada—. Lo único que dudo es que sea mi marido el que esté al mando de ese escuadrón.

—Lleva haciéndolo meses —dijo Wally—. Los oficiales que poseen capacidades especiales reciben cometidos específicos, eso es así.

—¿Qué clase de cometidos específicos? —se encolerizó ella—. ¿Qué clase de capacidades especiales? ¿Me quieres decir que la Air Force necesita a hombres que sepan esculpir caras de piedra?

—Me gustaría poder decirte eso, sí —dijo Wally—. Quizá haga falta ese tipo de gente más que ningún otro para que quede algo de nosotros después de esta guerra.

—Un *jachkar* —murmuró Marnie.

—¿Cómo dices?

—Un *jachkar* —repitió ella—. Olvídalo. Ya te lo contaré en otro momento. Ahora aclárame qué tipo de misteriosa habilidad tiene Arman que lo hace tan adecuado para un cometido tan especializado. Una vez vino a casa con una quemadura como si alguien le hubiera apagado un cigarrillo en el brazo.

—Eso es porque alguien le apagó un cigarrillo en el brazo —repitió Wally, haciendo lo propio con el suyo en un cenicero.

—¿Estáis locos? ¿Todos vosotros?

—Sí —dijo Wally—. Todos nosotros. Pero no estoy del todo seguro de que sea culpa nuestra. En algún momento dejó de ser posible tomar decisiones racionales y serenas. Hacemos lo que es necesario hacer, Marnie. Tú, yo, Arman, Winston Churchill, Charles de Gaulle… No hemos buscado esta situación y nadie pretende asegurar que sabe bien lo que está haciendo. Yo mismo soy un oficial de reserva con una labor irremplazable. ¿Cómo voy a saber yo lo que tú quieres que te diga? ¿Y si lo supiera? ¿Si tú lo supieras? ¿No has fracasado ya suficientes veces intentando detener a Arman como para haberte dado cuenta de que no lo puedes detener?

—Sí —dijo Marnie con voz ahogada—. Pero ¿cómo podría parar de intentarlo? Es mi marido, debo saber por qué alguien lo está torturando con cigarrillos y por qué él se deja. Y si lo que está haciendo es peligroso, debo hacer todo lo posible para evitarlo. O al menos saber dónde está para poder estar allí con él cuando lo maten.

—*God in heaven* —se le escapó a Wally antes de dirigirse hacia ella y pasarle el brazo sobre los hombros—. Nadie lo está torturando —dijo con tacto—. Solo era una prueba y no se va a morir por eso. Tranquilízate.

—Deja de consolarme y habla de una vez. Lo sabes todo, ¿verdad?

Wally asintió.

—Soy uno de aquellos a los que preguntaron por él antes de reclutarlo. Siempre lo hacen: preguntan a conocidos de confianza y yo, con mi linaje de oficiales y mi misión prioritaria de guerra, soy la confianza en persona. Lo que Arman está haciendo es peligroso, la guerra entera es peligrosa, pero podría estar haciendo algo aún peor. Lo más peligroso que va a hacer en las próximas semanas va a ser volar en un Westland Lysander sobre la Francia ocupada y soltar panfletos con el discurso de De Gaulle acerca de la fundación de la France Libre. Podrían derribarlo. Sin embargo, lo más probable es que lo recuperes sin un rasguño y puedas leerle la

cartilla.

—Para eso no le hace falta ninguna habilidad extraordinaria —dijo Marnie—. Y mucho menos que nadie le queme el brazo.

—No.

—Maldita sea, dímelo.

Wally miró por la ventana, hacia el día que desperdiciaba ya su resplandeciente belleza.

—Buscan a gente que esté dotada para los idiomas, con buena capacidad de adaptación y que estén acostumbrados a aguantar la presión. Gente que tenga mayor resistencia corporal de lo normal. Por decirlo de alguna manera, gente capaz de seguir avanzando mientras le pisan la cabeza, aunque sea arrastrándose. Que puedan pilotar un avión con un solo oído funcional, caminar con las piernas rotas y matar sin armas. Y aguantar la tortura con tal de salvar a sus camaradas.

—No estás hablando en serio.

—Sí, Marnie.

—¿Arman está haciendo algo con lo que se arriesga a que lo arresten y lo torturen? ¿Otra vez? Él no lo aguantaría.

—No te voy a repetir el discurso entero sobre sus capacidades. Por lo que sé, sus examinadores no se podían ni creer lo que él era capaz de soportar.

—¿Y para qué? ¿Qué vale tanto para hacerle aguantar eso?

—Creo que tú sabes eso mejor que yo. O a lo mejor no lo sabemos ninguno de los dos. Pregúntaselo a tu marido. Créeme, no puedo decirte nada más, pero intentaré localizarlo y decirle que tiene que hablar contigo de una santa vez.

—Gracias. —Ella se estiró, se levantó y se dirigió al carrito auxiliar—. ¿Podrías decirle una cosa de mi parte?

—Claro —dijo él, aunque no tenía el más mínimo deseo de decirle a Arman lo mucho que su mujer lo quería.

Marnie se llenó una copa de brandi y lo agitó.

—Arman no sabe que estamos aquí —dijo ella—. Nos suplicó de rodillas que nos quedáramos en Kent a toda costa, incluso matriculó a Chaja en una escuela allí. Por favor, dile de mi parte: «Estimado señor Artsruni, probablemente estés ahora mismo pavoneándote de tu habilidad para romper promesas como un campeón. Por desgracia, hay algo que debo decirte: a ese juego podemos jugar los dos».

El cuartel general de la SOE se encontraba en Baker Street, igual que la vivienda del imaginario Sherlock Holmes. O, mejor dicho, se encontraría allí si la SOE hubiera llegado a fundarse oficialmente. Oficialmente, que en realidad quería decir abiertamente. La mayor parte de los británicos no tenían ni idea de que en las siguientes semanas tres organizaciones secretas iban a unirse en una sola y nueva, llamada SOE *(Special Operation Executive)* y, en lo que a Churchill respectaba, así iban a seguir. Una dirección de operaciones especiales iba a ser, en una guerra como la que estaban librando, imprescindible, pero a la población le resultaba más sencillo conservar la calma y la tranquilidad de espíritu si no sabían nada del tema. Especialmente la calma y la tranquilidad de espíritu de los familiares cuyos maridos, hijos y hermanos realizaban esas operaciones.

Marnie era una excepción y, siendo sincero consigo mismo, a Wally lo irritaba profundamente que Arman no actuara en consecuencia. A la madre de Wally jamás en toda su vida se le habría ocurrido preguntarle a su padre en qué consistía su trabajo en la artillería, igual que Isabel tampoco le había preguntado a él por su misión en Mesopotamia. Simplemente les daba igual. Si alguno de ellos hubiera caído, cualquiera de las dos habría sabido, sin lugar a dudas, el florista adecuado al que encargarle la corona.

Marnie no sabía nada de coronas, costumbres, ni tradiciones, así que freía a preguntas a su marido. Era la mujer con más talento que él había conocido y no un florero insulso que necesitara a un tipo robusto que le hiciera de eje en torno al cual pudiera girar todo su mundo. Pero también era lo suficientemente fuerte como para no temerle al amor y entregarse a él sin reservas. El hombre al que ella amara de esa manera tenía una suerte increíble, y si Arman no se sentía agradecido por ello, entonces no la merecía.

«Estás celoso», se le ocurrió a Wally.

Sí, eso era. Estaba celoso y furioso. Arman lo había engañado a él igual que a Marnie, y ambos se habían dejado embaucar con un chasquido de dedos, pero ahora Arman ya no parecía merecedor de la confianza que habían depositado en él. La amistad de los dos hombres se había resentido a pesar de que Wally siguiera teniéndole el mismo aprecio y admiración. Arman tenía madera de héroe: era un tipo duro que se dejaban quemar con cigarrillos con una sonrisa de desdén en los labios. Pero no tenía madera de líder. Permitirse experimentar alguna debilidad, la sangre, el sudor y las lágrimas de los que hablaba Churchill y que arrastraban a las masas. Arman era una anguila. Cada vez que creías haberlo atrapado, se escapaba. Incluso se había escapado de aquel campo de exterminio. Y probablemente por eso fuera como era. Sin raíces que echar, sin ataduras que lo retuvieran.

La entrada estaba vigilada. Se quitaron a Wally de encima como si hubiera querido ir a vender aspiradoras. Tuvo que mencionar a su padre, su tío y a su comandancia entera antes de que el guarda permitiera que formulara su petición. Poco después se presentó Thomas Halliday, recién ascendido a *group captain* y profundamente implicado en la configuración de la nueva red. Wally estaba convencido de que el antaño *wing commander* de Arman había sido el encargado de reclutar gente para la SOE. No cabía duda de que se habría sentido engañado por el armenio, pero, al contrario que Wally, lejos de dejarse llevar por la rabia, había sabido hallar la manera de darles buen uso a las habilidades de un mentiroso tan aerodinámico.

—Ah, oficial. —La voz del *group captain* Halliday sonaba de todo menos amistosa—. Déjeme adivinar: ¿su museo nos quiere vender una momia como transporte de material sensible? ¿No? Entonces, ¿será, quizá, que quiere declarar su disponibilidad para el servicio? Sería muy loable, pero, entonces, se habría equivocado de dirección. Así pues, solo nos queda una tercera opción: quiere postularse por milésima vez al puesto de niñera oficial del *flight lieutenant* Artsruni. Lo lamento, Farnshaw. Váyase a limpiar una de sus momias, tan prioritarias en la guerra. Su protegido se ha independizado y lo ha sobrepasado, en el sentido más literal de la palabra.

«Soy consciente», pensó Wally. La guerra era la plataforma de lanzamiento perfecta para las promociones militares y era más fácil cambiar de rango que de camisa. Pero su caso era el blanco perfecto de las risas maliciosas: en su momento, había incluido a Marnie en su comisión para que, en caso de guerra, no se la considerara una extranjera peligrosa. Pero la ridícula protección

que él hubiera podido ofrecerle había sido del todo innecesaria. Su marido no tardaría en ser condecorado, y a ella la invitarían a las mismas reuniones de café que la madre de Wally organizaba para las mujeres de los oficiales.

—Tengo que hablar con Arman —le dijo a Halliday—. Es urgente. Tengo un mensaje de su mujer para él.

—Usted ya debería saberlo —dijo Halliday—. No entramos en contacto con las mujeres salvo para recoger el correo o cuando necesitamos la dirección a la que enviar la notificación de una muerte. Ahora, por favor, déjeme continuar con mi trabajo. Estamos en guerra, después de todo.

«Soy un idiota —pensó Wally—. Si le hubiera dicho que había venido a buscar a Arman para irnos a jugar al críquet, me habría dejado pasar sin contemplaciones». Estaba buscando frenéticamente la manera de solucionar su metedura de pata cuando Arman apareció de pronto por las escaleras, como un pincel, de un humor excelente, tan imperturbable como siempre.

«Como casi siempre», fue el pensamiento que le surgió de improviso, y el recuerdo de aquel día en Hornchurch lo asaltó como un rayo. Parecía que había pasado toda una vida desde entonces.

—Parece que le echan desesperadamente de menos, teniente —gruñó Halliday—. Pensaba que ya estaba de camino al aeródromo.

—Voy tarde —dijo Arman—. La reunión ha durado más de lo esperado, pero ganaré tiempo por el camino.

—Estoy seguro de que lo hará.

—Saludos, Wally.

—¿Vas a Hornchurch? —preguntó Wally—. Puedo ir contigo, si es así.

—No, no voy a Hornchurch —dijo Arman—. Pero puedo llevarte al museo.

«Sí —pensó Wally—. Llévame al museo y mándame a limpiar mis momias».

—¿Adónde vas? —preguntó.

Arman y Halliday guardaron silencio. En un momento dado, Halliday le dio a Arman una palmadita en el omóplato y se marchó.

—Tengo cosas que hacer. Mucha mierda, teniente.

Arman le dio las gracias y salió con Wally en dirección a un Austin Tourer negro. Cada vez que se encontraban, el armenio parecía tener un coche nuevo.

—Tengo que darme prisa, pero aún puedo llevarte al museo.

—No quiero ir al museo —dijo Wally tan pronto como se sentaron en el coche—. Tengo que hablar contigo y no pienso bajar de esta maldita cafetera del ejército hasta que hayamos aclarado algo. Así que tú conduce. Me da igual dónde acabe.

Arman arrancó el coche.

—Cheshire —dijo con voz queda.

—¿Ringway?

Arman pisó el acelerador y asintió.

Wally se encendió un cigarrillo. El humo se extendió por todo el coche y Arman comenzó a toser.

—No seas tan blando —dijo Wally—. Ponte la máscara de gas, si te molesta tanto. Si quieres terminar a toda costa lo que estés haciendo en Ringway, primero vete a casa y habla con tu

mujer. Llevarte una bronca por llegar tarde a la instrucción es algo que podrías soportar.

Ringway era un aeródromo recién construido cerca de Manchester, que servía de escuela de paracaidismo de la RAF y alojaba a los escuadrones de paracaidistas.

—No puedo llegar tan tarde —dijo Arman—. El avión está ya esperando. Terminé la instrucción en febrero.

Wally tuvo que sujetarse a la manilla de la puerta. Evidentemente, ya sabía que la SOE intentaría enviar gente a los países ocupados tan pronto como fuera posible: espías, saboteadores, contactos. También sabía que debería establecerse algún tipo de relación entre la France Libre y la resistencia francesa, pero nunca había sospechado hasta dónde sería capaz de llegar Arman. A través del humo, contempló su perfil, oscuro y delgado, tenso y afeitado con pulcritud.

—Si no estuvieras conduciendo, te partiría la cara —dijo Wally—. Y esta vez no lo lamentaría.

—Puedo parar en el arcén —dijo Arman—. Pero tendríamos que darnos prisa y solo podrías pegarme en lugares que no resultaran visibles.

—Sigue conduciendo —dijo Wally—. No puedo creer que estés dispuesto a hacerle esto a tu mujer. Vas a saltar sobre territorio enemigo. Hoy. Te has ofrecido voluntario para una de esas misiones suicidas y casi parece que tus perspectivas de acabar en una sala de torturas nazi no fueran tan malas como si a mí me echaran en el primer *innings* del campo de críquet. Y ni siquiera le has dicho adiós a Marnie. ¿Sabes lo que me ha dicho ella a mí? «Tengo que estar con él cuando muera». Y ¿sabes lo que te mereces? No que yo te parta la maldita facha de piedra que tienes, no. Que tu mujer te abandone.

Arman siguió concentrado durante varios minutos en el tráfico y, después, salió de la ciudad y entró en la carretera vacía.

—Sí —dijo él.

Wally bajó la ventanilla, tiró el cigarrillo fuera y se encendió otro tan pronto como hubo cerrado el cristal de nuevo. Arman tosió hasta que le brotaron las lágrimas y comenzaron a escurrírsele por las mejillas. «Menudo tipo duro —pensó Wally, loco de rabia—. Tiene las mismas debilidades que todo el mundo. Dale unos cuantos latigazos, échale el humo a la cara y traicionará a su propia abuela». Se sintió asqueado. Tanto por Arman como por sí mismo.

—Y todo, ¿para qué? —preguntó él—. ¿Para vengarte del maltrato que sufriste hace veinte años? ¿Sabes que desde entonces has tenido más suerte de la que debería tener una sola persona? Tienes tanto talento que, solo con chasquear los dedos, toda una horda de admiradores firmaría lo que hiciera falta para declararte insustituible y eximible de las labores de guerra. Mi museo intenta desesperadamente recuperar las esculturas tuyas que vendieron porque la gente se lo exige, porque son capaces de reconocer en ellas la misma ansiedad que ellos sienten y que no son capaces de expresar. Podrías hacerles esculturas nuevas. En lugar de dejarte destruir por conseguir un poco de información, podrías crear algo que permaneciera con nosotros para siempre. Algo que, algún día, gente armada con sacos de arena quiera proteger, no por dinero ni porque se lo haya ordenado hacer nadie ni porque esperen recibir nada a cambio, sino voluntariamente, porque esas obras les dan esperanza, porque son parte de ellos mismos.

Chupó el cigarrillo y lo apretó con los dedos.

—Soy conservador en un museo —dijo—. En lugar de defender con valor mi país, organizo el transporte de obras de arte a túneles del metro y a bibliotecas subterráneas. Soporto que mi

padre me llame gandul porque sé que es importante que sobreviva algo de algunas de aquellas personas que, a lo largo del tiempo, no lograron sobrevivir a alguna guerra de mierda. Porque sé que algunas de esas personas que no sobrevivirán a esta guerra de mierda son importantes.

Arman bajó la velocidad del coche. Se había prohibido recientemente el uso de cláxones para que no pudieran confundirse con las sirenas de aviso de bombardeo y, sin embargo, alguien detrás de ellos les gritó algo a viva voz.

—Tu mujer también es importante —dijo él—. Se parte la espalda tratando de salvar esas estelas del Ararat porque cree que es importante para ti. Pero a ti te importan un pimiento, ¿verdad? Lo único que quieres es tener la oportunidad de dejar una impronta inolvidable, la leyenda del vengador temerario que, veinte años después, regresa para devolver el golpe, ciego, sin preocuparse por las consecuencias, pero dispuesto a morir bajo tortura como un héroe. Súbete encima de tu *Zócalo vacío,* Arman. A ti qué te importa el cálido y vivo amor de tu mujer si puedes tener tu propio y frío monumento conmemorativo.

El rostro de Arman se torció hacia un lado como si realmente acabara de recibir una bofetada. «Tampoco te iría mal que te dieran alguna —pensó Wally—. Una señora bofetada. Si esto no te impacta, no te impactará nada».

—Por cierto, Marnie y toda vuestra tropa están de vuelta en Londres —dijo—. Me pidió que te dijera que, puesto que no hablas con ella acerca de tus planes, ella no ve la necesidad de cumplir con tus deseos y retirarse al campo. En lugar de eso, planea escribir a su compañero Veysel, en Doğubeyazıt, y organizar una expedición privada al Ararat. Ya tiene suficiente dinero de los patrocinadores y, si Veysel la ayuda a conseguir la licencia, puede partir en cualquier momento.

El motor del Austin empezó a emitir ruidos que se asemejaban a las toses de Arman. El coche dio algunos bandazos y, después, apenas se movió más. Wally insistió:

—Dentro de poco le preguntaré a Marnie si alguna vez ha visto lo que tienes guardado en el gigantesco granero de vuestra casa en Kent. ¿Qué clase de cuento le has contado acerca de eso? ¿Que te has comprado un tractor porque vas a tomar parte de la campaña *Dig for Victory* y quieres cultivar tú mismo tu propio trigo para la papilla esa que haces?

Arman sostenía el volante con fuerza, tenía la parte superior del cuerpo inclinada hacia delante y le vibraba la laringe. Llevó el coche al arcén con esfuerzo visible y lo detuvo allí.

—Discúlpame —logró pronunciar antes de salir del coche y vomitar.

Al principio, Wally permaneció quieto y callado, en una especie de trance horrorizado. Pero, al ver que su compañero no paraba de retorcerse entre arcadas y de devolver, se levantó y fue hacia él.

—Arman, ¿puedo ayudarte en algo? Dime lo que debo hacer.

Arman cayó de rodillas sobre la hierba y se dobló sobre sí mismo. Vomitaba bilis y una masa sanguinolenta, hacía tiempo que tenía el estómago completamente vacío. Wally venció la repugnancia, le dio una palmadita en la temblorosa espalda y él mismo se estremeció. La ropa de Arman le hacía lucir un aspecto envidiable, capaz de ponerle los dientes largos a cualquiera. Pero bajo la tela no era más que piel y huesos.

—Deja de una vez de jugar a los héroes —le dijo—. Pueden encontrar a otro que lo haga. Un espía que eche hasta la primera papilla tan pronto como un nazi le encienda un pitillo delante hará más mal que bien.

Arman volvió la cara hacia él con gran dificultad. La cicatriz le temblaba y el blanco de los ojos estaba rojo por las venas estalladas.

—No ha sido por el humo de mi cigarrillo, ¿verdad?

Arman negó con la cabeza.

—¿Entonces?

—Miedo.

Wally le dio nuevas palmaditas.

—Vete a casa —dijo—. Ve con tu mujer a aclararte las ideas como es debido y a que te abrace como es debido. Un amor como el que Marnie tiene para darte no lo llegaremos a disfrutar nunca los tipos del montón. ¿Se merece ella que tú te comportes como si todo lo que tienes no tuviera ningún valor? Ella se echa la culpa, cree que si hubiera podido darte un hijo no malgastarías tu vida tan alegremente. ¿Por qué crees que se le ocurrió toda esa película del embarazo si no?

El cuerpo de Arman dio una sacudida hacia delante que lo hizo caer sobre la hierba y vomitar nuevamente una masa sanguinolenta. Después, ya no salió nada más, solo el débil sonido de una respiración entrecortada. Él se levantó a duras penas, retrocedió hasta la linde del bosque y se sacudió la ropa.

—Ella debió casarse contigo —dijo, con la voz como si la hubiera pasado por una picadora —. Se lo dije, pero, por aquel entonces, solo hacía seis semanas que te conocíamos y ella pensó que hablaba en broma. Si se hubiera casado contigo, ahora tendría un hijo.

—Menuda tontería —dijo Wally a duras penas—. No puede tener hijos.

—Amarna puede tener hijos. El que no puede tenerlos soy yo.

—¿Quién te ha dicho eso?

—No es muy complicado de deducir —dijo Arman, mientras ponía una mueca vulgar que a Wally le parecía inaudito que pudiera pertenecer al mismo hombre que creó *La Guerre*—. Por lo que sé, para las mujeres es normal mear sangre. Para los hombres, no.

—Mierda —espetó Wally—. ¿Has ido al médico?

—Una doctora amiga de Amarna me mandó a ver a un colega suyo que fotografía a la gente por dentro. No pudieron decirme nada concreto y prefiero reservarme los detalles sobre mi abdomen, pero por dentro, al parecer, no tiene mejor aspecto que por fuera y es bastante improbable que pueda engendrar nada.

—Mierda —repitió Wally—. ¿Se lo has contado a Marnie?

—Soy demasiado cobarde para eso —dijo Arman, con una nueva náusea—. Cuéntaselo tú. Yo no soy capaz de cavar mi propia tumba.

—No le pienso contar nada —dijo Wally—, como es de imaginar. Marnie te quiere. Vete a casa, tómala de la mano y todo se arreglará. Yo no tengo talento para eso. Tú sí, tú puedes hacer feliz a una mujer con niños y sin ellos, pero tienes que dejarte de toda esta locura. ¿Por qué tienes que sacarle tú las castañas del fuego a la SOE? Los muertos, muertos están, Arman, y no hay nada más que puedas hacer al respecto. Los vivos te necesitan.

—Sí —dijo él y se dirigió al trote hacia el coche, aún entre arcadas—. Gracias por la información. Te llevaré de vuelta a la ciudad.

—¿Y tú?

Arman se apoyó en el coche e intentó recuperar el control sobre su tembloroso cuerpo.

—Ringway —dijo.

—Pero, por todos los demonios, ¿por qué?

Arman negó con la cabeza, se montó en el coche y a Wally no le quedó más opción que hacer lo mismo. Al entrar vio, en el asiento de atrás, una Welbike, el prototipo de nueva motocicleta plegable que estaba entregándoseles a los paracaidistas como medio de transporte. Eran extremadamente silenciosas. A Arman todavía le temblaban las manos, pero conducía con la misma seguridad de siempre.

—No me dirías qué tal están, ¿verdad? —preguntó cuando se adentraban ya en la ciudad—. ¿Amarna? ¿Chaja? ¿Se alegró de volver a ver a Deirdre Shultz? ¿Y Jordan? ¿Se encuentra bien? Para mí, es como una niña que ha tenido un niño.

—Tienes razón —dijo Wally—. No te diré ni una palabra. Vete a casa y pregúntales tú mismo o será como si no te concerniera.

Arman asintió y siguió conduciendo. Wally, que no era capaz de mirarlo a los ojos, vio que la cadena que el otro solía llevar al cuello se le salía de la camisa y que ya no tenía una cruz de oro blanco. La había cambiado por una estrella de David.

—No tienes derecho a lucir eso —dijo Wally—. Ni siquiera un cleptómano puede robarles el dolor a los demás para que nadie se dé cuenta de que, durante los últimos veinte años, le ha ido estupendamente.

Arman guardó silencio, dejó la cadena colgando como estaba y siguió conduciendo. Se detuvo en Russel Square, frente a las grandes puertas de hierro forjado del British Museum.

—Me alegro de haberte visto —dijo y, pasando por encima de Wally, le abrió la puerta desde dentro.

Al salir, Wally se sintió infinitamente pesado, como si cada miembro, cada músculo de su cuerpo fuera de plomo.

—Por favor —dijo Arman, tan pronto como logró que le brotara la voz.

Wally se giró nuevamente.

Arman agachó la cabeza.

—Las cosas se van a poner muy feas por aquí —dijo Arman—. Por favor, llévate a Amarna y a la familia a Kent. Si debes acostarte con ella para eso, hazlo.

«Te voy a partir la cara —pensó Wally—. Y no de una bofetada, sino de un puñetazo. Voy a hacer que se te olviden todos esos pesares de hace veinte años». Pero cuando el otro alzó la cabeza y sus miradas se encontraron, Wally se contuvo y relajó los puños.

27
SEDAT.
DOĞUBEYAZIT. AGOSTO DE 1940

Querida Amarna:

Masha' Allah, que Dios te proteja. A Emine y a mí nos ha dado una alegría sin fin el saber de ti, más aún cuando las noticias que nos llegaban de vosotros con tanto retraso resultaban de todo menos tranquilizadoras. Desde principios de julio han ido informándonos de que los alemanes y los italianos atacan vuestro país desde el aire, destruyen vuestras bases aéreas e intentan, de esta manera, hacerle a Gran Bretaña lo que ya le han hecho a la poderosa Francia y a tantas otras naciones de Europa. Nos preguntamos qué tal estará llevando Arman todo esto. Él, para quien Gran Bretaña es la encarnación del mundo civilizado y salvaguarda de los derechos humanos. Para él significó mucho que los cañones británicos permanezcan apuntando a Constantinopla hasta que se produzca un juicio por el asesinato de su pueblo, a pesar de que todos sepamos que ese juicio nunca llegará a producirse. Nos preguntamos también qué tal estás llevándolo tú, ahora que tu antiguo hogar y tu nuevo hogar guerrean entre ellos. Espero que en tu nuevo país no paguen contigo lo que Alemania le está haciendo al mundo y que no tengas que temer por tus familiares y amigos. También nos gustaría saber qué tal están tu padre y el doctor Vollmer, y qué tal les ha ido desde que los conocimos en Hattuša. Ojalá sigáis todos unidos y bajo la protección de Dios.

No nos llegan aquí noticias claras de vuestra situación. Ya nos conoces: vivimos en una montaña en el fin del mundo y yo disfruto sumiéndome en mi investigación y olvidando el tiempo en el que vivo. El correo tarda mucho en llegar, incluso desde Estambul y Ankara, así pues, mucho más desde la lejana Europa en guerra. Querida Amarna, escríbenos tan pronto como puedas y haznos saber qué tal estáis y si, a pesar de la distancia, podemos seros de ayuda con algo.

Cuando salgo a mi jardín por las mañanas y veo aquella montaña blanca cubierta de niebla, me resulta difícil creer que, en algún otro lugar del mundo, allí donde viven mis amigos, hay una guerra. Pero sé que incluso la paz de la montaña que acogió a los supervivientes del Diluvio es engañosa. Nuestra ciudad se erige sobre un suelo bañado en sangre y las paredes de nuestra casa se construyeron con las piedras de las ruinas. Cada vez que tengo que ir al museo de Van, aprovecho para visitar la isla de Aghtamar, el reino de origen de los Artsruni, y rezar frente al templo armenio destruido. Entonces deseo que todos nosotros, los azotados pueblos de la tierra, pudiéramos reunirnos allí para llorar juntos y, algún día, sanar nuestras heridas.

Si pudiera ver más allá de mi jardín, a través de la niebla de las montañas blancas por los glaciares, descubriría fronteras que nadie, ni siquiera una anciana habituada a ascender con su borrico, podría traspasar. Si pudiera ver más allá, encontraría la cumbre del Aragat, la

montaña más alta del estado de Armenia que, sin embargo, nunca podrá ser de los armenios, como lo es la montaña blanca, Masis, Ararat, como llaman a nuestra montaña. A Arman le molestaba hablarme de los mitos y leyendas armenios por mucho que yo le suplicara. Quizá tuviera razón, quizá no hubiera mucho que contar, pero nunca estaré del todo seguro. Como historiador, me parece imposible desistir de tratar de desenmarañar el enredado ovillo en que se ha convertido ese pueblo, pues, cuando el ovillo se pierde, su diseminado pueblo no puede volver a reunirse y vaga errante y sin patria por el mundo. Si san Mesrob no lo hubiera sabido, no se habría molestado en crear un alfabeto y en traducir la Biblia, algo que ha mantenido unidos a los armenios en la diáspora tanto como el recuerdo de su montaña.

En una ocasión le dije a Arman que me recordaba al Masis, siempre rodeado de su niebla, y admitió, finalmente, que había una leyenda armenia que decía que el Masis y el Argat son hermanos. Como una frontera los separa, se ocultan. Puesto que no pudieron evitar que los separáramos, no nos muestran su rostro, ya que la niebla es el velo que oculta sus lágrimas. Me gusta. Me alegro de haber venido aquí con mi familia para proteger el legado de un pueblo ajeno y desearía que todos podamos volver a vernos cuando la guerra acabe.

Discúlpame. Escribo lo primero que me viene a la mente: es una debilidad de la gente que vive en zonas tranquilas, que trabaja en silencio y apenas ve a sus amigos. Lo que yo quería hacer era responder a tu pregunta: en lo concerniente a un viaje hasta aquí, puedo tranquilizarte. Se rumorea con miedo que nuestro país podría verse arrastrado a apoyar un bando o el otro y, en consecuencia, que podría entrar en la guerra, así como la posibilidad de que Hitler, que codicia los pozos petrolíferos del Cáucaso, fuera el primero en asaltar Turquía. Es probable que Hitler y Stalin conviertan su pacto de no agresión en una alianza y que, unidos, nos devoren de un solo bocado. Incluso los lirones que reposamos bajo la sombra de las montañas somos conscientes de que esta guerra no va a acabar de la noche a la mañana y que las fronteras y las leyes que creíamos conocer antes de la guerra ya no son válidas. Sin embargo, sobre este suelo por el que tanto se ha luchado, aún reina la calma y tú estarías a salvo. Es más, yo te lo aconsejaría: ven a vernos. Déjate mimar y consolar de los horrores que estáis viviendo.

Sin embargo, en lo concerniente a la seguridad del viaje a través de un continente en guerra, te digo lo siguiente: si fueras mi mujer, te lo prohibiría y no me cabe duda de que Arman haría lo mismo. Sin embargo, tú eres europea y no permites que nadie te prohíba nada. Así pues, solo puedo aconsejarte: existen guerras que separan a la gente. No le causes más preocupaciones a tu marido y no te separes de él a menos que sea estrictamente necesario. Ahora, preguntarás: ¿y no es estrictamente necesario? Puesto que hay riesgo de que la guerra llegue también hasta aquí, ¿no habría que proteger las necrópolis de Urartu, unas obras únicas, tan rápido y tan bien como habéis hecho con esos impresionantes enterramientos cerca de vuestro mar del Norte? Vuestro museo es, ciertamente, impresionante, y sí, Amarna, si hubiera alguna posibilidad de que organizaras una expedición, eso me alegraría. Sin embargo, espera a que te concedan la licencia, pues ya sabes que las cosas de palacio van despacio por aquí e, imagino, ocurrirá lo mismo en tu país. Me alegraría volver a trabajar contigo como antaño, en Hattuša, pero sé que a tu marido no le gustaría que vinieras sola y se preocuparía por ti. No es asunto mío y respetaré cualquier decisión que tomes. Solo te escribo mi opinión.

Una petición para una expedición privada me parece inviable. No estamos hablando de la

eficiente Londres, sino de una tierra muy lejana y vacía con una comunicación caótica. No tenemos tiempo para conseguir la licencia para un particular. Sin embargo, si decides venir de todas formas, haré todo lo posible por respaldarte como amigo de tu marido, como tu amigo y como colega que ha trabajado investigando la misma cultura y que valora tu labor. Por eso, te aconsejo una vez más: no vengas sola, permaneced juntos y abrazaos tanto como podáis. La necrópolis de Urartu es valiosa e irremplazable, pero, con todo, una vida vale más que cualquier piedra. Incluso para nosotros.

Recientemente, un miembro de una expedición americana me preguntó si era verdad que los armenios llaman a su país Hayastan y que si eso significa "tierra de piedra". Me gustó. No pude evitar pensar en Arman, en dragones esculpidos en piedra y en las moradas de los dioses escarbadas en la roca. Pero Hayastan no significa "tierra de piedra"; significa "tierra de los Hayk", que eran personas que buscaban asentar a su pueblo al pie de las montañas.

Le pregunté al americano si las fuerzas armadas de su país os ayudarían, pero él negó con la cabeza, apesadumbrado, y dijo que aportarían material y dinero, pero que el movimiento pacifista tenía mucho poder en EE. UU. y que la propuesta del presidente Roosevelt de enviar tropas americanas a una segunda guerra en tierra extranjera no recibió el respaldo del Congreso. Me parece muy triste. ¿No debería ser asunto de todo el mundo ponerle freno a Hitler en lugar de permitir que su rabia siga extendiéndose sin control hasta que no quede nadie vivo en Europa? Y, sin embargo, ahí seguimos, inmóviles, pensando solo en salvar nuestro propio pellejo y alegrándonos por la pizca de paz que podamos disfrutar.

Os deseo a Arman y a ti fuerza, protección y bendiciones. Si alguna vez volvéis aquí, me gustaría que fuéramos juntos a Aghtamar para llorar y empezar de nuevo desde cero. Me gustaría que la montaña blanca nos mostrara el rostro, así como la espalda, con la jibosa colina en la que se asienta el arca, la misma que nos garantiza que el mundo no volverá a quedarse vacío de personas y que también lograremos sobrevivir a este diluvio.

Os tenemos en nuestros pensamientos y oraciones.

Vuestros amigos, Sedat y Emine.

P. D.: Emine envía una fotografía de nuestras niñas, incluyendo a nuestra quinta hija, Hayat, a la que aún no habéis visto. Emine quiere que os diga lo mucho que se alegra de que ahora vosotros también tengáis una niña.

28
AMARNA.
LONDRES. SEPTIEMBRE DE 1940

Chaja y Deirdre coleccionaban los cromos de las estrellas de cine de las cajetillas de cigarrillos Abdulla. Los esparcían por la mesa una y otra vez, y preguntaban a todos los fumadores si les importaría darles la imagen del paquete.

Era el cumpleaños de Doris. Aunque ya no hacía calor, estaban sentados en la terraza como solían hacer, con la única diferencia de que, en aquella ocasión, los allí reunidos eran mujeres y niños prácticamente en su totalidad. Doris y Kathy Burgess se habían lucido con la comida. Doris seguía diariamente el programa de radio *The Kitchen Front*, en el que dos laboriosas hermanas proclamaban que toda ama de casa podía contribuir a la victoria sobre Hitler si sustituía la mantequilla por sebo, el pan por patatas y la nata por leche rebajada en agua. Así pues, Doris sustituía con fruición. Además, había colgado el cartel de la campaña *Dig for Victory* sobre su cerca, había arrastrado su vieja bañera de cinc al exterior para cultivar patatas en ella y había reconvertido la zona del jardín que rodeaba el búnker en un huerto. «El pequeñín necesita comer verduras, después de todo, y más teniendo en cuenta que es medio parisino».

El medio parisino con la exacerbada necesidad de verduras tenía tres meses de edad y se contentaba con la leche que Jordan le conseguía mediante la cartilla de racionamiento. Pero Doris se preocupaba. Puesto que las verduras estaban tardando en madurar más tiempo de lo que ella había esperado, siguió un nuevo consejo de las hermanas que dirigían el frente desde la cocina y mandó a Jordan y Seb, al que habían enviado de vuelta del servicio militar, a recoger dientes de león. El producto de su recolección se sirvió como ensalada.

—Gert y Daisy dicen: «pon dientes de león en la mesa y podrás sustituir por ellos la lechuga perfectamente: nadie notará la diferencia».

El hecho de que, antes del racionamiento, Doris nunca hubiera comprado lechuga y, por tanto, no tuvieran nada con lo que comparar, era algo que nadie tenía intención de señalarle. Mucho menos de decirle que no querían probar el pastel de posos de café, que no era necesario sustituir los ingredientes del crujiente de manzana porque tenían todos los habituales en casa y que nadie estaba de humor para celebrar una fiesta. Hacía dos meses que aquello que Churchill había bautizado como la batalla de Inglaterra se encontraba en pleno apogeo. En el aire, sobre las cabezas de sus habitantes. Hitler y Göring estaban decididos a destruir la Air Force antes de enviar a sus Panzer y su infantería a través del mar y tomar posesión de la nación a la que consideraba su más peligroso enemigo.

Hacía casi mil años que nadie invadía aquella isla. ¿Habrían llegado a su fin esos mil años? ¿Comenzaría un nuevo milenio? ¿Se unirían a los innumerables refugiados a los que Hitler había ido dando caza por toda Europa? Entre tanto, las estaciones de Londres se habían llenado de

padres que ponían a sus hijos carteles en el cuello antes de montarlos en un tren. Les decían que los enviaban evacuados al campo y que solo sería por un par de meses, pero aquellos padres ignoraban si realmente volverían a ver a sus niños alguna vez.

Amarna debería haber enviado también a Chaja. Pero separarse de ella estaba fuera de toda discusión. Buscó apresuradamente con la mirada a la niña, quien acababa de lograr de uno de los invitados el cromo de Jean Harlow y se lo mostraba a Deirdre con orgullo:

—Mira. ¿A que es bonita? Tan rubia…

—Como yo —replicó Deirdre con todavía más orgullo, pasándose los dedos por entre los claros mechones.

Deirdre y Chaja eran una pareja de amigas de manual: tan pronto eran inseparables como, un segundo después, se echaban las manos al cuello de pura envidia. Lo único que no era de manual era el tiempo que les estaba tocando vivir. Sus peleas no surgían por caramelos de ruibarbo o por las notas del colegio, sino por sus padres. El padre de Deirdre estaba en la Marina, y desde que la señora Watford, la profesora, les había leído a los niños los elogios de Churchill hacia la Royal Air Force, la pequeña pagaba con Chaja su deseo de restitución.

Incluso ahora había logrado desviar la conversación sobre estrellas de cine rubias hacia su padre, igualmente rubio.

—De todas formas, me alegro de que papá esté en la Marina —señaló—. Si estuviera en la Air Force, probablemente no tardaríamos en recibir un sobre amarillo en el que dijera que ha caído. Mi tío Herbert dice: «Los alemanes tienen el doble de aviones que nosotros, van a derribar con sus Stukas a todos nuestros cacharros como si fueran cestos».

Chaja dio un paso hacia atrás, como tomando impulso para arrojarse al cuello de Deirdre y darle una respuesta en condiciones, pero tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Pero Chaja —dijo Deirdre—. ¿Por qué lloras? No pueden derribar a tu papá… ¡Tú no tienes padre!

La ira que atenazó la garganta de Amarna fue intolerable. Eran cosas de niños. Para la amiga de Chaja, ella ni siquiera era alemana. «Para la mayoría, yo tampoco lo soy —pensó Amarna—. Tengo que estar agradecida por ello». A los alemanes sin pasaporte británico se los enviaba a campos de internamiento, incluso a los niños de los transportes de Lilly Greenstein, tan pronto como cumplían los dieciséis. Lilly, que ya no había podido sacar a más niños de Alemania desde el inicio de la guerra, luchaba desesperadamente por lograr liberar, al menos, a esos jóvenes. Amarna la ayudaba y llevaba comida y ropa a los chicos de los campos. Había empezado a tomarle afecto a Lilly. «A ella le debo lo que me mantiene en pie», pensó mientras abría los brazos. Chaja, quien, aturdida, se tiraba de su nada rubia melena para forzarse a dejar de llorar, echó a correr y se arrojó contra el pecho de Amarna.

«Tú haces que algo en mi interior siga siendo tierno, aunque todo lo demás se vuelva duro». Chaja llevaba el uniforme del colegio: sobre la blusa blanca, un jersey azul con el escudo «Escuela Primaria St. John on Bethnal Green», además de una falda gris y unos relucientes zapatos de hebilla. Una inglesita aún más perfecta que cualquiera de sus compañeras. Sin embargo, cuando Amarna recogía a la niña del colegio, los otros padres se quedaban mirando a aquella pequeña de cabello negro como la tinta. Sin mala intención. Tampoco se quedaban mirando a Arman con mala intención, sino, más bien, con fascinación, incluso con cierta libidinosidad, incapaces de comprender que la gente así quisiera llegar a mezclarse entre la

multitud.

—Tu pelo me parece más bonito que el de Jean Harlow —dijo Amarna y enterró la nariz en aquella negrura sedosa y aromática.

Se sentía capaz de sobrellevar una conversación sobre tipos de cabello. Sobre padres, quizá no.

—¿De verdad? —El rostro de Chaja se iluminó.

—De verdad de la buena.

—Pero el rubio es tan dorado… Como el de los ángeles.

—En París hubo alguien que te llamó ángel —repitió Amarna—. *Un ange*. ¿Te acuerdas? Eso significa ángel.

Chaja reflexionó unos instantes.

—El pelo negro parece judío —dijo, entonces—. Y los judíos no son ángeles.

Amarna la abrazó, no tanto para protegerla del mundo como para protegerla de sus propios pensamientos.

—Mira lo negro que es el cabello de Rehan… Y no es judía. Esas son solo las cosas que dice la gente porque el mundo les da menos miedo si está todo ordenado e igual.

—¿Como el escritorio de Arman?

Amarna no pudo evitar reírse, aunque oír el nombre de su marido era como un mazazo.

—Exactamente —dijo ella—. Arman siempre lo está ordenando todo porque así se siente más seguro.

—A mí me parece más bonito cuando todo está en su sitio —dijo Chaja—. ¿Es que los judíos sobran?

—Menuda tontería. Una niña como tú no puede sobrar nunca de ninguna parte. Si acaso, la que sobra soy yo.

Chaja la miró. Cuando Amarna se enamoró de Arman, era capaz de pasarse horas mirándole a los ojos y, ahora, le ocurría lo mismo con Chaja.

—Si no hubiera judíos, todo estaría en su sitio y no sobraría nada —dijo Chaja, abrazando a Amarna—. ¿No podrías ser tú mi mamá? Si tú fueras mi mamá, yo no sería judía.

«Sí —pensó Amarna—. Claro que puedo serlo y quiero serlo. Pensé que no podría, pero ha sido muy fácil».

—Tú ya tienes una mamá —se obligó a contestar—. Tu mamá estaría muy triste si quisieras cambiarla por otra.

Era una de las frases prefabricadas que Lilly Greenstein le había hecho recitar. Por dentro, se repetía: «Me da igual si esta mujer desconocida está triste. Me da igual, me da absolutamente igual».

—Mi mamá no me quería —dijo Chaja.

Lilly también la había preparado para eso. Muchos niños creían que sus padres habían querido deshacerse de ellos, pero Chaja nunca había comentado nada parecido. Durante aquellos casi dos años se había comportado como si hubiera surgido de un huevo en medio de Inglaterra. El dibujo que había hecho con Arman había sido la única muestra de que recordaba tener alguna vida antes de su llegada a Harwich. El dibujo y el *jachkar*.

—Chaja, no debes decir esas cosas.

—¿Por qué no? Arman dice que puedo decir todo lo que se me pase por la cabeza. Dice que

es bueno para que todo esté en orden dentro de mi cabeza.

«Mis dos oficiales prusianos», pensó Amarna y habría querido destrozar algo con sus propias manos por el dolor que le producía aquel pensamiento.

—Está bien —dijo—. Pero ideas como esas no tienen por qué estar en tu cabeza, porque no son verdad. Tu madre te quiere. Hizo lo que era mejor para ti…

—Me da igual que no me quisiera —la cortó Chaja—. Yo tampoco la quiero a ella. Yo te quiero a ti.

«Y yo a ti. ¿Por qué no nos dejan querernos?».

—Y a Arman —dijo Chaja—. Amarna, ¿es verdad lo que dice Deirdre de que los alemanes van a derribar a Arman?

Tenía la mirada inquieta y le temblaban los labios.

—Arman no pilota —dijo Amarna con toda seguridad de la que fue capaz—. Muchos oficiales de la RAF trabajan en tierra, ya lo sabes.

Aquello no era mentir o, por lo menos, esperaba que no fuera mentir. No quería mentirle a Chaja. Ya pasaba ella suficientes noches en vela pensando que quizá su marido estuviera muerto y que lo último que había escuchado de sus labios habían sido mentiras. «Te he amado tanto, Arman, y he amado tanto nuestro amor. Incluso cuando eras insoportable y yo era insoportable, cuando eras mi jabalí salvaje y yo tu bruja agorera, no quería a nadie más que a ti ni quería ningún amor más que el nuestro, porque carecía de medias verdades. Yo veía a otras parejas y pensaba: “Soy una mujer afortunada y me envidio a mí misma porque vuelvo a casa corriendo presa del ansia por ver a mi marido”».

Lo peor era que el ansia no había desaparecido. Aunque lo único que quedara fueran las mentiras y la confianza rota, ella seguía añorando a un hombre al que, quizá, nunca había conocido de verdad.

—¿Trabajar en tierra no es peligroso? —preguntó Chaja—. ¿Allí no te disparan los alemanes?

«Los alemanes», como los llamaban Chaja y sus amigos imitando a sus padres, bombardeaban las bases de la Air Force sin descanso. La pista de aterrizaje de Hornchurch, donde Arman había aprendido a pilotar, la habían destruido las bombas incendiarias. Y había habido muertos. Siempre había muertos. Cuando la BBC anunciaba los nombres de los aeródromos atacados, la gente cuyos familiares pertenecían a la Air Force se sentaba, rígida de terror, junto a la radio y rezaba para no oír el nombre que más temían. Amarna, no obstante, no sabía qué nombre debía esperar. Wally le había contado toda la historia de los paracaidistas y los espías infiltrados, pero no había podido decirle dónde se encontraba Arman. «Es un hombre —le había explicado, como si él mismo no lo fuera—. Probablemente el espionaje le parece la aventura más grande en la que podría embarcarse, porque así ya no sería una víctima maltratada, sino un agente con nervios de acero».

Chaja seguía esperando una respuesta. Amarna quiso abrazarla de nuevo, pero la niña se revolvió, como solía hacer Arman cuando ya no se sentía seguro. Hacía un par de semanas que había vuelto a llorar por las noches. Ahora estaba de pie y miraba a Amarna con desconfianza. Cerró la manita en torno a la cruz que le colgaba del cuello.

—Quiero que Arman sea mi papá —gritó Chaja—. Tienes que decirle a Deirdre que la van a castigar por decir que no tengo papá, porque mi papá está en la Air Force y nadie puede ofender

a nuestra valiente Air Force. La señora Waterford nos leyó lo que el primer ministro Churchill había dicho: *«Never was so much owed by so many to so few»*.

«Nunca tantos debieron tanto a tan pocos». El país entero repetía la frase del discurso de Churchill como una oración.

—Esos pocos son los de la Air Force —dijo Chaja con orgullo—. Salvan al mundo de Hitler, y uno de ellos es mi papá.

Y, diciendo eso, se echó para atrás el cabello negro, tan poco inglés, recogido con un pasador con la Union Jack impresa en él. A Amarna se le partió el corazón.

—Tú papá estaría muy triste si… —comenzó.

Pero, entonces, se interrumpió. «Que le den al papá triste, que le den a las reglas de conducta de Lilly Greenstein y que le den a la traición de Arman. Se trata de Chaja, de una niña de siete años a la que los delirios de los adultos han arrancado de raíz de su hogar y ya no le permiten asentarse en ninguna parte».

—Arman y yo somos tus padres en Inglaterra —dijo—. Nos preocupamos por ti, cuidamos de ti y te queremos. Esta casa es tu hogar, y toda la amalgama de gente que hay aquí son tu familia.

—¿También Doris?

—Claro —dijo Amarna—. Doris especialmente.

—No me gusta la ensalada de Doris —dijo Chaja.

—Lo sé —respondió Amarna—. La mayoría de las cosas que Doris cocina no están muy buenas. Debería presentarse en *Kitchen Front* y decir: «Sustituyan todo por todo y nadie notará la diferencia».

—¿Estáis hablando de mí? —preguntó Doris.

—Sí —respondieron Amarna y Chaja a coro.

—¿Algo malo?

—Jamás en la vida —dijo Amarna—. Solo acabamos de decidir que eres la mejor sustituta de Gran Bretaña. Si pudiéramos sustituirlo todo tan bien como tú, haría tiempo que le habríamos enseñado a Hitler lo que es el miedo. *Happy birthday,* Dee. Te quiero.

—A ti también se te da bien sustituir —dijo Doris—. Acabas de hablar igual que lo habría hecho Black Beauty. —Y, de inmediato, se llevó la mano a la boca—. Y ya estoy otra vez metiendo la pata. No se puede sustituir a los maridos. Quiero decir que, en general, está claro que se puede vivir sin ellos, pero, si no se puede bailar, no es una fiesta de verdad. Y a mí me daría un ataque si no pudiera volver a arrastrar a mi *Yorkshire Pudding* y marcarnos un *slow fox*.

Amarna quiso levantarse para ir a buscar a Seb y convencerlo de que fuera la pareja de baile de Doris, pero Chaja la retuvo sujetándola de la falda.

—Arman va a volver y acabaremos nuestro *jachkar*, ¿verdad? ¿No será que nos ha abandonado y no va a regresar?

—Paparruchas con tomate —dijo Doris—. Canallas los hay en todas partes, no creas que en Inglaterra no hay ninguno, pero un corazón sincero lo puede tener también alguien que venga de Oriente. Black Beauty nunca os abandonaría. Antes preferiría morir —añadió y contuvo el aliento, horrorizada—. *Oh, my giddy aunt*. Me voy a comer la cartilla de racionamiento para mantener esta bocaza mía ocupada.

Sin embargo, Chaja no tenía ningún problema con los *lapsus* de Doris.

—No pasa nada —dijo, satisfecha—. Tampoco querría tener un papá para el que sus hijos no fueran importantes.

Amarna escuchó con atención. No era la primera vez que se acordaba repentinamente de Paul Vollmer quien, en lo concerniente al padre de Chaja, nunca le había proporcionado más información que un elocuente silencio.

Segundos después, alguien gritó junto a la mesa con un chillido tan agudo que ni siquiera se pudo reconocer la voz. Amarna se dio la vuelta y vio a Rehan, que había saltado de la silla y cuyo armazón de costura, con el que le estaba bordando un chal a Chaja, había caído al suelo. Los perros, Snow White y Claude-Jeune, también daban brincos y corrían por la ribera.

—Aleluya —dijo Doris—. Hablando del rey de Roma…

Chaja lo dejó todo y salió precipitadamente.

Amarna permaneció quieta, sentada, y lo miró durante un par de segundos antes de que Rehan se echara en sus brazos. Tenía un aspecto horrible. Las mejillas hundidas, la piel pálida, el cabello desgreñado y sucio de la cabeza a los pies. Le dio un vuelco el corazón. «Alabado sea el cielo», pensó y miró hacia la superficie azul grisácea del atardecer por la que, por una vez, no se apreciaba ninguna estela de gas procedente de ningún avión. Desde que había empezado la guerra, eran muchos los que pensaban en el cielo, a pesar de no haber pisado nunca una iglesia. Ella no sabía qué decirle ni cómo iba a poder seguir viviendo con él. Solo que lo quería allí. Prefería odiarlo a perderlo. «Quiero hacerte daño, quiero golpearte, hacerte sentir una mínima parte de lo que me has hecho sentir tú, del terror que me has provocado. Pero no quiero que lo hagan otros».

Él intentó ponerse en cuclillas, como hacía con frecuencia, pero le fallaron las fuerzas. Rehan, Chaja y los perros se arrojaron sobre él. Los demás subieron corriendo la cuesta: Doris a la cabeza, seguida de Jordan, con el pequeño Édouard, Dexter, Seb, Deirdre, Kathy Burgess y las mujeres y los niños del vecindario. Solo una persona siguió sentada a la mesa. Bülent. Estaba atardeciendo y pronto caería la noche. A la tenue luz del crepúsculo el anciano parecía tan frágil que casi resultaba transparente, con su cabello revuelto como una tela de araña, el rostro céreo y sin lágrimas. Amarna fue hacia él y se sentó a su lado en la banqueta.

—Vete a saludar a tu marido, *sevgilim* —le dijo Bülent—. No lo trates como si fuera un criminal.

Amarna le besó la cabeza.

—Estoy enfadada con él, Bülent.

—De allí de donde yo vengo, no nos hace falta pronunciar ningún juramento cuando nos casamos —dijo Bülent—. Lo único que tenemos que hacer para ser marido y mujer es traer a nuestros padres, ir a la *nikah* y ya está. Pero tú te casaste con tu marido en esa enorme iglesia inglesa e hiciste un juramento.

Arman lo había querido así. Se casaron en la iglesia junto a la estación de metro, a la que él iba a misa todos los domingos para hacer lo que hacían los ingleses, no porque la iglesia, los juramentos y el cielo significaran algo para él. Jugaba al críquet, cortaba el césped, rezaba un par de padrenuestros en la iglesia anglicana a pesar de que el contenido de la oración le era tan indiferente como si lo que llevaba al cuello fuera una estrella de David o un crucifijo.

—No sé lo que significa tu juramento —dijo Bülent—. Antes de ir a mi *nikah*, a mi boda, mi padre me dijo: saluda a tu mujer cuando llegue a casa y dile: «me alegro de verte». El que no es

capaz de mostrarle respeto a su mujer, no merece que le muestren respeto. El padre de la novia le dijo lo mismo: «muestra respeto a tu marido». Si tratas a tu marido como a un criminal, entonces ¿qué eres tú? ¿La mujer de un criminal?

—¿Mentirle a tu mujer puede considerarse respeto, Bülent?

—No me gustan esos «pues tú más» —dijo Bülent—. Te he dicho lo que tenía que decirte y, si no quieres escucharme, entonces repetirte lo mismo con otras palabras no va a servir de nada. También lo intentaré con Arman y, si no me quiere escuchar, entonces podéis iros los dos a vuestra gran iglesia y jurar lo que os dé la gana.

Se levantó con gran esfuerzo, alzó su delicado y seco rostro hacia arriba y llamó a Arman por su nombre.

Arman se desembarazó de la multitud y fue hacia ellos. Bajó con la cabeza gacha y se detuvo a dos pasos de distancia. Visto de cerca, no parecía cansado, sino enfermo.

—*As-salamu aláikum* —dijo.

—*Wa aláikum as-salam* —respondió Bülent.

Arman besó la mano de Bülent y se la posó en la frente y los ojos. Después, la soltó y se limpió las lágrimas.

—Estoy sucio.

—Ya lo veo. Tu mujer no está contenta contigo. En la guerra, Arman, uno debe cuidar de sus hijos. Y yo no habría tenido tantas preocupaciones si no hubiera tenido que aguantaros a vosotros dos.

Arman volvió el rostro hacia Amarna. Estaba realmente sucio. Mal afeitado, con la piel de las mejillas en carne viva. Como si se hubiera escapado de una de las trincheras de aquella a la que los británicos llamaban la Gran Guerra y hubiera llegado hasta allí corriendo. Amarna interrumpió su cadena de pensamientos. Los ingleses ya no llamaban a aquella la Gran Guerra, sino a la guerra anterior. Quizá tampoco la llamaran ya la Guerra Mundial, sino la Primera Guerra Mundial.

—Tenemos que ir al búnker —dijo Arman con su suave voz oriental, con la misma con la que le había declarado su amor y le había ablandado cuando había querido cantarle las cuarenta —. Tenemos que llevarlo todo. Tenemos que meter los papeles importantes en una bolsa y poner en la puerta todo lo que queramos tener a mano. El Hagen de Chaja, tus mapas de Urartu, los bordados de Rehan, las máscaras de gas, los medicamentos, los álbumes de fotos que no queramos perder bajo ningún concepto…

—Arman —dijo Bülent—. Tienes treinta y siete años, eres un soldado y el metal que llevas en el pecho te lo ha dado tu país en señal de valentía. Me avergüenza que te comportes como un cobarde. Déjate de palabrería y pídele disculpas a tu mujer.

—¡No! —exclamó Amarna.

—¿Por qué no? —preguntó Bülent.

—Porque no le puedo perdonar —dijo Amarna.

—Por favor, vamos a meter todas esas cosas en el búnker —dijo Arman—. Vamos a mandar a toda la gente que tenga entrada para los refugios públicos que vaya para allá, y a los que tengan su propio búnker, que se vayan a casa. Los demás pueden meterse con nosotros en el nuestro, pero mañana tenemos que asegurarnos de que todo el mundo encuentra alojamiento y nosotros marcharnos tan rápido como podamos a Kent…

—¡Arman! —gritó Bülent, alargando el brazo con gran esfuerzo y agarrándolo de la solapa para atraerlo hacia él—. ¡Contrólate de una vez!

Arman posó el brazo sobre el hombro de Bülent y colocó la mano que le quedaba libre en la boca del anciano.

—No, *babacığım* —dijo.

Padrecito. Amarna jamás le había oído llamar a Bülent así.

—Tenemos que mandar a todo el mundo al búnker ahora mismo, tenemos que intentar asustar a los niños lo menos posible y todo lo demás puede esperar.

Chaja llegó corriendo y se echó a los brazos de Arman.

—Tienes que decirle a Deirdre que eres mi papá. Ella no me cree. Deirdre ya no es mi amiga, ¡es un zoquete idiota!

—Nosotros dos vamos a llevar a Deirdre y a todos los demás niños a casa, ¿vale? —Arman la tomó de la mano—. Me temo que la mayoría de los zoquetes idiotas solo creen lo que ven.

De la mano, seguidos por las mujeres, los niños y los perros, echaron a correr pendiente abajo en cuanto las sirenas comenzaron a sonar. Nadie que oyera aquel sonido podría olvidarlo. La idea de confundirlo con el claxon de un coche era ridícula.

—¡Escuchadme todos! —exclamó Doris—. En cada búnker solo caben seis personas y nosotros somos dieciséis, así que vamos a estar apretados. Que nadie coja nada que no necesite desesperadamente y, después, todos al redil, calladitos y sin rechistar. Y que nadie se traiga comida. Black Beauty ya ha acaparado suficiente como para hacer sentirse orgulloso a un hámster.

Tuvieron que darse prisa y eso estaba bien. Amarna agarró todo lo que le cupo en las manos: el mono de peluche de Chaja, sus fotografías de Urartu, una tablilla de escritura cuneiforme que Arman había robado de Hattuša y la carta de Sedat Veysel. Cuando llegó al dormitorio, se dio la vuelta de inmediato. La habitación entera era un recuerdo de su amor, ocho años de vida con un hombre que apenas podía sonreír y, sin embargo, la habitación que compartía con su amada recreaba una sonrisa. No tenía sentido pretender proteger un fragmento. Tan solo se pudo meter en el bolsillo de la falda un cocodrilo de papel arrugado que él le había hecho una mañana.

Iban a ser ocho los que se metieran en aquel búnker camuflado con hierba y equipado con bancos a modo de camas: Rehan, Bülent, Kathy, Seb, Jordan con Edu, Amarna y Doris, cuyo propio búnker estaba ya repleto antes de que pudiera entrar en él. Entre las piernas de todos se acumulaban las bolsas, maletas, hatillos, ropas hechas una pelota y los perros. Arman tenía razón: tenían que haber hecho algún simulacro.

—Tendremos que apretarnos un poco —ordenó Doris—. Chaja y Black Beauty todavía tienen que venir con nosotros y, en cuanto metamos todos allí el trasero, no va a haber espacio ni para granos de café.

Encendió su linterna de bolsillo y apuntó hacia la puerta del búnker sin abrirla aún. Las sirenas aullaban sin interrupción. Amarna tenía la sensación de tener el cuerpo entero de gallina y en su interior se sentía igualmente crispada.

—Baja de una vez, *sugar pie*.

Doris señaló hacia la puerta en el suelo. El Anderson Shelter se había fabricado en serie y sin montar, por lo que habían tenido que armarlo entre Dexter y Arman. Doris resplandecía.

—Tenemos un búnker bajo el búnker. Tu amorcito me ha dicho que ha instalado dentro la

radio de un coche con una batería, para que pueda seguir oyendo a Gert y Daisy en caso de que tengamos que permanecer mucho tiempo aquí.

Amarna abrió la puerta y todos se inclinaron sobre la abertura por la que Doris se disponía a ir haciendo entrar a los presentes, uno detrás de otro, como una prestidigitadora en un truco de magia. Junto a la radio y el botiquín de primeros auxilios había varias linternas, conservas, leche en polvo, carne seca, seis tabletas de chocolate con frutos secos de Cadbury, cuatro botellas de vino de La Gironda, un camping gas, la cafetera de Arman, barajas de cartas, dos recopilaciones de poemas de la biblioteca, un orinal portátil y unos resplandecientes fórceps metálicos.

—¿Eso qué es? —graznó Doris.

—Es instrumental de parto —respondió Jordan, lacónica—. Lo puso aquí antes de que Edu naciera.

—Este Black Beauty dejaría en ridículo al tipo ese del barco —dijo Doris—. Ya sabes, el de la Biblia, el que se escapó del Diluvio con todos esos animaluchos.

—Es descendiente suyo —dijo Amarna.

El sonido de las sirenas lo calaba hasta los huesos. Cuando comenzaron las detonaciones, todos empezaron a gritar, se inclinaron hacia delante y se echaron las manos a la nuca. Edu berreaba, Claude-Jeune y Snow White aullaban. Doris abrió la puerta y arrastró a Chaja y Arman con tal fuerza al interior del búnker que se tropezaron con las piernas de los que ya estaban dentro. Amarna agarró a Chaja y la apretó fuerte contra ella. Arman se agarró a la estructura de la litera superior y echó el cierre a la puerta. Parecía que la casita de plomo fuera a desmoronarse de un momento a otro.

—¡Abrid la boca! —gritó Arman—. Si no, os reventarán los tímpanos.

Las detonaciones se sucedían una tras otra, las maletas y bolsas saltaban y los presentes se aferraban los unos a los otros. Era el infierno, era insoportable, era como correr bajo el granizo: en el momento en el que crees que van a derribarte, los golpes se vuelven más suaves y acaban por extinguirse, con algunas réplicas aisladas.

Todos temblaban como Amarna no había visto temblar a nadie. Jordan lloraba, Edu y Rehan gemían, Seb estaba pálido como un fantasma y contenía las arcadas.

Chaja estaba sentada en el regazo de Amarna, pero se escapó de entre los brazos de esta y se dirigió hacia la puerta.

—Siéntate con nosotros —le dijo a Arman—. Se te doblan las piernas, como las salchichas cocidas de Doris.

Arman le lanzó una mirada significativa y se agarró con más fuerza a la estructura de la cama. No había más sitio en los bancos. Le corría el sudor por la frente.

—Deja que Black Beauty se siente y vosotras dos os sentáis en su regazo —dijo Doris—. Hace mucho tiempo que no estáis juntos, seguro que no os molesta apretujaros un poco.

Su sonrisa socarrona murió en el acto. La propia Amarna había pensado ya que esa era la solución más lógica, y Chaja se deslizó de su regazo, pero ella misma no se movió.

—Está bien —dijo Arman.

Tiritaba.

—Entonces, quédate con mi sitio —dijo Doris, levantándose—. ¿Dónde están vuestros modales? Os pasáis el día escuchando los discursos de Churchill y sin embargo ¿dejáis que un hombre que viene de la guerra se quede sin asiento? ¿Qué va a pensar él, entonces? ¿Qué ya no

está en su casa?

Chaja se abrió paso hasta él y lo abrazó por las caderas. Doris posó una mano sobre su hombro y lo obligó a sentarse en el banco.

—Tú te quedas aquí —dijo—. Te haré un té con este cacharro, si quieres. O, espera.

Apartó todo lo que había por el suelo, abrió una puerta y sostuvo una chocolatina en el aire como si fuera un trofeo.

—¿Quieres?

Arman negó con la cabeza y sus labios parecían cerca de esbozar una sonrisa. Abrazó a Chaja, quien se había hecho un ovillo en su regazo, como un monito.

—Tienes que sentarte, Doris —dijo—. Esto puede durar bastante. Podemos plegar las camas superiores y, los que estén cansados, echarse a dormir.

—Oh, sí, por favor —exclamó Jordan, quien no dejaba de dar el pecho a Edu para tratar de mantenerlo calmado y parecía estar al borde mismo de sus fuerzas.

—Pero ¿cómo vamos a caber los de abajo? —preguntó Doris.

—Nos agacharemos —dijo Arman.

Una detonación absorbió sus últimas sílabas e hizo que el suelo entero temblara. Doris se dejó caer junto a Chaja en el regazo de Arman y de nuevo se echaron todos las manos a la cabeza durante lo que pareció una eternidad, con las bocas abiertas. Dejaron de contar después de diez o doce impactos.

—Nuestras casas —murmuró Doris cuando las explosiones cesaron finalmente—. Cuando todo lo que hay aquí se haya acabado… Si allí afuera está todo destruido, ¿qué pasará?

—Si eso te distrae, podemos encender la radio —dijo Arman—. Tú podrás cantar *For She's a Jolly Good Fellow* o yo podré enseñarte una canción nueva. Una muy verde. Lo que sea con tal de evitar que te hagas esa pregunta, que solo hará que pierdas la razón.

—No me lo creo —dijo Doris—. No me creo que finalmente aceptes cantar una canción verde.

Pero Arman no cantaría ninguna canción. Al menos no mientras hubiera riesgo de que alguien lo escuchara.

—No hasta que los niños se vayan a la cama —dijo Arman—. Y Bülent no puede enterarse.

—Por él no tienes que preocuparte —dijo Doris y señaló a Bülent, quien roncaba en una esquina.

Arman lo colocó en una posición más cómoda y lo tapó con una manta.

—Está tan delgado… —dijo.

—¿Tú te has visto últimamente? —preguntó Doris.

Desplegaron las camas las unas contra las otras y prepararon un lado para Chaja y Rehan y el otro para Kathy, Jordan y el bebé. Rehan lloró sobre el pecho de Arman hasta que se durmió en sus brazos. ¿Cómo podía haberla dejado en la estacada de esa manera? Él era su ancla con el mundo. Sin él, ella se replegaba en sí misma y se quedaba allí, totalmente sola.

La arropó, acarició el cabello de Chaja y se volvió hacia el otro lado.

—Tengo una carta para ti —le dijo a Jordan mientras le entregaba una linterna y se sacaba del bolsillo de la chaqueta un sobre oscuro y doblado cuatro veces.

Bajo aquel cono de luz, Amarna vio como el rostro cansado y abotargado de Jordan se transformaba.

—¿Es de Lucien?

Arman asintió.

—Si quieres contestarle, hay una posibilidad de reenviarle una carta, pero no durará mucho. Podríamos mandar hacer una foto tuya con Édouard.

Jordan siguió mirando su carta hasta que el sueño la venció entre las detonaciones.

—También tengo una carta para ti —le dijo Arman a Amarna.

Ella se estremeció sin saber por qué. Por su voz, carente de añoranza. Por su rabia. Hasta el final había esperado que Wally se equivocara, pero había estado en lo cierto: Arman había saltado en paracaídas en algún lugar montañoso tras las líneas enemigas y había servido de enlace con la gente que luchaba contra los nazis en la clandestinidad. Para demostrar que no era un insecto al que se pudiera pisotear, sino un arma de acero que no conocía el miedo, el dolor, ni la muerte. Le tendió una carta.

—No la quiero —dijo—. Guárdatela.

—Por favor, tómala —dijo—. Es de Melinée. Cree que Chaja y tú sois preciosas. Es huérfana, igual que Rehan. Ahora está sola y le habría gustado haber tenido un hijo.

—¿Dónde está su marido?

Arman se encogió de hombros y las detonaciones comenzaron de nuevo. Si aquello eran bombas incendiarias, entonces el mundo entero debía de estar en llamas. Arman permanecía inmóvil, aún con la carta tendida hacia ella. Comenzó a hablar de nuevo, entre el estrépito. Ella no podía oírlo, pero entendía lo que decía.

—Por favor, perdóname. Por favor, vete a Kent. No puedo soportarlo.

—Hay muchas cosas que yo tampoco puedo soportar, Arman. ¿Por qué no te quedaste en Francia si claramente tus nervios soportan aquello mucho mejor?

—Porque era de prever que Hitler no seguiría bombardeando nuestras bases mucho tiempo, sino que pasaría a nuestras ciudades. Porque quería llevaros a Kent.

Finalmente, el ruido sofocó todas las palabras. Tras una explosión que resonó como si el búnker se hubiera venido abajo, Seb se tiró al suelo, se agarró las rodillas y comenzó a berrear. Arman fue hacia él, lo abrazó con todas sus fuerzas y le palmeó la espalda. Para cuando las detonaciones fueron disminuyendo, Seb colgaba inerte en los brazos de Arman, a pesar de sobrepasarle media cabeza en altura.

—Es todo ese ruido, estoy bien, de verdad. El ruido me hace perder la cabeza. Ya me pasaba en la puta escuela de cadetes: empezaba a berrear y se me iba la cabeza y ya no escuchaba nada más. No es nada más que eso. Pero esos malditos medicuchos dijeron que no puedo luchar por eso.

—Claro —dijo Arman—. Claro que puedes. Solo que no allí, donde está todo el ruido. Trata de dormir. Mañana hablaremos de eso. Si sabes por lo que quieres luchar, sabes también lo que debes hacer.

—Habrá algo que se pueda hacer, algún remedio que pueda tomar para arreglar lo que va mal en mi cabeza.

—No —dijo Arman—. No se puede hacer nada para eliminarlo. Pero se puede hacer algo para evitarlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque a mí también me pasa —dijo Arman—. Lo he probado todo, pero no se va.

Seb miró fijamente el pecho de Arman. Este agarró el jersey que Rehan le había hecho de la pila de ropa y se lo puso, de tal forma que cubriera la medalla de banda azul con forma de estrella que llevaba colgada. No hablaron más. Después de un rato, Seb se tendió en la esquina frente a Bülent, se arrebujó en una manta y se durmió como un niño. Los tres restantes se agazaparon bajo una de las literas. Doris había descorchado una botella de vino y llenó varias tazas de té con él.

—No es precisamente el Ritz.

—Lo sé —dijo Arman—. Hay que pulir un poco el estilo. Pero el vino es bueno. Por desgracia las existencias son escasas.

Bebieron.

«Maldita sea, no quiero sentirme así contigo —pensó Amarna—. Tan confiada, tan querida, como si todo fuera viento en popa. Deja de mirarme así. No puedes comprarme así. Cuando mañana quieras seguir construyendo tu propia leyenda, te olvidarás de mí. Querías engendrar un hijo, pero no hemos tenido ninguno. Querías dejar un legado de piedra, pero tu zócalo está vacío. Ahora quieres preservar el nombre de tu familia muerta para la posteridad. Arman Artsruni, caído con valor en la lucha contra los genocidas. Y mi nombre no será más que una nota al pie».

—Y ¿qué hay de mi canción picante? —preguntó Doris.

—No me atrevo —dijo Arman.

—Pero me lo prometiste. Los niños están durmiendo y tu Bülent también. Ya no hay nadie que pueda echarte un rapapolvo por eso.

—Me da vergüenza delante de mi mujer.

—Entonces, ¡susúrramelo al oído! —exclamó Doris.

Arman se levantó, se sentó a su lado y enrojeció.

—Como le cuentes alguna vez a Bülent que he sido yo el que te ha enseñado semejante canción, no volveré a hablarte en la vida —dijo.

Entonces, se inclinó hacia ella, se tapó la boca con la mano y le susurró algo al oído. Las detonaciones comenzaron de nuevo, Arman dejó a Doris boquiabierta y siguió susurrando y enrojeciendo más a cada palabra. Doris comenzó a reírse sin dejar de sorprenderse, Arman se retorcía de vergüenza y, para cuando terminó, respiraba con dificultad, como si hubiera estado corriendo, mientras Doris se apretaba el estómago, muerta de risa.

—Ha sido divino —exclamó ella—. Se lo voy a enseñar a todo el mundo. Desde ahora hasta que acabe la guerra, no pienso cantar otra cosa.

—No puedes hacerlo —le rogó Arman—. Me quedaré aquí encerrado en el búnker y no me volveré a atrever a poner un pie en la calle.

—No le diré a nadie de dónde lo he sacado, *silly*. No te preocupes. Serás el último del que nadie pensaría que me lo hubiera podido enseñar. Todos creen que eres un puñetero monaguillo y que jamás serías capaz de pronunciar palabras semejantes.

—No quise aprenderla —se disculpó Arman—. Pero en las bases todo el mundo va cantando cosas así por todas partes.

Doris inició una nueva salva de carcajadas.

—Cómo se les habrá ocurrido. Mira que pervertir al último hombre decente que nos quedaba…

—Yo también quiero escuchar esa canción —dijo Amarna, maldiciendo su curiosidad.

—Nunca. —Volvió hacia ella su rostro carmesí—. De verdad que no, Amarna.

—¿Por qué no?

—No te rías —dijo con voz tenue—. Aunque no te lo creas. Porque todavía sigo intentando hacer que tengas buena impresión de mí.

No se rio. Y lo creía. Quería hacerle daño porque deseaba correr hacia él y echarse en sus brazos. Porque él esperaba conseguirlo con sus miraditas de reojo, pero no debía conseguirlo. Porque todo en él lograba herirla. Así, como si su marido, cuya fuerza, delicadeza y dulzura siempre había adorado, quisiera pisotearla.

—Tú siempre logras dar una buena impresión. —Doris lo besó en la mejilla—. Ahora descansa un poco. Siéntate junto a tu Marnie y echa una cabezadita.

Doris, que había soportado con bravura la locura de la primera noche de bombardeos, también necesitaba dormir. Apenas les había deseado buenas noches y ya había vuelto la cara hacia la pared del búnker y comenzado a roncar.

La mirada de Arman no se apartaba de Amarna.

—Te echo de menos.

«Ahora —se ordenó a sí misma—. Ataca».

—Por favor —dijo—. ¿Puedo besarte? Solo un beso. Me limpiaré la boca.

—No lo necesitas —dijo ella—. Ya tienes tus órdenes.

Él se sobresaltó y bajó la cabeza. Amarna tuvo que apartarse.

—¿También me echaste de menos en Francia? —preguntó ella—. ¿Mientras ibas por ahí a toda velocidad en tu moto plegable, dispuesto a salvar el mundo con la información secreta que habías conseguido, con suficiente valor como para dejar que la Gestapo te arrancara la piel? Si tanto te importo, podrías al menos haberles dado mi dirección para que me pudieran enviar lo que quedara de ti. Así tendría algo que enseñarle a Chaja cuando llorara porque volvía a tener un padre que no se preocupaba por ella. Quizá podría contarle que te habías dejado torturar hasta la muerte por ella. ¿Te parece que se lo creería?

—No hagas eso —dijo Arman—. Por favor, para.

—¿Por qué? ¿Porque no te muestro respeto? ¿Que soy una desagradecida porque no enloquezco de rendida admiración hacia el héroe de la estrella de hojalata en el pecho? ¿Por qué no llamas al *British Movietone* cuando volvamos a tener línea mañana? Estoy segura de que les encantaría venir y grabarte con esa cosa ahí colgada. ¿Qué es, por cierto? Una medalla al valor, ¿a que sí?

—*Distinguished Flying Cross* —murmuró él con la cabeza hundida—. Se las dan a todos. Churchill cree…

—No puedo oírlo otra vez —lo cortó Amarna—. Aquí hasta los niños saben lo que Churchill cree. Nuestros pilotos de la Air Force son los pocos valientes a los que tantos tenemos tanto que agradecer. Y como eso ha llegado a tus oídos y como tú tienes que ser siempre más perfecto que los pobres mortales, te faltó tiempo para aterrizar y ponerte a espiar nazis. Eres ese al que tenemos que agradecerle todavía más.

—Amarna.

No le dio ninguna opción a tomarla en sus brazos.

—Jamás creí que precisamente tú fueras por ahí pavoneándote de tener medallas. Yo pensaba que esas cosas eran propias de mocosos imberbes como Seb. Pero ¿sabes qué? Yo también te

habría dado una medalla. Al hombre que es capaz de guardar vino e instrumental de parto en un búnker, que le cuenta historias a Seb para consolarlo y que le canta canciones obscenas a Doris: alguien así, para mí, se merecería una. Me impresiona, admiro su valor, su inteligencia y su humanidad y, de haber podido, le habría dado algo todavía más hermoso. Me habría gustado darle un hijo. A ese capaz de abandonar a su familia sin siquiera despedirse para demostrar que, con sus actos de valor, es capaz de salvar al mundo de Hitler; a ese lo encuentro ridículo, cobarde y egoísta. Y tiene sentido que no pueda tener un hijo suyo.

Se detuvo a respirar. Él permanecía en silencio. Ella retomó el castigo.

—O ¿no lo haces por ti mismo? —preguntó ella—. ¿Por quién, entonces? ¿Por tu madre?

A Arman se le escapó un gemido y se levantó de un salto.

Amarna no lo miró, sino que siguió azuzándolo a ciegas.

—¿O es por tu hermana, la niña prodigio que aún podía murmurar en tres alfabetos con su último aliento? Espero que no te enfades conmigo, pero todo ese pasado tuyo, ese continuo vivir con los muertos me tiene hasta las narices. Nuestro hijo habría venido al mundo para preservar el nombre de tu clan fallecido. ¿Es que los vivos no cuentan para nada? Pues muy bien, págales a los muertos su tributo. Espero que tu madre esté profundamente orgullosa de ese hijo suyo que deja a su familia en la estacada para cargar contra Hitler en una moto plegable y morir por su honor como un héroe.

Muy cerca de ellos, quizá directamente detrás de la pared, explotó una bomba. Amarna se estremeció y levantó la mirada. Arman miraba al vacío con los ojos vidriosos y lanzaba golpes ciegos a su alrededor. Ella tenía que parar: nadie en su sano juicio trataba de vencer enemigos a los que no podía ver. «Esta es la última —se juró a sí misma—. Después de esto, se acabó».

—En lo que a las bombas se refiere, tienes razón —dijo y tuvo que esperar hasta la siguiente detonación—. No quiero poner a la familia en peligro. ¿Crees que podrás ocuparte de que todos lleguen a Kent? Por Chaja y por mí no tienes que preocuparte. Sedat me ha escrito y me ha dicho que por allí está todo en calma y que él y Emine estarán encantados de recibirme. Aunque no tenga licencia, aunque solo sea para comprobar cómo están las cosas. Me iré con Chaja al Ararat.

—Por favor, no —dijo Arman y se sentó, se volvió a levantar, dio un par de saltos y regresó al mismo lugar.

Era un preso en una jaula demasiado pequeña, en la que no podía esquivar los golpes. Se sentó, dobló los codos sobre las rodillas y hundió la cabeza en las manos.

—Por favor, quédate conmigo, Amarna. No soy valiente, no soy osado, estoy cansado, tengo frío y tengo ganas de vomitar de puro miedo. Si te prometo que no volveré a ir a Francia, ¿me querrías de nuevo a tu lado? Me rindo. No puedo soportar perderte.

Las bombas que cayeron en ese momento parecían haber explotado en medio de la estancia. Su furia lanzó a Amarna contra la pared. No podía creer lo que él acababa de decir. Se dejaba presionar por ella, no ofrecía ninguna negociación absurda como la de que le pegara con un listón en vez de con sus palabras. Simplemente rendía las armas. Ella había ganado y, sin embargo, la victoria le sabía a poco.

—Por favor, Arman, ven aquí. Y no te limpies la boca.

Aturdido, volvió hacia ella una mirada perdida, como si tuviera demasiadas cosas en la cabeza como para ver con claridad.

—No pasa nada.

—Sí pasa.

Ella quería besarlo, quería decirle que el hecho de que él cediera no solo no hacía que doliera menos, sino que probablemente, además, no sirviera para nada porque él ya había sacrificado su autoestima. Además, llegar a considerar respeto lo que había ahora mismo entre ellos le parecía de risa. «¿Cómo es posible? —pensó ella—. Somos buenas personas, nos hemos querido desde el primer día y tenemos amigos como Sedat y Emine Veysel, a los que les gusta tomar el té con nosotros bajo la sombra de sus cipreses. ¿Por qué tiene que venir un loco con ganas de extinguir razas a destrozarnos la vida? ¿Por qué no puede irse a jugar al críquet por ahí?».

Ella se levantó, fue hacia Arman y quiso rodearlo con los brazos, pero no pudo. Algunas personas besaban a sus hijos después de haberles echado una buena reprimenda y decían: «¿Ves? Ya está». Pero Arman no era un niño. Era un hombre y merecía respeto.

—Lo siento mucho —dijo ella—. Tenía que decírtelo, pero me he pasado de la raya. No debería haberte herido de esa forma.

—No pasa nada —dijo él.

—Preferiría que dijeras cualquier cosa menos eso.

—Es lo que siempre digo —murmuró él—. Pero es que es verdad. Las cosas son así en la guerra: si vas a atacar, tienes que asegurarte de hacerlo bien o, si no, solo estarás malgastando tus fuerzas.

Ella posó las manos, titubeante, sobre las mejillas de él y sintió el calor y el sudor frío. Siempre le subía la fiebre cuando estaba totalmente exhausto, era la forma que su cuerpo tenía de defenderse.

—Lo que has dicho, lo decías en serio, ¿verdad? Ya sabes que no soportaría que volvieras a mentirme.

—Sí —dijo él.

—Tenemos que hablar de esto, Arman. Buscar la manera de que los dos podamos vivir con ello. Entiendo que no puedas quedarte mirando sin hacer nada. Todos queremos luchar: Doris, con su *Kitchen Front;* la clase de Chaja envía paquetes a los soldados; Seb lo intenta, aunque no pueda soportar el sonido de las sirenas, y Dexter se ha apuntado con todo su equipo de críquet a la Home Guard. ¿Es que todo eso no tiene ningún valor? Tus misiones suicidas de espionaje ¿de verdad son más valiosas o es solo que te aportan mayor gloria personal?

Wally habría dicho: «Tienes que aceptar que sea como es. Juega al críquet mejor que yo y su brandi es más viejo que el mío. Probablemente esté decidido a que, algún día, el rey lo nombre caballero, porque, como superbritánico, nos deja a todos a la altura del betún».

Lilly Greenstein le había contado que muchos de sus niños se consumían de agotamiento en la escuela, desesperados por destacar. Eran los supervivientes del Diluvio y debían demostrar que habían merecido su puesto en el arca más que aquellos que se habían ahogado. En la carta que la tía de Chaja había escrito, decía: «Te vas sola, pero vas por todos nosotros. Demuéstrales allí arriba, a los de esa isla tan húmeda, de lo que es capaz una berlinesa de la Bleibtreustraβe». Arman no sabía leer en tres alfabetos distintos y no había sido capaz de entender qué tenía que ver el queso francés con los árboles. Durante toda su vida sería aquel que le había robado la plaza en el arca a su hermana.

Ella le había dicho que ese continuo vivir con los muertos la tenía hasta las narices, pero lo cierto era que había sido ella la que había interrogado a gente e intentado recomponer las piezas

de aquella historia como solo podría haberlo hecho una arqueóloga. A Arman solo se le habían escapado un par de frases en una única ocasión: «Agaché la cabeza —había dicho él—. Y, entonces, el hacha le alcanzó a Tuma».

—Te quiero —le dijo Amarna y lo abrazó.

Tiritaba de frío y estaba muy débil, necesitaba un baño caliente, comida que no procediera del *Kitchen Front* de Doris y unas cuantas horas de sueño.

—Podemos llegar a un acuerdo, ¿verdad? Lo único que te pido es que no sea la labor más peligrosa. Wally me ha dicho que podrías pilotar un avión que lanzara panfletos…

—También podría hacer barquitos de papel —dijo él—. O pintar cajas de galletas…

—Ay, señor Artsruni —dijo ella mientras le propinaba un capón, apenas un suave toque sobre su hermoso cráneo—. ¿Por qué tendré que quererte tantísimo?

—No lo sé.

Las sirenas volvieron a sonar.

—¿Qué es eso?

—Es el cese de alarma —dijo Arman.

—¿Quiere eso decir que se ha acabado? ¿Que podemos volver a salir?

—Pero con precaución —dijo él—. Hay que pisar con cuidado, no entrar en ningún edificio comprometido ni recoger objetos desconocidos. La ARP os dio esos panfletos para que los leyerais, no para que Doris los pegara a la valla del jardín.

Ella le sonrió y lo tomó de la mano. Los dos juntos salieron del búnker con las primeras luces de la madrugada. Las dos viviendas, para las cuales la pendiente hacia el canal había actuado como una mano protectora, estaban intactas y, arriba, en el jardín de los Taylor, un Dexter somnoliento aparecía a través de la puerta de su búnker. La cuesta y el camino del jardín estaban cubiertos de desperdicios. Más adelante en la calle, donde antaño había existido una vivienda de cuatro pisos que les bloqueaba las vistas hacia los diques, ya no había nada. Sin embargo, tampoco se podía ver demasiado de los diques: ni las chimeneas de los barcos ni los voluminosos almacenes. El distrito entero estaba cubierto de una inmensa nube de humo cuyo hedor enrarecía el aire.

Arman empezó a toser.

—¿Quieres la máscara de gas?

—No —dijo él—. También recibisteis un panfleto sobre el correcto uso de las máscaras de gas.

—Sí, querido mío —dijo Amarna—. Y tienes todo el derecho a atormentarme igual que yo lo he hecho contigo. Hemos sido de una irresponsabilidad totalmente reprochable, pero hemos sobrevivido a esta noche y ahora podemos seguir viviendo despreocupadamente, ¿me has oído?

Ella le rodeó la cabeza con los brazos, lo besó en la boca y tuvo la desagradable sensación de que el *British Movietone* podría aparecer en cualquier momento detrás de un seto.

Cuando se separaron, él le dijo:

—Amarna, hay algo que quiero pedirte.

—Desembucha.

Le acarició la cabeza, decidida a hacer cualquier cosa que él le pidiera.

—Me preocupa tu padre —dijo—. Por favor, ¿podríamos hablar sobre eso en Kent?

—Eres un hombre extraño —dijo ella—. ¿Qué mosca te ha picado ahora con mi padre?

—No me ha picado ninguna mosca. Es que, cada vez que pienso en él, me viene a la mente una historia que me contaron una vez sobre los sardos y eso me pone nervioso.

—¿A quién conoces tú de Cerdeña?

—A nadie. Era alguien de Berlín, del mundo del cine. Un tipo que quería comprarme algunos dibujos, hace una eternidad. Y volviendo a lo de tu padre…

—Arman —dijo ella y lo volvió a besar—. Dale un respiro a tu cabeza por un momento. Te quiero y quiero que vayamos a Kent a hablar de Dios, del mundo y del rey de Inglaterra.

Poco después, se separaron. Arman se fue a comprobar si algún conocido del vecindario necesitaba ayuda y a conseguir gasolina para llegar hasta Kent. Amarna regresó al búnker para despertar a los demás y poner un poco de orden. Mientras estuvieran en Kent, los vecinos podrían usar el Anderson Shelter y ahorrarse el camino hasta el saturado refugio antiaéreo de la estación de Bethnal Green.

Habían sobrevivido. Había recuperado a su marido e iba a marcharse con él y con Chaja a su bonita casa en el campo, donde podrían reponerse y dejar atrás aquellos meses. Doris, que ya se había despertado, comenzó a tararear la *Marcha del coronel Bogey* de pura alegría.

—Esta es la melodía de la canción picante que me enseñó ayer tu marido. Dios, no se me va a olvidar en la vida. ¿Quieres que te la cante?

—Luego, Dee.

—¿Habéis arreglado ya vuestras diferencias, queridos míos?

—Sí.

—Bien hecho. Ya tenemos suficiente guerra aquí.

Lo que Amarna no acababa de entender era por qué su malestar no desaparecía del todo. Se debería, sin duda, a la noche de bombardeos y a ser consciente de que aquello no había hecho más que empezar. Mientras recogía la ropa diseminada, descubrió, debajo de una banqueta, un sobre de papel fino. Era la carta que la armenia Melinée le había escrito porque pensaba que Chaja era un ángel y que tanto la niña como ella eran muy bonitas.

A la luz de la mañana, a Amarna le pareció algo conmovedor. Sin duda el marido de aquella muchacha se habría visto envuelto en la resistencia y ella debía de estar pasando un miedo terrible. «Es huérfana, como Rehan», había dicho Arman. Eso significaba que su familia también había desaparecido, que no tenía a nadie más que a su marido, quien no podía estar con ella. Su marido armenio, con el que querría tener un hijo en vano. Quizá hubiera escrito a Amarna porque necesitara tenderle la mano a alguien. No haber querido aceptar el sobre de manos de Arman la noche anterior le parecía ahora un gesto infantil y odioso.

Abrió la carta. Estaba escrita en armenio, cuyo antiquísimo alfabeto Amarna siempre había tenido dificultades para entender. Recordó lo que le había dicho a Arman sobre su hermana y se avergonzó. Se metió la carta en el bolsillo de la falda para poder leerla luego. Primero, quería mandar un aviso en la escuela de Chaja de que la niña no iba a acudir durante una temporada.

Echó a correr con la carta en el bolsillo. Seguía sin entender por qué esa sensación incómoda persistía, ni por qué aquella carta no hacía sino agravar el malestar.

29
PAUL.
BERLÍN. OCTUBRE DE 1941

Con cada semana que pasaba, el círculo íntimo de Paul iba volviéndose cada vez más pequeño. La gente con la que solía tratar iba desapareciendo y, en su lugar, aparecían otros en los que no podía confiar. Algunos, con los que le habría gustado relacionarse profesionalmente, habían comenzado a rehuirlo. Su decano, Karl Denitz, se contaba entre ellos. En lo estrictamente laboral, Denitz seguía hablándole, pero no volvió a presionar a Paul nunca más para que fuera a tomar una cerveza al Mutter Wiechert. Naturalmente, Paul no tardó en enterarse de que el resto del cuerpo docente se reunía en privado: los veía marcharse en grupos a su bar favorito, pero, en lo que a él se refería, era como si estuviera hecho de aire.

De los estudiantes que solían alegrarle el trabajo prácticamente ya no quedaba ninguno. Aunque el periodo de asistencia a la universidad se había reducido a nivel general porque los jóvenes querían partir lo más rápido posible al frente o dedicarse a labores asociadas a la guerra, las clases de Paul cada vez estaban más vacías. De seguir así, tendría que temer por su vida laboral. Denitz ya se lo había señalado: «Que el rector Hoppe tiene algún problema con usted no es nada nuevo. Que hay poca asistencia a sus clases, tampoco. No quiero amenazarlo. Simplemente, señalar que aquí sabemos sumar dos más dos y podemos hacer que den cinco».

Paul se dio por enterado y lo dejó estar. Si lo llamaban a filas, tendría que hacer algo. Y ese algo no podía ser ir a la guerra. Sin embargo, qué podría ser ese algo se le escapaba. Por lo menos, los dos estudiantes judíos que aún podían asistir a la facultad seguían yendo fielmente a sus clases. Desde el principio del semestre debían lucir una estrella amarilla sobre la ropa y, con cada vez más intensidad, Paul sentía que él mismo llevaba aquella estrella cuando la gente lo miraba por el rabillo del ojo y decía: «Ese es Vollmer. Se junta con judíos. Es mejor no mezclarse con él». En una ocasión, escuchó tras su puerta a sus dos doctorandos cuchicheando:

—¿Has visto a su novia?

—Ah, pero ¿tiene una?

—Y tanto. Una vieja arpía con nariz ganchuda y piernas torcidas. Prefiero buscarme otro tutor de doctorado, porque si Vollmer no se anda con cuidado, lo van a terminar acusando de traición a la raza.

Su casera no lo echaba de casa, a pesar de que contravenía las normas del edificio. Le aumentó el alquiler, pero como Paul pagaba sin falta le permitió quedarse. Los vecinos lo ignoraban. Paul terminó por acostumbrarse a que nadie lo saludara ya por las escaleras y, al cabo de un par de días, él tampoco saludaba ya.

Los círculos artísticos que había conocido a través de Eva se habían disuelto, y las comunidades de orientalistas se habían llenado de miembros de la *Ahnenerbe* y buscadores de la

Atlántida. El círculo íntimo de Paul iba volviéndose diminuto. Se componía ya solo de tres personas y, una vez que se paró a pensar en esa afirmación, se dio cuenta de que uno de esos tres era, en realidad, un perro. Debería haberse sentido más solo. Y, sin embargo, se preguntaba si aquellos terribles años, 1940 y 1941, con su guerra, con su culpabilidad, con el miedo constante y el silencio igualmente constante, no eran la primera vez en su vida en la que, realmente, no había estado solo.

Cuando era niño, había deseado tener un amigo, uno de esos muchachos deportistas, un camarada del que se le hubieran podido pegar las agallas. Había querido una mujer delgada, culta y pasional como Amarna Brandstätter. Pero no había logrado ninguna de las dos cosas. Su círculo íntimo era diminuto. Un perro, un amigo, una mujer. Tres seres de los que era incapaz de tener miedo. Hugo, el bóxer. El profesor Tilman Brandstätter. Wilma Duvenage.

Tres seres que lo necesitaban. Tuvo la sensación de que sus días como persona dependiente habían llegado a su fin, de que nunca antes nadie lo había necesitado a él.

Aquella mañana en la estación de la Friedrichstraβe había aprendido lo que era el miedo. Él, el cobarde de Paul, que durante toda su vida había tenido miedo de todo. El camino de vuelta lo había hecho corriendo: había saltado del metro y se había abierto camino a través de la marea de gente. Y se había repetido siempre lo mismo, en un bucle infinito: «Por favor, que siga allí, que siga con vida, que la Gestapo no haya regresado».

El alivio había sido tan grande como el miedo. Estaba sola, se había arrastrado hasta su destrozado dormitorio en el cuarto trasero y levantó la cabeza cuando él entró. Estaba demasiado débil como para ir a ver a un médico. Tampoco quería que él le trajera uno, aunque lo hizo de todas formas. Un *Krankenbehandler*, o asistente de enfermos, como se les llamaba ahora a los médicos judíos. No se le estaba permitido tratar a pacientes arios, pero Paul se lo imploró y le ofreció todo el dinero que llevaba encima. Accedió a examinar a Wilma, le curó las heridas y no hizo ninguna pregunta.

—Las heridas menores sanarán —dijo—. Es la pierna lo que me preocupa. Parece como si se la hubiera pillado con un cepo, temo que esté rota. Debería ir a un hospital.

El hospital estaba descartado. La línea de Wilma estaba cortada, por lo que Paul fue a una cabina telefónica y llamó a la universidad para decir que estaba enfermo. Hizo la compra, atrancó el destrozado almacén de patatas tan bien como pudo, reconstruyó la cama desmantelada y se acurrucó en ella junto a Wilma. Ella temblaba tanto de frío como de terror, y los dos se aferraron el uno al otro. No hablaron de la niña. No hablaron de nada. Solo se abrazaron con fuerza y lloraron con rabia. A sus pies, Hugo se hizo un ovillo, les calentó las piernas y creó la sensación de que no estaban del todo desprotegidos.

El perro era lento y pacífico, pero Paul estaba convencido de que se echaría al cuello de cualquiera que tratara de acercarse en exceso a Wilma o a él.

Era tan poco lo que podía hacer por Wilma… Le proporcionó alcohol cuando el dolor se volvió insoportable, le encendió los cigarrillos y se acostó con ella. Ya no quedaba Pernod y tampoco Gauloises, por lo que bebieron licor de frambuesa y fumaron cigarrillos Eckstein sin filtro. Cuando las botellas y las cajetillas se acabaron, Paul se levantó y salió a renovar las provisiones.

—Date prisa, *Paulchen*. No soporto estar sola.

—Yo tampoco.

Paul corrió todo el camino. Le trajo chocolate, le dio de comer, se acostó con ella e hizo todo lo posible por consolarla. Y por consolarse. Cuando los pensamientos lo asaltaban, se daba al alcohol. Entremedias, Paul le cambió los vendajes a Wilma y le echó pomada en las heridas. Era muy torpe. Le hacía daño.

—Lo siento.

—Tonterías —dijo ella—. Hay cosas por las que uno nunca debe disculparse. Y por las que sí, en realidad es una estupidez hacerlo y lo mejor es no hablar de ellas.

Él le preparó sopa. Una olla abollada fue lo único que pudo utilizar. Paul nunca había preparado sopa antes, pero quería hacer algo bueno por ella. *Mutter* Wiechert solía servir la suya con cucharadas de guisantes cuando él estaba «como el tiempo» e incluso le añadía una salchicha entera cortada. «Para que el tiempo no sea muy malo». Paul cortó dos salchichas. Las previsiones del tiempo para Wilma y él presagiaban tormentas, y estas no iban a dejar piedra sobre piedra.

La tercera noche, Paul tuvo que empezar a preocuparse finalmente de resolver lo peor. Se lo había prometido a Wilma. «Déjamelo a mí». Aquellas eran las palabras mágicas. Por miedo a encontrarse con el horror, apenas podía ni tragar saliva y tuvo que tomarse un vaso entero de licor. Él se encargaría. Wilma se lo dejaba a él.

Sabía bien que había personas capaces de hacer algo así, porque lo había comprobado en sus estudios, pero no lo esperaba de sí mismo. Sin embargo, aquella noche descubrió de lo que Paul Vollmer era capaz. Hugo estaba con él. No se apartó de su lado. Cuando regresó a la cama, empapado y temblando con todo el cuerpo, Wilma estaba despierta, esperándolo. «Nunca olvidaré esto».

Sus heridas sanaban. Lo único que no se curaba era su pierna. Quizá la lesión no fuera tan grave como había sugerido el médico judío, pero, en cualquier caso, no podía levantarse ni podía cargar el más mínimo peso sobre ella. Paul volvió al médico, pero la placa que decía «Dr. Julius Herwald. Asistente de enfermos» había desaparecido. Tuvo que regresar a la universidad si no quería cavar su propia tumba. La sola expresión le hizo estremecerse. Además, le preocupaba el profesor Brandstätter.

—Vete —dijo Wilma—. Estaré bien.

—Pero si ni siquiera te puedes levantar. No puedes ni calentarte un vaso de leche.

—¿Y quién sigue bebiendo leche caliente, *Paulchen?*

—Yo, algunas veces. Antes, cuando me ponía enfermo. Mi abuela le echaba un poco de miel.

—Eres un encanto —dijo Wilma con tristeza—. Te habría ido tan bien el nombre *doudou*…

—¿Qué quiere decir?

—Peluchito.

—Puedes llamarme así, si tú quieres —dijo Paul.

Ella negó con la cabeza y en su ajado y maltratado rostro se le marcaron arrugas de preocupación.

—Ya no quiero. El tiempo del *petit Paris* ya acabó. He aterrizado en Alemania.

Odiaba dejarla sola, pero, si seguía sin a trabajar, acabaría por despertar sospechas.

—Volveré mañana por la tarde.

—¿Lo harás? ¿Cómo hemos acabado precisamente tú y yo enredados en este lío? Apenas nos conocemos. Yo le decía Eva: «¿De verdad te llevaste a la cama a ese niño bonito que, en espíritu, todavía lleva pantalones cortos?». Y tú probablemente le dirías: «¿Qué pintas tú con esa vieja

vulgar y sobrealimentada?».

—Yo nunca le…

—No, claro que no. Eres demasiado amable como para decir lo que piensas. Vuelve mañana, si puedes. Vuelve mientras haya un lugar al que volver. Pronto ya no podré pagar el alquiler de esta cochambre y a saber qué haré entonces. Pero, mientras tanto, vuelve. No soporto esta locura, no me soporto a mí misma, creo que tú y tu chucho sois lo único que soy capaz de soportar ahora mismo.

—Yo te pagaré el alquiler —dijo Paul—. Siempre he tenido un buen sueldo y nunca he sabido qué hacer con el dinero.

Ella lo besó.

—Será porque tú no tienes precio.

El profesor Brandstätter le dijo algo parecido.

—Si no fuera por usted, Paul, no sé en qué situación estaría. Quizá hace tiempo que me encontraría entre los que han puesto fin a sus miserias con una dosis de estricnina. Y todo, ¿por qué? Nunca he hecho nada por usted.

El profesor no hacía más que encontrar cortapisas, una detrás de otra. Le habían reducido la pensión por motivos difusos y le habían cerrado la cuenta bancaria, de tal forma que lo habían obligado a consumir sus ahorros y a vivir a salto de mata. Lo habían arrestado e interrogado dos veces y le habían preguntado por contactos y afiliaciones que él ni conocía ni comprendía. Él no había hecho nada más que expresar su opinión profesional, como había estado haciendo durante toda su vida profesional. Para sus torturadores, él era una espinita clavada, porque, en lugar de defender sus tesis con palabrería entusiasta y aduladora, priorizaba la labor científica y no daba su brazo a torcer. Sin embargo, no habían llegado aún tan lejos como para maltratar físicamente a un anciano, aunque las noches en la celda, las amenazas y las órdenes a gritos ya habían sido suficientemente intimidatorias. Brandstätter ya no entendía el mundo, simplemente avanzaba a tientas como un niño perdido en un laberinto.

Paul se ocupó de sus asuntos burocráticos y le hizo la compra. Lo que era incapaz de explicar era por qué hacía todas esas cosas por el padre de un amor perdido. Estaba claro que con ello estaba apretándose aún más la soga al cuello y el miedo no desaparecía. Todo lo contrario: iba aferrándole la garganta cada día más y amenazaba con asfixiarlo. Sin embargo, el deseo de seguir siendo un ser humano, de seguir comportándose como un ser humano, le otorgaba fuerzas inesperadas. Un ser humano se esforzaba por poner a salvo a niños, un ser humano no abandonaba a ancianos ni a mujeres enfermas a su suerte, un ser humano se ocupaba de los animales que habían puesto bajo su custodia. Wilma no podía ocuparse de Hugo con una sola pierna, por lo que Paul se lo llevó a su casa. Cuando su casera montó una escena al respecto, Paul le contestó: «Pago el alquiler, mi perro es un animal tranquilo y limpio. Si no le parecemos bien, a principios de mes me busco otro sitio».

Sufrió una nueva subida en la cuota, así como la amenaza de que al primer ladrido, la bestia se iría a la calle, pero no pasó nada. Él, Paul, el que siempre se cagaba en los pantalones, le había hecho frente a alguien y el cielo no se le había caído sobre la cabeza.

—Yo me ocuparé de vosotros tres —le dijo Paul a Hugo—. Déjamelo a mí.

Se aferró a aquella idea. Cuando estaba solo, lo atenazaba el miedo a perder a uno solo de ellos. De llegar un día a una vivienda vacía o a un almacén de patatas vacío y no saber lo que

habría ocurrido con sus protegidos. Imaginarse que no había sido capaz de mantenerlos a salvo y que estaban muertos, igual que Eva.

Hasta que descubrió que Eva no estaba muerta.

Cuando llegó la primera carta, Wilma ya había sanado lo suficiente como para cojear y ocuparse de buena parte de sus labores del hogar. Era probable que su pierna se quedara ya siempre rígida y torcida, pero eso no la asustaba.

—¿Cómo me va a asustar? —se preguntaba—. Todo el terror que podía sentir me ha calado hasta los huesos y ahí se va a quedar, hasta que me coman los gusanos. Que esa vieja pierna mía ya no quiera funcionar es el menor de mis pesares. El resto de mí tampoco funciona y ya nunca podré bailar con mi Eva en la Quai de la Tournelle. Ya no hay Eva, así que ya no hay París para mí.

Paul había querido consolarla, pero no se le había ocurrido nada que decir. ¿Que todo saldría bien? Eso ya no era posible. ¿Que, al final, ya se pasaría todo? Eso era aún más imposible.

Wilma nunca iba a verlo a su casa. No se permitían las visitas femeninas y su extraña y no del todo clara relación pertenecía al cuartito trasero del almacén de patatas. Sin embargo, cuando aquella tarde llegó a casa, se la encontró frente a la puerta. Tras ella, gemía el perro, que esperaba paciente el regreso de Paul. Wilma, para la que el esfuerzo de llegar hasta allí debía de haber sido agotador, estaba pálida y aferraba el sobre en la mano.

—Eva está viva. Quiere saber qué hemos hecho con su hija.

Se miraron y no supieron qué decir. En lugar de alegrarse de que Eva estuviera viva, Paul sintió como si un cepo gélido le hubiera aprisionado el pecho. Aquello que habían hecho con la mejor de las intenciones les parecía ahora una monstruosidad, porque las circunstancias resultaban ser distintas a las que creían entonces. Ya no se podía deshacer lo hecho, era un barco que ya había partido y ahora tenían nuevas preocupaciones de las que ocuparse.

Paul abrió la puerta, arrastró a Wilma al interior de la vivienda y se echaron el uno en brazos del otro, la gorda Wilma y el torpe Paul, como dos amantes de película. No hablaron de la carta, no hablaron ni de Eva ni de la niña, porque cada palabra era como una puñalada. Todo lo que podían hacer era soportar juntos la conciencia de sus actos, beber alcohol y acostarse. Cuatro semanas más tarde, Paul recibió también una carta. No contestaron ninguna de las dos porque no había nada que contestar. Cuando el verano llegó a su fin, comenzó la guerra. El intercambio de cartas entre Alemania y Francia se paralizó, pero las cartas de Eva, en cualquier caso, no llegaban por correo. El hombre que la había traído le había dado la carta a Paul en un local en Kreuzberg. «Tráigame aquí la respuesta. Siéntese en una mesa individual, pida un té. Yo lo encontraré».

Paul tiró la carta que no pensaba contestarle a Eva ni pronto ni nunca. Ya había contestado a la que había recibido de Amarna justo antes de la guerra. También habría querido ignorar esa otra misiva, pero ¿cómo iba a dejar a Amarna sola con la carga que él mismo había puesto sobre sus hombros? Estaba convencida de que no podía ayudar a la niña porque no sabía por lo que había pasado.

No podía ignorar sus preguntas. Estaba sola con un hombre que no era capaz de hablar de esas cuestiones y con una niña con conductas anómalas. Se forzó a escribir una respuesta. Y lo hizo de tal forma que no puso a nadie en evidencia y sorteó todas las cuestiones delicadas, por lo que, al final, tuvo la sensación de que realmente no había dicho nada. Casi creía ver ante sí a

Amarna arrojando con furia la carta sobre la mesa y se alegró de que la guerra impidiera una nueva respuesta. Sin embargo, eso agravaba el problema con el profesor Brandstätter, al que nuevamente habían interrogado los servicios de seguridad.

—¿Está su hija a salvo? —le preguntó en su siguiente visita—. Su yerno es armenio. Es posible que lo internen… Al igual que a su hija, ¿no es así?

—Mi yerno es de esas personas que sabe nadar y guardar la ropa —dijo Brandstätter—. Hace tiempo que se ha ocupado de que él y Amarna tengan la nacionalidad, su trabajo no hace más que ganar un premio detrás de otro y, solo por si se diera el caso de que Hitler invadiera Gran Bretaña, no me cabe duda de que habrá organizado ya el traslado al siguiente país.

—Por el amor de Dios, hable usted más bajo —dijo Paul, susurrando.

Por aquella vivienda se paseaban sin cesar esbirros que preguntaban y registraban las habitaciones. ¿Cómo saber si las paredes no hablarían?

—¿Lo cree posible? ¿Que Hitler invada Gran Bretaña?

—Sí —respondió Brandstätter—. En lo que a Hitler concierne, me lo creo todo. Me creo que invada el mundo entero. Que no se detenga hasta que borren su Reich de la faz de la tierra, como la Atlántida con la que tanto le gusta compararse.

—Debería irse a Inglaterra. Cómo me gustaría que hubiera una forma de que usted llegara hasta allí.

El anciano lo miró y sus ojos acuosos temblaron.

—A mí también —dijo—. Y me gustaría haberlo escuchado en su momento. Si hubiera una manera, ¿vendría usted conmigo, Paul?

—No puedo —respondió Paul, al que la sola idea de entrar en casa de Amarna lo repelía.

El miedo, no obstante, lo sobrecogió: los nazis lo enviarían al frente. O lo arrojarían a una celda y le golpearían hasta que no quedara nada de su diminuta autoestima.

—Sí, iría con usted —se le escapó.

El profesor Brandstätter le apretó las manos.

—Ojalá hubiera tenido las agallas de pedirle ayuda a mi yerno. Es usted un buen hombre, Paul. Me duele no poder ayudarlo a usted.

Hitler invadió siete países, puso a Francia de rodillas y atacó Gran Bretaña. Las radios Volksempfänger predicaban sin cesar sus mensajes de júbilo. Todo el miedo y el escepticismo que habían reinado hasta entonces, Hitler los había borrado con un ataque de megalomanía y, ahora, su victoria sobre Francia se festejaba aupándolo como a un genio militar. Los británicos habían tenido que huir de Dunkerque como ratas de agua, y la conquista de aquella isla que se daba tantas ínfulas era una mera cuestión de tiempo.

La batalla de Inglaterra comenzó. Según los informes, la Luftwaffe de Göring destruía una base de la Royal Air Force tras otra y los británicos no tardarían en perder toda su fuerza aérea. Sin embargo, la batalla continuó. Tras las primeras y rápidas victorias, comenzó a cundir la inquietud. En la universidad, se sucedían los tumultos. Uno de los estudiantes de Paul recibió una paliza por parte de sus compañeros y pasó varios días arrestado por comentar que consideraba dudosa la victoria alemana. Ya no regresó. Tampoco los dos estudiantes judíos. Sobre las ciudades alemanas comenzaron a caer las bombas: primero, sobre Mönchengladbach; después, sobre Berlín.

Paul, aterrado, aguardaba en el refugio antiaéreo de la universidad. Tenía que ir junto a

Wilma y, en el momento en que avisaron del cese de alarma, agarró a Hugo de la correa y salió corriendo.

—Espere. —Un guarda del refugio antiaéreo se interpuso en su camino—. Hoy he hecho la vista gorda. Pero como vuelva a ver a esa bestia por aquí, tendré que dar parte.

—No nos vamos a volver a separar —le dijo Paul a Hugo mientras corría—. Si a Wilma no le ha pasado nada, no volveré a dejaros solos a ninguno de los dos.

El almacén de patatas seguía en pie: la esquina de la calle permanecía intacta. Tan pronto como llegó, Wilma lo arrastró dentro del local y le tendió en silencio una hoja. Sobre el fino papel había impresa una imagen en piedra, la de un moribundo con el cuerpo tendido y el rostro destrozado, que extendía un brazo sin mano. Sobre la imagen se leía en gruesas letras rojas la palabra GUERRA y, debajo, lo siguiente:

> Con cada bomba debéis recordar:
> Fue Hitler el primero en atacar.

—Lo han arrojado por la calle —dijo Wilma—. Debe de haber sido uno de los aviones ingleses.

Paul le dio la vuelta al panfleto. En el reverso, se leía: «Vamos a ganar esta guerra. Estamos decididos a hacer retroceder a Hitler. Alemanes, uníos a la resistencia. Escuchad las emisiones de la BBC en alemán». Abajo aparecían escritas las horas y frecuencias a las que debían configurar las Volkempfänger para recibir las emisiones británicas. Además, se añadía la advertencia no dejar que nadie los descubriera, puesto que escuchar emisiones del enemigo se consideraba traición y se penaba con la muerte.

—Por decapitación —murmuró Wilma—. Por escuchar la radio. Pero pienso hacerlo de todas formas. La figura de la imagen parece estarnos tendiendo la mano, aunque no tenga mano que tender.

Paul la rodeó con los brazos. Le parecía una mujer dulce y vulnerable, por muy voluminosa que fuera.

—Por favor, ten cuidado. Si te pillaran, me volvería loco.

Ella lo miró, perpleja y, entonces, se echó a reír de una manera como él no le había oído desde que la niña se había ido.

—¿Tú, *Paulchen?* ¿Tú te volverías loco porque le sacaras todavía una cabeza más de altura a la vieja Wilma *Patapalo?*

—¡No digas esas cosas!

Ella siguió riendo.

—¡Esto es la reoca! El mundo se cae a pedazos y el espantajo de Wilma Duvenage cae en brazos de un tipo que haría chuparse los dedos a cualquier bomboncito de por aquí.

Él la besó y ella le devolvió el beso con una pasión que hizo palidecer el más encendido de los sueños de Paul. Era una locura sentirse feliz a pesar de que las paredes a su alrededor estuvieran viniéndose abajo, a pesar de haber cargado sobre sus espaldas con culpas que no eran suyas. Se fueron a la cama. Acostarse juntos les hizo mucho bien y, después, él se quedó recostado en brazos de ella, con la cabeza apoyada en el hombro de aquella mujer, igual que Arman Artsruni había apoyado la cabeza en el hombro de Amarna Brandstätter. Paul había visto

como Amarna le acariciaba la nuca a su rival, el resplandeciente cabello de ella se había desparramado sobre la espalda de él y Paul se había marchado, lleno de envidia. Pero ahora sentía en la nuca las manos de Wilma, que ya no se cubría la maraña de pelo con ninguna peluca, y toda la escena tenía algo de absurdo. Pensó: «Seguiría cambiándome por él, sin duda. Pero no ahora. No hoy. No tan pronto».

Poco después comenzaron a escuchar las emisiones de la BBC en el cuartillo trasero. Las bombas alemanas atacaron Londres seis noches seguidas, algunas veces durante ocho horas, con cuatrocientos proyectiles. Londres ardía. La gente moría a centenares, las casas se desplomaban e incluso el British Museum se convirtió en objetivo. Pero Londres resistió. Las defensas aéreas, de las que los noticieros alemanes se burlaban sin piedad, recibieron refuerzos mediante un círculo de globos de barrera y cazas que realizaban misiones nocturnas. Churchill pronunciaba discursos sin descanso, juraba al pueblo británico que aquella guerra no terminaría si no era con una victoria, pues la libertad del mundo estaba en juego: «Defenderemos la isla que es nuestro hogar a cualquier precio. Lucharemos en las playas, lucharemos en los aeródromos, lucharemos en los campos y en las calles. Jamás nos rendiremos».

Las bombas granizaban sobre Londres, las bombas granizaban sobre Berlín. Wilma, Paul y Hugo pasaron las navidades bajo la cama. Paul no había querido ir al refugio porque no podía llevarse a Hugo con él, pero Wilma había dicho: «Pedazo de idiota, si no quieres ir al refugio, entonces nos quedaremos todos aquí».

Lo peor era que el profesor Brandstätter tampoco fue a ningún refugio. Durante uno de los primeros bombardeos, los vecinos lo habían insultado porque se había negado a realizar el saludo a Hitler, por lo que no se atrevía siquiera a considerar la posibilidad de volver a permanecer en un refugio antiaéreo.

—Durante toda mi vida jamás había tenido que escuchar algo remotamente parecido a lo que me escupieron a la cara en esas horas. No, Paul, no puedo repetírtelas, semejantes palabras no saldrán de mis labios. Todavía tengo la sensación de estar caminando entre estiércol, y es una sensación que me acompañará el resto de mi vida».

Brandstätter estaba muerto de miedo. Por todas partes veía agentes de los servicios de seguridad, soplones, denunciantes y maltratadores, y probablemente la mayoría ni siquiera se los inventaba. Paul temía por él y temía aún más por Wilma, quien no escuchaba las reprimendas por su falta de precaución. Coleccionaba los panfletos con la escultura de piedra en las que, últimamente, se incluían también caricaturas y, por las noches, las pegaba en la pared.

—No están muy elaboradas, pero me recuerdan a lo que solía hacer con Eva: no tomarme a Hitler en serio. Reírme de él, sin más.

Escuchaba la BBC sin cerrar la ventana y discutió con una panda de mocosos que se dedicaban a tirarle a un anciano judío de la barba.

—No puedes comportarte así. Tienes la obligación de tener cuidado.

—Ay, *Paulchen* —dijo ella—. ¿De quién voy a tener miedo después de lo que pasó?

—¿Quieres que vuelvan a pegarte? —insistió él—. ¿Quieres que te maten esta vez?

—No dejaré que me vuelvan a pegar —dijo ella—. Antes me mataré yo misma.

Paul ya la conocía lo suficiente como para saber que no lo decía en vano. Sentía que iba saltando, perro en mano, entre Wilma y Brandstätter, víctima del miedo a llegar demasiado tarde, de perder a uno de los dos. Su trabajo ya no le importaba. No duró mucho. Cuando llegó la

primavera y los ataques a Gran Bretaña comenzaron a remitir, Paul comenzó a buscar como un poseso la manera de llevar a Wilma y Brandstätter a Londres.

Hitler alejaba la mirada de Gran Bretaña y, en junio, atacó la Unión Soviética. Paul había suspendido su última clase y se disponía a marcharse hacia la Bleibtreustraβe cuando, en el patio de luces de la facultad, Denitz le dio el alto.

—Una guerra a dos frentes —dijo, sin saludarlo—. Eso significa que necesitarán el doble de hombres.

—No estoy seguro de lo que me quiere decir con eso —respondió Paul.

—Creo que lo sabe muy bien —dijo el decano—. Es usted un hombre sano en la flor de la vida, que no pertenece al círculo docente nacionalsocialista y cuya labor en la actualidad es prácticamente inútil. Disfrute de sus vacaciones, querido colega.

«Ha insinuado que ya no me necesita —pensó Paul—. Que me van a enviar al frente, donde me dispararán a las tripas y harán que me retuerza como la escultura de piedra del panfleto de la BBC». Había pasado el último medio año tan ocupado temiendo por los demás que apenas había tenido tiempo de temer por sí mismo. Pero ahora el terror contraatacaba con toda su furia.

El verano pasó. En septiembre, las tropas alemanas llegaron a Leningrado. En octubre, al inicio del nuevo semestre, Paul recibió la notificación de su despido de la facultad. En poco tiempo se quedaría sin dinero para mantenerse a sí mismo y a Wilma. Lo enrolarían en la Wehrmacht, un tipo cercano a los cuarenta con el aspecto de un levantador de peso, pero que, durante toda su vida, jamás se había atrevido a meterse en peleas. Un hombre que seguía teniéndole el mismo miedo a un par de azotes con un cinto que cuando era un niño. Que no soportaba el dolor. Que se meaba en los pantalones.

No fue a ver a Wilma, como había prometido, sino que se encerró en su casa con Hugo, se echó un cojín a la cabeza y lloró. Su decepción no tenía límites. ¿Qué había esperado? ¿Que fuera como decía Heráclito, quien llamaba a la guerra «el padre de todo»? «A los unos hace dioses; a los otros, hombres; a los unos, esclavos; a los otros, libertos». ¿De verdad había esperado que la guerra lo liberara? ¿Que hiciera de él si no un dios, al menos un hombre? Una miseria llorosa como la suya no poseía la sustancia de la que están hechos los hombres; no estaba hecho de piedra, sino de cartón, que se deshacía con la lluvia.

Pertenecía a la misma clase que Martin Serner, lo suficientemente idiota como para abofetearse a sí mismo. Paul se miró al espejo, vio su rostro lloroso y el deseo de golpearlo se volvió tan demencial que comprendió la lamentable mueca de Serner. A su espalda, Hugo lloriqueó. Sumido en su autocompasión, había olvidado darle agua al perro. En lugar de perder el tiempo con bofetadas inútiles, fue, le dio de beber a Hugo y malgastó en él 125 gramos de valiosa salchicha Bierwurst.

—Saboréala, ¿de acuerdo? Si alguno de los dos se la merece, ese eres tú.

Llamaron a la puerta. De inmediato comenzó a resonar el odioso martilleo de su corazón, el sudor en las palmas de las manos, la presión en la vejiga: ante la puerta se encontraba su padre con el cinturón, ante la puerta se encontraba el mensajero con la orden de alistamiento. «Nuestro *Paule* no es un niño obediente; nuestro *Paule* va a recibir una buena tunda».

No quería abrir. Hugo, no obstante, saltó hacia la puerta y comenzó a ladrar. Si no paraba, la casera vendría con la llave maestra y echaría a su perro a la calle. Así pues, Paul abrió. En la penumbra de la escalera se encontraba el profesor Brandstätter.

—¿Paul? Por favor, disculpe que lo moleste. Le ruego que contenga a su perro.

Paul agarró a Hugo por la correa.

—¿Qué está haciendo aquí?

Brandstätter no había abandonado su vivienda desde hacía seis meses y Paul tenía que procurarle hasta los paquetes de café Kathreiner. «Amarna», pensó.

—¿Se trata de su hija?

El anciano asintió.

—¿Puedo entrar?

—¡Por supuesto!

Paul se echó apresuradamente a un lado y guio a Brandstätter hasta su cuarto, lleno de vergüenza. Siempre había querido una vivienda llena de estilo y solidez, pero a lo más que había llegado había sido a un piso amueblado. Al final, nunca había llegado a reunir las energías para quitarles la mierda de tapetes de ganchillo a la mierda de muebles.

El profesor Brandstätter no pareció molestarse por eso.

—¿Estamos a salvo aquí? —preguntó al sentarse.

Con un movimiento de la mano, Paul le señaló que bajara la voz y, enseguida, asintió.

—He recibido una carta —dijo el profesor—. Dios sabe cómo habrá llegado hasta aquí.

Iba a mostrarle la carta a Paul, pero, entonces, dudó y volvió a guardarla.

—Es vergonzoso pedirle ayuda a alguien con quien se ha actuado injustamente —dijo—. Ya sabe lo que he dicho de él. Pero hay algo que usted no sabe: cuando decidió casarse con mi hija, me pidió que la llevara al altar. Me negué. Le dije: «Tu padre era mi amigo, un científico con un intelecto afilado como una espada. Se revolvería en su tumba si supiera que su único hijo superviviente está tomando parte en toda esta farsa. Además, pareces no darte cuenta de que ni siquiera quieres hacerlo en la iglesia que corresponde».

Brandstätter tomó aliento y Paul se encendió un cigarrillo. Solo podía pensar en una cosa: «Por favor, no lo rechaces. Por muy vergonzoso que resulte, tenemos que salir de aquí y toda esta charleta sobre iglesias y padres muertos puede esperar hasta que lleguen tiempos más pacíficos».

—En realidad, no quería que se casara con mi hija —prosiguió Brandstätter—. No fui a la boda. Amarna estaba fuera de sí, dijo que, para ella, era como si yo estuviera muerto, pero, aun así, durante los siguientes años llegó a escribirme dos veces. Quería hacerme saber lo bien que él cuidaba de ella. Yo ya lo sabía, desde hacía tiempo. Ella es mi vida entera, no se puede querer a nadie en este mundo más que a tu única hija. Me informé de cada paso que él ha dado, de cada casa a la que ha llevado a mi hija. Finalmente, dejó de escribirme porque no hice lo que ella más deseaba: atravesar el canal, darle una palmadita en la espalda a su marido y decirle qué hombre más maravilloso es.

«A mí todo eso me da absolutamente igual —pensó Paul—. Dile que es el hombre más maravilloso del mundo, pero que tiene que sacarnos de aquí. Tan pronto como estemos en Inglaterra, me aseguraré de que no tengamos ni que mirarlo a la cara, encontraré la manera de que salgamos adelante, pero, primero, ¡tenemos que salir de aquí!».

—Amarna se casó con él —se arrancó—. Si él la ha tratado bien y si ella desea que su padre lo reconozca, no hay nada que objetar.

—Él la trata mejor que bien —dijo Brandstätter—. No es culpa suya si el afilado intelecto de

su padre lo heredó la pequeña que murió tan trágicamente en vez de él, igual que no es culpa suya que su padre no pudiera darle una educación en condiciones. Solo por lo que ha conseguido, a pesar de todo ello, ya se merecería la palmadita en la espalda. No tengo absolutamente nada que reprocharle a ese hombre. Ni una sola cosa.

—¿Entonces?

«Que no sea algo irremediable —rogó Paul—. No me veo capaz siquiera de verlo junto a Amarna, pero le mandaría esa palmadita por escrito si es necesario. ¡Lo que sea por salir de aquí!».

—Él resultó ser tan decepcionante —dijo Brandstätter—. Tan encantador como una cucaracha, uno de esos niños por los que ni siquiera la más cándida de las beatas sentiría afecto. Tuve que involucrarme, comprender que Gaspar, tras vivir la destrucción de su familia, no fuera capaz de ocuparse como era debido de su retoño. Y entonces, Gaspar murió también. Habría sido mi deber proteger al muchacho, aunque no llegara a adoptarlo. En lugar de eso nosotros, los humanistas, los filántropos, nos marchamos y dejamos que metieran a ese muchacho en un campo igual que los que hay ahora por doquier en nuestro propio país. Tengo que reprocharme a mí mismo no haberlo ayudado. No puedo ni mirar las cicatrices de su rostro sin pensar: Dios del cielo, ¿de qué clase de infierno podría haberlo salvado?

«Dios del cielo —pensó Paul, a su vez—. Por favor, dime de una vez: ¿nos va a sacar de aquí?».

—Un hombre que ha pasado por lo que él ha pasado, en el fondo solo puede anhelar una cosa: su propia muerte —dijo Brandstätter—. En algún momento dado, el suicida que lleva dentro terminará por dominarlo. Llevo temiendo desde hace años que se lleve a mi hija por delante y que yo cargue también con esa culpa.

—Eso no va a… —balbució Paul, con voz entumecida.

Brandstätter torció la boca en una mueca amarga.

—Dejémoslo, no es problema suyo —dijo—. No es agradable tener que agradecerle algo a alguien a quien se ha tratado mal, pero el que mendiga no tiene elección. Mi yerno quiere que vayamos en tren hasta Constanza, desde donde alguien nos llevará a Suiza atravesando el lago. De noche. Será necesario llevar ropa de abrigo. Desde allí, continuaremos en avión. ¿Ha volado alguna vez, Paul?

Paul respiró hondo y notó que el alivio le brotaba por los poros.

—No. De momento, no.

—Pero ¿me acompañará?

—Eso le prometí —se apresuró a responder.

—El enlace está avisado de que tiene que recoger a tres pasajeros —dijo Brandstätter—. A usted, a mí y a la señora Vollmer. El marido de Amarna, naturalmente, no tenía por qué saber que no está usted casado.

—No, no lo estoy —dijo Paul—. Pero tengo una conocida que…

El rostro del profesor se iluminó.

—Oh, Paul. Cuánto me alegro por usted.

—No es lo que usted piensa —murmuró Paul—. Es solo alguien a quien conozco de cuatro días, pero que tiene que salir del país.

—Como sea —respondió Brandstätter—. Si usted quiere traerse a la dama en cuestión, es

bienvenida. Le debo a usted el seguir vivo y se lo haré saber a mi hija tan pronto como logre hablar con ella en lugar de con el señor Artsruni. No me cabe duda de que, en Inglaterra, encontrarán su ayuda inestimable, pero, hasta que se asiente, podrá encontrar un hogar en casa de mi hija.

«Nunca pondré un pie en esa casa», pensó Paul pero, en ese momento, lo único que contaba era la huida, lo demás era irrelevante. Solo quedaba una cuestión pendiente.

—También está mi perro…

Brandstätter le echó un vistazo a Hugo.

—No está usted hablando en serio, ¿verdad? El contacto arriesga su vida para salvar a otros seres humanos, pero no a animales. Además, su perro no es ya exactamente lo que se dice joven…

«Ni tú tampoco», estuvo Paul a punto de espetarle, pero se dominó y acarició la cabeza de Hugo. El perro, ciertamente, no corría ningún riesgo: los nazis no perseguían perros y mucho menos a un boxer alemán de pura raza. No podía ponerse sentimental, las vidas humanas eran más importantes y ya encontraría a alguien que le diera un buen hogar al animal. Pero Hugo había sido su amigo. Por mucho que Paul se resistiera, había un pensamiento que le volvía una y otra vez a la mente: que Hugo habría sido incapaz de aquello que el profesor Brandstätter había hecho o dejado de hacer con Arman Artsruni. Si alguien hubiera tratado de arrastrar a Paul a un campo o hubiera querido pegarle en la cara, habría tenido que matar al perro primero.

Dos días después, fue al almacén de patatas. Wilma se encontraba en la diminuta cocina y preparaba unas patatas con huevos revueltos a base de huevina. Tenía un aspecto particularmente poco atractivo, con la cintura de la falda marcándosele en las carnes de la cintura, el pelo lacio cayéndole a mechones y una pantorrilla más gruesa que la otra. Era evidente que se mantenía erguida con dificultad sobre la pierna lisiada. Se volvió hacia él y le sonrió con una ironía que se asemejaba bastante a la que solía lucir tiempo atrás.

—*¡Paulchen!* Me había dicho un pajarito que ibas a venir hoy y con un hambre de mil demonios.

—Siento no haberme pasado en los últimos días.

—Pamplinas.

Ella apartó el cucharón. Él pensó en rehuirla porque, de pronto, ya no le parecía correcto dejar que ella lo cubriera de zalamerías, pero la sola idea se difuminó tan pronto como lo rodeó con los brazos.

—¿Un beso antes de ponernos las botas?

Era una bendición. Su extraña forma de felicidad.

Se lo contó después de haber comido y de haberse acostado.

—Me han despedido. Eso significa que tengo que contar con que me llamen a filas. Probablemente ni siquiera me envíen al frente occidental, sino al este. Sé que un hombre debería esperar algo así, pero no estoy hecho para eso.

—*Merde alors.*

No había vuelto a hacerlo desde que la niña se había ido: chapurrear en francés y arrugar la nariz. ¿No se había fijado nunca en la manera tan adorable que tenía ella de arrugar la nariz?

—Un hombre está hecho del mismo material blandito que nosotras. En algunas partes,

incluso más blandito —dijo, tomándole el miembro ya relajado—. No tienen derecho a mandarte a la mierda del frente. ¿Es que no les parece ya suficiente haberse llevado a todos los judíos que pretenden que no quede absolutamente nadie para cuando todo esto haya acabado?

Con aquellas últimas palabras le faltó el aire. Paul la envolvió en sus brazos y la meció.

—También se han llevado a Yva y su marido.

—¿Quién es Yva?

—Yva Neuländer-Simon. ¿Ya no te acuerdas? La que hizo aquellas fotos tan divinas de Eva aquella vez. Ella y su marido quisieron huir, pero ninguno de esos gobiernos tan filantrópicos se apiadó de ellos y les proporcionó un visado. Entonces, recibieron el aviso de que debían presentarse ante las autoridades. En un centro de recogida. Se los llevan a uno de esos campos.

La dejó llorar durante un buen rato antes de limpiarle la nariz.

—No desapareceremos todos, Wilma. Será como con el arca. Logramos embarcar a la niña.

Sus miradas se encontraron. Ella le tomó la mano y le besó la palma.

—Y nosotros también saldremos de aquí. Nos iremos a Inglaterra. Está todo preparado, nos meterán en Suiza con una barca y, allí, nos recogerá alguien.

—Gracias a Dios —dijo ella y le agarró la cara tan fuerte que le hizo daño antes de estamparle un beso en los labios—. Tienes que salir de aquí, *Paulchen*. A un muchacho dulce como tú, que se junta con la vieja y maltrecha Wilma y, a pesar de ello, en su interior sigue llevando pantalones cortos, no lo pueden enviar a esa casa de locos con un fusil. Antes los mataría a palos. Te habrían llevado por encima de mi cadáver.

Paul quiso forzar una carcajada, pero se le quedó atravesada en la garganta como un tapón.

—Pero te vas a ir a Inglaterra —dijo Wilma—. Ya lo tienes arreglado, ¿verdad?

—Tú vendrás conmigo.

—¿Yo, *Paulchen?* —dijo ella, medio incorporándose, y lo miró fijamente—. Mi galletita de chocolate, dime que no lo has dicho en serio. Pero ¿no te ha quedado del todo claro que pronto vas a encontrarte con algo mucho mejor que Wilma Duvenage?

Antes de que él pudiera replicar, ella le cerró la boca.

—Te lo agradezco, tesoro. Creo que eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Pero tendrás que irte a Inglaterra solo porque mira, yo no puedo. Largarme de aquí después de todo lo que hemos hecho. Irme con la pequeña.

—Pero no hace falta que…

Ella volvió a ponerle la mano en la boca.

—De verdad, no tiene sentido. Apenas puedo andar con esta pierna destrozada y solo sería una carga para ti. Después de lo que he hecho, no puedo tener la opción de empezar de nuevo. Siempre me veré como la que falsificó la firma de Eva en ese papelucho. Irás solo. De todas formas, he sido más feliz de lo que me correspondía.

Él quiso replicar, pero ella lo besó hasta que él comprendió que no podría convencerla. Se le partió el corazón. Pero probablemente ella tenía razón.

—¿Wilma?

—¿Sí, pequeño?

—Si de verdad no quieres venir conmigo, al menos ¿podrías quedarte con el perro? Está viejo, no estaría bien cambiarlo de casa y el contacto de Artsruni no puede llevarlo.

Ella le acarició la mejilla.

—Pues claro que me lo quedaré. Si tu chucho se queda conmigo y me llena las orejas de babas en plena noche, pensaré que eres tú.

Se marchaban de madrugada, como en aquella ocasión en que llevó a la niña al tren.

—¿A la estación de la Friedrichstraβe? —le había preguntado Wilma—. No te enfades conmigo, *Paulchen,* pero no puedo ir. No soy capaz.

Paul no se había enfadado. Ella seguía durmiendo cuando él se levantó, abrazó al perro y gruñó cuando los besó a ambos. La noche anterior ella le había entregado una carta.

—¿Cómo se llama esa amiga tuya que se casó con el turco que no era un turco?

—Amarna.

—Qué elegante. ¿Es bonita?

—Es la mujer más hermosa que conozco.

—Pobre *Paulchen*. ¿Te enamoraste de ella hasta las cachas?

—Hasta las cachas.

—¿Y el armenio ese te la robó en las narices?

—Sí.

Ella lo besó.

—Dile que si lo cambiara por ti, no saldría perdiendo, aunque su armenio sea capaz de plasmar en piedra toda esta absurda tristeza con tanta genialidad. Y dale esto, ¿de acuerdo?

—¿Le has escrito una carta a Amarna?

—No es para Amarna —dijo Wilma—. Solo la guardaba en el caso de que aquí…

No siguió hablando y Paul no preguntó más, porque ya lo sabía todo. Ambos lo sabían todo. Se metió el sobre, que llevaba escrita la palabra CHAJA, en la maleta y allí seguía cuando se marchó.

El profesor Brandstätter aguardaba, con un abrigo gris y una única maleta, en el andén. Paul llevaba también un abrigo gris y una única maleta. En su documentación, para más seguridad, figuraban nombres falsos.

—¿La conocida suya?

Paul negó con la cabeza. Le resultaba imposible hablar y así siguió durante todo el viaje. Brandstätter apenas decía nada tampoco. Se limitaba a murmurar el nombre las ciudades cuando lo veía en las placas de las solitarias estaciones. Era improbable que volviera a verlas nunca. Tenía más de setenta años y no se podía contar con un cambio en el devenir de la guerra, máxime cuando los norteamericanos ya habían aclarado que no se planteaban intervenir. Pero él tenía a su hija, que lo esperaba en Londres. Tenía una familia. El hecho de que, para ganársela, no tuviera que hacer más que darle una palmadita en la espalda a Arman Artsruni no le suponía a Paul particular motivo de lástima. La mayoría de la gente llevaba desde otoño de 1941 teniendo que aceptar tratos mucho peores.

Nadie lo esperaba a él, a Paul. «Pero tampoco es que tenga nada en Alemania», se dijo. Un empleo que cada vez lo asfixiaba más y del que habían terminado por echarlo. Un amigo jubilado que también se iba.

Una camarera coja sin bar y con un perro viejo.

«Antes los mataría a palos. Te habrían llevado por encima de mi cadáver».

«Pedazo de idiota, si no quieres ir al refugio, entonces nos quedaremos todos aquí».

Reinaba la oscuridad cuando llegaron a Constanza. En la estación había un solitario vendedor

de salchichas que les salió al paso para ofrecerles la mercancía de la bandeja que portaba sobre la tripa.

—Prueben las salchichas Lutzimann, las tradicionales del lago Constanza. Mejores que las de Berlín.

Aquella era la señal acordada. El vendedor de salchichas salió tranquilamente de la estación, y Brandstätter y Paul lo siguieron con igual tranquilidad. Tendrían que esperar ocultos un par de horas antes de que el contacto pudiera llevarlos sin riesgo a la orilla del lago.

En aquella ocasión, el profesor Brandstätter se había marchado de Estambul, que todavía era Constantinopla, y había abandonado a aquel muchacho, tan encantador como una cucaracha, a su destino. Y que cayera el Diluvio. Había tomado una decisión y Paul también podía tomar una. La guerra había hecho de él un liberto. La vida siempre le había parecido muy complicada, pero quizá solo se lo pareciera porque siempre había intentado buscar algo más allá de lo que tenía frente a él, claro como el agua: si nadie lo esperaba, quizá fuera porque estaba corriendo en la dirección equivocada.

Una camarera coja sin bar y con un perro viejo.

«Antes los mataría a palos. Te habrían llevado por encima de mi cadáver».

«Pedazo de idiota, si no quieres ir al refugio, entonces nos quedaremos todos aquí».

—Profesor —dijo Paul—. ¿Cree usted que sería capaz de llegar solo hasta donde tenemos que encontrarnos con el contacto? Tan pronto como esté en Suiza, podrá volar con su familia.

—Ojalá fuera tan fácil.

—Eso espero. —Paul abrió la maleta y sacó la carta de Wilma—. No voy a acompañarlo. Por favor, dele esta carta a Amarna, para la pequeña. Debe guardársela hasta que haya crecido, en caso de que las cosas no se arreglen en Alemania. Por favor, salúdela de mi parte, deséela todo lo mejor y dígale a Arman que muchas gracias. Que el que tiene valor para no mirar hacia otro lado, infunde esperanza en los demás. Incluso a los que no lograron llegar al Ararat, a tierra firme.

—Pero ¿qué será de usted? —El profesor, perplejo, se quitó las gafas y se abrillantó los cristales—. Se está usted metiendo en la boca del lobo. ¿Qué ocurrirá si recibe usted hoy su orden de alistamiento?

—Entonces no volveré a mearme en los pantalones —dijo Paul—. Ahora tengo que ir a ver si hay algún tren que pueda tomar. Me esperan en casa.

—¿Se trata de esa conocida suya?

—No es una conocida —dijo Paul—. Se llama Wilma. Es mi mujer.

30
AMARNA.
LONDRES. DICIEMBRE DE 1940

Carretilla en mano, Doris, Amarna, Deirdre y Chaja se presentaron en el mercado de las flores de Columbia Road con la intención de llevarse a casa tantas plantas como pudieran transportar. Acebo, muérdago, hiedra y abeto. Querían hacer guirnaldas, decorar la casa, celebrar las fiestas. Tenían motivos de sobra: estaban vivas. Era Navidad. No habría manera de conseguir un pavo, pero Doris había aprendido con *Kitchen Front* a darle forma de uno a una pierna de cordero.

Habían pasado los meses en los que habían bombardeado Londres sin descanso a salvo en su casa de Kent, jugando al *bridge*, al *flinch* y a las charadas en el interior y al tenis y al críquet en el exterior. Cuando Arman estuvo con ellos, construyó un arenero y enseñó a Chaja a usar la pala de críquet. Un barco de guerra alemán había hundido el Hood, el crucero de batalla en el que servía el padre de Deirdre, y su madre debía sobrellevar ahora la pena y las exigencias de una vida de viuda. Amarna, quien, al final, había aprendido a conducir, había regresado a Londres para recoger a Deirdre y que la desconsolada viuda no tuviera que preocuparse por la niña. Chaja y Deirdre se habían declarado hermanas y el pequeño Edu era su hermanito, para el que construían jardines y zoológicos en el arenero.

Al final del verano, la guerra se había extendido a los Balcanes, Hitler había atacado la Unión Soviética y los londinenses habían podido regresar a su ciudad. Aún seguían pasando noches de bombardeos en el Anderson Shelter pero, entre una y otra, quedaba tiempo para vivir. Amarna había vuelto al trabajo. El museo había sido blanco de un proyectil que había atravesado el tejado principal y había destruido la Duveen Gallery. Sin embargo, las piezas de incalculable valor de las Elgin Marbles, las esculturas de Fidias procedentes de la Acrópolis, se encontraban a salvo en la estación de metro de Aldwych. Wally las adoraba al menos tanto como *sir* John. En algún momento las había denominado como el *Cantar de los cantares* de la belleza humana y le parecía que debían protegerse a toda costa. «Después de toda la fealdad que esta guerra nos ha traído, nos va a hacer falta», había declarado.

La caída del artefacto le había traído mucho trabajo y aún seguía ocupado con ello.

Y seguiría así. Estaba matándose para poder mantener el museo en marcha y Amarna lo ayudaba en su labor. Volvía a dictar conferencias, en las que hablaba de guerra y paz en Urartu y de los monumentos conmemorativos tallados en piedra. Pero ya no hablaba frente a un puñado de aburridas esposas de conservadores. La gente quería escuchar sus historias de supervivientes, de guerras que concluían, de población que reconstruía sus ciudades, de muertos que no caían en el olvido. Les daba esperanza: también los cráteres de las bombas dentro de los que se precipitaban los autobuses londinenses volverían a taponarse algún día. Las casas volverían a ser habitables y los muertos descansarían en paz.

La escultura roja de Arman, que los parisinos habían bautizado como *La Guerre,* permanecía como un préstamo permanente en el descansillo de la escalera principal. Sobre una placa, escrito en grandes letras mayúsculas, se leía el mensaje: «NO TOCAR». Pero a nadie le importaba. La gente quería tocar, acariciar, consolar al muerto que no moría, que siempre estaba allí cuando regresaban, igual que querrían que los consolaran a ellos.

La escultura se había convertido en un símbolo del espíritu de lucha del que hablaba Churchill en la radio. Su imagen figuraba en las estaciones y en las vallas publicitarias, y la BBC la había hecho imprimir sobre panfletos que la Air Force lanzaba sobre Alemania y los territorios ocupados. Se habían producido algunas protestas en torno a su ubicación en el museo. Ciertos amantes del arte habían exigido que una obra de semejante valor no se mantuviera desprotegida en un edificio tan visible, sino que se pusiera a salvo. Pero Arman había descartado esas reclamaciones. «Si la gente quiere tenerla aquí, entonces su destino está sellado. Además, al fin y al cabo, se llama *guerra* y en la guerra las cosas se rompen».

Amarna le había ofrecido retirar al menos el *Zócalo vacío* que se encontraba detrás y protegerlo con sacos de arena, pero Arman tampoco había querido eso.

—Imagino que te ofenderá la posibilidad de que nuestros visitantes toquen tu zócalo después de haber estado comiendo queso. O que te dará miedo que puedan destruirlo.

—¿Por qué iba a tener miedo por eso? —preguntó Arman—. ¿Y qué me importa a mí que la gente coma queso? No es más que un bloque de gabro: Doris me daría una bayeta y quedaría la mar de limpio. Y si lo destruyen, haré uno nuevo.

Ella posó el brazo sobre los hombros de él y sonrió.

—Nunca dejas de sorprenderme.

—No sé por qué —dijo él, sorprendido—. Siempre digo lo mismo.

Amarna le acarició el rostro. La carantoña apenas le afectó: estaba cansado, tenía que escuchar malas noticias con demasiada frecuencia y tenía muy poco tiempo. Las semanas anteriores había estado con sus globos de barrera en Stanmore Park y, además, seguía trabajando para el SOE al mantener sus contactos con la France Libre. Sobre su escritorio se acumulaban documentos en francés. No se le permitía decir a Amarna qué estaba haciendo exactamente, pero mantenía un flujo de información que a Amarna le resultara mínimamente soportable y se comportaba como un adulto: dispuesto a llegar a un acuerdo.

Aquella noche en el Anderson Shelter todavía pesaba sobre la conciencia de Amarna y aún deseaba no haber sido tan dura con él, pero los resultados hablaban por sí mismos. Desde entonces, no habían vuelto a discutir. Él mantenía sus promesas, ya no arriesgaba la vida y no le mentía. Cuando estaban juntos, pasaban días llenos de calidez, cuidaban de la familia y eran felices junto a Chaja.

—Tengo que felicitarla —le había dicho Lilly Greenstein a Amarna—. Nadie que viera a esta niña reconocería en ella al pequeño montón de harapos y suciedad que llegó aquí hace tres años con los leotardos mojados. Nadie creería que pudiera ser otra cosa que no fuera su feliz hijita.

«Porque lo es», pensó Amarna y miró a Chaja, quien saltaba de puesto en puesto junto a Deirdre, como correspondía en un mercado. Amarna no quería recibir cumplidos de Lilly porque nadie felicitaba a un padre por ser cariñoso y preocuparse por sus hijos. Nadie tenía el poder de prohibirles a los demás que se quisieran. El amor ocurría sin más y de Chaja no había escapatoria. Cuando se ponía furiosa, se le juntaban las cejas sobre los ojos iracundos igual que a

Arman y se le revolvía el pelo igual que a Amarna cuando estaba dando una conferencia. Era ingeniosa, tenía un sentido del humor tan negro que era fascinante, le encantaban los perros y los caballos, nadaba como un pez, era lista y perezosa, leal y descarada. Después de la visita al mercado de las flores, había querido ir a la iglesia junto a la estación de metro a la que solía ir con Arman, y cuando Amarna se negó, había pataleado contra el suelo.

—Tienes ocho años. Ya eres demasiado mayor para eso
—le había dicho Amarna.

—Bobadas —había respondido Chaja—. Cuanto más mayor, más fuerte puedo patalear.

Amarna sabía que tendría que haberla reprendido, pero no pudo evitar reírse. Nunca la reñía y Arman tampoco, porque para ellos no había nada en ella que corregir.

—Eso no es un hombre, es un papá oso —había dicho Doris cuando ambas estaban de pie, junto a la ventana, y contemplaban a los dos alborotar por el jardín—. Uno de los que se tumba panza arriba, deja que las crías se le suban a la barriga y gruñe de felicidad. Mi marido acababa hasta el gorro de tanto alboroto infantil y prefería esconderse detrás del periódico, pero al tuyo lo puedes dejar tranquilamente con la cría a solas.

La pobre Jordan, que se sentía sola con frecuencia y añoraba algo que solo conocía por las revistas femeninas y las películas, había dicho:

—Marnie puede dejar a Arman solo con cualquiera. Está enamorado de ella y hace todo lo que ella quiere.

Doris se había reído.

—Exacto. Lo has descrito a la perfección. Vas a tener que contarme alguna vez cómo lo has conseguido.

«Con chantaje —había pensado Amarna—. Golpeándole en donde más le dolía». Pero, después, había eliminado esos pensamientos de su mente. No había herido a su marido para doblegar su voluntad, sino para protegerlo. Dos meses atrás se había reunido con un hombre que se había colado en un aeropuerto con el nombre en clave de Joseph Mercier. Era un combatiente de la *Résistance*, quizá el hombre más buscado de toda la Francia ocupada. Mercier, cuyo nombre auténtico era Jean Moulin, tenía el encargo de De Gaulle de unificar los dispersos grupos de la Resistencia y, después, regresar, a sabiendas de lo que le ocurriría si lo capturaban. Eran incontables los crueles informes que circulaban sobre los métodos de tortura nazi: clavos bajo las uñas, manos aplastadas con las puertas, dientes arrancados, ojos abrasados, la muerte a golpes con barras de acero.

¿Era una mala persona por prohibirle a su marido que se dejara hacer semejantes cosas? ¿Por no querer exigirle tanto a su cuerpo? Aquella guerra no la habían comenzado ni ella ni él, y Joseph Mercier no estaba casado. «Vuelve a casa —había pensado Amarna con anhelo—. Haré que te sientas mejor. Es casi Navidad y, cuando vengas, podré retenerte durante diez días enteros. En nuestra casa hace calor, no nos bombardean y quizá la guerra aún pueda dar un nuevo giro». Dos semanas atrás, mientras estaban sentados junto a la radio, escuchando las noticias de las nueve, el presentador había anunciado: «Tenemos un comunicado urgente: los aviones japoneses han atacado Pearl Harbor, la principal base naval de los Estados Unidos en Hawái».

Con eso, se acababa la idea de la lucha en tierras lejanas en la que los Estados Unidos no querían tomar parte. Cuatro días después, el Congreso les declaró la guerra tanto a Japón como a

Alemania, tal y como Churchill había esperado, y la llama de la esperanza, ya casi extinta, recobró fuerza.

—¿En qué piensas, *sugar pie?* —preguntó Doris, introduciendo el brazo bajo el de Amarna —. ¿Ya estás preocupada otra vez?

Amarna rio.

—No demasiado. Si acaso, en que no nos hemos podido marchar de aquí todavía porque no podemos pagar todo lo que esas niñas están apilando.

—Entonces, tendrá que venir tu amorcito a rescatarnos. Ha vuelto a casa, ¿no? Y en lo que respecta a su Marnie, no se puede contener.

Amarna rio de nuevo. Arman había llamado esa misma mañana desde Hornchurch para decirle que iba con retraso, pero que no debía preocuparse. Le había pedido que le permitieran tomar un vuelo para recoger a refugiados que llevaban semanas aguardando en Suiza.

—Les ha fallado alguien. Y la Air Force no puede mandar a ningún piloto para eso.

—¿Por qué esa gente no se puede quedar en Suiza?

—Porque Suiza ya no acepta a más refugiados —había respondido Arman—. Si no los recogemos, los internarán y probablemente los enviarán de nuevo a Alemania.

—Bien. Entonces tienes mi bendición.

La perspectiva no la hacía demasiado feliz, pero estaba dispuesta a llegar a acuerdos. Suiza era neutral, no le dispararían en su espacio aéreo y Arman había demostrado que era capaz de pilotar a pesar de sus problemas de oído. En Suiza no tendría que aterrizar en una diminuta pista abierta entre las rocas, sino que podría hacerlo en un aeropuerto en condiciones. Si todo salía bien, estaría de vuelta en casa tan pronto como se hubiera ocupado de los refugiados, y esa misma noche podrían acudir a un concierto al Albert Hall. Doris le había pedido las entradas a Arman como regalo de navidades.

—No sabía que te interesara la música, Doris.

—Y no lo hace. Pero van a retransmitirlo en directo por la BBC. Me encantaría salir en la radio. En mi próxima vida, tendré mi propio programa, como Gert y Daisy. ¿Quieres que agarremos a esos dos polluelos y nos vayamos a casa? Veo que ya no estás del todo tranquila.

—Gracias, Dee. Me gustaría echarles un ojo a Bülent y Rehan.

—Ya, la pequeña tejedora últimamente tiene más aspecto de cervatillo perdido que de costumbre —señaló Doris.

—Siempre le pasa lo mismo cuando Arman no está en casa —dijo Amarna—. Suelo pensar en Rehan a menudo. Debería ocuparme más de ella, pero, como nunca pide nada, termino olvidándome de mis propósitos. Ahora que Jordan está tan atareada con Edu y que Seb pasa tanto tiempo ocupado con sus octavillas, está muy sola.

—Otro que ha florecido como una prímula en primavera, nuestro Seb —declaró Doris—. Se ha convertido en todo un rompecorazones. En su momento pensé que cuando cumpliera los cuarenta seguiría siendo un maleducado con una cara como una mazorca. Deja de darle tantas vueltas, *sugar pie:* con vosotros siempre termina arreglándose todo, incluso la pequeña tejedora. Y eso mismo te dirá Bülent, si te preocupas por él. Ese nos sobrevivirá a todos y seguirá ahí cuando se nos coman los gusanos.

—Ya sé lo que quieres decir —respondió Amarna—. Yo también tengo la sensación de que siempre va a estar allí, pero ya tiene ochenta y siete años, y desde hace semanas tiene esa tos que

no se le va. A veces me asusta.

—Exacto —dijo Doris—. Es igual que en París.

—¿Qué quieres decir con que es igual que en París?

—París tiene a Hitler, que no la deja marchar —respondió Doris—. En aquella ocasión, antes de que estallara la guerra, pensé: «qué bonito ha sido lo de París» y «jamás voy a volver a repetirlo». Pero no importaba, porque París seguía allí y, si yo no volvía, ya lo haría en mi próxima vida. Pero ahora pienso: quizá haya desaparecido antes de que pueda volver. Quizá algún día Edu piense que nos hemos inventando esa ciudad llamada París.

—¡Oh, Dee! —exclamó Amarna y le pasó el brazo sobre los hombros—. No pienses esas cosas. Quiero decir que ni siquiera Hitler se ha atrevido a atacar París y Charles de Gaulle dice que, con la entrada de los norteamericanos en la guerra, las reglas del juego han cambiado. Cuando liberen París, volveremos allí, ¿de acuerdo?

A través del brumoso gris de aquel atardecer de invierno, ella creyó verse de nuevo en la ribera del Sena, con la cabeza de Arman en su regazo, los párpados cerrados, la expresión confiada y la sonrisa delicada como una mariposa.

—¿De verdad? —Doris resplandecía—. Pues lo haremos. Aunque seamos dos viejas cheposas. Y aunque llueva.

Reunieron a las niñas y los perros y arrastraron rumbo a casa el carro lleno de decoraciones vegetales de Navidad.

El Tourer negro que la SOE había puesto a disposición de Arman se encontraba ya aparcado en la calle. Amarna soltó el agarradero de la carretilla y echó a correr. Chaja también corrió y, aunque habitualmente Amarna la dejaba ganar, en esta ocasión tomó la delantera con el perro de la mano. Quería tener a Arman para ella durante un segundo, durante un beso. Un hombre salió del coche, pero no del asiento del conductor, sino del del copiloto. Era alto, delgado, llevaba sombrero y un abrigo gris. Amarna soltó un grito.

—¡Padre!

Arman le había estado insistiendo una y otra vez con que quería sacar a su padre y a Paul de Alemania, y ella había hecho todo lo posible por ignorarlo. La idea de que su padre pudiera estar en peligro en Alemania ni se le pasaba por la cabeza. ¿A qué clase de gobierno podría molestarle un hombre anciano y totalmente desinteresado por el devenir del mundo como su padre? Sin embargo, de pronto, se sintió culpable. En lugar de haber tratado de rellenar el hueco que su progenitor dejaba, debería haber tratado de mantenerse al tanto sobre lo que era de su vida. Los hijos se preocupan por sus padres, pero ella siempre había tenido la sensación de que debía elegir entre uno de aquellos dos hombres. Pero ¿cómo podía seguir manteniendo una relación con su padre sin traicionar a su marido? Era evidente que el marido en cuestión, que procedía de un pueblo que besaba la mano de sus progenitores por la mañana, no se planteaba esa misma pregunta. Ella comprendió lo mucho que había echado de menos a su padre y se echó a sus brazos.

—Amarna. Mi niña.

Su padre lloraba. Había envejecido mucho y, sin embargo, no había cambiado nada. «No lo veía desde que yo era realmente una niña —pensó—. No conoce a mi maravillosa niña». Abrió el abrazo y llamó a Chaja, quien se mantenía recelosa a su espalda y se chupaba el pulgar.

—Chaja, este es mi padre —dijo y cambió al alemán—. Padre, esta es nuestra Chaja.

—¿No habla alemán? —preguntó su padre—. Paul Vollmer me contó que habíais acogido a una niña alemana.

A Amarna le dio un vuelco el corazón. Paul Vollmer. ¿Seguiría sentado con Arman en el coche? Se le tensaron las extremidades e, inconscientemente, reculó lejos del coche y tomó a Chaja del brazo. En algún momento dado en aquellos tres años había dejado de pensar en cómo Chaja había llegado hasta ellos. Simplemente estaba allí, les pertenecía, iba al colegio que había detrás del parque, la llamaba mamá cuando Amarna iba a buscarla a la puerta de la escuela y, minutos después, empezaba a contestarle alguna impertinencia. Pero había sido Paul quien la había enviado. ¿Y si venía a recuperarla? Esa idea era absurda. La mitad de su cerebro que todavía lograba funcionar con propiedad le dijo que la madre de Chaja era una judía que le había pedido desesperadamente a Paul que la ayudara. Paul no tenía ni derecho ni interés en Chaja, solo era uno de entre los incontables que no podían vivir bajo el yugo de los nazis y por eso estaba allí. No tenía motivos para que la asaltara el pánico. Les ofrecería a sus invitados que entraran en casa y le daría un beso a Arman. «Tranquilízate».

A la otra mitad de su cerebro, en cambio, le rondaban dos ideas: ¿Sería Paul el padre de Chaja? Y, si lo fuera, daría igual: no pensaba entregársela.

—Me haces daño —protestó Chaja—. Suéltame. Quiero ir con papá.

«No», quiso gritar Amarna, pero, entonces, se dio cuenta de que Chaja se refería a Arman y la dejó ir. Chaja corrió al coche, abrió la puerta del conductor y se echó en brazos del armenio.

—¿Qué ocurre? —preguntó el padre de Amarna.

—Nada —respondió Amarna, quien comprobaba que no quedaba nadie más en el asiento trasero.

Se volvió y descubrió a Doris con la carretilla. Su incomparable Doris, que llegaba como enviada por los cielos.

—Dee —la llamó—, déjame que te presente. Este es mi padre, que acaba de llegar de Suiza. ¿Puedes acompañarlo a casa y ocuparte de que beba algo caliente? Le encanta el té. Y el sirope de arce.

Doris estaba en su elemento y al padre le hubiera sido más fácil contener un alud que la hospitalidad de una Taylor. Amarna los miró marchar, se dirigió lentamente al auto, con Chaja y Arman, y cerró la puerta de golpe.

—Estás loco, señor Artsruni —dijo—. Contigo rompieron el molde. Pero el que lo rompió puede ahorrarse toda esa puñetera lucha por salvar a la humanidad.

Le besó la cara empapada, rodeó con un brazo a su marido y con el otro a su niña y pensó: «Nosotros tres. Solo nosotros tres».

Su padre no tendría que ir a un campo de internamiento, ya estaba todo arreglado para que estuviera a salvo en casa. Con eso, terminó por llenarse del todo: Kathy Burgess también se había refugiado allí junto con su hermana Susan, a la que le habían bombardeado la casa, y los tres hijos pequeños de esta. Seb se había establecido en el sótano y el padre de Amarna recibió un dormitorio en el segundo piso. La última estancia libre estaba destinada a Paul, pero, finalmente, se había quedado en Berlín.

—Gracias a Dios que tienes una casa grande —dijo su padre—. No habría podido aguantar más en Alemania, Amarna.

—Gracias a Dios que tengo un marido decidido —dijo Amarna—. Yo te habría proporcionado la habitación, pero no habría sabido cómo sacarte de allí. Sin embargo, Arman no ha cejado hasta conseguirlo.

—Sí —dijo su padre, sumido en sus pensamientos—. No podía ser de otra manera, teniendo en cuenta su pasado. He tenido suerte. Pero para ti debe de ser difícil de soportar.

—¿A qué te refieres?

—Amarna —dijo su padre—. Siempre te lo he advertido. Nadie pasa por lo que él ha pasado sin quedar afectado. No puede evitarlo, pero eres tú la que tienes que vivir con ello. ¿Tienes una situación financiera segura? He perdido todo mi dinero, no podría ayudarte.

—No necesito tu dinero —le espetó Amarna—. Tengo mis propios ingresos y Arman gana más de lo que somos capaces de gastar, aunque ahora mismo no esté esculpiendo nada.

—¿Y si muere?

Amarna se sobresaltó.

—Me había alegrado de que vinieras —dijo—. Pero si lo que te propones es intentar separarnos a Arman y a mí, entonces prefiero que te vayas. Arman es mi marido, vivimos una vida feliz y, por mucho que me esforzara, no creo que pudiera imaginarme a mí misma dentro de veinte años presentándome por sorpresa en casa de mi hija y preguntándole: «¿Qué harías si tu marido muriera?».

—¿Qué hija? —preguntó su padre.

—Chaja.

—La niña judía —asintió su padre—. Tengo una carta para ella. Creo que es de su madre.

Amarna se miró el brazo. Tenía la carne de gallina a pesar de que Kathy había encendido la chimenea en aquella habitación.

—Y no he pretendido decir nada malo de tu marido —prosiguió su padre—. Lo que ha hecho por mí me parece muy noble. Solo me preocupo por ti, porque te ha metido en casa a toda esta gente y tendrías que ocuparte de ellos tú sola si algo le pasara.

—¿Por qué iba a pasarle algo?

—Amarna —la presionó su padre—, este hombre es un poseso y no puede evitarlo. Hacer salir a refugiados por Suiza no tiene mayor peligro. Lo peor a lo que puede enfrentarse es a un par de semanas de arresto por incumplir la normativa de entrada en el país. Pero si, por el contrario, lo pillan en Francia, lo ejecutarían de inmediato o lo enviarían a Alemania. Prefiero no pensar en cuál de los dos sitios sería mejor morir.

—¿A qué viene eso de Francia?

—Por los judíos —dijo su padre—. En la Europa de los nazis no puede quedar ninguno, igual que armenios en el imperio de los Jóvenes Turcos. Hitler pretende hacer en los territorios ocupados lo que ya ha hecho en Alemania, y tu marido no podrá limitarse a quedarse sentado mirando. Es el suicida que lleva dentro y que no puedes contener. Probablemente incluso sea capaz de encontrarle algo de sentido a todo esto si termina haciéndose matar por la causa.

Amarna se levantó. Le temblaban las piernas, pero no quería dejar que su padre lo viera.

—Es la última vez que escucho algo así en mi casa —dijo ella—. Eres mi padre, pero no pienso consentir que nadie venga a perturbar nuestra vida. Nos vamos de concierto con nuestros vecinos. Puedes comer abajo con los demás o tú solo en tu cuarto, simplemente dile a Kathy qué prefieres hacer.

Subió al dormitorio, donde Arman ya estaba atareado cambiándose de ropa. Tuvo la sensación de que su padre le había inyectado en la sangre un veneno que iba extendiéndose lentamente por su organismo. Quería impedirlo: su marido no había vuelto a darle ningún motivo para desconfiar. Corrió hacia él y se acurrucó a su lado.

—Abrázame fuerte, ¿vale?

Él la rodeó con los brazos, dubitativo.

—¿Puedo ponerme al menos los pantalones primero?

—No, no puedes. ¿Qué clase de pregunta idiota es esa?

Ella se refrotó contra él, se levantó la falda y le hizo el amor de pie. Quería que el cuerpo de él sacara del suyo todas y cada una de las palabras que su padre había dicho.

—No tengo ganas de ir al Albert Hall. Quiero estar a solas contigo.

De pronto, algo en su interior quiso salir a toda costa.

—Por favor, quítate de encima esa aura de tristeza. Ojalá pudiéramos estar otra vez como en París.

Aquella palabra fue como una señal. Hasta ese momento, había tenido la sensación de que él no había estado del todo centrado en ella, pero, en ese momento, la apretó contra él y la abrazó con fuerza. Eso le dio ánimos.

—No quiero ofenderte —dijo ella—. Has hecho lo que me prometiste, ¿verdad? ¿Te aseguras de hablar conmigo antes de correr riesgos?

—Sí —dijo él.

—Pero ¿organizas huidas como las de mi padre?

—Desde aquí —dijo él, y la soltó para alzar las manos—. No soy yo quien pilota. Solo ha sido esta vez, porque han derribado a uno de nuestros pilotos y el grupo con el que vino tu padre llevaba semanas en Suiza. Cada vez es más difícil encontrar a alguien, cada vez hay más gente, cada vez… —Se interrumpió y bajó los brazos, impotente.

Amarna tenía la boca seca.

—Está bien —dijo—. Entiendo lo que quieres decir.

También entendía algo más: no podía hablar con ella, tenía miedo de ella y motivos sobrados para ello.

—Ponte los pantalones, amor, o no podrás venir conmigo esta noche al concierto.

Él se puso los pantalones sin mirar abajo y se colocó el fajín del esmoquin a la cintura sin apartar los ojos de Amarna. Ella fue hasta el armario en el que colgaban sus vestidos, rebuscó entre las perchas en busca de algo que no desentonara junto a su elegante marido, pero no encontró nada. Cayó en sus manos una falda de lana roja que llevaba una eternidad sin ponerse.

—¿Te importaría si saliera hoy con pinta de que acabaras de terminar la escultura de una campesina y hubieras decidido llevarte a la modelo a un concierto?

—Amarna —dijo él—. Por favor, no te ofendas, pero yo no veo lo que tú ves. Sé que Doris se ríe de lo ignorantes que somos los hombres y siempre me propongo corregir eso, pero es que solo te veo a ti.

Ella regresó hacia él y tomó su rostro entre las manos.

—No me ofendes en lo más mínimo —dijo ella—. Gracias por haber recogido a mi padre; gracias por llevar el timón de este barco a rebosar a través del Diluvio. Zozobramos de una manera terrorífica y creo que ninguno de los dos sabemos del todo bien si primero deberíamos

achicar el agua o reparar las vías. Pero quiero que tengas clara una cosa: nunca habría confiado en ningún otro para zarpar. Si hay alguien en quien confío para llevar este cascarón hasta el Ararat es en ti y… Por favor, Arman, no te pongas rojo, porque, entonces, tendré que empezar a desvestirte otra vez y creo que ya puedo oír a Doris en el piso de abajo dando chillidos.

Él se había puesto rojo. En lo que ella nunca había reparado es en que en él se ponían rojos incluso los párpados.

—No puedes decirme esas cosas, *lajvard*.

—Debería hacerlo más a menudo. Y creo que hacía por lo menos un año que no me llamabas *lajvard*.

Se puso la falda roja y denostó con un bufido las reglas de etiqueta. El hombre que llevaba del brazo era el complemento más elegante que se podía desear en un Londres en guerra. Doris llevaba su vestido de tubo de París, muy ceñido debido a que las recetas de sustitución del *Kitchen Front* no tardarían en exigirle una talla más, y Dexter parecía haberse metido en su traje de boda. «Somos los más guapos —pensó Amarna—. Somos Londres, somos la maldita humanidad por la que merece la pena luchar».

Dio a los niños, Chaja, Deirdre y Edu, un beso de despedida. Seb, que estaba dibujando otra de sus caricaturas para los panfletos propagandísticos, y Jordan, sentada a su lado, eran demasiado mayores como para dejarse besar. A Rehan no se la veía por ninguna parte. Bülent roncaba, Kathy cocinaba, su padre se había acostado. El mundo volvía a estar en orden a pesar de que llevaran dos años de guerra. El palco del Albert Hall, en el que servían algo del poco champán que quedaba, era una muestra de lujo decadente. El concierto para violonchelo de Elgar resultó soportable, y Arman olía bien, a *after shave* caro y a sudor sexual limpiado a toda prisa.

Con motivo de la entrada de Estados Unidos en la guerra, se produjo un cambio en el programa tras la pausa. Se interpretó la novena sinfonía de Dvořák, llamada del *Nuevo mundo*, y que Amarna nunca había escuchado con anterioridad. No entendía de música, pero esta pieza le oprimió el corazón como si quisiera parárselo. Era una sinfonía para los expatriados, para aquellos que ya no recordaban cómo sonaba una melodía y ni sabían quién se la había cantado. ¿Quién era el padre de Chaja? ¿Quién era el padre de Rehan? En ese momento, se alegró de tener a su padre en casa, aunque fuera como era. Arman parecía tan tenso como si estuviera de pie, y Doris había dejado de comer caramelos.

Cuando la sinfonía llegó a su fin, la gente del auditorio se puso en pie para aplaudir y ya no se sentó. Le siguió el himno nacional y el *Rule Britannia*, y muchos de entre los presentes comenzaron a gritarles peticiones a los miembros de la orquesta, que estaban de excelente humor. Uno de ellos fue Doris.

El director se dirigió al micrófono.

—Buenas tardes, señor Artsruni —dijo—. Bienvenido al Albert Hall. Por lo que parece, ¿querría, quizá, la dama en su palco honrarnos con una petición musical?

Una salva frenética de aplausos siguió al comentario, mientras Doris se apoyaba en la barandilla.

—¿Cómo se llamaba? Ya sabes de la que hablo, ¿cómo se llamaba?

—Oh, Doris —dijo Arman—. Eso no.

—¡Por favor! —exclamó Doris, exultante—. Anda, Marnie. Si eres tú la que se lo pide a Black Beauty, no podrá negártelo.

El director esperó hasta que los aplausos se hubieron calmado y entonces se dirigió de nuevo al palco.

—La *Marcha del coronel Bogey* —dijo Arman con resignación, sin mirar al hombre a la cara.

El atestado auditorio volvió a estallar en aplausos y cuando la orquesta comenzó finalmente a tocar aquella veterana marcha militar, todo el público empezó a cantar:

Hitler has only got one ball,
the other is in the Albert Hall.
Himmler's got something sim'lar,
and only Goebbels has no balls at all.

El único entre los ocho mil asistentes del concierto que no saltó y alzó los brazos como si se acabara de anunciar el fin de la guerra fue Arman. No le sirvió para nada.

—¡Esta es la canción que él me enseñó, *sugar pie!* —le confió Doris, llena de júbilo, al auditorio y a los micrófonos de la emisión—. Aquella vez en el búnker, cuando os peleasteis.

—Sí, Dee.

—Mira cómo se pone de rojo. Igual que un tomate.

—Lo sé, Dee. Me casé con él.

—Tenemos la guerra ganada.

Los gritos se multiplicaban, los ocho mil asistentes mostraron la señal de la victoria de Churchill, con los dedos índice y corazón, y la orquesta repitió la marcha con la indecorosa letra recientemente acuñada.

Amarna, entre las lágrimas y la risa, se sentó en su butaca y posó el brazo en torno a su marido.

—Me está dando tanta vergüenza, Amarna.

—Salta a la vista.

—Yo solo quería tranquilizarla. En aquel panfleto de la ARP decía: «mantenga la calma y cante canciones edificantes».

—Muy loable, corazón mío.

—¿Te avergüenzas?

—¿Por haberme casado con un hombre que divulga coplillas capaces de hacer que la gente se levante del asiento? —dijo, dándole un empujoncito desde su asiento—. Vaya que sí. Llévame a casa. Y ¿sabes una cosa? Que hoy, por primera vez, no me he enamorado solo de ti, sino también de tus británicos, que están convencidos de tener la guerra ganada porque Hitler solo tiene un huevo.

Los cuatro fueron al coche. Amarna se metió las manos en el bolsillo de la falda y notó un pedazo de papel. No lo sacó hasta que se sentó junto a Doris en el asiento trasero del Bentley y Doris comenzó a tararear la marcha de nuevo.

—Por favor, dile a tu mujer que pare —le rogó Arman a Dexter—. Le daré lo que pida.

—Dee, por favor, para —dijo Dexter.

Doris rompió a partirse de risa.

—¿Sabes lo que te pediría, Black Beauty? Que ganemos la guerra, que vayamos a París, a

dar un paseo por los Campos *Eliza* y que allí cantemos: *«Hitler has only got…»*.

—¡Doris! —La voz de Arman sonó tan doliente que ella se detuvo.

Mientras tanto, Amarna leyó la hoja de papel que había encontrado en su bolsillo, la carta de la armenia Melinée:

> Mi querida señora:
>
> Tengo que pedirle disculpas, puesto que los hombres no lo harán. Me ha parecido usted tan agradable que habría deseado conocerla en circunstancias diferentes a las que lo he hecho. Nosotros, un par de refugiados desgreñados en Francia, hemos apartado a su marido de usted y de su hijita. Creo saber lo que piensa. Me considera alguien insignificante y de mi carta no espera más que palabrería infantil. Sin embargo, soy una de esas personas que no se conoce demasiado a sí misma y cuya palabrería no tiene fin. Creo saber de nuevo lo que estará pensando. ¿Por qué no se calla? ¿Por qué no puede vivir su vida tranquila en un rincón? Estamos a salvo, nadie tiene malas intenciones, nadie va a hacernos nada malo esta vez.
>
> Tiene razón. Deberíamos disfrutar la vida que hemos logrado salvar y, si pudiera tener un hijo con mi marido, quizá lo hiciera. Pero hay algo de lo que soy consciente: estoy aquí porque alguna otra persona puso en peligro su agradable vida para recogerme y ponerme a salvo lejos de las manos de los asesinos. Habría sido tan fácil decir que a nosotros no nos incumbe lo que les pase a los judíos. Habría sido tan fácil para nuestro salvador decir que a él no le incumbía lo que les pasara a los armenios. Pero quien aniquila a un pueblo comete un crimen que nos incumbe a todos. Si pensamos distinto. quién sabe, quizá algún día ya no quede ningún pueblo que perder. Por eso le pido disculpas. Su marido tiene un corazón de oro y apenas come. Le prometo que haremos todo lo posible por cuidar de él.

Amarna dejó caer la carta. «¿Qué es lo que hacías, entonces? —pensó—. Saltabas sobre las montañas del sur de Francia para ocultar a judíos y hacer que pudieran huir a Inglaterra. ¿Y dejaste que yo te injuriara? ¿Te sentaste frente a mí en silencio y aguantaste una ofensa tras otra sin quitarme la palabra ni explicarme lo equivocada que estaba? ¿Que te da igual ser un héroe tanto como se lo daba a Bülent? ¿Que quieres poner a gente a salvo igual que Bülent hizo contigo? ¿Qué tipo de gente? ¿Niños? ¿Ancianos? ¿Te das cuenta de la injusticia en la que me has permitido caer? ¿Cómo vas a perdonarme si no sé cómo voy a perdonarme yo misma?».

Arman aparcó el coche. En el momento en que les abrió la puerta a las mujeres, las sirenas comenzaron a aullar.

—*Oh, my giddy aunt!* —exclamó Doris—. La alarma de bombas, justo ahora cuando todo era tan bonito. Pero Hitler solo tiene un huevo. Solo tenemos que luchar un poquito y podremos recuperar París.

Debían apresurarse. Desde que los alemanes ya no realizaban sus ataques con pesados y lentos bombarderos, sino con aviones ligeros, apenas daba tiempo a reaccionar tras los primeros avisos. Las puertas de las viviendas se abrieron. De la de los Taylor surgió la somnolienta Kathy Burgess con Edu en los brazos. Tras ellos, brotó un alborotado grupo compuesto por la familia de la asistenta, el padre de Amarna, seguidos por Bülent con Chaja y Deirdre. Chaja llevaba en los brazos al monito Hagen, y Claude-Jeune le seguía los pasos.

Todo ocurrió tan deprisa. Tan increíblemente deprisa.

—¡Rehan! —gritó Arman y echó a correr.

—¡Jordan! —gritó Doris y entró como un vendaval en su casa, pero trastabilló por el exceso de champán y de canciones victoriosas.

Jordan y Seb salieron por la puerta y sobrepasaron a Doris en dirección al búnker. Doris vio a su hija a un lado, a su nieto al otro y retomó, aliviada, su puesto en el búnker.

—¡Que todo el mundo vaya entrando! ¡Hoy habrá cerveza gratis para todos!

El padre de Amarna y Bülent entraron con los niños, Kathy Burgess los siguió con su familia. «Otra vez volvemos a ser demasiados en el búnker —pensó Amarna. ¿Por qué nos gusta pegarnos tanto los unos a los otros, en lugar de utilizar los dos búnkeres?». Cuando Jordan y el larguirucho de Seb entraron en el búnker, ella se dio cuenta de que iban cogidos de la mano.

—¡Rápido, rápido! —gritó Doris—. ¡Ya tendrás tiempo para perder mañana!

En ese momento, Amarna cayó en la cuenta de que aún faltaba Rehan y de que Arman había desaparecido en interior de la casa. Lo oyó gritar el nombre de Rehan y un aluvión de palabras en armenio.

—¡Doris! —bramó Dexter—. ¡Ven aquí de una puñetera vez!

Entonces la primera detonación los hizo enmudecer. El suelo tembló. Todo el que no estaba ya tumbado, cayó al suelo. Cuando Amarna logró erguirse, se encontró rodeada por una nube de humo y se llevó el chal a la boca. La bomba debía de haber caído en las inmediaciones, quizá en la calle perpendicular que llevaba a la estación de metro. Alguien gritó y el humo comenzó a posarse. Por entre los vapores, Amarna reconoció a Rehan, que surgía de la casa despavorida como un animalillo al que trataran de disparar. Arman vagaba aún gritando por la casa, pero Doris había descubierto a Rehan, dejó el búnker en paz y corrió tras ella cuesta arriba.

—¡Rehan, Rehan! ¡Detente, *sweetheart!* ¡Es normal que te angustie, pero el mundo no se está viniendo abajo!

Amarna contempló, paralizada, a su marido salir de la casa. Salió detrás de las dos mujeres y ya estaba a dos pasos de Doris cuando esta llegaba a la carretera. En ese mismo segundo, la segunda detonación hizo desvanecerse la imagen y todos los sonidos restantes.

En el panfleto de la ARP, que Amarna apenas había ojeado, decía que las probabilidades de ser alcanzado directamente por una bomba eran minúsculas. Doris y ella se habían indignado: «Si Black Beauty tiene tantas ganas de que nos leamos esto en condiciones, entonces no tenemos más que aprendernos esto de memoria y decirle: “las probabilidades de ser alcanzado directamente por una bomba son minúsculas”. ¿Y de qué me sirve a mí eso si resulta que soy a la que le toca la lotería? ¿El que las probabilidades sean diminutas van a hacer que yo esté menos muerta?».

Pero Doris pertenecía a aquellos a los que no les tocaba la lotería. Igual que a los otros dos. La bomba, que probablemente no era muy grande, cayó sobre la carretera y abrió un cráter, como si se hubiera abierto un volcán en medio de Londres. Fragmentos de metralla salieron disparados. Uno de ellos pasó rozando a Amarna en la cabeza y esta cayó de lado, empujada por el impacto. Cuando volvió en sí, apenas podía creer que el pedazo de mineral no le hubiera dado y que tuviera la cabeza intacta.

Solo respirar le dolía, probablemente debido al humo. Mientras luchaba por respirar, recuperó la memoria. Con esfuerzo, pronunció tres nombres: «Arman, Rehan, Doris». Pero no sonaron más que tres graznidos. Se precipitó dos, tres pasos por la pendiente antes de detenerse

de nuevo.

Fue a su marido al que vio primero. Antes de lograr reconocer su espalda, sus hombros, su nuca, apenas habría podido reconocerse a sí misma.

—¡Arman!

Lo llamó por todos los nombres, por todos los apelativos cariñosos que le había dedicado alguna vez y él siempre le había escuchado. Pero no aquella vez y ni siquiera volvió la cabeza. Los demás salieron corriendo hacia ellos. No hicieron caso de las normas incluidas en el panfleto: «No abandone el búnker hasta pasados unos minutos después del fin de la alarma. Salga despacio, vaya con cuidado, no toque ningún objeto desconocido».

Al otro lado de la calle, vio el cabello de Doris, que con tanto esfuerzo intentaba teñir de rubio, pero que, al final, acababa por parecer algodón de azúcar. Tenía la cara ilesa, solo manchada de negro, y únicamente había manchas de sangre en su cabello algodonoso. Su perro, Snow White, en el que nadie había reparado, gemía frente a ella y le lamía las mejillas. Quizá se preguntaba: «¿por qué no me devuelve los besos?».

«En París, en París también llueve», pensó Amarna, paralizada por el horror.

Tras Arman se encontraba Bülent, quien vociferaba mientras empujaba a un Seb mucho más grande que él. Aunque Seb no podía entender lo que Bülent le gritaba en turco, el muchacho le contestó de todas formas:

—¡Solo quería ayudar! Jordie y yo buscamos a Rehan tan pronto como la alarma empezó a sonar, pero no se nos ocurrió que estuviera en el taller.

Bülent lo apartó de un empujón, echó también a un lado a la llorosa Chaja y gritó en turco:

—¡Que nadie se le acerque! ¿Lo habéis entendido? ¡Que nadie la toque!

La sangre empapaba la carretera. Parecía haberle caído encima a Arman, sobre las dos manos, la cabeza y el pecho. Desde el parque surgieron el aullido y el traqueteo que anunciaba el fin de la alarma, como protestando por aquello que ya no tenía remedio. Segundos después reinó el silencio, con una única excepción: una voz, como una elegía, que parecía exigirle a la noche compasión.

—¿Qué es eso?

Aquella lengua sonaba extraña e íntima, como la infancia de una persona a la que solo se ha conocido de adulta.

—*Krapar* —dijo Bülent, apartando a Amarna—. La vieja lengua que su pueblo utilizaba para rezar. No sé de dónde la aprendió porque yo mal pude habérsela enseñado. Pero soy un hombre piadoso. Lo crio un hombre piadoso. Déjalo solo con su pequeña.

ÚLTIMA PARTE

SAINTE-CÉCILE-LES-VIGNES, LONDRES, DOĞUBEYAZIT, AGHTAMAR

****

«El que llore, querido, no ha de sorprenderte
solo el que a veces ya no me queden lágrimas».
MASCHA KALÉKO

31
EVA.
SAINT-CÉCILE-LES-VIGNES. SEPTIEMBRE DE 1942

El lugar se encontraba entre viñedos, recostados en la llanura como un bebé en su cuna. La cuna de Chaja estaba decorada con dibujos que la propia Eva había pintado el día de su nacimiento. Dibujos de figuras humanas. Nunca pintaba otra cosa. ¿Soñaría alguna vez Chaja con su cuna?

El plateado resplandor de los olivos, los restos de murallas medievales que dormitaban al sol, los cónicos enjambres de mosquitos sobre los estanques negros, nada de todo aquello habría incitado a la antigua Eva a tomar pincel y paleta. Sin embargo, ahora, en algunas ocasiones, deseaba haber pintado algo parecido a estas perdidas manchas de tierra cuando se alojaba en el *Département Vaucluse,* algo que fuera ajeno al devenir del mundo y que, por eso mismo, exudara una especie de paz.

La paz que Eva había descubierto se basaba en la ausencia de seres humanos. Pero de eso no había ni siquiera allí, a pesar de que rara vez pasaba alguna persona aislada trotando por el sinuoso sendero que llevaba a la aldea. Si la especie humana, al fin, no hubiera reinado incluso en aquel somnoliento nido, igual que lo hacía en los bulliciosos paseos de París, algunas personas, como, por ejemplo, ella misma no tendrían por qué esconderse en algún rincón oscuro de un granero.

En un granero vivía Eva desde que el armenio la había traído hasta allí en su camioneta. Cuando ella llegó hasta allí, acompañada de los otros cinco, sobre la traqueteante furgoneta, creyó estar a punto de disolverse, de fundirse en un torrente de sudor y fuerzas agotadas. No todos podían permanecer allí. Algunos tuvieron que llegar andando hasta la siguiente parada. «No puedo más», había dicho Eva. Fue pronunciar aquellas palabras y desmoronarse. Así pues, se había quedado allí, en el granero de un pequeño cobertizo, protegida por los rastrillos, las horcas y las palas. Tardó semanas en enterarse de que los alemanes habían tomado París apenas tres días después de su huida. El Gobierno francés había pedido un armisticio y Hitler se había divertido haciendo que sus negociadores firmaran el acuerdo en Compiègne, en el mismo vagón de hierro en el que los alemanes habían firmado su rendición tras la Primera Guerra Mundial.

Las tropas de Hitler habían ocupado el norte y el centro de Francia, pero el sur había quedado en las ancianas manos de su sumiso colaborador, el mariscal Pétain, que había establecido su sede de gobierno en la pacífica ciudad-balneario de Vichy.

—Eso no quiere decir que los judíos seáis bienvenidos aquí, en el sur —le había explicado el armenio—. Algunos dicen que los señores de Vichy, que han convertido los hoteles de lujo en una especie de corte palaciega, hacen todo lo posible por superar a los alemanes en su odio. Si la situación es más sencilla aquí abajo es solo porque los franceses no son tan eficaces atrapando

gente ni se saben organizar tan bien como los alemanes. Eso ocurría también con los otomanos. Un territorio poco poblado, mucho caos y confusión, y aparecen un par de agujeros en la red por la que algún afortunado logrará escabullirse.

Los agujeros en la red por los que el armenio había podido escabullirse en su momento había sido un orfanato del protectorado francés del Líbano en el que una familia kurda lo había acogido a él y a su hermano cuando mataron a su padre de una paliza y, a su madre, de hambre.

—Nos dieron de comer y ya no tuvimos que seguir viviendo con miedo —dijo—. Les estábamos muy agradecidos.

Eva sabía que ella también debía estar agradecida. Les debía algo tanto al armenio como al par de campesinos que le habían permitido quedarse en el cobertizo del granero. Arriesgaban la vida, pero a Eva no se le daba bien mostrarse agradecida. Aquel que vive casi ahogado en su propia miseria apenas tiene espacio para nada más. Apenas escuchaba lo que el armenio le contaba, y lo olvidaba enseguida.

En otro tiempo había luchado con sus propias fuerzas por labrarse una vida, por hacerse el lugar en el mundo que le faltaba y que le quedara bien. Tenía belleza, sesos y talento y se había entregado a su trabajo sin la ayuda de nadie. ¿Por qué alguien como ella, que no había necesitado a ningún Hagen Fidelis, sino que se había labrado su propio camino, tenía que mostrarse agradecida, un par de años después, por unas sábanas viejas en un cuchitril, por pan duro y agua, que debería haber tirado al pozo en cuanto hubiera caído la tarde? ¿Qué había hecho ella para tener que estar agradecida por una vida en la que no era más que una bruja con la que nadie hablaba?

Algunos días se habría mostrado agradecida por una soga con la que colgarse de una viga y ponerle fin a todo. Entonces se le despertaba el apetito de Chaja, la certeza de que debía recuperar a Chaja y que, solo por eso, debía permanecer con vida. Era una mujer a la que se lo habían arrebatado todo, incluso su propia hija. No tenía motivos para estarle agradecida a nadie.

En París, el tiempo había transcurrido a la vez muy despacio y muy deprisa. Allí no transcurría en absoluto y, sin embargo, ya se había terminado. Las cabras rumiaban hierba y, por las noches, todo parecía permanecer despierto. Apenas llovía y se filtraba enseguida. Era inconcebible que el tiempo tuviera sentido en algún otro lugar, que pudiera hacer de una niña pequeña una escolar, de las que, quizá, llevaran una carpeta de dibujos bajo el brazo, que pintaran rostros profundos y «degenerados» y que, por eso, tuvieran que sufrir sacudidas en el corazón y el coraje. ¿Intentarían el turco y su pelirroja esposa hacer de su dotada hija una burguesita que fuera con falditas tableadas a clases de economía doméstica?

La razón le decía que el turco era un artista y que, a pesar de ser su enemigo, el ladrón que le había robado cuatro años de vida con su hija, aun así, sería capaz de reconocer un talento como el de Chaja y promoverlo. Pero ¿quién le decía eso? ¿Estaba un hombre que, sin duda, se tenía por tocado por Dios, preparado para descubrir otro talento que no fuera el suyo, mucho menos el de una niña pequeña? Y, aunque lo hiciera, ¡no tenía derecho a acompañar a Chaja en su camino hacia el arte! ¡Ese derecho era solo de Eva!

Tan solo una noche soñó con Chaja, y se despertó con el rostro cubierto de lágrimas. El sueño era una compilación de recuerdos que, durante el día, se sucedían con demasiada rapidez: Chaja recibiendo de manos de Eva la primera caja de pinturas y observando cada una individualmente; Chaja eligiendo el cuadro en la galería y decidiéndose por ese al que había

llamado *El payaso triste* y, finalmente, Chaja el día que su mundo se había hecho pedazos; Chaja prometiéndole a Eva: «Te regalo mis dibujos, mamá. Mañana te pintaré más».

¿Le regalaría ahora Chaja sus nuevos dibujos a la mujer del turco?

Eva añoraba volver a soñar con ella, pero no volvió a ocurrir. Era frecuente que, durante semanas, no hablara con nadie ni media palabra. La hija de los campesinos, que le traía comida, más que decirle nada susurraba algunas palabras ariscas, como si pensara que Eva era una bruja que practicara sus malas artes desde el cuartucho de los trastos. El granjero le permitía ayudarlo de vez en cuando con el trabajo: pisando uvas, atando el heno, haciendo la colada. Era un consuelo, pero no sucedía a menudo. Cada par de meses volvía Michel, el armenio, o algún otro de los que recogía o dejaba refugiados. En esos casos tampoco había demasiada conversación. Con frecuencia, la gente que llevaba tiempo con los campesinos hablaba solo polaco o se comunicaban únicamente entre ellos. Eva se preguntó de dónde vendrían los que iban a acudir a recogerlos. No hablaba de ello con el armenio, pero, en su segundo otoño en el cobertizo, apareció Lucien.

Era casi como volver a ver a un amigo, aunque no tenía ninguna relación con él. Era alguien al que conocía, que sabía que se llamaba Sandrine, y el hecho de que realmente no se llamara así no suponía ninguna diferencia. Estaba mucho más contento, casi se diría que exultante.

—Lo de los *boches* se va a terminar pronto, ya lo verás. Tenemos a De Gaulle. Tenemos a los ingleses, que no nos han dejado en la estacada. Pero, sobre todo, tenemos a un héroe como Jean Moulin. Ahora es nuestro turno de atacar.

Había algo más que lo entusiasmaba tanto o más que el líder de la *Résistance* huido a Inglaterra para hablar con la gente de la France Libre:

—Figúrate: tengo un hijo. Con la muchacha de la que te hablé, la londinense gordita con dinero. Cuando los *boches* se hayan retirado, iré allí y me instalaré. Édouard se llama, mi chaval. Ya sabe correr.

Le mostró la fotografía de una muchacha grande de rostro redondo con un bebé igualmente grande y de igual rostro redondo, que sonreían a la cámara. A Eva le dolía el corazón de tanto como deseaba tener una imagen de Chaja o, al menos, contar con que Chaja tuviera una.

—Míralo. Se parece más a mí que a la *maman*, ¿no crees?

Eva miró y el corazón le dolió aún más. No por el niño, sino por la madre. Eva había sido pintora, había tenido una mirada especial para los rostros y nunca olvidaba uno. Aquella muchacha poco atractiva de la foto, así como su madre, la del vestido de tubo plateado, pertenecían al séquito del turco.

—Yo también les he enviado una fotografía mía —dijo Lucien—. Para mi chico. Para que reconozca a su padre cuando vaya a verlo.

—¿Cómo se la enviaste?

Lucien se encogió de hombros.

—No debería decírtelo. Cuanto menos se sepa, menos probabilidades hay de que nos traicionen. Los ingleses que van a venir a recogeros transportan cosas cuando pueden. No es demasiado seguro y tardan una eternidad, pero es menos que nada.

—¿Qué ingleses? —preguntó Eva.

Lucien volvió a encogerse de hombros sabiendo que ya había dicho demasiado y que, a pesar de ello, no estaba en situación de callarse. Los seres humanos no estaban hechos para guardar

silencio. En aquellos tiempos de silencio eran como perros a los que les hubieran cortado la cola y agitaran el muñón en su lugar.

—Los ingleses son nuestros contactos —intentó él cerrar la conversación de forma lapidaria.

Sin embargo, continuó en voz baja.

—Envían aviones y paracaidistas, agentes que nos ayudan. Aterrizan en los Alpilles y, cuando uno de nosotros debe huir, se lo llevan con ellos. De momento solo recogen judíos. Michel, mi primo, tiene mucha relación con ellos. Un par de ellos son amigos suyos, la gente de la galería de arte.

—Lucien —dijo Eva y deseó tener aún algo de su belleza, de su talento especial o alguna otra arma—, dile a Michel que los ingleses deben recogerme a mí también. Es urgente, es una cuestión de vida o muerte y le devolveré el favor

Lucien se echó a reír.

—Eso nos pasa a todos. ¿Por qué tú precisamente?

—Porque lo mío es más urgente.

—Veré lo que puedo hacer —dijo él—, pero las mujeres con niños tienen preferencia. Espero que lo entiendas.

El silencio le hacía daño. Agitar el muñón no era igual de efectivo entre seres humanos.

La esperanza la sostuvo durante el invierno. Las tormentas no permitían que ningún avión aterrizara en las montañas, pero, al llegar la primavera, Lucien volvería y le diría que iban a recogerla.

No volvió a ver a Lucien. Hasta julio no volvió a ver a alguien a quien conocía, a Michel, el primo de Lucien, que traía a una vieja judía polaca con dos niños. Eva ya no pudo soportar el silencio.

—¿Cuándo va a venir Lucien?

Michel parecía llevar días sin dormir.

—Lucien no va a venir más.

—¿Dónde está?

Cuando se encogía de hombros, se parecía mucho a su primo, solo que quince años más mayor.

—Nadie lo sabe. No hemos vuelto a saber de mucha gente. Desde diciembre han capturado y deportado a más de cinco mil de nosotros. Se los llevan a Alemania. O al este. La madre de Lucien ha preguntado por todas partes, ha recurrido a todas las autoridades, ha suplicado, pero nadie le ha podido decir nada. No es una de nosotros, no es comunista, es solo una madre francesa. Les gustaría poder ayudarla, pero no saben nada. La gente como Lucien va a los campos con el distintivo *NN*. Son prisioneros sin nombre, sin papeles, para que nadie pueda averiguar qué ha sido de ellos. Así nos castigan. No solo nos asesinan, sino que pretenden decirnos con ello que nunca hemos existido.

—Pero Lucien iba a ayudarme —insistió Eva—. Me había prometido que se ocuparía de que yo fuera a Inglaterra. Ahora no puede dejarme en la estacada.

En la mirada de Michel leyó el desprecio que también había podido apreciar en los ojos de la hija de los campesinos y en los del armenio. Sabía qué pensamiento se ocultaba tras aquellos ojos: «¿Cómo te atreves a venir con exigencias? Deberías estar agradecida».

—¿No te da vergüenza? —preguntó Michel—. Lucien solo tenía veintitrés años y un niño pequeño en Londres.

«Yo también tengo una niña pequeña en Londres. ¿Se avergonzaron los que me la robaron? No, no se avergonzaron. Si había alguien que debía avergonzarse, ese era su padre y tampoco lo hizo. ¿Por qué iba a avergonzarme yo? ¿Por querer pintar, por querer vivir, por no querer nada más que a mi propia hija? ¿Se avergüenzan los que nos han vuelto inhumanos? ¿Se avergüenzan, en este mundo dejado de la mano de Dios, los que realmente tienen motivos para ello?».

—Me dijo que debías estar en la lista de los que salían en el avión —murmuró Michel—. Incluso llegaste a estar inscrita. Pero ahora Hitler no tiene freno. En París, ha reunido a trece mil judíos como si fueran ganado y los ha encerrado en un velódromo. Algunos de ellos son niños y los envían a los campos de exterminio. A Auschwitz. ¿Has oído ese nombre alguna vez?

Eva negó con la cabeza.

—Avisamos a un par de ellos. A otro par pudimos ocultarlos. Danuta, que está aquí, ha perdido a su marido y a su hija: solo ella y su nieto han logrado escapar. Ella y el niño se han quedado con la plaza en el avión que estaba destinada para ti.

Eva se quedó sin palabras. ¿Qué habría podido decir? ¿Que llevaba cuatro años sin ver a su hija? ¿Que durante los últimos cuatro años no había vivido para nada más que para el reencuentro con su hija? La polaca judía estaba medio muerta y el niño apenas tenía fuerzas. Eva no podía decir nada.

—En cualquier caso, quién sabe durante cuánto tiempo podremos seguir sacando a gente —dijo Michel—. Se rumorea que los fascistas podrían tomar también los territorios libres. De ser así, los británicos ya no arriesgarán el cuello para venir hasta aquí.

—Maldita sea, ¿por qué los británicos y todos los demás no acaban de una vez con ese Hitler?

Michel volvió a encogerse de hombros, igual que Lucien.

—Soy comunista, no creo en el diablo. Pero quizá ese ha sido precisamente nuestro error.

Cuando se fue, a Eva ya no le quedaba nada más. Ni esperanza, ni lágrimas, ni sueños. Habría querido robarles una soga a los campesinos, pero la idea de morir como lo haría un prisionero *NN*, sin que su hija llegara a descubrir dónde había fallecido su madre, la dejó sin energías.

Un hombre al que Eva no conocía recogió a la anciana judía y a su nieto. Volvía a estar sola en el cobertizo y se alegraba por ello, pues la soledad entre personas que hablaban entre ellas pero no con ella se hacía aún más dura. Tras un agosto de calor sofocante, llegó septiembre con un frío inesperado, acompañado de tormentas y lluvia. Durante la segunda semana del mes, regresó el armenio para inspeccionar el cobertizo.

—Necesito algo de sitio aquí —dijo y apartó las míseras pertenencias de Eva contra la pared —. Tengo que traer a un herido, un piloto que se ha herido durante el aterrizaje y necesita un par de semanas de reposo antes de volver a volar.

—¿Un inglés?

El corazón de Eva se aceleró.

El armenio, cuyo rostro oscuro y marcado apenas solía mostrar emoción alguna, parecía sorprendido.

—Un compatriota —dijo y, tras una pausa, añadió—. Un amigo.

Apenas podía tolerar la decepción. Eva reculó tambaleándose hasta la pared. ¿Cómo iba a compartir ese cuartito con un hombre? Hasta la fecha solo habían sido mujeres, niños y ancianos los que habían permanecido allí, pero no un hombre como el armenio, tan extraño y ajeno para ella que amenazaba con arrebatarle el control de la estancia.

—Viene de Inglaterra —dijo el armenio—. Cuando se encuentre mejor, regresará.

Las fluctuaciones estaban mareándola. Desesperación. Esperanza. Desperación. Esperanza. Se apoyó en la pared. El péndulo se decantaba esta vez por la esperanza. Esta vez pensaba agarrarla y no dejarla marchar.

—Cuando regrese —comenzó, dubitativo—, ¿llevará pasajeros?

El armenio asintió.

—Va a recoger a un científico judío con su mujer y su hijo en Séguret. Un físico al que el Gobierno británico ha prometido ayuda.

«Oh, no —pensó Eva—. Eso sí que no. Cueste lo que me cueste convencerlo, no va a recoger a nadie en ninguna parte, a ningún maldito físico, sino a mí. Es posible que su avión sea el último que salga de Francia antes de que los alemanes tomen la zona libre y todas las trampas se cierren en torno a mí. Es el último avión rumbo a Chaja». No había nada, ningún acto que no llevara a cabo con tal de ganarse esa plaza.

—¿Cuándo vendrá ese hombre? —le preguntó al armenio.

—Por la noche.

—Si está herido, necesitará cuidados. Me ocuparé de él.

El armenio le dirigió una mirada de angustia y se marchó. Esa misma tarde, Eva hizo algo que llevaba mucho tiempo sin hacer: le pidió a la hija del campesino que le traía el pan que le diera, también, una pastilla de jabón. Al atardecer, salió del cobertizo y, en lugar de ir a la fuente en la que solía lavarse como los gatos, se fue hasta el lago y se lavó el pelo, con el corazón desbocado.

32
AMARNA.
LONDRES. 1942

«Nosotros —pensó Amarna—. Nosotros, nosotros, nosotros. Nosotros, los del Regent’s Canal».

Cuando era estudiante había querido escribir su tesina sobre la figura del rey en la epopeya de *Gilgamesh*. Sin embargo, después, había estado en Hattuša, se había enamorado de Arman Artsruni y había aprendido que el principal encanto de la epopeya recaía en el amor entre Gilgamesh, el rey, y su amigo, el salvaje Enkidu. Gilgamesh había tenido que perder para encontrar, había tenido que perder a Enkidu para aprender lo que era la pena, la compasión, lo que era ser humano. Amarna había escrito sobre ello. Si tuviera que empezar su tesina ahora, habría querido escribir sobre la vivienda adosada del Regent’s Canal. Sobre el dolor que destrozaba y unía.

> Esta es mi casa.
>
> Y no porque cante su himno, no porque esté encerrada dentro de sus fronteras, sino porque aquí es donde está mi gente.

Habían enterrado juntas a Doris y Rehan. Doris siempre necesitaba tener a alguien a quien cuidar y todo el mundo se había ocupado siempre de Rehan. Arman había hablado con Dexter sobre el tema del entierro, habían discutido por el pago y, finalmente, Arman había incluido los dos nombres en el *jachkar* que había hecho con Chaja y la habían llevado en el Tourer al cementerio. El *jachkar* era una cruz conmemorativa cubierta de zarcillos y motivos geométricos como las que los escultores armenios solían hacer en la Alta Edad Media: obras de arte en piedra que debían preservar el recuerdo de una vida. Eran las sucesoras de aquellas estelas funerarias de Urartu, cuyos moradores creían que podían preservar el alma de los muertos si se esculpían sus rostros en la piedra. Los armenios medievales habían heredado de Urartu el amor por la piedra, pero se habían convertido al cristianismo. Habían declarado a Dios protector permanente de las almas y habían dejado de esculpir rostros en sus *jachkars*.

Sin embargo, Arman y Chaja habían grabado una imagen humana en su bloque de piedra. Era el rostro de una mujer, con los ojos grandes y un pañuelo cubriéndole el cabello. No era ni Doris, ni Rehan, pero era tan hermosa que todos creían poder ver algo de Rehan y de Doris en ella. Llovía durante el entierro. El *British Movietone* había acudido y Amarna había querido mandarlos al infierno, pero Dexter había dicho:

—Por favor, déjalos quedarse. Dee siempre había querido salir por la radio y ahora incluso saldrá por el informativo semanal.

Dado que nadie se sentía capaz de hacerlo, Dexter le había pedido a Amarna que dijera algunas palabras. Amarna posó la mano en los hermosos féretros que Arman había comprado y dijo:

—Debería haber comprado otra cosa. ¿No podría comprarse París? Ay, no. En París también llueve.

Arman y Chaja permanecieron junto a la tumba bajo la lluvia mientras los demás asistentes iban dejando el cementerio. Arman llevaba, bajo una chaqueta negra, el jersey verde que le había hecho Rehan. Amarna fue hacia ellos y contempló a la hermosa mujer del *jachkar*.

—¿Quién es? —preguntó.

Arman y Chaja estaban de pie, con las cabezas gachas como dos perros de lanas empapados, y Amarna no deseaba otra cosa más que tratar de hacérselo más llevadero.

—No lo sabemos —dijo Chaja finalmente y le dio la mano a Arman.

—Está bien —dijo Amarna antes de darles un beso a cada uno y dejarlos solos.

Para el convite funerario, Kathy y Amarna, junto con algunas mujeres del vecindario, habían preparado un bufé de platos seleccionados de Gert y Daisy, aunque también había algunas botellas de vino de La Gironda. Durante la comida, Seb se levantó de pronto y le dijo a Dexter:

—Quiero casarme con Jordie, señor Taylor. Jordie y Edu van a necesitar a alguien, y yo quiero estar allí para ellos.

—No sé qué debería decir —dijo el valeroso Dexter a Arman.

Arman sonrió y le dijo a Seb:

—No se hace así. No de pie. ¿Sabrás hacerlo solo o tengo que enseñarte?

Seb tenía aspecto de necesitar que Arman lo sujetara, pero, aun así, fue capaz de hacerlo solo. Así, un mes después del entierro, fueron de nuevo a la iglesia junto a la estación. Por parte de los Farnshaw solo acudió Wally, pero medio Berthnal Green apareció para compensar. Amarna insistió en hacer de intérprete para Bülent durante los votos y, mientras él trataba de taparse las orejas, ella se las bajaba con la mano.

—Ahora escúchame de una vez, viejo cabezota: «Yo, Sebastian, te tomo a ti, Jordan, como mi legítima esposa para cuidarte en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, y honrarte y amarte hasta que la muerte nos separe».

«Nosotros, los del Regent’s Canal. Nosotros, nosotros, nosotros».

Lucien, el padre de Edu, había desaparecido y, con toda probabilidad, estaba muerto.

—En realidad apenas lo conocía —dijo Jordan—. No hablo francés. Pero es triste, en cualquier caso.

Era triste, en cualquier caso. Siempre lo sería.

—Dime, Marnie, ¿crees que a Dee le habría gustado? —preguntó Dexter mientras se sentaba a comer otro bufé de Gert y Daisy, esta vez con los invitados a la boda—. ¿Crees que habría pensado que nuestra Jordan está en buenas manos?

—Sí —dijo Amarna sin dudar—. No te preocupes, Dex. Dee habría decidido exactamente lo mismo que tú.

Jordan Taylor y Sebastian Farnshaw podían no ser una pareja de cuento de hadas, pero él había aprendido a ser un hombre. Debido a sus problemas nerviosos, no se le había permitido ir al frente, por lo que había tenido que sufrir en sus carnes que su abuelo lo viera como la segunda decepción de la familia. Sus caricaturas, mientras tanto, no aparecían ya solo en los panfletos

propagandísticos, sino en los dominicales de los periódicos. A la gente le gustaban. Era un poco como la versión de Doris de la *Marcha del coronel Bogey:* les permitían reírse de temas profundamente tristes.

La noche en la que Rehan y Doris habían muerto, Seb había aguantado hasta que Arman había terminado su plegaria mortuoria y Bülent les había permitido acercarse finalmente a él.

—Hay algo que debo decirte —había balbucido Seb—. Es culpa mía que saliera huyendo y es culpa mía que muriera. Estaba colado por ella, desde hacía años, y pensaba que alguien como ella ni se fijaría en alguien como yo, pero entonces, hace tres semanas, ella y yo, quiero decir, aquella noche…

Arman, que seguía de rodillas junto a Rehan, volvió hacia él su rostro empapado en lágrimas y dijo:

—Sí.

—Pero no fue como yo había pensado que sería… No sé cómo explicarlo.

—No hace falta que expliques nada —dijo Arman.

—Pero debes saberlo.

—Ya lo sé.

—Soy un cerdo —dijo Seb—. Como todo había sido tan raro y siempre me fallan los nervios, empecé a verme con Jordan y esta tarde Rehan nos pilló. Se presentó sin más en mi cuarto con su telar en las manos, como siempre, para preguntar si queríamos jugar al *flinch*.

—Si no eres honrado con Jordan, vas a saber lo que es bueno —dijo Arman—. No te haces una idea de hasta qué punto. Sobre lo otro, ya no hay nada que puedas hacer y no eres un cerdo por eso.

—Arman —dijo Seb.

—Vete —dijo Arman, impotente—. Ve con Jordan. Yo no puedo ahora mismo.

Seb fue hacia él y, cuando Arman quiso quitárselo de encima, él se limitó a agarrarlo como Arman lo había hecho con él por la noche en el Anderson Shelter, con ese tipo de abrazos poderosos y robustos que los hombres solo saben darse entre ellos y, después, lo soltó.

—Me gustaría ayudarte. Pero no puedo hacerlo, ¿verdad?

—Sí —dijo Arman—. Avisa a la gente de la ARP. Diles que Dexter y yo perdimos la cabeza por la pena y que no pudiste evitar que moviéramos los cuerpos. Que deben venir de inmediato y asegurar la zona del impacto antes de que alguien se haga daño.

Seb le dio a Arman una palmadita en el hombro y después se marchó. Arman tomó a Rehan en brazos y la llevó de vuelta a casa, como había hecho incontables veces cada vez que ella se quedaba dormida por ahí porque le gustaba quedarse con los demás como cualquier adulto, pero la vencía el sueño igual que a un niño. Era una niña. Eso era lo que Bülent siempre decía.

Arman no hizo nada por ocultar su rostro anegado por las lágrimas. Amarna lo contempló cargando con la muchacha a la que consideraba su hermana y en sus oídos resonaban las palabras que ella había pronunciado sobre su hermana de sangre. Estaba petrificada de vergüenza y pena. A un par de pasos de distancia de donde había reposado la cabeza de Rehan se encontraba Bülent, de pie.

—Ve con él —le pidió Amarna—. Ayúdalo.

—Es un hombre —dijo Bülent.

—¿Y por eso debe estar solo?

—No lo estoy dejando solo —dijo Bülent— y él lo sabe. Podría tomarlo en brazos como a un niño pequeño, pasarme la noche acariciándole la cabeza y dándole palmaditas en la espalda si quisiera. Pero no quiere.

—Entonces, ¿qué? Bülent, ¡tenemos que ayudarlo!

—Un padre que ha educado bien a su hijo habrá hecho que el hijo, algún día, ya no lo necesite —dijo Bülent—. Yo no puedo ayudarlo. Pero tú, sí.

—¿Cómo?

—Déjalo marchar.

Arman regresó y ayudó a Dexter, que aullaba de dolor, a tomar en brazos a una Doris aún vestida de plata y llevarla a casa. Junto a ellos iba Chaja, con la mano aferrada a la pierna de él, seria como una guardiana. «Por favor, ¿podría alguien concederles a nuestros hombres una puñetera medalla al valor? —pensó Amarna—. A todos, incluido al pequeño Edu. Una puñetera condecoración por un comportamiento ejemplar más allá del puñetero deber, por ser todo un hombre en una puñetera época en la que es muy difícil serlo».

Tras el Año Nuevo, Arman tuvo que regresar con su unidad aunque, como antaño, volvía a casa los días libres y se ocupaba de Chaja, de Dexter y de la casa. Con Amarna se comportaba como había temido: de manera ejemplar. Irreprochable. Ella habría querido salvar las distancias para pedirle perdón y decirle lo que Bülent le había aconsejado: «Te robaron a tu familia; también, al hijo que deseabas tener y, ahora, a la hermana que quisiste tomar para sustituir a la que habías perdido. No puedo acariciarte el pelo, besarte cada centímetro del cuerpo y pretender que confíes en mí por ello. Debo permitirte que busques tu propia confianza. Así pues, ve y haz lo que debas hacer. Lo que hace el marido de Melinée. Jean Moulin. Michel y Lucien».

Quería decírselo cada día, pero la segunda y obstinada voz en su mente le preguntaba: «¿Por qué? Tengo su promesa y no la romperá. Tengo derecho a retenerlo junto a mí. ¿No han muerto ya suficientes seres queridos? A la gente le encanta su trabajo, las imágenes de su escultura atraviesan todo ese devastado continente. ¿No habrá incontables personas más, aunque no sea capaz de salvar de la muerte a una o dos?».

Pero ¿cómo podía pensar así? ¿Cómo podía esperar de Arman que pensara así? Aquella persona o dos podían haber sido Doris y Rehan, su hermana Tuma y su madre, de nombre desconocido. La persona o dos eran Arman y Chaja, protegidas por Bülent y Paul. ¿Habría querido ella que Bülent y Paul se ocuparan de crear esculturas para un continente devastado y hubieran mandado al infierno a Arman y Chaja?

Ella intentaba trabajar. Habitualmente permanecía en el museo hasta que Chaja regresaba del colegio, pero aquel martes la clase de Chaja iba al York Hall a nadar y Amarna estaba libre hasta la tarde. Cuando no tenía nada que hacer, se iba al cementerio. Hacía un tiempo espantoso.

—Oh, *my giddy aunt* —le dijo a Doris—. No seas una babosa en tu próxima vida. Prométemelo, aunque te entienda. Quiero recuperarte. Te echo de menos. Una guerra capaz de llevarse a gente tan maravillosa me parece irracional y repugnante. Dime, Dee: ¿cómo puedo permitir que envíen a tu amigo Black Beauty al matadero en lugar de obligarlo a mantener su promesa? ¿No da igual que yo sea una arpía irracional, un monstruo que no se merece a su maravilloso marido, siempre que me preocupe de que no se juegue su maravilloso pellejo? ¿De que todavía siga allí cuando el puñado de supervivientes lleguemos al Ararat y necesitemos a un hombre con tanto coraje en un mundo destrozado por Hitler?

Doris no respondía. La lluvia golpeaba el rostro femenino del *jachkar*.

—¿Tenemos que permitir que todos se quemen, como el marido de Melinée, Jean Moulin o el joven Lucien? ¿Tipos que construyen búnkeres para sus esposas, que cantan canciones picantes al oído de las mujeres y que entierran entre lágrimas a sus muertos? ¿Qué será de nosotros si, en lugar de ellos, solo quedan los cobardes?

Se sentó en la enlodada tierra frente a la tumba y lloró desconsoladamente. Era un alivio hacerlo en la lluvia. Todo se marchaba, fluía. Todo salvo ella.

—Marnie.

A su espalda se encontraba Wally.

—¿Qué haces aquí? ¿Me estabas siguiendo?

Wally negó con la cabeza.

—Apenas conocías a Doris ni a Rehan.

—Pero ya sabes lo mucho que me gustan las artes plásticas —dijo, señalando el *jachkar* con la cabeza—. Solo por descubrir el talento de ese condenado tipejo el rey debería hacerme a mí caballero en lugar de a él.

—¿De qué estás hablando? —se revolvió Amarna.

—Está confirmado, no hagas más preguntas —dijo Wally—. Si toda esta pompa y circunstancia no te van, más vale que te divorcies. Sin embargo, empieza a planteártelo. Uno de estos días le terminarán encargando que haga una escultura en homenaje a los caídos por este país.

—Y uno de estos días ya no estará aquí.

Wally se le acercó.

—No lo dices en serio. ¿Es que no tiene suficiente? ¿Todavía no ha entendido lo que te está haciendo pasar?

—¡Para! —gritó ella y se dio la vuelta, con lo que se tropezó con una corona enviada por los instigadores de la campaña *Dig for Victory*.

Doris había ganado un premio comarcal gracias a los cincuenta tarros de mermelada de escaramujo que había conseguido con los frutos de su huerto.

—¿Cómo te atreves a hablar así de Arman? Creía que eras su amigo y que también eras el mío. ¿Qué clase de amigos somos tú y yo?

Wally llevaba un paraguas, pero no lo había abierto. La lluvia le caía por el rostro, igual que por el de Amarna y la mujer del *jachkar*.

—Mierda —dijo él—. Los amigos son seres humanos después de todo.

—Arman ya tiene suficientes amigos de mierda que son seres humanos después de todo.

—Cuéntame.

Se sentó junto a ella en la cerca que rodeaba la tumba y abrió finalmente el paraguas.

—¿Tú qué te crees? —preguntó Amarna—. ¿Que se te puede contar cualquier cosa como en un consultorio de las revistas femeninas? Me llamo Amarna Artsruni, llevo casi diez años casada con un armenio occidental superviviente de una matanza, al que he acusado de ser un cobarde egoísta porque quería organizar vuelos de huida con los que rescatar a mujeres y niños judíos.

—*God in heaven.* —Wally se refugió bajo el paraguas—. Está bien. Hemos metido la pata hasta el fondo. Pero Arman también podía haber abierto la boca, ¿no? O ¿no les debe eso a sus amigos?

—Lo intenta. No es tan fácil.

Wally la apretó contra él.

—Pues claro que no. Lo intenta y todos lo intentamos. Deja de considerarte inhumana por eso, muchacha. De acuerdo, lo has azuzado un poco porque lo prefieres vivo antes que muerto. Si su delicado carácter no lo tolera, entonces le cambio mi vida. Mi madre acaba de decirme lo orgullosa que su prima debe estar de su hijo porque ha caído en el campo del honor. Ahora puede tomar el té con la duquesa de Wellington con la cabeza bien alta. Mientras tanto, mi mujer anda por ahí con un *group captain* como poco, porque, de tener un rango inferior, no se habría molestado en contármelo.

Amarna rechazó el abrazo.

—Me haces daño.

—Bien. Eso es que seguimos enteros, ¿no?

«Sí —pensó Amarna—. Seguimos enteros. A mi marido le encantan las camisas de seda y los besos en el hombro. Le gusta sentarse espalda con espalda con Chaja bajo el sol y jugar al "veo veo". Hace unos animalitos de papiroflexia maravillosos y grita cuando se da en el pulgar mientras trabaja».

—Me voy a casa —dijo—. Sigues siendo un amigo. Gracias, Wally.

—Está bien —dijo él una vez más y contempló de nuevo el relieve del *jachkar*—. ¿Es verdad que la pequeña lo hizo con él?

—La pequeña se llama Chaja. Y sí: lo hizo con él.

—Cuesta creer que no sea su padre biológico —gruñó Wally—. Por lo que parece, tienes a dos genios bajo tu techo. Deberías ser un poco más blanda contigo misma.

Poco después, la profesora de Chaja retuvo a Amarna frente a la puerta del colegio.

—Me gustaría hablar con usted, señora Artsruni.

—Por supuesto —respondió Amarna.

—Sin Chaja —dijo la señora Waterford—. Y, si fuera posible, me gustaría que su marido también viniera.

«Es por su talento —pensó Amarna—. Tengo que hacer más por promoverlo cuando Arman no esté. Tengo que ocuparme de que tenga pinturas, lápices y todo lo que una pequeña artista pueda necesitar». Concretó una cita para la tarde del viernes, cuando Arman regresara de Stanmore Park, y lo abordó en cuanto salió del coche.

—No puedo sino apreciar sus esfuerzos —dijo la señora Watford, refiriéndose al rango de Arman—. A su pupila le gustaría participar en las misas del colegio con sus amigas. El padre Edmund y yo no estábamos seguros sobre qué les parecería a ustedes, puesto que Chaja es de la fe judía.

—No sabe de qué fe es —dijo Arman—. Por favor, no la excluyan.

La profesora miró la ficha de Chaja.

—Nos encantaría tenerla con nosotros —dijo—. Si así lo desean, existe la posibilidad de que el obispo de Stepney venga y la bautice.

Amarna nunca se había planteado esa posibilidad. Pertenecer a una Iglesia o a otra no tenía para ella ninguna importancia, pero, de pronto, vio a Arman arrodillado sobre el cadáver de Rehan y lo oyó recitar una plegaria en la lengua litúrgica de su pueblo. «No es importante para mí porque nunca he tenido que preguntarme a dónde pertenezco», comprendió.

—Déjenos un poco de tiempo —le pidió Arman y comenzó a jugar con la estrella de David sobre el uniforme—. Me gustaría que un rabino hablara también con Chaja, pero en este momento ella no quiere saber nada del tema. Solo ser como los demás. ¿No podría ir un tiempo a misa sin tomar aún una decisión?

La señora Watford asintió y escribió una nota en la ficha.

—Tienen derecho a ello —dijo ella—. Pero Chaja quiere ser como nuestros niños anglicanos. Ha llorado mucho porque su nombre es muy difícil de pronunciar y llama mucho la atención.

—¿Chaja? —preguntó Amarna, perpleja—. Pero si es muy fácil de decir. Significa «vida» y es el nombre más bonito del mundo.

—Creo que el problema no es tanto el nombre, Chaja, como el apellido, Löbel —pronunció la señora Watford de una manera en que resultaba casi irreconocible—. Suena alemán. Ese es el problema. Incluso hoy en día siguen surgiendo conflictos por ello. Ha llegado a gritar fuera de sí que ella no se llama así y que no quería que nadie se dirigiera a ella por ese nombre. He tenido que castigarla porque se comportaba como una niña pequeña.

Las manos de Arman se precipitaron hacia delante. En el último segundo, logró dominarse.

—Es una niña pequeña —dijo, con una dulzura peligrosa—. Sus padres la enviaron aquí para que la trataran como tal y si prefiere llamarse Claire Miller me encargaré de que nadie la castigue por eso.

La profesora alzó la mirada, casi divertida.

—Por lo que sé, no es Miller lo que se le pasa por la cabeza. El apellido que quiere es el suyo, *sir*.

—¿Y ese le parece más discreto? —preguntó Arman, perplejo.

—Para Chaja, lo es —respondió la señora Waterford—. Es el nombre de su familia. Lo escucha día sí, día también.

—Es nuestro apellido —añadió Amarna—. Debe hacerle daño ser la única que no lo lleva.

Amarna cayó en la cuenta de la forma en la que Chaja se había plantado frente al *jachkar* y había leído el nombre de Rehan. Se dio cuenta de la inseguridad de Arman y buscó su mirada.

—¿Por qué lucharías porque pudiera llamarse Miller, pero no Artsruni?

Contempló con horror como él alzaba los hombros y agachaba la cabeza, en un gesto que ella había esperado que el cuerpo de él un día llegara a olvidar.

—Porque siempre he deseado tener un hijo que llevara mi apellido —dijo con voz queda—. Y porque pensaba que llegaría el día en que yo muriera sin que nadie pudiera preservarlo.

«Maldita sea, pero si eres un cleptómano», pensó Amarna y, una vez más, la recorrió aquel pensamiento: no devolvería a Chaja. ¿Cómo podía ocurrírsele a nadie llevarse a la niña de la familia que la había criado?

—Chaja se sentiría más segura —le dijo a Arman—. No le estamos robando nada, solo le mostramos que nosotros no la vamos a abandonar.

Arman reflexionó; después, asintió y se dirigió nuevamente a la profesora:

—Está bien. Siempre que pueda haber marcha atrás, puede proceder así con nosotros.

La profesora, muy satisfecha, hizo una nueva anotación.

—Se lo agradezco. Estoy convencida de que eso facilitará mucho las cosas.

—¿Está ya todo en orden? —preguntó Arman—. ¿Le va a Chaja bien en el colegio?

—Es pequeña y frágil para su edad —dijo la señora Waterford—. Sin embargo, sus dotes

para el deporte lo compensan y jamás permite que nadie le robe la merienda.

Amarna no pudo evitar reírse al recordar lo que Bülent le había contado acerca de Arman: «A los doce parecía que tenía nueve. Pero cuando te mordía, te enterabas de la edad que tenía».

Se levantaron y se despidieron. Ya en la puerta, Amarna cayó en la cuenta de algo.

—¿Cree que Chaja tiene un talento particular? —preguntó—. Quiero decir: ¿deberíamos hacer algo para fomentarlo?

La profesora no parecía segura de haber entendido bien la pregunta.

—No creo que sea necesario —dijo—. Nuestra escuela valora la importancia del deporte y lo fomenta en todos los niños, pero, si están dispuestos a pagarlo, puedo apuntarla a clases de natación extra.

Frente al colegio, Amarna enganchó a Arman del brazo. Era abril, la primera tarde en la que Doris habría declarado que ya no iba a llover más. Desde el parque en el que estaba apostado el gran cañón antiaéreo llegaba el olor de la hierba fresca.

—¿Me llevas al Pavillon? ¿Nos tomamos una jarra de Pimm's?

No habían vuelto a salir desde la muerte de Doris y Rehan.

—Por favor, no te ofendas —dijo Arman—. Prefiero prepararte el Pimm's en casa. Me gustaría ver a Chaja.

—A mí también —reconoció Amarna—. Además, a ti te queda mejor el Pimm's que el que hacen en el Pavillon.

Dieron un par de pasos y después ella preguntó:

—Tú también crees que Chaja tiene un talento especial, ¿no? Pero no para nadar: para el arte.

Él reflexionó.

—No creo que yo pueda valorarlo.

—Qué falsa modestia. Y ¿quién si no tú?

—No sé —respondió, evasivo—. Ha golpeado la piedra. Igual que hago yo. Pero solo es el deseo de sentir la fuerza, la emoción de destruir algo o alguien que se querría destruir.

—¡Eso no tiene sentido! —exclamó ella—. El *jachkar* que hicisteis no está roto. Es frágil, tiene un algo doloroso, no está libre de faltas, pero está entero.

—Amarna —dijo él—. El que hizo el *jachkar* fui yo. Igual que el dibujo de la calle de Berlín. Chaja me contó lo que debía hacer y, como algunas veces no me lo podía explicar, me lo dibujaba. Pero solo disfruta teniendo las herramientas en las manos si vamos a reducir algo a escombros con ellas. Con Seb era distinto. Me he pasado años buscando mis carboncillos constantemente porque Seb se los apropiaba.

—¿Quieres decir que no le gusta dibujar, o esculpir o lo que sea?

—Preferiría tener un poni —dijo Arman.

—Y eso, ¿no te molesta?

—¿Por qué iba a molestarme? A mí también me gustaría tener uno.

Ya casi habían llegado a la pendiente que llevaba a la parte de atrás de la casa. Sobre la carretera se abría aún el cráter, el agujero que la bomba había abierto en sus vidas. Amarna le cerró el paso a Arman y le pasó los brazos en torno al cuello.

—Siempre corro cuando paso por aquí de camino a casa —dijo—. Ahora siempre estoy triste, pero, al mismo tiempo, también estoy contenta.

Chaja estaba sentada en el columpio, rodeada por los perros y, al verlos llegar, los saludó.

Los perros corrieron pendiente arriba y saltaron sobre ellos.

—Me alegro de que no tenga un talento especial —dijo Amarna—. Que no haya heredado un don de esa mujer desconocida.

—Claro que habrá heredado dones de esa mujer —dijo Arman—. Solo que no sabe cuáles son y, a veces, eso le dará miedo.

—Sé que es monstruoso —dijo Amarna—. Y, sin embargo, a veces desearía que esa mujer no existiera. ¿Tú no? ¿No piensas nunca en ello?

—Claro.

Arman acarició a Snow White, la perra de Doris, y le hizo una mueca a Chaja. Chaja rio y siguió columpiándose.

—Pero es monstruoso.

—Sería cruel quitarnos a Chaja ahora. Llevaba demasiado tiempo con nosotros.

—Sí —murmuró Arman.

—¿En qué piensas?

—Que debe de ser cruel perder a tu hija porque Hitler lleva demasiado tiempo deambulando por el mundo.

—Cariño, por favor —dijo ella—. ¿Es que siempre tenemos que ser nobles y rectos? ¿No se nos permite ni una sola vez no hacer lo correcto?

—La persona a la que se lo estás preguntando tampoco es la correcta.

Ella le tiró de la oreja.

—¿Por qué hoy no soy capaz de entender ninguna de tus indirectas?

—Porque mis pensamientos no son los correctos.

—Y ¿en qué estás pensando?

—En que no voy a poder mantener la promesa que te hice —dijo—. Ya no recibimos aviones nuevos de la Air Force. Apenas nos queda nadie para pilotar. No tenemos tiempo. Debo volver a Francia.

33
EVA.
SAINT-CÉCILE-LES-VIGNES. OCTUBRE DE 1942

Ella pensaba que le traerían al hombre herido igual que habían traído a los refugiados que ya no se tenían en pie. Pero aquel hombre se tenía perfectamente en pie cuando Eva regresó del lago. Estaba oscuro y no pudo ver más que una silueta junto al heno.

—Por favor, no se asuste —dijo él y levantó la mano derecha.

Pero Eva se asustó porque hacía mucho tiempo que no escuchaba el alemán. Tenía el pelo mojado, había empezado a soplar un viento desagradable y estaba helándose hasta los huesos.

—Yo tampoco me creería si estuviera en su lugar, pero no quiero hacerle daño —dijo el hombre—. Solo voy a dormir aquí un par de días y, después, me perderá de vista.

«Pero tú a mí, no —pensó Eva—. Solo te desharás de mí cuando me lleves a Inglaterra y, mientras tanto, mientras sigas débil, te embelesaré. Aunque ya no sepa ni cómo empezar a hacerlo. Aunque me dé miedo. Aunque lavarme un poco el pelo no me vaya a devolver lo que era».

—Tranquila —dijo el hombre y le dio la espalda.

Había depositado una mochila sobre la faja de heno y se disponía a deshacerla. Solo con el brazo derecho. El izquierdo lo llevaba en cabestrillo. Eva había pintado a gente. Siempre había tenido buen ojo y era capaz de reconocer lo esencial de cada ser humano, a pesar de que apenas hubiera una tenue luz crepuscular. Aquel hombre llevaba botines, pantalones oscuros, una camisa blanca y, sobre otro montón de fajas de heno, había extendido un abrigo que Eva habría preferido arrebatarle porque tenía un aspecto maravillosamente cálido. Estaba muy delgado y era de estatura media, pero tenía algo diferente, llamativo, que la obligaba a mirarlo con atención.

Había algo en su serenidad, en la postura recta y contenida de sus hombros, del cuello, de la cabeza. Eva no estaba segura. Quizá llevaba demasiado tiempo sin estar frente a un hombre seguro de sí mismo. Siguió con la mirada la forma de su espalda y se detuvo en el centro, donde más se estrechaba su silueta. Deseó que se diera la vuelta.

—¿Es usted alemán? —preguntó ella, aunque estaba convencida de que no era así.

—No —dijo él sin volverse—. No tengo por qué hablar alemán si usted no quiere. No tengo por qué hablar en absoluto.

—¿Me deja su abrigo?

¿Sería ese el tipo de preguntas que hacía uno cuando ya no estaba habituado a tratar con otras personas?

El hombre tomó el abrigo con la mano ilesa, apartó una o dos briznas de paja y lo llevó hacia ella. Eva contuvo el aliento. Él le tendió el abrigo sobre los hombros y ella sintió que algo en su interior volvía a la vida. El calor; la suavidad del tejido de lana que caía, acariciador, sobre ella;

el aroma a otro ser humano; tener tiempo de cuidarse y de cuidar su ropa. Durante un segundo, el rostro de él estuvo frente al de ella.

—Por favor, no se mueva —dijo Eva.

En otro tiempo, en su vida anterior, lo habría enganchado de alguna manera, le habría mirado con descaro a los ojos y le habría dicho: «Quiero pintarte».

Él se mantuvo quieto durante un instante, tal y como ella le había pedido, la miró sorprendido y, después, dio un paso atrás.

—¿Por qué no se sienta?

Eva temblaba. Solo un poco, aunque sabía que iría a más, hasta que todo el cuerpo se agitara en espasmos. Todas las fuerzas la abandonaron, toda la decisión con la que se había forzado a lavarse el pelo para seducir al piloto inglés se difuminó. Todo se le vino abajo. La carga de aquellos cuatro años de vida que no era vida.

El piloto inglés tenía un rostro que la desmantelaba por dentro: la contención, el silencio, la mirada fija. El piloto inglés era el turco. Nunca lo había visto de cerca, se dijo a sí misma que aquello no era posible, pero no albergaba ninguna duda. Tenía frente a ella al hombre contra el que, durante cuatro años, había dirigido todo su odio, la rabia que le había dado las fuerzas para continuar. Y ahora su odio y su rabia se desinflaban y la dejaban vacía.

—Debería sentarse —dijo él.

Entonces, la ayudó a combarse y le hizo apoyar la espalda sobre una de las fajas de heno, la recostó y la envolvió en el abrigo. Era una sensación indeciblemente agradable. Ella quería reposar la cabeza en su hombro, en aquellos músculos fortalecidos por trabajar la piedra que se intuían bajo la camisa, y descansar de la soledad, de la falta de contacto.

Él apartó delicadamente el hombro bajo la mejilla de ella.

—¿Quiere comer algo?

Cuando ella negó con la cabeza, se dio cuenta de que las lágrimas se le resbalaban por las mejillas y no le pareció sorprendente. Cuatro años de espera llegaban a su fin. Había sido una insensatez odiar a aquel hombre, un delirio al que se había aferrado para sobrevivir.

—Tiene que ayudarme —le dijo—. Tengo que ir a Inglaterra.

—Sí —dijo él—. Creo que debería.

—No puede recoger a esos pasajeros, tiene que llevarme a mí. Llevo cuatro años esperando.

—¿Al profesor Bernard? —preguntó él—. Sí, a él también debo recogerlo. Si los aliados logran recuperar Argelia, los alemanes querrán asegurarse la Francia libre. Entonces nos será demasiado difícil volver aquí, por lo que conviene llenar todas las plazas disponibles.

—Creía que en esos aviones solo había espacio para tres pasajeros.

—Sí, en los Westfield Lysander así es —dijo él con una especie de orgullo que lo hacía parecer más joven—. Sin embargo, el mío es un Blenheim, más grande, y una persona más o menos no le supone mucha diferencia. Lo único que dificulta el vuelo es que he metido la pata en el aterrizaje —dijo y alzó el brazo herido.

—¿Y el avión? —preguntó Eva.

No podía ser que todo se echara a perder de nuevo, que sus esperanzas se desvanecieran una vez más.

—Solo daños menores —dijo él—. Ni siquiera un idiota es capaz de destrozar un Bristol Blenheim tan fácilmente.

—¿Y su brazo? ¿Está roto?

—El radio —respondió sin perder un ápice de orgullo—. El codo sigue intacto, y Missak ha dicho que debe de ser de acero, por lo menos. La tontería es que tardará cuatro semanas en curarse. Es más tiempo del que tenemos.

—¿Los alemanes llegarán aquí en menos de cuatro semanas? Y, si no salimos de aquí porque se ha roto el brazo, ¿caeremos en sus garras?

Sabía que no debía ponerse a gritar entre el heno, pero tampoco debería estar allí sentada con él: tenía instrucciones de mantenerse oculta en el cobertizo. Sin embargo, la venció el miedo.

—¿Tiene usted la más remota idea de lo que nos harían tanto a usted como a mí?

—Por desgracia, sí.

—¡No, no la tiene! —gritó Eva—. Nadie que no lo haya vivido lo sabe y nadie podría explicarlo con palabras. Su maldito brazo roto es una pupita infantil en comparación.

Él se estremeció de terror, pero enseguida recuperó la compostura.

—No nos quedaremos aquí esperando —dijo él—. Los alemanes no nos atraparán. Solo necesito un par de días para fortalecer un poco el brazo. En la instrucción nos prepararon para situaciones así. Ahora mismo me siento como un niño en pañales, pero me las apañaré.

Eva resopló.

—Me gustaría tener nervios como los suyos.

Él torció el gesto y se levantó.

—A mí, no.

Eva estuvo a punto de sujetarlo para que no se fuera. Había entrado en calor, como si el cuerpo de él la hubiera protegido del frío.

—¿Le molesta si enciendo una luz?

—No.

Él sacó una linterna de bolsillo de la mochila, la encendió y cubrió el granero de una luz amarilla.

—¿Quiere una manta?

—¿Qué es eso? —replicó Eva—. ¿La bolsa de un mago? ¿Qué más tiene ahí dentro? ¿Alcohol?

—Calvados —dijo él—. ¿Quiere?

—No lo dice en serio.

Él sacó la botella de la mochila.

—Missak me la regaló porque no podía darme ningún analgésico.

Regresó con una botella, una manta y un jersey. Le dio la manta a ella y él se puso el jersey con cuidado de no dañar el brazo herido.

—¿Le duele?

Él la miró sorprendido.

—Es soportable.

Quitó el tapón de la botella y le dio la vuelta para que sirviera de vaso. Después sirvió el licor con notable habilidad a pesar de usar solo una mano y se lo tendió a ella.

Eva bebió, se arrebujó en la manta y el abrigo y sintió tanto el calor que le corría sobre la piel como el que le atravesaba la garganta.

—Escuche —dijo—, debe usted considerarme terriblemente maleducada…

—No —dijo él—. La considero a usted una berlinesa.

—¿Cómo sabe eso? —preguntó Eva, perpleja.

En su rostro pudo percibirse un movimiento reflejo y, durante un segundo, no hubo ser más hermoso en el mundo que él. La mano que se llevó al pelo también era indeciblemente hermosa.

—Porque mi mujer también lo es.

Ella leyó en él una tristeza que le resultó un tanto excesiva.

—No tengo tiempo para la cortesía —le dijo—. Si sigo aquí sentada, me voy a volver loca poco a poco y sin remedio.

—A mí también me ocurriría si estuviera en su lugar.

—Usted no sabe lo que es estar en mi lugar —dijo ella—. Usted nunca ha estado en mi lugar y no puede imaginarse lo que es.

—No.

—¿Me puede dar más Calvados?

Cuando él se inclinó para rellenar el tapón, Eva percibió el brillo que le surgía a él de la abertura de la camisa y gritó.

—¿De dónde ha sacado eso?

Del rostro del hombre desapareció toda expresión. Recogió la estrella de David y se la volvió a meter dentro de la camisa.

—Eso no quiero decírselo.

—Entonces se lo diré yo —le increpó ella—. Ese colgante pertenece a mi hija Chaja y ella nunca se habría separado de él.

Chaja. El nombre de su hija. Que llevaba cuatro años atorado en su garganta como una piedra.

—¿Chaja es su hija?

—¿Qué le ha ocurrido? —insistió Eva—. ¿Por qué lleva usted la estrella que mi hija recibió como regalo por su nacimiento? ¿Es que está…? ¿Mi hija ha…?

—Está bien —dijo él.

Aquella era la frase que llevaba cuatro años esperando. El calor del Calvados la recorrió. Aquel hombre no era un ladrón. Los hombres de verdad no robaban niños, sino que evitaban que los robaran los demás, sobre todo si los llamaban «princesa» o «el mayor regalo de mi vida». Había protegido a su Chaja y ahora iba a devolvérsela. Los días de vacío interior habían llegado a su fin. Volvería a ser alguien. La madre de Chaja. El sollozo que le brotó de la garganta fue un sonido extraño, animal, y su cuerpo no pudo soportar toda esa furia.

El hombre se le acercó y posó el brazo sano sobre los hombros de ella. Eva se recostó sobre el pecho de él y se sintió apoyada. Él la acunó y le susurró palabras tranquilizadoras. Ella lloró, no quería parar de hacerlo y estaba convencida de que, en toda su vida, no volvería a sentir semejante ternura.

Cuando pudo volver a recuperar el aliento, él la soltó, regresó hacia su mochila y volvió con un fardo de fotografías.

—¿Podría volver a abrazarme? —preguntó Eva—. ¿Le importaría?

—No, no me importa —dijo él, volviendo a colocar el brazo en torno a ella y tendiéndole las imágenes.

Eva no podía creer lo que veían sus ojos, no se hartaba de mirar y, al mismo tiempo, no podía

asimilar lo que veía. Una niña delgada, de pie en el jardín, que dirigía a la cámara una sonrisa falta de algunos dientes. La niña delgada con dos perros pequeños. La niña delgada junto a una muchacha robusta con pecas. La niña delgada soplando las velas de su tarta de cumpleaños.

Se detuvo con la siguiente fotografía. En una terraza de madera, frente a una vivienda de varios pisos, había una mujer sentada que sostenía a la niña delgada en su regazo. Ambas sonreían. Era una de esas imágenes que los maridos colocaban en marcos sobre sus escritorios. Martin había tenido una parecida en su vestuario de la UFA. Aunque la imagen, evidentemente, no era en color, Eva reconoció de inmediato a la mujer de los rizos pelirrojos.

Él le quitó las fotos antes de que ella pudiera mirar la siguiente, ojeó rápidamente el montón y separó aproximadamente la mitad. Le dio a ella las restantes. Podía imaginarse quién aparecía en las que había quitado: su mujer. La pelirroja de los rizos que tenía a la niña delgada en sus brazos como si le perteneciera. Pero no le pertenecía. Era la niña de Eva. Ninguna otra persona tenía derecho a tenerla.

Intentó no pensar más en aquella mujer y siguió mirando las fotos una detrás de otra. La niña delgada nadando en un agua de brillantes reflejos. La niña delgada frente a la puerta de un colegio. La niña delgada corriendo por un maizal tan alto que solo la cabeza sobresalía. Hasta la tercera o cuarta imagen no reparó en la mala calidad de las imágenes. Estaban tomadas por alguien lleno de amor que no prestaba atención al efecto de su retratada y movía la cámara entre una fotografía y otra.

—¿Quién las ha hecho?

—Yo —dijo él, con orgullo—. Esta es la única que no. La hizo la propia Chaja cuando compramos el disparador automático.

La fotografía con el disparador estaba todavía más movida que las demás. Apenas podía reconocerse el aspecto de la niña. El aspecto de Chaja. Solo podía percibirse la forma en que resplandecía, que podía reconocerse en su rostro algo del orgullo con el que el hombre hablaba:

—Aquí están en el aeródromo. Chaja tenía muchas ganas de ver desde dónde salían los globos de barrera.

—Está muy delgada —dijo Eva—. ¿Come mal? ¿Es que no tienen nada que comer a causa de la guerra?

—Come bien —dijo él—. No nos falta de nada. Simplemente es atlética y está haciendo deporte constantemente.

Sin quererlo, ella agachó la cabeza. Probablemente él también hiciera deporte constantemente. Cuando alzó la mirada, descubrió en el rostro de él la huella del hambre. Nunca le habían gustado unos ojos tan oscuros: pertenecían más a un animal que a un hombre porque no se puede leer su mirada. Aquellos ojos no podían leerse, pero tenían algo de ridículamente humanos: párpados de seda, pestañas largas constantemente hundidas, una sensibilidad muda.

—Me llevará con ella, ¿verdad? ¿No estará tan herido que no pueda volar? No quiero seguir viviendo, vivir es para mí una tortura constante, pero acepto seguir con este tormento solo porque Chaja existe. Debo recuperar a Chaja y nada más. Cuando la recupere, me iré con ella, lejos de todo y de todos.

—La llevaré a Inglaterra —dijo él—. Se lo prometo. ¿Quiere que nos vayamos a dormir?

—No puedo dormir —exclamó Eva—. Las noches son el infierno. Me paso callada todo el día y por las noches regresan las imágenes, el miedo, los recuerdos.

—Sí —dijo él.

—Los ruidos. Los chasquidos, los crujidos, los gritos. El no poder creer que soy yo misma la que grita.

Volvió todo de golpe, como de costumbre. El dulzón aroma al aceite de engrasar los fusiles y a sangre, el dolor capaz de robarles a las partes del cuerpo su nombre y que dejen de ser espalda, nalgas, muslos y se conviertan solo en dolor, dolor, dolor. Los pasos. Las risas. El deseo de saltar y abrirse la cabeza contra una pared.

—Ya, ya. —El hombre extendió el brazo sano y atrajo a Eva contra su pecho—. Está bien. Ahora mismo no están aquí. Nadie va a venir a hacerle daño.

Durante todo ese tiempo no había deseado otra cosa que no fuera que alguien quisiera abrazarla, a quien que no le repugnara, que no la viera como a alguien extraño. Ahora todo salía de golpe, todo lo que habían hecho con ella, desde la primera bofetada que ni siquiera le había dolido porque no era capaz de asimilar lo que estaba pasando. La habían sentado frente a ellos tras una mesa, dos hombres con botas altas frente a una mujer hermosa, y le habían hecho preguntas. Eva había respondido como solía responderles a la mayoría de los hombres: con cierta ironía, con algo de coquetería, sin ningún miedo.

—Esos delirios de jugar a las casitas que tienen ustedes a mí me traen sin cuidado. Lo único que yo quiero saber es qué es lo que han hecho con mis pinturas, que no creo que necesiten para nada.

Uno de aquellos hombres se había levantado y le había propinado un bofetón. En su precioso rostro, aquel del que Martin había dicho que era el de la majestuosa Semiramis, aquel por el que el rey Ara había perdido su reino, su palacio construido en piedra.

Ella había querido saltar, contraatacar, demostrar que ella no era ninguna desgraciada y que no se dejaba tratar como una tonta mocosa. La segunda bofetada la había sentado de nuevo en el taburete.

—Tú te quedas ahí quieta, puta. Muévete otra vez y te reviento.

Y la habían reventado. Después de aquel par de bofetadas la imagen que tenía de sí misma se vino abajo. Ya no se había movido más y habían seguido reventándola. De sus orejas brotaba sangre, que anegó la imagen que tenía de un mundo que era su ostra particular.

—¿No hemos hecho más que empezar y ya estás llorando? Espera y verás como terminarás aullando cuando acabe contigo, pedazo de mierda judía.

Aullaba ahora. Lloraba mocos y agua. Cuando ya creía que iba a perder el aliento, notó en la mejilla los latidos del corazón de aquel hombre. Él la sostuvo y le acarició la espalda. Durante horas. Mientras tanto, le dio agua y Calvados rebajado. Ella le contó todo, no se dejó nada, salvo una cosa. Lo intentó, porque quería compartirlo con otro ser humano y que así no se esfumara sin más, pero al ir a explicarlo era como si tuviera un pedazo de hielo en la boca que no dejara brotar las palabras.

—Eso no es todo. Pero no puedo decirlo.

—Lo sé —dijo él.

—No puede saberlo.

—Sí puedo —dijo él—. Está bien. Me gustaría salir y recoger algo más de agua para que pueda usted refrescarse la frente y los ojos. Si no, mañana le dolerá horrores la cabeza y no tenemos ningún analgésico. ¿Puede esperar aquí? ¿Se tiene en pie?

—Creo que no —dijo Eva.

—Entonces, venga conmigo. El aire fresco de la noche le sentará bien.

La ayudó a erguirse y salieron a la oscuridad de la noche. El viento había remitido, el frío era apenas perceptible y en el cielo había miles de estrellas. Él tenía razón. Le sentó bien. Regresaron al cobertizo con el agua, él la tumbó bocarriba y le puso un paño húmedo sobre la frente y los ojos. Cuando comenzaron a castañearle los dientes, él la cubrió con una manta.

—Debe de tenerme por una loca que le cuenta cosas así a un perfecto desconocido.

—¿Y a quién podría contárselo si no? ¿A aquellos a los que no quiere perder?

Los pensamientos de Eva interrumpieron su discurrir. Él tenía razón. Ella solo tenía a Chaja, a la que no quería perder, y jamás le contaría algo así. Por Chaja sería una madre completamente distinta, no una piltrafa humana de la que Chaja pudiera avergonzarse y de la que huyera para refugiarse en brazos de la pelirroja. Sería la madre que había sido, se levantaría de la tumba y se recompondría a partir de sus propios pedazos, como una muñeca rota que volvieran a ensamblar.

—¿No le afecta que le haya contado todo esto?

—No tanto como para no poder soportarlo.

Tenía una voz bonita. Eva se quitó el paño de los ojos y lo miró. También tenía un rostro bonito. Extraño, delicado, bello. Sus ojos no tenían nada de animal.

—¿No le repugno?

—No.

—No sé si creerlo. Pero es usted muy amable. ¿Por qué lo hace?

—Porque eso es lo que hacen los seres humanos, ¿no es así? —Él apartó la mirada—. Porque es lo que nos permite mantenernos cuerdos. Porque hubo un momento en que alguien fue amable conmigo.

Ella deseó que él volviera a mirarla.

—Ni siquiera sé cómo se llama.

—¿Importa en algo?

—Por favor, dígamelo.

—Arman.

—¿Es un nombre turco?

—No.

—Yo me llamo Eva.

—Lo sé. Viene en los papeles de Chaja.

—Nos parecía muy divertido, a Martin y a mí. Chaja significa «vida» y Eva, «la que da vida». Un arqueologuillo con el que tuve una historia hace tiempo nos lo explicó. En ese momento me encantó. Nos iba como anillo al dedo. Ahora me parece increíble.

—¿El padre de Chaja se llama Martin? Eso no figuraba en los papeles.

—Él no lo permitió —dijo Eva—. Su agente tenía miedo de que su carrera pudiera echarse a perder por tener una hija con una judía.

Aquel momento se materializó de pronto y fue tan humillante como la bofetada. ¿Por qué nunca se había dado cuenta de lo humillante que había sido?

—Él me preguntó: «¿Sabes qué es aún más repugnante que pasearse entre cerdos? Ser un cerdo».

El hombre no dijo nada y siguió mirando a Eva.

—¿Le repugno ya?

—No.

—¿En qué está pensando?

—No quiere saberlo.

—Dígamelo.

—En Gregorio el Iluminador —dijo él.

—¿Perdón? —dijo ella, mientras se incorporaba y se quitaba el paño de la frente.

—Un santo —dijo él—. Uno que pasó catorce años encerrado en un agujero llamado Khor Virap, el Pozo Profundo, y probablemente pensaba que nunca volvería a la vida.

—¿Por qué estaba allí?

Él se encogió de hombros solo con el brazo sano.

—Lo habitual. Era algo que los demás no eran y eso no gustaba. Un cristiano. Todo esto ocurrió en el siglo tercero.

—¿Y volvió a salir?

A él le tembló la comisura de los labios.

—Al parecer el rey Tiridates, que es quien lo había encerrado, quedó convertido en un jabalí y la ayuda de Gregorio el Iluminador se volvió imprescindible para hacerle recuperar la forma humana.

—Y entonces, ¿lo liberó? —preguntó Eva y sintió una brizna de una emoción que había olvidado completamente: diversión—. Tiene usted una forma muy peculiar de contar historias. Hay que sacarle las palabras con cuentagotas.

—Eso dice Chaja también.

—¿Le ha hablado a Chaja de ese Gregorio luminoso suyo?

—Sí.

—¿Es una leyenda turca?

—No.

—Maldita sea, ¡ya basta! —le bufó—. Sí, no, sí, no. ¿Es capaz de hablar alguna vez con frases enteras?

Él se estremeció y agachó la cabeza. Eva creyó percibir el movimiento entre sus propios hombros.

—Cielo santo —dijo ella y alzó la mano con la intención de tocarle la mejilla, pero él se revolvió—. No quise ofenderlo. Siempre hablo así con todo el mundo: no me cuesta nada bufar. Quiero decir que solía hablar así…

—Está claro que es usted de Berlín —dijo él.

Eva no pudo evitar sonreír.

—Nací en Fráncfort. Pero consideraba a Berlín mi ciudad.

—Eso me parece a mí también.

—Gracias —dijo Eva—. Allí donde yo vivía, en la Bleibtreustraβe, creímos durante mucho tiempo que no lograrían robarnos Berlín y nuestra ayuda se volvería imprescindible para devolverle a ese cerdo ridículo de camisa parda su forma humana. Pero, sobre todo, creí que podría convertir de nuevo a Martin en humano. Él era un hombre maravilloso, pero yo no era ninguna santa. ¿Por qué le contó a Chaja la historia del Iluminador?

—No lo sé.

—No le gruñiré más —dijo Eva—. He visto que no le gusta nada en absoluto. Pero debe usted hacer un esfuerzo y decirme algo más aparte de «sí» y «no» y «no lo sé», ¿comprendido? Bien. ¿Por qué le contó esa historia a Chaja?

—De verdad que no lo sé —dijo él—. Quizá porque pensé lo que usted ha dicho: que no podía permitir que me robaran Khor Virap. A Chaja le gustan mis extrañas historias. Siempre le da por pensar cómo continuarán.

—¿Dónde está eso exactamente? ¿Khor Virap? —preguntó Eva.

—Junto al monte Ararat.

Eva se estremeció. ¿Cuándo había oído aquella palabra por última vez? En la villa de Martin, en aquel otoño de 1937, cuando él le había contado que habían destruido sus gigantes de piedra y su película porque Hitler no quería que nadie hiciera preguntas sobre el pueblo del monte Ararat.

Ella lo miró. Uno de sus párpados estaba más hundido que el otro y, bajo el ojo, nacía una cicatriz.

—Usted no es turco.

—Y usted, ¿qué es? —preguntó él—. ¿Alemana?

Eva reflexionó.

—Quizá llegué a pensar que era turco —dijo él—. Cuando era niño llegué a tener un salvoconducto nacional expedido por los Jóvenes Turcos. Después, ya no me lo volvieron a conceder. No era suficientemente turco para tener documentos turcos.

—¿Igual que yo?

—Eso creo.

Ella ya no dijo nada más. Estaban completamente agotados y Eva no era capaz de asimilar que en una sola noche le hubiera contado todo eso.

—¿Dormimos? —preguntó él con voz queda.

Eva asintió.

—Quédese en el cobertizo. Me iré a tumbar en el heno.

—No hace falta.

—No tengo ningún problema con ello.

Ella no habría tenido ningún problema con que hubiera dormido a su lado. No había nada en él que le produjera rechazo, nada hacía que su cuerpo se retorciera de terror. Nunca había visto a un hombre con un pelo tan espeso y le habría gustado tocarlo para ver qué tacto tenía.

—Buenas noches —dijo él.

Eva sonrió.

—Buenas noches, Gregorio el Iluminador. Creo que, durante las últimas horas, me ha convertido de nuevo en un ser humano.

—Usted no era un jabalí.

—Era un gusano —dijo Eva—. Una cucaracha. Un ser minúsculo que cualquiera podría destruir de un manotazo aun sin necesidad.

Él apretó los labios, negó con la cabeza y se marchó.

34
AMARNA.
LONDRES. DICIEMBRE DE 1942

«No creo en el infierno porque cada ser humano tiene uno propio», le había enseñado su padre. Si eso era cierto, el infierno de Amarna lo constituían los dos últimos meses. Su tercer mes en el infierno había comenzado cuando las bombas alcanzaron la catedral de St. Paul y destruyeron el árbol de Navidad. Los aliados, incluyendo la France Libre de De Gaulle, habían logrado su primera y apurada victoria en el norte de África, después de numerosas y descorazonadoras derrotas. Los londinenses bailaban por la calle y cantaban la canción de Doris. Tres días después, el 11 de noviembre, se había producido la reacción: las tropas alemanas e italianas marcharon por el sur de Francia, los territorios libres, donde los pilotos de la SOE solían buscar pistas de aterrizaje. Los portavoces de la France Libre hablaban de detenciones, de prisioneros sin nombre cuyas esposas, padres e hijos nunca llegaban a descubrir qué había sido de ellos.

—Quizá sea mejor así —dijo Kathy.

El ama de llaves tenía los ojos hundidos y Amarna le estaba sumamente agradecida por su lealtad. Un luchador de la *Résistance*, que había escapado milagrosamente, relataba en la radio, con voz monocorde, lo que los oyentes estaban perdiéndose: a muchos de los prisioneros no llegaban a llevarlos a Alemania, sino que los torturaban hasta la muerte directamente en el lugar. Los desnudaban, los azotaban con látigos y palos hasta hacerlos sangrar, los quemaban con atizadores y sopletes, los rociaban con agua hirviendo y los maltrataban de una forma que las palabras no podían ni describir. Aquel martirio duraba días. Cuanto más dura fuera la persona, más tardaba en morir.

Quizá era mejor no saberlo.

No era mejor.

Amarna no sabía dónde estaba Arman.

Wally había movido todos los hilos de los que disponía para averiguar lo que había ocurrido con su vuelo en octubre, pero Arman se había marchado en el Blenheim y para eso no había ningún protocolo.

—¡Ese maldito perro y su manía de ir por libre! Si no pone a nadie al corriente de sus maquinaciones, no da opción a que nadie lo pueda sacar de ningún apuro. Ya ha habido intercambios de prisioneros y nuestro Gobierno intentaría recuperar a toda costa a su escultor favorito y heroico piloto, pero ¿qué podemos hacer los simples mortales cuando el amo y señor de tu corazón decide mandarnos a todos al infierno y comérselo y guisárselo todo él solo? Comportamientos así no obedecen a ninguna orden: merecen un consejo de guerra.

Amarna se sentía al borde mismo de sus fuerzas. Cada día se hacía más difícil ocultarles su

miedo a los demás, sobre todo a Chaja y Bülent, y ni se le ocurría la posibilidad de dormir. Le estaba agradecida a Wally porque le permitía tomarse las tardes libres, porque iba con ella al Plough, donde podían estar solos, o se sentaba con ella como antaño en el estudio de Arman cuando todos los demás se habían ido a dormir. A menudo hablaban hasta que las primeras luces de la madrugada empezaban a despuntar. Amarna no sabía cómo podría aguantar sin el apoyo de Wally, pero, con frecuencia, sus conversaciones le resultaban tan dolorosas que habría preferido señalarle dónde estaba la puerta.

—No quiero que hables así de Arman —le dijo ella—. Si yo me hubiera dado cuenta de lo mucho que él estaba sufriendo, no le habría hecho falta tanto secretismo. Pero yo no quise darme cuenta. Él habría estado perfectamente y yo podría restablecer junto a este canal mi pequeño mundo recompuesto.

—Eso es lo que hace un hombre por la mujer que ama.

—De la mujer que ama un hombre puede esperar que sea su amiga —repuso Amarna—. Que Arman me hubiera considerado una amiga habría sido un honor para mí, pero no fui justa con él.

—Y ¿no tienen derecho los amigos a recibir una explicación?

—Me lo intentó explicar tantas veces y de tantas formas aquello que no podía decirme con palabras que yo debí haberlo comprendido más tarde o más temprano —dijo Amarna—. ¿Alguna vez me molesté en mirar detenidamente las esculturas que él hacía o simplemente me limitaba a vivir la buena vida a costa del dinero que ganaba con ellas? Quise preservar mi isla de color de rosa en medio de la Europa nazi y cuando mi marido, con un genocidio sobre sus espaldas, no fue capaz de seguirme el juego, le asesté un golpe tan certero que no le di más opción que volver al redil. Le espeté que su pasado y su vivir con los muertos me tenían hasta las narices.

—A todos se nos va la mano de vez en cuando. No eres ninguna santa, Marnie.

—No. Eso fue lo que dijo Arman: que no pasaba nada. Y, entonces, volvió a pasar por el aro como yo quería. Y quizá habría seguido así si Rehan y Doris no hubieran muerto.

—No pienso seguir escuchando cómo te fustigas —dijo Wally y se llenó el vaso.

Bebían demasiado. Whiskey. Apenas podía conseguirse vino, la cerveza tenía un efecto demasiado suave y ya no quedaba nada del Calvados de Arman que antes le enviaban desde Francia. Wally apuró el vaso y volvió a llenárselo.

—Puedes creerme si te digo que no quiero que caiga en las manos de ese «Carnicero de Lyon» que despelleja vivos a los prisioneros. Estoy luchando por todos los medios para evitarlo. Mi padre está dedicado a ello en cuerpo y alma de la mañana a la noche. Le encantaría adoptar a Arman, ya que el blandengue de su hijo se negó a dejarse arrastrar a la boca del lobo fascista.

—Estás celoso —dijo Amarna—. ¿Eso no te hace sentir ni un poco miserable?

—Claro que sí —dijo Wally—. Pero no me sirve de nada. Sí, estoy celoso. Querría que no tuviera que sufrir la tortura nazi porque eso solo lo volvería más inalcanzable y lo alzaría aún más sobre su *Zócalo vacío*. Sin embargo, a título personal, me gustaría darle una buena tunda.

—¿Y para qué? ¿Para ganarte la aprobación de tu padre? Pero ¿cuántos años tienes?

—Cuarenta y cinco —dijo Wally y se levantó—. Eso es precisamente lo que me horroriza incluso a mí. La vida se nos viene, discreta como un susurro y, cuando por fin nos decidimos a intentar aferrarla, de repente Adolf Hitler asoma la nariz. —Hablaba con inseguridad y su voz sonaba tomada—. Mi padre puede seguir poniendo a Arman por las nubes. Todo el país puede hacerlo. Lo creas o no, en el fondo, tengo buenos motivos para tenerle lástima y preferiría seguir

considerándome el clásico segundón eclipsado por su deslumbrante brillo antes que estar en su lugar. Porque tiene un único problema.

—¿Cuál?

—Tú.

Antes de que Amarna comprendiera lo que estaba pasando, la había arrastrado hacia él y había apretado sus labios contra los suyos, que había abierto involuntariamente. No estaba muy segura de si la situación la había pillado demasiado desprevenida o demasiado borracha, pero lo cierto es que no volvió en sí hasta que notó la mano de Wally apretarle las nalgas. Ella se separó con violencia y levantó la mano para abofetearlo. Pero, inmediatamente, la bajó.

—Por favor, hazlo —dijo Wally—. Toda la escena es tan melodramática que es lo único que le falta: el marido heroico atrapado y torturado en una cárcel nazi, el desvergonzado amigo de la familia que se aprovecha y la virtuosa esposa que reparte bofetadas para no admitir su propio deseo. Resulta increíble que hace apenas dos años fuéramos gente felizmente aburrida que se dedicaba a descifrar escritura cuneiforme de tablas de arcilla.

—El cinismo no te va nada —bufó Amarna—. Vete de mi casa, Wally. No me puedo creer que hayas sido capaz de algo así.

—Te quiero —dijo Wally—. De eso tengo tan poca culpa como tú o como Arman. Lo más fascinante es que ni siquiera Adolf Hitler tiene la culpa aunque, ¿quién puede saberlo con certeza?

Un ruido atravesó las paredes aisladas acústicamente: voces, gritos y pasos, golpes en la puerta dados con el puño. Amarna corrió. Fuera se encontraba Chaja, descalza, con un camisón blanco que le caía hasta los tobillos.

—Deberías ponerte las zapatillas —la reprendió Amarna.

—Mamá —exclamó Chaja—, ha sonado el teléfono de tu cuarto. Es un hombre, Bertram no sé qué, que resoplaba por el teléfono y que no ha querido decirme lo que quería.

—Mi padre.

De pronto Wally volvía a resultar de utilidad.

—Tiene un mensaje de mi papá, ¿verdad? —Chaja miró a Amarna con ojos centelleantes—. A estas horas de la noche solo puede llamar alguien que traiga un mensaje importante.

Amarna la abrazó y sintió los huesudos hombros de la niña a través de la tela.

—Exacto.

A la madre de Deirdre la habían llamado de noche cerrada. Las mujeres de los soldados rasos se enteraban de las malas noticias cuando recibían por correo un sobre amarillo, pero las esposas de los oficiales de alto rango podían contar con que las llamaran por teléfono.

—Ya voy.

Amarna, con Chaja de la mano, subió corriendo las escaleras. No se volvió para buscar a Wally, pero sintió sus pasos a la espalda. El teléfono estaba sobre el escritorio que Arman le había sacado barato a un prendero y que había restaurado como si no tuviera ni un penique. «Hay tantas cosas que hubiera querido decirte… ¿Te he dicho que tuve tanto miedo cuando te vi en la calle cubierto de sangre que me quedé ciega? ¿Y lo aliviada que me sentí cuando te oí rezar porque me di cuenta de que la sangre no era tuya? En todos estos años no ha habido un día que no pensara: “Puedo perder cualquier cosa, menos a Arman y a Chaja. Mientras los tenga a los dos, siempre albergaré una sonrisa y lograré llegar hasta el Ararat”».

Cogió el auricular.

—¿Señora Artsruni? Soy Bertrand Farnshaw. Espero que la urgencia de mi llamada compense lo tardío de la hora. Tengo un mensaje para usted que no puede esperar.

—Lo escucho —murmuró Amarna.

—Tenemos a su marido aquí, en Inglaterra —exclamó el padre de Wally—. Junto con el profesor Bernard, los demás refugiados y ese glorioso Bristol Blenheim.

Sonaba como uno de los locutores del *British Movietone* al que poco le faltaba para recomendar que nombraran caballero al avión.

—Naturalmente están todos agotados, pero se encuentran bien y están felices de poder por fin haber puesto pie en suelo inglés.

«¿También el Blenheim?», pensó Amarna y se preguntó por qué se le pasaban por la cabeza ideas tan absurdas.

—Querida señora Artsruni, todos aquí en Hornchurch nos alegramos por usted y le deseamos de todo corazón unas felices navidades.

¿Por qué estaba aquel anciano en Hornchurch en lugar de en la cama? ¿Por qué parecía que todo dios estaba en Hornchurch y ella estaba allí?

—Quisiera hablar con mi marido —dijo ella.

—Creo que deberíamos dejar a su marido darnos su informe e irse a dormir como es debido. Mañana temprano podrá abrazarlo ya en perfectas condiciones.

—Mi marido es capaz de pensar por sí mismo —bufó Amarna—. Quiero hablar con él. Ahora.

Chaja saltaba arriba y abajo del borde del escritorio como si no tuviera casi diez años, sino solo cinco.

—¡Mi papá vuelve a casa! ¡Mi papá me va a regalar un poni por navidades!

Parecía que Bertram Farnshaw tenía que discutirlo con todo el turno de noche del aeródromo de Hornchurch. En un momento dado, los crujidos al otro lado de la línea cesaron y se oyó la voz de Arman.

—Amarna.

Amarna contuvo la respiración. «Te llevo en la sangre —susurró su aliento—. Estás bajo mi piel. Nadie es capaz de conocerme como lo haces tú, aunque todo sería cien veces más sencillo con cualquier otro».

—Saludos, señor Artsruni —dijo ella—. ¿Estás de una pieza? ¿Sigues entero?

—Eso parece.

—Bien —dijo ella—. Entonces, ven a casa. Me da igual que estés cansado o que tengas que cantarle una nana al Bristol Blenheim. Quiero que estés en casa en menos de una hora…

—Amarna…

—Cierra la boca. Súbete a una moto y, si no estás en condiciones, que uno de tus admiradores te meta en un coche y te traiga hasta aquí. Necesito tenerte conmigo, Arman. Necesito tocarte. No me puedo creer que todavía tenga la posibilidad de hacerlo.

—Amarna, por favor, escúchame un minuto. Es cierto que he cometido algunos disparates…

—Y ¿eso no me lo puedes contar cara a cara? ¿Es que tienes miedo de que te muerda? Últimamente lo he hecho demasiado, lo sé. Pero no volverá a pasar. Sea lo que sea, está perdonado y olvidado, ¿me oyes? Lo que tenemos es especial. Desde hace mucho. Así que

olvídate de los disparates y ven a casa, a la cama.

Él suspiró. Ella quería meterle prisa, quería tener a su marido y a su hija bajo un mismo techo porque poco a poco iba dándose cuenta de que, de esa forma, estaría a salvo.

—Gracias —dijo él—. Lo de los disparates ya te lo explicaré más tarde y si quieres morderme, te dejaré hacer.

—No quiero. Puedes morderte tú solo.

Respiró hondo y le hizo a Chaja una «v» de la victoria. Wally seguía en la puerta.

—De todas formas, no puedo ir —dijo él—. Ahora no y, tal vez, tampoco mañana. ¿Estás sola, Amarna?

—Lo estoy. Mi marido está atrapado en Hornchurch y no hace más que soltar sermones. Aparte de eso, ¿cuándo se puede estar solo en esta casa?

—¿Está Chaja contigo?

—¿Tú que crees?

—Pon la mano en el auricular —dijo él—. Asegúrate de que no me escucha.

—¿Entiendes que me estás volviendo loca? Suelta ya de una puñetera vez cuál es el disparate que has cometido que te tiene tan angustiado.

—He tenido que hacer dos aterrizajes forzosos tan bruscos que es casi un milagro que ninguno de los que iban en el avión esté ahora criando malvas. La segunda vez prácticamente nos esfumamos ante las mismas narices de los nazis que nos perseguían y, si no hubiéramos tenido la suerte de poner de nuevo el avión en marcha, los otros cuatro estarían tan fiambres como yo mismo. El hijo del profesor Bernard ya sabe latín aunque solo tiene la edad de Chaja. No puedo seguir volando, Amarna. Mi oído no me lo permite.

Amarna lloraba. Chaja le apretó la mano y ella le indicó con una sonrisa que el mundo estaba en orden.

—Te quiero —dijo ella—. Ven a casa. No se lo diré a Bülent, no se lo diré a ningún otro ser humano. Solo quiero que esta locura acabe y que mi listo y bienintencionado marido se dé el lujo de cometer un error sin que el mundo entero se le venga encima.

—¿Lo dices en serio?

—Así es. En lo bueno como en lo malo, Enkidu. ¿Vas a venir de una vez o es que quieres saber lo que es bueno?

—En absoluto —murmuró él, compungido—. Esto es lo más vergonzoso de todo. He cometido un disparate mortal de primer orden y todos me vitorean como si fuera la princesa Isabel saludando desde el balcón.

—Es con lo que tiene que vivir cualquier héroe popular, cariño. Que le zurzan a la princesa Isabel… Churchill es mejor orador y tú tienes unas piernas más bonitas. ¿Te sientes mejor? ¿Vas a venir?

—No, *lajvard* —dijo él, con voz pesada por la pena y la ternura—. No puedo volver a casa esta noche. Tengo a alguien aquí conmigo a quien no puedo permitirle que venga a nuestra casa esta noche. Me la llevaré a Kent e intentaré convencerla de que nos dé tiempo.

—Que te llevarás ¿a quién?

—A la madre de Chaja —dijo Arman.

35
EVA.
EN ALGÚN LUGAR. EN ALGÚN MOMENTO

Eva era una palabra hebrea que significaba «la que da la vida». Arman era un préstamo del persa que significaba «sueño». Cuando era niña, Eva odiaba que cuidaran de ella. A su madre nunca se le había dado bien: solía meterle la cuchara con el jarabe para la tos hasta la garganta y salir de la habitación con un «ahora vuelvo». A Eva tampoco se le daba bien. Había cuidado de Chaja cuando esta tuvo paperas gracias a la ayuda de la señorita Podewil, pero se había alegrado más que nadie cuando la niña había empezado a recuperarse a los tres días. Las anginas de Martin fueron labor de la señora Klagenfurt. No quería tocarle la garganta, cambiarle el pijama sudado y no volvió a disfrutar de sus besos hasta que volvieron a saber a dientes recién lavados.

Los adultos no necesitaban cuidados, los adultos se las apañaban. Pero en aquellas semanas en el cobertizo de Sainte-Cécile-les-Vignes, Arman le devolvió la vida. Sus manos tenían algo que despertaba recuerdos en ella. Eva significaba «la que da la vida». Arman significaba «sueño».

Las fiebres la asaltaron como en una venganza por todos aquellos años en los que no se había puesto enferma. Ahora que su valor casi había logrado ganar la batalla, la piltrafa de cuerpo que le quedaba se rendía. Todo le dolía: la garganta, la cabeza, los huesos. Estaba tan enferma que cada movimiento le costaba un esfuerzo excesivo. «No lo soporto —pensó ella—. Depender de alguien. Dejarme cuidar por alguien y permanecer totalmente impotente». Pero lo soportó. Soportó un tacto que dejaba intacto, cuidadoso y que se cuidaba de causar el más mínimo de los daños a un cuerpo tan maltratado. Un tacto que respetaba un cuerpo tan profanado. Que lo devolvía a su ser.

Él le sostenía la cabeza mientras le daba agua; la lavaba y le secaba la frente; la ayudaba con aquellas manos suyas tan frías, tan hermosas, tan limpias, cada vez que se lo pedía, pero, de inmediato, las retiraba y no la incomodaba más. Cada vez que lo necesitaba, lo llamaba y él surgía de la oscuridad del pajar. Ella comenzó a llamarlo incluso cuando no lo necesitaba. Quería ver todo lo que él hacía, ya fuera cortar queso en cubitos con un cuchillo o colocarse junto a la turbia ventana y afeitarse con el reflejo de esta. Y, sin embargo, él no la atraía. A ella siempre le habían gustado los hombres grandes y rubios, pero se volvió adicta a la armonía que reinaba en el cuerpo de él, a la cadencia con que iba de un lado para otro, a su gracia inintencionada. Exudaba una sensualidad que saltaba a la vista, pero no hacía ningún ruido. Solo se pertenecía a sí mismo.

—¿Qué hace en la oscuridad?

—Nada.

—¿Qué significa «nada» traducido para gente como yo?

—Hago bosquejos en papel.

—¿Está dibujando? Pero ¡si no tiene luz!

Él reflexionó. Y decidió replicar.

—Intento dar forma a lo que tengo en la cabeza.

—¿A qué se refiere? —preguntó ella y se estremeció al comprender cuál sería la respuesta.

—Recuerdos —dijo él.

La noche en que sus propios llantos la despertaron él estaba sentado junto a ella. A la luz de la linterna, los ojos de él parecían enormes. Cuando él vio que ella estaba despierta, giró la cara. No la tocó, pero seguía sintiendo en ella su mirada, su compasión y su pena.

Ella lloró.

—Es horrible —dijo ella—. No puedo parar y no sé cómo voy a poder vivir con ello.

—Yo tampoco —dijo él—, pero sucede. Seguimos viviendo, Eva.

—¿Por qué?

—Porque los demás están muertos y no querían morir.

—Pero ¿puede quedar algo bueno, hermoso y que valga la pena en un mundo en el que las personas se comportan así las unas con las otras? ¿Sigue quedando algún amigo, alguien con quien no haya que andarse con pies de plomo?

Él le echó la manta encima como si eso pudiera hacerle sentirse más protegida. Después, sumergió en el agua el paño y le refrescó la frente.

—Sí —dijo él.

«Tú —pensó Eva—. Si hay algo de amistoso, de bienintencionado en un destino que no ha hecho más que despedazar todo lo que toca, ese eres tú».

—¿Qué significa su nombre, Arman?

—¿Importa eso?

—No le hace ningún mal contármelo, ¿no?

—«Sueño» —dijo él.

Ella se recuperó. No solo de la gripe. Cuando lo miraba, despertaban en ella de nuevos deseos que ya tenía por imposibles y sentía que volvía a la vida. Sabía que debía sanar de manera urgente, pues él tenía que recoger a la gente de Séguret y sacarlos de Francia antes de que llegaran los nazis. Durante cuatro años había anhelado el momento de dejar Francia y acudir en pos de Chaja, pero ahora dudaba. Cuando Arman le preguntara al día siguiente si se encontraba mejor, negaría con la cabeza. Él se preocupaba por ella, eso era evidente. Tenía un rostro maravillosamente expresivo cada vez que se olvidaba de mantenerlo en silencio.

—No me va a dejar aquí, ¿verdad? ¿Se irá sin mí a Séguret?

—Tendré que hacerlo, Eva. No nos queda tiempo y usted está demasiado débil para aguantar el camino. No tardaré más de dos horas: después regresaré con la familia del profesor Bernard y la llevaremos a las montañas, al avión.

—No lo soportaré. Me volveré loca.

Él suspiró.

—Esperaré a ver qué pasa por la noche. Mañana veremos.

Le dolía torturarlo, pero era demasiado delicioso como para resistirse. Ella había olvidado ya lo que era que un hombre atractivo no fuera capaz de decirle que no. «Estoy aquí tendida en un granero, jugando al juego de las mil y una noches con este bailarín de ensueño. Si todavía tuviera

los dientes, si aún se me marcaran los pómulos, si todavía me quedaran corazón y coraje… En uno o dos días tendré que regresar a la realidad, pero, mientras tanto, habré disfrutado de esos momentos en los que casi parece que vuelvo a estar entera».

Cuando por fin decidió dejarlo ir para que no cayeran en manos de los nazis, se sorprendió por el dolor que experimentó. Ya no volvería a tenerlo para ella sola. El deseo que él había despertado en ella se secaría de nuevo.

—Me encuentro mejor —se obligó a decir—. Si quiere ir mañana temprano a Séguret, haré todo lo que pueda por aguantar.

Él respiró aliviado.

—Gracias, Eva.

—Pero hará algo por mí, ¿verdad?

—Si está en mi mano…

—Enséñeme sus dibujos.

—Me temo que no puedo hacer eso. No sabía que querría verlos así que, como nadie los necesitaba, los tiré.

—¿Está usted loco? —Durante un segundo se sintió ciega de ira e intentó golpearlo—. ¿Sabe usted lo que se siente cuando destruyen sus dibujos? ¿Tiene usted la más mínima idea? Es como si a uno lo arrancaran de raíz, como si aplastaran todo aquello por lo que ha luchado y no pudiera volver a empezar de cero porque nada tiene sentido. Eso es lo que nos han hecho en Alemania. Han difamado nuestro arte tachándolo de degenerado y lo han desintegrado. Y, mientras tanto, usted está tan tranquilo en su isla, ganando dinero a manos llenas y tirando lo que le sobra.

Él volvió la cabeza, pero en sus ojos negros relampagueaba una furia que no le iba a la zaga a la de ella.

—Siento mucho lo que les ha ocurrido a sus pinturas. Pero con las mías puedo hacer lo que me dé la gana.

—Pero ¿es que no le entra en esa puñetera cabeza lo que…?

—Claro que sí —le cortó él con una voz como un látigo—. Claro que me entra en la puñetera cabeza lo que me quiere decir. Yo me sentí así cuando comprendí que si mi mujer no podía tener un hijo no era por su culpa. Me sentí así cuando la huerfanita a la que rescaté de un burdel de Estambul acabó hecha pedazos por una bomba nazi y cuando la maravillosa dama que, durante diez largos años, fue la amabilidad personalizada con nosotros, cayó con ella. Entiendo que tiene que dirigir su rabia a algún sitio, pero no permitiré que me chille porque haya roto un par de hojas garabateadas. Eso es asunto mío. Y no me convierte en un nazi que les destroza la vida a los demás.

Él se apartó y comenzó a meter las cosas en su mochila.

—Por favor, vuelva —dijo Eva—. Lo siento mucho.

¿Le había dicho eso antes a algún otro ser humano? ¿Lo había pensado antes?

—No pasa nada —dijo él—. No tiene por qué disculparse y yo tampoco voy a disculparme. Los dos estábamos furiosos. Mejor dejémoslo correr y que no nos afecte.

Ella rio, dubitativa.

—Nunca habría pensado que usted pudiera llegar a ponerse furioso.

—Cuando no tengo ningún bloque de piedra que golpear, me enfurezco con rapidez —dijo él —. A veces me asusto a mí mismo.

—No tiene por qué. Tenía derecho y no me ha hecho nada malo. Nosotros, los berlineses, no somos tan sensibles a los gritos como ustedes, los que vienen de provincias, donde la gente actúa con más discreción.

Él se volvió.

—Eso mismo dice mi mujer. Le parece una locura que me comporte como un maldito chucho que, en lugar de devolver los ladridos, se queda enterrando huesos por todas partes.

—Si no fuera porque usted huye de mis gritos, lo abrazaría ahora mismo —dijo Eva—. Siento mucho lo que me ha contado, Arman.

«Sobre todo lo del hijo», pensó ella. Se había jurado a sí misma no volver a sentir compasión por nadie, pero el hecho de que un hombre con un físico tan cautivador no pudiera engendrar hijos era un despilfarro genético que clamaba al cielo. Además, eso haría que le doliera aún más perder a Chaja. Cada vez que hablaban de Chaja, él se sumía en sus pensamientos y parecía que todo en él sonreía.

—Olvídelo —dijo él—. Eso es lo peor de la rabia: que acabas por escupir cosas que no deberían sobrepasar la garganta.

Ella posó la mirada en su nuez.

—Tiene un cuello muy delgado —dijo ella—. Quizá su garganta necesitaba un poco de oxígeno. Y yo no estaba tanto furiosa como decepcionada.

—¿Por qué?

—Porque conozco su trabajo, al menos por fotografías. Hace muchos años que me enamoré de sus esculturas. Las miraba fijamente y pensaba: «Ahora sé qué es lo que cuentan». Me habría gustado ver qué era lo que, diez años después, aquel hombre que había plasmado en la piedra semejante fuerza bruta había creado sobre el papel.

—He sido grosero con usted y recibo por ello un cumplido —dijo él—. No es que sea muy justo.

Él sacó una caja metálica de la mochila, tomó un montón de papeles de una faja de heno y se lo llevó. Escogió una de las hojas, abrió la caja y se la ofreció. Carboncillo. A Eva le dio un vuelco el corazón.

Él tomó un pedazo, lo colocó sobre el papel y le dirigió a Eva una mirada con los párpados entornados. Entonces, agachó la cabeza y comenzó a cubrir el papel con líneas negras. Eva lo miraba fascinada: las mejillas mordidas por dentro, las cejas arrugadas, la frente sobre la que caían gruesos mechones de pelo. El deseo creció en su interior con una fuerza inédita. También ella tomó un carboncillo de la caja, se sentó, sintió la resistencia del papel que aún notaba familiar y dibujó una línea. Después, otra. Y otra. Alzó la mirada, observó a su modelo y continuó. Era ridículo pensar que ni siquiera era su tipo.

Cuando hubo acabado, él le tendió la hoja sin alzar la cabeza.

—Tome. Para usted.

Ella la recogió. Era solo un bosquejo, zonas en blanco y líneas marcadas aquí y allá, pero la figura del centro era nítida, como esculpida en piedra. La cabeza gacha, el rostro transformado en una mueca, el cuerpo encorvado vestido con ropa de carpintero. Los coches y las dos figuras que lo escoltaban apenas se sugerían. Su mirada, en lugar de dirigirse a ella, se perdía en el vacío. El hombre del dibujo era el *Payaso triste* de Eva.

Alguien se acordaba. Sus pinturas se habían perdido, pero habían existido.

—De dónde…

—La subastaron en la New Burlington —dijo él—. Si le hace daño, me lo llevaré.

—Atrévase.

Ella le agarró la mano que él extendió para tomar la hoja y no se la soltó a pesar de que él intentó retirarla. Aquella noche le habló de *Semiramis,* de los gigantes de piedra, de la profesora de dibujo que rompió sus dibujos, de su padre. Al amanecer, antes de marcharse, él la arropó. Estaba agotada y esperaba poder dormir hasta que él regresara.

—Dejaré aquí los carboncillos, Eva. Si se ve capaz, puede volver a dibujar.

—Me gustaría dibujarlo a usted —dijo ella.

Él emitió un gemido abochornado.

—Missak trabajó algún tiempo como modelo, pero yo…

—No quiero dibujar a Missak, quienquiera que sea, sino a usted —dijo Eva y se despidió de él con las luces del amanecer.

Regresó por la tarde con la familia judía. El hijo del científico tenía diez años y unas gruesas gafas y mantenía con Arman una conversación interminable. Arman hablaba francés con rapidez, aspereza y un sinnúmero de errores, y el pequeño sabelotodo, gracias a su base latina, lo superaba con creces. Apenas podía creer que Chaja tuviera la misma edad que ese petimetre con chaqueta y pantalones cortos. Los celos poseyeron a Eva. Aquella gente había roto el hechizo y la habían dejado hambrienta como un lactante que llorara por la leche de su madre.

Ya habían perdido demasiado tiempo, por lo que se pusieron en marcha esa misma tarde. Durante dos horas se arrastraron por desfiladeros entre las montañas hasta que llegaron a una estrecha llanura oculta tras la cumbre en la que se encontraba el avión. Era más grande de lo que Eva se había figurado, pero la cabina era estrecha y no tenía ventanas. Eva habría preferido sentarse en el asiento abierto tras el piloto, pero el insoportable muchacho se le adelantó. Cuando llegaran a Inglaterra estaría lejos de Arman y se sentiría extraña y sola.

Pero tuvieron que hacer un aterrizaje de emergencia casi nada más despegar. Eva no había podido ver nada y solo más tarde, cuando el muchacho se dedicó a explicarlo una y otra vez, se enteró de que una escuadra de aviones italianos procedente del sur había aparecido como de la nada. Arman había intentado eludirlos y ganar altura al mismo tiempo, pero no lo había conseguido y no había podido hacer nada cuando el avión había empezado a caer en picado. El impacto había hecho que los pasajeros y el equipaje chocaran unos con otros. Durante varios segundos Eva se convenció de que aquello era el fin, de que nunca volvería a ver ni a Chaja ni a Arman. Sin embargo, no tardó en recuperar la compostura y constatar que tenía todo el cuerpo dolorido, pero entero.

—Un lapsus de primer orden —sentenció el muchacho, que se llamaba Christophe—. La maniobra no era complicada: el enemigo se encontraba lo suficientemente lejos y ese giro a la izquierda y hacia arriba lo habría podido hacer hasta un principiante.

Eva habría querido darle una buena azotaina al chaval y su padre le prohibió terminantemente seguir hablando, pero Arman agitó la cabeza en ademán negativo.

—No se debería prohibir decir la verdad.

—Tiene el brazo herido y está usted agotado —dijo la mujer del científico—. No deberíamos haber partido sin que usted durmiera un poco. No podemos exigirle a nadie que haga más de lo

que pueda hacer.

—Es muy amable por su parte decir eso —respondió Arman—. Por desgracia, no podrá convencer así a los nazis si nos descubren. En lugar de ponerlos a salvo, los he puesto aún más en peligro.

—No ha hecho tal cosa —replicó el profesor—. Si morimos aquí, al menos no habremos caído sin luchar.

Arman se levantó.

—Nadie va a morir aquí —dijo él—. Rápido, salgamos de aquí.

Escondieron el avión en la espesura, donde los hombres intentaron arreglar los daños, y ocultaron las alas con ramas. Para su sorpresa, Eva no sentía miedo alguno, sino que estaba llena de una especie de felicidad. No iban a morirse de hambre. Había raciones de emergencia de pan tostado y carne en conserva en el avión, un lago limpio en las inmediaciones y todo tipo de bayas y hongos. Los hombres dormirían bajo un saliente de roca, y las mujeres, con Christophe, en el avión. Tenían mantas y ropa caliente. Después de cuatro años en los que no había existido para nadie, pertenecía a un grupo de personas que luchaban por sobrevivir.

Pero, sobre todo, aún no había regresado a la realidad. El hechizo aún existía y era lo suficientemente fuerte como para enfrentarse al tiempo.

Durante la noche, se escabulló para buscar a Arman. Estaba sentado frente al saliente, en la oscuridad, con una manta sobre los hombros.

—¿No puede dormir?

—No.

—¿Tiene miedo?

—Sí.

—¿Cree que no logrará arreglar el avión?

—Sí que lo haremos —dijo él—. Los daños no son graves y el profesor es un genio. Tengo miedo de no ser capaz de alzar el vuelo. Prácticamente no hay espacio libre y el Blenheim es mucho más pesado que el Lysander, que construyeron específicamente para pistas reducidas. Voy a tener que arrasar este bosquecillo como un Panzer alemán y rezar para que el avión sea capaz de levantar el morro.

Ella intentó reír.

—¿Rezar ayudaría?

—Quién sabe. Al menos no provocará una catástrofe como la que yo he desencadenado gracias a mi habilidad como piloto.

—Pare ahora mismo —lo reprendió ella—. Ha cometido un error. Ocurre hasta en las mejores familias.

Él miró al suelo entre las piernas.

—Fue un error fatal y era de prever. No soy un piloto apto, Eva. Absolutamente todo el mundo que entiende algo del tema me advirtió que no debería pilotar.

—¿Y por qué lo hizo de todas formas?

—No podía quedarme sin hacer nada —murmuró con voz apenas audible—. No podía quedarme sentado con la máscara de gas puesta mientras invadían mi isla. Saber lo que iba a ocurrir y seguir esperando. Contar día tras día el número de bajas.

Ella se hizo un sitio a su lado y lo rodeó con los brazos.

—El profesor Bernard tiene razón —le susurró—. Si morimos aquí, no lo haremos sin luchar, sin esperanza y en la oscuridad. —Y señaló al negro cielo cubierto de estrellas—. Es bueno saber que no a todo el mundo le dará igual cuando ya no estemos aquí.

Él intentó liberarse, pero antes de conseguirlo, ella le dio un beso en uno de sus prominentes pómulos. Él la apartó de su lado, la miró confuso y se frotó los ojos.

—¿Por qué hace eso? —exclamó ella—. Solo quería consolarlo y usted me echa. Le repugno.

—Por favor, no crea eso. No es usted, soy yo. No se me da bien.

—¿El qué?

Él apretó los labios y negó con la cabeza.

—¿Dejar que los demás lo toquen? —preguntó Eva—. A mí tampoco se me da bien. Creí que no volvería a soportarlo, que mi cuerpo sería siempre para mí una prisión en la que nadie podría entrar. Pero usted ha entrado. Quiero que me toque, Arman.

Él seguía rígido, con la mirada fija en el suelo. Ella le acarició la mejilla. Tenía la piel aterciopelada, desprendía un ligero calor, pero parecía esculpida en piedra. El aire estaba impregnado por la humedad de la niebla y olía al otoño en los bosques, a tierra y a hojas caídas, pero la fuerza que fluía de la naturaleza no la ayudó.

—Por favor, Arman —murmuró ella—. Venga conmigo, a mi soledad. Apoye la cabeza en mi hombro y deje que miremos juntos las estrellas a través de las copas de los árboles que se mecen. La luz de las estrellas entre la niebla. Un poco de ternura para que los gritos de odio en nuestras mentes se acallen durante cinco minutos.

Él no se movió.

—No siempre fui una mendiga —dijo ella—. Hubo un tiempo en que una fotógrafa me retrató desnuda, helada de frío, entre gélidas ramas de espino, porque le parecía que mi sexualidad era incendiaria y necesitaba luz invernal. Colgó esa imagen en su estudio y un industrial forrado que había amasado una fortuna tras la victoria de Hitler en las urnas llegó a decirle: «Méteme una sola noche a esa reina del hielo en la cama y te daré todo lo que tengo». No siempre fui una mendiga con los dientes mellados y las caderas entumecidas. Hubo un tiempo en que fui una mujer hermosa.

Él repelió su abrazo y giró la cara.

—Es usted una mujer hermosa, Eva.

—¡Ja! Y ¿así es como me lo demuestra?

Había empezado a gritar sin pararse a pensar en que podía despertar a los Bernard, al bosque entero, a los nazis.

—No es que usted les haga ascos a los placeres, ¿verdad? Es un hombre oriental que lleva semanas sin sexo y aquí hay una mujer que se le ha ofrecido y que usted dice que encuentra hermosa. Pero no la toca. Se encoge como una virgen cada vez que me acerco. ¿Se puede saber qué demonios le pasa?

—Ya se lo he dicho. No es usted, soy yo.

—¡Se puede usted meter esa palabrería por su bonito culo de amargado! Quiero recuperar el sexo, quiero que, de todas las cosas que me han quitado, al menos pueda recuperar el que el único hombre que puedo soportar no se quede rígido como una tabla de puro asco cuando me acerco a él.

—No es por asco…

—Cierre la boca —gritó ella—. Míreme. Tenga al menos las agallas de mirarme y después miéntame a la cara y dígame que no le repugno.

Tiró el abrigo al suelo, se abrió la blusa y la camisola y se descubrió el pecho. La cicatriz que la recorría se la habían hecho con un látigo de cuero al que llamaban el Torturador de hipopótamos. En lugar de palidecer, seguía rojiza y abultada. Siguió quitándose la ropa y le mostró el vientre, que en otro tiempo fue plano y firme y sobre el que Martin se había quejado: «¿En qué clase de poción mágica te bañas tú? Has tenido una hija y, a pesar de todo, no se nota ni una sola marca en ese cuerpo de reina». Las huellas que ahora recorrían su cuerpo de reina habían acabado con el vientre plano. La carne estaba flácida e hinchada, aunque en el pasado comía con fruición y ahora apenas si se alimentaba.

Lo miró y esperó que la detuviera, incluso que recurriera a la violencia para evitar que siguiera, pero él se limitó a permanecer sentado, quieto, mirándola. Se quitó la falda y las enaguas y descubrió sus caderas, su sexo y sus muslos, y se giró ante él.

—Mírame y sigue mintiéndome: dime que me encuentras hermosa. Si necesitas vomitar, te sujetaré el balde y, si no es suficiente, tú no te contengas: estás en tu derecho. Seguro que tu polla es tan bonita y delicada como tu piel, así que es mejor que no la metas en mi apestoso conejo. No sabría decirte cuántos sementales nazis han estado allí antes que tú porque, viendo que no podía hacer nada por evitarlo, llegó un momento en que perdí la cuenta.

Ella seguía de pie, inmóvil, sintiendo el aire frío de la noche en la piel desnuda y, entonces, empezó a comprender lo que había hecho. Lo había estropeado todo. Hasta la más mínima oportunidad. Ahora estaría mucho más sola que antes y, salvo que pudiera volver atrás en el tiempo, ya no podría arreglarlo.

«Vuélvase a su saliente de roca —quiso decirle—. Váyase a dormir y olvídese de Eva Löbel. Es usted un hombre distinguido, con buenos modales y un corazón aún mejor. Tiene todo el derecho a sentir repugnancia hacia mí y a pensar que Chaja no se merece una madre como yo. Deje que Eva Löbel estire la pata aquí. Hace ya cuatro años que murió. Simplemente se había negado a estar muerta».

Él le rodeó los hombros con las manos: la izquierda todavía frágil, pero la derecha, con firmeza. La atrajo hacia él y la miró a los ojos, con su rostro apenas a un palmo de distancia del de ella. Entonces, la besó. Primero, en la boca; después, en la cicatriz del pecho y, por último, en la otra, más profunda y pequeña, sobre su sexo. Ella miraba la cabeza de él sobre su regazo, sintió sus labios sobre la piel castigada y percibió el conocido lenguaje con el que su cuerpo le respondía. «Bésame, Ara, rey de Armenia. Quiero ser Semiramis otra vez y hacerte caer a mis pies. Quiero mostrarte lo hermoso que eres, tan fuerte, tan sanador. Consuela mi piel. Allí donde tus labios la tocan, el látigo de esos matones pierde su fuerza».

Cuando ella quiso abrazarlo, él se levantó, dio un paso hacia atrás y levantó la mano.

—Es usted hermosa —dijo él—. Merece que incontables tipejos forrados ofrezcan más que su fortuna por usted. No es usted, soy yo. El animal oriental que hay en mí ya no funciona. Lo siento mucho.

Dejó caer la manta y comenzó a desabrocharse la camisa. Cuando esta le resbaló por los hombros, Eva contuvo un grito. La luz era peligrosa, tenía que conformarse con la que recibían de la luna y las estrellas y ella se alegró. Con eso había más que suficiente ahora mismo.

La perfección de su cuerpo, lo bello que hubiera podido llegar a ser fue algo que ella

comprendió tan pronto como vio que, en realidad, no lo era. En su pecho brotaba vello negro. Sobre la piel visible entre mata y mata, solo se apreciaba una hilera de verdugones. Se levantó con agilidad, sin usar las manos, se desabrochó el cinturón y dejó que toda la tela le cayera caderas abajo sin desabrocharse ni un solo botón. Ella no quiso mirar porque la visión de su cuerpo no le resultaba agradable, pero no pudo evitarlo. Algunas de las cicatrices que recubrían la piel de sus delgados muslos eran grandes y planas como la silueta de los continentes sobre un mapa. ¿Con qué clase de instrumento habían podido hacer algo así?

Él se dio cuenta de lo que ella estaba mirando.

—Estas surgieron sin más —dijo él—. Sin hacer nada. La carne se soltó y se abrió.

«Pero si no tienes carne —pensó ella—. Tan solo arriba, en la zona de los hombros y los antebrazos, pareces un hombre capaz de tirar al suelo a aquellos que te han torturado y alzarte sobre ellos. El resto de tu cuerpo es el de un muchacho que se tumba por las noches con la espalda ensangrentada sobre un catre de piedra y no es capaz de dormir porque no sabe cuándo van a volver por él».

—¿Cuánto tiempo? —susurró ella.

Él encogió el hombro sano. Sobre el otro, del que colgaba aún el cabestrillo, había una cicatriz de dos dedos de grosor.

—Tres años. Tuve suerte. Casi nadie lo consiguió. ¿Es suficiente? ¿Me cree ya? ¿Ya puedo vestirme?

—¿Cómo lo soportaste? —lo increpó—. Día tras día.

—Eso ya pasó —dijo él—. Se ha acabado y ya no pueden hacerme nada. Simplemente, no me gusta que nadie me toque.

—¿Nadie?

Eso le dolió. Él se agachó a recoger su camisa y ella se avergonzó al fijarse en esas hermosas curvas, en ese movimiento elástico, al pensar: «Está hecho para el amor. No puede ser que el amor lo haya perdido».

—Sí —dijo él mientras se abrochaba el cinturón y tensaba la espalda.

—¿Quién?

—Mi mujer. El hombre que me crio. Chaja.

Él quería marcharse. pero no para cobijarse bajo el saledizo, sino en la perfumada y ventosa oscuridad del bosque. Sin embargo, tras dos pasos, se dio la vuelta.

—Tuve suerte —repitió—. Y, mientras usted siga con vida, también podrá tenerla.

—¿Cómo puedes llamar suerte a lo que te han hecho? Por favor, regresa. Cuéntamelo. Aunque sea difícil. Debo saber cómo lo has conseguido. Cómo has podido vivir con ello.

—No lo he conseguido —dijo él—. Solo no.

Trotó de vuelta el par de pasos que lo separaban de Eva y la ayudó a colocarse la ropa con unas manos cuidadosas y frías como las de un médico. Volvieron a sentarse juntos sobre el musgo y él extendió la manta sobre ella.

—¿Cómo lograste salir de allí? —preguntó ella.

—Hecho pedazos.

—Ojalá yo hubiera sido capaz —murmuró ella.

—Los turcos no son tan cuidadosos como los alemanes —dijo él—. Estaban en guerra y cundía el caos. Además, no me habían violado repetidas veces. Solo una vez y no de frente, sino

en mi bonito culo de amargado. No estaba impotente, tuve tiempo para pensar: «saldré de aquí, o por mi propio pie, o con los pies por delante».

A Eva se le escapó un grito de horror.

—¿Cuántos años tenías?

—Doce.

Ella quiso decir algo más, pero él colocó un dedo sobre sus labios.

—Para. Ya hemos hablado de ello y con eso es suficiente.

—¿Por qué no quisiste morir, Arman? ¿Por qué no, joder?

—Quería regresar a Boğazköy —dijo él—. Al lugar en que arrestaron a mi padre. Quería saber lo que le había pasado y quería decirle a la gente que era inocente del delito del que le habían acusado. No me paré a pensar qué podía ser de mí.

—Y ¿qué fue de ti?

—Nada. —En lugar de soltar una carcajada amarga como la mayoría de la gente habría hecho, abrió las manos vacías—. No llegué muy lejos con mis grandes planes. Caí rendido frente al umbral de una puerta porque ya no podía seguir avanzando. El hombre que vivía allí me metió en su casa y me mantuvo oculto durante seis largos años. Si alguien hubiera descubierto que estaba protegiendo a un armenio, lo habrían colgado o torturado hasta la muerte.

—Arman —dijo ella, con pudor—. ¿Cómo puede alguien diferenciar a un armenio de un turco? Martin y yo pensamos que eras turco…

Él se había incorporado y miraba fijamente la arena entre las puntas de los pies.

—Se ve cuando te bajas los pantalones. Los armenios no están circuncidados.

Ella se enfureció.

—¿Y por qué el hombre que te ocultó no…? Quiero decir… ¿Es que no debería…?

—¿… Haberme hecho circuncidar? Sí. Mucha gente que salvó niños armenios lo hizo. Pero Bülent no quiso. Es un hombre piadoso y dijo que la religión de los demás es también sagrada para él, por lo que no quiso hacerme ningún daño después de todo el daño que ya me habían hecho. Yo ni siquiera sabía lo que era la religión. Para mi padre, no era más que la palabrería supersticiosa de los necios sin educación.

—Para mí, también.

Él miró rápidamente a su alrededor y sacó algo de la camisa. La cruz de Chaja.

—Soy un necio sin educación.

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es. Me escapé de tantos colegios que mi padre terminó por darse por vencido. Tal y como yo lo veo, lo que hizo Bülent está bien hecho.

—¿Crees en algún dios? —le preguntó ella y en su voz sonó como si le hubiera preguntado: «¿Eres un carnero de cuatro cabezas?».

—No lo sé —dijo él—. Nunca he pensado en ello. Yo no era más que una piltrafa humana hecha pedazos y Bülent me dio algo que me pertenecía. Algo que él consideraba sagrado. Para mí, está bien hecho.

«Eso suena bien», pensó ella y sintió una nostalgia sin nombre.

—¿Por qué el tal Bülent hizo lo que hizo? —le preguntó ella—. ¿Por qué arriesgó la vida?

—Se lo he preguntado cientos de veces —dijo Arman—. Nunca ha llegado a responderme nada, solo me ha preguntado a su vez: «¿Debería haberte dejado ahí tirado? Estábamos en

invierno». Durante años le hice la vida imposible porque estaba convencido de que, más tarde o más temprano, acabaría por echarme a la calle. Al principio, no abría la boca; luego, me dediqué a hacerlo todo tan mal como me fuera posible. Tengo un talento especial para eso. Pero con Bülent alcancé un nuevo hito personal.

Eva no pudo evitar reírse.

—Si hay un hombre de quien no me imaginaría capaz de hacer nada mal, es de ti.

—Bülent no tuvo que imaginárselo —dijo Arman—: tenía el espectáculo en casa todo el día. En un momento dado estuve tan convencido de que me iba a echar que me adelanté, antes de que él tuviera la oportunidad de hacerlo.

—¿Y él? ¿Qué hizo?

—Me agarró del cuello y dijo: «Esa puerta está cerrada, amiguito. Te voy a quitar esas malas costumbres de la misma manera que me las quitó mi padre».

—¿Y te pegó?

La sola idea de que hubieran podido volver a maltratar aquella castigada piel le hizo estremecerse.

—Al principio, no me lo creí —respondió Arman con ternura, diversión o con ambas—. Había cortado la rama más oscura de su pistachero y le había cortado con un cuchillo todas las protuberancias. Cuando quise quitarme la camisa, me enganchó de los pantalones y me dio seis veces con el palo entre los hombros con tanto cuidado como siempre que trataba conmigo: como si yo fuera de cristal. Eso me avergonzó profundamente, así que le dije que era un tipo duro y que debía darme más fuerte y más abajo o, si no, no me haría daño.

—¿Más abajo?

Ella se apretó la zona del riñón derecho con la mano porque creyó que todavía podía sentir el dolor desgarrador que le provocaron allí.

—¿Y lo hizo?

—No. Nunca —dijo él y sonrió, pero no hacia ella, sino para sus adentros—. Me miró con ojos desorbitados, con esos ojos húmedos y amplios, y me dijo: «No eres un tipo duro. Un pedazo de burro, eso es lo que eres, Arman. ¿Es que no tienes suficiente con hacerme daño a mí? Si no te honro, ¿cómo voy a poder enseñarte a que honres a Dios y al mundo?». Le juré que me esforzaría, que no volvería a hacerle daño nunca jamás, y él rompió la vara en pedazos no más grandes que un dedo y dijo: «Bueno, bueno, no exageres».

Su sonrisa se extinguió y ya no pudo seguir hablando. El deseo de Eva de abrazarlo se volvió incontenible y, aun así, logró contenerse.

—Gracias por habérmelo contado. Estaba convencida de que lo que decías era una locura, pero tienes razón: realmente tuviste suerte.

«Haré lo mismo que tú —pensó ella—. Me comportaré como es debido, intentaré impedir así que puedas apartarme de ti y te obligaré a mostrar interés por mis progresos. Yo también he tenido suerte. Mi única desgracia es que yo no soy ningún adolescente sin educación y tú no eres ningún anciano sabio».

—Y ¿qué ocurre con tu mujer? —preguntó ella con voz tenue y creyó ver ante sus ojos a la pelirroja, sentada en la hierba, con la cabeza de él en su regazo.

Ella y Wilma solían reírse de las mujeres que se le habían echado al cuello presa de los celos, pero hoy ya no se reía. «Tiene a mi hija —pensó—. Y tiene al hombre que quiero. No los

necesita a ninguno de los dos, mañana puede buscarse un marido nuevo, con la piel intacta, que le haga un hijo nuevo. Pero, para mí, estos son los únicos. Si no quiere acostarse conmigo, me da igual. Quizá yo tampoco fuera capaz, por mucho que lo deseara. Quiero estar en sus brazos, quiero que me abrace día y noche para poder volver a sentir que estoy viva. Quiero su dulzura, su fuerza, su protección».

—Ya es suficiente —dijo él, con esfuerzo—. Vamos a dormir, Eva. Mi mujer no le incumbe a nadie.

—¿Por qué lloras?

Se llenó de esperanza. Él había dicho que no podía retener a su mujer porque no era capaz de dejarla embarazada. No cabía duda de que debía de ser una de esas mujeres incapaces de vivir sin el fruto de su vientre y, si también perdía a Chaja, probablemente lo abandonaría. «Ven a mí —pensó ella—. Cálmate, olvídate de todas esas obligaciones que no puedes cumplir».

—¿Por qué lloras?

Él siseó.

—¿Por qué no para cuando le digo que ya es suficiente? ¿Por qué sigue preguntando? ¿Qué es lo que quiere? ¿Que hurgue en sus heridas? ¿Que le pase por la cara todo lo que tengo y que usted no?

—Dímelo. Y tutéame, por favor.

Él se levantó y se dirigió al bosque.

—Quiero irme a casa —dijo—. Lloro porque los echo de menos: a Bülent, a Amarna, a Chaja. No son los recuerdos lo que me vuelve loco, sino el miedo a no poder protegerlos y perderlos.

—¿Los tienes contigo en Londres? —preguntó Eva, perpleja—. ¿Incluso al anciano de Turquía?

—¿Dónde si no? —respondió a su vez Arman con otra pregunta e igualmente perplejo—. Hace mucho que su hijo murió. Solo nos tiene a Amarna y a mí. Su sitio está con nosotros.

—Entonces, él también tuvo suerte —dijo Eva—. No solo tú.

—Eso me dijo antes de tomar el avión —repuso él, con las lágrimas cayéndole a borbotones —. Me bendijo y me dijo que yo era una bendición en su vida. Yo pensé que me lo decía porque sentía que se estaba muriendo y, desde entonces, he querido regresar. Pero aún no he regresado. Quizá haya muerto y yo no haya estado con él.

«Y ¿qué? —preguntó Eva—. En un mundo lleno de asesinato y tormento, ¿quién puede llorar por un anciano que se muere? Eres lo opuesto a los hijos sardos». De pronto, sintió frio.

—Eres una bendición en mi vida —murmuró ella—. ¿Quién dice cosas así de bonitas a los demás?

—Quiero decírselo a Chaja —dijo él—. Antes de que nos separemos.

«De ti no tendrá que separarse», pensó Eva y contempló la silueta de Arman en la negrura de la noche mientras se deleitaba en la perspectiva de que él fuera el padre de Chaja, de que, después de toda su soledad, pudiera compartir un hogar con su hija y con ese hombre. Y que no fuera en la Bleibtreustraβe. Una casa lejos de la gente en la que echaran el cerrojo por la noche. «Contigo, volvería a pintar. Tú y yo, juntos, podríamos sostenernos el uno al otro y apoyarnos frente a los crímenes que cometieron contra nosotros y los que puedan venir en el futuro». Recordó la escultura del cartel, que todo el mundo llamaba *La Guerre*. «¿Crees que tu mujer te

entiende? Yo soy artista, igual que tú. Escucho más de lo que puedes expresar con palabras. ¿Te ha entendido alguien alguna vez como te entiendo yo?».

—Buenas noches, Eva —dijo él.

Ella se levantó de un salto, se colocó frente a él, le posó las manos sobre los hombros.

—La escultura de piedra roja con la que fuiste a París. No es ninguna representación de la guerra, ¿verdad?

—Sí.

—Pero no fuiste tú quien la llamó *La guerra*.

—Cierto. Y ¿por qué no? Simplemente, nunca llegué a darle nombre.

Él retrocedió y ella lo siguió.

—¿Quién es ese hombre con el vientre destrozado, sin un rostro reconocible y con las manos cortadas?

Él reculó aún más, como un animal acorralado, hasta que topó con un árbol y alzó las manos.

—Dímelo.

—Mi padre.

El corazón de Eva latía a toda velocidad.

—Descubriste lo que había sido de él, ¿no es así?

Él cerró los ojos, apretó la espalda contra el tronco y estiró la cara hacia ella.

—Por favor, déjame.

—Dímelo. Tengo que saberlo. Mi padre sigue en Alemania y no tengo ni idea de qué ha sido de él. Lo que le hicieron a tu pueblo se lo están haciendo ahora al mío.

—Un amigo suyo estaba presente —dijo Arman—. Su hijo me lo contó, años después. También recogió la cruz que mi padre llevaba al cuello. Ojalá supiera por qué la tenía.

—¿Qué le ocurrió ¿Qué te contó el hijo?

—Debía morir en la horca, pero ya estaba muerto cuando lo colgaron —dijo Arman, con el rostro vuelto—. Murió en el suelo. Lo torturaron hasta la muerte. Le abrieron la tripa y, como con eso no lograron matarlo, sino solo hacerle gritar, le cortaron una mano y se la metieron en la boca. Después le destrozaron la cara hasta que murió. Mi mujer me lo explicó. Ella es experta en el antiguo Oriente y me mostró los rostros destrozados de algunas estatuas mesopotámicas. Igual que los habitantes de Urartu quisieron esculpir la piedra para preservar la vida en las imágenes, los que los destruyeron quisieron borrar el hecho de que habían existido.

Su cuerpo se retorció y sufrió una arcada. Cuando ella quiso ayudarlo, él la apartó, se controló y se irguió. El estómago se le rebeló y él se lo apretó con las manos.

—Arman, déjame ayudarte.

—No pasa nada.

Le brillaban los ojos. Pasó frente a ella en dirección al saliente.

—Ahora déjame dormir, ¿de acuerdo?

—¿Por qué no puedo ayudarte? ¿Por qué permites a tu mujer que te ayude y a mí no?

Fue como si le hubiera golpeado en el estómago mientras aún luchaba contra la náusea por lo que no pudo controlarse más y se puso a vomitar.

—Porque estoy enamorado de ella —dijo en turco—. No como un pobre cerdo, sino como un animal oriental que lleva demasiado tiempo sin sexo. Porque no se me quedó mirando como a un monstruo, sino como a un hombre que debe cargar con una cruz. Porque lleva mi nombre y

quiere tener un hijo conmigo. Porque fue conmigo al Ararat y evitó que tirara bombas sobre otras ciudades. Porque se ríe más de mí que de mis estúpidos chistes y porque me ha traído a Chaja. Porque vive conmigo todos los días, incluso cuando no me soporta.

Él la dejó a un lado, le volvió la espalda y siguió caminando, hermoso, arrogante, sin mostrar ni un solo indicio de los espasmos anteriores. Ahora era Eva la que se llevaba las manos al estómago. «Volverás a sufrirlos —pensó ella—. Puedo mostrarme sumisa y dócil contigo, puedo ser todo dulzura, pero, si es necesario, soy capaz de no cortarle ninguna protuberancia al palo antes de darte con él. Lo he perdido todo. No volveré a ser una perdedora».

Cuatro días después, el avión estaba listo. Arman alzó el vuelo ligeramente sobre las copas de los árboles y se encaminó hacia Inglaterra literalmente ante los ojos de los nazis que les pisaban los talones.

36
AMARNA.
LONDRES. VERANO DE 1943

—¿Te lo has pasado bien en el zoo, *patatita?*

—No. Ha sido un asco —dijo Chaja, furiosa, a punto de ponerse a patalear a pesar de tener ya diez años—. No me gusta ver animales encerrados. Además, ellos no tienen refugio antiaéreo y yo ya soy demasiado grande para jugar con los trastos de madera de Edu.

Rebuscó en el bolsillo de la falda y le mostró a Amarna una figurita tallada de un mono, una pequeña obra de arte que, sin duda, era cualquier cosa menos apropiada para servir de juguete al aún poco coordinado Edu. Probablemente la propia Eva lo hubiera hecho ella misma para su hija mientras que Amarna tenía dos manos izquierdas y no era capaz siquiera de ayudarla con las manualidades del colegio. Sin embargo, la propia Chaja tenía también dos manos izquierdas. En la mayoría de los casos, se había partido de la risa ante sus desesperados intentos antes de dejar la maqueta definitivamente en manos de Arman.

—Tú tienes dos manos derechas para compensarnos a mamá y a mí —le había dicho Chaja —. No podemos dejarte siquiera que te pongas a pelar patatas porque terminas esculpiendo figuritas.

Arman había tallado para Chaja todo un zoo de animalitos de patata, pero siempre contando con que después las figuritas se cocinarían y comerían.

—Es un derroche, Chaja. La mayoría de la gente ni siquiera tiene para comer.

—¡Nosotros no somos la mayoría de la gente! —había exclamado Chaja mientras le saltaba al regazo y le revolvía el pelo—. Eres tan gracioso cuando te pones roñica… Nosotros tenemos la bañera de cinc de Doris. ¡Nos salen las patatas por las orejas!

«Qué hermosa era nuestra vida, en medio de toda esa guerra y esa muerte —pensó Amarna —. Qué hermosa era hasta que tú llegaste. Chaja no quiere tu zoo ni tu figurita de madera. Aquí tiene todo lo que quiere. Somos su familia. Se lleva la radio del coche al cementerio y le pone a Doris el *Kitchen Front:* siente a nuestros muertos más cerca de lo que te siente a ti en vida». Amarna paró y se avergonzó de su perfidia. Eva Löbel no tenía la culpa de que su hija fuera una extraña para ella, de no conocer sus deseos, y Amarna le había prometido a Lilly Greenstein que intercedería ante Chaja a favor de Eva.

—Me rompe el corazón todo esto por lo que está pasando —le había dicho la doctora—. Pero no está en mi mano ayudarla. Desde el principio sabía que esos niños solo venían en acogida para, en el mejor de los casos, regresar en perfecto estado con sus padres.

«Sí, así es, pero Chaja no es uno de “esos niños”. Es mi hija. Mía y de Arman, que nos ha traicionado por esa mujer». Esa última idea era la más injusta de todas. Si Arman no hubiera hablado con Eva Löbel antes de ir a Kent y si no hubiera intentado convencerla con insistencia

para que tratara de ir ganándose a Chaja con calma, haría tiempo que ella se habría llevado a su hija. No era culpa de Arman que, de entre los millones de personas a los que Hitler había amenazado de muerte, precisamente la madre de Chaja hubiera logrado escapar del Diluvio hasta Francia y que su nombre se encontrara en la lista de Michel, del grupo de la FTPF al que pertenecía Missak, el marido de Melinée, de los que debían ser evacuados a Inglaterra.

Aquel había sido el último vuelo. La pequeña victoria en Argelia que se había celebrado por todo lo alto el año anterior había tenido como consecuencia que los alemanes marcharan sobre la Francia libre. Ya no quedaba ni un solo pedazo de país sin ocupar y la FTPF, los partisanos militarizados que recibían armas de la France Libre y la SOE ya no podían seguir participando en acciones de rescate aéreo. Se habían retirado a París, donde luchaban contra la ocupación mediante atentados y sabotajes. Missak, el marido de Melinée, que trataba a Arman con discreta calidez, se contaba entre los que combatían en la vanguardia. Pensar en Melinée, la huérfana que deseaba tener hijos, le dolía. Amarna habría querido escribirle lo que Sedat Veysel le había escrito a ella: «Me gustaría que volviéramos a vernos algún día junto al monte Ararat y que la montaña blanca nos mostrara el rostro y la espalda…».

Arman no había vuelto a pilotar. No era culpa suya que en el último vuelo al que le habían enviado, en el que tenía que recoger a la familia de un profesor de física, Eva Löbel se les hubiera unido. ¿Qué podría haber hecho él? ¿Dejarla en Francia para que cayera en manos de los nazis y Chaja fuera una huérfana que pudiera ser adoptada por la vía rápida? Arman había recibido una nueva condecoración y un ascenso, tenía una posición estratégica en la SOE y había creado la obra de arte favorita de las naciones sacudidas por la guerra. Si lo único que deseaba como recompensa era una delgada niña judía, le arrojarían los papeles al regazo y le dirían: «Aquí tiene, *sir*. Si no es más que eso…».

Incluso Amarna dirigía el Middle East Deparment del museo porque Wally había comunicado repentinamente su renuncia. Puesto que las colecciones se encontraban guardadas en lugar seguro, se encargaba de comisariar la exposición sustituta en torno a *La Guerre,* a la que los londinenses seguían acudiendo en tropel. «Seguimos siendo los dos refugiados de primera clase que cualquier nación elegiría en un catálogo —pensó ella—. Seguimos celebrando fiestas y, aunque ya no nos queda vino de La Gironda, fortalecemos aún más la moral en la lucha antifascista con Pimm’s y ensalada de patata de la bañera de Doris. Nos darían una niña en adopción con los ojos cerrados». Incluso Lilly Greenstein le había dicho: «Si aún desean darle a algún otro pequeño todo lo bueno que le han ofrecido a Chaja, seguimos teniendo multitud de niños que no han recibido un hogar y que estarían infinitamente agradecidos».

«Nos encanta hacer que los niños sean felices —pensó Amarna—. No nos sobra el tiempo, pero nuestra casa siempre está abierta y resuena de gritos infantiles. Arman ha sacrificado más o menos su taller para que Hugh y Freddy, los hijos de Susan, la hermana de Kathy, puedan corretear con Edu. Deirdre pasa con nosotros día sí, día también, y Jordan está embarazada de nuevo».

—En la mayor parte de las versiones del diluvio, el arca suele llenarse con seres de cuatro patas —había dicho el padre de Amarna—. Mi hija, por el contrario, prefiere poblar la tierra con seres de dos.

«Si de verdad fuera posible, me parecería precioso —había pensado Amarna—. Si pudiera asegurarme de esa manera de que no se extinguiera la especie humana en el mundo, me las

apañaría para que estuviéramos aún más apretados en nuestra casa-arca. No habría ningún problema para que el niño para el que Lilly busca un hogar encontrara aquí su lugar. Pero no podría sustituir a mi hija. Porque eso es lo que significa cuando a alguien se le añaden los posesivos "mío" o "nuestro": que se vuelve insustituible. Arman es mi marido y, si ya no lo tuviera, ya no tendría otro. Y nuestra hija, la de Arman y mía, es Chaja».

Amarna no quería ser injusta con Arman, quien iba y venía entre la oficina de Baker Street, la casa de Kent y su casa junto al canal para mantener las cosas en calma y mediar entre todas las partes. Se comportaba, como ya lo había hecho antes, de forma ejemplar e irreprochable, y se esforzaba constantemente por merecer *a posteriori* la plaza robada en el bote de salvamento. Él hacía lo que consideraba correcto y ella no podía criticarlo por eso, pero la odiosa voz de su cabeza se negaba a callar. «Joder, ¡si ni siquiera eres capaz de devolver los libros a la biblioteca! —quería chillar—. ¿Cómo puedes ser capaz de devolver a tu hija e ir a que te sellen el carné de préstamo? ¡Precisamente tú, de quien siempre he pensado que eras a quien Chaja quiere más de todos nosotros!».

«¿Por qué no dejaste a esa mujer en Francia? —siseaba la voz odiosa—. ¿Por qué no pusiste pies en polvorosa en cuanto descubriste quién era?». Un avión así era como un arca moderna y el Bristol Blenheim que Arman había comprado para poner a salvo a Amarna, Bülent, Rehan y el niño que hubieran tenido tenía las plazas limitadas como aquel barco. Francia estaba llena de gente que debía huir de la muerte. Podía haberle concedido aquella plaza a cualquier otra persona, a alguien que le estuviera agradecido hasta el fin de sus días, pero, en lugar de eso, había recogido a Eva Löbel, quien, como agradecimiento, quería robarle a su hija.

Amarna se asustó de ella misma. ¿Cómo podía pensar así la mujer amable y civilizada que creía ser? ¿Cómo podía albergar semejantes pensamientos dirigidos contra su marido? «Puedo porque ella se va a llevar a mi hija —fue la respuesta que surgió de inmediato—. ¿Qué persona amable y civilizada no querría proteger a su hijo de los demás?».

—¿Mamá? —Chaja le daba golpecitos para llamar su atención—. Pero ¿me estás escuchando? No quiero volver a salir con esa mujer. ¿Por qué tengo que hacerlo, si no quiero?

«Porque Hitler ha diseminado a la gente por todo el continente como si fueran confeti —pensó Amarna—. Porque a los asesinos les da igual que los que sobrevivimos, cuando bajamos del arca, tengamos que elegir con quien queremos quedarnos». Sin embargo, lo que le contestó a Chaja con voz ronca fue:

—Tu madre quería darte una alegría.

—¡No es mi madre!

Chaja se echó en sus brazos y le estampó un beso en la comisura de la boca. Era una niña poco efusiva, de la misma manera que Arman, quien, a pesar de todos sus encantos, también era poco efusivo. En ambos casos, una muestra de cariño era el mayor de los honores. Dos personas que mantenían las puertas de su corazón cerradas invitaban a Amarna a entrar.

—No necesito ninguna madre más. Yo ya tengo una madre y esa eres tú.

—Oh, Chaja.

«Mi patatita. Mi pequeña, mi amor, mi vida».

—Eso es lo que papá dice siempre.

Lilly Greenstein le había dicho que debía evitar que Chaja los llamara papá y mamá, pero al menos en este punto Arman se había mostrado inflexible: «Quería que fuéramos sus padres aquí

en Inglaterra. ¿Pretende que ahora se lo neguemos? ¿Que le digamos que los últimos cinco años de su vida han sido una farsa?».

—Si Edu es demasiado pequeño, se lo daré a Hugh y Freddy —dijo Chaja mientras miraba con ira el monito de madera—. Y que vayan ellos con la señora a ese maldito zoo.

—Chaja, tu madre quería llevarte al zoo porque en Berlín te encantaba ir.

—No me acuerdo de eso —bufó Chaja con obstinación en la voz.

Sorprendentemente, aquello era un progreso. Durante años, se había limitado a declarar que nada de lo que Amarna y Arman le mencionaban sobre su vida en Berlín había ocurrido en realidad. «Ocurre con frecuencia —le había dicho Lilly Greenstein—. Los niños bloquean sus recuerdos para soportar el dolor». Si hubiera sido por Amarna, habría dejado las cosas como estaban, pero, por el bien de Chaja, debían intentar tender un puente entre el presente y el pasado.

—Te encantaban los monos —repitió ella lo que le habían comunicado—. Tenías tu propio monito, Hagen, que no me dejabas que te quitara ni para lavarlo.

—Es un trasto de bebé —resopló Chaja—. Se lo regalaría a Edu, pero es demasiado feo y Edu ya tiene peluches nuevos mucho más bonitos.

Amarna se preguntó, entonces, por qué no tiraba entonces el ajado muñeco.

—Sea como sea, te volvían loca los monos —porfió, en su lugar—. Te llevabas el cuaderno al zoo y querías pintarlos.

Entonces, el hermoso y despierto rostro de Chaja se iluminó.

—¡Pues que se vaya al zoo con papá! Si quiere darle a papá un cuaderno para garabatear, a él le da igual dónde se lo de.

«Oh, no —pensó Amarna—. Podrá ir con quien quiera, pero no con tu papá». La Gestapo había torturado a Eva Löbel y, durante cuatro años, se había mantenido oculta viviendo una vida solitaria. Cualquier ser humano sensible que hubiera vivido una vida feliz, despreocupada y llena de amor como la de Amarna, debería sentirse sobrecogido por la compasión, pero, cuando Arman la llevó a casa, un único pensamiento le había venido a la mente: «Por fin ha ocurrido lo que siempre me había parecido imposible aunque todo el país lleva especulando con ello desde hace años: hay otra mujer». En su momento, Doris le había dicho: «Hay tantos hombres fieles en Inglaterra como días de sol. Justo cuando vas a sacar los sándwiches para el pícnic, empieza a llover. Black Beauty tiene el aspecto de ser el último en quien deberías confiar, pero, si he conocido a alguien con quien puedas asegurarte un pícnic que no esté pasado por agua, es con él».

Arman era fiel porque quería mantener su propio corazón a salvo de chubascos. Era su día soleado en Inglaterra. «Desde el mismo día en que me enamoré de ti, he temido por ti. Que el pasado te alcanzara y te destruyera. Que la carga que soportas te aplastara. Pero nunca que me traicionaras con otra. Podía pasearme por ahí con mi falda de campesina, del brazo de mi guapo marido de esmoquin y llevar la cabeza bien alta porque sabía que para ti yo era la octava maravilla del mundo. Tu Nouvart, por la que el hermoso rey armenio abandonó a la poderosa Semiramis y llevó a la perdición a su reino. Pero ahora has metido a Semiramis en casa y me has dicho: “Amarna, esta es Eva Löbel. Eva, esta es mi mujer”».

Wally se había reído de Amarna alguna que otra vez por lo poco que ella entendía los tejemanejes femeninos, pero le bastó una sola mirada para entender lo que Eva Löbel quería:

«No solo quiere llevarse a mi hija. Lo quiere todo. A mi hija y a mi marido».

Durante algunos segundos había deseado ser otra persona, como en los melodramas que a Jordan le encantaba ir a ver al cine. Así, habría podido abofetear a Arman por haberse ido a la cama con otra y así todo aquello habría sido más soportable. Pero él no había hecho tal cosa. Tener una aventura mientras su mujer estaba preocupada por él habría sido algo impensable para el pequeño y bien educado expósito de Bülent. Cuando los ojos de Arman se perdían en la distancia, su corazón se perdía con ellos y no habría podido vivir pasando una noche en cama ajena. Probablemente él estaba tan sorprendido como ella.

Amarna no podía reprocharle el hecho de que Eva Löbel podía darle lo que su mujer no le daba. Tenían el mismo oficio. Eva Löbel entendería por qué su marido esculpía hombres con el vientre abierto y por qué no había conseguido hacer la escultura que debía reposar sobre el *Zócalo vacío*.

Y, lo que era más: habían pasado por los mismos horrores, habían sufrido las mismas heridas que nunca sanaban. Eva Löbel nunca le diría que su pasado, su continuo vivir con los muertos, la tenía hasta las narices. Quizá Eva Löbel pudiera reconfortarlo cuando lloraba de dolor en sueños y no limitarse a abrazarlo, impotente, y llorar con él, sino hacer que se sintiera mejor. Quizá Eva Löbel pudiera enseñarle a disfrutar de la comida y que dejara de sentirse como si se la estuviera robando a otro. De Eva Löbel no tenía que esperar la falta de paciencia, las broncas, los reproches nerviosos. Ninguna orden que no estuviera dispuesto a cumplir. No era ningún delito que él anhelara la comprensión que esa mujer podía darle, y Amarna no se lo podía reprochar.

Tampoco era ningún delito que Eva Löbel le pareciera una mujer hermosa. Amarna se había imaginado a la madre de Chaja muy diferente. Más callada, más morena, más azotada por el dolor, como la imagen del *jachkar*, de la que Chaja le había contado aquello que Arman se callaba: «Papá me dijo que le resultaba difícil hablar de su madre, por lo que quería hacer una imagen para que nadie la olvidara. Pero apenas se acordaba de qué aspecto tenía. Así que pensé: "a mí también me resulta difícil hablar de mi *Mame* y tampoco sé muy bien qué aspecto tiene, así que podemos juntar lo que los dos sabemos y hacer una *Mame* que nos sirva a los dos"».

Amarna nunca le había oído llamar a su madre *Mame*, pero a él directamente nunca le había oído hablar de ella. Nunca había llegado a decirle que los *jachkars* estaban pensados para honrar a los muertos, pero que aún había esperanzas de que la madre de Chaja siguiera con vida. El *jachkar* y el dibujo de las dos mujeres en la calle habían sido las únicas muestras de que Chaja no quería olvidar del todo. Amarna no había querido enfrentarse a la realidad. Cada vez que iba al cementerio, había visto en aquella mujer extraña y delicada tanto a la madre de Arman como a la de Chaja: dos fallecidas a las que les debía los amores de su vida.

Sin embargo, Eva Löbel no había fallecido ni tenía el aspecto de la mujer del *jachkar*. No era delicada, sino fuerte; no tenía nada de discreta ni atemorizada, sino esa especie de magnetismo que hacía que todas las miradas de la estancia se volvieran hacia ella. Era hermosa. No como una somnolienta aldea junto al Éufrates, sino como París.

En París, Amarna se había sentado junto a Doris en la Quai Voltaire, donde deambulaban las mujeres más hermosas y las deseaban los hombres más descarados. Apenas habían podido reprimir la risa porque Arman no era capaz de dirigir ni una sola mirada furtiva y soñadora a ninguna de aquellas largas piernas embutidas en medias con costura trasera. En lugar de eso, clavaba los ojos en un anciano que trataba de adiestrar a un perro diminuto. Pero de aquello hacía

una eternidad en guerra. Ahora él dirigía los ojos exactamente a donde se esperaba que un hombre los dirigiera: a las piernas de Eva Löbel, a su trasero, a sus pechos, a su boca.

Adónde se dirigían los ojos de Eva Löbel ya lo sabía Amarna sin volver la vista hacia ella. Su marido tenía algo de atardecer junto al Éufrates, pero, desde luego, no era ninguna aldea somnolienta. Era Arman Artsruni, al que los suplementos culturales previos a la guerra habían bautizado como «el sensual cosquilleo de la piedra» y que había arrastrado a oleadas de colegialas histéricas a las galerías de arte. Apenas tenía cuarenta años y envejecía como el vino: su sabor se volvía más intenso; su timbre aterciopelado, más oscuro; su graduación, más fuerte y peligrosa. Lo único que clamaba al cielo era recubrir esos hermosos hombros tan varoniles con un uniforme. Quizá se hubieran desatado un par de guerras menos si los oficiales, en lugar de esas prendas, llevaran pantaloncitos floreados.

Pero Arman no era de los que desataban guerras. Era el salvador de Eva Löbel, un feroz antifascista engalanado con unos bellos ojos. Era perfecto: ¿quién podría reprocharle a aquella Eva Löbel, rescatada de la muerte, que, ahora que volvía a la vida quisiera disfrutar de lo mejor que esta pudiera ofrecerle?

«Yo —gritaba algo en el interior de Amarna—. Es mi marido, en lo bueno y en lo malo. Hemos recibido tantas cosas el uno del otro… Yo no he dado nada a cambio, pero no quiero cambiar lo que tengo. Él tampoco lo habría querido: la vida que teníamos lo era todo para él, sin condiciones. Él es tan perfecto como las patatas de la bañera de Doris, como un pícnic en Inglaterra, como las fiestas en el Anderson Shelter, aunque su horrible manía con el orden me ponga enferma. Sigue siendo maravilloso. Me da igual que me vuelva loca porque el amor nos vuelve locos a todos y, cuando es capaz de reírse y ponerse rojo como un niño de coro, no hay nadie que se le pueda comparar y ninguna cámara del *British Movietone* podría filmarlo. Algunas veces nos quedábamos pegados el uno al otro, agotados de risa y de amor, junto a la ribera del Éufrates, en los adarves de Hattuša, en una depresión cubierta de hierba junto al Ararat. Él aprendió conmigo a dormirse en brazos de otro ser humano; a desear desesperadamente un beso y a recibirlo. Él leía historias secretas y me las susurraba al oído, y, si pretendes robarme todo eso, no solo me estarás destruyendo a mí, sino también a él».

El torrente de sus pensamientos se detuvo de golpe. ¿Era verdad todo eso? Si Arman la abandonaba para irse con Eva Löbel, no le haría falta perder a Chaja. Podría convertirse en su padre a un nivel totalmente legal y la única perdedora en toda aquella historia sería Amarna.

Volvió la vista hacia el reloj. Contar las horas de aquella manera era agotador. La mayoría de los días Arman volvía a casa a tiempo para preparar *ayran* a Bülent, lo único que el anciano aún comía, y para jugar con él al *Tavla*. Sin embargo, aquel día aún no había llegado y en la mente de Amarna rondaban una serie de pensamientos indignantes: «¿Estará con ella en Kent, con el brazo en torno a su cintura, paseando por nuestra costa y mostrándole el mar en el que Chaja y yo casi nos ahogamos el año pasado de tanto reír?».

—Hoy estás hecha un desastre, mamá —protestó Chaja—. No estás escuchando ni una sola palabra de lo que te estoy diciendo.

—Lo siento mucho, mi monstruita favorita. ¿Qué me habías dicho?

—Que ya os podéis meter en la cabeza vosotros dos, papá y tú, que no pienso volver a ir con esa señora a ninguna parte. Si pensáis obligarme ya podéis darme una buena tunda.

—¡Chaja! —exclamó Amarna y la atrajo hacia sí—. A veces puedes ser muy bruta, ¿lo

sabías? ¿Cómo puedes decirme una cosa así?

—Ya, claro —Chaja tenía el ceño fruncido—. Pero no es nada brutal hacerme ir con esa señora asquerosa una y otra vez. Los demás no tienen que ir, Deirdre se ha pasado el día montando a De Gaulle, aunque le tira de la cincha, y yo tengo que andar por ahí con esa señora. Y ni siquiera me ha comprado dátiles.

—No hay dátiles por culpa de la guerra, so boba.

—Ya lo sé. Sin embargo, Doris habría encontrado la manera de comprarme algunos. O de sustituirlos.

A Amarna se le pintó en la cara la sonrisa de estar con Doris cerca del agua.

—Al menos te acuerdas de que te gustaban los dátiles.

—¡Pero no de que me los diera esa señora! —porfió Chaja.

Amarna suspiró.

—No. Pero sí tu tía Wilma, ¿verdad?

Chaja la miró con aquellos ojos oscuros como la noche y Amarna creyó tener ante sí a su marido cuando se le metía entre ceja y ceja cambiar de tema como si la cuestión en conflicto no se hubiera llegado a mencionar.

—En cualquier caso, se ha acabado lo de ver a esa señora. ¿Sabes qué? Creo que ya no me quieres por aquí y por eso me mandas con ella. ¡Porque mandar a los niños con otros es mucho menos malo que matarlos a palos!

—¡Chaja, eso no es verdad! —exclamó Amarna y abrazó a Chaja con fuerza a pesar de que la niña lo odiara—. Quiero tenerte conmigo. No hay nadie a quien quiera más que a tu padre y a ti.

—¿Y si no me lo creo?

—No te hace falta creerlo. Lo sabes. En el mundo hay ahora mismo un gigantesco caos que ninguno de nosotros ha comenzado pero que nos obliga a hacer cosas que no queremos hacer, ni podemos soportar. Pero yo siempre querré tenerte conmigo y haría cualquier cosa por conservarte a mi lado.

—¿Incluso huir conmigo como hizo papá con la gente de Francia? —preguntó Chaja.

—Por supuesto —dijo Amarna.

En ese preciso momento de locura, se preguntó: «¿Tan difícil sería realmente pilotar un maldito Bristol Blenheim? Has guardado ese maldito trasto ahí, en nuestro granero reconvertido en un hangar y ¿no te has jactado ante mí, grandísimo fanfarrón, de que el gigantesco depósito de esa máquina le permitiría llegar hasta Turquía?».

Amarna apenas percibió el sonido, pero fue suficiente para que los perros se levantaran de un salto. Chaja se alegró y se levantó también.

—¡Es papá!

Todas las preocupaciones parecieron disiparse de sus bellos rasgos y sus luminosos ojos.

Arman entró por la puerta antes de que Chaja tuviera tiempo de salir precipitadamente al pasillo: saltó sobre él y se colgó de sus hombros como un mono. «Si sigues haciendo eso cuando tengas dieciocho años, le vas a romper la espalda», pensó Amarna, divertida. Pero, entonces, la sonrisa se le apagó. Quizá cuando tuviera dieciocho años ninguno de los dos seguiría allí. Arman tampoco tenía aspecto de reírse en lo más mínimo. Le dio un beso a Chaja.

—¿Has tenido un buen día?

—¡Ha sido un día asqueroso! —respondió Chaja—. He ido con la señora asquerosa al asqueroso zoo mientras Deirdre se quedaba montando a mi poni y ¡ni siquiera había dátiles!

Él volvió a besarla y la posó en el suelo.

—Lo de los dátiles es un escándalo, *khachuhi*. Luego me lo cuentas al detalle, ¿de acuerdo? Primero quiero prepararle el *ayran* a Bülent, que ya he llegado muy tarde.

—¿Por qué has llegado tan tarde? —preguntó Amarna con un tono tan hiriente como la bofetada de una esposa celosa en un melodrama—. Ya sabes que Bülent no nos permite a los demás que le demos de comer.

Él levantó la vista y miró a Amarna a la cara, con los ojos llenos de espanto.

—Han atrapado a Jean —dijo él.

—¿A Jean Moulin?

Arman asintió.

—Llevamos toda la tarde debatiendo sobre si realmente hay algo que podamos hacer por él, pero lo único que hacemos es parlotear y lo cierto es que tenemos las manos atadas. Los nazis saben que le han cortado la cabeza a la *Résistance* atrapando a Jean. Mientras nosotros perdamos el tiempo suplicándoles que acepten un intercambio, ellos se partirán de la risa y lo torturarán hasta la muerte.

—Oh, Dios mío.

«Otro puñetero melodrama es lo último que necesitamos —pensó Amarna—. Ven aquí, conmigo. Déjame que te abrace ese corazón tuyo que no eres capaz de endurecer».

—Temo por Missak —admitió él—. Quise convencerlo de que se montara en el avión con Melinée y saliera de allí, le dije: «Joder, mete el culo en el aparato, pedazo de idiota. La gente como nosotros ya está medio muerta».

—¿Incluso dijiste «joder»?

—Sí.

«Te quiero», pensó Amarna. Quiso levantarse y abrazarlo, pero la vocecilla odiosa seguía susurrando en su oído: «Quizá hubiera logrado meter de tapadillo a una persona en el avión pero ¿a dos? Si Missak y Melinée hubieran huido con él, ¿a quién habría dejado atrás? ¿A Eva Löbel o al profesor Bernard?».

—Intenta tranquilizarte —le dijo ella—. Quizá acepten un intercambio por Jean Moulin, y Missak es un tipo sumamente astuto, tú mismo lo has dicho. No los pillarán. ¿Quieres un brandi?

—Jean es un buen hombre —murmuró Arman—. Su madre vive todavía. Le gusta esquiar. —Y añadió, ya recompuesto—: No, gracias. A Bülent no le gusta que huela a alcohol. Voy con él, ¿de acuerdo?

Se fue y Chaja se sentó de nuevo con Amarna, acompañada de sus perros. Durante un buen rato, Amarna intentó mantener la mente ocupada en los deberes de Chaja, pero no hacía más que interrumpirse porque los sucesos de Francia no la dejaban tranquila.

—¿Por qué tengo que aprender francés si Hitler ha destruido Francia? —preguntó Chaja.

—Hitler no ha destruido Francia. No puede.

Hitler había destruido el mundo entero, pero algo en el interior de Amarna se aferraba a Francia. Tenía una extraña y delicada debilidad por aquel país, quizá porque había sido el último lugar en el que habían estado todos juntos y el planeta todavía parecía entero y sano. Se había convertido en un símbolo para ella: «si salvamos nuestra Francia, entonces se dará la vuelta la

tortilla y le arrebataremos el mundo a Hitler». Ahora, con cada pedazo de Francia que caía, caía también un fragmento de esperanza.

—A Hitler le da igual lo que puede hacer y lo que no —dijo Chaja y echó a un lado el cuaderno de francés—. Papá ha dicho que el francés se le da fatal.

—Pero lo aprendió de todas formas —se defendió Amarna como gato panza arriba.

—Christophe dice que comete un error cada dos frases.

—Eso no son errores, es su manera de hablar —dijo Amarna—. Además, probablemente en opinión de Christophe incluso su genial padre y hasta Dios bendito comenten un error cada dos frases.

Chaja aguzó los oídos.

—Si crees en Dios bendito, ¿por qué no nos acompañas a la iglesia?

—Es una forma de hablar.

Chaja negó con la mano.

—Ya lo sé. Además, tampoco se llama Dios bendito, sino Dios todopoderoso, creador del cielo y de la tierra. Parece que papá no vuelve. Voy a ir a buscarlo, ¿vale?

Habitualmente Amarna diría que Arman y Bülent querían tener unos minutos en privado, pero aquel día quería hacer que Chaja se sintiera mejor. La dejó marchar y comenzó a recoger su mochila del colegio, además de escribir una nueva nota para la profesora: «Debo comunicarle que mi pupila Chaja Artsruni no ha podido concluir sus deberes de francés porque…». ¿Qué razón daría? ¿Que Chaja tenía dolor de cabeza, que le dolía la barriga, que tenía miedo y quería dormir en el búnker? Ya había utilizado todas cientos de veces, salvo la de que, más que encontrarse mal, lo que le pasaba a Chaja era que era una vaga redomada y que ya se le habían acabado las excusas.

¿Se le daría bien a Eva Löbel escribir ese tipo de notas? ¿O se enfadaría al ver que Arman y Amarna habían sido tan laxos y le habían consentido demasiado a la niña? Amarna sintió que la vencía la inquietud. Sentía añoranza y una ligera certeza. Finalmente, ya no pudo contenerse y fue al cuarto de Bülent, con sus paredes encaladas y los marcos de las ventanas azules, como en su casa de Boğazköy.

La habitación estaba en silencio. Amarna solía disfrutar el silencio de aquel cuarto, en el que hasta respirar llevaba su tiempo. Arman estaba sentado en el sillón de mimbre de Bülent y tenía a este en el regazo como a un niño. Bülent tenía su blanca mata de pelo apoyada en la clavícula de Arman, como a él le gustaba, probablemente porque así podía escuchar el corazón de su protegido. La mejilla de Arman reposaba sobre la coronilla de Bülent, lo acunaba y le tarareaba una canción. La jarra de *ayran*, que también era parte del menaje de su casa de Boğazköy, así como el viejísimo tablero de *Tavla*, permanecía sobre la mesa y, a los pies de Arman, Chaja se encontraba arrodillada con los perros.

Arman alzó la mirada. Tenía el rostro húmedo.

—Ha muerto —dijo, mientras acariciaba el pelo de Bülent y, entonces, sonrió—. Me dijo que te dijera: «Que Dios bendiga el trabajo de tus manos, *sevgilim*».

Eso era lo que los hombres turcos decían a las mujeres para agradecerles la comida. Amarna no sabía cocinar y no creía en Dios bendito. Pero sí en Bülent.

—Ay, Enkidu.

El respeto reverencial llegó a su fin a manos de Chaja. Se levantó de un salto y se echó

también en el regazo de Arman mientras apartaba a Bülent a un lado. Arman la detuvo, apoyó a Bülent sobre un muslo, a Chaja en el otro y los abrazó a ambos. Amarna los contempló con atención. «Si alguien os incordiara ahora, sería yo la que me dedicaría a lanzar bombas —pensó —. Establecería contacto con la FTP de Missak Manouchian y derribaría aviones fascistas en el aire. Enviaría imágenes vuestras por todo el mundo y gritaría: "levantaos contra el genocidio. Observad lo sagrados que son los seres humanos y no permitáis que nadie os los arrebate"».

—¿Sabes lo que *büyükbaba* le dijo a papá? —preguntó Chaja—. Le dijo: «Gracias por ser mi hijo, *küçügüm*. No te habría cambiado ni por todos los hijos que Dios me hubiera enviado».

—¿Desde cuándo entiendes el turco? —preguntó Amarna.

Chaja se acurrucó entre el pecho de Arman y la espalda de Bülent y se encogió de hombros, pero solo con uno de ellos, a pesar de tener ambos sanos.

—Comparado con el francés, no tiene nada.

Arman le besó la cabeza.

—Yo no te cambiaría a ti por ninguna hija que Dios quisiera enviarme, *khachuhi*.

—¿Ni siquiera por alguna que jugara mejor al críquet?

—No eres tan mala como *wicket keeper*. Pero ni siquiera te cambiaría por una capaz de dibujar personas bonitas y a la que llevara inscrita en mi documentación y que pudiera presentar como mía en la administración.

La besó de nuevo y, seguidamente, volvió el rostro hacia su mujer.

—¿Podrías hacerme un favor, Amarna?

—Puedo y quiero.

—¿Podrías sentarte aquí y sujetar a Bülent un momento? Tengo que salir.

Amarna creyó que se le iba a parar el corazón. «¿Tienes que irte otra vez? ¿El anciano que te ha querido más que nadie te ha dado el mayor regalo que nadie pudiera recibir y tú lo dejas a los tres minutos y te marchas con esa mujer?».

—¿Adónde tienes que irte ahora? —fue todo lo que logró decir.

—¿Adónde crees que tengo que ir? —preguntó Arman—. A la mezquita de Whitechapel. A los musulmanes se los debe enterrar tan pronto como sea posible, pero eso no es un problema. Durante las últimas semanas he estado hablando con el imán: están preparados y me enviarán a alguien que nos ayude. Tengo que lavar a Bülent yo mismo y envolverlo en un paño de lino, y Seb, Dexter y tu padre deberían estar aquí, si quieren.

—¿Seb, Dexter y mi padre?

—Todos los varones adultos de la familia —dijo Arman—. Las mujeres, no. Lo siento, Amarna, pero así se ha hecho con todos los hombres de la familia de Bülent. Más tarde, cuando se rece el *salatul yanaza,* toda la familia podrá participar. ¿Puedes sujetarlo? Pesa menos que Chaja.

—Te ayudaré —se ofreció Chaja.

Arman estaba a punto de levantarse con Bülent, a quien habría llevado en brazos hasta el fin del mundo, pero Amarna hizo que se sentara de nuevo. Le limpió las lágrimas de las mejillas con las manos desnudas.

—Arman, por favor, perdóname.

—Pero ¿por qué?

—He pensado algo horrible de ti. Algo que nadie que te conozca podría pensar de ti y mucho

menos yo. Me avergüenzo profundamente.

—No lo hagas, *lajvard*. Me da un vuelco el corazón cuando me lo imagino.

—Entonces debes endurecer un poquito el corazón —dijo Amarna—. Y, ahora que lo dices: usa la cabeza para pensar, so zoquete, en lugar de empujarme a pensar semejantes insensateces.

Le acarició de nuevo las mejillas húmedas y él cerró los ojos.

—So zoquete… —dijo él—. No volverá a pasar. Por favor, haz una excepción esta vez, *lajvard*.

—Está bien.

Ella besó primero a Arman, después a Bülent en los párpados y, después, esperó a que Chaja cerrara los ojos para besarla a ella también. Arman se levantó, le dio a Amarna tiempo para ponerse cómoda y colocó a Bülent en su regazo. Tenía razón: aquel cuerpo de pajarillo era ligero como una pluma y parecía hecho a la medida de sus brazos.

—Mi pequeño Bülent —murmuró ella y se echó a llorar, aunque se sentía a salvo—. *Kayınpeder*. Quien quisiera cambiarte no estaría bien de la cabeza. Joder, todos hemos tenido la suerte más grande del mundo.

—¡Amarna!

—Joder, joder, joder —dijo Amarna sin prestar atención a la torturada mirada de su marido —. Si quieres reñirme, tendrás que regresar, Bülent. De lo contrario, me dedicaré a echar a perder a tu Arman con lenguaje barriobajero. Puedes apostar.

—Joder —dijo Arman.

—Joder, me cago en diez, hijo de puta —dijo Chaja mientras le trepaba a Amarna por la rodilla y se colocaba, insegura, junto a Bülent.

—Ay —dijo Arman—. Creo que eso ya pasa de la raya.

Se sonrieron los unos a los otros. La mirada de Arman los abarcó a todos, imperturbable, durante varios segundos. Después, dio medio paso a un lado y los contempló desde un ángulo diferente. Siguió así durante un buen rato, profundamente sumido en la imagen como un fotógrafo de una excavación que debe retratar un hallazgo desde todas sus perspectivas. Después se alzó, regresó una vez más y la besó.

—Amarna, si sonaran las alarmas…

—Lo llevaríamos al búnker —dijo ella—. No te preocupes, no estamos solos aquí. Márchate tranquilo.

A la mañana siguiente enterraron a Bülent, el pequeño halcón, en la sección musulmana del cementerio de Mile End, a apenas dos estrechas vías de distancia de la tumba de Rehan y Doris. Como de costumbre, llovía. Pero no iban a irse de pícnic, sino a celebrar el convite funerario de Bülent en casa.

—¿No se podía haber tenido la consideración de trasladarlo? —preguntó el padre de Amarna en el cortejo fúnebre que serpenteó entre tumbas y charcos desde la puerta del cementerio—. Los turcos, por el momento, se han mantenido ajenos a esta locura de guerra a pesar de que sus eternas conversaciones de negociación de acuerdos y la venta de cromita a Alemania no han gustado mucho.

—Aunque se hayan mantenido neutrales, no sabía que se podía viajar por la zona —replicó Amarna, insegura.

—Por el amor del cielo, no. Viajar no, de ninguna manera —exclamó el padre—. Pero ¿enviar por barco un sarcófago con un cadáver? Los británicos incluso están comprando cromita turca en cantidades ingentes para que no toda caiga en manos de Hitler. Dado que tenéis una posición económica desahogada, no me cabe duda de que habríais podido encontrar algún transporte de esas características.

—No quisiera inmiscuirme —dijo Arman, quien había señalado a los asistentes el camino a casa desde la mezquita y ahora caminaba tras ellos.

—No te inmiscuyes —dijo Amarna, lo tomó de la mano y lo arrastró hasta su lado—. Fue decisión tuya. Si alguien puede responder a la pregunta, ese eres tú.

Arman miró al padre de Amarna y, cuando este asintió, le dijo:

—Le pregunté a Bülent. Si él hubiera querido volver a Turquía, lo habría llevado yo mismo en avión.

—¿Crees conveniente tomar semejante riesgo por un muerto? —preguntó el padre de Amarna—. ¿Qué hay de tu responsabilidad sobre mi hija?

—Esto no es el campo de batalla de Hitler —dijo Arman, orgulloso—. Es nuestro hogar. No nos limitamos a enterrar a nuestros muertos y a dejarlos solos en su tránsito: les erigimos tumbas. Le pregunté a Bülent y él me dijo que quería estar donde nosotros estuviéramos y con eso el tema quedó zanjado. Si lo hubiera llevado a Turquía, el riesgo que habría corrido me habría parecido pequeño en comparación con lo que él hizo por mí. Sin embargo, todos tenemos criterios propios en los que basar las decisiones que tomamos.

Quiso dejarlos, marcharse, porque ya no podía mirarlo a la cara y a Amarna le costó un esfuerzo notable soltarle la mano.

—Una última pregunta —dijo su padre.

Arman se volvió sin detenerse. El padre le miró a la mejilla. «Si no paráis ahora mismo, me pondré a gritar —pensó Amarna—. Le diré que no eres un animal del zoo al que se pueda observar fascinado por su dolor».

—¿Sabes dónde está enterrado Gaspar? —preguntó el padre.

—En ninguna parte —dijo Arman—. Es difícil saberlo con certeza teniendo cuenta la cantidad de muertos, pero lo más probable es que lo que quedara de él se tirara por ahí y se lo dejara pudrir.

El otro se detuvo y boqueó en busca de aire.

—Era tu padre. ¿Cómo puedes hablar así de él?

—¿Y cómo debería hablar? —le respondió Arman.

El padre de Amarna agachó la cabeza.

—Quizá podríamos comprarle una tumba aquí. ¿Algún tipo de lápida?

Arman se encogió de hombros.

—Quizá. Ahora tengo que ocuparme de la gente de la mezquita.

Se dio la vuelta y los dejó donde estaban.

—Al infierno —dijo Amarna—. ¿Es que no puedes controlarte por una vez y comportarte como un ser humano?

—Lo siento —dijo el padre—. Es muy difícil. No pensé que fuera capaz.

—¿De qué?

—De llorar.

—¿Quieres pegarle un tajo un día de estos y mirar a ver si sangra? —Amarna ya lloraba—. Y, antes de que se te ocurra espiarlo en el baño, ya te aseguro yo que también mea, caga y se tira pedos como tú y como yo.

—¡Amarna! —exclamó el padre—. ¡Que estamos en un cementerio!

—Lo sé —añadió ella—. Y mi padre me enseñó que, a los que están de luto, hay que acercárseles, decirles «Lo acompaño en el sentimiento», darles la mano y, si se quiere, incluso rodearlos con el brazo con cuidado.

Consternada, contempló que los ojos de su padre se llenaban de lágrimas.

—Lo siento —susurró él—. Es que no puedo ni mirarlo. Siempre veo a Gaspar y la culpa me deja sin aliento. Sobre todo cuando pienso lo que hizo Bülent por él.

—Si la guerra acaba algún día, probablemente toda Europa acabe así —reflexionó Amarna —: dividida entre los que se sientan culpables y los que no, entre las víctimas y los verdugos. Y los unos y los otros no podrán mirarse a los ojos. Ahora mismo echo de menos a Bülent, la humildad con la que él decía: «No tuve nada que decidir. Alá ya decidió por mí. Yo solo tuve suerte».

Una semana después, Jordan y Seb tuvieron un muchacho de diez libras de peso que vino al mundo con el rimbombante nombre de Theodore Charles Winston. Dado que Jordan, en su fuero interno, había deseado una Doris, Amarna le explicó que el nombre de Doris derivaba del griego Dorothea y que significaba «enviada por Dios»… Exactamente igual que Theodore. En una casa llena de llantos de bebé, el joven padre ya no era capaz de dibujar, por lo que Arman y Amarna volvieron a hacerle un hueco en casa para que pudiera utilizar el taller mientras Hugh y Freddy trasladaban sus trenecitos al despacho de Arman.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Seb—. ¿No podemos compartir un cuarto tan inmenso como este? A mí no me molesta el ruido de la piedra: al contrario, me da muchas ideas…

Amarna esperaba que Arman le dijera que ya no necesitaba un taller, pero se limitó a contestar:

—Ya pensaremos en eso más tarde. De momento, no puedo compartir. En el museo de Amarna me han permitido utilizar uno de los sótanos.

A principios de agosto llegaron informaciones fidedignas de la SOE acerca de lo sucedido a Jean Moulin, si bien los datos nunca podían confirmarse. El hombre que movía los hilos en la *Résistance* había muerto tras varios días de torturas, aparentemente sin dar ni un solo nombre. El movimiento rebelde, sin cabeza y presa del terror, sufrió un duro revés. Sus actos de sabotaje y sus atentados se volvieron cada vez más desesperados, descordinados y con menos alcance.

Arman pasaba poco tiempo en casa y parecía agobiado y ausente. A veces Amarna se topaba con él por el museo y se besaban apresuradamente en los pasillos.

—Sois «los amantes de Russel Square» —le dijo Mary, la estudiante de último año que había contratado como ayudante.

—¿A quién se le ha ocurrido eso?

—Los semanarios lo iniciaron y los periódicos se lo han apropiado —explicó Mary—. Alguien se debió de dar cuenta de que siempre parece que os estáis despidiendo en alguna estación, como en la canción *Wish Me Luck as You Wave Me Goodbye*, que se oye tanto ahora.

Desde entonces, cada vez viene más gente a arremolinarse en la escalera porque quiere veros.

Amarna no pudo evitar reírse.

—No somos parte de ninguna exposición.

Mary, que era una muchacha encantadora, rio con ella.

—Sois nuestra exposición itinerante. *Amor en la guerra*. Pero si eso os supone un problema, os colgaré un letrero de «Se ruega no molestar».

Sir John no paraba de atosigar a Amarna para que le dijera en qué estaba trabajando su marido en el sótano.

—Ya sabe que somos capaces de sobrepujar a cualquier otro interesado, ¿verdad?

—No hará falta —dijo Amarna—. Si mi marido decide venderlo, le ofrecerá al museo prioridad de compra y, si no quiere venderlo, no tendrá sentido pujar.

—¿Y de verdad no puede decirme en qué consiste?

—Tampoco me lo ha dicho a mí.

Lo único que sabía era que Arman había comprado un bloque de granito muy peculiar surcado de vetas rojas y grises.

—¿Le ha preguntado?

—Eso no tendría sentido —dijo Amarna y se marchó.

Era septiembre, y los días se habían vuelto ya oscuros y húmedos como a finales de otoño, cuando Arman entró una noche en el dormitorio y la despertó.

—Tenemos que hablar, Amarna.

Nunca había hecho algo así. Habitualmente la dejaba dormir y disfrutaba observándola mientras lo hacía.

—¿Qué pasa?

Su rostro, que durante semanas había estado pálido y cansado, parecía totalmente apagado.

—Eva me ha dado un ultimátum —dijo él—. Dice que no se quedará más tiempo en Kent, que lo único que estamos haciendo es ofrecerle evasivas y robarle a Chaja y que si no se la entregamos de una vez, acudirá a la organización de la doctora Greenstein para que la ayuden.

Por fin estaba ocurriendo. «Esa mujer se lleva a mi niña. Quiere hacerle a Chaja lo que más miedo le da. A nuestra Chaja, que preferiría que la molieran a palos antes de que la apartaran de nosotros».

—A la mierda con la organización de Lilly Greenstein —le increpó a Arman—. ¿Qué se cree? ¿Que tiene el poder de mandarnos a la cárcel acusados de secuestro infantil? Tienes que acudir a tus superiores, Arman. Acude al gobierno, a Dios sabe quién. A cualquiera que esté de nuestro lado. Al *British Movietone*, que nos ha grabado mil veces con Chaja, para que nos ayude, para que Chaja permanezca con nosotros.

—Amarna, ¡no puedo hacer eso! No puedo arrebatarle una hija a su madre porque el poder esté de mi parte y el *British Movietone* me haya grabado.

—¿No puedes arrebatarle a su hija a esa madre? Pero a mí sí que me la puedes arrebatar. A mí, la persona con la que ella quiere quedarse. No puedes traicionar a tu preciosa Eva porque pertenece a un pueblo perseguido. Prefieres traicionarme a mí, que solo soy la vieja Amarna a la que todo en esta vida le ha ido siempre demasiado bien.

Ella lo agarró por los hombros y comenzó a agitarlo como tratando de hacer que volviera en sí, no como antes, con precaución, sino con toda la violencia que fue capaz de reunir. Sin

embargo, fue ella la que volvió primero en sí y lo liberó, sin aliento, como si la abandonaran las fuerzas. Todo le daba vueltas.

—Y también traicionas a Chaja —murmuró ella, vacía y agotada—. Lo que Chaja quiere no cuenta para nada. Se la entregarás a tu Eva como si fuera un frasco de su perfume favorito.

Él parpadeó repetidamente antes de cerrar los ojos con fuerza, como si también él estuviera mareado, se apretó las sienes con los dedos y comenzó a dar vueltas. Finalmente, se detuvo.

—Eso duele mucho —dijo—. Estoy seguro de que esa era precisamente tu intención, pero me parece injusto y hace que me plantee las cosas de otra forma. Buenas noches, Amarna.

—¿Te vas? —saltó ella, loca de furia—. ¿Te vas con ella y te llevas a Chaja?

—¿Existe alguna aberración de la que no me creas capaz? —le preguntó él, lleno de rencor —. Le dije a Eva que, si tú te mostrabas comprensiva, podríamos vivir todos juntos aquí hasta que se nos ocurriera mejor solución.

—¿Quieres traerla aquí? ¿Quieres meter a esa mujer en nuestra casa?

—Si se te ocurre alguna sugerencia mejor, te agradecería mucho que me informaras al respecto —dijo él—. Estoy preparado para casi cualquier cosa, pero no haré que el Gobierno y el ejército de este país me ayuden a cimentar lo que Hitler ha hecho. Eva Löbel es la madre de Chaja. Y no es algo que vayas a solucionar haciéndome estallar la cabeza o llamándome traidor.

37
EVA.
LONDRES. PRINCIPIOS DE 1944

Apareció un minuto después de la hora acordada y, como de costumbre, agotado y sin aliento.

—Buenas tardes. —La doctora judía se levantó y le tendió la mano—. Le deseo un feliz 1944, señor Artsruni, a pesar de que, en estos momentos, no le pueda parecer posible. Sin embargo, si hay algo que he aprendido es que la vida da muchas vueltas.

—Gracias, doctora Greenstein —dijo Arman—. Le deseo lo mismo a usted y me encantaría creer que realmente la vida puede volver a dar la vuelta en la buena dirección.

Antes de que ambos siguieran intercambiando fórmulas de cortesía, Eva se levantó también, le echó los brazos al cuello y lo besó en la mejilla antes de que él pudiera apartarla.

—No te enfades conmigo por haber forzado esta reunión, pero la situación es insoportable para mí. Hay que hacer algo.

—Claro —le respondió él como si fuera un extraño y se sentó en una de las sillas, a distancia prudencial de la de ella.

Eva llevaba semanas presionando a la doctora Greenstein, quien debía mediar en el conflicto por Chaja, para que pusiera en marcha el proceso. La doctora la había despachado con evasivas, igual que Arman llevaba haciendo un año entero. Finalmente, la había complacido porque, al fin y al cabo, no había otra cosa que pudiera hacer. El reencuentro con la niña a la que había añorado durante cuatro años había sido de todo menos lo que ella había esperado. Todo había salido mal. Eva nunca había tenido una relación de intimidad y confianza como la que había tenido con Chaja. Pero ahora ese sentimiento le recordaba un vestido al que se le tuviera especial afecto, solo que remangado y vuelto del revés. Frente a ella ya no estaba la adorable duendecilla que se le colgaba encima con los brazos y las piernas, sino una mujercita, una extraña hostil decidida a odiarla. La mujercita gritaba cuando Eva la abrazaba, guardaba un silencio obcecado cuando Eva trataba de iniciar una conversación y se revolvía y agitaba los brazos cuando Eva intentaba tocarla.

Arqueaba las cejas, burlona, cuando Eva le hablaba en inglés y aseguraba no entender el alemán. Se movía como pez en el agua en aquella ciudad gigantesca y agujereada por las bombas en la que Eva se sentía perdida e intimidada y, frente a los pobres regalos que Eva podía hacerle, reaccionaba, como mucho, con un «No me hace falta nada de eso». Tiró al suelo el mono y Eva tuvo que recogerlo. Cuando lo tuvo en la mano, se dio cuenta de que, efectivamente, era un regalo pobre. La magia, el hechizo con el que ella había llegado a creer que podría mantenerlas a ella y a Chaja unidas a través del tiempo y la distancia, se había evaporado y ahora le parecía ridículo.

No había nada que la atara con Chaja. La niña que, durante años, se había dormido

acurrucada contra ella, que leía con ella poemas de Heine, que pintaba en la pared sus sueños, había desaparecido sin dejar rastro. En su lugar no quedaba más que una niñata maleducada sin ningún candor a la que no le sobraba ni una pizca del amor que ella tanto había necesitado. Las cosas no funcionaban. Cuando Arman o la pelirroja venían a recogerla, se agarraba a ellos con fuerza, enterraba la cara en sus cuellos y, la mayoría de las veces, incluso lloraba.

—Por favor, Eva —le había prácticamente suplicado Arman—. Démosle tiempo. No le hagamos más daño.

Tenía razón. Para hacer que la niña cambiara, habría tenido que agarrarla, arrastrarla y golpearla, igual que a ella la habían agarrado, arrastrado y golpeado. Arman prometió intentar mediar entre ellas, pero el comportamiento de Chaja no cambió en lo más mínimo. La paciencia de Eva estaba llegando a su límite, sobre todo cuando él faltaba a sus citas porque tenía algo que hacer aquí o allá y la dejaba sola en Kent. Aquellas tardes deseaba decirle que estaba harta, que quería coger a su hija y marcharse de allí, pero, aparte de la negativa de Chaja, había aún otras dos razones por las cuales no lo hacía.

La primera era una cuestión práctica. No tenía dinero. Arman le daba todo lo que tenía, financiaba su vida entera y a ella no le preocupaba lo que eso le costara. Después de cuatro años de terrible escasez, ahora aquella Inglaterra en guerra parecía ofrecerle de todo a manos llenas, solo que desconocía de qué iban a poder vivir Chaja y ella. El inglés le parecía una lengua difícil, no tenía vivienda ni trabajo y, sin el respaldo de los Artruni, se encontraba en riesgo de acabar internada en un campo.

En Francia todo le había parecido muy sencillo: debía lograr ir a Inglaterra y, después, todo se solucionaría por sí mismo. Recuperaría a Chaja y se conformaría con poco, porque la alegría de tenerse la una a la otra ya le parecería suficiente. Sin embargo, la niña con la que se encontró no estaba acostumbrada a conformarse. Era la consentida favorita de una familia acomodada, tenía su propio poni, estaba aprendiendo todos los deportes conocidos por el hombre y vivía en una peculiar casa de ensueño que tenía algo de milagro, algo de espejismo, algo de oasis en el desierto. Tras volver del colegio, Chaja se subía a su casa del árbol y contemplaba su reino como una pequeña reina. Su madre, por el contrario, no sabía siquiera ni dónde establecer la capital de su miserable existencia.

La segunda razón era más difícil, más dura de asimilar: había días en los que Eva ya no tenía ganas de hacer nada ni de luchar por nada, solo de vivir la vida que volvía a pertenecerle, sentirla y disfrutarla. La casa de Kent era bonita, estaba equipada con todas las comodidades y, cuando se echaba a dormir en aquella cama blanda e impecablemente limpia, podía oír el sonido del mar. Volvía a ser un ser humano, podía sumergirse en un baño de espuma y cubrirse el cuerpo entero de loción. Podía vagar sin rumbo por la playa, irse de compras y al *pub,* a beber una cerveza casi negra, mientras los ancianos que jugaban a las cartas sobre la barra le dirigían miradas de soslayo. Ya no tenía que responder a un nombre falso, podía ser Eva Löbel y hablar con quien quisiera sin temor a que la arrestaran.

Una mujer de la zona venía a ocuparse de la casa y Arman le traía todo lo que ella quería. O casi todo. No había pintalabios.

—Le he preguntado a Jordan y dice que las mujeres se los hacen ellas mismas con remolacha y que ella te puede explicar cómo se fabrica. También puede prestarte un lápiz como los que las mujeres usan para pintarse una raya en la parte trasera del muslo porque ahora mismo no se

pueden comprar medias con la costura así.

—No me pienso maquillar con lápices y remolachas —se había mofado ella—. ¿No tienes ningún contacto en el mercado negro?

Él la había mirado con tal indignación que ella no había podido evitar reírse.

—Por el amor de Dios, olvídalo. Y ¿qué hay de tu mujer? ¿Le queda bien ese potingue de remolacha?

—Le queda bien todo —dijo él, volviéndose—. Mi mujer es conservadora en el British Museum. No tiene tiempo de maquillarse.

Era el hombre más cuidadoso que había conocido nunca. Por eso resultaba sorprendente que fuera capaz de hacer comentarios con regusto a patada en el estómago. En momentos así, ella habría querido hacerle daño, pero ese deseo desaparecía tan pronto como él decía alguna otra cosa, algo que hiciera que el corazón se le cayera a los pies. Más que pintalabios y medias lo que ella necesitaba eran libros en alemán, pinturas de colores, cuadernos de bosquejos. Eva comenzó a pintar, no porque quisiera, sino porque ya no podía resistirse. Había logrado encontrar un resto de Eva Löbel. Y Eva Löbel era artista.

El dolor por la pérdida, no obstante, no remitía y, por ello, descubrió que ya no era capaz de pintar seres humanos. Solo a uno. A Arman. Pero era demasiado pronto para eso. Le faltaban cuatro años de prácticas. Los bosquejos que intentaba hacer fracasaban estrepitosamente y, además, su modelo se negaba a sentarse.

—¿Quieres que me quede quieto mientras me miras? Eso sería aún peor que posar para el semanario.

Lo dibujaría. En algún momento, cuando lograra desentrañar las facetas ocultas de su ser, cuando él se le abriera del todo. Hasta entonces, recurría a los óleos para pintar el mar que chocaba contra las rocas e iba erosionándolas, los campos fríos, los bosques anegados de niebla. Cuando él vio una de sus pinturas carentes de vida humana, le dijo inmediatamente:

—Eva, si tú quieres, puedo tratar de averiguar algo sobre la familia que te queda en Alemania. Es difícil y no te prometo nada, pero aún quedan un par de fuentes.

Eva se estremeció.

—¿A qué viene esto ahora?

—No lo sé.

—Sí que lo sabes.

—Cuando yo tenía dieciocho años, me marché de Boğazköy y fui a Constantinopla a investigar qué había sido de mis familiares —dijo él, con la mirada aún fija en la pintura de Eva —, para encontrar a alguien a quien yo conociera, pero no conocía a nadie. Creí que el mundo era para mí como una de tus pinturas. Quería recuperar desesperadamente a algún ser humano. Aunque estuviera muerto. Quería tener alguna prueba de que habían existido, de que no estaría siempre perdido en este vacío.

La última persona de la que Eva se había acordado había sido su padre, pero no quiso decírselo a Arman, porque su comentario lo había conmovido. En lugar de eso, lo vio por sí misma: no eran pinturas sin personas, sino vacíos sin personas.

La vida volvía a tener contenido. Y, cuando Arman estaba allí, incluso era hermosa. «Es alguien en quien se puede confiar en los malos tiempos —pensó ella—. Martin y yo fuimos felices como dioses mientras nos desperezábamos bajo el sol que mejor calentaba, pero nuestro

amor no lo soportó todo. Cuando llegó la tormenta, se hizo astillas como un junco. Pero este es un hombre hecho para soportar un huracán, para sobrevivir al Diluvio. Crea adicción porque te libra del miedo igual que un buen vino y te libra de la soledad como un abrazo espontáneo». Sus secretos eran auténticos. No estaba hueco, ni vacío, sino que era todo carne y sangre.

Su matrimonio lo hacía infeliz por mucho que él se negara a aceptarlo. Parejas así no podían funcionar nunca porque los que estaban enteros solo sabían exigir inquebrantabilidad. Se necesitaban el uno al otro, necesitaban el consuelo que solo podían darse el uno al otro y en el que no eran necesarias las explicaciones. Ella quería que él la abrazara mientras dormía y ella quería aferrarse a él. ¿Cómo podía planear marcharse de allí mientras él siguiera negándole su cuerpo, mientras él siguiera confiando en que su hogar estaba junto a la otra, mientras él no acudiera a ella?

Sin embargo, él debía acompañarla. Y, por increíble que pareciera, la llave para hacerlo capitular estaba en sus manos. Cada día que pasaba, ella comprendía mejor lo mucho que él amaba a la niña. No el tipo de amor basado en llamarla «princesita», sino el amor que lo empujaba a cuidarla y a preocuparse por ella. Martin había abandonado a Chaja sin mirar atrás, pero a Arman la idea de dejar a su hija sin padre le partía el corazón. Solo que no era su hija. Aunque los dos se parecieran como dos gotas de agua. «Hacerla suya o arrebatársela está en mis manos —recordó Eva—. Él no puede tener hijos, solo yo puedo darle uno». No podría elegir entre las dos mujeres y su cuidado sentido de la decencia le impediría abandonar a su esposa. Sin embargo, en última instancia, se iría con la mujer que le permitiera quedarse con la niña. La doctora Greenstein, durante todo ese tiempo, seguía hablando con ellos de trivialidades sin importancia.

—¿Su mujer se retrasa? —preguntó ella en ese momento.

—Mi mujer no va a venir —respondió Arman—. No quiere tomar parte en esta conversación, pero me ha pedido que les diga que ha reflexionado al respecto y que ahora estaría dispuesta a que los cuatro viviéramos provisionalmente en casa.

—No me venga usted otra vez con esas, señor Artsruni —la voz de la doctora dejaba entrever cierta crítica o amonestación—. Sabe que siento su situación y les he dado tanto tiempo como he podido, pero en algún momento todo esto tiene que acabar. La señorita Löbel tiene derecho a vivir con su hija. Y para ustedes dos sería mejor ponerle fin a esa fantasía cuanto antes. Por favor, les pido que entreguen de una vez a la niña para que podamos ponerla en custodia de su madre.

—Pero ¡no sé cómo podré cuidar de ella y dónde podré criarla! —se le escapó a Eva.

En ese momento, tuvo la sensación de haber quemado su último cartucho y haber dejado escapar a Arman y se arrepintió.

—No se sienta coaccionada por eso, señorita Löbel —dijo la doctora Greenstein—. Nuestra organización cuenta con recursos limitados, pero haremos todo lo que podamos para apoyarla. Eso incluye procurarles un alojamiento a Chaja y a usted e intentar evitar su internación.

—¿Por qué nos trata a mi mujer y a mí como si fuéramos inhumanos? —preguntó Arman—. No estamos coaccionando a nadie. Nos hemos ocupado de mantener a Chaja desde el momento en que llegó a Inglaterra y eso no va a cambiar aunque ya no viva con nosotros. ¿Qué monstruosidad hemos cometido para que pretenda castigarnos no permitiéndonos hacer nada más por Chaja?

El dolor que reflejaba su voz afectó a Eva, pero la doctora Greenstein no se dejó impresionar.

—Si quieren ayudar proporcionándole a la señorita Löbel un subsidio en beneficio de Chaja, nadie en este mundo podrá impedírselo —dijo ella—. Sin embargo, si lo que creen es que su dinero les da derecho a comprar a Chaja, están muy equivocados. Y si siguen manteniendo a Chaja alejada de su madre durante más tiempo, serán castigados, me da igual quien sea usted. El secuestro infantil es un delito, señor Artsruni.

—¿Qué quiere usted? —los ojos de Arman centelleaban—. ¿Que eche a Chaja de mi casa? No pienso hacerlo ni permitiré que ninguna otra persona lo haga. Si es eso lo que quiere, tendrá que arrestarme.

—No se equivoque —respondió la doctora Greenstein—. Si no me da usted otra elección, será justo eso lo que haga.

—No le doy otra elección —dijo él—. Porque yo mismo no tengo otra elección. Nos confió a Chaja para que la protegiéramos.

—¡Pero no de su propia madre! —El rostro de aquella mujer se cubrió de una repentina amargura—. Las mujeres de su pueblo que tuvieron que separarse de sus hijos… ¿los abandonaron en manos de extranjeros ricos y renunciaron a la esperanza de volver a abrazarlos? Su madre… ¿lo habría abandonado a usted al cuidado de algún turco si hubiera tenido alguna oportunidad de volver a recuperarlo?

Eva se estremeció como si hubiera sido ella la que hubiera recibido el mazazo. Estuvo a punto de exclamar que aquello había sido un golpe bajo, pero incluso ella misma, al parecer, se había dado cuenta de que había ido demasiado lejos.

—Por favor, no interprete mis palabras como un ataque personal.

—Es precisamente así como lo interpreto —dijo Arman—. Pero no pasa nada. Se trata de Chaja y no de mí. Debe usted hacer lo que considere correcto.

—Sí, eso es lo que debo hacer —dijo la doctora Greenstein—. Créame si le digo que les tengo la mayor de las simpatías, pero le he dado mi palabra a la señorita Löbel. Me confió a su hija de buena fe.

—No lo hice —espetó Eva—. Ni lo habría hecho nunca. Habría renunciado a todo, pero no a Chaja. Mi amiga Wilma debió de falsificar mi firma en los documentos. Mientras yo estaba en las cámaras de tortura de la Gestapo, al parecer ella metió a mi hija en un tren y se la envió a unos desconocidos. Cuando salí del infierno ya no tenía a nadie más. Sobreviví solo por Chaja y ahora me encuentro con una niña que me espeta a la cara que yo no soy su madre, que no quiere hablar alemán y que no tiene nada que ver conmigo. ¿Es eso justo? ¡Yo no he hecho nada!

Arman quiso decir algo, pero la doctora Greenstein fue más rápida.

—Eso también he intentado explicárselo al señor Artsruni —dijo ella—. Y por eso no dudaré en involucrar a la policía si es necesario, aunque ello pueda suponer condenas de cárcel.

—No —exclamó Eva—. No es eso lo que quiero. No puedo permitir que castiguen a un hombre al que mi hija lleva en su corazón.

La mirada que él le lanzó valía más que el oro.

—Gracias —murmuró Arman, incrédulo—. Dudo que fuera capaz de ser igual de generoso en tu situación.

—Yo también lo dudo —añadió la doctora Greenstein—. Debería devolverle a la señorita Löbel el admirable gesto que ha tenido, ¿no le parece? Europa está llena de huérfanos y aún

habrá más para cuando cesen las hostilidades. El que haya un caso en que una madre y su hija se reencuentren debería llenarnos de esperanza y ustedes podrán recibir de inmediato a algún otro niño que puedan adoptar legalmente.

—Gracias por decir «algún otro niño» y no «un niño nuevo» —murmuró Arman con la mirada hundida—. Lo siento mucho, Eva. No quería apartarte de Chaja, no quería que la perdieras. Missak se salvó porque llegó al Líbano y habría deseado que su madre volviera por él, pero su madre estaba muerta. Lo único que me gustaría sería que Chaja decidiera volver contigo por propia voluntad, que ninguno de nosotros tuviera que forzarla.

—Lo sé —dijo Eva.

Y pensó: «Vente conmigo y la niña te seguirá como un perrillo. Tu mujer es conservadora en un museo: no os necesita ni a Chaja ni a ti».

—Confío en ti —le dijo a Arman— y acepto tu oferta. Como un último paso, iré a vivir con vosotros para hacérselo más fácil a Chaja. Me garantizas que, con ello, la niña se vendrá conmigo, ¿verdad? ¿No traicionarás mi confianza?

Él agitó levemente la cabeza, en silencio, con los labios apretados.

—No puedo más que agradecerle su noble gesto —le dijo la doctora Greenstein a Eva—. Me quita usted un terrible peso de los hombros. Espero que todos los interesados, pero sobre todo su hija, sean merecedores de un acto tan desprendido.

Ya en la calle, frente al portal, ella abrazó a Arman, que no se movió, sino que permaneció como inerte.

—Ven conmigo a Kent —le dijo—. Quédate esta noche, tranquilízate. Esa mujer no debería haberte atacado de esa manera.

—No soy de cristal —dijo él—. Y para mí el auténtico ataque ha sido la historia que has contado. Amarna y yo pensábamos que teníamos a Chaja con tu consentimiento. Ahora resulta que, en realidad, tu amiga te robó tu derecho como madre. Sin embargo, si lo hizo, fue para proteger a Chaja. Y ahora estamos todos aquí tirando de esa maravillosa niña cada uno para nuestro lado y así seguiremos hasta hacerla pedazos. De pronto tengo la sensación de que, en estos tiempos, es imposible vivir y comportarse con un mínimo de decencia.

Ella le acarició la mejilla y él reculó, pero no lo suficiente como para escapar de ella.

—Pocas veces te he oído hablar tanto de una sentada —dijo ella—. Y ni siquiera has dicho «no lo sé» ni una sola vez.

—Disfrútalo —dijo él—. Lo cierto es que ahora mismo no sé nada de nada. Por ejemplo, ahora no sé cómo decirte que no puedo ir contigo a Kent. Has sido tan amable conmigo que es lo mínimo que podría hacer por ti y sin embargo estoy de servicio.

—¿Ahora? —preguntó Eva.

Y pensó: «Yo sí que te sirvo a ti. La que no te sirve es esa conservadora tuya que ni se maquilla».

Él asintió.

—¿Malas noticias?

—Missak —murmuró él y se giró—. Han arrestado al grupo entero. Acabamos de enterarnos, pero por todo París cuelgan ya carteles rojos como la sangre con sus fotografías y sus nombres. A veces quisiera matar a alguien, Eva. Salvo que ocurra un milagro, ya estarán todos fusilados.

—¡Arman, lo siento muchísimo!

Ella quiso abrazarlo y odió esa eterna manía suya de rechazar el contacto. Deseaba romper aquella extraña barrera de confianza sin sentido que los castigaba a una soledad eterna tanto a él como a ella.

—Ese Missak del Líbano, ¿es un amigo tuyo? ¿Alguien a quien conociste de joven?

Él dio un paso atrás y la miró.

—¿De verdad no sabes quién es?

—No. Lo has mencionado un par de veces y siempre he querido preguntarte por él.

—Es el hombre que te sacó de París —dijo Arman—. El que te salvó la vida.

Otro día, la recogió en Kent y se la llevó a su palacio fantasma junto al canal. Su mujer la recibió con amabilidad forzada. «Ha perdido —se dijo Eva, convencida—. Su brillo ha desaparecido». Era cierto que no se maquillaba, mientras que Eva estaba deseando que regresara la época de las máscaras. Habría querido una máscara que le ocultara los dientes mellados y los ojos hundidos para que aquella mujer no pudiera encontrarle ninguna debilidad. Sin embargo, al mismo tiempo, deseaba que Arman le dijera que la prefería desnuda. Sin máscaras.

Los señores de la casa, marido y mujer, apenas se tocaban, y se evitaban constantemente. Aquel matrimonio estaba acabado, el hechizo de las tardes junto al Sena, cuando Eva los había observado loca de envidia, había desaparecido. Sin embargo, en contra de su propia voluntad, tuvo que admitir que le impresionaba la peculiar lealtad que se profesaban el uno al otro. Probablemente se habían resignado a intercambiar, cada vez que se encontraban, ese tipo de puñaladas y golpes con los que acaba cualquier amor. Sin embargo, acudían, rápidos y protectores, en cuanto percibían el más mínimo ataque contra el otro. «Entre estos dos ocurre algo que, sorprendentemente, se ve muy poco entre las parejas —admitió Eva—. Se gustan mucho el uno al otro.

»¿Me gustaba Martin realmente? ¿Le gustaría yo a él? Estábamos enamorados, pensábamos que no teníamos tiempo para esas pequeñeces.

»Sin embargo, con los Artsruni las pequeñeces han sobrevivido al enamoramiento: ella se inclina sobre algunos fragmentos de arcilla y necesita las dos manos para mantenerlos juntos. Cuando él pasa por allí, le recoge los mechones de pelo suelto que le molestan y se los coloca detrás de las orejas. Él se sienta en su escritorio, da vueltas a su alrededor como tren de juguete, revuelve sus papeles con creciente desesperación y se sujeta en el regazo el pie derecho, cuyos dedos tiemblan. Ella se detiene, se quita uno de sus bastos calcetines de lana y se lo pone en el pie congelado».

Algo de aquello llenaba toda la casa. Estaba siempre llena de personas que no tenían nada que ver los unos con los otros, que no parecían unidos por ningún nexo. Era como si echaran de menos comer todos juntos en aquella gigantesca cocina que apestaba a ajo y todos se tuvieran aprecio sin tener motivos reales para ello. «Es una casa llena de niños mimados», pensaba Eva. Todos se preocupaban por todos. Un grupo de hombres de las *Home Guard* se acercó con palas y construyó en el jardín un pequeño búnker a mayores porque en los refugios públicos de la estación de metro la gente se apiñaba hasta asfixiarse y nadie debería verse obligado a tener que pasar por eso. Un grupo de mujeres se pasaba el día haciendo mermelada y dándosela después a los niños de la zona para que se las llevaran a sus padres. Corrillos de gente en torno a un joven y su mesa de dibujo comentaban cada trazo que este realizaba sobre el papel, mientras otros

discutían acaloradamente sobre los deberes de los niños.

«Si yo fuera Chaja, también querría quedarme aquí», pensó Eva mientras algo en su interior se revolvía. Aquella casa tenía un aire a la Bleibtreustraβe, algo de fe perdida, de la sensación de que no se podía doblegar la voluntad humana aunque, en ese tiempo, todo el mundo había tenido la oportunidad de aprender hasta qué punto esa idea era un error peligroso.

El taller con el frontal de cristal era fantástico. Arman y su barrigudo vecino habían instalado un carril en el techo, de manera que podía dividirse en dos con solo correr una cortina: una mitad para Eva y, la otra, para el joven de la mesa de dibujo. Le habría encantando ver a Arman trabajando, pero apenas podía dedicarse a esas tareas porque sus funciones en el ejército le robaban casi todo su tiempo. Apenas pasaba por casa, ni siquiera por las noches. Ella no lograba acercarse a él, era como si él hubiera vuelto a cerrar la puerta que ella apenas había logrado entornar y hubiera echado el cerrojo.

Cuando ella le habló del tema, él dijo: «Aunque estemos aquí, no podemos ignorar en qué condiciones. Tenemos que devolver a Chaja. Y eso nos separa».

Por primera vez se dio cuenta de que la conservadora tampoco pasaba demasiado tiempo en casa, aunque siempre pasaba allí las noches.

Con Chaja, Eva no había logrado hacer ningún avance y, en el fondo, ya había dejado de intentarlo. La niña parecía preferir la compañía de cualquiera antes que la suya. La lucha por ganarse sus simpatías no solo no le estaba sirviendo de nada, sino que además estaba robándole sus últimos retazos de dignidad. Debía empezar a apretarle las tuercas a Arman, aunque la sola idea le creaba un creciente malestar. Jamás había tratado con delicadeza a ningún hombre, pero ahora algo la impulsaba a tratar con delicadeza a Arman. Si él le hubiera dado alguna otra salida, jamás habría intentado hacerle daño.

«Pero no me ha dado ninguna otra salida y esta vez no seré yo la perdedora. Hubo un tiempo en que lo tuve todo y todo me lo robaron. Ahora ya no quiero tanto, solo tener un poquito de felicidad y de paz. Un hombre que cuide de mí, una hija que me conozca, un par de pinturas. No es ningún delito tomar solo ese poquito. Joder, tengo todo el derecho del mundo».

Como Arman no había aparecido por allí en toda la semana, se plantó finalmente frente a la conservadora en cuanto regresó a casa al caer la noche. Puesto que en medio de la carretera había un cráter, se veía obligada a dejar el coche en la esquina y arrastrar desde allí un buen número de carpetas. Eva la abordó antes de que los habitantes de la casa fueran conscientes de su llegada.

—Tengo que hablar con su marido. Es urgente.

—Sí —dijo la mujer, cansada, y posó las carpetas sobre el capó—. Se trata del hombre de los *Affiche rouge*, ¿verdad? Usted también lo conocía.

«No tengo ni idea de qué son los *Affiche rouge*», pensó Eva. El término significaba «carteles rojos», lo que no le decía nada en absoluto. Sin embargo, asintió.

—Sí. Por favor, dígame dónde puedo encontrarlo.

—¿Habla con usted? —preguntó la mujer.

—Por supuesto —respondió Eva.

—Entonces, puede intentarlo —dijo la mujer—. A mí no me habla y, puesto que no quiere a nadie a su alrededor, yo tampoco quiero.

«Debes de haber perdido la cabeza —fue el pensamiento que asaltó a Eva—. ¿Tienes idea de lo atractivo que es ese hombre al que nunca tocas? ¿O te crees que porque estoy hecha un

despojo humano al que una niña ha convertido en una mendiga y porque no me atrevo a sonreír por no enseñar los dientes no soy rival para ti?». La asaltó la ira. Tanto como le repugnaba la idea de hacerle daño a Arman, deseaba fervientemente hacérselo a aquella mujer.

—Está en el British Museum —dijo la mujer.

—¿Es el mismo donde trabaja usted como conservadora? —preguntó Eva, perpleja.

—¿Se lo ha contado Arman?

Eva asintió y la mujer torció la boca en una sonrisa de una tristeza sobrecogedora.

—Arman es un fanfarrón —dijo—. No soy conservadora. Simplemente sustituyo a mi superior, Walter Farnshaw, mientras está de servicio con la Air Force. Mi marido está trabajando en una de las salas del sótano bajo la escalera. Generalmente por las noches. No tiene más que llamar a la puerta, pero no durante mucho tiempo. Si no quiere dejarla entrar, no lo hará y lo único que conseguirá será volver locos a los guardias, que ya tienen bastante trabajo con las alarmas incesantes.

—Me dejará entrar —dijo Eva y su propio comentario le pareció miserable.

No tenía motivos para ello. Nunca había creído en la hermandad entre mujeres. Las niñas de su clase se habían partido de risa cuando le habían roto sus dibujos y su propia hermana se había quedado de brazos cruzados cuando su padre, que nunca pegaba a sus hijas, había atormentado a Eva con sus sermones. La única a la que había llegado a considerar su hermana había sido a Wilma y esa era la que había cometido la mayor de las faltas. Las mujeres no eran hermanas, eran arpías capaces de arrancarse los ojos las unas a las otras. Y esa que tenía ahora frente a ella le estaba sirviendo a su propio marido en bandeja de plata porque ya no lo quería. La conciencia de Eva podía irse al cuerno.

La mujer se levantó y amontonó nuevamente las carpetas para volver a cargar con ellas.

—¿Le importaría darle un recado de mi parte?

Eva luchó consigo misma. No existía la hermandad entre mujeres. Ni siquiera la niña, si hubiera sido un niño, se habría atrevido a tirar al mono al suelo y a espetarle a Eva a la cara: «Tú no eres mi madre». No le debía nada a ninguna mujer y, a aquella, mucho menos.

—Claro —dijo.

—Gracias —respondió la mujer.

El viento de aquella gélida noche de marzo le revolvió el pelo y, en ese momento, Eva volvió a apreciar lo hermosa que era.

—Dígale que estoy desgarrada por la pena. He leído la carta de Melinée y me habría encantando responder, pero fui demasiado cobarde para hablar con él de esos temas. Eso sería demasiado, ¿verdad? No hace falta que lo diga. Por favor, simplemente dígale que me gustaría que pudiéramos hacer algo por Melinée. Da igual qué. Puede llevarse el coche, si quiere.

—No sé conducir —se le escapó a Eva.

La mujer se sorprendió, pero de inmediato sacó de su informe bolso una especie de tarjeta de visita.

—Tome un taxi y dele esto al conductor: el museo pagará la carrera. Solo una pregunta: si hoy por la noche no ha vuelto, ¿puedo ocuparme de Chaja?

Así que se trataba de eso. La mujer la engatusaba con el marido para conseguir a su hija.

—Sí —dijo Eva y salió en dirección a la calle principal.

Ya no estaba acostumbrada a que nadie le pidiera nada y tuvo que reflexionar sobre qué

hacer con lo que ahora sabía.

El museo y sus columnas se alzaban contra el cielo nocturno de manera similar a como ella se había imaginado los templos del reino de Ara. El ala con el tejado bombardeado aparecía cubierta por andamios. Eva preguntó a un guardia con un casco metálico cómo se llegaba al sótano bajo la escalera y recibió como respuesta un categórico movimiento de la mano que señalaba hacia el exterior del edificio.

—El señor Artsruni me espera —le dijo al hombre, cuyo rostro se había ido oscureciendo más a cada frase en inglés que ella había pronunciado con su fuerte acento.

—¿Por qué no lo dijo enseguida?

El hombre se alzó de la silla como una bandera y la guio al interior del edificio. Debido al atardecer, se encontraba sumido en una penumbra únicamente iluminada por las señales de seguridad. Cuando él abrió la puerta hacia la escalera principal, vio ante ella la escultura que coronaba el descansillo superior. En un lateral posterior se encontraba el *Zócalo vacío,* negro.

—¡Espere! —llamó, deslumbrada, al guardia, que le había tomado la delantera.

Él sonrió con satisfacción.

—Eso dicen todos los que vienen aquí.

Bajo la amortiguada luz, la piedra relucía rojiza como la piel. La mano que faltaba parecía extenderse hacia Eva. Creía conocer la escultura a pesar de que solo la había visto en fotografías. Subió lentamente las escaleras sin dejar de observar la figura de piedra mientras ascendía escalón a escalón. Había pensado sin descanso en el bajo vientre destrozado, la mano ausente, el rostro masacrado. Pero la espalda, que parecía rebelarse aún, no se apreciaba bien en las fotos. Era como si hubieran congelado la imagen y la hubieran lanzado hacia atrás, como si se negara a darse por vencido. Tampoco el rostro estaba completamente destrozado. Cuando se lo observaba detenidamente, podía apreciarse una mirada. Era un rostro inteligente, salvaje, hermoso. Reducirlo a escombros debía de haber sido duro.

«¿Por qué no nos causa tanto dolor que nos paralice?», gritó una voz en su interior y entendió, por fin, por qué los parisinos bautizaron aquella escultura como *La Guerre* y por qué toda Europa hablaba de ella.

—¿Puedo tocarla?

—*Do not touch* —respondió el guardia, amable—. Eso es lo que pone. Pero nadie es capaz de resistirse. Nadie sale de aquí sin palpar a nuestro Henry.

—¿Su Henry?

—Cuando uno lleva tanto tiempo trabajando de guardia como yo, termina por ponerles nombre a las cosas que vigila para poder referirse a ellas. Estábamos perdiendo y Henry vino a defendernos.

«Ojalá supiera cómo te llamas —pensó Eva y le acarició la mejilla a la escultura—. Yo soy Eva. No soy Sandrine, no soy chusma judía, soy Eva. Soy artista, como tu hijo, y sé lo que él quiso decir cuando dijo que quería darle algo a la gente. También sé por qué los hijos sardos sonreían: porque no puede haber nada más antinatural que no enterrar a tus mayores y dejar a los hijos sin padre; tan antinatural que se volvieron incapaces de hacer lo más natural. Llorar».

—¿Viene usted ya? —preguntó el guardia—. Ya sabemos que nuestro Henry es un tipo sexi, pero lo vemos a diario y yo tengo que volver a mi puesto.

Eva echó un último vistazo a la escultura. Quizá ese fuera el mayor riesgo de todos: Henry,

que ni siquiera se llamaba Henry, era realmente sexi. Tenía unos muslos largos y poderosos, unas nalgas fabulosas, una cintura inmaculadamente hermosa si se obviaban las zonas arrancadas con una cuña y unos hombros impresionantes. Al contrario que los héroes de Breker que Hitler adoraba, tenía una pose lasciva, con un encanto sensual y una belleza profana, en absoluto pudorosa. «Joder, ya puedes estar rematadamente orgulloso de tu hijo— le dijo a Henry, que no se llamaba Henry—. ¿Por qué no somos capaces de entender que el arte no requiere únicamente talento, sino también valor o, de lo contrario, lo único que pintaríamos serían bonitas estampas como las de Gertrud y Sybille? Esto de aquí es arte degenerado y por eso Hitler le tiene tanto miedo que necesita aplastarlo: porque es el sexo que llevamos dentro, la avidez, el ansia de vivir. No somos meras víctimas sin importancia cuando nos matan. Somos sensuales, somos vivaces, somos mucho más hermosos que aquellos que nos rompen la espalda».

Le dio a Henry una palmadita en la cadera antes de separarse finalmente de él. La última mirada que le echó recayó en la placa: *«La Guerre*. Travertino. 1939. Arman Artsruni y Chaja Löbel». «¡Chaja!». Claro.

La niña que se negaba a tomar un lápiz de colores había hecho esto, a pesar de todo. Igual que se negaba a hablar alemán y a acordarse de su amor por los simios. Pero tenía talento. Era su hija.

El guardia la guio hasta el piso bajo la escalera a través de un pasillo a oscuras. El hombre golpeó una puerta con los dos puños a la vez.

—¿Señor Artsruni? ¡Una dama ha venido a verlo! —dijo y, volviéndose hacia Eva, añadió—. Cuando trabaja con la piedra, apenas oye. Tenemos que hacer ruido.

Golpeó de nuevo la puerta, pero nada ocurrió.

—Déjeme a mí —dijo Eva.

Propinó a la puerta un único golpe enérgico.

—¿Arman? Soy Eva.

Apenas medio minuto después la puerta se abrió.

—¿Eva? Disculpa. Estoy con esto y no oigo nada.

Llevaba unas orejeras en la mano.

—¿Para qué es eso?

—Para protegerme los tímpanos. Probablemente sea que me estoy volviendo un histérico poco a poco.

Reconoció al guardia e intercambió un par de frases con él. Eva aprovechó ese tiempo para inspeccionar la sala. Tal y como ella esperaba, apenas estaba iluminada. El suelo estaba cubierto de fragmentos de piedra medio rosa, medio gris, pero el bloque en el que evidentemente estaba trabajando, de la altura de un hombre, estaba cubierto con un paño. Arman casi parecía desnudo, con la camisa y los pantalones pegados al cuerpo por el sudor.

—Tengo que hablar contigo —dijo Eva después de que el guardia se marchara.

Quería decirle que iba a abandonar la casa con Chaja, quería hacerle entender que solo le quedaba una posibilidad. Pero en lugar de eso, paseó la mirada por el cuerpo de él, de arriba abajo, de abajo arriba.

«Tengo que hablar contigo».

«Tengo que acostarme contigo».

«Ya no sé por qué pensé que conseguirte sería una pequeña alegría. Sería la mayor alegría.

Tengo que vivir contigo».

—Y yo contigo —dijo él.

—¿Perdona?

—Tengo que hablar contigo —dijo él—. ¿Por qué has venido? ¿Va todo bien en casa?

Eva asintió.

—¿Quieres que nos sentemos?

Ella volvió a asentir y dejó que la invitara a entrar. Él echó el cerrojo, señaló hacia el interior de la estancia, en la que no había ninguna silla, se sentó en el suelo y cruzó las piernas. Ella se sentó a su lado, tan cerca que podía sentir su respiración acelerada, aspirar su aroma y dejar patente lo que le ocurría.

—He visto tu escultura.

—Sí.

—No suelo entusiasmarme con aquello que al resto del mundo le hace perder el sentido. Mi profesor en la academia de arte, Peter Breuer, nos dijo: «Ninguno de ustedes me oirá dedicarle a nada ni a nadie ningún gran cumplido más allá de “es bueno”. Cualquier otro comentario es una mera exageración de diletante». Tú eres bueno, Arman. Eres realmente bueno.

Él se miró las manos, manchadas de sudor y polvo de piedra.

—Entonces «realmente bueno» ya es una exageración de diletante. Gracias, de todas formas.

—No hay de qué. Y ¿mi Chaja te ayudó?

—Chaja me ayuda con todas.

Ella comenzó a acariciarlo. El sudor le caía desde el pelo por el cuello y la camisa rota se le pegaba a los músculos de los hombros. Siguió cada una de las grietas y sintió que sus dedos iban volviéndose más delicados y desinhibidos con cada movimiento. Tanteaban más, despertaban más. «Oh, Dios mío, te deseo tanto. Me he oído a mí misma gritar de dolor, gemir, suplicar. No puedo creer que ahora esté aquí sentada escuchándome suspirar de deseo y de vida».

—Eva. —Él se volvió hacia ella entre la lluvia de caricias—. Tengo malas noticias para ti. Si quieres, puedo pedirle a Ben que traiga un poco de brandi. Si quieres, puedo sujetarte.

—¿De qué se trata?

No quería escuchar. Le metió la mano bajo la camisa.

—Tus padres —él la atrajo y la abrazó—. Tu hermana Esther. Las primeras noticias que recibimos fueron que los habían llevado juntos a Theresienstadt en agosto de 1942. En su momento, me parecieron las mejores noticias posibles, ya que, por lo que dice la Cruz Roja, Thereisenstadt es un campo familiar con condiciones tolerables…

Con cada palabra que decía, él luchaba como con una nube de humo. De haber sido médico, jamás habría valido para darle a un paciente el peor de los diagnósticos.

—Hemos intentado establecer contacto. En Theresienstadt se les permite recibir correo. Sin embargo, ya no están allí. Eva, lo siento mucho. Creo que no queda esperanza de que sigan con vida.

Las manos de ella, que habían vuelto a deslizarse bajo su camisa y le acariciaban la espalda empapada en sudor, se detuvieron de golpe.

—¿Qué quieres decir con que ya no están allí? ¿Dónde están, entonces? ¿Por qué no iban a seguir con vida?

«Ya sabes dónde están —gritó una voz en su mente—. En Cerdeña. Al amanecer. Y ni

siquiera los acompañaste hasta el vagón, como el payaso triste».

—Auschwitz —dijo Arman.

Como en un eco, resonó en su cerebro la voz de Michel: «Los envían a los campos de exterminio. A Auschwitz. ¿Has oído ese nombre alguna vez?».

Ella empezó a chillar:

—¿Qué hacen allí con la gente? ¿Qué, qué, qué?

Él tenía los ojos cubiertos como por una lámina de cristal. Le sacó las manos de debajo de la camisa y la abrazó de nuevo.

—No lo sabemos con exactitud. Los matan y destruyen los cadáveres. Para que no quede nada de ellos.

No quedaba nada de ellos. De su puntillosa madre, con la blusa manchada de salsa de carne. De la madre a la que ella había pintado de niña porque la encontraba hermosa, porque la quería, porque quería que nadie la olvidara. De la madre de la que aún conservaba apenas alguna imagen. De su padre, que había hecho pedazos sus dibujos y al que Eva había sonreído en su primer día en la escuela, con el tradicional cucurucho de dulces que todos los niños alemanes llevaban en brazos sobresaliendo por encima de la cabeza. De su hermana, que le había enviado la estrella de David y había propuesto el nombre de su hija: Chaja. «Significa vida». Todo lo demás significaba muerte, muerte, muerte.

Eva gritó y comenzó a golpearse. Arman la sujetó con fuerza.

—Llevaba más de veinte años sin verlos —chilló ella—. Ni siquiera me gustaban. ¿Por qué entonces tengo ahora la sensación de que no me queda nadie? ¿De que el mundo está vacío y no tengo lugar en él?

—No lo sé, Eva. Quizá porque ya no queda nadie de aquellos que quisieron que viniéramos al mundo. Nadie que nos conociera antes de conocernos a nosotros mismos. Porque así, tanto nos da que nos hubiera escupido un volcán o hubiéramos salido de un huevo empollado por una bestia.

—¿Se pasa, Arman? Esta sensación cruel ¿se pasa alguna vez?

Él le acarició el pelo.

—No del todo, creo. Pero mejorará cuando venga alguien que te diga una y otra vez que te necesita aquí, a su lado. Incluso cuando te sientas totalmente fuera de lugar.

Necesitaba apretarlo contra ella con tal fuerza que no podía ni respirar. «No voy a dejarte ir nunca más. Te quiero. Si me abrazas, me da igual si a los dos nos ha empollado una bestia. Si me abrazas, si me embriagas con tu calor, podré soportarlo todo: la decepción, el vacío y la culpa».

—¿Tienes frío? —preguntó él.

—No, en absoluto. ¿Por qué?

—Yo tengo frío. Voy a ponerme un jersey.

—Yo te daré calor, Arman.

Él agitó la cabeza, se levantó y tomó el jersey verde colocado junto al bloque de piedra velado. Cuando se lo puso, Eva vio que tenía un hilo colgando en el costado. Ella le compraría uno nuevo. El color le quedaba bien, pero una cosa tan raída como aquella no se correspondía con la elegancia de su vestuario habitual.

Él se echó agua en un vaso y regresó junto a ella, solo que se sentó a algo más de distancia.

—No estás sola —le dijo mientras le tendía el vaso—. Tienes a Chaja. A Melinée le gustó

mucho Chaja. Pensó que era hija mía y me dijo: «Cada vez que la mires, debes pensar: “Mientras ella siga adelante, no habrá nada que nos puedan arrebatar”».

—¿Quién es Melinée?

—La mujer de Missak. Missak ha muerto, Eva. Lo colocaron frente a un paredón y lo fusilaron. A todos los hombres de su grupo. Melinée deseaba muchísimo tener una niña como Chaja, pero Missak quería esperar a que Francia fuera libre.

L’affiche rouge. El cartel rojo. Ahora recordaba lo que le había contado.

—Lo siento muchísimo —dijo ella.

«Que no tengas ningún hijo, que te quedes solo, me da mucha más pena que la muerte de esa gente a la que no conozco. Desearía tener un hijo contigo. Hazme uno. Empecemos de nuevo, lejos de este mar de muerte. ¿Quién te ha dicho que no puedas hacerlo? ¿Tu mujer? Ven a mí e inténtalo». Ella se volvió hacia él y le rodeó las caderas con las manos, lo atrajo hacia ella, dejó caer las manos hacia sus muslos. Durante un segundo, tuvo miedo. Si él realmente era impotente, ¿seguiría sintiendo lo mismo por él? ¿El mismo respeto, el mismo deseo delicioso y vivaz?

Su miedo se desvaneció. No supondría ninguna diferencia. «Si no puedes, entonces, déjame que te consuele. Quizá haya descubierto por primera vez, a los cuarenta, lo que es el amor». Sus manos avanzaron y ella estuvo a punto de echarse a reír. Él tenía el miembro erecto como una vela. La deseaba, entonces, igual que ella a él. Lo poseería y mandarían toda aquella muerte al infierno a base de amor.

—Por favor, no lo hagas —dijo él.

Ella se estremeció.

—¿Qué?

—Eso —dijo él—. No nos hagas esto. Ya hemos tenido suficiente por hoy, no creo que podamos controlarnos.

—No quiero que nos controlemos —dijo ella y deslizó la mano hasta su miembro—. Quiero hacerte el amor y olvidarlo todo.

Él la sujetó de la muñeca y le apartó la mano.

—Suena tentador —dijo él—. Pero no está bien.

—¿Y por qué? —exclamó ella, irónica y profundamente decepcionada—. ¿Porque tienes que ser un niño bueno a cualquier precio?

Él miró abajo, pero pronto alzó hacia ella unos ojos centelleantes.

—No soy ningún niño bueno —dijo él y se levantó.

Aquella afirmación estaba fuera de lugar. Ella observó su enojo con fascinación. Él se dirigió al bloque cubierto, alzó una maza y la hizo oscilar entre las manos.

—¿Qué pretendes? —exclamó ella, sobresaltada—. Me deseas, yo te deseo. Mi familia está muerta. Tus amigos han muerto. ¿Qué momento es este de refugiarte en la moral?

—No lo sé.

—Maldita sea, un día de estos voy a tirarte algo a la cabeza cuando te oiga decir eso.

—Sí. Probablemente lo hagas. Pero ahora deja de hacerme preguntas para las que solo tengo respuestas que, más tarde o más temprano, te harán daño.

—¡No! —exclamó ella—. Es tu eterno «no lo sé» el que me hace daño. Y las tonterías que haces por un matrimonio supuestamente de ensueño que, durante semanas, he podido ver cómo es en realidad. ¿Serías capaz de aceptar algo tú mismo?

—Sí —dijo él.

—Al infierno, Arman. Tu matrimonio se ha ido a pique. Tu mujer prefiere acariciar al perro antes que a ti. Te entregaría a mí con un lazo en la barriga si creyera que con eso va a quedarse con mi hija.

—Lo sé.

Golpeó el bloque tapado con la maza y las esquirlas de piedra saltaron por todas partes con un crujido.

—Sin embargo, me sigue pareciendo de ensueño.

—¿El qué? ¿Tu matrimonio?

—Mi mujer —dijo él—. Los años que ella ha vivido conmigo.

—Joder, ¡si ella no te desea!

—Pero yo a ella sí —repuso él y golpeó el bloque.

—¡Te traicionas a ti mismo! —gritó Eva, histérica—. Eso que llamas deseo no es más que una moral absurda.

—Puede ser.

—¿Y por qué esa moral absurda te impide acostarte conmigo?

—Porque a mi moral absurda le parece mal anhelar a una mujer y metérsela a otra.

La voz de él parecía serena, pero las manos le temblaban mientras sujetaba la maza y los tendones se le marcaban en los antebrazos.

—Y porque no necesitas que ningún tipo se acueste contigo por compasión. No, Eva, no puedes reprocharme que no te lo haya advertido. No quería hacerte daño y no quiero que tú me lo hagas a mí. Eso ya lo ha hecho Hitler por nosotros. Dejémoslo ir.

Eva saltó, corrió hacia él e intentó quitarle la maza de las manos, pero él la sostenía con firmeza.

—Me cago en tu moral absurda. ¡Quiero tenerte!

Él se escabulló y la apartó de él.

—Pues no va a poder ser —dijo él—. Llevo toda mi vida aferrándome a mí mismo y no voy a perderme solo porque me desprecie.

Una semana más tarde, Eva se puso a hacer la maleta de Chaja. No iba a darse por vencida, no podía permitírselo. No ahora, que sabía lo que sentía por él, cuando no quedaba nadie más que ellos: ella, Chaja y el hombre al que amaba. Quería un hijo suyo antes de que fuera demasiado tarde. Un nuevo comienzo, como si les hubiera escupido un volcán. Le apretaría bien las tuercas: «Míralo, estoy haciéndole la maleta a Chaja. Me la llevaré lejos de ti y tú tendrás que dejarla ir porque me lo has prometido».

No parecía que hubiera nadie en todo el segundo piso. Los niños estaban en el colegio, la horda de mujeres cocineras probablemente seguía enfrascada en sus mermeladas, Arman prácticamente no pisaba por allí y su mujer sustituía a su conservador. Eva tenía carta blanca: metería todo el contenido de los armarios de Chaja en dos maletas recién compradas y, cuando alguien preguntara dónde estaban, ella le respondería como correspondía. Involuntariamente echó un ojo al interior del armario. ¿Alguna vez alguien habría doblado su propia ropa infantil con tanto amor? ¿Conservado las prendas ya pequeñas en papel de seda? ¿Alguna vez aquellas dos personas de las que ya no quedaba nada habrían acumulado con tanta dulzura sentimental los

recuerdos de Eva? Y, de ser así, ¿dónde estarían ahora esos recuerdos? ¿Estarían bajo tierra, como las personas que los habían comprado?

Muy abajo, en el armario, había un cajón de madera. Alguien, probablemente la conservadora, había escrito encima: «Llegada de Chaja, 5 de diciembre de 1938». Eva se arrodilló frente al armario y levantó la tapa. En la parte superior había un letrero con el número 152 unido a un cordel. Debajo, un par de prendas de ropa, documentación de viaje, un monedero infantil que la señorita Podewils le había regalado a Chaja y que contenía diez marcos del Reich. El desteñido jersey color vino del mono en el que Wilma había bordado «Hagen». Un pañuelo de bolsillo con un oso berlinés, dos posavasos del Babeurre. Le sentaba bien tener aquellos objetos en las manos, sentir finalmente alguna conexión entre la niña que había perdido y la preadolescente que vivía en aquella casa. Cuando los sostenía frente a la cara volvía a sentir el apetito de Chaja, aunque el aroma a jabón y a miel hacía tiempo que se había evaporado.

En lo más profundo del cajón había dos sobres, uno fino y otro grueso: el fino, abierto, y el grueso, aún sellado. Sobre los dos estaba escrito con rotulador el nombre de Chaja con la inconfundible letra de Wilma. El corazón de Eva comenzó a latir desbocado. No había ser humano en el que pensara con mayor disgusto que en Wilma. Tomó el sobre abierto. Contenía únicamente un folio:

Mon petit chou:

Por fin te vas y dejas atrás a tu extraña y vieja tiita, a tu aún más extraño tío Paulchen y a toda la panda, y marchas rumbo a Inglaterra, donde tienen la hora que no es y los perros menean la cabeza. Te vas sola, pero vas por todos nosotros. Demuéstrales allí arriba, a los de esa isla tan húmeda, de lo que es capaz una berlinesa de la Bleibtreustraβe

Era muy de Wilma. Mucha palabrería muy rimbombante para ocultar lo profundamente que aquello le afectaba. Y, sin embargo, no era Wilma: demasiado rígida, demasiado forzada, demasiado andarse por las ramas. Se apreciaba la mala conciencia. ¿Es que ni siquiera había sido capaz de encontrar el valor para mencionar a la madre traicionada? No había llegado a empezar a reflexionar sobre el tema y ya estaba rasgando el sobre grueso. Contenía varios folios escritos en letra prieta:

Querida Chaja:

Cuando leas esta carta ya no serás una niña pequeña que no sabe leer, sino una muchacha que se habrá formado su propia opinión sobre lo que le ha pasado a nuestro mundo y lo que nosotros hemos hecho al respecto. Por si acaso Paul
y yo no estamos ya aquí y no podemos responder a tus preguntas, intentaré explicártelo todo en esta carta: nuestros actos y los motivos que nos llevaron a cometerlos.

Eva, confusa, bajó la carta. ¿Qué era aquello? No sonaba en absoluto a Wilma. Para empezar, Wilma nunca los llamaba a ninguno, y mucho menos a Chaja, por su nombre de pila, sino que utilizaba alguno de sus pueriles apelativos franceses. Nunca había hablado con tanta formalidad ni se le habría ocurrido decir que su querida ahijada no sabía leer. De pronto, le resultó muy difícil volver a alzar la carta: sintió que la mano se le resistía, como si todavía hubiera algo que pudiera pasarle, como si el mayor de los peligros se ocultara en aquellos folios.

Sin embargo, se forzó a seguir leyendo. Inclinada hacia delante y rígida como una tabla leyó línea a línea hasta que la carta se le resbaló de las manos.

38
WALLY.
LONDRES. JUNIO DE 1944

Había añorado todas aquellas estampas. *There'll Always Be an England*. Para él, aquella Inglaterra era su venerable museo lleno de tesoros recogidos de todos los lugares del mundo y la profundamente poco inglesa Marnie Artsruni, cuyas posaderas, cubiertas por una falda roja, sobresalían por detrás de una cajonera con tablillas de arcilla. La vida era una diablilla cínica, pero tenía un encanto incuestionable. *Please God, let there always be an England*.

—Buenas tardes, señora mía. Me gustaría hablar con la conservadora.

—¡Wally! —exclamó Marnie como una niña pequeña, se dio en la cabeza al incorporarse y se le echó al cuello—. ¡De dónde sales! ¡Cómo no nos has avisado! ¡Podríamos haberte preparado un recibimiento en condiciones!

—Ya —respondió Wally—. Bueno, para compensar, vas a tener que venir conmigo al Plough.

—Pues claro que iré contigo al Plough. Últimamente el queso de sirven allí está hecho con leche en polvo, pero, en compensación, han añadido a la carta unos sándwiches Rüben con pepinillos maravillosamente asquerosos. Déjame que acabe rápido de empaquetar esta caja de tablas numéricas sumerias.

—¿Los sumerios? —se sorprendió Wally—. ¿Los están sacando? Pensé que eran de categoría tres.

—Es que están evacuando ya la categoría tres —respondió Marnie—. Es por esa nueva *Wunderwaffe* que tiene Hitler: los misiles de mil toneladas. Los rumores al respecto llevan circulando tanto tiempo que ya nadie se los cree, pero ahora se dice que los bombardeos son inminentes y que todo debe salir de aquí.

—Y *¿La Guerre?* —preguntó Wally y se arrodilló junto a ella para ayudarla a empaquetar las tablillas.

—Arman ha dicho: «Mientras la gente siga pudiendo entrar en el museo, *La Guerre* también se quedará».

Wally intentó sonreír.

—Entonces *La Guerre* es como el rey. Su mujer ya ha declarado que, mientras haya londinenses en Londres, él no puede marcharse.

Ella alzó la mirada. Él dejó de sonreír.

—Tienes un aspecto terrible.

—Gracias, lo mismo digo.

—No puedo tener un aspecto tan malo a como me siento por dentro —dijo Wally—. De ser así, podrías colocarme en la exposición sustitutiva en el papel de momia.

—No lo haría —respondió Marnie—. Te evacuaría. Al Plough. Venga, vamos, acabemos con esto y vayámonos. De camino me cuentas por qué estás hecho unos zorros, ¿de acuerdo?

—No hay mucho que contar. ¿Cómo puede encontrarse alguien que, noche tras noche, se sube a un avión para sobrevolar Múnich, Berlín o Hamburgo y lanzar bombas que hagan pedazos a completos desconocidos, a mujeres como Rehan o como tu vecina, la enamorada de París? ¿Cómo puede encontrarse alguien que, noche tras noche, se pregunta: «¿Qué me esperará cuando vaya mañana temprano a la mesa de los oficiales? Mi habitual plato libre de racionamiento de *ham and eggs* de la WAAF o mi ataúd bien preparado?». Tengo cinco días de permiso porque estaba a punto de tirar la toalla y no soy capaz ni de imaginarme cómo voy a ser capaz de regresar después de estos cinco días.

—Pero entonces, ¿por qué te presentaste para el reenganche? —exclamó Marnie—. Nadie aquí fue capaz de entenderlo. *Sir* John se había ocupado de que se te considerara como alguien absolutamente irremplazable aquí. —Y, entonces, se detuvo—. No lo harías porque discutimos, ¿verdad? ¿Aquella noche en la que Arman llegó con Eva Löbel de Francia?

No pudo evitarlo. Se quedó quieto y la besó en la mejilla.

—Un poco por eso, querida. Cuando te oí hablar con tu marido, me quedó claro que tenías razón. Que estaba celoso y amargado y que me estaba comportando como un amigo espantoso, pero que no podía evitarlo y, por eso, lo mejor que podía hacer era volver a pilotar. Te mentiría si te dijera que no me gustaría que tu matrimonio se rompiera, pero eso le ocurriría a cualquier hombre que se enamorara de una mujer casada. Pero no quiero que suceda porque tú no quieres que suceda.

—Yo misma he roto mi matrimonio —dijo Marnie y volvió directamente la vista hacia la calle.

Desde que los bombardeos se habían vuelto menos frecuentes, se había relajado la normativa sobre la iluminación limitada y en el *pub* volvía a verse algo de luz, a pesar de que las calles, antaño llenas de vida, seguían muertas.

—Cuando ya no pude seguir manteniendo a raya a mi marido a base de palabrotas y humillaciones verbales, comencé a recurrir de nuevo a la violencia física. No habría sido necesario que te reengancharas por mí: yo solita soy capaz de tirar mi vida por el desagüe sin tu ayuda. Regresa, Wally. Eres la persona menos indicada para ejercer de bombardero y no me gustaría tener que cargar también contigo sobre mi conciencia.

Entraron en el *pub*, se sentaron en la mesa en la que solían comer desde hacía años y pidieron cerveza *stout* y el Ploughman’s Lunch. Wally vació medio vaso de un trago. Le habría gustado pedir un whisky, pero no respondía de su autocontrol.

—No cargas conmigo sobre tus espaldas, Marnie —dijo él—. Aquella tarde quizá fuera el detonante, pero no fue el motivo. Me reenganché porque ya no podía seguir soportando que mi familia me considerara un cobarde. De cargar con la culpa de que disparen a nuestros valerosos muchachos, de que Hitler todavía no se haya ido al garete y, naturalmente, también de que la maravillosa joya de la familia, Seb, también resulte ser igual de cobarde. Que la transformación a cobarde se hubiera producido bajo el techo del heroico *squadron leader* Artsruni no tiene ninguna relevancia. La culpa es del gallina de Wally. Así que pensé: «Mejor me reengancho antes de que Hitler nos invada y también tenga yo la culpa de eso».

—¿Que Hitler nos invada? —preguntó ella.

Él dudó. Entonces, torció la boca en una media sonrisa.

—Wally Farnshaw, a su edad, se sienta en un bombardero —dijo—. Si no estoy yo para cargar con la culpa, ¿para qué va a haber una invasión?

Marnie sonrió con él, igual de irónica y algo dolida.

—El cinismo no te va nada.

—Es el uniforme. Hoy en día, el que se lo quiera quitar, sigue llevando debajo la palabra RAF.

—Wally, lo siento mucho —dijo ella—. Estaba constantemente tan enfrascada en mis propios problemas que jamás me paré a pensar que tú también tuvieras los tuyos —y rio, avergonzada—. Otros que no fuéramos Arman y yo, quiero decir.

—¿Pretendes robarme mi papel de culpable de todas las desgracias, Marnie?

—Es posible. Pero tu papel de conservador del *Department* ya no te lo seguiré robando. Regresa al puesto que te corresponde. Creo que en el año 1944 no hay hombre más valiente que el que ya está harto de muertos.

—No es tan fácil —dijo él—. La RAF no es ningún club de críquet. Y tampoco es tan sencillo regresar a Inglaterra.

—Lo sé. De momento todavía tengo a un miembro de vuestro extraño club bajo mi techo.

Su tristeza le atravesó el corazón.

—Lo dices en serio. Lo del «de momento».

—Sí —dijo ella—. Pero no quiero que volvamos a centrarnos en mis problemas. Habla con *sir* John, Wally. Estoy segura de que se alegrará de que vuelvas y de que se encargará de redactarte una declaración de insustituibilidad.

—¿Y qué hay de ti? Durante meses has estado realizando un trabajo fantástico aquí y ahora ¿debería regresar y simplemente echarte a un lado? Además, si por mí fuera, *La Guerre* estaría en los sótanos. Me gustaría mucho que continuara con nosotros.

—A mí también —dijo ella—. Y que me descargues de trabajo me viene bien. Arman marcha mañana a Francia, se quedará allí al menos cuatro semanas y Eva tendrá que esperar al menos eso. Quiere continuar con él. Puesto que es de temer que Hitler alcance Londres con sus misiles, iré con Chaja por última vez a Kent. Quizá allí haga buen tiempo. Siempre nos ha encantado a las dos nadar allí mientras Arman se quejaba de que se le iban a congelar los pies.

—Pues se le podría congelar otra cosa solo por hacerte algo así —le interrumpió Wally—. ¿De verdad te va a dejar sola con esa mujer, Marnie? ¿Es que es un monstruo o qué?

—No lo es —bufó ella—. Está agotado de que le vociferen, le insulten, lo humillen y lo maltraten porque ejerce su derecho a hacer lo que le dicta su conciencia. Y se ha enamorado. Es algo que puede ocurrir sin convertir por eso a un hombre en un monstruo, ¿verdad, mi querido Wally?

Una lágrima se le escurría por la comisura del ojo y él la vio tan hermosa que tuvo que hacer un esfuerzo para no extender la mano hacia ella.

—No puedo creer lo injusta que eres contigo misma —dijo él—. Es cierto que le has apretado las tuercas a Arman alguna que otra vez y que he pensado: «¡Vaya! No se puede negar que es alemana». Pero, sobre todo, lo has amado de una forma que cualquiera que os conozca no puede sino envidiar. Y si él no es un completo idiota, entonces sabrá que tú no has hecho nada, absolutamente nada, para humillarlo. No solo eres capaz de pasar un infierno por él, sino que, de

hecho, ya lo has hecho. Y, a cambio, ¿él te abandona por esa mujer que se va a llevar a tu hija?

—No he pasado por un infierno —dijo Marnie—. Solo he estado en lo bueno y en lo malo. Lo malo que se nos ha interpuesto en el camino ha sido lo que, en última instancia, no hemos sabido resistir, pero le estoy agradecida a Arman por haberme elegido para intentarlo. Y creo que él también me está agradecido. Creo que no fuimos unos ingenuos al elegirnos el uno al otro, sino bastante listos y no nos hemos tratado mal. No dejamos que una horda de genocidas nos amedrentaran aunque la aparición de una segunda horda nos haya dejado sin aliento. Sin embargo, estoy indeciblemente orgullosa de haber sido la mujer de Arman. Como dijo Bülent: fue un honor.

—No sé qué debería hacer —dijo Wally—. Si fuera alguien absolutamente generoso, me quedaría con todas esas cosas tan maravillosas que acabas de decir y se las metería en la cabeza a ese tipo aunque fuera con calzador, hasta que por fin escuchara y entrara en razón. Demonios, él sabe perfectamente lo mucho que quieres a esa pequeña, lo difícil que es para ti tener que renunciar a ella. Y ¿él llega, engatusa a la madre y se larga?

A Marnie se le tensó la espalda.

—Los dos siguen siendo mi familia, así que no hables así de ellos. Arman no ha engatusado a nadie y no hay porqué meterle nada en la cabeza con calzador y Chaja ya no es pequeña, sino una artista polifacética de once años, una consumada amazona y nuestra hija.

—Eso es justo lo que no es —dijo Wally con todo el cuidado del que fue capaz y la tomó de la mano—. Es la hija de la amante de Arman y que te aferres así a la niña por no poder tener una propia no es culpa de nadie más que de Arman.

—¿Por qué iba a ser culpa de Arman?

—Nuestro valeroso héroe de guerra no te ha contado nada, ¿verdad? —dijo Wally con el tono de quien quisiera escupirle al otro en la cerveza—. Es culpa suya que no hayas tenido un hijo. Suya, no tuya. Un médico se lo dijo.

—¿Y tiene él la culpa de eso? Un grupo de criminales sin ningún respeto por la vida humana le robaron la capacidad de concebir cuando solo tenía doce años y ¿tú te atreves a espetarme que él tiene la culpa?

—Debería habértelo dicho —murmuró Wally, aunque eso no alivió su vergüenza.

—Wally —dijo Marnie—. Por favor, ¿podemos calmarnos y dejar de decirnos atrocidades el uno al otro? Quizá la ARP debería publicar un panfleto con el siguiente consejo: «Si lleva noches sin dormir y el quinto año de guerra ya le tiene consumidos los nervios, mejor que se dedique a hablar solo del tiempo». Puedes estar seguro de que Arman me lo había contado. No con las palabras que yo he utilizado, porque le resulta difícil ser tan drástico, eso es verdad. Pero me repitió una y mil veces que si yo no me quedaba embarazada era por él, que debería haberme casado contigo, que no iba a tener nunca un hijo suyo. Simplemente, nunca quise escuchar. Para cuando por fin lo tuve claro, ya hacía tiempo que pensaba: «Voy a buscarme un hombre guapo y moreno, a emborracharme como una cuba y a dejar que me haga una barriga para que mi amor no llegue a enterarse de lo que le hicieron». No me mires así. Lo habría hecho —dijo ella y sonrió con amargura—. Es que ningún hombre me parecía lo suficientemente guapo.

Wally la miró, imperturbable, aunque ella le había pedido que no lo hiciera. Entonces él se levantó, fue hacia la barra y pidió dos whiskys. Triples. Colocó uno de los vasos casi desbordantes frente a Marnie y, del otro, se bebió la mitad de un trago antes de llegar a sentarse.

—Toma. Bébetelo y mírame. Ya sé que no me puedo comparar con Ara de Urartu, pero tampoco es que sea bizco y el cabello negro termina por encanecer igual que el rubio. Bébete el whisky, Marnie. Yo te daré un hijo.

—¿Es que has perdido la cabeza?

—¿Es que queda alguien que no lo haya hecho?

Acercó la silla hasta ella, la atrajo hacia sí y la besó en los labios. Estaban en guerra. Desde hacía casi cinco años. Ya nadie se indignaba por ver a alguien comportándose inadecuadamente en un bar. Sabía a Marnie. A vida. Un poco a ajo, a menta y a cerveza. Era la más hermosa, la única que podía hacerle olvidar la visión de las bombas cayendo entre el estrépito y explotando en un haz rojo. *There'll Always Be an England.* Ella se resistió, pero, como la lengua de él no cejaba en su empeño, los labios de ella acabaron por ceder. Él tanteó sus formas: sus pequeños y firmes pechos, la cintura, las poderosas curvas de sus caderas. La soltó con un suspiro.

—¿Cuánto hace que nadie te besa, Marnie? ¿Cuánto tiempo?

Ella estaba pálida y turbada. Tomó el vaso y bebió. Wally echó un vistazo a su reloj de bolsillo. Si quería pedir otra ronda antes del cierre y buscar una habitación de hotel, deberían darse prisa. Bebió, la besó de nuevo y fue a pedir otro whisky. A Marnie le temblaban los hombros, como si tuviera frío.

—Wally, no sirve de nada. Es demasiado tarde.

—¿Por qué? Todavía no tienes ni cuarenta años y estás en la flor de la vida.

—Por favor, para. Es demasiado tarde para atribuirle un hijo a Arman porque ya no practicamos sexo. Y porque está enamorado. De Eva. No de mí.

—Ajá —dijo Wally—. Entonces, ¿él puede traicionarte con esa tal Eva pero tú a él no? ¿De verdad eres así de noble? ¿Qué dirías si te dijera que hace años que cuento con su bendición? El amo y señor de tu corazón, por lo que se ve, no se anda con tantos miramientos como tú. En una ocasión incluso me lo sugirió como de pasada: «Ocúpate de que Marnie haga no sé qué, Wally. Si para ello tienes que llevártela a la cama, ahí la tienes».

—¡Él no diría algo así!

—He adornado un poco las palabras —repuso Wally—. Pero a grandes rasgos es lo que quería decir.

Antes de que ella pudiera recuperarse del impacto, él la besó de nuevo. Y después otra y otra vez. Tras el tercer beso, él le tendió el vaso de whisky.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó ella.

—Mientras él conducía rumbo a Ringway, con la motocicleta plegable en el asiento de atrás, dispuesto a tirarse en paracaídas, igual que va a hacer mañana otra vez. Debería haberse colgado cintas de colores del paracaídas, como los caballeros hacían con las lanzas: hoy rojo para Marnie y, mañana, dorado para Eva. *Wish Me Luck as You Wave Me Goodbye.* ¿Me harías un favor, tú, la mujer más embriagadora de la tierra? ¿Podrías olvidarte del último descendiente de los reyes Artsruni durante una hora por una vez en nuestras vidas?

Ya siendo un muchacho, a Wally la vida le había parecido difícil: para cumplir su sueño de estudiar el antiguo Oriente tuvo que vencer el rechazo de su padre. Tras eso, vinieron los años de servicio en el ejército y las dudas de que alguna vez lograra encontrar a una mujer hermosa a causa de su timidez. Cuando por fin había conseguido salvar todas aquellas dificultades, la vida

le pareció mucho más sencilla: no deseaba más que conseguir un puesto en el que pudiera trabajar con arte mesopotámico y gestionar su habilidad para las relaciones públicas para poder compartir con alguien su pasión. Deseaba una mujer que llenara su hogar de magia y le diera dos chicos, como él y su hermano Horace, para los que colgaran calcetines de la chimenea en Nochebuena. Calcetines llenos de regalos de Navidad. Que los pequeños nunca se los encontraran vacíos porque a los ocho años se les ocurriera decir que deseaban dedicarse a lo que no les correspondía.

Cuando por fin había logrado su primer trabajo en el museo y había conocido a Isabel, quien, sorprendentemente, se había casado con él, pensó que su vida iba por la buena dirección. Iba a lograr ser lo que se había propuesto: un hombre honrado. Un buen padre, un científico capaz, un marido amoroso, quizá incluso un amigo fiel y, algún día, tal vez, hasta un hijo valorado. Hoy aún no sabía cómo todo había podido llegar a torcerse tanto. La ruptura con Isabel, su divorcio, el accidente de Horace, la pena de sus padres, tener que hacer de cabeza de turco. Su vida se había ido por el sumidero y, en lugar de ponerse a nadar siguiendo la corriente, había chapoteado con pies y manos, tratando de seguir siendo Wally Farnshaw. El Wally Farnshaw que conocía. Un hombre decente que hacía su trabajo y trataba de criar a su sobrino.

Entonces, había llegado Hitler. Y la guerra.

¿Cómo era posible que los valores morales que creía sentir en la sangre se hubieran revuelto de tal forma que ya no se reconocía a sí mismo, que ya no le quedara nada que pudiera orientarlo? ¿Cómo era posible que un hombre que despreciaba la violencia no supiera cuántas personas cargaba sobre su conciencia? ¿Cómo era posible que el hombre al que un adulterio le destrozó la vida se despertara de madrugada en una cama de hotel junto al cuerpo desnudo de la mujer de un amigo? De su amigo, el que ese mismo día volvería a saltar en paracaídas sobre Francia para intentar, junto con otros incontables valientes, llevar a cabo una operación a gran escala que pudiera darle la vuelta a la guerra.

Su nombre en código era Operación Overlord. La France Libre de De Gaulle iba a tomar parte, así como las diversas potencias aliadas que, por fin, habían cerrado filas. La SOE organizaría la colaboración con la *Résistance* directamente sobre el campo, y dos tercios de todos los aviones implicados pertenecían a la RAF. Todos los participantes en aquella misión suicida serían voluntarios.

Wally también habría podido presentarse. Habría sido mejor lanzar bombas a las tropas de apoyo de un ejército apostado que a una ciudad dormida. Y, sin embargo, había tenido un colapso y le habían dado días de permiso. Ahora estaba en la cama junto a Marnie Artsruni, sabía que no sería capaz de volver a la guerra y eso le hacía sentirse como la peor de las carroñas.

«Arman no es tu amigo —se dijo—. No es capaz de ser amigo de nadie. Ni siquiera es capaz de pedir ayuda cuando está echando hasta las tripas por la boca. Puede que se vaya a Francia, pero ha traicionado a Marnie y la ha echado de su lado. Prácticamente ya no están ni casados». No le sirvió de nada. Contempló el hermoso cuerpo de Marnie, que habría querido abrazar de nuevo a pesar del martilleante dolor de cabeza, se miró los dedos con tristeza y susurró: «Y, de ser así, ¿por qué no puedes limitarte a esperar a que estén divorciados?».

Demonios, ¿qué era él exactamente? ¿Un ejemplo de virtud? En Europa estaba produciéndose una carnicería de millones de personas. ¿A quién le importaba en lo más mínimo con quién se fuera él a la cama?

«La quiero —intentó redirigir sus pensamientos—. Tengo el mismo derecho que él a quererla y él prácticamente la ha arrojado en mis brazos. Puedo hacerla feliz. No soy ninguna víctima de un genocidio del que ella tenga que estar cuidando constantemente, sino un tipo normal, soportable. Y puedo darle el hijo que ella tanto desea. Quizá lo hayamos hecho ya esta noche, mientras él dormía con su Eva. ¿Por qué no puede hacer Amarna lo que él hace con toda tranquilidad?

»No se trata de él, ni tampoco de ella —prosiguió el susurro—. Se trata de ti».

Marnie abrió los ojos. El amor que él había experimentado durante toda su vida por la belleza del arte escultórico palidecía con lo que sentía al mirarla a los ojos. Eran grandes y absolutamente azules. *There'll Always Be an England.* Deseó besarla. Pero no se movió.

—Lo siento mucho, Wally.

—¿Tú?

No fue suficiente disculpa para ella.

—Por favor, habla con *sir* John —le pidió—. No vuelvas con tu unidad solo porque hayamos encendido la mecha de esta locura desquiciada.

—Para mí no es ninguna locura desquiciada —añadió él—. Me avergüenza porque no sé exactamente por qué pero, aun así, ha sido lo más bonito que me ha pasado desde que Isabel me cambió por su *group captain*. Quisiera luchar por ti, Marnie. Abiertamente. Sin avergonzarme. Hablaré con Arman, si quieres. Y si necesitas tiempo, te esperaré.

—Mi querido Wally —dijo ella y le acarició la mejilla—. ¿Cómo he podido tener tanta suerte?

—Porque lo mereces. Tómame la palabra, amor. Dime qué debo hacer y lo haré. —Alcanzó el reloj que tenía sobre la mesilla—. Si me doy prisa, quizá aún lo alcance a tiempo.

—¿Ahora? ¿Antes de que se vaya a Francia?

—No —murmuró Wally—. No sería justo.

—Yo misma hablaré con Arman —dijo ella y se sentó en el borde de la cama para vestirse—. Cuando vuelva. Cuando esté a salvo. Hasta entonces…

—… No quieres volver a traicionarlo —concluyó Wally su frase—. Yo tampoco, Marnie. Tienes razón. Lo que él haga no tiene que ver con lo que hagamos nosotros. Esperaremos.

—Gracias —dijo ella y se abrochó la blusa—. Si de verdad quieres hacer algo por mí, ve hoy mismo a ver a *sir* John y reincorpórate. Tan pronto como sepa que va a recuperarte, podré tomarme unas vacaciones. Tengo que salir de aquí una temporada, Wally. Lograr algo de paz, poner mis pensamientos en orden.

—Lo entiendo —dijo él—. ¿Puedo ir a verte? Con toda la decencia del mundo.

—Preferiría estar sola —dijo ella—. Oficialmente, me marcharé a Kent. Puede que suene algo ridículo, pero Arman compró esa casa porque me quería. Allí no me sentiría bien. Lo cierto es que sería humillante.

—No suena ridículo en absoluto —dijo Wally—. Yo tampoco me sentiría bien allí.

—Gracias —repitió ella—. ¿Me cubrirás?

Él asintió.

—¿Adónde irás?

—Kathy y Susan tienen una prima en Yorkshire —dijo ella—. Alquila habitaciones. La casa está apartada, lejos de la ciudad, que suele ser objetivo de las bombas. En este momento, me

parecería el paraíso.

También a él. Deseó que ella quisiera llevárselo también.

—Le diré a todo el mundo que estás en Kent —le prometió—. Recupérate. Come en condiciones. Respira el aire del campo.

Ella se levantó y se alisó la falda, lo que, como de costumbre, no tenía sentido.

—Una cosa más, Wally…

—¿Sí?

—No puedo prometerte nada. No estoy segura de si voy a ser capaz de volver a amar. Ni siquiera de si querría hacerlo. De si no preferiría vivir sola con mis recuerdos.

Wally asintió, por mucho que le costara.

—Lo entiendo —dijo él—. No serías la mujer que quiero tener a toda costa si fueras capaz de dejar atrás un matrimonio como el tuyo en tres días. Ya te he dicho que puedo esperar, Marnie. Te quiero.

Él hizo lo que había prometido: aquella mañana se presentó ante *sir* John y le pidió ayuda. Ya esperaba que el director del museo no estallara de alegría. Nadie tenía en mucha estima a los desertores, mucho menos entre los que habían expuesto siempre abiertamente su pacifismo. Sin embargo, *sir* John era un hombre capaz de anteponer el pragmatismo a cualquier otro aspecto. Era como un capitán decidido a mantener a flote su museo por mucho que lo azotara el temporal de la guerra y, por eso, rara era la ocasión en la que se dejaba sorprender.

—Lo cierto es que no nos va nada mal —tuvo que admitir, en consecuencia—. Aunque no puedo negar que la señora Artruni ha hecho un buen trabajo, el hecho de que se marche de viaje hace que no podamos decir que no al retorno de usted.

Así pues, Marnie ya había hablado con él. No le pasó inadvertido el hecho de que ya no se refiriera a ella como «la marisabidilla de Wally» sino que dijera su nombre con respeto. Sir John le pidió que volviera a hablar con él en un par de días, cuando se hubiera ocupado de las formalidades con la Air Force. Sin duda, podría prolongar la baja por enfermedad de Wally algún tiempo más lo que, de hecho, así hizo.

El día en que debía presentarse de nuevo ante *sir* John era el 6 de junio. Había sido un día fresco y nublado que no presagiaba en absoluto el verano inminente. La tarde anterior había intentado hablar con Marnie por teléfono, pero solo Seb se había puesto al teléfono para no decirle mucho más que: «Está de viaje».

En aquella casa todo el mundo vivía bajo el mismo techo. Probablemente Seb se hubiera olido algo y no quería allanarle a su tío el camino hacia la mujer de Arman Artsruni. Durante años, Wally había deseado pertenecer a aquella comunidad y la idea de que ella estuviera dispuesta a desmantelarla le producía un absurdo dolor. Sin embargo, a la mañana siguiente ya no tuvo tiempo para ese tipo de remordimientos.

Como la mayoría de la gente del país, su padre se sentaba junto a la radio ya a las siete de la mañana. Wally lo acompañó y pronto se olvidó de que a las diez debía estar en el museo, pero, sin duda, no fue el único. Las primeras noticias que enviaban por teletipo los reporteros que acompañaban a las tropas eran vagas, parcas en detalles. A las ocho, los habitantes de las ciudades costeras, sobre todo Dunkerque, Caen y Calais, recibieron el aviso: se avecinaban graves bombardeos y, quien tuviera la oportunidad, debía huir inmediatamente. El siguiente

aviso llegó a las nueve y veintitrés y procedía de los cuarteles generales de las fuerzas aliadas:

«El día D ha llegado. Esta mañana temprano los aliados, bajo el mando del general Eisenhower, han iniciado el asalto de la línea noroeste del bastión europeo de Hitler. Las fuerzas navales aliadas, con el apoyo de las poderosas fuerzas aéreas, han iniciado el desembarco de tropas en las costas del norte de Francia».

Desde ahí, se inició una tensa espera de las noticias que iban llegando una tras otra. A las diez, la madre de Wally canceló la visita a la peluquería. A las diez y media, llegaron informes aciagos de la inédita carnicería que estaba teniendo lugar en una sección de la costa a la que habían bautizado como Omaha Beach. El recuento era de dos mil muertos entre los aliados, y el padre de Wally comenzó, profundamente desilusionado, su habitual retahíla de injurias contra aquellos fracasados y holgazanes que, por una vez, no estaba dirigida a Wally. A las once, se dio un breve comunicado del general americano Bradley: «Se ha asegurado la posición en Omaha». Los aviones británicos regresaban y los defensores de la playa buscaron refugio. A las doce se anunció un discurso del rey. Le seguirían Churchill y De Gaulle y, mientras tanto, el general Montgomery se aseguraba el apoyo incondicional de sus tropas:

«Tengo absoluta confianza en su coraje, su dedicación y su habilidad en la batalla. Mucha suerte y que Dios todopoderoso nos bendiga a todos en esta gran y noble empresa».

La madre de Wally se echó a llorar:

—Mi Horace. ¿Por qué mi Horace no puede estar viviendo esto?

Poco después sonó la inconfundible voz de un Churchill al que se esperaba con impaciencia. Dio a conocer que cuatro mil barcos de transporte de tropas de gran tamaño, así como otras mil más pequeñas, habían atravesado con éxito el canal. Tras las dificultades iniciales, el desembarco se había producido rápidamente. Los escuadrones aéreos habían atravesado las líneas enemigas tal y como se había planeado, pero, por motivos evidentes, no se podían dar más detalles. «Pronto se producirán enconadas batallas que continuarán sin descanso y debe contarse con numerosas bajas. No hay indicios de cuál puede ser el resultado de la batalla. A pesar de todo ello, se ha dado un paso muy valioso».

Durante la siguiente hora entera el locutor informó de cómo Churchill, nada más apagar su micrófono, alzó el puño en señal de victoria.

El padre de Wally lloraba en silencio.

—Hemos vuelto a Francia, muchacho. Después de estos cuatro años de guerra sin fin, hemos vuelto a Francia.

Wally, que no estaba en Francia, cayó en la cuenta de que debía ir al museo. Se despidió de sus padres con una inusual dulzura y se marchó.

En los escalones frente al museo reinaba tal tumulto que la sola idea de atravesarlo era impracticable. Era evidente que la celebración de una victoria que todavía no se había producido tendría lugar allí. Los niños agitaban Union Jacks, los ancianos se abrazaban y las cámaras, focos y alargadores de los distintos equipos del sumario estaban diseminados escaleras arriba y abajo. Desde su posición, Wally pudo apreciar que toda aquella masa de gente pretendía atravesar al mismo tiempo las puertas del museo, por lo que los guardias debían esforzarse al máximo para refrenar el alud humano. Tras algunos minutos, llegaron cuatro furgones de la policía como refuerzo. Con ayuda de los agentes, se logró finalmente dejar suficiente espacio libre frente a la entrada como para permitir a *sir* John y a sus dos permanentes escoltas atravesar la puerta

principal. Alguien le tendió un micrófono que él arrancó malhumorado cuando le dio en la cara.

—Damas y caballeros, les agradezco que hayan venido, así como su exaltación patriótica, pero me temo que debo pedirles que entiendan que no podemos dejar entrar a ningún visitante más en el museo. Sin embargo, y, de acuerdo con la policía, podemos permitirles que continúen con la celebración aquí afuera, dentro de unos límites aceptables. Aunque no se encuentra entre mis funciones, los informo de que el desembarco de las fuerzas aliadas en Normandía se ha producido según lo previsto y, entre nuestros líderes militares, esto se considera como un punto de inflexión determinante en el devenir de la guerra.

La decepción por la prohibición de entrar a nuevos visitantes se transformó rápidamente en un estallido de júbilo frenético. De inmediato, comenzó el canto de la inevitable *Marcha del coronel Bogey:*

Hitler has only got one ball,
the other is in the Albert Hall.…

«Esos otros parecen preferir entrar al British Museum», pensó Wally, quien vio a gente ya intentando ignorar la orden de *sir* John y atravesar la puerta. En ese momento, Piers Towneley lo descubrió y lo urgió con un gesto de la mano a atravesar la masa de gente y subir las escaleras.

—Damas y caballeros, si no se retiran de la entrada, ¡tendré que hacer que desalojen la zona! —exclamó *sir* John, quien tenía aspecto de necesitar desesperadamente una taza de té ceilandés Orange Pekoe—. ¡Recuperen la compostura! Es para mí un placer anunciarles que, con motivo del desembarco en Francia, vamos a presentar una nueva pieza en exposición que se puede ver ya desde hace algunas horas. Sin embargo, en este momento ya no hay espacio para nadie más. Tan pronto como el museo se vaya vaciando, les garantizo que nos aseguraremos de dejar entrar a nuevos visitantes…

Towneley había alcanzado a Wally y lo agarró del hombro con fuerza.

—¡Walter! Cuánto me alegro de que haya podido venir. ¡Cielo santo, cielo santo! ¿Qué le parece?

—¿Qué tienen ahí dentro? —preguntó Wally—. ¿El cadáver embalsamado de Hitler?

—No se haga usted el inocente, grandísimo truhan. Es usted silencioso como una tumba —dijo Towneley mientras le guiñaba un ojo—. No me irá a decir que no se encontraba usted tras la organización de toda esta historia.

—Eso era exactamente lo que iba a decir —respondió Wally—. Hasta hace una semana yo estaba volando con mi unidad sobre Alemania y, además, la organización de multitudes no se encuentra entre mis habilidades. Lo que me gustaría saber es por qué esta fiesta para la que, en el fondo, no tenemos aún un motivo, se celebra precisamente en nuestro templo de momias.

—¡Templo de momias! Vaya, es usted de lo que no hay.

—Eso ya me lo había dicho el *group captain* Halliday —reconoció Wally.

Towneley sonrió como un abuelo bonachón.

—Ciertamente tenemos un motivo para la celebración y usted, como piloto de combate, sabe eso mejor que yo. Aunque aún no hemos ganado la guerra, desde el día de hoy hemos recuperado la confianza y eso bien vale cualquier celebración que pueda hacerse. La gente baila en Trafalgar Square, ya no cabe un alma más frente a Buckingham Palace y todos esos se acumulan frente a

nuestras puertas porque alguien ha filtrado a la radio la noticia de que tenemos en nuestro vestíbulo aquello que toda esa gente está deseando: *La Paix*. *La paz*. O, como la llama el guardia: Henrietta.

—Se lo agradezco profundamente —dijo Wally, mordaz—. Aunque he entendido de la misa la mitad, imagino a qué se refiere usted.

—¿Quiere usted decir que realmente no tenía ni idea? —preguntó Towneley, con una sonrisa irónica—. ¿Su íntimo amigo encantador de piedras ni siquiera le había dado alguna pista? El muy bribón… Resulta difícil de creer: siempre me lo he imagino alguien bastante perdido…

Wally gruñó.

—El señor Artsruni, de quien probablemente esté usted hablando, no es un íntimo amigo mío —dijo—. Y tampoco encanta las piedras. Él es…

—Su descubrimiento, ya lo sé —Towneley dejó de sonreír—. Y de eso puede estar más que orgulloso, querido Walter. Ojalá quiera Dios guardarlo bajo su protección y traérnoslo de vuelta desde Francia sano y salvo para que alguien lo declare de una vez insustituible.

—Ya veremos —dijo Wally, muy consciente de lo que estaba ocurriendo—. Por favor, Piers. Me da igual cómo consigan traerme de vuelta.

—Pondremos en ello todo nuestro ímpetu concentrado.

La sonrisa de Towneley resultaba casi amistosa. Posó el brazo en torno a los hombros de Wally y juntos atravesaron la marea de gente escaleras arriba.

Con ayuda del guardia que, por derecho propio, se consideraba el héroe del día, lograron abrirse paso hasta la escalera principal. Según le había contado Towneley, Arman había dejado instrucciones de que doce hombres transportaran la escultura desde los sótanos hasta su destino en cuanto se recibieran las primeras noticias del éxito del desembarco. Tras el comunicado de las nueve y veintitrés, la docena había decidido no esperar más. Toda la escalera estaba bañada en luz de focos, algo que no se había permitido desde el inicio de la guerra. Alguien le había colgado en el cuello al atribulado moribundo de *La Guerre* una Union Jack y lo había coronado de laureles. Wally no siempre estaba seguro de tener en mucha estima a sus propios compatriotas, pero debía reconocer que nadie podía reprocharles falta de sentido del humor.

En diagonal, tras *La Guerre,* que bajo aquella fuerte iluminación refulgía en rojo sangre, se encontraba la nueva escultura, sobre el *Zócalo vacío*. «No está fijada —fue el primer pensamiento que pasó por la cabeza de Wally—. Maldita sea, tenemos que asegurarla antes de que la gente la tire. Un día de estos voy a retorcerle el pescuezo al jodido Artsruni. ¿Cómo es posible que alguien con tanto talento se comporte con tan poco sentido común y permita que un puñado de guardias arrastren semejante obra por todo el edificio?».

La escultura, realizada en un exquisito bloque de granito gris y rosa, era mucho más delicada que nada que Arman hubiera hecho hasta el momento. Resultaba casi frágil. Era de líneas gráciles, juguetonas, algo totalmente atípico en él y, sin embargo, su huella resultaba absolutamente inconfundible. La fuerte expresividad de la pieza era totalmente su estilo: su vitalidad y la celebración despreocupada, casi frívola, de la belleza humana. «Que esta sea tu obra más hermosa es mérito del tema y no tuyo», pensó Wally en un arrebato de orgullo. Tras todos los estudios individuales previos, aquella pieza se componía de tres figuras cuyos cuerpos se unían formando una sola. La mayor era la de la mujer, quien sostenía en sus brazos a las otras dos: un delicado cuerpo anciano y otro infantil e igualmente delicado. La figura femenina estaba

esculpida con detalle, mientras que los demás estaban apenas sugeridos. Tenía los párpados entornados, la mirada se dirigía, protectora, hacia la figura infantil y los cabellos rizados caían por los hombros del anciano.

—En realidad no debería llamarse Henrietta, ¿verdad? —preguntó Towneley—. No resulta muy difícil reconocer a su Marnie.

«No es mía —pensó Wally, con la mirada fija en la figura sobre el *Zócalo vacío*—. No es mía».

—¿Es que no se encuentra bien? Sir John tampoco puede soportar esas masificaciones de gente. ¿Quiere que le procure un té? ¿O algo más fuerte?

Wally negó con la cabeza.

—¿Está la señora Artsruni aquí? ¿Lo ha visto ya?

—Por desgracia, no —respondió Towneley—. Ya se puede usted imaginar que, desde esta mañana, un buen número de reporteros ha intentado ponerla frente a un micrófono, pero Marnie Artsruni ha solicitado cuatro semanas de vacaciones y hace tres días que se marchó con su pupila.

«Demonios, Marnie. ¿Dónde exactamente en Yorkshire vive esa prima? ¿Y por qué viniste a mí a decírmelo? ¿Precisamente a mí, que era al que menos le importaba? Porque no son tiempos normales. Porque en la guerra nada es privado. Porque tu marido puede morir en Francia y tú debes hacer todo lo que esté en tu mano para llegar hasta él antes de que eso ocurra. Tu marido te ha escrito una carta de amor y te ha colocado sobre su *Zócalo vacío* en nuestro museo. Si él muere y tú no hablas antes con él porque te estás ocultando en casa de alguna prima, nunca te lo perdonarás y ni tú, sola, ni nosotros dos, juntos, tendremos ninguna oportunidad».

39
SEDAT.
DOĞUBEYAZIT. AGOSTO DE 1944

—Gracias, Emine, pero no tenemos ganas de desayunar. Creo que iremos hoy a Aghtamar.

Su mujer alzó aquellos hermosos ojos suyos y negó ligeramente con la cabeza, pero no dijo nada. Nada más lejos de su intención que criticar a sus invitadas: pensara lo que pensara, se lo guardaría para ella. Sin embargo, Sedat le leyó la mente: «¿Por qué arrastra a esa niña triste a ese lugar triste? ¿Por qué, con este calor, no la deja quedarse aquí a jugar con nuestras hijas en la sombra? ¿Por qué no puede hacer tiempo para desayunar?».

Conciliador, él asintió.

—¿Podrías, quizá, prepararles algo a Amarna y Chaja para llevar?

—Por supuesto —dijo Emine—. Ven, Chaja. Mira a ver qué te apetece.

La niña no hablaba ni una palabra de turco y, sin embargo, entendió cada palabra. Con la pequeña Hayat de la mano, siguió a Emine a la cocina. Las dos niñas, que llevaban el mismo nombre, habían creado un fuerte vínculo a pesar de que Chaja tenía ya once años y Hayat apenas seis, por lo que era apenas un poco más mayor de lo que había sido Chaja cuando había abandonado su patria. Incluso parecían hermanas. Hayat no era tan habilidosa como las restantes hijas de Sedat, pero él la encontraba maravillosa. Chaja era extraordinariamente pequeña y frágil para su edad, pero, en su delgado cuerpecillo, albergaba una notable resistencia.

—Ven —le dijo él a Amarna mientras posaba un brazo en torno a sus hombros y la guiaba hacia el interior del jardín.

—¿Puedo pedirte prestado el coche? —preguntó ella.

—Por supuesto. Puedes tomar lo que quieras.

Así había sido desde que las dos habían llegado, tres semanas atrás. Antes de eso, habían pasado casi siete semanas de viaje. Habían tomado un barco británico, uno de los que se dedicaban a comprar mineral de cromita a los turcos para acaparar la producción, pero habían tenido que interrumpir el trayecto en Burgas. El ejército soviético estaba allí apostado, preparado para invadir Bulgaria, por lo que la franja terrestre que separaba Turquía de las potencias del Eje estaba bloqueada y nadie sabía cómo iba a reaccionar Hitler ante aquello. El barco de la cromita corría un riesgo excesivo y el miedo a los submarinos alemanes sobrepasó el interés económico. Amarna y Chaja habían tenido que cambiar el barco por una ruta llena de peligros hasta que, al final, habían podido alcanzar por tierra una Turquía bañada por el sol abrasador. No era de extrañar que estuvieran agotadas. Sin embargo, al ver a Amarna, había tenido la impresión de encontrarse con un animal acorralado, al límite de sus fuerzas por el cansancio del viaje.

Chaja no había podido hacer otra cosa durante varios días más que dormir, comer y montar en burro, pero se reponía a ojos vista. A pesar de que siguiera estando agotada. Era uno de esos

niños cuyo mundo nunca dejaba de tambalearse. No obstante, también era una niña inteligente, despierta y de mente fuerte, como Sedat pronto pudo comprobar. Él siempre había deseado que Arman y Amarna tuvieran un hijo, porque estaba convencido de que les iría bien ya que, aunque les diera mucho en que pensar, sobre todo les proporcionaría una profunda alegría. Ellos habían envuelto a aquella niña con el extraordinariamente tupido tejido de su amor y eso le había dado fuerza a la pequeña.

Sedat no había sentido preocupación alguna al ver a Amarna aparecer sin Arman, a quien él consideraba su hermano pequeño. «Sabe cuidar de sí mismo —había pensado—. Y ella también». Eran de ese tipo de personas que tenían talento para amar, igual que su hija Ayshe tenía talento para cantar. Llevaban una pesada carga sobre los hombros, pero su amor era resistente como los cedros del Líbano, capaces de sobrevivir mil años. El hecho de que se hubiera roto perturbó a Sedat profundamente. No era de extrañar que las dos, Amarna y Chaja, estuvieran tan afectadas. No era de extrañar que Amarna, a la que él consideraba una colega impulsiva pero razonable, no había visto más salida que la de involucrarse junto a su ahijada en un viaje peligroso. «Le prometí a Chaja que no la entregaría, que antes huiría con ella», fue toda la explicación que ella le dio.

No había sido capaz de decirle más en el primer día tras su llegada y, tras eso, había iniciado el procedimiento de solicitud de una licencia de excavación.

—Aunque te parezca poco probable que lo consiga, debo intentarlo —le había dicho ella—. Tengo el dinero de los patrocinadores y quiero poner a salvo las estelas antes de que la guerra llegue hasta aquí. De ser así, ya no habrá nada que pueda hacer por ellas.

—Cuenta conmigo —le había dicho Sedat—. Te ayudaré con las estelas tanto como me sea posible, porque sería una pena no poder protegerlas, pero yo sé porqué tú, que has hecho tanto por tu marido, crees que no puedes hacer más por él.

Durante tres noches, ella se había sentado y le había contado todo lo que había ocurrido.

Ahora estaban sentados de nuevo en el jardín junto a las candelarias, altas y violetas, cuyos primeros brotes habían sido el regalo de bodas del padre de Emine y que, allí, habían crecido hasta formar todo un bosque de flores que volvía la mirada hacia la montaña blanca de la que apenas se captaba algún fragmento a pesar de la claridad del día. Por qué todo el mundo volvía la vista hacia ella nada más entrar en ese rincón de la casa era un misterio. Probablemente los niños de todos los pueblos y religiones habían crecido con los numerosos mitos que prometían que la salvación se encontraba en aquella montaña, que allí había tierra firme y que la tormenta pasaría.

—Tu Emine cree que soy una madre irresponsable, ¿verdad?

—Mi Emine no piensa eso. Puede llegar a considerar irresponsable un acto, pero no a una persona. Es demasiado sabia para eso.

—Entonces este viaje también le parecerá irresponsable y tendrá razón. Mi promesa no es motivo suficiente, probablemente Chaja no habría querido que la cumpliera si hubiera sido sincera con ella y le hubiera dicho que Arman sí se quedaría con ella.

—Arman no se quedaría con ella, Amarna. Si todavía no eres consciente de ello, entonces no necesitas tirar tu matrimonio por la borda, solo darte algo más de tiempo para conocerlo. ¿Sabes qué es lo peor que se le puede hacer a Arman? Abandonarlo. Su padre lo abandonó después de que asesinaran a Yeva y Tuma. Simplemente era incapaz de ocuparse de él y, cuando Arman necesitaba ayuda más desesperadamente, como solo puede necesitarla un ser humano, todos lo

dejamos en la estacada.

—Tú solo tenías dieciséis años.

—Y Arman solo nueve —dijo Sedat—. Pero para un niño no supone una diferencia que tengas dieciséis o sesenta, y tenía buenas razones para ello. Lo único que vio fue: «Todos en los que confiaba, todos aquellos a los que considero mis amigos, me han dejado en la estacada. A nadie le importo. A nadie le importa que me hayan hecho daño. Que le tenga miedo a la muerte, tampoco».

—Sedat, ¡no había nada que pudieras hacer! —exclamó ella, beligerante—. Es imposible que pienses eso.

—No —dijo Sedat—. No me culpo. No culpo a nadie más que a los asesinos. No culpo a aquellos que hacen un esfuerzo pero fracasan porque las circunstancias hacen que sea prácticamente imposible manejar bien la situación. Pero el hecho de que no todos los seres humanos somos malos no alivia el dolor de aquellos que fueron abandonados. Creo que es algo que deberíamos aprender si queremos arreglar un mundo tan roto como este: dejar que cada uno se enfrente a su dolor, estar dispuesto a escuchar, darles tiempo. Se les pide demasiado a aquellos que sufren. Creo que vosotros dos lo habéis hecho bien, Amarna. Os habéis peleado, habéis buscado maneras distintas de solucionar las cosas, pero nunca habéis dejado de luchar por entenderos el uno al otro. Cuando esta guerra acabe, podremos aprender mucho de vosotros. Es algo que llevo tiempo queriendo deciros.

—Gracias —murmuró Amarna con voz tenue—. Es algo que yo también pensaba.

—Y he empezado con toda esta historia de abandonos porque quiero dejar bien claro que Arman podría hacerte muchas cosas, pero precisamente eso, no —dijo Sedat—. Es caprichoso, puede ser tan voluble como mi hija de catorce años, es tan vanidoso como una bailarina del vientre y tan testarudo que es capaz de correr sin descanso hacia el peligro y dejarse apalizar simplemente porque es incapaz de hablar las cosas. Pero nunca te abandonaría. Vosotros lo curasteis, Amarna. Vosotros, Bülent y tú, porque os tenía a vosotros y, aunque a veces pudiera volveros locos, a la mañana siguiente seguíais ahí.

—Eso me dijo una vez en que se despertó con una sonrisa y, cuando le pregunté de qué se alegraba tanto, me contestó: «Sigues ahí».

—Pero ya no —dijo Sedat.

Amarna se estremeció.

—No puedo forzarlo a quedarse conmigo solo porque sea el tipo de persona que no abandona a los demás. No puedo retenerlo si se ha enamorado de otra y es a esa mujer a quien pertenece la única hija que él tendrá. Tengo que dejarlo ir. Pero perderlos a ambos es algo que no podría soportar.

—No lo has dejado ir —dijo Sedat—. Lo has abandonado. No pretendo criticarte, solo quiero ayudarte a entender cómo se ven las cosas desde fuera.

—No solo lo he abandonado —dijo ella—. Lo he traicionado y ni siquiera soy capaz de decirte por qué. Porque él me había traicionado a mí. Porque estaba borracha y pensé: «Quizá podría hacerle creer que el niño es suyo y, así, recuperarlo». A Arman le habría gustado tanto tener un hijo, Sedat. Tanto. ¿Por qué no ha podido tenerlo? ¿Por qué, por qué, por qué?

Por fin llegaron las lágrimas que desde hacía semanas no había podido llorar. La idea de ir a Aghtamar, quizá, fuera lo que le bastara a Sedat para estallar también. La abrazó y miró por

encima de los hombros hacia las nubes que se arremolinaban en torno a la montaña.

—Tengo cinco hijas y lo entiendo aún menos que tú —dijo—. Algunas veces he pecado y he osado insistirle a Alá con preguntas incesantes: ¿por qué no nos diste cuatro hijas y les diste la más pequeña, nuestra maravillosa Hayat, a nuestros amigos, que tanto la necesitaban? Pero entonces tengo que acordarme de Bülent, que estaba completamente solo cuando Arman llegó a él. Si su mujer hubiera seguido viva, si su hijo hubiera seguido vivo, ¿habría aceptado a Arman en su casa? ¿Habría puesto en peligro no solo su vida, sino también la de su familia? En momentos así, pienso que Alá guardó al halcón Bülent para Arman porque Arman era quien más lo necesitaba en este mundo.

—¡Oh, Sedat, tienes razón! —Ella seguía llorando y hablaba a trompicones—. Aunque tus menciones a Alá den en hueso conmigo, he de admitirlo: Arman y Bülent estaban hechos el uno para el otro. Cuando este murió, incluso me resultaban muy parecidos. Vi a Arman ahí sentado, con Bülent en los brazos, y quise ahogarlos a los dos de puro amor aunque Bülent ya había fallecido, y recuerdo que pensé: «Ay, amor. Algún día tú también serás un encantador meticón de huesos de pájaro y pelo como el algodón de azúcar y todo el mundo pondrá la casa patas arriba con tal de que comas tus tres gotas de yogur».

Eso era algo que a Sedat siempre le había gustado especialmente de Amarna: que se podía llorar y reír al mismo tiempo con ella, hasta quedarte sin respiración. Era como la vida. Pero sabía que a ella aún le quedaba lo más terrible por decir.

Él le tendió su pañuelo y ella luchó por recuperar la respiración normal.

—Yo creo que vosotros dos estáis hechos el uno para el otro —dijo él y sonrió para animarla —. Lo pensé cuando os visitamos allí, en Londres. Incluso Londres está hecha para vosotros. Pero conmigo, Alá no da en hueso.

—Ay, Sedat. Ojalá nos hubierais podido visitar más a menudo.

—Ojalá. Si hubiéramos sabido que iba a haber una guerra, que no teníamos todo el tiempo del mundo, habríamos empleado mejor esos años.

—Tenía tantas ganas de que Chaja os conociera. En Kent, cuando la guerra aún estaba muy lejos. En Londres, cuando nuestra vecina Doris sustituía la guerra por jaleo y calidez. ¿Sabes qué es lo peor de todo? Que yo solía pensar: «Está bien que no tengamos hijos, está bien que seamos todo ansiedad y amor despilfarrado», hasta que llegó Chaja, esa criatura aterrorizada, muerta de hambre, con las caderas llenas de moratones, que nos necesitaba tanto como nosotros la necesitábamos a ella. Me avergoncé de mí misma durante mucho tiempo por haber mentido a Arman y haberle dicho que estaba embarazada, pero, en algún momento, dejé de hacerlo porque ese era el sentimiento que tenía: «Le he dicho a mi marido que iba a tener un hijo suyo y eso es lo que he hecho». Chaja. Desde el momento en que Chaja intercambió su estrella de David por la cruz de Arman, pensé: «¿A quién le importa que la sangre que corra por sus venas no lleve el nombre Artsruni? Si eso nos pareciera importante, ¿no seríamos igual que Hitler? Lo que de verdad importa es que los Artsruni no desaparezcan y que esa adorable tontorrona de ahí fuera que se está pegando con mi marido en el campo de críquet sea su hija».

—He de admitir que, desde que está aquí, es algo que he pensado con frecuencia cuando se me queda mirando en silencio, con el ceño fruncido —dijo Sedat—. Pienso: eres una bestiecilla adorable como tu padre. Y el hecho de que tenga diez años pero parezca más pequeña que nuestra Naema, con diez, también cuadra.

—No la cambiaríamos por un hijo natural, Sedat. Igual que Bülent no habría cambiado a Arman. Llegué a pensar que estaba hecha para nosotros y deseé que hubiera un auténtico Alá que pudiera enderezar lo que los nazis de Hitler y los Jóvenes Turcos de Talat Pashá habían provocado.

Dada la impotencia que Sedat sentía viendo que nada haría a Amarna sentirse mejor, alzó la barbilla en dirección a la montaña blanca.

—Esa de ahí hoy se está mostrando mejor que nunca, Amarna. Cuando se quiere vivir aquí y atracar el arca, primero hay que creer que se puede, que en alguna parte hay tierra firme. ¿Seguro que queréis marcharos? Más tarde hará demasiado calor para el viaje, pero si has cambiado de opinión…

—No, nos iremos —lo interrumpió ella—. Emine se ha tomado la molestia de prepararnos un pícnic y llevo todo este tiempo pensando en ir a Aghtamar y llorar hasta quedarme seca.

—Yo lo hago a menudo. Creo que, cuando acabe la guerra, debería ofrecerse Aghtamar al mundo entero.

—Por desgracia, para entonces, tendremos nuevos Aghtamar.

—Lo sé.

—Una cosa más, Sedat. Gracias por haber llamado a tu hija pequeña Hayat. Es lo que me habría gustado hacer a mí. Quería darle a Arman una niña pequeña y llamarla Yeva, que significa «vida». El nombre de su madre.

—En lugar de eso, tuvisteis a una niña pequeña llamada Chaja, que también significa vida.

Ella asintió.

—¿Entiendes por qué no puedo evitar pensar que nos pertenece?

Sedat asintió.

—Te entiendo. No tengo una respuesta. Pero rezaré por vosotros.

—Si llega alguna llamada de Van a propósito de la licencia, te encargarás de ello, ¿verdad?

—Por supuesto. Que pases un buen día. Saluda a Aghtamar de mi parte.

Y, con eso, él se marchó a ayudar a Emine y a Chaja a cargar el coche con el pícnic y el agua.

A mediodía, los siete se habían sentado a comer, pero Sedat no podía dejar de pensar en Amarna y Emine lo había dejado tranquilo y había mantenido a las niñas alejadas de él.

—Voy a escuchar un rato la radio antes de ponerme a trabajar —dijo él—. Me gustaría saber cómo va la guerra.

—¿Nos va a llegar? —preguntó Emine.

—Creo que no podremos evitar entrar en el conflicto durante mucho tiempo más —respondió Sedat—. Pero en el lado correcto. La Sociedad de Naciones nos está presionando para ello y tiene buenos motivos para hacerlo.

—Me da igual en qué lado —bufó Emine, cosa que no hacía prácticamente nunca—. Tengo cinco hijas.

—Y ningún hijo, gracias a Alá —dijo él y la besó con pasión—. Tengo tanto miedo como tú, mi florecilla, pero aún me queda algo de esperanza de que, en esta ocasión, logremos mantenernos al margen. Que nuestros amigos allá arriba logren concluir la lucha antes de que la situación se agrave para nosotros. Pero a qué precio, Emine. A qué precio.

—Me da lástima esa pequeñita adorable —dijo Emine.

—A mí me dan lástima todos —dijo Sedat.

Entonces, él encendió la radio y, como de costumbre, necesitó un buen rato para sintonizarla porque la cercanía a la montaña hacía que la recepción rara vez llegara sin interferencias. Tan pronto como hubo encontrado la frecuencia adecuada, se sumió de inmediato en la escucha de noticias. Fue el sonido del teléfono lo que lo sacó de su concentración. Aún estaba recomponiéndose cuando Emine apareció con el auricular de la mano.

—Es una llamada de Van —lo informó.

—Será para Amarna —exclamó Sedat apresuradamente—. Es de su licencia, le prometí que me encargaría por ella.

—Sí, creo que es por Amarna —dijo Emine con un tono que él no supo interpretar—. Pero quieren hablar contigo.

Sedat se apresuró a tomar el teléfono.

—*As-salamu aláikum* —dijo.

—*Wa aláikum as-salam* —respondió una voz que él había añorado profundamente.

A Sedat le gustaban las personas, pero le parecían demasiado complejas y difíciles de tratar como para querer considerar amigos a muchas de entre ellas.

—Ş*ekerim* —exclamó.

«Mi dulce amigo». Llevaba llamando así a Arman desde que eran niños, y Arman, ya desde pequeño, había querido pegarlo por ello.

—Necesito tu ayuda —dijo Arman.

—Gracias —dijo Sedat—. Llevo mucho tiempo queriendo que volvieras a decirme eso y esta vez podré responderte como es debido. Por favor, dime qué puedo hacer. Espero que no te haga falta mi coche porque yo…

—Sedat. —La hermosa voz de Arman le sonó cortante—. Déjate de monsergas. Estoy aquí en el aeropuerto de Van con un gran avión polivalente, no tengo permiso de aterrizaje pero sí a una alemana indocumentada a bordo y parece que vuestro servicio de control de aduanas quiera enterrarnos en un agujero en el suelo como a Gregorio el Iluminador. ¿Tendrías la amabilidad de venir a recogernos? Yo mismo me ocuparé de todo lo demás.

—Si no es nada más que eso, Ş*ekerim*… ¿Les has contado ya que eres el gran Arman Artsruni y que podrías esculpirlos a todos en piedra si os dejan entrar a ti y a tu séquito?

—Les he contado que soy el gran Arman Artsruni y que voy a abrirle la cabeza a Sedat Veysel con una docena de esculturas de piedra, pero no ha funcionado.

—Pobrecito. Ponme al teléfono a esas horribles personas que no os dejan tranquilos y, mientras tanto, vete buscando un coche de alquiler o dedícate a peinarte ese incomparable cabello tuyo. Me alegro de que hayas venido: algo en mi interior todavía creía que lo harías. Mis únicas dudas venían de que no sabía cuándo volverías de Francia porque las vías están cortadas y porque pensé que por tus oídos no podrías…

—Acabo de llegar ahora mismo de Francia porque un amigo me ha contado lo que estaba pasando —dijo Arman—, cosa que no ha sido nada fácil para mi amigo.

—Estoy celoso —dijo Sedat—. Y estoy seguro de que tu amigo merece tal nombre.

—Lo merece. También ha sido el que ha pilotado el avión. Sedat, ¿qué ha pasado con…?

—Amarna y Chaja están bien —dijo él—. No te preocupes, te lo contaré todo cuando estés aquí y creo que mi radio también tiene noticias para ti. Ahora pásame a esos perros rabiosos. Te

quiero mucho, Arman. Estoy deseando verte.

—Gracias —dijo Arman—. Yo también te quiero, Sedat. Te quiero mucho.

Las negociaciones con las autoridades en Van llevaron algún tiempo y mucha persuasión. Si alguien le preguntara por qué quería a Arman Artsruni como a un hermano de sangre, Sedat respondería en adelante: «Porque llevó un avión de combate británico en medio de la guerra por media Europa, aterrizó sin permiso con una alemana a bordo e hizo creer a todo el mundo que era de lo más normal. Y todo eso después de cinco años de formación y experiencia militar en el servicio secreto. Porque ese armenio me ha enseñado que es posible haber practicado el sexo y seguir siendo virgen».

Al final, lo que terminó por decidir la cuestión a favor de Arman fue una generosa suma por dejar allí el avión, otra aún más generosa por renunciar a la incautación de este y una todavía más generosa por la entrada de la alemana. Después de conseguirlo, Sedat volvió junto a la radio y llamó a Emine.

—Querida mía, la niña de mis ojos —dijo él—. ¿Nos haces uno de tus irresistibles cafés y calientas una esterilla? El expósito del halcón, mi hermanito de pelo como la pez, viene hacia aquí.

—Ya era hora —dijo Emine—. Pero en la calle hay cuarenta y dos grados. Ni siquiera ese moreno sabañón andante de hermano tuyo tendría los pies fríos.

—Con él, nunca se puede estar seguro. —La besó—. Quiero que sepa que esos pies, que tantas veces han sufrido el látigo, en mi casa siempre encontrarán una esterilla. Igual que quiero que tú sepas que, si alguna vez te marchas, en mi casa siempre encontrarás cien besos.

—Yo nunca me iría de aquí.

—Podrías querer ir a la esquina a comprar queso —dijo Sedat—. Entonces, los encontrarías.

Una hora después, Arman llegó acompañado de un hombre grande y canoso, de aspecto tan distinguido como solo cabía esperar de un inglés, y con una mujer hermosa, alta y muy rubia. Cuando Amarna le contó que Arman tenía una amante, Sedat pensó: «No me lo creo. Yo no traiciono a mi Emine y Arman no traicionaría a su Amarna. ¿Para qué nos habríamos molestado en hacer el esfuerzo de encontrar a mujeres así si luego no nos bastaran?». Pero cuando vio a la mujer llamada Eva, ya no estuvo tan seguro. «No me quiero ni imaginar estar a solas con esta mujer en un cobertizo del sur de Francia —pensó—. No me quiero siquiera imaginar estar a solas con ella. Cómo me alegro de que mi religión no lo permita».

Alá le había dado belleza a cada mujer y su Emine era la madre de sus hijas. La mujer Eva, no obstante, tenía algo de Semiramis, de Helena de Troya, un rostro que haría zarpar mil barcos, que llevaría reinos a la ruina y despertaría en cualquier hombre los ecos de un pasado en el que habría muerto o habría matado por una mujer así.

La radio estaba encendida cuando los tres entraron por la puerta. Arman saludó a Emine con una respetuosa fórmula armenia y estaba a punto de presentar a sus acompañantes cuando se percató del sonido. Interrumpió abruptamente el ritual de saludos, le dio un rápido beso a Sedat en la mejilla y corrió junto al aparato.

—Pero ¿tú estás loco? —preguntó el hombre fornido, aparentemente convencido de que nadie en toda la casa hablaba inglés—. ¿De verdad Marnie te importa tan poco que eres capaz de sentarte aquí tranquilamente a escuchar la radio?

—Y ¿dónde está mi hija? —protestó la mujer hermosa—. Me has dado tu palabra, Arman. Podría haberte puesto una denuncia y no lo he hecho porque estaba convencida de que tú no tenías nada que ver con esto. Sin embargo, si vuelves a intentar darme gato por liebre…

—Pero ¿no os podéis callar ni cinco minutos? —exclamó Arman, hastiado—. Me gustaría escuchar esto.

—Pero ¿es que te da exactamente igual? ¿No es el momento precisamente de pensar en tu mujer?

—La mujer no importa: ella está aquí por voluntad propia. Pero ¿qué pasa con mi hija, a la que esa loca ha arrastrado hasta aquí?

—¡Cerrad la puta boca de una vez! —soltó Arman—. Estoy harto de oír sermones sobre moral. Los vuestros y los de todo el mundo. Quiero escuchar la radio y punto.

Los dos visitantes se quedaron clavados en el sitio y Sedat tuvo que hacer un esfuerzo por reprimir una sonrisa burlona. «Buena reprimenda, hermanito —pensó—. Envidio el efecto que has conseguido, aunque, para lograrlo, probablemente haga falta que provenga de alguien tan poco dado a ello como tú».

Arman había vuelto a sumirse en la concentrada escucha de la radio, para lo cual prácticamente había pegado la oreja al receptor. Sedat, que había estudiado en Europa y sentía debilidad por el viejo continente, lo entendió. Algunos lugares eran más que simples lugares. Símbolos que prometían la salvación como la montaña blanca, símbolos que se erigían como baluartes de la libertad y la lucha como la ciudad de la que hablaban las noticias. Cuando el locutor hubo terminado, Arman alzó el puño al aire y lo agitó, risueño como un colegial.

—Ş*ekerim* —dijo Sedat—, ¿tan bueno es?

Arman alzó los ojos.

—Llega tarde —respondió con voz ronca—, pero sí.

El hombre fornido recuperó el dominio de sí mismo y estiró la espalda.

—¿París?

Arman asintió y no pudo más que susurrar:

—Liberada.

El hombre fornido al que había presentado como su amigo fue hacia él, lo agarró y estuvo a punto de alzarlo por los aires, pero Arman era tan escurridizo como ligero. Se zafó del otro hombre, más pesado, lo rodeó con los brazos y se dieron el uno al otro las palmaditas en la espalda que los ingleses utilizaban cuando no se atrevían a besarse en las mejillas.

40
AMARNA.
AGHTAMAR. AGOSTO DE 1944

—Mira qué olor tan fuerte desprenden los albaricoques cuando están maduros, *anush.* Si tienes hambre, podemos recoger unos pocos. O te buscamos unos dátiles. Unos de verdad. Nada de sustitutos.

—Me gusta —dijo Chaja.

—¿El qué? —preguntó Amarna—. ¿Comer dátiles?

—Que me llames por un nombre armenio —respondió Chaja—. No lo habías hecho nunca.

Amarna intentó sonreír.

—Al fin y al cabo estamos en Armenia.

—¿Sí? Pensé que estábamos en Turquía.

—No es tan sencillo —dijo Amarna y la historia se le escapó, aunque no quería hurgar en las heridas—. Después de la primera noche que pasé aquí con tu padre, por la mañana me había preparado café en un puchero de cobre: el café más delicioso que he probado en mi vida. Quise saber cómo lo había hecho y él me explicó: «Hay que espumarlo al menos tres veces, pero no hervirlo». Así que le pregunté: «¿Eso es armenio o turco?». Y él me contestó: «Depende a quién le preguntes».

Siguieron caminando. Ya había olvidado la fuerza con la que ardía el sol en aquella parte del mundo. Tanto, que la tierra se abría por la sequedad y quedaba cubierta de profundos surcos.

—Mamá, ¿irá papá a prisión porque ya no estoy allí? —preguntó Chaja.

—¿Quién te ha dicho eso?

—La mujer —dijo Chaja—. Ella dijo que le pertenecía y que si no podía recuperarme, iríais a la cárcel.

—Eso es una tontería enorme —dijo Amarna y llevó a Chaja, que sudaba, bajo la sombra de los albaricoqueros.

Ella misma había llegado a pensarlo. Lilly Greenstein le había dicho: «No quería tener que exigírselo a su marido, pero me lo está poniendo usted muy difícil. Si no cumple con las condiciones, no me dejará otra elección».

Aquello a lo que Lilly Greenstein llamaba condiciones era una tortura: no se le permitía acariciar a su niña querida antes de dormir; debía apartar a su niña querida cuando ella trataba de contarle qué tal le había ido el colegio y recibir con gesto gélido a su niña querida cuando ella acudía riendo a su lado. Ni Arman ni ella habían sido lo suficientemente fuertes, habían huido de la casa como dos cobardes. Había momentos en los que ella habría deseado con todas sus fuerzas abofetearlo por mirarle los pechos a Eva Löbel, pero no se tomaba a mal que hubiera empezado a acostarse con esa mujer. Probablemente ella también lo habría hecho si Eva Löbel hubiera sido

lesbiana y con ello hubiera logrado el permiso para estar cerca de Chaja.

La mejor solución habría sido dejarlos atrás. A los tres. Chaja habría sido capaz de resistir la pérdida y, al fin y al cabo, ella no era su verdadera madre, otra pérdida que Chaja ya había sufrido. Pero por aquel entonces estaba sola y hoy tenía a su padre. Si Arman se casaba con Eva Löbel y adoptaba a Chaja, todo sería perfecto: él podría proteger a Chaja de todo lo que pudiera ocurrir. Entonces, ¿por qué era ella tan egoísta? El amor, ¿no significaba sacrificarse cuando era necesario?

Siempre se había imaginado a Eva Löbel como la madre amorosa que se había sacrificado para salvar la vida de Chaja. Igual que la madre de Arman, que había recibido en la cabeza la herida mortal dirigida a su hijito. Pero Eva Löbel no se había sacrificado por nadie. Había sido su amiga, esa tal «tía Wilma», la que lo había hecho, ayudada por Paul, una persona que Amarna siempre había creído incapaz siquiera de decidir qué quería para comer. «La entiendo —pensó Amarna mientras observaba a Chaja caminar con decisión cuesta arriba—. Yo tampoco podría hacerlo. Lo que la madre de Arman hizo, morir por su hijo, eso sí. Pero renunciar a ella y seguir viviendo, tal y como me han exigido… Para eso soy demasiado débil».

Entre pequeños arbustos espinosos de un color verde grisáceo surgía un saliente de piedra y, al superarlo, apareció a la vista la iglesia. Lo que quedaba de la iglesia. La imagen de aquella milenaria torre en ruinas en medio del crucero la hizo detenerse en seco, como la primera vez. La imagen que aún conservaba en su corazón permanecía allí y los recuerdos volvieron a asaltarla. Por aquel entonces tenía a Arman a su lado. Él no había querido ir allí, había asegurado que Aghtamar, el santuario Khor Virap, la montaña blanca de Masis, las tumbas de Urartu, todo eso no tenían nada que ver con él. Pero cuando ella lo había llevado hasta allí, la mirada atónita de él, su orgullo, su fascinación, le habían dado la razón a ella. Él la había tomado de la mano, se la había acariciado y, juntos, habían palpado los relieves de piedra.

Ella también lo había acariciado. Había sido tan hermoso ver de dónde provenían sus raíces, le había sentado tan bien… La iglesia estaba destrozada, pero nadie había podido borrar el hecho de que había permanecido allí durante mil años. Se habían tendido en la hierba, entre las lilas en flor; se habían dado de comer albaricoques el uno al otro y habían buscado con la mirada la cima de la montaña que desaparecía en la niebla.

—No te está resultando demasiado duro, ¿verdad? ¿Te hace daño estar aquí?

—No, no, en absoluto —dijo él, aún atónito—. Pensaba que sería humillante. Pero en realidad hace que me llene de orgullo.

—A mí también.

—Gracias, *lajvard*. Por fin tengo un lugar en el que poder pensar en los que han muerto. Incluso en aquellos de los que no logro acordarme. Gracias por haberme regalado esto.

—No podría hacerlo. Es tuyo.

—¿Eso crees?

Entonces, se había levantado, la había alzado y habían dado vueltas sobre sí mismos.

—Todos los enamorados se sienten como reyes, ¿verdad?

—Tú lo eres.

—Entonces, te lo regalaré todo a ti para que tengas que quedarte conmigo, porque sería injusto abandonar a un rey que te ha regalado todo su reino.

—Si haces eso, no puedes llamarlo «regalo», sino «compra», Enkidu.

—Entonces, ¿puedo comprarte, *lajvard?* ¿Durante mil años? Me las apañaré para afanar otros dos reinos más y te los daré también.

«Mil años, corazón mío. Quizá los mil años de Hitler duren más de lo que duraron los nuestros, pero, para nosotros, fue como agarrar la vida con nuestras propias manos».

En ese momento, a ella se le había ocurrido lo hermoso que habría sido que él hubiera podido ir hasta allí con sus padres, por lo que le había dicho:

—Algún día vendremos aquí con nuestros hijos.

—Quizá solo con un hijo, *lajvard*. ¿Podría ser?

—¿Por qué solo con uno?

—No lo sé. Tener dos hijos, ¿no será tanta alegría como para hacerte estallar de felicidad? Hay veces que ya creo que voy a estallar por tenerte a ti, así que si tuviera dos mujeres…

—¡Ni se te ocurra! Entonces sí que ibas a estallar, pero de verdad…

Amarna apretó la mano de Chaja. Arman tenía razón. Estar ellos dos, allí, con su hijo, les habría hecho sentir tanta la felicidad que, de haber tenido solo un poco más, habrían estallado. Pero también habrían sentido tanto miedo. Y tanta tristeza. Tanto de ellos.

Amarna avanzó junto a Chaja hasta el muro de la iglesia que se conservaba mejor, se sentaron junto a los relieves con las escenas de la historia de Noé y sacaron el pícnic. Amarna no tenía ganas de comer y Chaja también volvió a posar la empanadilla que había estado a punto de morder.

—Tengo miedo —dijo.

—¿De qué?

—De que venga la mujer y me lleve.

—Chaja, te he traído hasta aquí para que ella no pueda llevarte —dijo Amarna, cuyo corazón comenzó a latir con fuerza—. Quería demostrarte que lo haría de verdad: huir contigo, no abandonarte bajo ninguna circunstancia, aunque yo no sepa pilotar aviones. No sé siquiera si es lo correcto, pero lo he hecho para que no vuelvas a tener miedo.

—Miedo ya tenía antes —dijo Chaja.

—¿Antes? ¿Cuándo?

—Antes —dijo Chaja.

Amarna la miró y deseó protegerla de todo mal. Realmente era demasiado pequeña para su edad; no solo delicada, sino mucho más bajita que Deirdre. Debería ir al médico con ella. A pesar del calor sofocante que la empapaba en sudor, sintió frío.

—¿Por qué tuviste miedo antes, *patatita?*

De pronto, recordó la forma en la que Sedat había aguzado el oído cuando le había mencionado esa mañana que Chaja había llegado con la cadera amoratada. Vio ante ella a la Chaja de aquella primera tarde, cómo entre Arman y ella la había posado en la cama, grande e inmaculadamente limpia, y la niña prácticamente había desaparecido en ella, con el pálido y famélico cuerpo marcado por un hematoma grande y azul. ¿Por qué nunca le había preguntado a Chaja cómo se lo había hecho? Solo había querido abrazarla, curarla, mimarla, consolarla, compensarla por todo el dolor que había sufrido.

«Pero fuimos tontos por no preguntar. Tontos e insensatos».

Con niños como Arman, Rehan y Chaja siempre se da por supuesto que los han pegado en los campos o en los convoyes. Pero ¡Chaja no había estado en ningún campo! Hasta el momento

de su marcha, había vivido con una familia a la que pertenecían, como mínimo, su madre y esa extraña tía Wilma, con la que Paul mantenía una amistad. ¿Sería posible que su madre hubiera pegado a Chaja y que por eso Chaja se negara con vehemencia a recordar y con aún más vehemencia a irse con ella? Amarna la abrazó.

—Chaja, no tengas miedo, te lo ruego. Te juro que jamás te dejaré ir con nadie con quien no quieras irte. Por el momento no sé decirte cómo nos las vamos a apañar entre las dos, pero, por el momento, podemos vivir aquí. Aquí se está bien, ¿verdad? Sedat y Emine son simpáticos y ya tienes cinco amigas en esa casa. Después de comer, iremos al lago a nadar.

Habitualmente semejante perspectiva habría provocado en Chaja un estallido de júbilo. Arman le había prometido con frecuencia que, tras la guerra, viajarían a países en los que el mar sería suficientemente cálido incluso para sus pies helados: Italia, Grecia, Marruecos… Y allí sería capaz de permanecer tanto tiempo como ella dentro del agua. Las aguas del lago de Van eran como un espejo, pero Chaja no reaccionó.

—Echo de menos a Claude-Jeune —dijo—. Echo de menos a Snow White. Echo de menos a De Gaulle. Los echo de menos a todos. Echo de menos a papá.

—Yo también, Chaja.

—Pero papá me entregará a la señora, ¿verdad?

—Chaja, tu papá te quiere. Tiene tan pocas ganas de entregarte a nadie como yo, solo que piensa que no hay derecho a separar a una madre de sus hijos. Pero jamás permitiría que te llevara nadie que te hiciera daño. ¿Te acuerdas cuando se presentó en la escuela y les dijo a los profesores que no permitiría que nadie te pegara? Si tu madre te ha hecho algo, tienes que contárnoslo. Te ayudaremos. Te lo prometo.

—Eso fue lo que dijo el casero —dijo Chaja—. El que venía por el alquiler.

Algo le ocurría de repente a su manera de hablar, a su hermoso y fluido inglés. Comenzó a adoptar una extraña cadencia, a colársele alguna que otra palabra extraña, algún resto de alemán apenas inteligible.

—Dijo que los judíos que no pagan el alquiler tienen que vender a sus hijos a la *shiksa* y él viene y ¡reúne a todos los niños judíos para poder dárselos a la *shiksa!*

—¡Chaja! Por el amor de Dios. ¿Quién es esa *shiksa?*

Le agarró de los brazos con demasiada fuerza. «Oh, Dios, Arman, ¿dónde estás? —quiso gritar—. Deberías estar aquí conmigo. ¡Nuestra hija está muerta de miedo y yo también! Agárranos fuerte. Por favor, dinos que todo esto no es más que una locura, que las aguas terminarán por volver a su cauce». En su desesperación, alzó la mirada y, durante un segundo, la niebla se apartó y la ladera de la montaña se mostró ante ella. Giró a Chaja.

—Chaja, *anush*, mi monstruita favorita, mira allí arriba. Allí es donde la humanidad tocó tierra, donde se salvó del Diluvio.

—Lo sé —dijo Chaja—. Papá también me lo contó, pero me dijo que no le gustaba la historia porque no podía evitar pensar en que cuando todos bajaron del barco, habrían visto que todo había desaparecido.

—Es cierto —murmuró Amarna, con la mirada clavada en un punto de la montaña que hacía rato que volvía a estar cubierta de niebla—. Pero seguirían ahí, no estarían solos y ya no llovería.

—En nuestra casa no llueve. Eso era lo que Rehan siempre me decía.

—Con eso quería decir que se sentía a salvo allí dentro, Chaja. Y tú también deberías sentirte

a salvo.

—Yo siempre me había sentido a salvo. Era bonito vivir allí. Hasta que vino la *shiksa*.

—Por favor, dímelo de una vez: ¿qué es una *shiksa?*

Sacudió ligeramente a Chaja por los brazos hasta que recordó la ocasión en la que había agitado a Arman de manera similar, y cesó de inmediato.

—Por favor, perdóname. No quería hacerte daño. Tengo que aprender a controlarme mejor.

—No me has hecho daño —dijo Chaja—. Tú no, mamá.

—¿Quién te hizo daño, Chaja? ¿Quién?

—El casero —dijo Chaja.

—¿Qué casero? ¿El de la casa en la que vivías? ¿En Berlín?

—Y los niños, en la calle —dijo Chaja—. Los chicos de los pantalones cortos. A veces venían por la noche. Hacía mucho tiempo que no venían, pero desde que la *shiksa* está allí, vuelven de nuevo y me hacen daño.

—¿La *shiksa* es tu madre?

—Mi madre eres tú —dijo Chaja.

Aferró con su manita la cruz que llevaba al cuello con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Amarna la abrazó y sintió deseos de llorar de tanto como quería ayudarla y sin saber qué hacer. «No te dejaré ir —pensó, más frenética que nunca—. No lo haré nunca, no te abandonaré». La meció en los brazos. Durante un instante creyó ser capaz de tranquilizar a Chaja. Pero, entonces, la niña alzó la cabeza y se puso a gritar.

—¿Qué ocurre?

—La *shiksa*. ¡Viene a por mí!

Había apartado la mirada de la montaña y la había clavado en el camino por el que habían venido. Amarna se volvió, temblando de miedo. ¿Y si no era nada? ¿Y si Chaja solo estaba teniendo una alucinación? Pero Chaja no tenía alucinaciones. Por el camino reseco por el calor aparecieron tres figuras que ella reconoció en el acto. Eva Löbel. Arman. Y Wally.

Realmente la había traicionado. Su marido, junto al que se había sentido tan protegida durante diez años. Ella había huido con Chaja pensando que él entendería su decisión: «Te dejo marchar. Pero no voy a entregarte a Chaja. Huyo sin que lo sepas para que nadie pueda culparte. Pero no pienso hacer pasar a Chaja por el dolor de nuestra separación, no voy a romper mi promesa.

»Pensé que tú lo entenderías. Pero has traído aquí a esa mujer para que nos dé caza como a un animal salvaje. ¿Le has preguntado alguna vez a Chaja por qué tenía la cadera amoratada? ¿Le has preguntado por qué estaba tan terriblemente delgada? ¿Le has preguntado por qué ha vuelto a llorar por las noches desde que se ve obligada a ver a tu Eva? Te he querido porque eras un hombre sensible, porque eras cuidadoso, porque te preocupabas por los demás, por mí, por Bülent, por Rehan, por Doris. Y ahora, ¿estás tan embriagado por tu hermosa Eva que no ves el dolor de tu niña?».

Chaja lloraba en sus brazos.

—Que se marchen, mamá. Que se vayan de aquí.

Amarna se levantó, con Chaja en brazos.

—¡No os mováis! —gritó—. Ninguno de los tres. No deis ni un paso más.

—Lo que ha hecho es un delito, ¿lo sabía? El secuestro infantil no es ninguna bagatela. Soy

una judía alemana, pero eso no significa que haya perdido todos mis derechos en este mundo.

Eva quiso echar a correr hacia ellas, pero Arman la retuvo.

—Detente, Eva.

—Y tú también —dijo Amarna—. Todos. Parad. Desapareced. Chaja está muerta de miedo. Dejadnos en paz.

—Marnie, sabes que soy tu amigo. Haría cualquier cosa por ayudarte —dijo Wally—. Pero lo que has hecho son palabras mayores. Tienes que recuperar el juicio de inmediato. Entonces podremos intentar resolver todo este embrollo.

—Y ¿cómo vamos a hacer eso, Wally? ¿Vas a volver a intentar dejarme embarazada? Ya lo intentaste una vez y no sirvió de nada. Quién sabe, quizá el problema sea mío después de todo. Pero ya me da igual todo eso. Quiero quedarme aquí con Chaja. En paz. Y quiero que los tres os vayáis de aquí.

—¡Pero Chaja me pertenece! —gritó Eva Löbel—. No tiene ningún derecho. Le voy a pedir por última vez que me la devuelva o, de lo contrario, iremos a tierra firme y la denunciaré a la policía.

La mujer parecía fuera de sí, enloquecida, capaz de cualquier cosa. Pero ¿acaso no estaba ella también fuera de sí? Llevaba una eternidad sin beber nada, se le pegaba la boca al paladar, las lágrimas de Chaja la estaban matando y el calor hacía el resto.

—No va a salir de esta isla —gritó la mujer—. Probablemente no salga siquiera de Turquía. No va…

—Eva, para —la interrumpió Arman.

—¿Para qué quiere usted a mi hija? —exclamó Amarna antes de que él pudiera decir nada más—. Ya tiene a mi marido, que se ha enamorado hasta tal punto de usted que se ha dejado engatusar y la ha ayudado a darnos caza a Chaja y a mí.

—Marnie, vuelve en ti. Esto no es lo que crees, pero la ley... —comenzó Wally, pero, de inmediato, Eva le robó la palabra.

Aparentemente, las dos mujeres solo tenían oídos la una para la otra.

—¿Es esa su oferta? —le chilló a Amarna—. ¿Usted se queda con mi hija y yo me quedo con su marido? ¿Lo dice en serio?

Amarna miró a la temblorosa niña que tenía entre los brazos. ¿Qué había ahí que decidir? No podía permitir que nadie, ni siquiera la persona a la que más amaba, le quitara a su hija. Era su responsabilidad y a Arman lo había perdido de todas formas.

—Ya lo ves —le dijo Eva a Arman—. Quien calla, otorga. Quiere a Chaja. No te quiere a ti. En el fondo estaba claro desde que comenzó toda esta locura, pero solo porque tú necesitabas escucharlo cara a cara…

—¿Podéis parar de una vez, malditas locas? —bramó Arman dirigiéndose a ambas—. ¿Es que no os dais cuenta de que Chaja os está escuchando? —Y, volviéndose hacia Wally, le dijo—. Por favor, asegúrate de que no se mueve de aquí.

Entonces, se zafó de Eva, que trató de agarrarlo por el brazo, y avanzó hasta la mitad del camino que lo separaba de Chaja y Amarna. Allí se detuvo.

—Chaja y yo no somos objetos con los que podáis negociar —dijo él—. Las cosas no son así. Si seguimos provocándonos y enfureciéndonos los unos a los otros con este calor, asustaremos a Chaja y a todos los demás por extensión. Por favor, Chaja, ven conmigo. Hace

mucho que no te veo.

Antes él siempre se ponía en cuclillas al saludarla para que sus ojos quedaran a la misma altura que los de ella. Ahora la niña había crecido demasiado para eso, pero él lo hizo de todas formas. Chaja se revolvió en brazos de Amarna. «Por favor, no me dejes», pensó ella antes de apartar esos pensamientos. Arman tenía razón. Estaban comportándose como dos malditas locas. Ningún adulto le diría a un niño que, por favor, no lo abandonara, y ningún niño debería soportar semejante presión. Debería haber podido decírselo a Arman. Pero no a Chaja.

Chaja se zafó de sus brazos y echó a correr. Arman la recogió y, ante el impacto del cuerpecillo infantil contra el suyo, cayó de rodillas. Posaron la cara uno sobre el otro de tal forma que los negros cabellos de ambos se mezclaron y allí se quedaron, fundidos en un fuerte abrazo. Tras un rato, él le pasó una cantimplora y ella bebió con tragos cortos y ávidos. Arman se quitó el jersey verde de los hombros y se lo colocó a Chaja sobre la cabeza. Algo en el interior de Amarna comenzó a revolverse: «He querido tanto a ese hombre, capaz de, con un calor de cuarenta grados, llevarse un jersey por miedo a quedarse frío, que ahora, simplemente, no puedo dejar de hacerlo».

—Hace demasiado calor, papá —dijo Chaja.

—Lo sé —respondió Arman—. Pero estamos aquí en cuclillas bajo el sol y, si uno no se tapa la cabeza, puede pillar una insolación.

—Y ¿qué pasa contigo?

Él sonrió y la besó.

—Yo ya tengo una.

Ella se rio y se acomodó en sus brazos.

—Papá, mamá me ha traído al monte Ararat para que la señora no me lleve.

Volvía a hablar normal, aunque estaba aturdida. Ninguna mención a ninguna *shiksa,* ningún casero o chicos con pantalones cortos. El recuerdo, allí sola, hizo que Amarna sintiera escalofríos por la espalda. ¿Cómo podía una personita tan joven vivir con imágenes tan horribles que ni siquiera era capaz de asimilar y ordenar de forma coherente?

—Y ¿te ha gustado la montaña, *khachuhi?*

—Creo que nadie de mi clase ha visto nunca una montaña tan grande.

—Claro que no. Y desde luego ninguna que parezca crecer directamente de la tierra sin tener una sierra alrededor. Su nombre significa «Lugar de la creación». ¿No te parece bonito?

—Me parece bonito cuando me lo cuentas despacio —dijo Chaja—. Como por las noches, cuando estábamos los tres y me contabas esas historias para que no tuviera miedo. Mamá y yo siempre acabábamos riendo y te tirábamos de la nariz.

—Mira, voy a contarte otra historia —dijo Arman, esperó hasta que Chaja le tirara de la nariz y, entonces, siguió hablando—. También puedes llamar a la montaña con el nombre de Masis, que significa «Madre que alimenta». Pero los armenios la llaman «Nuestra montaña». A mí me parece bien, porque los armenios están desperdigados por todo el mundo. Si todos le llaman a la misma montaña «Nuestra montaña», podrán saber a pesar de todo que siguen teniendo algo que los une, ¿verdad?

Chaja asintió.

—¿Tú también lo haces?

—Creo que lo haré a partir de ahora —dijo Arman—. ¿Y tú?

—¿Puedo?

—Ya lo creo.

Ella se recostó sobre él y él le alisó el pelo con las manos.

—Sé que es duro, *khachuhi* —dijo—. Pero me gustaría que confiaras en mí. Tú mamá y yo te queremos tanto que no podemos dejarte ir. Queremos que te quedes con nosotros, en nuestra casa, pero eso no es posible y tu madre, Eva, también te quiere. No tienes a poca gente que te quiere, sino que tienes demasiada. No hay otra manera: todos esos gritos, amenazas y maldiciones de un lado a otro del mundo no sirven para nada. Eva es tu madre, tú viniste al mundo porque ella quiso tenerte y ella aprovechó la oportunidad de la que dispuso para protegerte. Las madres no abandonan a sus hijos y no los intercambian por ningún hombre, por mucho que eso les parta el corazón.

—Pero a mí lo que me parte el corazón es separarme de vosotros —dijo Chaja y lo besó por toda la cara, como hacía cuando era pequeña, antes de empezar a ir al colegio.

—Iremos a verte —dijo Arman—. Te lo prometo. Da igual dónde vayas: tu mamá y yo iremos detrás. Nunca nos alejaremos de ti. Siempre que nos necesites, podrás encontrarnos.

«A mí también me rompe el corazón», pensó Amarna. Creyó incluso oír el crujido en su pecho y deseó desesperadamente correr hacia los dos. Había comprendido que tenía que dejarlos marchar, pero lo único que quería hacer era abrazarlos con fuerza.

—Arman —gritó Eva y su voz sonó como si estuviera llorando—. No tienes por qué perderla. Yo no quiero eso: quiero que la conserves.

—Chaja no es una corbata que me puedas regalar para que no esté triste —respondió Arman.

Eva quiso echar a correr, pero Wally la sostuvo.

—Te quiero. —Y el grito resonó por la pendiente vacía hasta el llano—. Quiero vivir contigo. Tú y yo podemos ser felices. ¿No nos merecemos la felicidad?

—Estás hablando con la persona equivocada —dijo Arman—. Me has dicho que debía llevarte conmigo porque te di mi palabra y porque tenías derecho a buscar a tu hija. Yo lo comprendí, aunque Wally opinaba que eso sería pedirle demasiado a Amarna. No estás aquí por mí, sino por Chaja. Puedes ayudar a Chaja para que logre hacer lo que le estamos pidiendo.

—¡Y quiero ayudarla! —La voz de Eva temblaba—. Quiero que ella pueda conservarte, que tenga una familia, que los dos podamos estar con ella…

—Maldita sea, pero ¿qué se cree usted que es esto exactamente? —le espetó Wally—. ¿Un juego de construcciones en el que puede usted coger todas las piezas que le vengan bien? ¿Puedo unirme yo también al juego cuando hayamos terminado de subastar a los últimos Artsrunis en su isla real? Yo me quedo con Marnie. Lo que opinen ellos tres no nos importa. Nos marchamos con lo que hemos venido a buscar, les ponemos un bonito envoltorio y nos llevamos nuestros trofeos.

Arman y Amarna volvieron la cara hacia él.

—Ay, Wally —murmuró Amarna.

—Me uno a lo dicho —dijo Arman—. Siento ser un tarugo que no tiene madera de amigo. De verdad.

Wally sonrió, irónico.

—No pasa nada. Ahora arreglad vuestros asuntos y vámonos todos a la sombra. Para mí, la cosa está clara: la niña pertenece a su madre, eso es incuestionable por mucho que duela. En lo

que a los hombres se refiere, por lo que veo, la decisión recae en Marnie…

—¡No! —exclamaron Amarna y Eva al mismo tiempo.

—¡Sí! —aseveraron tanto Wally como Arman.

La cabeza le daba vueltas a Amarna.

—No tienes por qué decidir ahora —dijo Arman—. Creo que Wally simplemente quería señalar que es una situación que no tiene nada que ver con Chaja. —Y miró a la niña a los ojos mientras le acariciaba la cara—. Por favor, créeme. No tiene nada que ver contigo. Siempre estaremos aquí para ti. Da igual si juntos o separados. No estarás sola. Y si somos capaces de solucionar esto de manera civilizada, seguro que tu madre no tendrá nada en contra de que permanezcamos cerca.

—Pero esa no es mi madre —dijo Chaja con voz muy tenue.

Amarna no habría entendido lo que la niña había dicho de no haber estado ya familiarizada con la frase.

Arman la acarició.

—Le haces daño cada vez que dices eso, *khachuhi*. Ahora tienes que marcharte, corazón mío. Y yo tengo que devolverte la estrella. Gracias por permitirme tenerla. Siempre he pensado que no me ha pasado nada malo gracias a ella.

Quiso quitarse la cadena con la estrella de David, pero Chaja se puso a gritar como un animal y lo golpeó con sus manitas.

—¡No, no, no! ¡No puedes quitarte mi estrella, no puedes! ¡Entonces no tendrás nada mío y te olvidarás de mí!

Arman emitió un grito de dolor mucho más fuerte que los que solían escapársele cuando se pillaba el dedo con el cincel.

—Chaja, no puedes decir esas cosas. No puedes pensar algo así de verdad.

—Tú dijiste que podía decir todo lo que se me pasara por la cabeza.

—Eso no. Chaja, antes me olvidaría de mí mismo que de ti. Hago todas mis esculturas tan rápido como puedo porque tengo miedo de olvidarme de lo poco que sé de la gente a la que esculpo antes de haberlas terminado. Pero esta última la he hecho muy despacio. Había veces en que pensaba: «Dios, no voy a acabar este mazacote nunca». Pero eso es porque nunca podré olvidar a ninguno de los tres que aparecen en ella. Así que no tengo miedo.

—¿Es esa en la que estamos *büyükbaba*, mamá y yo? —preguntó Chaja.

—Sí.

Chaja sonrió y le estampó un sonoro beso en la mejilla.

—Pero tienes que quedarte con mi estrella de todas formas. Para que no te pase nada malo.

Arman dirigió una mirada interrogativa hacia Eva, que llevaba llorando todo ese tiempo. Ella asintió. Chaja le devolvió a Arman el jersey verde y los dos se separaron. Las dos masas de pelo moreno se fueron cada una a un lado. Era raro ver cabellos tan morenos en gente de origen centroeuropeo. Arman había tenido dos padres con el pelo así de oscuro y, en alguna ocasión, Amarna había tratado de imaginarse el grado de negrura en los cabellos del padre de Chaja, del hombre que había engendrado a una niña así junto con la rubísima Eva. Y lo mismo ocurría con los ojos. Cuando se la miraba de cerca, se notaba que los ojos de Chaja eran aún más oscuros que los de Arman. Los de Eva, por el contrario, eran verdes y claros.

«Dime, ¿es que no tienes nada mejor que hacer? —se increpó a sí misma—. ¿Tienes que

ponerte a pensar precisamente ahora en colores cuando esos dos te necesitan desesperadamente?». Echó a correr hacia ellos. Se habían separado, pero no habían dado ni un paso lejos del otro, temblando como estaban. Amarna agarró con un brazo a Chaja, dudó y tomó con el otro a Arman. Quiso mantener la mano rígida para no tocarlo, pero era imposible. Con las puntas de los dedos sintió los músculos de sus hombros y, como si los dedos hubieran tomado vida propia, comenzó a acariciarlo. Apretó a Chaja contra ella.

—Te quiero mucho, *patatita*. Mucho, mucho, mucho.

—Yo a ti más, mamá.

Se besaron. Entonces, Amarna la soltó y Chaja empezó a andar, paso a paso, hacia su madre. Amarna y Arman la miraban. Amarna no tuvo fuerzas para retirar el brazo del hombro de Arman y, tras unos segundos, sintió la cabeza de él en el costado. «Hemos hecho lo correcto —pensó Amarna—. Aunque nos destruya». Un espasmo le recorrió la espalda y tuvo que agarrarse a Arman. Él se irguió y la abrazó. «Lo hemos logrado —le martilleaba en la cabeza una y otra vez —. Lo hemos logrado. Quizá la montaña blanca, nuestra montaña, no quiera mostrarnos la cara y nosotros le demos la espalda y no podamos verla. Pero no nos ha ido tan mal. Otros padres han tenido que enterrar a sus hijos, pero *Chaja* significa “vida”.

»Me conformaría con haberlo logrado si estas malditas preguntas no me estuvieran dando vueltas en la cabeza: ¿Qué es una *shiksa?* ¿Quién llenó la cadera de Chaja de moratones? ¿Por qué la madre de Chaja no da ni un paso hacia ella?». Sin siquiera planteárselo, la cuarta pregunta le brotó de los labios:

—Arman, ¿llamabas a tu madre *«Mame»?*

—*Mayrig* —dijo Arman, perplejo—. *Mame* no es armenio.

—Y ¿qué es?

—Yiddish, creo. Se lo he oído utilizar en Francia a los judíos polacos.

—Y *¿shiksa* también? ¿Alguna vez les has oído a los judíos polacos utilizar *shiksa?* ¿Qué significa?

—No estoy muy seguro. Creo que es una palabra despectiva para referirse a las mujeres gentiles. ¿Puedo pedirte algo un segundo?

—Puedes.

Le acercó la boca al oído.

—Por favor, perdóname por haberte llamado loca histérica. Por favor. Solo eso.

—Ay, Dios.

Sin poder evitarlo, lo peinó con los dedos. Pero ¿por qué iba a tener que evitarlo? Los dos estaban desesperados y solos y lloraban a su hija.

—Olvídalo, jodido repollo con lazos.

Él le tomó la mano y se la llevó a los labios. Después, ambos volvieron de nuevo la vista hacia Chaja, quien, con sus pequeñas pero decididas pisadas, ya casi había llegado hasta la llorosa Eva Löbel. «Tenemos que darle los perros —pensó Amarna—. No iría a ninguna parte sin sus perros y ¿qué pasará con el poni?». Chaja ya estaba tan cerca que Eva Löbel ya podría abrazarla. Amarna miró a un lado. No estaban tan lejos, no podría soportarlo y, sin embargo, deseó que Eva lo hiciera de una vez.

—No —dijo Eva.

Amarna alzó la vista y vio que Eva retrocedía ante Chaja.

—No —repitió—. Chaja. ¿Te llamas así?

Chaja asintió.

—Vuelve con tus padres, Chaja. Tienes razón. No soy tu madre.

En un par de saltos, Arman se plantó junto a Chaja y la aupó en brazos.

—Se acabó seguir hablando aquí al sol —declaró—. Vamos a las ruinas: nos hace falta más agua.

—Tenemos un poco en la cesta —dijo Amarna.

Chaja caminó entre ellos. Los sujetaba a ambos. Wally sujetaba a Eva. En las ruinas de la iglesia, los cascotes aparecían desperdigados por doquier, como si la masacre acabara de producirse. Lo único que no seguía allí eran los muertos y nadie sabía dónde estaban. La sombra fresca y la oscuridad fueron un alivio. Arman los instruyó a todos sobre la forma en la que se debía acceder a un edificio en ruinas según los manuales de la ARP, repartió agua y también algunas galletas saladas de la cesta de pícnic que Emine Veysel había preparado puesto que, al parecer, la pérdida de sales resultaba tan nociva como la deshidratación.

—¿Podrías aplicarte a ti mismo tus excelentes consejos? —lo reprendió Amarna y se arrepintió de inmediato.

Vencido, él negó con la cabeza.

—Lo decía con buena intención —dijo ella.

Él ya no dijo nada más, pero la mirada que le dirigió la quemó por dentro.

Se sentaron uno frente al otro en el suelo, con Eva y Wally a un lado y Chaja al otro, aún entre ellos.

—Lo que vamos a hablar ahora trata sobre ti, *khachuhi* —le dijo Arman a la niña después de que todos se hubieran recuperado un poco—. Pero creo que aún es pronto para que lo escuches. ¿Te parece bien si nos dejas escucharlo solos y luego te lo contamos cuando estés un poco mejor?

Chaja asintió.

—Ya no quiero escuchar nada más.

—Lo entiendo. Wally, ¿podrías ayudarnos una vez más y llevar a Chaja de nuevo con los Veysel para que pueda calmarse o jugar a la sombra, en el jardín?

—Os ayudaría cien veces más, si me lo pedís así.

La mueca de Wally probablemente pudiera describirse como una sonrisa sardónica. Amarna siempre se había preguntado qué significaría exactamente aquel término.

—Te lo compensaré. Algún día.

Wally golpeó a Arman en el hombro.

—Más bien podrías cederme tu lema favorito. En fin, vamos, Chaja. Espero que me ayudes por el camino o, de lo contrario, es bastante probable que acabemos los dos en el Cáucaso.

Chaja salió, dubitativa, del círculo.

—Solo hay una cosa que quiero saber. ¿De verdad puedo quedarme con vosotros dos? ¿Para siempre?

—Te quedarás con nosotros —dijo Arman.

—Pero ¿y si ya no os queréis más? ¿Y si ya no queréis vivir juntos, como los padres de Karen?

Arman y Amarna se miraron y no supieron qué responder. Arman, entonces, miró al suelo.

—Quiero mucho a tu madre —dijo con voz tan queda y entrecortada que Chaja tuvo que acercarse para oírlo—. Si ella ya no quiere vivir conmigo, iré a visitaros. No me separaré de vosotras.

Amarna estiró la mano, atravesó la barrera mental anticontacto de Arman y lo agarró por el hombro durante un rato.

—Tenemos una casa grande —dijo ella—. No hace falta que te preocupes más, *patatita*. Nos tendrás a los dos y ya nos las apañaremos siempre que podamos tenerte con nosotros.

No dijeron nada más hasta que Wally y Chaja se hubieron marchado. La tensión en la iglesia ruinosa podía cortarse con un cuchillo. Eva Löbel estaba sentada frente a ellos, inclinada hacia delante. A Amarna le recordó al acusado en un juicio e incluso sintió lástima por ella. Ya no tenía más lágrimas que llorar. En algún momento dado, comenzó a hablar con una voz monocorde, como si alguien hubiera encendido la radio.

—Debería haberlo sabido. Desde el primer día. Quizá lo supe, pero no quise aceptarlo. El pelo puede oscurecerse, pero a la gente no se le cambia el color de los ojos. Me negué en rotundo a comprenderlo porque eso me habría destruido. Durante todos esos horribles años en Francia me aferré a la idea de que había alguien en Londres que me esperaba. Me convencí de que ese alguien era mi hija Chaja. Por una vez no quería ser yo la perdedora que se queda sola y con las manos vacías. No quería ser consciente de que también me había ocurrido lo peor que podría pasarme. Pero había ocurrido. No me quedaba nadie en Londres. Mi hija Chaja está muerta.

Amarna se estremeció hasta los huesos. El corazón le latía con golpes sordos como martillazos. Arman se levantó y se sentó al otro lado, junto a Eva Löbel. Simplemente se sentó allí y le acarició la espalda encorvada.

—Es cierto que mi amiga Wilma y mi antiguo amante Paul habían decidido enviar a Chaja a Inglaterra a través de un convoy de transporte de niños. Enviárosla a vosotros. Como no quise hacerles caso, falsificaron los documentos y lograron, mediante el padre de Chaja o su agente, conseguir una plaza a tiempo. Llegados a ese punto, yo ya estaba arrestada y no me enteré de nada de lo que ocurrió. Lo he averiguado ahora. Cuando he encontrado la carta que Wilma escribió para que la niña que vive con vosotros descubra algún día quién es. O no. Para que descubra que no es Chaja Christiane Löbel, hija de Eva Löbel y Martin Serner.

—¿Nada más? —preguntó Arman.

Eva negó con la cabeza.

—Wilma no sabía nada de ella. Ni siquiera su nombre. Jamás podrá descubrir de dónde viene cuando incluso mis padres, que tenían una vida acomodada de burgués, se han desvanecido de la faz de la tierra.

Amarna vio a Arman retorcerse y luchar contra la náusea. Sabía que estaba pensando en Rehan, en todos los huérfanos como Melinée Manouchian y en aquellos que habían compartido el mismo destino que su hija: no ser nadie. Venir de la nada e ir hacia la nada. «Pero Chaja, no —se juró Amarna—. Chaja tiene “Nuestra montaña”».

El rostro de Arman estaba deformado de dolor. Amarna se levantó y le acarició el hombro.

—Ve, no fuerces el estómago. Yo me quedaré aquí sentada con Eva.

Agradecido, desapareció.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Eva.

—Anorexia —respondió Amarna—. En algún momento dado se le destrozó el estómago. Al

menos, eso es lo que dicen los médicos. Quizá simplemente sea que no tiene ningún filtro que lo proteja del dolor ajeno.

—No debe de ser fácil vivir con eso —dijo Eva.

—No quiero ninguna compasión —dijo Amarna—. Con lo que no es fácil vivir es con Hitler. Arman es veleidoso y delicado, orgulloso, cabezota y dulce. Arman lo convierte todo en un juego de niños.

—No la compadezco —respondió la otra.

Arman regresó y Eva prosiguió sin más preámbulos su terrible narración.

—Wilma y Paul se pusieron como locos de contentos cuando lograron conseguir un visado para Chaja y lo prepararon todo para el viaje. Incluso le hicieron las maletas y se las hicieron sellar. Estaba todo listo. Paul tendría que recoger a Chaja de madrugada para llevarla a la estación y montarla en el tren. De haberlo conseguido, yo la tendría otra vez conmigo, ella me recordaría y yo no estaría sola. Pero no lo consiguieron. Porque algunos días antes traicioné a mi amiga Wilma a la Gestapo. Traicioné todo y a todos para conseguir que dejaran de torturarme durante cinco minutos. Ya no había nada sagrado para mí, ni siquiera esa amistad. Me convertí en un cerdo más.

—Gregorio el Iluminador también sufrió la tortura —dijo Arman—. Apuesto a que él también traicionó todo y a todos, pero fue el que lo torturó el que se convirtió en un cerdo. No él.

—Pero hay tantos héroes…

—En realidad, hay muy pocos. Jean Moulin es el único que conozco. La tortura no nos convierte en cerdos, sino en un algo extraño que escapa a nuestro control. Cuando terminé la instrucción que le dieron a mi unidad al respecto, me moría de la risa. Evidentemente, alguien puede aprender a soportar que le quemen un brazo con un cigarrillo mientras el oficial instructor permanece a tu lado y te pregunta, con una sonrisa amistosa en los labios, «¿Cómo va eso, *sir?* Por favor, dígame de inmediato cuando empiece a dolerle de verdad». La tortura es otra cosa. No tiene límites. Tu yo se convierte en una masa informe, y las masas informes no se pueden manejar conscientemente. No tienes la culpa de nada, Eva. Si tu amiga está muerta, no debes cargar con eso sobre tu conciencia.

—No es mi amiga la que está muerta —susurró Eva.

Arman le tomó la mano entre las suyas.

—La Gestapo fue a casa de Wilma por la noche. Es lo que más les gusta: atacar a la gente en los lugares en los que se sienten más a salvo, más a gusto. Destrozaron tanto a Wilma como su negocio, palmo a palmo. Chaja quiso huir al escondite en el que se había refugiado otras veces: Wilma tenía uno de esos almacenes subterráneos bajo una trampilla y la niña quiso meterse allí. Un tipo de la Gestapo agarró a Chaja por la pierna cuando iba a abrir la trampilla y se rio. La tiró cabeza abajo por la escalera y ella se abrió la cabeza. Su pequeña y dulce cabecita, que fue lo primero que salió de mí hacia el mundo.

Seguía sin poder llorar. En su lugar lo hacían Amarna y Arman, que seguía acariciándole la espalda sin cesar. En algún momento dado, continuó la narración:

—La Gestapo se marchó. No habían encontrado nada interesante donde Wilma y quizá el estallido de violencia que había desatado no había sido suficiente para desahogar su furia. En la calle de enfrente había una vivienda judía y, en el apestoso sótano del edificio, vivía una viuda, judía del este, que sacaba adelante a sus tres hijos mediante la mendicidad. Wilma los solía

ayudar un poco porque la niña pequeña le daba mucha lástima de tan famélica y canija como estaba. Los había protegido en una ocasión en que un par de mocosos de las Juventudes Hitlerianas habían perdido la cabeza y la habían tomado con la pobrecita. Desde entonces le daba a la madre pan, ropa vieja de Chaja y dulces para los niños. La madre se arrastraba por las noches por la calle buscando restos comestibles en la basura. Aquella noche tenía a la niña con ella. En un momento dado, debió de toparse con los de la Gestapo, porque, al parecer, uno de esos tipos disparó a la madre en la cabeza. La pequeña huyó en busca de la única persona que había sido un poco amable con ella. De Wilma, que yacía medio muerta en medio de su negocio, reventado. Poco después, con la salida del sol, Paul apareció para llevar a mi Chaja a la estación.

Arman volvió a luchar contra las náuseas, pero logró dominarse. Arman se sentó a su lado y le acarició el abdomen, algo que a veces lo aliviaba. Él le acariciaba a Eva la espalda. «¿Qué podrá consolarnos si no es un poco de dulzura? —pensó Amarna—. ¿Cómo pueden aún quedarnos palabras cuando ocurren cosas así?».

Eva prosiguió:

—Estaban tan obsesionados con poner a salvo a mi hija, habían luchado tanto por conseguir ese visado… De alguna manera llegaron a creer que podrían salvar a la humanidad entera si pudieran salvar por lo menos a un ser humano. Y ahora que mi hija estaba muerta, aquel visado de valor incalculable se perdería sin remedio.

—Una plaza libre en el bote salvavidas —murmuró Amarna—. Entonces, ¿utilizaron el visado de su hija para enviar a la niña judía del este?

Eva asintió.

—Las edades más o menos concordaban.

—¿Qué quiere decir con «más o menos»? —la interrumpió Amarna.

Eva se encogió de hombros.

—Su hija me parece bajita para tener once años, pero tampoco soy ninguna experta.

—Creo que es un año más pequeña de lo que pensábamos —dijo Amarna—. Necesita más tiempo. Todo el tiempo del mundo. Por favor, siga contándonos. ¿Cómo lo hicieron para solucionar lo de las fotos? Por lo que dice, las dos niñas no se parecían.

—No, no se parecían en absoluto, pero supongo que las fotografías no eran de demasiada buena calidad y tampoco nadie debió de fijarse mucho en ellas. Era el primer convoy y la gente de la asociación judía probablemente estaba más preocupada porque saliera todo bien. A las mil maravillas.

—Sí, lo sé —murmuró Amarna—. Yo recogí a Chaja en el muelle y lo vi.

—Gracias —dijo Arman, que ya no tenía náuseas—. Gracias por lo que hiciste. Me encantaría poder agradecérselo también al doctor Vollmer y a Wilma, la amiga de Eva. No quiero ni imaginarme por lo que han debido de pasar para poder salvar a nuestra Chaja. Se me revuelve el estómago solo de pensarlo.

—El mío también —dijo Amarna y dejó la mano posada en su abdomen.

—¿Y si los visitamos cuando la guerra haya terminado? —preguntó él—. ¿Para agradecérselo?

—¿Crees que acabará algún día? —preguntó Amarna.

—¿Crees que seguirán con vida? —preguntó Eva —. Puse el nombre de Wilma en la lista de la Gestapo y Paul no aguantaría ni dos días en esa guerra.

—¿Os acordáis de Lucien? —respondió Arman—. Su madre me dijo: «Mientras no tenga noticias de su muerte, mientras nadie me diga que está muerto, para mí, sigue con vida».

Eva tendió la mano hacia él, pero enseguida la retiró.

—La estrella que llevas en el pecho —dijo ella—. Paul, el mismo Paul al que yo consideraba un cobarde sin huevos, se lo quitó a mi hija muerta y se lo puso en el cuello a una niña viva. Y le pusieron en los brazos su monito de peluche. Wilma escribió que probablemente fueron los primeros regalos que recibió en su vida.

Arman intentó nuevamente quitarse la estrella, pero Eva negó con la cabeza.

—Quédatelo, ¿de acuerdo? Era de mi hermana. Ya no queda nadie de nosotros. ¿Quién debería llevarlo si no?

—Tú.

Ella sonrió. Era una sonrisa ligera y triste.

—Te digo lo mismo que antes te ha dicho tu hija: quédatela porque, si no, no tendrás nada mío y te olvidarás de mí.

—Eva…

—Déjalo estar —dijo ella y le dio una palmadita en la mejilla—. Tienes muchos talentos, pero saber fingir no está entre ellos. —Se dio entonces la vuelta hacia Amarna—. No sé por qué ya no lo quiere. ¿Es que le gusta más ese conservador suyo? Si es por eso, no hay nada que se pueda hacer. Sin embargo, si es por mi culpa, no sea injusta con él. Eso era justo lo que yo quería conseguir, pero ya no. Él me ha dado algo que yo ya no creía que pudiera volver a tener: su respeto, su amistad, su humanidad. ¿Se merece que lo castiguen por eso? No me ha dado nada que le pertenezca a usted y es una de esas personas que se quedan a tu lado durante un diluvio, Amarna. Que te llevan hasta tierra firme cuando eso ya no parece posible.

El corazón de Amarna latía con tal fuerza que hasta respirar le resultaba doloroso. Eva lo leyó en su rostro. Arman agachó la cabeza y fijó la mirada en el suelo entre las piernas.

—Él es de aquí —graznó Amarna—. Del monte Ararat. Debí de haber sabido que su corazón sería mi arca.

Se pasó el reverso de la mano por la frente, pero siguió sudando.

—¿Podría dejarnos a solas cinco minutos antes de que volvamos a casa de los Veysel?

—El tiempo que haga falta —dijo Eva—. No voy a suicidarme. No sé cómo voy a sobrevivir ni sé tampoco para qué, pero me temo que lo haré.

—Yo tampoco lo sabría si estuviera en su lugar —dijo Amarna—. Y todo lo que puedo ofrecerle son cosas tan pobres que yo, imagino que igual que usted, no sabría qué partido sacarles: nuestro dinero, nuestro hogar, nuestra amistad, las patatas de nuestra bañera de cinc. Tenía razón cuando antes planteó su propuesta: yo debería recibir a Chaja y usted a mi marido. De hecho, lo perdí en el mismo momento en que no grité a viva voz que las cosas no funcionan así, que no podía, simple y llanamente, cedérselo. Pero me sentí tan desgarrada por dentro, tuve tanto miedo de que Chaja pensara que ella me importaba menos…

—¿Por qué no paras de fustigarte constantemente por semejante insensatez? —bramó Arman sin levantar la cabeza—. Ese tipo de preguntas no tienen respuesta. Son fascistas, es como cuando les preguntan a los internados en los campos de concentración: «¿Prefiere usted que disparemos a su abuela o a su hijo?». Esa no es nuestra manera de hablar las cosas.

Eva lo observó y después volvió la mirada hacia Amarna, con la sombra de una sonrisa en el

rostro.

—Y ¿no podríamos compartirlo?

Arman levantó la mirada y también sonrió.

—Eso ya no puede ser. Antes, cuando Doris, mi vecina, aún seguía con vida, llegué a planteármelo: se pasó un año entero inspeccionando mi casa tratando de descubrir dónde escondía mi harén. Pero ahora viven bajo nuestro techo demasiados niños cándidos e incorruptos.

Amarna abrazó a Eva.

—Gracias por todo.

Seguidamente, agarró a su marido por la camisa.

—Ven conmigo fuera, ¿de acuerdo?

En lugar de seguirla, Arman se arrodilló frente a Eva y posó la mano sobre la frente de ella.

—Hacemos esto cuando queremos desearle a alguien la bendición de un hijo —dijo él—. *Tarose kes*. Te doy lo que yo he recibido.

Y, con eso, se levantó y siguió a Amarna fuera del recinto de la iglesia derruida.

El calor sofocante los golpeó sin piedad y la luz era tan cegadora que resultaba imposible mirar al cielo. En lo que antaño había sido el cementerio de la iglesia quedaba un único *jachkar* que se alzaba, robusto, sobre el suelo. Hacía allí fueron. Su marido trotaba tras ella. Los dos estaban muertos de cansancio.

—¿Dónde está la escultura de la que has hablado con Chaja? ¿Esa en la que estamos Bülent, Chaja y yo?

—¿Dónde iba a estar? En el museo. ¿Dónde si no?

—Por favor, ¿dónde exactamente en el museo?

Él se revolvió.

—En la exposición sustituta.

—¿Sobre la escalera? ¿Donde está *La Guerre?*

—Sí.

—Soy apocada y débil —dijo ella—. Y ya no me atrevo a acercarme a ti, pero no sé de dónde ha salido el rumor de que ya no te quiero.

Él la miró a través de un velo de lágrimas.

—Amarna, has supuesto de mí cosas que ninguna mujer racional toleraría del tipo con el que vive. Has dicho que os he traicionado a Chaja y a ti, que me estaba beneficiando a Eva, que…

—Lo sé. Nunca olvidaré esa horrible tarde. Me aterrorizaba perderte porque ella entendía todo lo que sientes y llega a una parte de ti que no puedo alcanzar. Pensé que te iría mejor con ella que conmigo porque conoce lo que has experimentado, porque no tienes que explicárselo y porque ella nunca, nunca, nunca te diría algo tan repugnante como: «Todo ese pasado tuyo, ese continuo vivir con los muertos me tiene hasta las narices».

—Hace un siglo de eso.

—Pero aún lo recuerdas. Todavía te duele.

Él la miró directamente a los ojos a pesar de los tres pasos de distancia entre ellos.

—¿Estás harto de mí, Amarna?

Agotada como estaba, ella corrió hacia él y le tapó la boca.

—No vuelvas a pensar nada parecido, Enkidu. Por favor, no lo hagas nunca más. Estoy harta

de todo. De la guerra, el miedo, la muerte, de las historias espantosamente tristes, de los hijos sin padres, de los padres sin hijos, de los ausentes, de las vidas destrozadas. Pero no de ti. Tú siempre despiertas mi apetito. A lo mejor por eso nunca comes nada. En aquellos momentos espantosos en los que pensé que me habías abandonado, nunca llegué a pensar que la guerra llegaría a su fin. Quizá nunca lo haga. Pero mientras te tenga a ti, mientras nuestra arca resista, jamás pensaré que todo ha sido en vano.

Él la rodeó delicadamente con los brazos, la atrajo hacia él y le susurró al oído.

—Amarna. Está llegando a su fin.

—¿Lo dices en serio? —dijo ella, dando un respingo.

—Sí —susurró él—. Y puedo demostrarlo.

—Cuéntame.

—Todavía no.

—¿Por qué no?

—Porque ahora quiero sentirme ofendido —dijo él, pero su voz no sonaba ofendida, sino profundamente dolida—. No puedo creer que me creyeras capaz de algo así. Abandonarte por alguien. ¿Qué tengo de malo? ¿El vivir con los muertos, con el pasado? ¿Es que no soy suficiente hombre como para mostrarte que mi vida eres tú? Si no me quieres más a tu lado me parece justo y aceptable, pero que me calumnies no lo es. Si me abandonas, me quedaré solo. No tendré a nadie.

—Por favor, quédate conmigo —se le escapó—. Por favor, abrázame fuerte. Por favor, no estés tan furioso conmigo.

—Pero estoy furioso. Haga lo que haga, siempre piensas lo peor de mí.

Sin embargo, la abrazó. La apretó contra él y le acarició el pelo con los labios.

—Y ¿cómo ibas a estar si no es furioso? Arman, ¿me crees si te digo lo insoportable que me resulta haberte hecho daño? ¿Haber sospechado del cuerpo que me habías confiado? ¿Hasta qué punto me enferma?

Él no dijo nada.

Ella alzó la mirada hacia él.

—A ti también te enferma, ¿verdad?

—No lo sé —dijo él con tristeza—. Solo sé que ya no quiero seguir pasando por eso. Que me premien con besitos y luego me muelan a palos cuando me porto mal.

Amarna se estremeció y no dijo una palabra.

—Está bien —dijo él y le acarició la cabeza—. Creo que tenía derecho a decirlo por lo menos una vez, pero ya no hace falta que volvamos a hablar de ello.

—Pero ¿es que no eres capaz de defenderte? —exclamó ella y lo apretó contra su cuerpo—. Por favor, ¡deja de poner la otra mejilla!

—No —dijo él con orgullo, la soltó y se miró las manos—. Tú misma puedes castigarte. Yo no pienso dejarme presionar por nadie. Simplemente voy a hacer lo que me dé la gana.

—¿Cómo has aprendido a hacer eso?

Él se encogió de hombros.

—Bülent me dijo: «Si quieres dejar de comportarte como un bruto, tendrás que hacer un esfuerzo». No pienso dejar que una puñetera burra como tú me convenza de que tengo que hacerle daño a nadie. Tú misma me dijiste que debía plantearme si era eso lo que quería:

sobrevolar y lanzar bombas. Pues bien, no quiero.

Ella quiso volver a atraerlo hacia ella, pero, en lugar de eso, dejó caer los brazos.

—Me avergüenzo de ello. Y acerca de Wally…

—No —dijo él y alzó las manos—. Dejémoslo estar, ¿de acuerdo?

—¿Puedes hacerlo? Yo no podría, Arman. El único motivo por el que quise abandonarte fue por la manera en la que mirabas a Eva.

«Abandonarte. Partirte la cara. Y no lo digo en voz alta porque, tal y como estamos ahora, sería impensable».

—Y ¿cómo la miraba? —preguntó Arman.

Amarna gimió.

—Como si la quisieras a ella. Y no a mí.

Él permaneció en silencio un rato, mirándola. Así, como cuando la quería.

—Me resultaba difícil —dijo él—. Estar a solas con ella. Contigo no habría podido. Si quieres dejarme por eso…

Amarna negó con la cabeza. Ella también permaneció un buen rato en silencio, pues todas las palabras que se le ocurrían en cuatro idiomas distintos le parecían huecas, vacías, y no deseaba más que poder posar los labios sobre los hombros desnudos de su marido.

—Por favor, habla conmigo. Dime lo que quieres hacer.

—No quiero dejarte —dijo él, y a ella le pareció que se sentía tan solo que quiso llamarlo a gritos—. ¿Tendré que batirme en duelo con Wally? Me parece un buen hombre. Si no se hubiera atrevido tan alegremente a correr todos los riesgos que corrió para ponerme al día, yo seguiría en Francia y no tendría idea de dónde estabas tú. Además, no puede evitarlo. No sé cómo puede apañárselas ningún hombre para no enamorarse de ti y, si fuera él quien estuviera casado contigo, yo no podría ponerle ninguna pega.

Amarna lo abrazó por los hombros y vio que los dedos le temblaban.

—No te batas en duelo con Wally —dijo ella.

—Entonces, ¿qué? ¿Me dedico a gimotearte como a un perro y a decirte que me duele, que me vuelvo loco solo de imaginarte entre sus brazos cuando lo que quiero es tenerte en los míos día y noche? ¿Debería afirmar que tengo motivos para lamentarme amargamente mientras la mujer de ahí dentro ha perdido a su hija y yo a la mía no tengo más que meterla en un avión, ponerle el cinturón de seguridad, envolverla en una manta y llevarla a casa sana y salva?

Ella abrazó los hombros de él aún con más fuerza, pero el cuerpo entero le temblaba.

—Te quiero en mis brazos, Arman. No puedes dar ni un paso lejos de mí sin que me quede mirándote el culo e, incluso aunque no me parecieras un pecado andante, me seguirían entrando calores solo de pensar en ti. Le he sido más infiel a Wally que a ti.

—Creo que lo sé —dijo él, quien cedió finalmente su resistencia y hundió la cara en el pelo de ella—. De todas formas, me esforzaré. Pero no sé qué debo hacer, *lajvard*. En algún punto del camino he perdido tu confianza y no sé cómo voy a hacer para recuperarla.

—No has sido tú —dijo ella, recostándose sobre él y escuchando los latidos de su corazón—. Ha sido la vida. Todo este horror. Me resulta difícil alegrarme por nada, no me atrevo a hacerlo porque, enseguida, ocurre algo insoportable. Como aquel día en que llegó mi padre y fuimos al Albert Hall. Yo era tan feliz, estaba tan locamente enamorada de tus orejas rojas, que quería librarme de Doris y Dexter y tirarme encima de ti. Y, después, quería disculparme por todo lo

que te había dicho la noche del bombardeo. Quería que me dieras la mano, que me creyeras cuando te dijera que me dolía profundamente y que podíamos olvidarlo. Pero, en lugar de eso, Doris y Rehan murieron. Y ¿hoy? Se ha cumplido mi mayor deseo, podemos quedarnos con Chaja y puedo quedarme contigo, pero ¿cómo voy a alegrarme? ¿Con todo lo que le ha ocurrido a Eva? ¿Con lo que les ha ocurrido a Paul y a Wilma? ¿Con lo que le ha ocurrido a mi hija? Tengo miedo de contárselo a Chaja. Tengo miedo de que esto no se haya acabado para ella.

—¿Miedo de que muera, igual que Rehan?

Amarna asintió y hundió la mirada.

—*¿Lajvard?* Por favor, ¿puedes mirarme?

Ella lo miró y se sintió un poco tonta porque, después de trece años, aún seguía sorprendiéndole lo bonitos que eran sus ojos.

—¿También temes por mí? ¿No confías en mí porque piensas que en algún momento el pasado se me va a subir a la cabeza y entonces me dará por echar a correr entre las bombas o a saltar sin paracaídas del avión?

Ella volvió a agachar la cabeza.

—Mi padre dijo que los que han vivido lo mismo que tú no pueden evitar llevar un suicida dentro.

—Pero tu padre no ha vivido lo mismo que yo —respondió él, cortante—. Si tuviera razón, ¿para qué nos molestamos en construir un arca si la íbamos a llenar de suicidas? ¿Para qué luchamos contra Hitler si, de ser así, ya habría ganado? Me tiene hasta las narices. Que tu padre me esté insultando constantemente es algo a lo que ya estoy acostumbrado y, quizá, yo también lo haría si mi preciosa hija se casara con un tipo que no me gustara, pero… ¡es que eso ya es insultar a un montón de gente excepcional! Gente como Missak y Melinée, como Chaja, como Eva. Gente que se niega a dejarse doblegar por Hitler.

—Oh, Arman, no te haces una idea de lo mucho que me gustas cuando te enfadas. Por favor, sigue. Dime qué más te tiene hasta las narices.

—Pues a mí no me gusta nada —dijo él, furioso—. Sí, tienes razón, vivo con los muertos y no pienso dejar que nadie me lo prohíba porque no quiero renegar de ellos. Doris, Bülent, Rehan, Missak, Lucien, Jean, mis padres y Tuma. Todos me pertenecen y no quiero que caigan en el olvido como si nunca hubieran existido. No por eso hay que tildarme de suicida. Vosotros me salvasteis, Bülent y tú, pero yo también me salvé a mí mismo y no hice ese esfuerzo en vano.

—Soy una loca histérica, Arman.

—¿Tú? No. Tú eres conservadora en el British Museum.

—¿Te tengo hasta las narices?

Ella sintió que el cuerpo de él se tensaba. Cuando él le besó el cuello, ella notó los dientes de él sobre su piel.

—Ninguna mujer hermosa me tiene hasta las narices. Solo Hitler me tiene hasta las narices. Y, cuando desaparezca, aprenderé a jugar al tenis con Dexter. Y Chaja también vendrá.

—Al tenis —repitió Amarna—. De eso es de lo que hablas con Dexter. De tenis.

—Claro. ¿Por qué no? ¿Crees que somos demasiado viejos, acaso?

Amarna rio.

—Tú no. Pero me temo que llegará algún día en que yo no sea capaz de seguirte el ritmo. No, no tienes nada de suicida. Eres un volcán, Enkidu.

—No es de extrañar. Mi montaña también lo es. Solo que está dormida.

—Amo tu montaña —dijo ella—. Y te amo a ti. Ojalá pudiéramos quedarnos un poco más aquí para reponernos. Pero las cosas no son así, ¿verdad? Todavía no.

—No. Todavía no. Tenemos que marcharnos lo más rápido posible antes de que se vuelva casi imposible.

—Entonces, me consolaré pensando que en Londres podré ir a ver la escultura y descubrir por qué has colocado una estatua mía y de Bülent y Chaja sobre el *Zócalo vacío*.

—Porque soy un suicida —replicó él.

Ella le propinó un capón.

—Por favor, dímelo.

—No quería seguir arrastrando ese *Zócalo vacío*. En realidad fue idea vuestra, y no mía, que colocara una escultura encima. Yo prefería dejarlo vacío. Estaba para eso, para que le faltara algo. Pero, entonces, pensé: «Ya sé qué es lo que le falta. Lo he sabido siempre. Soy yo. Sobre ese zócalo vacío necesitamos algo distinto, algo que nos permita aguantar este último arreón porque, en el fondo, lo sabemos: la tierra bajo nuestros pies es tierra firme y todo lo que nos queda merece la pena».

Ella puso las manos sobre las mejillas de él y le dio un largo beso en los labios.

—Jamás renuncié a ti —dijo ella—. No habría sido capaz de sustituirte, solo puedo hacerlo contigo: que la vida me haga desesperar y, aun así, sentir felicidad con todo mi cuerpo. Vámonos de aquí, cuidemos de Eva tanto como podamos, pongamos a Chaja a salvo, bajo techo, organicemos el regreso. Pero, si tienes razón y la guerra va a llegar realmente a su fin, entonces, podremos volver, ¿verdad?

—Ya te he dicho que puedo demostrarlo.

—Pero no lo has hecho.

—Espera.

—Quizá podamos comprar una casita aquí —pensó en voz alta Amarna.

—Podríamos hacerlo —dijo Arman y torció la boca como Doris solía hacerlo cuando se quejaba del tiempo, a pesar de que le brillaban los ojos—. Sin embargo, creo que hay otra cosa que podríamos comprar. ¿Por qué no compramos París? Allí ya ha dejado de llover.

GLOSARIO

Aeródromo: La palabra aeródromo, que, por lo general, describe un terreno con pistas de aterrizaje más pequeño que un aeropuerto, la adoptó la Royal Air Force durante la Segunda Guerra Mundial en su forma anglófona, *Aerodrom,* para referirse específicamente a los aeródromos con función militar, en correspondencia con el término de sus aliados franceses: *Aérodrome*.

***Adhan*.** Llamada islámica al rezo.

***Affiche rouge*.** En francés, «cartel rojo». Póster propagandístico de la ocupación alemana y el Gobierno de Vichy en los que se difamó al grupo de la *Résistance* de Manouchian, una vez capturado, al presentarlos como criminales extranjeros. Se colgaron miles de carteles por París. Se ejecutó a los detenidos.

***Ahnenerbe*.** En alemán, «herencia de los ancestros». Equipo de investigación promovido por las SS que pretendía, mediante la investigación histórica y arqueológica, corroborar las teorías de la supremacía en torno a la «raza superior» aria. En vigor desde 1935, se la considera responsable de las investigaciones científicas sobre sujetos humanos realizadas con los prisioneros de los campos de concentración.

***Aliyah* de jóvenes.** Organización judía fundada en 1933 por Recha Freier, orientada a posibilitar la emigración de niños y jóvenes judíos a Palestina sin sus padres. Salvó la vida de miles de niños.

Anderson Shelter. Búnker de tamaño pequeño que se desarrolló a partir de 1938 a petición del Home Office y con capacidad para albergar a seis personas. Un Anderson Shelter se componía de placas de acero galvanizado y debía enterrarse hasta un tercio de su altura en el jardín. Costaba siete libras, lo que actualmente se correspondería con unas cuatrocientas libras. A partir de 1939, comenzaron a entregarse gratuitamente a los propietarios de jardines con pocos recursos.

***Anoush*.** En armenio, «dulce».

***Aqiqah*.** Festival islámico de bienvenida al recién nacido que, tradicionalmente, se celebra siete días después del parto y en el que se sacrifica una oveja y se reparte la comida con los invitados y los pobres de la zona.

ARP. Air Raid Precaution. Organización británica de protección contra ataques aéreos.

Arrondissement. Barrio parisino.

BBC Home Service. Emisora central de radio de Gran Bretaña con sede en Londres, que se fundó el 1 de septiembre de 1939 mediante la fusión de las, hasta el momento, emisoras de alcance regional. Con ello se pretendía evitar que el enemigo pudiera aprovechar las diversas frecuencias como herramienta de navegación. Todas las emisiones comenzaban con las palabras: *«This is the* BBC Home Service».

Beckton Gas Works. La mayor compañía londinense de gas, perteneciente a Gas Light and Coke Company. En funcionamiento desde 1879 hasta 1970.

***Blanquette*.** En francés, «blanco». Consiste en un guiso de carne de cordero, típico de la cocina francesa, compuesto por carne preparada de tal forma que permanece clara, no se oscurece en el horno.

Boceto. Modelo previo de una escultura, habitualmente modelado.

Bovril. Caldo concentrado de carne favorito de los británicos en los años treinta, que se utilizaba también para untar en el pan, así como de aditivo en las bebidas y como complemento nutricional.

British Union of Fascist. Partido fascista antisemita de Gran Bretaña, en activo desde 1932 hasta 1940.

Bristol Blenheim. Bombardero ligero de la Bristol Aeroplane Company, presentado en 1935. Modelo de gran éxito diseñado para vuelos nocturnos. Pensado también como avión de reconocimiento, un primer modelo descartado, el Mk II, tenía un tanque de combustible de 468 galones y estaba indicado para vuelos de larga distancia.

***British Movietone News*.** Noticiario semanal británico, en activo desde 1929.

Bujarda. Martillo de cabeza cuadrada que utilizan los escultores como herramienta.

Cincel. Instrumento de escultura utilizado para perforar. Cuenta con modelos especiales, como el cincel dentado o el de cabeza de toro.

***Commission*:** Título que se le concede al militar británico al licenciarse.

***Der Wahre Jacob*.** Revista satírica alemana cercana a la socialdemocracia en la que abundaban las caricaturas. Se publicó desde su fundación en 1879 con una única interrupción hasta su prohibición final en 1933.

***Die Dame*.** Revista femenina ilustrada de moda que se publicó desde su fundación en 1911 hasta su cancelación en 1943 debido a la guerra.

***Die Freundin*.** Publicación emitida por primera vez en 1924, destinada al público lésbico. Fue la primera publicación alemana destinada a mujeres lesbianas, con frecuencia inicialmente mensual y, posteriormente, semanal hasta su prohibición en 1933.

***Dig for Victory*.** En inglés, «cavar por la victoria». Campaña de amplio alcance, promovida mediante carteles y publicidad en la radio y los semanarios cinematográficos, en los que se animaba a los británicos a plantar verduras en sus jardines para reforzar las parcas reservas alimentarias del país.

Distinguised Flying Cross. Medalla británica al valor para miembros de la Air Force. Durante la Segunda Guerra Mundial se otorgaron más de veinte mil.

***Elgin Marbles*.** Conjunto de esculturas y relieves, obra de Fidias, que *lord* Elgin extrajo de la Acrópolis de Atenas y vendió al British Museum.

Enkidu. Personaje de la epopeya *Gilgamesh*. A Enkidu, el «salvaje», lo creó la diosa Aruru con barro y saliva para que se convirtiera en el compañero de Gilgamesh y en su rival en igualdad de condiciones. Gracias a Enkidu, Gilgamesh aprende a amar y la muerte de su amigo, con la consiguiente sensación de pérdida, lo empuja a un profundo viaje interior.

Escoda: Martillo de dos manos utilizado en escultura para cincelar.

Esmeril: Mineral que se utiliza como lija natural.

***Épicerie*.** En francés, «tienda de alimentación».

***Flinch*.** Juego de cartas sencillo de gran popularidad en los años treinta.

***Flying officer*.** Rango menor dentro de los oficiales de la Royal Air Force, similar al de

teniente en el Army.

France Libre. Organización militar fundada por Charles de Gaulle durante su exilio británico en junio de 1940, compuesto por tropas francesas decididas, tras la ocupación, a continuar la lucha contra la Alemania de Hitler y el régimen de Vichy.

FTP. *Franc-Tireurs et Partisans*. En francés, «francotiradores y partisanos». Uno de los grupos armados de la *Résistance* más importantes. Grupos asociados, con las siglas FTP-MOI *(Main d'Œuvre Immigrée),* se componían de trabajadores extranjeros, numerosos judíos polacos y armenios. Desde junio de 1943, la FTP-MOI quedó bajo el mando militar de Missak Manouchian. Cinco meses después de su nombramiento, casi todo el grupo parisino fue detenido y posteriormente ejecutado en febrero de 1944.

Gabro. Piedra ígnea de gran dureza, de color negro o grisáceo.

Gloster Gauntlet. Avión de combate monoplaza de la compañía Gloster Aircraft, que se presentó en 1935.

Hawker Hart. Bombardero ligero biplano biplaza de la compañía Hawker Aircraft. Lanzado en 1930, se desechó mucho antes del inicio de la guerra y fue sustituido por el Hawker Demon.

ITW. Initial Training Wing. Centro de instrucción inicial de los pilotos de la Royal Air Force, repartidos en su mayoría a lo largo de la costa.

***Jachkar*.** En armenio, «cruz de piedra». Representación conmemorativa en piedra de gran valor artístico, perteneciente al arte escultórico armenio, en cuyo centro se ubica una cruz. Los motivos periféricos son, en su mayoría, geométricos o vegetales, con un gran efecto armónico. Su uso se extendió durante el siglo IX, pero algunas formas primitivas datan de tiempos precristianos.

Khachuhi. Del armenio, «pequeña cruz».

***Krapar*.** Expresión del armenio occidental para el *grabar*, la lengua clásica y de más antigüedad demostrada que, a fecha de hoy, sigue utilizándose en la Iglesia Apostólica Armenia como lengua litúrgica.

Kronprinzenpalais. El antiguo Kronprinzenpalais se convirtió en 1919 en el Departamento de Arte Moderno de la Berliner Nationalgalerie, la llamada «Galería de los vivos». El 7 de julio de 1937 se confiscaron 435 obras de esta excepcional colección, a las que se colgó el apelativo de «arte degenerado».

***Küçügüm*:** En turco, «mi pequeño».

***Lajvard*.** En armenio, «lapislázuli».

***Le Temps*.** Diario francés políticamente independiente que se publicó en París hasta noviembre de 1942.

Línea Maginot. Erigida en los años treinta, línea de defensa profundamente fortificada a lo largo de la frontera francesa, pensada para soportar cualquier ataque. Llamada así por el ministro de defensa francés André Maginot.

***Marcha del coronel Bogey*.** Marcha militar compuesta en 1914 que, en los primeros años de la Segunda Guerra Mundial, adquirió de la noche a la mañana el carácter no oficial de himno nacional al añadírsele una letra de carácter cómico-ofensivo bajo el título *«Hitler has Only Got One Ball»*. La palabra *ball*, que podría traducirse vulgarmente como «huevo», hace referencia, al mismo tiempo, a las «agallas», en el sentido de coraje. Las distintas versiones de la coplilla siguen siendo, hoy, un símbolo del sentido del humor grosero, pero reacio a desaparecer, del

valor en tiempos de desesperación y, durante la celebración de los setenta años del final de la guerra, volvió a cantarse espontáneamente en el Albert Hall.

New Burlington. Galerías de arte en Central London que, por mediación del Spanish Relief Commitee, exhibió la pintura de Picasso inspirada en la Guerra Civil *Guernica*, para proporcionar respaldo económico al bando republicano. La exposición, que en realidad no se inauguraría hasta otoño, no obtuvo el éxito esperado. Similar resultado obtendrían los artistas alemanes a los que los nazis tildaron de «degenerados».

***Pilot officer*.** Rango menor dentro de los oficiales de la Royal Air Force, similar al de subteniente en el Army.

Poilu. Apelativo coloquial para referirse a los soldados franceses de la Primera Guerra Mundial. El adjetivo *poilu* significa «peludo» y hace referencia a las pobres condiciones higiénicas en las trincheras.

***Reichsfachschaft Film*.** En alemán, «Asociación cinematográfica del Reich». Sección de la Reichsfilmkammer a la que, desde 1933, debían asociarse todos los trabajadores del mundo del cine para mantener su puesto de trabajo. En la solicitud de afiliación debían indicarse la religión, la ascendencia, los posibles antecedentes penales y la posible pertenencia a organización política.

***Reichsfilmkammer*.** Fundada en julio de 1933, organismo nacionalsocialista integrado en la Cámara de Cultura del Reich desde el 22 de septiembre de 1933, que se encargaba de la regulación y la vigilancia de la producción cinematográfica alemana.

Rive Droite. Orilla derecha del Sena, considerada tradicionalmente como la más burguesa y conservadora.

Rive Gauche. Orilla izquierda del Sena, tradicionalmente ligada a los barrios menos convencionales y más coloristas, en los que se desarrollaban el arte, la cultura y la educación.

***Salatul yanaza*.** Oración fúnebre del Islam.

SNCF. *Societe Nationale de chemins de fer Français*. Sociedad de ferrocarriles francesa, nacionalizada completamente desde 1938.

SOE. *Special Operations Executive*. Unidad militar secreta británica de operaciones especiales, entre las que se encontraban el espionaje y los actos de sabotaje, así como la colaboración con los movimientos de resistencia en los territorios ocupados. Se fundó en verano de 1940, según una iniciativa de Churchill, a partir de tres organizaciones secretas previas y se estableció su cuartel general en Baker Street. Los oficiales de la SOE que, entre otros actos, se lanzaban en paracaídas o desembarcaban tras las líneas enemigas para infiltrarse en los territorios ocupados, eran reclutados de formas poco convencionales y se les probaba y formaba a conciencia. La mayor parte de la población no supo de la existencia de la *SOE* hasta el fin de la guerra.

Sociedad de Naciones. Sociedad de Estados que se fundó como consecuencia de la Primera Guerra Mundial y cuya base se estableció en Ginebra en 1920. Su principal cometido, la consecución de una paz duradera, fracasó. Los miembros restantes abandonaron la sociedad en 1946.

Soir de Paris. Perfume obra del perfumista franco-ruso Ernest Beaux (conocido por el *Chanel n.º 5).*

***Stuka*.** Avión caza en picado.

***Sünnet*.** Denominación turca para la celebración de la circuncisión.

Talla directa: Extraer una escultura directamente de la piedra sin preparación previa. Con frecuencia carece incluso de un boceto o de un bosquejo dibujado.

***Tavla*.** Juego de mesa similar al *backgammon*.

***The Kitchen Front*.** Emisión humorística de la BBC en la que dos hermanas, Elsie y Doris Warren, conocidas como «Gert y Daisy», proponían recetas a partir de ingredientes obtenidos durante el racionamiento.

Tiger Moth. Avión de instrucción con el que la mayor parte de los pilotos de la RAF aprobaron su instrucción inicial durante los años treinta.

Tušpa. Capital del antiguo reino de Urartu. Fundada en el término municipal de la actual Van, al este de Turquía, se convirtió en la capital del Gobierno en el año 832 a. C. Buena parte de la estructura arquitectónica de la ciudad sería destruida irreparablemente durante la Primera Guerra Mundial.

Tate. Importante galería de arte de Londres, fundada en 1897, que, a lo largo de los años ha ido diversificándose en cuatro galerías. En los años treinta y cuarenta, no obstante, sus exposiciones de arte nacional e internacional aún se encontraban en su sede tradicional del Millbank.

Urartu. Imperio del antiguo Oriente, más concretamente del Asia Menor, al este de Anatolia, en la zona montañosa junto al lago de Van y la cordillera del Ararat. Bajo el reinado del rey Sardori I, en el 832 a. C., Urartu se hizo con gran poder en la región e incluso amenazó la supremacía asiria. Por motivos poco claros, el Imperio desapareció de la faz de la tierra en el año 6 a. C. y no volvería a descubrirse hasta el 1827.

***Utanapishtim*.** En sumerio, «he encontrado mi vida». En la epopeya de Gilgamesh, el constructor del arca y superviviente del Diluvio que, como protector de la especie humana, recibe la inmortalidad de manos de los dioses. El mito del Diluvio de la epopeya de Gilgamesh guarda fuertes similitudes con la epopeya de *Atrahasis* y la narración bíblica de Noé.

WAAF. Women's Auxiliary Air Force. Sección de voluntariado femenino de la Air Force responsable, entre otras funciones, del aprovisionamiento de las unidades de pilotos.

Welbike. Motocicletas plegables destinadas a los paracaidistas.

Westland Lysander. Avión inicialmente diseñado como bombardero, la organización antecesora de la SOE lo utilizó para la infiltración de unidades en Francia, dado que podía aterrizar en zonas intransitables y con poco espacio. Podía transportar hasta tres pasajeros.

***Wicket keeper*.** Tipo de jugador de críquet.

***Wing commander*.** Oficial de alto rango de la Royal Air Force. Equivalente al del teniente coronel en el Army.

York Hall. Centro deportivo inaugurado en 1929 en el East End londinense (Bethnal Green), especialmente destinado al boxeo y la natación.

AGRADECIMIENTOS

Gracias, Ararat.

Gracias por los momentos más hermosos de mi vida.

He tenido el increíble privilegio de poder escribir este libro en cinco encantadoras capitales: gracias a Londres, Berlín, Ereván, París y Tebas/Luxor (además de la casi capital Estambul).

Nunca había escrito un libro en el que hubieran participado tantas personas, en el que tantas personas hubieran contribuido con sus historias, experiencias, conocimientos, opiniones, fantásticas ideas y alegría de vivir de una manera tan generosa que me avergüenza. A todos ellos les estoy muy agradecida. Este de aquí será para siempre vuestro libro, tanto como lo es mío. Gracias por permitirme conoceros a vosotros y vuestro trabajo, gracias por haber celebrado tantas fiestas espontáneas en el Ararat. Y por continuar, por hacer que esos dos años que pasamos juntos hayan dado tanto de sí.

A un par de ellos *(my personal «the few»)* tendré que mencionarlos por su nombre, no queda otra. Por su paciencia, por su inagotabilidad, por su… ¡Bah! ¡Qué sé yo!

Mil gracias a:

First, never least: Will, de la RAF. Te mereces una medalla al valor. «*He can't do that with us*» seguirá siendo para mí, junto a «en París también llueve», el lema de este libro.

Germaine y André, del Jean Moulin Musée, París. «*We'll always have Paris*». Gracias a los dos.

Della, Dot y Gladys, que me contaron su noche en el Anderson Shelter. Un privilegio. Inolvidable.

David, del Tate Modern, que, dos días antes de Navidad, se pasó tres horas explicándome en qué consistía la talla directa… Para después confesar, con toda su flema inglesa, que la escultura de la que estábamos hablando, en su opinión, no se sostenía por ningún lado.

Jenny, Adnan, Dan, Cathie… *THE ONE AND ONLY BRITISH MUSEUM*.

Lily, Walther, Robert. Los «niños». Gracias.

Nurdan, de Van; Kavi, de Erebán: el entendimiento entre los pueblos a través de la risa sin fin.

Mi padre, el mejor asesor sobre Berlín, que evitó que Eva se cayera en el río Havel y que las salchichas cocidas acabaran en la sopa que no era.

Los lectores cero: Sabrina, Jana, Carl, Elisabeth, Gerti, Cindy, Nick, Eva-Maria, Jennifer. Todos valen su peso en oro. Igual que Andrea e Inge, únicas en su especie, que abrazaron esta historia tanto como yo y cuya tía, Frieda, nunca ponía reparos en mostrar sus álbumes de fotos una y otra vez.

Alan y Raul, que siguieron las huellas de esta historia por Inglaterra, Alemania, Armenia, Turquía y Francia. Y, muy especialmente, gracias por todas las risas con *Dad's Army*, *Has anyone lost a barrage balloon?*, por el Bristol Blenheim que Raul encontró para mí después de que todos los expertos se hubieran rendido y por el momento de emoción cuando finalmente lo

tuvimos frente a nosotros.

Esta es la única de mis novelas que he escrito «*come what may*», simplemente porque tenía que escribirla.

El hecho de que pudiera convertirla en un libro se lo debemos, tanto ella como yo, a Roman y Christine, y el hecho de que naciera tan reluciente como la escalera de Doris Taylor después de una buena friega con un cepillo de cerdas se lo debe a Silvia Kuttny-Walser.

Raif. Por todo.

Carmen
Luxor. Mayo de 2015